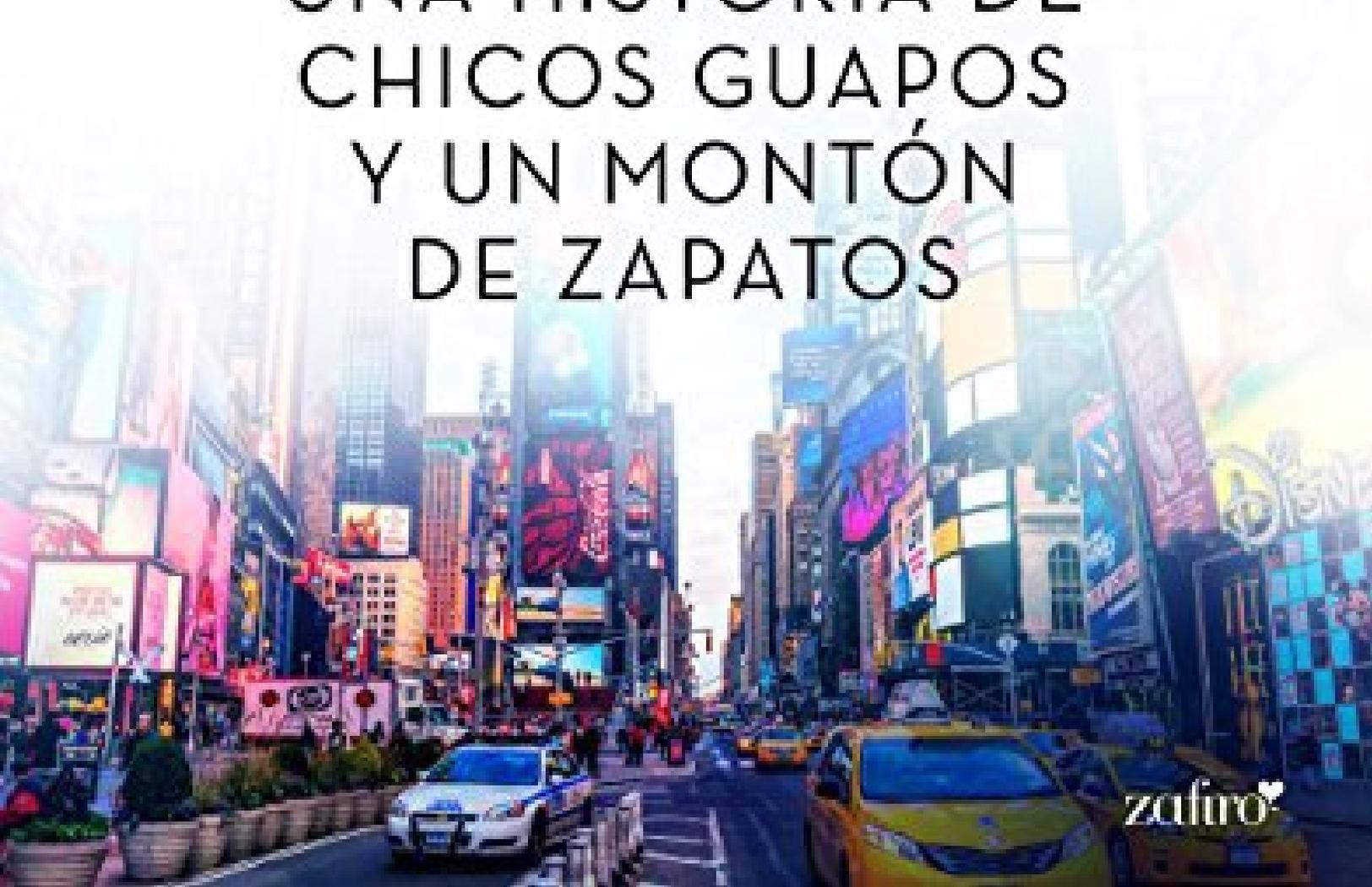




CRISTINA PRADA

UNA HISTORIA DE
CHICOS GUAPOS
Y UN MONTÓN
DE ZAPATOS



Índice

Portada

Sinopsis

Prólogo

Primer acto

1. Lauren

2. Molly

3. Lauren

4. Molly

5. Lauren

6. James

7. Molly

Segundo acto

8. Molly

9. Molly

10. James

11. Molly

12. Molly

13. Molly

14. James

15. Molly

16. Molly

17. Molly

18. James

19. James

20. Molly

21. Molly

22. Molly

23. James

Tercer acto

24. Lauren

25. Lauren

26. Lauren

27. Lauren

28. Lauren

29. Lauren

30. Lauren

31. Lauren

32. Lauren

- 33. Lauren
- 34. Bentley
- 35. Lauren
- 36. Lauren
- 37. Bentley
- 38. Lauren
- 39. Bentley
- 40. Lauren
- 41. Lauren
- 41. Lauren

Epílogo

Maddie

Referencias de las canciones

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

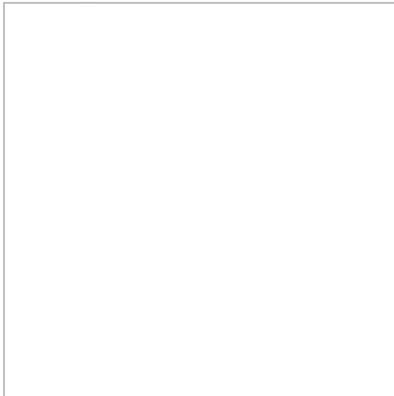
Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros



Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Lauren llega al aeropuerto JFK con las ideas muy claras. Sabe lo que quiere, pero también está completamente convencida de que hay dos obstáculos demasiado guapos que le están impidiendo dar el salto hacia la vida que quiere tener. Uno es Bentley, el editor de la revista Spaces, dentro del imperio del Riley Group. El otro es James, su novio de la facultad y su mejor amigo.

Ninguno de los tres está contento con la situación, pero es muy complicado despedirte de alguien en quien no puedes dejar de pensar un solo segundo. Sin embargo, James y Bentley quieren demasiado a Lauren como para compartirla de un modo u otro.

El mismo día a la misma hora Molly llega también al aeropuerto JFK después de pasar unas vacaciones en París. Viene con la maleta llena de vestidos vintage, postales de la Torre Eiffel y un secreto que cambiará su vida para siempre.

Esto no es más que el principio, el punto de partida. El destino se encargará de que sus caminos se entrecrucen en el club de moda de Manhattan, y las risas, las peleas, las confesiones, los te quiero y un vestido de novia de Valentino escribirán cada una de las líneas de su historia. Sólo hay que atreverse a dejarse llevar.

¿Y tú, te atreves?

Prólogo

—¿Qué ha pasado? —pregunta Maddie sorprendida.

—Me he despedido de Bentley —balbuceo en su rellano.

¡Maldita sea! ¿Por qué no puedo dejar de llorar? ¿Qué me pasa? Respiro hondo, me seco las lágrimas con la manga del abrigo y me sorbo los mocos. Poco elegante, pero efectivo.

—Ya he tenido suficiente —sentencio, y estoy hablando completamente en serio—. No pienso volver a llorar por ningún hombre. Da igual lo guapo que sea.

Da igual que parezca James Dean con una mirada capaz de cambiar la orientación de los polos de la tierra o que sea tan guapo, con unos ojos tan verdes que todo a su alrededor se vuelva borroso. Se ha acabado. Estar entre James y Bentley se ha acabado. Vuelvo a hacer pucheros sin siquiera proponérmelo. «¡Deja de llorar, Stevens!»

Entro con el paso firme en el apartamento de Maddie, camino hasta la nevera y saco dos cervezas heladas. Me bajo de mis Marc Jacobs y me dejo caer en su sillón. Mi amiga me imita y se sienta en el tresillo al tiempo que coge su Budweiser.

—Lo siento —dice tras el primer sorbo.

De inmediato pongo los ojos en blanco. Ya sé por dónde va y se equivoca, estrepitosamente.

—¿Se puede saber por qué? —pregunto enfurruñada.

—Por esto —responde señalándome vagamente con la mano—. Has tenido que despedirte de Bentley y en algún momento tendrás que hacerlo de James.

Ya me he despedido de los dos... «No se te ocurra volver a llorar», me advierto.

—Si no puedes elegir entre dos personas, es porque en realidad no quieres a ninguna —afirmo fingiéndome muy convencida.

Mentira. Mentira. Mentira. No puedo hacerlo porque soy incapaz de renunciar a uno de ellos. Bentley me hace sentir mariposas en el estómago y James, como si volara. ¿Cómo demonios voy a elegir?

—¿Y seguro que tú no podrías elegir?

—Cuando me estaba despidiendo de Bentley, estaba tan triste que pensé que era porque cometía el mayor error de mi vida y tenía que volver con él, pero entonces me di cuenta de que eso significaría no volver a estar con James y me puse aún más triste.

Ella vuelve a observarme concienzudamente. Sabe que no lo estoy pasando bien. Engañarnos la una a la otra es muy difícil. Excluyo a Álex de esta frase porque intentar colársela a la muy perra es casi imposible. Tiene un detector de mentiras nivel «El mentalista».

—Pareces una canción de Barbra Streisand —comenta socarrona. Sólo quiere hacerme sonreír.

—No soy la única —replico veloz.

Nuestras sonrisas se ensanchan, tristes, y le doy un nuevo trago a mi cerveza. Ahora soy yo quien la observa. Se siente muy culpable y yo no quiero que, después de todo lo que ha pasado con Ryan, además de preocuparse de sí misma, tenga que preocuparse también por mí, o, lo que es peor, decida que no puede hacerme esto y cancele todo lo de Boston. Necesita este cambio. Tiene que volver a estar bien. Maddie es mi prioridad ahora mismo.

—No me malinterpretes —añado. Necesito una última mentirijilla para asegurarme de que no va a echarse atrás—. Los quiero a los dos, pero es más cariño que amor. Yo quiero que me cueste trabajo respirar, pasión desenfrenada, quiero querer como Carrie quiere a Big, maldita sea.

Y exactamente así es cómo los quiero. Estoy a punto de echarme a llorar... creo que incluso de poner un brazo sobre la mesa y hundir mi cabeza en él para, dos segundos después, levantarme con la cara llena de lágrimas, aunque con el maquillaje perfecto, soy una dama, alzar el puño y lanzar un juramento al aire del tipo «dejaré de fantasear con ese actor porno tan guapo que entrevistó Letterman a cambio de que algún científico chalado invente la fusión humana y yo pueda tener a mi *Bentmes*» o a mi *Jamtly*, aún lo estoy estudiando. En cualquier caso, es una gran promesa. El actor porno era guapísimo y la tenía enorme, un poco arqueada... Mejor paro, que me voy del tema y estoy muy triste.

Echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla por completo en el sillón y por un momento las dos nos quedamos en silencio, pensativas.

—A veces me siento un poco como Carrie —se sincera.

—¿Carrie, mato a todos mis compañeros de clase con la mente, o Carrie Bradshaw, la de «Sexo en Nueva York»? —pregunto echándome de nuevo hacia delante.

—Bradshaw.

—Ya te gustaría —replico con un bufido.

¡Yo soy Carrie! Maddie es claramente Charlotte y Álex, Miranda, pero más guapa y con más sentido para la moda, los hombres y los cortes de pelo.

Maddie me mira con cara de pena y yo frunzo los labios. Supongo que, como está tan rematadamente hundida, puedo dejarla ser Carrie por esta vez. Lo que tiene que hacer una por las amigas.

—Me refiero a eso de que a veces, en las relaciones, hay que preguntarse si una ama con quién está o ama lo que siente tratando de alcanzar algo que en realidad es inalcanzable —empieza a explicarse—. ¿Y si no me enamoré de Ryan?, ¿y si de lo que me enamoré fue del peligro emocional de que él fuera tan hermético, tan autosuficiente? Algo dentro de mí siempre me ha gritado que acabaría haciéndome daño, desde la primera vez que lo vi, y no pude apartarme de él. Soy una maldita yonqui.

—Ryan está buenísimo —dictamino sin asomo de dudas. Creo que incluso sueño un poco vehemente.

—¡Lauren! —protesta.

—No, hablo en serio. Si un genio apareciera de repente y te ofreciera un millón de dólares, que todos los días fueran Navidad y que las hamburguesas con queso no engordaran y al otro lado Ryan te sonriera con esos ojos azules fulmina-bragas, todas las mujeres de este universo elegirían irse con él. Eso está más claro que las matemáticas.

—Gracias por la aclaración —responde dedicándome un mohín.

¿Por qué nadie pilló el significado de mis inteligentes metáforas a la primera? Es de lo más frustrante.

—No seas dramática —replico—. Lo que pretendo decir es que era muy complicado mantenerse apartada de él, para ti y para cualquiera, y, además, a todo eso tienes que sumar que está loco por ti.

—No está loco por mí —se apresura a rebatir.

—Sí lo está, Maddie. No seas injusta. Cometió un error imperdonable, pero eso no significa que no te quiera.

Sé que sabe que tengo razón.

—¿Ahora lo defiendes? —contraataca a la defensiva. Enarco las cejas.

Sabes que lo sé, Parker. Y, efectivamente, ella sabe que sé que lo sabe, porque resopla, claudicando—. Supongo que parte de esta estupidez de crecer y ser maduro implica ver las cosas con perspectiva.

—Ver las cosas con perspectiva, sí —especifico. Este punto debe quedar clarísimo—; ser gilipollas, no. Ryan tiene que arreglar todas sus mierdas para poder ser feliz. Eso es lo que no puedes olvidar. Por eso nos vamos a Boston, ¡qué asco! —Sonríe, misión cumplida... pero Boston, de verdad, qué asco—. Y por eso Spencer y Bentley habrán encerrado a Ryan en algún sitio sin ventanas. Aunque sospecho que sería capaz de tirar abajo cualquier puerta — me lo imagino con una camiseta blanca de tirantes a lo Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo*, qué momentazo—, lo que también me hace sospechar que está acometiendo un esfuerzo enorme por hacer lo que es mejor para ti.

—Estuvo aquí ayer y me dijo que hacía esto por mí, para cuidar de mí.

Asiento completamente de acuerdo y le doy un nuevo trago a mi Bud. Puede que no hiciera las cosas bien, pero ese cabronazo es un hombre de verdad.

—Necesitáis olvidaros mutuamente.

Maddie suspira con fuerza. Ahora mismo dejar atrás todo lo que sintió por Ryan le da un miedo terrible.

—¿Y si no consigo olvidarlo? ¿Y si él consigue olvidarse de mí y yo, de él, no?

—La clave son cuatro palabras: otros hombres guapos y esculturales — contesto como si lo estuviera leyendo de un enorme cartel lleno de fotos de adonis desnudos.

—Eso son cinco palabras.

—¿Cinco? ¿La «y» cuenta?

Aunque es lo último que las dos queremos, sonreímos.

—No quiero salir con otros hombres —gimotea.

Vale, vale, vale. Tengo que sacar mi artillería pesada acerca del conocimiento humano y las relaciones. Voy a necesitar, al menos, la letra de dos canciones de Sting.

Cambio de postura, cruzo las piernas como si estuviera en una clase de yoga y la miro fijamente para captar toda su atención.

—Del uno al diez, ¿cómo de increíble dirías que era Ryan en la cama?

Maddie protesta, bufa, se revuelve, pero yo no aparto los ojos de ella. Voy a darle un gran discurso, lleno de sabiduría, y todo empieza con esa

pregunta... Además, no voy a negar que tengo algo de curiosidad sana... insana; bueno, dejémoslo en curiosidad.

—Contéstame —la apremio.

—Eres lo peor —se queja—. Un billón.

Achino los ojos. Lo sabía. No lo llamé señor irascible-sexo increíble gratuitamente. Yo no pongo esa clase de apodos a la ligera.

—Me lo imaginaba —repongo—. Pues ése es el motivo por el que necesitas urgentemente otro hombre entre tus piernas.

—No entiendo nada.

—El primer hombre con el que te acuestes será un absoluto desastre. No te tocará como Ryan, no te besará como él y vas a acabar hecha polvo.

—Lauren, te mereces un trabajo en el teléfono de la esperanza.

—Cállate —le reprocho; deja que la *Laurensabiduría* anide en tu mente—. Pero el segundo será mejor y el tercero mejor... y así sucesivamente. Si esperas a estar recuperada, a sentir algo por otro hombre, cuando te vayas a la cama con él, será un fiasco y volverás a hundirte. Los malos tragos es mejor pasarlos de un tirón.

—Y tú has tragado mucho —replica burlona.

Qué poca clase.

—Perra —protesto divertida.

—No ha sido a propósito —se disculpa sin poder parar de reír.

Haré como si no hubiese oído nada.

—Ryan...

—Está bien —me interrumpe a la vez que se levanta, coge los botellines vacíos y va hasta la nevera a por otros dos nuevos—. He captado el mensaje.

No me la ha colado, pero es obvio que necesita que deje de hablar de Ryan.

—¿Sabes qué? —continúo con una seguridad aplastante. He tenido una revelación—. Lo mejor es que nos olvidemos de tíos hasta que los personajes de las novelas románticas cobren vida y vengan a buscarnos.

Sonríe. Me pasa una cerveza y se sienta de nuevo en el sofá.

—Me pido a Christian Grey —dejo ultra-mega-claro. Ese tipo es mío.

Maddie frunce los labios buscando su elección perfecta.

—Mmm... Bennett Ryan —dice al fin.

—Por favor, hasta fantaseando se te ve el plumero —me burlo—. Ryan es la personificación de Bennett.

Mi amiga intenta disimular una sonrisilla de lo más culpable y se encoge de hombros.

—Entonces es que es muy de mi estilo —se defiende.

Ya, ya.

—Yo quiero que venga a por mí Jesse Ward y me reserve una habitación permanente en su hotel.

Mmm... el señor de la mansión. La imaginación está empezando a volar libre.

—Will Sumner —propone para sí.

Lo pienso un instante y creo que visualizo todo el libro en ese espacio tan corto de tiempo. Atractivo, guapo, divertido, canalla.

—¡Qué buena elección! —contesto—. Te va mucho. —Me tomo un segundo para pensar mi siguiente nombre—. Gideon Cross.

—Gideon Cross te destrozaría de un polvo —comenta socarrona.

—Claro, porque todos los demás nos harían cosquillas.

Las dos nos echamos a reír. Creo que las cervezas están empezando a hacer efecto.

—Miller Hart —apunta cuando nuestras carcajadas se calman.

De pronto lo veo claro y las dos nos quedamos en silencio, fantaseando al unísono.

—Lo has clavado —concluyo—. Nos merecemos que nos veneren —añado extendiendo mi botellín para que brindemos.

—Coincido —responde haciéndolo.

PRIMER ACTO

Érase una vez donde todo terminó, donde todo se quedó a medias y donde todo empezó.

La historia singular de un apartamento en el Village, una oficina y el JFK.

1

Lauren

Botines *peep toes* Jimmy Choo negros de tacón de aguja

—¡Señorita Lauren Stevens! —grita Maddie señalando un cartel con mi nombre que Álex sostiene con las dos manos, como si yo fuera de la casa real británica y ellas, el chófer y la relaciones públicas que han venido a esperarme al aeropuerto.

En respuesta, saco la lengua fingiéndome hastiada, a punto de poner los ojos en blanco. Tengo las amigas más idiotas del mundo... y qué bien me conocen. ¡Me encanta!

Llego hasta ellas y reparto besos y abrazos. He estado fuera sesenta y ocho días, las he echado mucho de menos.

—¿Qué tal por Chicago?

La que lo pregunta es Maddie, ¿recordáis? Madison Audrey Parker. Está casada con Ryan Riley (os dejo tiempo para el suspiro) y está embarazada de su primer hijo, una niña. Es decir, son todo amor. Yo alguna que otra vez lo miro con ojos golosos, no lo voy a negar, pero jamás me lanzaría en sus brazos... bueno, puede que sólo a olerlo, pero me bajaría en seguida. Y no se trata de que eso vaya flagrantemente en contra del *sister-code*, es porque él no es el que hace que me tiemblen las rodillas. ¿Y quién es?, os preguntaréis sabiamente. Pues con la respuesta a semejante pregunta es cuando se complican las cosas para mí, porque no hay uno, hay dos. Si mi madre me oyese, creo que se desmayaría; las damas sureñas, ya se sabe. Mi abuela creo que daría una palmada y soltaría una de sus risas sarcásticas que siempre encierran mucho más, y mi tía Dina... mi tía Dina me pediría fotos, pero ella es harina de otro costal.

—Ha sido muy aburrido —respondo alargando la palabra muy hasta casi el infinito.

Maddie sonríe y  lex me reprende, divertida, con la mirada. Lo hacen porque no saben hasta qué punto tengo razón. Sesenta y ocho días repletos de interminables reuniones con gente que en ningún caso compensaba con atractivo su falta de conocimiento, los muy desconsiderados. Creo que mi jefe, el señor Miller, sólo camufl  este viaje como formación para poder enviarme a m  y ahorrarse ir él.

— Hab is venido en el Camaro de James? —inquiero cuando empezamos a caminar hacia la salida de la terminal 3 del JFK.

—No —contesta  lex.

— Tenemos que volver en taxi? —gimoteo, y de pronto caigo en algo mucho peor y abro los ojos como platos, llevándome la mano al pecho—.  En metro? El metro est  lleno de pirados y  hay casi una hora hasta el East Village!

Ellas se miran entre sí y sonríen, podría decir que disfrutando de mi tortura, pero sí que este par me oculta algo.

—No —interviene Maddie—, hemos traído algo que se ajusta un poco más a ti.

Atravesamos las puertas de cristal y salimos al intimidante frío de Nueva York de mediados de marzo. Las dos me miran, esperando a que yo lo haga hacia donde sea que esperan que lo haga, y entonces lo veo, el imponente Audi A8 del señor Riley. Finn est  de pie junto a la puerta trasera, tan profesional que es incluso ofensivo para el resto de chóferes.

—Por fin alguien que entiende que soy una mujer con clase —digo mirándolo y echando a andar a la vez que me quito las gafas de sol.

—Señorita —pronuncia a modo de saludo abriéndome la puerta, disimulando una sonrisa.

—Finn —respondo.

En cuanto me acomodo en la tapicería de un suave gris claro, en el coche perfectamente climatizado, con una suave canción de fondo, lo suelto, no puedo evitarlo.

— Por Dios, yo nací para ser rica! —grito estirando brazos y piernas, olvidando que el profesional conductor todavía puede oírme.

Ay, qué duro es ser pobre y qué mal pagado est .

—Comp rtate —me exige  lex entrando en el vehículo y obligándome a arrastrar mi culo en el asiento hasta llegar a la ventanilla opuesta.

—Alexandra, t  no puedes entenderme. T  siempre has tenido dinero.

—Y mucha clase —sentencia mirándome con la barbilla alzada.

Yo abro la boca tan escandalizada que me faltan palabras para expresar toda mi indignación.

—Yo soy una dama sureña —le recuerdo—. Contra eso no puedes competir.

—Eres de Maine —me recuerda ella a mí.

—Creo que necesitas acompañarme a visitar a mi madre la próxima vez.

Álex sonrío, dándome la razón. Puede que naciera en Bar Harbor, un pueblecito de Maine, como mi madre y mis tías, pero, desde luego, eso sólo fue una cuestión geoplanetaria para mi abuela. Ella le prometió a mi abuelo cuando dejaron Texas que, estuvieran donde estuviesen, criarían hijas sureñas, y cumplió su palabra. También amenazó con meterle un tiro en la rodilla con la escopeta de cazar de su padre si la engañaba con otra... y también cumplió su palabra. Mi abuela es como la versión femenina de Ned Stark, una mujer de honor.

—Bueno, ¿y no nos vas a contar nada más sobre tu viaje? —inquire Maddie cuando el Audi se incorpora al tráfico y comenzamos a alejarnos del aeropuerto.

—Ya os lo he dicho, todo ha sido muy aburrido.

—¿No has conocido a nadie? —continúa Álex.

—No —respondo sin dudar.

—¿A nadie, nadie? —insiste Maddie, como si en esta situación fuera posible especificar.

Niego con la cabeza.

—¿Y esperas reunirte con alguien ahora? —contraataca Álex.

Yo la miro y compruebo que las dos ya me miraban a mí. Sé por qué o, mejor dicho, por quién lo dicen y un pellizco pinza mi corazoncito.

—No —respondo, e inmediatamente tuerzo los labios en un gesto involuntario, señal de que este tema todavía duele.

Sé que las chicas entienden a la perfección cómo me siento.

—Todo se ha complicado un poco —trata de animarme Álex—, pero ya verás cómo acaba arreglándose.

—James ni siquiera ha querido venir, ¿verdad?

Las dos se miran, imagino que discerniendo telepáticamente si todavía pueden colarme un «está trabajando». Resoplo, apoyo el codo en la ventanilla y pierdo mi mirada en ella. Odio haber llegado a esta situación. Odio echarlos

de menos y creo que también, a pesar de todo, odio ese plural, porque, por muy divertida y excitante que parezca la premisa, no quiero estar toda la vida entre dos hombres. Sólo deseo que mi corazón se decida y vivir un amor de cuento de hadas sin peros ni asteriscos explicativos, uno como en las canciones de amor que suenan en la radio.

—No te preocupes —interviene Maddie, y las dos se echan sobre mí para abrazarme.

No estoy de humor y trato de apartarlas, pero no me conceden una tregua ni siquiera ahora, así que empezamos a forcejear en la parte de atrás del Audi. Álex me hace una llave de krav magá, ¡por Dios, qué grande es este coche por dentro!, y, finalmente, dan igual todas mis protestas, las dos me dan un auténtico abrazo de oso.

—Ahora mismo me caéis fatal —me quejo, pero es una mentirijilla, porque sólo he necesitado un segundo de abrazo con ellas para sentirme mejor.

No quiero, pero nadie parece escucharme y Finn hace caso a la señora Riley y nos lleva a su apartamento en el Village y no al mío.

—Tendremos una tarde de chicas —me anima mientras subimos uno de los millones de escalones hasta su apartamento—. Bueno, una sin alcohol.

—Perdona —protesto—, que tú hayas decidido tener un hijo con el modelo de Armani que tienes por marido no significa que *moi*...

—*Nous* —me corrige Álex, subiendo a mi lado.

Asiento.

—*Nous* —repito— vayamos a dejar de beber. Es más, ahora tenemos más motivos.

—¿Por qué? —pregunta indignada.

—Oh, Ryan —empiezo a decir con la voz de una damisela en apuros mezclada con la voz que creo que tendría la silueta que aparece en el envase de los cereales Special K de Kellogg's si cobrara vida, voz de muerta de hambre obligada a comer alpiste para pájaros, para más señas—, eres guapo, inteligente, multimillonario y me quieres hasta el infinito. Seguro que tendré una niña monísima y tú me pagarás una lipoescultura después de dar a luz. Mi vida es taaaaaan complicada...

Maddie me fulmina con la mirada, pero Álex asiente. Tengo razón.

—Olvídate de que te enseñe una foto de Ryan desnudo —me advierte amenazándome con el índice.

Frunzo los labios. La oferta es tentadora.

—Vale —claudico alzando los brazos—. Lo retiro.

Ella sonríe victoriosa y, como un acto reflejo, rodea su incipiente pancita con las palmas de las manos, consiguiendo que el gesto de sus labios se transforme en uno lleno de dulzura y auténtico amor. Ni  lex ni yo podemos evitar contagiarnos de esa sonrisa. Puede que me pase medio día bromeando sobre su amor de cuento, pero verla feliz me hace inmensamente feliz a mí.

—Entonces,  nos atiborramos de oreos viendo una reposición de «Saturday Night Live»? — propongo cuando al fin ( al fin!) alcanzamos el rellano del cuarto piso.

—Gran plan —afirma  lex.

No hemos avanzado más que un par de metros cuando una puerta suena, cerrándose. Alzo la cabeza guiada por el ruido y me encuentro de frente con él, con el chico que, da igual cuánto tiempo pase, siempre se parecer  a James Franco en su mejor momento.

—Hola —lo saludo cuando aún está a unos metros, deteniéndome en el centro del rellano y alzando la mano como una idiota.

 l me mira, colocándose bien el cuello de su cazadora de cuero, esa que le da el último toque de un estilo envidiable; es uno de los chicos más atractivos del planeta Tierra, sin duda alguna.

—Hola —murmura casi en un gruñido, sin detenerse, fingiendo una prisa que sí que no tiene y desapareciendo escaleras abajo.

Yo observo el lugar por el que acaba de marcharse y suspiro con una tristeza casi infinita.  En serio?  Ni siquiera quiere verme? Recuerdo cómo nos despedimos porque iba a marcharme a Boston con Maddie. Estábamos tumbados en su cama, vestidos, y sentí que era un *déjà vu* de nuestra despedida dos días antes de que me marchase a Chicago, a la North Western, a hacer el m ster. Estaba tan triste que pens  que nunca podría dejar de llorar.

—Ey, chica —me llama  lex con la voz llena de ternura, toc ndome en el hombro.

Me obligo a girarme y me encuentro con las miradas de mis dos mejores amigas. No necesito contarles cómo me siento, porque s  que lo tienen clarísimo.

—He tenido una revelación —anuncia Maddie—: pasemos de todo y vayamos a The Vitamin, y después a un club a bailar.

—La exse orita Parker ha tenido una fantástica idea. Además, es

viernes. No hay nada mejor que el Electric House of Natives un viernes.

Sonrío. Sé que sólo quieren animarme, pero la verdad es que me vendrá muy bien reírme con las chicas y darlo todo en una pista de baile.

—Creí que el día estrella del Electric House of Natives era los miércoles.

Álex niega con la cabeza.

—Han pasado muchas cosas en estos meses —me recuerda.

Yo frunzo los labios fingiendo sopesar sus palabras y la situación en general y, finalmente, asiento.

—Apoyo la moción de la exseñorita Parker —sentencio.

¡Noche de chicas, allá vamos!

Molly

Mis Converse preferidas, de color blanco

Miro hacia todos lados. La terminal 3 del JFK está abarrotada. Arrastro mi maleta y doy un par de pasos más. ¿Dónde están? Me pongo de puntillas para ayudar a mi escaso metro sesenta a ver algo por encima de la multitud. Nada. Frunzo el ceño y vuelvo a dejar caer el talón de mis zapatillas contra el suelo. O la gente cada vez es más alta o yo soy cada vez más bajita.

Un grupo de chicas pasa a mi lado; van charlando y riendo y en el móvil de una de ellas suena *I wish you would*,* de Taylor Swift.

—¡Molly!

Me giro hacia la voz y, en cuanto la veo, salgo disparada con una sonrisa en los labios.

—¡Mamá!

Le doy un abrazo que me devuelve de inmediato.

—Malcom —lo saludo con la misma sonrisa, pasando de los brazos de mi madre a los de mi padrastro—. Os he echado mucho de menos.

—Y nosotros a ti —responde sin dudar, dándome un beso en el pelo.

Puede que sea mi padrastro y no mi padre, pero lleva siéndolo doce años y ni un solo día de todo ese tiempo ha dejado de demostrarme que me quiere como si fuera su verdadera hija. Me entristece muchísimo que no todos sean capaces de verlo.

Al fin, me separo de los dos y mi sonrisa se ensancha un poco más, incluso doy una palmadita. Tenía tantas ganas de estar aquí. Hace exactamente setenta y dos días que me marché a París, a un curso de diseño especializado en la escuela de arte de la Sorbona. Esa ciudad es fantástica, pero echaba de menos a mi familia, a mis amigas y Nueva York. En mis diecinueve años nunca había estado lejos tanto tiempo.

—Me encanta tu pelo —dice mi madre perdiendo sus dedos en la punta de mi cabello negro. Siempre lo he llevado largo, pero justo antes de marcharme a París decidí cortármelo; nada radical, la clásica media melena, aunque reconozco que hasta a mí me impacta cuando me veo en el espejo, siempre olvido que me lo corté.

—Vámonos a comer —propone Malcom, cogiendo mi maleta con una mano y pasándome el otro brazo por encima del hombro. Los tres echamos a andar—. Tienes mucho que contarnos.

—¿Has tenido un vuelo agradable? —pregunta ella cuando un viento helado de mediados de marzo nos recibe al dejar atrás la terminal.

—Sí, nada de turbulencias.

Siempre pienso que va a haberlas. En realidad, siempre pienso que el avión va a estrellarse y, en el mejor de los casos, me pasaré dos años a la deriva en pleno Océano Atlántico, como en esa película del tigre y la barca, pero sin el tigre, o, al menos, eso espero. Nota mental: nunca volar en el mismo avión que una compañía circense... En definitiva, no me gusta volar.

Mi madre sonrío satisfecha y saluda a Tom, nuestro chófer, justo antes de acomodarse en la parte de atrás del imponente sedán negro.

—Tom —lo saludo deteniéndome frente a él.

—Señorita Molly.

Él ya era nuestro chófer cuando mi padre aún vivía, creo que lo era incluso antes de que yo naciera, y nunca, jamás, he conseguido que me llame Molly. Sonrío y se lo recuerdo por millonésima vez. No pienso rendirme.

—¿Te instalarás con las chicas o pasarás unos días en casa?

Con «las chicas» se refiere a Ruby y a Lizz, mis compañeras de habitación en la residencia del campus de Columbia. Éste será el segundo semestre de nuestro segundo año. ¡Nada de ser novatas! Y no podría tener más ganas de empezar. Estoy segura de que muchísimas cosas van a cambiar.

—Me voy con las chicas —respondo, e inmediatamente me encojo de hombros, un gesto muy de gatito de *Shrek*, pero que espero que me evite una charla sobre que «acabas de llegar y ya estás deseando ver a tus amigas».

—Molly... —me reprende suavemente mi madre.

—Alice, déjala —me salva Malcom—, en unos días volverá a las clases y no tendrá tiempo para pasarlo con ellas.

Mamá lo mira y él le sonrío de una manera que sé que guarda sólo para ella y que, siendo sinceros, siempre funciona mejor que mis estratagemas de

cachorrito abandonado.

—Está bien —claudica mi madre.

Sonríó encantada. Mis ojos se cruzan con los de Malcom y, divertido, me guiña uno. Tengo el mejor padrastro del mundo.

Mi madre nos obliga a comer en una cafetería diminuta en Gramercy Park. Es viejísima y con toda probabilidad no renueva la carta desde hace el mismo tiempo que no cambian las flores de plástico de las mesas... pero, inexplicablemente, le encanta ese sitio y, cada vez que tiene la más mínima ocasión, nos arrastra allí sin remordimientos.

—Si nos necesitas, llámanos —me dice justo antes de darme otro abrazo en mitad de la 114 Oeste, a las puertas de la residencia mixta Ruggles.

—Sí, mamá —respondo, y creo que es la decimoquinta vez que lo hago, porque es la decimoquinta vez que ella me lo recuerda—. No te preocupes, estaré bien.

—Es imposible que no me preocupe —replica acariciándome la mejilla, con una dulce sonrisa—. Eres mi pequeña.

Sonríó. Mi madre es una de esas mujeres que están llenas de ternura y esa cualidad se impregna en cada uno de sus actos. Es como una luz que ilumina el planeta, o, por lo menos, el nuestro.

—Va en serio —me recuerda Malcom—. Llámanos y estaremos aquí en segundos.

Mi sonrisa se ensancha.

—Vivís en Glen Cove —contraataco—. Son 31,6 millas de camino. Teniendo en cuenta que las estadísticas interanuales del Departamento de Tráfico indican que los vehículos suelen circular por la I-495 Este a una media de 55 millas por hora, éste marca el tiempo entre el norte de Manhattan y Glen Cove en 57 minutos.

Ahora el que sonrío es Malcom y sólo entonces me doy cuenta de que he vuelto a poner mi superpoder de sabelotodo a trabajar. Es algo completamente involuntario. No puedo evitarlo.

—Lo siento —me disculpo mitad avergonzada, mitad divertida. Ellos saben cómo soy y yo hace mucho que lo asumí.

—Vendría volando si hiciese falta —sentencia Malcom—. Eres mi pequeña.

—Os quiero mucho.

—Y nosotros a ti —contesta mi madre.

Con la sonrisa en los labios, echo a andar. Antes de atravesar las puertas, me despido con la mano y, una vez que lo hago, inspiro hondo y salgo corriendo hacia las escaleras principales. Estoy deseando ver a las chicas.

—¡Ya estoy aquí! —grito irrumpiendo en nuestra habitación compartida en la segunda planta. Siempre hemos sospechado que se trata de un cuarto muy especial, más aún cuando, bajo la estantería sobre la cama, encontramos escrito «Aquí vivió Sadie Hadley». Nunca hemos descubierto quién es, pero nos hemos inventado todo tipo de historias sobre ella, hasta acabar dibujándola como una especie de reina del amor, algo así como una hada madrina a la que contarle nuestros problemas y pedirle suerte.

Ruby abandona los libros que estaba colocando en la estantería y me imita en mi carrera hasta que nos encontramos y nos abrazamos sin poder dejar de sonreír y dar grititos de puro júbilo.

¡Cómo la he extrañado! Cuando estaba en París hablábamos todos los días por FaceTime, pero tenerla cerca es maravilloso. ¡Es la mejor amiga del universo!

—Creí que no te veríamos hasta mañana —se explica—. Tu madre parecía muy convencida de querer acapararte todo el día.

—Malcom me ha ayudado a convencerla.

Ruby sonrío.

—Malcom es el mejor.

Ahora la que sonrío soy yo, pero, sin quererlo, mi expresión se nubla un poco. Ojalá todos supiesen ver cómo es Malcom. Ruby capta lo que estoy pensando al instante.

—Tu hermano no ha ido al aeropuerto, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—En cuanto se enteró de que mi madre y Malcom irían, me dijo que tenía mucho trabajo y me prometió que mañana comeríamos juntos y pasaría la tarde conmigo.

Sé que para él resulta mucho más complicado que para mí. Cuando nuestro padre murió, él tenía diecisiete años y yo sólo cuatro. Malcom es casi el único padre que he conocido, pues era muy pequeña, mientras que para él es el sustituto de nuestro verdadero padre. Aun así, me gustaría que fuera capaz de ver cuánto nos quiere y cómo se desvive por mamá, por mí y también por él, aunque mi hermano no lo permita. Sacudo la cabeza. Pensar en eso me pone triste.

Ruby da una palmada, tomándome por sorpresa. Me coge de las manos y tira de mí hasta sentarnos las dos en su cama. De inmediato se acomoda, girándose hacia mí y escondiendo una de sus piernas bajo su trasero.

—Tienes que contármelo todo —dice, o, más bien, exige—. Quiero todos los detalles de estos casi tres meses en París.

—Setenta y dos días no son casi tres meses. *Casi* no es aplicable a factores numéricos y, de serlo, el número sería noventa o noventa y uno, dependiendo de si hablamos de dos meses de treinta y un días o sólo uno en ese grupo de tres, ya que es la cifra más próxima al número absoluto sin serlo.

—Si la sucesión de meses fuera enero, febrero y marzo, el término relativo *casi* sería ochenta y nueve.

Lo pienso y asiento con una sonrisa.

—Siempre que consideremos *casi* como lo inmediatamente anterior. Si aplicáramos la teoría de la medida, probablemente hablaríamos de dos días antes de la fecha límite.

—Tendríamos que dividirlos en subconjuntos y aplicarles números reales interpretables como intervalos.

Las dos asentimos. No habría nada más correcto.

—Bueno —me apremia recogiendo su pelo castaño claro en una cola algo desordenada—, dejando al margen las teorías matemáticas, cuéntamelo.

—Conocí a un chico —respondo entusiasmada, como si todavía no pudiese creérmelo del todo. ¡Y no puedo!

Ruby me mira boquiabierta, con sus ojos claros como platos, y empieza a agitar las manos de pura felicidad.

No nos malinterpretéis. Me considero una chica normal, del montón, con los ojos azules, eso sí, pero creo que eso es mi único rasgo significativo. A las chicas y a mí nos encanta salir; de hecho, cuando llegamos aquí, estábamos convencidísimas de que lo haríamos todos los fines de semana, ya sabéis, a darlo todo en la universidad. El problema es que el primer año es académicamente muy duro y nuestra prioridad fueron los estudios. Además, también influyó que fuéramos novatas. Los chicos no suelen prestarles mucha atención y no te invitan a muchas (ninguna) fiestas.

—Háblame de él —me pide.

—Se llama Justin. —Sin poder evitarlo, sonrío de oreja a oreja—. Es de Texas, pero estudió aquí, en la universidad de Nueva York, y se quedó a

vivir. Nos conocimos en las clases de francés y fue muy... romántico — sentencio antes de sonreír abiertamente—. Es escritor.

—¿Y llegasteis hasta el... final?

Yo me muerdo el labio inferior.

—Sí —murmuro. No sé por qué, todavía me siento algo avergonzada—. ¡He perdido mi virginidad, Ruby! —estallo de pura felicidad.

¡Fue increíble! La primera vez que nos besamos fue en uno de esos barcos que hacen un recorrido por el Sena y las dos últimas semanas no salimos de su cama en una vieja buhardilla desde la que se veía el barrio de los pintores. Me sentía como en una película, como si fuera Audrey Hepburn es *Vacaciones en Roma*, sólo que en París y con sexo, mucho sexo. ¡Nunca antes había estado con un chico!

—Uau —concluye admirada Ruby tras escuchar toda la historia, bajándose de un salto del mostrador de recepción, donde yo estoy firmando mi entrada en la residencia en el nuevo semestre—, a eso le llamo yo pasar «el viaje de tu vida».

Sonrío de nuevo como respuesta. No creo que haya una mejor.

—¿Tengo correo? —le pregunto al conserje, un chico de unos treinta años con pinta de odiar cada día que pasa aquí.

—No —responde con hastío.

Me muerdo el labio mirando a mi izquierda y mi derecha.

—¿Podría comprobarlo?

Resopla con fuerza y con desgana, se inclina hacia atrás, hasta divisar una pared llena de pequeños compartimentos de madera.

—No —repite mirándome de nuevo.

Y tengo la sensación de que mentalmente añade «¿quién demonios iba a mandarte una carta? Ya nadie escribe cartas, marginada, y mucho menos a ti».

Recojo mi iPad y nos dirigimos de vuelta a la habitación. Nunca salgo sin él. Es una especie de diario. Dibujo las cosas que me pasan, las que me gustaría que me pasasen. Mi propia visión del mundo. Además, es donde guardo mis diseños y nunca sé dónde voy a encontrar algo que quiera fotografiar o pintar. La inspiración puede estar en cualquier parte.

—¿Vas a volver a verlo? —me pregunta Ruby.

Me encojo de hombros.

—No lo sé —me sincero—. Cuando nos despedimos, me dio su

dirección y su número de teléfono, pero no me dijo que lo llamase, ni que lo buscara, así que no sé qué hacer.

Ruby asiente. Ella tampoco lo sabe. Supongo que es una cuestión de experiencia y ninguna de las dos tiene mucha. Ruby sólo ha estado con un chico, su novio del instituto. Se acostó por primera vez con él en el baile de graduación, todo un clásico, pero lo dejaron dos días antes de que cada uno se marchara a la universidad donde los habían admitido, otro clásico.

Nos cruzamos con un grupo de chicos y chicas que se saludan felices. Se oye música que llega desde una de las habitaciones abiertas y todo son risas, preguntas y planes acerca de las inminentes vacaciones de primavera. Nadie se dirige a nosotras, pero no le damos importancia. Es cuestión de horas que empecemos a formar parte de la vida social. ¡Ya estamos en segundo! El primer semestre debe haber sido de adaptación y por eso aún no hemos notado los cambios.

Apenas hemos enfilado nuestro pasillo cuando un chico se choca con Ruby al pasar con rapidez y muy poco cuidado a nuestro lado.

—Ey... —se queja mi amiga.

Él levanta la mano a modo de disculpa sin ni siquiera volverse. Si nos hubiésemos preguntado dónde iba con tanta prisa, lo habríamos averiguado en cuestión de segundos. Se ha detenido junto a Paisley Cho, la chica más guapa y elegante de todo segundo curso.

—Hola, Paisley —la saluda prestándole toda su atención.

—Hola —responde ella, haciendo eso mismo de la atención, pero con su BlackBerry.

Echa a andar y él no duda en seguirla, planteándole preguntas que ella contesta con monosílabos sin ni siquiera mirarlo hasta que los dos pasan junto a nosotras y desaparecen pasillo arriba. Ruby y yo nos miramos. Ninguna de las dos se sorprende. Paisley podría tener al chico que quisiera.

La puerta de nuestra habitación se traba cuando intento abrirla. ¡Condenada llave! Estoy peleándome con ella, cuando alguien la abre al otro lado. Alzo la cabeza y la veo. ¡A Lizz!

—¡Hola! —grito feliz.

Entramos y le doy un achuchón en toda regla. ¡Estaba deseando verla!

—¿Cuándo has llegado?

—Hace media hora, pero he tenido que salir a comprar unos libros —me explica empujando la montura de sus gafas de pasta negra que esconden unos

bonitos ojos marrones.

Lizz es superinteligente, a sólo dos puntos del coeficiente intelectual de ser superdotada y la ganadora más joven del premio de excelencia académica del estado de Nebraska. Además, es supersimpática, superamable y supergenerosa.

Nos ponemos al día de nuestras respectivas vacaciones mientras cenamos tallarines chinos con verduras de uno de esos cuencos de comida preparada a la que sólo tienes que añadir agua caliente. Ruby ha pasado las fiestas en casa de su abuela, en un pequeño pueblo en la costa de Massachusetts, y Lizz ha trabajado en la biblioteca municipal de Omaha y en unos multicines, para ahorrar dinero para este semestre.

—Deberíamos salir —propongo levantándome.

Lizz y Ruby me miran con cierta desconfianza.

—Éste va a ser nuestro año —les recuerdo—. Ya no somos novatas. Nos invitarán a un montón de fiestas y los chicos harán cola sólo por saludarnos.

Ambas meditan mis palabras.

—Está bien. Me apunto —replica Lizz enérgica, poniéndose también en pie—. Es el segundo semestre de segundo, chicas. Vamos a tener una vida social alucinante.

La señalo. ¡Bien dicho!

—Claro que sí —secunda la moción Ruby, abandonando el suelo y uniéndose a nosotras—. No somos ningunas marginadas.

Las tres asentimos. Por supuesto que no.

—¿Y adónde vamos? —pregunta Lizz.

Nos miramos las unas a las otras. Abro la boca dispuesta a decir algo, pero lo cierto es que no sé el qué.

—Los clubs están abiertos a esta hora, ¿no? —inquiero mirando el reloj sobre mi mesita. Son poco más de las ocho.

Otra vez nos miramos sin saber qué decir. No nos invade ninguna duda acerca de que vamos a tener una vida social increíble, pero puede que necesitemos unas cuantas indicaciones para empezar.

—Esto es Nueva York —nos recuerda Ruby de pronto—, la ciudad que nunca duerme, y no va a hacerlo un viernes. Sólo tenemos que salir, preguntar, buscar el bar de moda, puede que incluso seguir a una pandilla que vaya vestida de fiesta.

Las tres asentimos y casi en el mismo segundo las tres nos observamos

con cierto resquemor. Como bien ha dicho, esto es Nueva York y, aunque es el mejor lugar del planeta Tierra, todas sabemos que salir a investigar sin tener la más remota idea de dónde te estás metiendo puede acabar con las tres en una fiesta, sí, pero en un club poco recomendable, donde haya un laboratorio de metanfetamina en la trastienda. Es más recomendable saber a dónde nos dirigimos.

—Será mejor que busque dónde ir en el foro de la residencia —propone Lizz cogiendo su portátil.

—Será mejor —respondemos al unísono, prácticamente aliviadas por no tener que seguir el primer plan.

Lauren**Salones de plataforma *nude* con tacón de veinte centímetros. Rebajas de Macy's de 2012**

—¡Me encanta esta canción! —grita Álex dejándose llevar por los primeros acordes de *There for you* en las voces de Martin Garrix y Troye Sivan. No la culpo. Este tema es increíble.

Nos acomodamos en una de las mesitas altas de metacrilato blanco atravesada por dibujos concéntricos con purpurina de colores y yo me abro paso sin problemas en la barra abarrotada.

—Dos Martini Royale completos y uno sin Martini ni espumoso ni nada que se le parezca — le pido al camarero.

Él sonrío tal como les enseñan a ligar a los camareros de club rematadamente atractivos en alguna academia del West Side.

—Quieres dos Martini Royale y un zumo de limón —me corrige burlón.

—Eso es, guapito de cara —respondo sin amilanarme—, pero expláyate con el zumo: copa de balón, mucho hielo y rodajitas de lima. Mi amiga está embarazada y no puede beber, así que quiero que pueda disfrutar de la ilusión óptica.

El camarero asiente y prepara las copas a una velocidad prodigiosa. Qué gran profesional.

—Aquí tienes, guapita de cara —responde dejando los cócteles frente a mí.

Yo frunzo los labios, pizpireta.

—No deberías tomarte tantas confianzas con las clientas —replico divertida.

Él sonrío. Le devuelvo la sonrisa. Dejo un par de billetes sobre la barra y cojo las copas. Sin embargo, cuando apenas me he alejado unos pasos, el gesto se borra de mis labios. Coquetear es divertido, pero ni siquiera un

bombón camarero que se parece a Scott Eastwood puede animarme hoy.

—Vuestras copas —anuncio dejándolas sobre la barra.

Las chicas no dicen nada y esa actitud tan sospechosa hace que de inmediato las mire suspicaz.

—¿Qué pasa? —pregunto desconfiada.

Ninguna de las dos contesta. Maddie coge su «copa» y le da un trago apabullado y nervioso. Ya sé quién está más predispuesta a soltar prenda... aunque también os digo que nunca es Álex.

—Maddison... —la presiono.

Pero no necesito hacerlo mucho cuando clava sus ojos, inquieta, al frente. Yo la imito y veo a Ryan atravesar el local con el paso envidiablemente seguro, seguido de Max, de Spencer y, por último, de Bentley.

—Pero ¿qué demonios? —protesto sin saber muy bien por qué lo hago, si porque Maddie haya confesado dónde estamos o por el castigo que me envía el universo con lo guapísimo que está Bentley—. Creí que iba a ser una noche de chicas. ¿Cómo has podido contarle a Ryan donde estaríamos? —He decidido quedarme con la primera queja. Es lo más sano para mi salud mental.

—Me llamó —se excusa— y empezó a decirme un montón de cosas superpervertidas y cuando hace eso no las dice, las susurra —continúa, dejando claro que eso es lo peor de todo— y tiene los ojos muy azules, ¿sabes?

—Te llamó por teléfono —vuelvo a quejarme.

—Pero siempre recuerdo lo azules que son —protesta ahora ella— y él se aprovecha.

Alzo las manos, desesperada. Desde luego tanto sexo le ha nublado la mente.

—¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

—Nada —responde como si fuera obvio—. Todos somos adultos. No tiene por qué ser violento.

La miro, mal, con los brazos en jarras.

—No me extraña que Ryan te convenza de cualquier cosa. Eres la chica más inocente que queda en Nueva York, Maddison Riley.

Álex sonrío abiertamente, disfrutando de mi agobio y, acto seguido, las tres, por un momento, simplemente los observamos dirigirse hacia nosotras.

Ryan sonríe en cuanto Maddie entra en su campo de visión. Max va ensimismado, coment ndole a Spencer algo que est  viendo en la pantalla de su móvil. Y, entonces, pasa. Mi mirada se cruza con la de Bentley, sólo un segundo, y las mariposas se levantan en mi estómago tan desbocadas que asusta. Hago una lista mental de todas las cosas de las que podríamos hablar y me riño por todas las otras cosas que me gustaría hacer con él. Eso ya no puede volver a pasar... creo...  Dios! Detesto estar tan confusa. Sin embargo, nada de eso importa cuando él aparta la mirada, le da un toque en el hombro a Spencer, le comenta algo, no más de dos palabras, y echa a andar en dirección opuesta a la mía. El hermano de Ryan mira hacia mí, otro segundo, y sale tras su amigo. En total, apenas cinco segundos insignificantes en la vida de cualquiera de las personas que me rodean y que a mí me acaban de dejar con el corazón hecho polvo.  Genial!

—Hola, nena —saluda Ryan a Maddie, dándole un beso perfecto.

—Hola —responde ella, y por el tono que usa s  que se siente culpable y yo demasiado...  ni siquiera s  cómo me siento!, pero creo que necesito un poco de aire o un cigarrillo o las dos cosas.

—Ahora vuelvo —anuncio sin mucha ceremonia.

—Lauren, espera —me pide Maddie, pero no me giro y no es que est  enfadada, la entiendo, es que de verdad necesito un momento.

—Ya voy yo —oigo que la interrumpe  lex e inmediatamente la tengo a mi lado.

Sorteamos a unas chicas, que est n charlando y bailando, esquivamos una mesa con demasiados vasos de chupitos vacíos y nos encaminamos a la salida. La música resuena por todo el local, electrónica y de rabiosa actualidad, pero no reconozco la canción.

— Est s bien? —inquire.

—S  —miento sin darme oportunidad a indagar en mis sentimientos. No quiero hacerlo.

Ni Bentley ni James quieren tenerme cerca, por mi perfecto. No los necesito *pa-ra-na-da*.

Sin embargo, en otro rocambolesco giro del destino, antes de que pueda siquiera asimilar mis propios pensamientos, me encuentro cara a cara con uno de mis problemas: James Hannigan.

Miro a  lex, otra vez mal.  Qu  clase de amigas tengo?

—Puede que él no tenga los ojos azules —responde inclinándose

ligeramente sobre mí—, pero tengo que verlo todos los Acción de Gracias el resto de mi vida.

Resoplo. No sé qué otra cosa hacer. Mi vida se ha complicado tanto en tan poco tiempo que es casi imposible decir algo sensato. Bentley, James... En los libros y en las fantasías parece genial tener a dos hombres así; pues ya os digo yo que en la vida real es una auténtica putada. Querer a dos hombres es sinónimo inevitable de volverte absolutamente loca, porque el corazón no entiende de lógica, de convencionalismos sociales ni de sumas, y va a latir ridículamente de prisa cada vez que los veas.

James camina hasta nosotras, pero con el último paso gira hacia la derecha, alejándose otra vez de mí sin decir ni una mísera palabra. ¡¿En serio?!

—¿De verdad vas a largarte otra vez? —pregunto indignada.

La música se alía conmigo y el mensaje llega alto y claro.

James se detiene en seco y alza la cabeza justo antes de girarse, como si le hubiese pedido a Dios un segundo de cordura antes de hacerlo.

—¿Y tú de verdad pretendes que me quede? —responde bajo y amenazadoramente calmado, casi en un rugido.

—Entonces, ¿por qué le has preguntado a Álex dónde estaríamos?

Guarda silencio, observándome, furioso.

—Y yo qué coño sé —sentencia con rabia.

No sé qué respuesta pretendía escuchar, pero desde luego no era ésa. Me siento triste y culpable y lo echo de menos en todos los sentidos.

La mirada de James se suaviza, sólo un poco, como si lo que sentimos el uno por el otro, aunque sea en contra de su voluntad, también le golpeará desde demasiadas direcciones. Sin decir nada más, da un paso atrás, dispuesto a marcharse.

—Yo no quería que las cosas terminaran así —le digo, y no es una disculpa, yo también estoy muy cabreada—. No quería que las cosas entre nosotros terminaran. Fue muy duro para mí.

Sus ojos castaños se clavan en los míos y, como cada vez que lo ha hecho, tengo la sensación de que estamos conectados de una manera mucho más profunda de lo que las reglas no escritas sobre el amor y la amistad marcan.

—No te creo, Lauren.

Sin darme tiempo a responder, desaparece mezclándose con los

centenares de neoyorquinos que llenan el EHON. Yo agacho la cabeza y me muerdo el labio inferior conteniendo las lágrimas. Lauren Stevens juró sobre una caja de Manolos no volver a llorar por los hombres injustamente guapos y lo va a cumplir, aunque acaben de ponérmelo muy difícil.

—¿Estás bien? —vuelve a preguntar Álex llena de ternura, acariciándome la espalda para reconfortarme.

—Sí —respondo levantando la cabeza—. Vamos a por una copa.

Una bien grande, por favor.

Nos pedimos unos Martini Royale y nos encaminamos de vuelta a nuestra mesa. Álex me ofrece salir a tomar un poco de aire, incluso marcharnos a una pizzería muy cerca de aquí que abre toda la noche a atiborrarnos con una doble de queso, pero, aunque tentadora, declino la oferta. No voy a salir huyendo. ¿Qué clase de miembro del clan Stevens sería si lo hiciera?

Estamos atravesando la pista de baile cuando su móvil comienza a sonar. Es Charlie, lo que significa que pierdo a mi amiga en el fragor de la batalla de las carantoñas por teléfono.

En mitad de la marabunta de personas, veo a Ryan y a Maddie. Ella le está poniendo ojitos a la vez que mueve los brazos y las caderas para que él se anime a bailar. Él tira de su muñeca hasta estrecharla contra su cuerpo y la besa para quitarle la idea de la cabeza en pro de otras más divertidas. No puedo evitar sonreír. Hay cosas que nunca cambian.

De vuelta en tierra firme, tras cruzar la pista de baile, me topo con Spencer y Max, que se dirigen hacia allí retándose a voz en grito acerca de quién es el mejor bailarín. No es hasta que llevo mi vista hacia la mesa que no me doy cuenta de que, si todos están en la pista de baile, eso sólo puede significar que Bentley está solo. Me detengo en seco con un resoplido en los labios y giro sobre mí misma torpe y casi a regañadientes. No quiero otra discusión ni quiero sentirme mal. Ya he tenido suficiente con James y con el propio Bentley cuando cruzamos las miradas y prefirió desaparecer discoteca a través... pero, por otra parte, no soy la clase de persona que se esconde y no voy a empezar a serlo ahora.

Tomo aire, un trago de cóctel y me dirijo hacia la mesa con la cabeza bien alta. Al fin y al cabo, no hice nada malo y nunca engañé a nadie. Bentley y yo rompimos, pero no pudimos separarnos del todo, y James volvió a mi vida. Los dos siempre supieron que yo no podía elegir porque los quería

demasiado. Con la idea de Boston las cosas se complicaron todavía más, pero Maddie me necesitaba y de todas formas esa especie de triángulo se nos estaba yendo de las manos. Yo cada vez sentía que los quería más y más, que los necesitaba más. Terminar con todo, por increíblemente duro que fuese, era lo mejor.

—Hola —lo saludo.

Bentley no me mira, pero sé que me ha oído. El ambiente es tan tenso que, a pesar de que la música suena a todo volumen, he podido oír el sonido de mi copa aterrizando suavemente contra la mesa.

Guardo silencio esperando a que sea él quien responda, pero, en lugar de hacerlo, recupera su vaso de bourbon y se aleja.

No aguanto más.

—¿Tú también te vas? —me quejo con la vista al frente y los dedos nerviosos anclados al pie de mi copa. Sueno más dolida de lo que me hubiese gustado.

—¿Perdona? —replica volviendo sobre sus pasos.

—Lo que has oído. —Estoy cansada de que los dos se comporten como dos damas ofendidas del siglo XIX—. He llegado y tú te marchas. Cuando entraste en el local, me viste y también te largaste. Eso no es muy maduro, ¿sabes?

—¿En serio quieres hablar de madurez?

No grita. No ruge. Bentley es comedido. Pero no os confundáis, no es que sea una persona tibia que no provoca nada, más bien es todo lo contrario. Sabe ser frío como el acero templado, estar por encima de cualquier circunstancia, seguir siendo él, siempre, porque tiene clarísimo quién es y lo que quiere. La primera vez que discutimos, quise estrangularlo y quitarme las bragas al mismo tiempo.

—Sí, sí quiero —contraataco volviéndome.

—Para tu información, antes te vi, sí, pero quería una copa. Una copa que por cierto no necesitaba tanto como parece necesitar tú. —Por inercia miro mis manos, que aún sujetan con ahínco mi cóctel. Bentley sonrío con suficiencia. Cazada—. Ahora me marchó porque quiero. En cualquier caso, no tengo que darte explicaciones. Tú y yo ya no estamos juntos.

Pronuncia las palabras con una naturalidad y una seguridad casi diabólicas. Debería estar contenta. Es lo que quiero, ¿no?, que los tres pasemos página y poder seguir adelante con nuestras vidas. Entonces, ¿por

qué duele así?

—Tienes toda la razón —replico alzando la barbilla, altanera—, pero no podéis tratarme como si yo fuera la culpable de todo.

—Puede ser —contesta dando un paso hacia mí—, pero tú tienes que dejar de pensar que hiciste lo único que podías hacer.

Frunzo el ceño, confusa y enfadada, muy enfadada.

—Tú me pediste que me marchara a Boston —protesto.

Todavía recuerdo cuando vino a verme a mi apartamento, cómo me dijo que era lo mejor para Ryan y Maddie, cómo me secó las lágrimas con los dedos cuando le dije que no quería separarme ni de él ni de James.

Bentley toma aire, como si acabase de rememorar exactamente el mismo instante de nuestras vidas, y su mirada se llena de algo duro y pesado, de esa sensación casi infinita de recordar un momento que te pone triste y furioso al mismo tiempo.

—Si lo tuvieras todo la mitad de claro de lo que crees tenerlo —destruye la distancia que nos separa y el calor que emana de su cuerpo cubre el mío por completo—, sabrías por qué lo hice.

Me mira a los ojos de verdad, como sólo él sabe hacerlo, como si conociera un atajo sobre mí que es secreto para todos los demás.

El corazón comienza a latirme con demasiada fuerza.

—¿Por qué me pediste que me fuera? —casi murmuro.

Bentley atrapa su labio inferior entre sus dientes, hay quien diría que pensativo, pero yo sé que no es así. Tiene demasiado claro quién es y lo que quiere, ¿recordáis?

—No voy a decírtelo.

Y, sin más, gira sobre sus pies y se marcha. Me quedo observándolo, embriagada de toda esa seguridad.

No sé cuánto tiempo paso así, pero necesito un trago, urgentemente. Me giro en busca de mi copa y, al alzar la cabeza, me doy cuenta de que esta escena ha tenido el último espectador que hubiese deseado. James está a unos metros de mí, junto a la barra, mirándome con un odio casi cristalino en los ojos, como si hubiese vuelto a buscarme y ahora no pudiese arrepentirse más.

Molly

Bailarinas negras de Pretty Ballerinas

—¡Es una pasada! —grita entusiasmada Ruby mientras bailamos en mitad de la pista. Todos los que nos rodean parece que se han escapado de la escena del baile en la cabaña de empleados de *Dirty Dancing*, pero no importa. Como en los deportes, lo realmente significativo es participar—. El Electric House of American Natives es un sitio alucinante —repite.

—Creo que es Electric House of Natives —repongo.

—Mi madre es abogada de derechos civiles —replica convencidísima— y siempre dice que lo justo es llamarlos nativos americanos.

Me encojo de hombros, dándole la razón. También creo que es lo justo.

—Estando en esta disco hoy, estamos experimentando lo que vive nuestra generación —dice Lizz alzando las manos, como si ya no pudiese contener más esas palabras—. Me siento como Jack Kerouac escribiendo la mítica novela *En el camino*. Soy Sal Paradise y «con la aparición de Dean Moriarty comenzó la parte de mi vida que podría llamarse mi vida en la carretera».

Ruby y yo asentimos a toda velocidad. ¡Nos sentimos exactamente igual! Tenemos diecinueve años, estamos en el club de moda, en Manhattan. Sí. Sí. ¡Sí!

—Deberíamos buscar a nuestro propio Dean Moriarty —propongo—, a nuestro guía espiritual en la mejor etapa de nuestra vida.

—En realidad, Jack Kerouac tuvo dos guías: Dean y Carlo Marx —me corrige Ruby.

—Sí, y sus verdaderos nombres eran Neal Cassady y Allen Ginsberg —añado.

—Y escribió la novela sin diferenciar párrafos ni márgenes en un largo rollo de papel al que Kerouac simplemente llamaba...

—*El rollo* —la interrumpimos antes de que las tres sonriamos como tres idiotas encantadas y emocionadas de estar formando parte de la historia viva de Estados Unidos.

—Oh —caigo en la cuenta, todavía más emocionada—, voy a pedir unas copas —anuncio dando unas palmaditas.

—No tenemos veintiún años —me recuerda Lizz.

—Pero hay que vivir la experiencia, ¿no?

Me mira desconfiada, pero finalmente asiente con la misma sonrisa de antes. ¡Va a ser increíble!

Me encamino a la barra muy convencida, pero, conforme más me acerco, parte de esa seguridad comienza a evaporarse. ¿Qué hago si me piden el carnet? Ni siquiera tengo muy claro cómo hemos conseguido entrar y no quiero que nos acaben echando. Observo con fascinación a las chicas de la disco: tacones de infarto, vestidos fantásticos... pero voy un poco más allá. La clave está precisamente en eso que estoy perdiendo: seguridad. Tengo que aparentar que puedo pedir una copa en este club porque pido copas en todos los clubs y en todos me las sirven con una sonrisa. Resoplo. Es esa idea, pero sin que parezca que soy alcohólica.

Me encaramo a la barra con una sonrisa y espero paciente a que uno de los camareros me atienda. Hay al menos cinco, y todos se mueven de un lado a otro preparando copas a una velocidad de vértigo, aunque en números absolutos no se haya especificado esa velocidad.

Tras quince minutos sin perder la sonrisa y después de que hayan atendido a la chica que tenía a mi derecha y a la que tenía a mi izquierda, me doy cuenta de que no voy a conseguir mis copas. Desilusionada, me bajo de la barra y giro sobre mis pies. Al alzar la cabeza para localizar el camino de vuelta, veo a un chico solo a unos pasos de mí. Es muy guapo. Tiene unos rasgos muy armónicos y al mismo tiempo con un punto de rebeldía, como si te estuviesen contando que en el instituto iba a clase con gafas de sol o que fue el primero de sus amigos en encenderse un cigarrillo. Tiene un precioso pelo castaño algo alborotado y los ojos fijos al frente. No sé por qué, pero me recuerda a James Franco. Sin poder evitarlo, miro hacia donde él lo hace, a una de las mesas donde una chica rubia muy guapa está charlando con un hombre al que no consigo ver desde aquí. No lo conozco, pero creo que, sea lo que sea lo que está sucediendo, le está enfadando muchísimo.

Doy un paso más en su dirección, sin saber muy bien por qué. En ese

momento él se gira malhumorado y acabamos chocándonos.

—Perdón —me disculpo.

Comienza a sonar *Runaway with me*, de Carly Rae Jepsen.

Sus manos rodean mis brazos en el mismo momento en que aterrizo sobre su pecho, ¡Dios, qué bien huele!, y me separan despacio.

—No, discúlpame tú a mí —me pide. Sin soltarme, se inclina hasta que nuestros ojos están a la misma altura. Son tan bonitos como su pelo, de un suave tono a galope entre el avellana y el chocolate—. No he tenido cuidado. ¿Estás bien?

—Sí —me apresuro a responder—. No pasa nada.

Por un segundo nos quedamos mirándonos y juraría que, por un segundo también, sus dedos aprietan un poco más mi piel antes de soltarme. Siento chispas y calor. Siento algo diferente.

—¿Ibas a por una copa? —inquire.

Asiento porque me siento un poco aturdida.

—¿Qué bebes?

Vuelvo a la realidad. Eso me gustaría saber a mí. ¿Qué bebo? Pienso en las personas a las que he visto beber.

—Bourbon —respondo—. Tres.

Me observa desconfiado, como si las palabras que acabo de pronunciar no casaran con todo lo demás que ve en mí. ¿Tan transparente resulto?

—Mejor vamos a probar otra cosa —dice con cierto aire impertinente.

Frunzo los labios. Nunca me han gustado las insolencias... creo.

Alza la mano, uno de los camareros lo ve en mitad de la barra casi colapsada a unos pasos de nosotros y de inmediato se frena.

—¿Qué va a ser, J. Hannigan? —grita para hacerse oír por encima de la barra.

—Tres Martini Royale —responde.

¿J. Hannigan? ¿Será ese su verdadero nombre o, como los personajes de novela, tendrá un seudónimo para vivir aventuras?

Pasa junto a mí con la misma seguridad pasmosa que yo pretendía mostrar y choca la mano con el camarero, deslizándose de palma a palma un par de billetes.

—En un segundo estarán listos —me dice.

—Genial.

Camino hasta él, pero no puedo colocarme a su lado, la barra sigue de

bote en bote. Sin embargo, tomándome por sorpresa, coge mi muñeca y tira de mí para situarme en el hueco que él ocupaba, al tiempo que se retira y me suelta. Un gesto de sólo un par de segundos, pero con el que nuestros cuerpos se rozan, y ese calor que no puedo explicar se vuelve llamarada intensa.

—No pierdas el sitio —me advierte con una sonrisa, tengo la sensación de que riéndose de mí, al tiempo que se aleja un poco más.

Voy a responder cuando, casi involuntariamente, vuelve a centrar sus ojos en la mesa y la sonrisa se borra de sus labios de un plumazo. Levanto la cabeza tratando de ver qué ocurre. El chico se está alejando, la chica rubia sigue ahí, parece muy triste. Él, clavado en el mismo sitio, deja escapar con fuerza todo el aire de sus pulmones y sin más sale disparado.

—Ey, espera —lo llamo—. Tengo que pagarte las copas.

Pero ni siquiera parece escucharme.

—Aquí tienes —me informa el camarero, frenándome cuando iba a salir tras él.

Me giro torpe, casi he perdido mi hueco en la barra. Recojo mis copas, confusa, y regreso con las chicas. ¿Quién es J. Hannigan?

Ruby y Lizz reciben los Martini Royale con alegría; beber un cóctel sofisticado es parte de la experiencia. La música sigue sonando. Todo es igual de divertido, pero yo no puedo dejar de pensar en todo lo que ha pasado y, más que en ninguna otra cosa, en cómo él miraba a aquella rubia. Desde luego, era guapísima, la clase de chica que roba la atención de un chico como él.

—¿Estás bien, Molly? —me pregunta Lizz.

—Sí —me reafirmo asintiendo rápidamente—. Es sólo que había un chico en la barra. Él me consiguió las copas y después se marchó sin dejarme siquiera pagarlas.

—¡Dios mío! —me interrumpe Ruby con los ojos como platos y cara de susto—. ¿Y si lo que quiere es drogarnos para después subastarnos en una trata de blancas? Como en la película *Venganza*. Ya he bebido —añade gimoteando.

Lizz la mira, contagiándose de su estado de ánimo, y me temo un brote de histeria colectiva, uno del que, por otra parte, estaría formando parte si no tuviera clarísimo que él no es así.

—Nadie nos ha drogado —afirmo tajante.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. —No hay dudas—. Ese chico no tenía pinta de hacer esa clase de cosas.

Me muestro tan rotunda que las dos se tranquilizan, aunque miran con cierto recelo las copas.

Sin saber por qué, pierdo mis ojos al fondo del local y lo veo, a él, cruzándolo veloz.

—Mirad, es él —llamo la atención de mis amigas, señalándolo con el dedo.

Lizz y Ruby se quedan contemplándolo embobadas. No las culpo.

—Ve tras él —me pincha Lizz.

—¿Qué? —repongo, y mi voz se vuelve muy aguda al hacerlo—. No.

—Dijiste que no te dejo que le pagaras las copas. Ya tienes una excusa.

—No puedo hacerlo.

—Sí, sí que puedes —contraataca—. Esa clase de chicos no se fijan en chicas como nosotras.

—Se fijan en Paisley Cho —específica Ruby.

O en esa rubia guapísima.

—Tienes la excusa perfecta.

—Y no deberías desperdiciarla —insiste Ruby, mordiendo la cañita de su combinado. Parece que las reticencias por la subasta de trata de blancas se han evaporado.

Las observo. ¿Qué demonios? Asiento. Tienen razón. ¡Y es una locura!

Camino hacia el fondo de la discoteca a paso ligero y tomo las escaleras por donde lo he visto desaparecer hace menos de un minuto. Incluso en los peldaños hay gente bebiendo, charlando y bailando, así que la tarea de subir es más complicada de lo que parece a priori. La segunda planta, en cambio, está desierta y sólo iluminada por un par de destartaladas señales que indican el camino a los baños. Doy por hecho que no está aquí y ha seguido subiendo, y así lo hago yo hasta toparme, una planta después, con una gruesa puerta de hierro abierta.

Tomo aire, pero no lo dudo y la traspaso. Mis bailarinas apenas resuenan contra el suelo y, sin quererlo, me vuelvo sigilosa como un gato. Sonrío al comprobar que es la puerta de acceso a la azotea del edificio y mi gesto se ensancha cuando me veo albergada por un cielo lleno de estrellas y un número indefinido de rascacielos de cristal y metal protegiéndome. Me encantaría tener aquí mi iPad para dibujarlo todo.

—¿Qué haces aquí? —Su voz, como me pasó en la barra, me devuelve a la realidad.

Dejo de mirar el cielo y lo veo sentado en un pequeño muro de ladrillo rojo, que rodea la maquinaria de aire acondicionado, sorprendentemente silenciosa. No sé por qué sonrío. No sé por qué me siento tan bien.

—No quería molestarte —aclaro con rapidez—, pero te marchaste sin que pudiera pagarte las copas.

Ahora el que sonrío es él, un gesto comedido que apenas dibuja en sus labios el amago de un gesto feliz y, sin embargo, resulta muy sexy.

—Supongo que no debí parecerte muy educado largándome así.

Me encojo de hombros.

—Sospecho que tenías tus motivos.

No estoy yendo de lista y, si tuviera que enumerar esos motivos, tampoco sabría cuáles son, pero parecía enfadado con el universo y ése es un sentimiento que no se puede fingir.

—¿Estás bien? —inquiero al hilo de mis pensamientos.

—Esa pregunta es muy complicada incluso para hacérsela a un desconocido.

Me muerdo el labio, mortificada. Mis palabras han estado totalmente fuera de lugar. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Lo siento, no quería incordiarte —me disculpo.

—No lo has hecho —contesta, y no sé si es por la rapidez con la que lo ha hecho, esta azotea o, quizá, Nueva York, pero empieza a respirarse entre los dos algo parecido a la intimidad.

—Este sitio es increíble —comento por la urgente necesidad de decir algo.

Sonríe.

—Sí, no está mal. ¿Vienes mucho por aquí?

Niego con la cabeza.

—Es mi primera vez.

Él asiente, como si las piezas de un puzle que empezó cuando le pedí bourbon comenzaran a encajar.

—¿Cómo te llamas?

—Molly.

—Y no tienes veintiuno, ¿verdad, Molly?

Niego otra vez con la cabeza.

—Diecinueve —especifico—, pero no pienses que voy a meterte en un lío por pagarme las copas.

Él vuelve a sonreír.

—Soy legal —sentencio.

—No lo dudo —contraataca socarrón.

Sí, definitivamente se está riendo de mí.

—¿Cómo te llamas?

Quiero cambiar de tema. No me gusta que se rían de mí.

—James.

James. Bonito.

—¿Y qué es lo de J. Hannigan?

—Una estupidez.

Pierde la vista en sus propias manos tras responder y, a continuación, en el cielo de Manhattan. Ese enfado con el mundo parece volver y el suave silencio entre los dos también. A pesar de no conocernos, no me resulta incómodo y, antes de que pueda decidir por qué, camino despacio hasta quedarme junto al pequeño muro de ladrillo.

—¿Sabes? —le digo—, no parece una estupidez, parece el apodo de alguien que sabe moverse muy bien por estos ambientes, como un nombre de guerra.

James sonrío y cabecea con suavidad.

—Definitivamente tú no sales muy a menudo, ¿verdad?

Tuerzo el gesto.

—¿Qué me ha delatado? —inquiero para tomar nota mental y no volver a repetirlo en mis próximas salidas nocturnas a clubs.

—Las palabras *estos ambientes*.

—¿No usáis esa expresión en los clubs de moda?

—Más bien nadie se refiere a ellos así desde 1974.

Él sonrío y yo, involuntariamente, rompo a reír. James me observa hasta que mis carcajadas se diluyen y, cuando volvemos a quedarnos en silencio, golpea suavemente el trozo de muro junto a él con la palma de su mano para que me siente.

—Gracias —digo ya a su lado.

Los dos contemplamos el paisaje. Es sencillamente precioso, casi sobrecogedor.

—Me pregunto cuántos rascacielos habrá en Manhattan.

—Doscientos treinta y siete —respondo—. Ochocientos treinta y dos si contamos los edificios entre los cien y los ciento cincuenta metros. La Junta de Arquitectura Civil de Nueva York nunca se ha puesto de acuerdo a ese respecto.

James se gira hacia mí y me mira con el ceño fruncido. Yo lo observo a él, sólo un segundo, y vuelvo a perder mi mirada en el paisaje, avergonzada por haberme comportado como una sabionda. Quiero que la tierra me trague.

—Eso ha sido impresionante —dice en mitad de mi bochorno, y yo sonrío más aliviada que en toda mi vida.

—Gracias.

—Eres una chica muy lista.

—No, mi cociente intelectual es de ciento dieciocho, así que no tengo altas capacidades. Sólo me gusta precisar la información. Creo que es importante y a veces lo hago casi sin darme cuenta. Podría intuirse como un síntoma de algún trastorno como el Asperger, pero me hicieron los test de Ehlers, Gillberg y Wing de pequeña y salieron negativos. En realidad, esas pruebas sólo delimitan si tienes un trastorno social en el espectro autista, pero, si es el caso, no diferencian entre el autismo de alto funcionamiento y el síndrome de Asperger. Los test de Scout, Baron-Cohen y Brayme de 2002 son más apropiados... Lo he vuelto a hacer, ¿verdad? —planteo, mortificada de nuevo.

La sonrisa de James se ensancha y ya no parece el amago de un gesto feliz, ahora lo es.

—Sí —responde divertido.

—Después de este bochorno, creo que me merezco que me cuentes qué te pasa.

—¿Por qué crees que me pasa algo?

Bufo sardónica.

—Puede que sea mi primera vez en club, pero sé lo suficiente como para entender que, si un chico como tú acaba hablando con una chica como yo en una azotea, es porque no está en su mejor momento.

—Eso es una estupidez —sentencia sin asomo de dudas.

Vaya, he metido la pata. Supongo que no se puede ser tan rematadamente sincera.

—Yo...

—A lo mejor estoy aquí porque me gusta hablar contigo.

Otra vez lo miro sin poder creermelo lo que acabo de oír y sonrío feliz.

—Gracias.

—De nada —responde emanando seguridad a borbotones.

Otra vez el perfecto silencio. Otra vez sólo nos miramos. Tiene unos ojos marrones preciosos; son del color de la madera, la tierra mojada, el caramelo.

—Pero sigo pensando que te ocurre algo —digo antes siquiera de que mi cerebro analice mis palabras.

Automáticamente me tapo la boca con la palma de la mano y los ojos muy abiertos, pero ¿qué me pasa? Y casi en el mismo segundo, James rompe a reír sincero.

—Lo siento.

Debe de pensar que soy idiota.

—No te preocupes —contesta cuando sus carcajadas menguan—. Además, ¿sabes qué?, tienes razón.

Lo miro esperando a que continúe.

—No estoy bien. Ni siquiera sé cuándo dejé de estarlo.

—A veces es difícil saberlo —repongo.

—No, no lo es. —Otra vez no hay dudas—. Tengo veintiséis años y no sé lo que quiero. Estudié algo que me gustaba y he acabado en un trabajo que odio. Estoy enredado con una chica y lo que tenemos sólo va a traernos problemas a los dos. —Hace una pequeña pausa y una punzada de dolor me atraviesa demasiado rápido como para poder pedirle explicaciones. Debí imaginar que había una chica. Se parece a James Franco, era imposible que estuviese solo—. La quiero, joder, pero nuestra relación está llegando a un punto en que ni siquiera sé si es sana.

Se queda en silencio y juraría que está rememorando alguna situación en concreto o, quizá, toda su historia juntos.

—No me gusta hacia dónde va mi vida —concluye—, y lo peor de todo es que ni siquiera sé hacia dónde quiero que vaya. Estoy perdido.

—El amor puede ser muy complicado —digo apoyando las palmas de mis manos sobre mis vaqueros a la altura de mis muslos.

James me mira con esa sonrisa burlona y yo caigo en la cuenta de algo.

—¿Qué me ha delatado esta vez? —inquiero.

—La frase manida.

Una sonrisa tenue se cuela en mis labios.

—*Touché.*

—¿Nunca te has enamorado, Molly, la que pensaba beber bourbon la primera noche que ha ido a un club y a la que le gusta precisar la información?

Niego con la cabeza, divertida.

—Aunque tengo clarísimo que es un muy pobre intento por tu parte de cambiar de tema —le comunico, lo que le hace volver a sonreír—, no —sentencio.

Justin se acercó mucho, pero sé que no era amor.

James asiente. Está claro que mi negativa no lo ha sorprendido demasiado.

—¿Merece la pena? —pregunto.

—¿Enamorarse? —concreta.

Asiento y me giro para mirarlo sin restricciones. Él está inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas entreabiertas y los dedos entrelazados, con la mirada aún en Manhattan.

—Sí —responde, y esa única palabra está llena de muchas cosas, de un poco de felicidad, de un poco de tristeza, de un poco de ilusión, de un poco de enfado, de un poco de miedo, de un poco de esperanza.

—Lo sabía.

James me mira de reojo un solo segundo y vuelve a llevar su vista al frente.

—Estar perdido no es malo, ¿sabes? —digo retomando la conversación—. Siempre he pensado que es el punto de partida perfecto para que te pasen grandes cosas —me explico moviendo las manos—. La mayoría de la gente nunca se pregunta qué es lo que realmente quiere de la vida y por ese motivo se pierde el tomar decisiones que le llevarían hacia situaciones o lugares maravillosos, diametralmente opuestos a los que están. Tú estás en ese momento. Puedes hacer cualquier cosa. Sólo tienes que preguntarte qué es lo que quieres.

—¿Qué es lo que quiero? —repite casi en un susurro, contemplando las posibilidades que cada letra plantea—. Es una pregunta complicada —me reta divertido, pero tengo la sensación de que algo en su mirada ha cambiado.

—No es una pregunta que debas contestar sin pensar —le recuerdo.

—¿Qué quieres tú? —me demanda, cogiéndome por sorpresa.

Resoplo dejando que mis labios se muevan ruidosos y recorro uno de los

rascacielos con la mirada. Sí, es una pregunta complicada.

—No lo sé —me sincero—, pero quiero averiguarlo.

—Estoy seguro.

James sonrío y su gesto se contagia en mis labios.

—Debería volver —comento, y no sé por qué lo hago. Supongo que prefiero ser yo quien pronuncie esas palabras antes de que lo haga él.

James asiente.

Me levanto despacio y camino hacia la puerta bajo su mirada.

—Adiós, James —me despido deteniéndome junto a la salida.

—Adiós, Molly.

Creo que será complicado que olvide esos ojos marrones.

Lauren**Mis espectaculares tacones negros con plataforma blanca y tacón de diecisiete centímetros de Stella McCartney**

—Ahora no puedo. Te mando los archivos revisados en una hora —grito casi derrapando, esquivando las mesas de marketing.

El señor Miller, mi jefe, me ha mandado llamar y eso sólo puede significar dos cosas: *a)* me he metido en un lío; *b)* quiere encargarme más trabajo. Hace mucho tiempo que quemé la corbata de Sebastian Jezersky por haberme robado las galletas que había escondido en el armarito de la sala de descanso, así que no creo que sea eso. Sospecho que se acerca un marrón de proporciones bestiales, aún más que el viaje a Chicago, y el señor Miller tiene clarísimo quién va a hacerse cargo de él.

Tengo media hora antes de la reunión y muchas cosas que hablar con Maddie, así que he solicitado un gabinete de crisis en el archivo.

—Hola —saludo entrando.

—Hola —me responden dos voces en vez de una, y automáticamente doy un respingo.

Álex sonrío encantada.

—Alexandra, ¿qué haces aquí?

—Siempre habláis de vuestras reuniones en el archivo, así que quería ver cómo era y es... pequeño —certifica mirando a su alrededor.

—Y ya no se puede fumar —gimoteo—. ¿De qué me vale que te tires al dueño del mundo si no eres capaz de hacer que quite una alarma antiincendios? —protesto en clara referencia a Maddie.

Ella se encoje de hombros.

—Es por tu salud —contesta sin remordimientos.

—Qué fría —me quejo. Ella sonrío encantada—. Volviendo al tema que nos ocupa, me viene de cine que estés aquí —digo refiriéndome a Álex—. Hoy necesito muchos consejos.

—¿Qué te pasa? —pregunta Maddie.

—¿Qué no me pasa? —inquiero a mi vez, dramática.

—Si quieres un primer análisis —se ofrece Álex—, creo que has visto demasiadas veces *Lo que el viento se llevó*.

—Ja, ja —replico mientras ellas sonrían—. Mi vida es muy complicada.

Quiero seguir dándole un poco de vidilla a mi relato, hacer alguna broma o incluso ser un poco *drama queen* —suelo hacerlo para ganar en intensidad, pero también porque es muy divertido—, pero sólo con pensar en todo lo que pasó el viernes ni siquiera me apetece. Las chicas se dan cuenta al instante.

—¿Es por James? —pregunta Maddie.

—Y por Bentley —añade Álex.

—Creo que los dos me odian.

—Eso no es verdad.

—En el club, Bentley me dijo que tenía que dejar de repetirme que hice lo único que podía hacer cuando los dejé a los dos antes de lo de Boston, y creo que tiene razón.

—¿Y qué se supone que podrías haber hecho? —demanda Álex.

—No lo sé, pero tengo una sensación horrible, como un nudo en la boca del estómago que a veces ni siquiera me deja respirar.

Me llevo las palmas de las manos a los ojos y resoplo. Odio sentirme así de confusa. Es un asco.

—Lauren —me llama Maddie—, cuando viniste a casa después de romper con ellos, me dijiste que creías que estabas haciendo lo que tenías que hacer porque, si no podías elegir entre los dos, en el fondo significaba que no querías a ninguno.

—Te mentí —prácticamente la interrumpo sin paños calientes.

—¿Qué?! —repone indignada.

—Tú estabas a punto de dar el paso definitivo y quedarte a vivir en pijama en tu sofá, rodeada de cajas de oreos. No podía decirte que irnos a Boston para salvarte de semejante funesto futuro me estaba haciendo polvo. Eres mi amiga.

Maddie se lleva la mano al pecho con una sonrisa y una mirada llena de

dulzura y, como si estuviera a punto de regalarme una taza de esas en las que pone «la mejor amiga del universo», se tira en mis brazos. Sin embargo, un segundo de abrazo después, se separa y me pellizca cerca del hombro. ¡Qué daño!

—No vuelvas a mentirme —me advierte, fulminándome con la mirada.

Yo me quejo y me froto la piel con la mano.

—Entonces —reconduce la conversación Álex—, si no querías romper con ellos, ¿ahora quieres volver?

—No —contesto de inmediato.

Ambas me miran confusas. No las culpo. Yo también lo estoy.

—Los quiero a los dos, pero no podemos seguir así. Necesito otra cosa. Quiero un amor de verdad, ¿sabéis? Quiero que, cuando lo mire, no tenga dudas, que sea él, en mayúsculas. Mi míster perfecto.

Las chicas sonrían. Saben perfectamente a qué me refiero, porque las dos han encontrado a los suyos.

—Los míster perfectos son muy difíciles de hallar —interviene Álex, sin que el gesto abandone los labios.

—Lo sé —respondo sin vacilar—, y no pienso rendirme. Soy como Carrie Bradshaw.

—Creí que yo era Carrie Bradshaw —me interrumpe Maddie.

—Si alguien es Carrie Bradshaw aquí, soy yo —deja claro Álex.

—No tenéis ninguna clase, Charlotte y Miranda —replico.

—¿A quién le hablas? —inquire Álex mirando a su alrededor, fingiéndose confusa, como si no encontrara a las otras dos chicas a las que me refiero.

—¿Cómo te atreves?

Después de un acalorado debate en el que me he visto obligada a utilizar el argumento de mi innata belleza para quedarme con el puesto de Carrie, me han echado del archivo y Álex me ha comunicado que ya no somos amigas. Tampoco las culpo por eso. Tiene que ser duro asimilar que sólo yo puedo ser Carrie.

* * *

—Buenos días, señor Miller. ¿Quería verme? —saludo asomándome a su despacho.

—Sí, pase —responde de pie, desde detrás de su mesa, con varios papeles en la mano y revisando otros que descansan sobre el escritorio.

Obedezco, cierro tras de mí y camino hasta colocarme frente a él. Como siempre, me tiene cinco minutos en el más absoluto silencio mientras él sigue enfrascado en sus documentos. Es un hombre sumamente meticuloso y un gran profesional, que no os engañe que Ryan lo pille con la guardia baja de vez en cuando. La culpa no es suya, es del señor irascible-sexo increíble, que pillaría con la guardia baja al mismísimo Henry Ford.

—La he mandado llamar porque tengo algo muy importante que comentar con usted —me informa dejando al fin los papeles sobre la mesa y, encima de ellos, sus gafas de ver de cerca.

Asiento. Soy toda oídos, jefe.

—Para intentar agilizar y optimizar el trabajo, el señor Riley ha decidido crear un nuevo puesto de ejecutivo júnior. Sería un enlace entre nuestro departamento y el de Producción —o lo que es lo mismo, el departamento de Stan Matel; ese hombre es un ogro o, peor aún, es el monstruo que quería comerse a los Fraggles—. Tendría que aprobar y elaborar presupuestos, estudiar peticiones de gastos, personal, cuadrar cuentas. Básicamente, un pequeño departamento contable dedicado en exclusiva a Producción.

Asiento de nuevo, aunque por dentro estoy refunfuñando. Ya sé por dónde va y significa que estaré las próximas dos semanas revisando y apilando información de todo el trabajo que hemos hecho para Stan Matel para ese nuevo ejecutivo júnior.

—Prepare dosieres informativos por triplicado de todos los presupuestos aprobados para el señor Matel en los dos últimos trimestres.

Lo sabía.

—Considérelo un ascenso —sentencia.

—¿Un ascenso? —demando confusa.

El señor Miller inspira pesadamente, llevándose las manos a las caderas.

—Tendrá un aumento de responsabilidades y de retribución salarial, es lo que suele conocerse comúnmente como un ascenso.

Abro los ojos como platos. No puede estar diciendo lo que creo que está diciendo. ¿De verdad no sabe que hace poco más de una semana le queme la corbata a un compañero y lo obligué a mirar?

—Queremos que usted ocupe ese puesto, señorita Stevens.

—Sí —respondo antes de que se arrepienta.

—Tanto el señor Matel como yo consideramos que es la persona más apropiada para el cargo. —Sonrío—. Su jornada se incrementará en veinte horas semanales. —No me importa—. Se pondrá a ello ahora mismo. —Eso tampoco me importa—. Quedan algunos detalles por concretar. La mantendré informada.

—¿Tendré mi propio despacho? —pregunto entusiasmada.

—No.

—¿Secretaria?

—No.

Eso me importa un poco más; un secretario sexy habría sido lo más, pero, aun así, acepto. ¡Voy a ser ejecutiva júnior!

—Perfecto —respondo conteniéndome para no gritar de pura felicidad.

—Puede retirarse, señorita Stevens —me anima a salir de su despacho al ver que parezco haberme quedado pegada con cemento a la moqueta, eso sí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, claro —contesto nerviosa, sin poder dejar de sonreír—. Gracias, señor Miller — concluyo ya saliendo.

—Enhorabuena, señorita Stevens.

¡Qué pasada!

Salgo del despacho y tiro de la puerta para que se cierre a mi espalda.

—¡Me han ascendido, panolis! —les grito a mis compañeros con una sonrisa de satisfacción. Ellos me miran con una mezcla de odio, temor y admiración, y yo disfruto un poco más de mi posición recién adquirida—. Todos vuestros culos me pertenecen. Pienso vengarme de cada...

—Señorita Stevens —me llaman a mi espalda. ¡Mierda!—, cierre la puerta, por favor.

Me giro hacia el despacho del señor Miller imitando la cara de niña buena de Maddie, aunque no estoy segura de que lo consiga. Le sonrío como ofrenda y él me devuelve el mismo gesto frío y tenso. Espero que no se haya arrepentido ya de ascenderme.

—Señor Miller —me despido cerrando.

—Señorita Stevens.

Las dos horas siguientes trabajo más que duro, durísimo. Quiero ponerme con mis nuevas funciones cuanto antes y eso significa que debo revisar todos los presupuestos de Matel de los dos últimos trimestres lo antes posible.

Sin embargo, minuto a minuto, una idea va tomando forma en el fondo de mi mente. Lo que le dije a las chicas sobre buscar a míster perfecto iba completamente en serio. Pienso convertirlo en un principio inquebrantable en mi vida, pero, para poder hacerlo, antes necesito cerrar el capítulo que Bentley y James han marcado. Normalmente huiría sin mirar atrás, pero no quiero hacerlo así con ellos. Además, siendo pragmáticos, tampoco podría aunque quisiera. Trabajo en la misma empresa que Bentley, en la misma planta para ser exactos. Es más que probable que lo vea cada día en esta oficina el resto de mi vida laboral. Y James es mi mejor amigo y el hermano, mellizo, de una de mis dos mejores amigas. Es más que probable que lo vea cada día en The Vitamin el resto de mi vida social.

Resoplo. Toca ser adulta.

Me levanto, cruzo decidida mi departamento y me planto en la frontera invisible que el pasillo que conduce a las escaleras marca entre Contabilidad y la redacción de *Spaces*. Tomo aire de nuevo y pienso en una canción de The Police para infundirme el extra de valor que necesito. Me quedo con *Roxanne*, siempre he pensado que tiene una segunda lectura muy feminista, del tipo «las mujeres podemos hacer todo lo que queramos».

Mis tacones repiquetean contra el parquet, mezclándose con el sonido de tecleo constante y ruidoso de la redacción. Es curioso, sea el *New York Times* o la revista más pequeña del estado más pequeño, ese rumor siempre acompaña el ambiente de trabajo de cualquier publicación.

Entro esperando encontrar a Maddie en su mesa, pero no está. Me giro hacia la puerta de Bentley, nerviosa. Está cerrada y yo me siento extraña por no saber cómo comportarme. No tengo ni idea de en qué situación estamos. Doy una palmada por activarme y no alargar más esta especie de limbo y llamo a la puerta esperando a que me den paso... pero, ¡santo cielo!, ¿qué estoy haciendo? Era mi novio. ¡Lo hemos hecho en este mismo despacho! ¿Por qué me estoy comportando como si de pronto no tuviéramos ninguna confianza? Es absurdo. Todo esto es absurdo.

—Tú eres absurda, Lauren Stevens —murmuro a regañadientes, agarrando el pomo y girándolo—. ¿Molesto? —inquiero entrando a las bravas.

Pero no hay rastro de Bentley. El despacho está vacío. Genial. Me llevo las manos a las caderas con el gesto torcido. He montado una escenita para nada. Voy a girarme dispuesta a salir, pero con el movimiento me doy de

bruces con una camisa de cuadros y un olor diabólicamente delicioso. También me asusto, mi mente es un lugar muy complejo, y doy un respingo separándome de Bentley, que me mira divertido por nuestro encontronazo. Dejando al margen el choque y el susto inicial, la verdad es que no sé cuánto tiempo ha pasado y yo sigo aquí plantada, sin decir una palabra, mirándolo con cara de idiota.

—¿En qué puedo ayudarte? —inquire él, caminando hasta su mesa.

Su paseo me deja a la vista ese exquisito culito que tiene. Por el amor de Dios, qué cruz.

—Lauren —me llama.

Me obligo a dejar de mirar lo que estaba mirando y concentrarme. «¡Concéntrate!»

—Tenemos que hablar —consigo decir al fin.

—Tú dirás.

—Es por todo lo que ha pasado estos días... bueno, todo lo que ha pasado desde que me pediste que me fuera a Boston, o desde que rompimos, o, no sé, desde que empezamos a salir...

Aparto mi mirada de la suya, buscando algún punto zen en el que centrarme. Sabía que no sería una conversación cómoda, pero no imaginé que fuera tan difícil. Bentley me observa en silencio, incluso un poco frío. Soy plenamente consciente de por qué lo está haciendo. No va a facilitarme las cosas; quiere que hable, que le diga cómo me siento, y eso no es algo que me guste demasiado.

—Creo que la situación es la que es y tenemos que aceptarlo —continúo mientras levanto la barbilla— y lo mejor es que pasemos página. Trabajamos juntos y ésa debería ser nuestra prioridad.

Desuno nuestras miradas una vez más, al tiempo que me cruzo de brazos. Tengo la sensación de haber odiado cada palabra que he pronunciado. Aun así, no puedo permitirme flaquear. Quiero a míster perfecto. Quiero un amor de verdad. Necesito cerrar este capítulo...

—Me parece lo mejor.

¿Qué? Abro la boca dispuesta a decir algo, pero no sé el qué. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla. Yo pensaba que él, no sé, no me lo pondría tan... fácil. ¿Por qué lo ha hecho? ¿No le importa cerrar definitivamente lo nuestro? Quiero morirme de pena ahora mismo.

—Es lo mejor —sentencio.

Una cosa es que quiera morirme abrazada a un bote de helado de chocolate y brownie y otra cosa es que vaya a demostrárselo.

—Pues no hay nada más que hablar, entonces —certifica.

—Nada en absoluto... ¿Un apretón de manos? —propongo como si estuviéramos cerrando un trato junto a la estatua de Benjamin Franklin, en Wall Street.

Le ofrezco mi mano, Bentley tiende la suya, la estrecha con la mía y esa idea aséptica e impersonal de Wall Street sencillamente se esfuma, maldita sea. Una corriente de electricidad llena de chispitas glotonas se extiende desde nuestros dedos hasta mis pies, hasta mi nuca, hasta mis labios. Es una pasada.

Retiro mi mano algo brusca para cortar el momento y, como no sé qué hacer con ella ahora que está lejos de la suya, la llevo rígida, casi como un robot, hasta mi costado. Tengo que salir de aquí ya.

—Adiós, Bentley.

—Adiós, Lauren —contesta, y en su voz hay un deje de impertinencia.

Frunzo el ceño. ¿A qué ha venido eso? Sin embargo, no pregunto. He pasado página... espero. Me riño a mí misma. He pasado página sin duda.

Regreso a mi mesa y continúo trabajando. Estoy tan enfrascada que casi olvido ir a la máquina de *vending* a por un Twinkies, el mejor dulce sobre la faz de la tierra; si no, que se lo pregunten a Woody Harrelson, quien, en la tierra postapocalíptica de la peli *Zombieland*, sólo podía pensar en comerse uno.

Un par de horas después, algo no me cuadra en uno de los presupuestos. Para aclararlo, tengo que ir al departamento de Producción y hablar con Stan Matel, quien después de gruñir un «vas a darme más problemas que quitármelos», me dice que hable con Stacey O'Sullivan, una de las chicas de su equipo y la responsable de ese presupuesto en concreto.

—Entonces, ¿toda la batería de partidas que se usó en el primer día de fabricación se consumió antes de las veinticuatro horas?

—Sí y no —responde—. Trabajamos en turnos de veintiséis horas para maximizar todo los recursos.

Observo el presupuesto un segundo más.

—Pero eso genera un desfase en las variables que utilizamos como plantillas —le hago ver.

Ella niega con la cabeza.

—El señor Matel encargó que se modificaran las plantillas.

Lo pienso un segundo con la mirada fija en los números.

—¿Y volvisteis a las plantillas estándar para los cálculos de las horas que fluctuaban de la primera a la segunda semana?

Va a contestar afirmativamente, pero entonces parece caer en la cuenta de algo y hunde los hombros.

—No —se lamenta—; el señor Matel va a matarme.

La observo. Tiene que ser complicado trabajar para el monstruo de los Fraggles.

—No, porque el señor Matel no va a enterarse —la consuelo—. Abre un archivo nuevo en el ordenador —le pido con una sonrisa—. Vamos a arreglarlo.

Stacey me devuelve el gesto y de inmediato nos ponemos manos a la obra.

Estoy sentada en su mesa, haciendo algunos cálculos mientras ella va rellenando las plantillas, cuando un ruido junto al ascensor me distrae. Me vuelvo justo a tiempo de ver cómo Bentley y Spencer salen del cubículo perfectamente iluminado y atraviesan, conversando, el departamento de Producción camino del despacho de Stan Matel. Cada vez que lo veo así, con los chicos, charlando, riendo, me siento como si hubiese vuelto de golpe a Bar Harbor, al instituto John Adams, y estuviese viendo a los integrantes del equipo de fútbol atravesar los pasillos, destilando ese aire de estrella de cine de los años cincuenta, como si la peli *American Graffiti* se hubiese escrito para ellos: altos, guapos, divertidos, fuertes, inteligentes y perfectamente sabedores de que un número casi cósmico de chicas babea por ellos.

Justo antes de entrar, Bentley alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. No sonrío. No dice nada. Pero mi mente ya lo imagina como el rey del mambo. ¿Sabrán los hombres cómo pueden llegar a cautivarnos sólo por mostrarse seguros?

—¿Tienes el siguiente cálculo? —inquire Stacey, sacándome de mi ensoñación.

—Sí —balbuceo.

¿Qué estoy haciendo? ¡Se supone que he pasado página!

—Apunta —gruño, obligándome a prestar de nuevo atención a mis papeles.

Trato de concentrarme, pero es... complicado. Él está cerca y mi cuerpo

traidor, transformado en una especie de radar de buenorros, lo siente igual que si alguien destapa un cubo de helado de chocolate en cien metros a la redonda.

No sé cuánto pasa, y negaré haber estado mirando hacia la puerta de Matel en intervalos de dos minutos, cuando Bentley vuelve a salir. Tal y como ocurrió a su llegada, alza la cabeza y me ve, pero, exactamente como pasó entonces, no prolonga el contacto más de lo necesario y se marcha sin dirigirme la palabra, sin sonreírme, y lo peor de todo es que sé que no está enfadado. Bentley simplemente parece haberlo... superado.

—Mejor —murmuro para mí—. Eso era exactamente lo que quería.

Me alegro de que haya captado el mensaje.

—¿Decías? —inquire Stacey alzando la cabeza.

—Nada —respondo con una sonrisa.

Era exactamente lo que quería... entonces, ¿por qué duele?

Me convierto en la más eficiente de las oficinitas *barra* inminentes ejecutivas júnior y termino de revisar todos los archivos. A las seis en punto estoy saliendo del Riley Group sintiéndome muy orgullosa de mí laboralmente; en el resto de los sentidos, prefiero no indagar.

—¿Dónde estás? —le pregunto a Álex en cuanto descuelga.

El aire frío de mediados de marzo me sacude en plena 59.

—Estoy en The Vitamin con Charlie. Después iremos a cenar al Bella Serata, ¿te animas?

Voy a contestar que sí, pero entonces me doy cuenta de que sólo estoy huyendo de algo que no quiero tener que hacer, aunque no me haya permitido reconocerlo hasta ahora.

—No puedo —respondo al fin.

—Bueno, si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos.

Asiento, aunque soy consciente de que no puede verme, y nos despedimos.

De pie, en el primer peldaño de las escaleras que llevan a la parada de metro de Columbus Circus, resoplo mirando hacia todos lados y finalmente busco su número en la agenda. Por un momento temo que ni siquiera me coja el teléfono.

—¿Qué quieres? —contenta malhumorado.

—Hola —gruño enfadada. Puedo entender que esté muy cabreado, pero se está comportando como uno crío.

—¿Qué quieres? —repite con idéntico tono.

—Tenemos que hablar —suelto a bocajarro, ya que la posibilidad de una conversación telefónica amable brilla por su ausencia.

James resopla.

—No tenemos nada más que hablar.

—¡Pues genial! —estallo—. Sigamos enfadados toda la vida. Compartimos a Maddie, a Álex, The Vitamin y todos los festivos nacionales, así que, como imaginarás, los próximos cincuenta años van a ser divertidísimos.

Vuelve a resoplar, no lo culpo, y yo miro mal a una señora con un sombrero de Sears que ha ralentizado el paso sólo para poder seguir nuestra conversación.

—Está bien —acepta a regañadientes—. Estoy haciendo la cena en mi piso, ven.

Cierro los ojos, mortificada. Su piso, James guapísimo y cocinando. Eso tiene el mismo efecto para una mujer que los ascensores del Riley Group.

—No. Mejor quedemos en el Saturday Sally —le ofrezco—. Territorio neutral.

James maldice entre dientes tan bajito y tan cabreado que ni siquiera soy capaz de entenderlo.

—Hannigan —trato de calmarlo.

—Si quieres hablar, ven —me interrumpo con la paciencia al límite—. Si no quieres hablar, no vengas; por mí, de cine.

Y, sin decir nada más, cuelga.

Abro la boca indignadísima. ¿Quién se cree que es para colgarme el teléfono? Vuelvo a llamarlo, pero no responde. ¡No me lo puedo creer! Estoy tan enfadada que paso del metro y paro un taxi de un silbido.

Subo las escaleras de su edificio magistralmente rápido, sobre todo teniendo en cuenta los tacones que llevo, y aporreo su puerta incluso cuando ya lo oigo acercarse a ella desde el otro lado.

—¿Quién te crees que eres? —prácticamente grito en cuanto lo tengo delante.

James me mira arrogante, incluso altivo. Dios, ¡cómo lo odio! y, Dios, ¡cómo odio todavía más que tenga esa habilidad innata para, con unos viejos vaqueros rotos y una camiseta desgastada de los Yankees, descalzo y

despeinado, parecer el dueño de un castillo a lo «Downton Abbey»! Supongo que a eso se le llama tener clase.

—Me has colgado el teléfono —protesto.

—¿De eso es de lo que quieres hablar? —pregunta girando sobre sus pies y volviendo al interior del apartamento, *pa-san-do-de-mí*.

Chillo de pura impotencia.

—¡Claro que no! —contesto siguiéndolo.

—¿Y de qué quieres hablar? —inquire deteniéndose en mitad de su salón, con el enfado absoluto resquebrajando su frialdad—. ¿De cómo me dijiste que te ibas a Boston sin darme oportunidad siquiera de opinar?, ¿o de cómo me dijiste que eras incapaz de elegir entre Bentley y yo?

—Para mí también fue difícil.

—Ni siquiera me dejaste intentarlo.

—¿Y qué habrías hecho? —repongo desesperada—. Yo no quería que las cosas fueran así, pero no podía cambiarlas y tú tampoco. ¡Tenía que irme!

—¡Me habría ido contigo!

Sus palabras nos silencian a los dos y de pronto nos miramos a los ojos, como se miran dos personas que conocen cada centímetro del cuerpo y el corazón de la otra.

—¿Te habrías ido por mí o por Maddie?

En cuanto formulo esa pregunta, me arrepiento. Ha sido un golpe bajo de lo más injusto. James baja la cabeza al tiempo que una sonrisa fría, fugaz y sardónica se apodera de sus labios.

—Lo siento.

—Lárgate —me interrumpe alzando la cabeza de nuevo, volviéndose y dirigiéndose a la cocina.

—James, lo siento de verdad —digo caminando también, colocándome frente a él, al otro lado de la isla—. No debería haber dicho eso.

Apoya las palmas de ambas manos en la encimera e inclina ligeramente su cuerpo hacia delante, tensándolo.

—¿Qué crees que siento por Maddie?

Su pregunta me pilla por sorpresa. Abro la boca dispuesta a contestar, pero él vuelve a interrumpirme.

—¿Por un segundo has pensado que volví contigo para acercarme a ella? —plantea amenazadoramente suave, irguiéndose de nuevo poco a poco, despacio, colocando una a una las piedras de un enfado casi infinito—, ¿que

seguía sintiendo algo por Maddie cuando me acostaba contigo?

—James...

—Tú no me conoces, joder —escupe decepcionado, y eso es lo último que quiero. Me duele. Me duele muchísimo.

—¡Te he dicho que lo siento!

—¡¿Y a mí de qué me vale?!

Cabeceo y acto seguido alzo las manos en señal de tregua. No podemos seguir así.

—¿Te das cuenta? —pregunto en un tono más conciliador—. James, tenemos que arreglar esto.

—¿Y qué propones? —inquire a su vez, manteniendo su dura mirada sobre mí.

—Que pasemos página —contesto esforzándome en decir unas palabras que en el fondo no tengo claro que quiera pronunciar, aunque sea plenamente consciente de que es lo que debo hacer—, que tratemos de volver a ser amigos.

Los preciosos ojos marrones de James siguen en los míos mientras estudia cada palabra que pronuncio, tomándose largos segundos.

—¿Y si no quiero renunciar a ti? —plantea al fin.

—James...

—¿Recuerdas cuando aún íbamos a la universidad, cuando nos tumbábamos vestidos en la cama y nos poníamos a hablar de las cosas que queríamos para el futuro?

—Sí —murmuro, y mi voz se entrecorta porque me acuerdo demasiado bien de cada uno de esos momentos. Nunca me había enamorado de verdad hasta que lo conocí a él.

—Tú querías dirigir el departamento de Contabilidad de una gran empresa, casarte con un hombre guapísimo y tener más zapatos que Sarah Jessica Parker.

Los dos sonreímos, pero a ninguno de los dos nos llega a los ojos. No por mi plan de vida, que, francamente, sigue siendo el mismo y me encanta, sino por cómo éramos entonces, por cómo nos cogíamos de la mano, porque estar tumbados en una cama, el uno frente al otro, aunque estuviésemos vestidos, aunque ni siquiera nos tocáramos, era sencillamente mejor que todo

lo demás, porque en un solo segundo de aquellos compartíamos más intimidad de la que la mayoría de las personas tienen la suerte de sentir en toda su vida.

—Tú decías que no sabías lo que querías —le tomo el relevo como narrador—, pero que estabas convencido de que, cuando llegase el momento, lo sabrías.

James asiente con una tristeza mayor, más profunda, y automáticamente entiendo que no sólo está así por los recuerdos de ese momento, que hay algo más.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada.

James se obliga a sonreír, su sonrisa más canalla y sexy, pero que en el fondo es sólo un escudo.

—James...

No responde, camina hasta mí con una convicción absoluta y, hundiendo su mano en mi pelo hasta llegar a mi nuca, me estrecha contra él y me besa con fuerza.

—James... —murmuro confusa, y no es por este instante, sino por mis propios sentimientos. Una parte de mí me pide a gritos que siga, que lo bese; la otra se atrinchera como un domador de leones con una silla, recordándome todo lo que dije sobre mister perfecto—... no puedo — pronuncio contra sus labios.

—No voy a renunciar a lo único que sí sé que quiero —me advierte sin separarse un solo centímetro.

Me mira con esos deliciosos ojos y yo vuelvo a caer porque decirle que no suena confuso y raro, porque yo me siento demasiado confundida desde que rompí con él para marcharme a Boston, porque estar con James es como volver a esa cama, tumbados, hablando del futuro. Es regresar a un lugar sencillo y seguro.

6

James

Las deportivas azul marino de Le Coq Sportif más gastadas del mundo

Me levanto despacio. No quiero despertarla. Recojo mis vaqueros del suelo y me los pongo al tiempo que hago lo mismo con la camiseta y me calzo mis deportivas. Mientras me abrocho los pantalones, mi mirada recorre la cama revuelta y, sin quererlo, como si fuese un castigo del que no puedo huir, mis ojos se posan en ella, en su pelo rubio, en esa cara de muñeca que me vuelve loco desde la primera vez que la vi en el pasillo del *Butler Hall* de la universidad.

Necesito pensar.

Salgo por la ventana a la escalera de incendios y, cobijado por el frío de marzo y Nueva York, me enciendo un cigarrillo. Me siento extraño, con un enfado demasiado denso corroyéndome las venas, como si una mano invisible estuviese agarrándome el estómago y apretando con fuerza.

No sé qué quiero, joder. No sé qué tengo. Un trabajo que odio, un padre que me mira cada vez más decepcionado y preocupado, un hueco en la ciudad que me ahoga porque no lo siento mío. No es una sensación nueva, pero se ha hecho tan grande que ya no queda sitio para nada más. Aquella charla en la azotea del EOHN con aquella chica me hizo expresar en voz alta cómo me siento. Lo hice porque tuve la sensación de que podía ver dentro de mí y eso me enfadó, me asustó y me gustó, todo a la vez, pero, sobre todo, me hizo encontrar alivio, porque fue como si, antes siquiera de que supiera su nombre, me hubiese dicho «ey, a mí no tienes que mentirme, te conozco y sé cómo te sientes». Fue... íntimo, y dio en el clavo con cada palabra. Me siento perdido. Estoy perdido. Y no sé qué paso dar, por dónde seguir. Por eso he

acabado acostándome con Lauren otra vez, porque no puedo dejar de luchar por ella. Es lo único de lo que estoy seguro. Tiro el cigarrillo y lo piso hasta apagarlo.

—Hola.

Su voz casi en un murmullo me hace girarme. Ya se ha vestido, pero sigue descalza. Abraza su propio cuerpo y se apoya sobre la pared de ladrillo rojo. Manhattan la recibe y el tenue viento mueve su cabello rubio. Tiene las mejillas sonrosadas, los ojos un poco hinchados por el sueño y el pelo algo revuelto. Esta desaliñada y preciosa.

—Hola —respondo.

Por un momento sólo nos miramos.

—Tenemos que dejar de hacer esto —dice realzando lo obvio, sin separar sus hermosos ojos grises de los míos.

—Sobre todo si lo hacemos por los motivos equivocados —le doy la razón.

La quiero, no soy ningún estúpido, pero hemos follado porque nos echábamos de menos, porque cuando las cosas se complican es como navegar a un puerto seguro.

Lauren coge aire y suelta un profundo suspiro. Parece más pequeña y vulnerable. Camino hasta ella. Rodeo sus hombros con mi brazo y la estrecho contra mi cuerpo al tiempo que le doy un beso en el pelo. Ella se refugia en mi pecho, frota la nariz contra mi camiseta y finalmente esconde la cara en mi cuello.

—¿Podemos volver a ser amigos? —me pide—, por favor.

Y hay tanta ternura en esas palabras, un sentimiento tan puro, que en seguida lo reconozco porque yo me siento exactamente igual.

—Sí —respondo.

No puedo perderla.

—No puedo perderte —dice poniéndole voz a todos mis miedos.

—No vas a perderme —sentencio, y nunca he tenido nada más claro en toda mi vida.

Le doy un nuevo beso en la cabeza y ella se agarra a mi camiseta. No sé cuánto tiempo pasamos así, sin pensar en nada más que no seamos nosotros y este pedacito de Nueva York.

—Será mejor que duerma con Álex —dice separándose.

Yo la miro. Ella me devuelve la mirada, pero la aparta al cabo de unos

segundos, mordiéndose el labio inferior, mortificada, pensativa, llena de deseo y preciosa, todo a la vez.

—Sí, será lo mejor.

Lauren me mira con algo parecido a la decepción, pero el sentimiento rápidamente se imprime de frustración. Estaba tan enfadado porque se marchara a Boston que me obligué a creer que esto era fácil para ella. Sólo necesito un segundo de esa mirada para darme cuenta de que no podría estar más equivocado.

Alza la mano a modo de despedida y regresa al apartamento. Yo resoplo y me echo hacia delante hasta apoyarme en la barandilla que sujeto con las dos manos. No sé qué hacer. No tengo ni la más remota idea. ¿Por qué es tan complicado? ¿Por qué me siento así? Recuerdo a Molly y sin quererlo sonrío. Es una de esas personas que pueden iluminar una habitación con sólo una sonrisa, porque están cargadas de positividad. Me dijo que debía preguntarme qué quería. Me concentro en esa pregunta, pero mi mente vuelve a convertirse en un maldito libro en blanco en el que no hay una sola página escrita, ni siquiera una mísera pista.

—¿Qué quieres, joder? —me suplico casi desesperado, tensando todo mi cuerpo.

Vuelvo a pensar en Molly, a recordar todo lo que dijo. Ella no veía esta situación como algo negativo, sino como una oportunidad, una oportunidad de ser feliz de verdad, de centrarme en lo que quiero, de no dejarme arrastrar por algo que me hace infeliz, de ser quien quiero ser.

Sonrío. El enfado se diluye o por lo menos se transforma en algo diferente y la tensión desaparece tan rápido que casi asusta.

—Lo sé, joder —susurro con una sonrisa, determinado, convencido.

Lo tengo clarísimo.

Molly

Vans con estampado de flores selváticas

Salgo de la librería con un único pensamiento en la cabeza: tengo que organizarme. Ya ha pasado una semana desde que regresé de París y en tan sólo tres días volveré a la Parsons School. Ya tengo listas algunas cosas, como los libros que necesitaré este semestre y también todos los materiales de diseño, pero hay algo muy importante que debo hacer: quiero conseguir un trabajo. Afortunadamente, muy pero que muy afortunadamente, Malcom se hace cargo de las facturas de la residencia y la universidad. Los estudios superiores son una de las cosas más caras en Estados Unidos. Muchos de mis compañeros, Lizz, sin ir más lejos, tienen que trabajar durante el verano o las vacaciones de Navidad para completar sus becas o el dinero que pueden ofrecerles sus padres, y ellos también pueden considerarse afortunados. Muchos más deben trabajar y estudiar o acaban de créditos universitarios hasta las cejas. Yo quiero encontrar un empleo para aportar mi granito de arena económico, por pequeño que sea, porque que me sienta afortunada no equivale a ser una desagradecida y lo justo es que empiece a colaborar ganando mi propio dinero.

Es el primer punto de mi lista. En realidad, ese puesto de honor lo comparte con algo un poco más complicado, algo que cada vez que pienso me hace feliz y me asusta al mismo tiempo: quiero ver a Justin. He estado pensando en él todos los días desde que he vuelto. Quizá podríamos continuar aquí lo que empezamos en París. Estoy completamente convencida de que seríamos tan felices como si trasladáramos su buhardilla con vistas al barrio de los pintores a la isla de Manhattan. Si no he ido ya a buscarlo o lo he llamado es porque me da un miedo terrible que él no esté de acuerdo, que no haya pensado en mí todos los días, que crea que lo que tuvimos se acabó en el momento en el que los dos nos marchamos de esa buhardilla.

Cabeceo. Nada de ideas tristes. Cuando nos reencontremos, será como en las pelis románticas; sonará una preciosa canción de fondo y no podremos dejar de sonreír un mero segundo.

Llena de positividad, camino dos manzanas por el colorido Greenwich Village y llego a la Parsons. Aunque las clases aún no han comenzado, ya hay mucho movimiento. Sin poder evitarlo, sonrío de oreja a oreja; estoy deseando que se reanuden las clases.

Reviso el enorme tablón de anuncios junto a las escaleras principales, anotando números de teléfono y haciendo fotos con mi iPad. Hay muchas ofertas de trabajo para jóvenes diseñadores, aunque todos sabemos que en realidad sólo buscan pintores gratis con la excusa de llamarlos becarios.

Todo parece ir en esa dirección hasta que un anuncio me llama la atención. Es una fotocopia en una hoja de papel de un intenso amarillo limón. Las letras negras grandes fueron escritas a mano en el original, obviamente con un rotulador permanente de punta muy gruesa. Buscan diseñadores para crear los decorados del escenario de un festival de música aquí en Manhattan. Prometen dinero a cambio y poder escuchar a buenos grupos. Podría parecer un anuncio de esos de «se busca batería» que aparecen pegados en las farolas, pero, sin embargo, es todo lo contrario. Está lleno de pasión y mucho carisma.

Le hago la foto con una sonrisa y memorizo el teléfono. Tengo que conseguir ese puesto.

La chica que me atiende por teléfono me explica que tengo que ir hasta Chinatown, en concreto, hasta un viejo almacén en la calle Mott cerca del cruce con Bayard. Según me dice, no tiene pérdida, sólo debo buscar unos carteles de neón que estén encendidos a esta hora de la mañana.

Voy andando, no está muy lejos, y llego en poco más de treinta minutos. La verdad es que, el hecho de que la entrevista sea en este barrio, para mí suma aún más puntos. Me encanta Chinatown. Es como un pequeño país dentro de Manhattan; mejor aún, es como un pequeño país de cuento, mágico y milenario, donde desde cualquier rincón puede aparecer una princesa... pero esa princesa no se marcharía con su corte sin más, sino que sería atacada por un malvado villano con una gruesa cicatriz en la cara hasta el ojo derecho. No os preocupéis, porque entonces haría su estelar aparición un intrépido y guapo aventurero, insolente y con mal carácter. Salvaría a la chica, a la que llamaría *muñeca*, pero ella le diría que no necesitaba ser salvada porque, al

contrario de lo que su apariencia de frágil princesa diera a entender, era una mujer valiente. Se pelearían al mismo tiempo que se enamorarían y vivirían una y mil aventuras hasta que ella le dijese que lo quería justo cuando los malos fueran a atraparlo, y él la besaría justo antes de decirle que no temiese, que encontraría la manera de salir de ésa, porque, al contrario de lo que su apariencia de arrogante canalla diese a entender, estaba colado por ella. Al final, se salvarían casi en el último segundo. Recuperarían esa joya mística tan importante. Él volvería a llamarla *muñeca*, como cada vez. Ella volvería a protestar, como cada vez. Y el aventurero besaría a la princesa con fuerza entre carteles de neones con letras chicas... Chinatown es un lugar maravilloso.

La chica tenía razón y localizo el almacén sin problemas. ¿Por qué tendrá las luces encendidas? Son las diez de la mañana y el día es de lo más soleado.

Llamo a la puerta y espero dos minutos. Como nadie me abre, decido empujarla, probando si está abierta y, suerte, lo está.

—Hola —saludo al aire tras recorrer unos metros de almacén.

Está desierto, incluso en penumbra. En la planta de abajo sólo se ven cajas y lonas apiladas, y la poca luz que entra proviene de las ventanas que rodean toda la nave, situadas prácticamente a la altura del techo.

—Aquí arriba —responde desde la primera planta abierta alguien que no puedo ver. Aun así, la voz me resulta familiar—. Las escaleras están al fondo.

Miro hacia donde me indica y no tardo en toparme con unas gruesas escaleras de acero. Camino decidida hasta allí y subo haciendo rebotar mis vans contra cada peldaño. Supongo que debería sentirme inquieta por estar entrando en un almacén casi abandonado, siguiendo una voz que ni siquiera he podido emparentar con un rostro, pero algo me dice que no tengo por qué preocuparme.

—Hola —repito cuando llego al último escalón.

Una planta superior mucho más grande de lo que se podía intuir desde abajo se abre ante mí, recorriendo todo el perímetro de la nave. El suelo es de pragmáticas losas de metal que hace mucho tiempo que dejaron de brillar, pero está limpio a conciencia. Una caja de madera de esas de envíos internacionales puesta del revés hace de mesa y sobre ella descansa un MacBook reluciente, un cubilete lleno de lápices, varias carpetas con centenares de papeles y un café de Starbucks para llevar. Al contrario que el

piso inferior, la luz llena cada rincón, suave y cálida. Decenas de tubos de papel y algunas cajas apiladas más completan la escena, pero ninguna de esas cosas me llama la atención tanto como un chico, de espaldas a mí, con unos vaqueros gastados y una camiseta gris. Se revuelve el pelo castaño a la altura de la nuca con una mano mientras sostiene varios documentos en la otra y observa muy concentrado ocho papeles dispuestos con un orden perfecto en el suelo, a sus pies. No puedo verle la cara más allá del inicio de un armónico y bello perfil. El extremo de un lápiz roza su mejilla. Sonrío. Es de esas personas que mordisquea un lápiz para pensar. Me es muy familiar.

—Hola —vuelvo a decir.

Él parece salir de su ensoñación y al fin se gira. ¡Es James!

—Hola —digo por cuarta vez con un tono de voz por completo diferente. No me imaginaba que me haría tanta ilusión volver a verlo.

—Molly —me saluda con una sonrisa, quitándose el lápiz de entre los dientes—. ¿Qué haces aquí?

—Yo... —empiezo a responder y, sin saber por qué, una enorme sonrisa interrumpe mis propias palabras—. Llamé en respuesta a un anuncio en el que buscaban diseñadores para un festival de música y la chica con la que hablé por teléfono me mandó a esta dirección.

—¿Eres diseñadora? —inquire sorprendido.

—Estoy en ello. Estoy en segundo en la Parsons School.

James asiente satisfecho y, exactamente como nos pasó en la azotea del Electric House of Natives, nos quedamos mirándonos, sin sentirnos extraños ni violentos, simplemente dejándonos hacer. En cuestión de segundos el ambiente entre los dos vuelve a llenarse de esa suave intimidad.

—El puesto es tuyo —sentencia.

—¿Qué? —pregunto sorprendida, sin poder dejar de sonreír—. ¿En serio?

—En serio —responde dando una palmada y un par de pasos hacia mí—. Quiero a alguien como tú, Molly.

—¿A alguien como yo? —baluceo.

¿Ha dicho *quiero*?

—Sí. —No lo duda y se come con su andar macarra los pasos que lo separan de su ordenador, se inclina sobre la mesa improvisada, reactiva el portátil y centra su mirada en la pantalla—. Quiero montar el mejor festival de música que Nueva York haya visto. Quiero que sea diferente, especial —

continúa, concentrado en su MacBook—, y necesito gente que tenga energía y sea positiva para ayudarme a conseguirlo. ¿Qué me dices? —me reta, aunque creo que la palabra que debería usar sería *tienta*, alzando sus maravillosos ojos del color del caramelo y mirando directamente a los míos, como los chicos miran a las chicas en las películas—. ¿Te quedas conmigo?

—Sí.

Ni siquiera necesito pensarlo.

Me explica todos los pormenores del trabajo con un entusiasmo y una pasión desbordantes. Yo sonrío como una idiota. Es obvio que este festival es lo que quiere hacer, de verdad. Está entregado, lo hace feliz y verlo así, sin saber por qué, me hace feliz a mí.

—¿Y qué ha pasado con tu trabajo?

James levanta la vista de las cajas que está moviendo.

—Me despedí —dice sin miedo ni dudas ni remordimientos.

Yo abro los ojos como platos.

—Eso es muy...

—¿Estúpido? —termina la frase por mí con una media sonrisa lobuna.

S sonrío de nuevo. Creo que no he dejado de hacerlo desde que lo he visto.

—Iba a decir valiente.

James asiente.

—¿Ves? —replica como si fuera obvio—. Por eso he hecho bien en contratarte.

El corazón me late ridículamente de prisa.

—¿Por qué? —me obligo a preguntar.

La misma sonrisa algo canalla, algo insolente y muy sexy se cuelga en sus labios de nuevo. James deja la caja sobre otra apilada, se incorpora y camina hacia mí hasta que sólo nos separa un metro de pragmático suelo de metal.

—Porque te necesito —sentencia.

Uau.

Saboreo cada letra que ha pronunciado reproduciendo su voz en mi cabeza y asiento como una idiota un número idiota de veces. Me agacho a recoger mi bolso de la mesa improvisada con cierta descoordinación y me lo

cuelgo cruzado. Todo, bajo su atenta mirada. Al terminar, choco las palmas contra mis costados, porque estoy demasiado... ¿nerviosa? Ni siquiera sé si ésa es la palabra adecuada, pero nunca me había sentido así.

—Bueno, será mejor que me vaya —anuncio con la misma sonrisa en los labios—. Quiero empezar a trabajar hoy mismo en los bocetos.

James asiente.

—Nos vemos mañana por la mañana, Molly.

Ahora la que asiente soy yo.

—Sí —respondo.

Giro sobre mis pies, bajo las escaleras y salgo del almacén. Creo que esto es el principio de algo emocionante y nuevo y diferente y auténtico.

SEGUNDO ACTO

La historia de una chica que aprendió a ser valiente y un chico que se sentía perdido.

8

Molly

Las botas de agua que mi madre me regaló por mi cumpleaños, unas Hunter de color rojo

Hoy es 8 de abril. Ya llevo casi tres semanas trabajando con James. ¡Todo lo que rodea el festival es increíble! He conocido a muchísima gente y tengo tantas ideas para los decorados que a veces no sé con cuál ponerme a trabajar y me gustaría poder desdoblarme para llevarlos todos a cabo lo antes posible. Mi iPad está repleto de bocetos. Estoy muy emocionada. Ni siquiera me supone un problema compaginar el trabajo con las clases en la Parsons School y, aunque me quede toda la noche en la cama dibujando en mi tablet y duerma sólo un par de horas, al día siguiente me levanto llena de energía.

Estoy tan contenta que hoy, precisamente hoy, 8 de abril de 2014, he reunido el valor y he hecho algo que me moría de ganas de hacer desde que regresé a Nueva York. He abierto mi cajita de música, he cogido el trozo de papel con la dirección de Justin y, en mitad de la lluvia torrencial, he corrido hasta la estación de metro.

Quince minutos y tres paradas después, estoy delante de un edificio de ladrillo visto al norte del parque, cerca de Hamilton Heights. Compruebo la dirección otra vez, cobijada por mi enorme paraguas, y, más nerviosa de lo que he estado nunca, cruzo la calzada y entro en el edificio.

Subo las dos plantas y llamo al apartamento 2C. No sé qué hacer, ni siquiera qué pensar. Estoy en una especie de colapso, como un ordenador que se queda colgado. Tengo tantas cosas que contarle, tantas ganas de verlo, de abrazarlo...

—¿Sí? —Abre la puerta con esa palabra en los labios, concentrado en secarse las manos en un grueso trapo de cocina.

Lo miro, aunque él no me está mirando a mí, y creo que en ese preciso momento me quedo sin respiración. Es Justin. Mi Justin. Es París y los recuerdos más bonitos de mi vida.

—Hola —lo saludo.

Esas cuatro letras le hacen alzar la cabeza. Me mira confuso y poco a poco esa confusión va transformándose en resquemor y, después, en incomodidad. Pensé que, cuando me viese, correría hasta mí y me abrazaría, como en una de esas películas en la que el chico atraviesa corriendo un aeropuerto para encontrar a la chica. Justin ni siquiera ha sonreído.

—Hola —dice al fin—. Pasa —añade al cabo de cinco largos segundos, haciéndose a un lado con la puerta, como si acabara de caer en la cuenta de que debía decirlo.

Supongo que lo he cogido por sorpresa.

—Siento haberme presentado así —me disculpo. Justin me quita el paraguas de las manos y lo deja junto a la entrada—. Quizá estabas haciendo algo importante o no sé...

—No —me interrumpe, pero vuelve a guardar silencio—. No te preocupes. Siéntate —me pide guiándome hasta el sofá, cubierto con una gruesa manta de los Mets—. Yo... voy a buscar algo de beber.

Antes de que pueda responder de ningún modo, Justin desaparece camino de la cocina. Nerviosa, aún más que cuando estaba en la acera contemplando el edificio, me quito el abrigo y lo dejo sobre el sofá. Oigo el rumor de armarios abriéndose, el repiquetear de vasos de cristal, el grifo de la pila y, finalmente, la nevera abriéndose y cerrándose. Entiendo que tengo un par de minutos y decido curiosear un poco, mirando a mi alrededor. Involuntariamente comienzo a recordar cada detalle de París, creo que sólo por el hecho de sentir que Justin está a unos metros de mí, y una sonrisa de pura felicidad se cuele en mis labios.

Empujada por la curiosidad, empiezo a deambular por la casa. No hay pósters ni cuadros, ni tampoco fotos de su familia. Recuerdo que me contó que sus padres vivían en Connecticut y tenía tres hermanos. La puerta del baño entra en mi campo de visión. Está entreabierta. Sé que no debería, pero estoy deseando saber más y más cosas de él, de cómo es esta casa sólo porque es su casa. Echo un vistazo a la cocina, Justin aún está allí. Me muerdo el labio inferior. No lo pienso más y entro. Enciendo la luz y un pequeño baño se presenta ante mí. Todo está limpio y muy ordenado. No

puedo evitar fijarme en que, en una balda, sobre el lavabo, tiene varias colonias, todas de marca, gel de afeitado, una de esas máquinas con cuchillas ultramodernas que anuncia la televisión, una crema hidratante, un antiojeras.

Algo que ni siquiera sé explicar me recorre de pies a cabeza hasta formar un nudo en mi estómago. Los nervios vuelven y, con ellos, una sensación extraña e incómoda.

Regreso al salón justo antes de que lo haga Justin. Me siento en el tresillo y lo observo mientras se acerca con dos vasos con soda y mucho hielo. Al dejarlos sobre la mesita de centro, se seca las manos en la parte de atrás de sus pantalones. Debe de haber fregado los vasos antes de servir las bebidas.

Le doy un sorbo a la mía más por inercia que porque realmente me apetezca. Justin, apenas sentado en el borde del sofá, se rasca la frente con el índice, con la mirada perdida en su bebida.

—Bueno... ¿en qué puedo ayudarte, Molly?

En este preciso instante me fijo en su ropa. Lleva un pantalón de traje gris y una camisa azul cielo. En la espalda de una de las sillas, junto a la mesa, descansa una chaqueta y de su bolsillo asoma la punta arrugada de una corbata de un tono más oscuro de azul.

—¿Trabajas en una oficina? —inquiero como si no fuera capaz de entenderlo.

Justin es escritor. ¿Qué hace en una oficina?

—Sí, trabajo en una oficina —contesta escueto.

Yo asiento confusa, pero rápidamente una lucecita se enciende al fondo de mi cerebro.

—Es normal —trato de reconfortarlo, dando por hecho que odia su trabajo—. Todos los artistas antes de triunfar han tenido que trabajar en otros empleos para pagar las facturas. Cuando termines tu libro y lo publiques...

Justin resopla y se pasa las palmas de las manos por la cara antes de levantarse casi de un salto.

—¿A qué has venido, Molly? —pregunta, y suena molesto y muy inquieto.

—A verte —murmuro, y no es porque me sienta intimidada, es porque no consigo entender qué es lo que ocurre.

—¿A verme?, ¿para qué?

Para verte. Por suerte, la respuesta se apaga en mi garganta antes de que

pueda contestar. El mismo nudo de mi estómago empieza a decirme que todos esos días comiendo *croissants* de mantequilla, sentados en aquel desvencijado sillón junto a la ventana, en su buhardilla, no van a volver.

—Nos despedimos en París —me recuerda.

—Pero me diste tu dirección —protesto levantándome—. Si no querías que viniera a verte, no tendrías que haberlo hecho. Si querías que todo acabara allí, sólo tenías que haberlo dicho.

—Se supone que estaba implícito —responde llevándose las manos a las caderas—. Cuando conoces a alguien en unas vacaciones, en un país extranjero, siempre es así.

—Entonces, ¿se acabó? —demando.

Antes de que pueda contestar, más detalles comienzan a hacerse paso: la tele enorme, las dos videoconsolas de última generación, la estantería llena de videojuegos, la manta de los Mets, su traje... No se trata de que Justin esté trabajando como oficinista para conseguir algo de dinero mientras triunfa como escritor, éste es el verdadero Justin y el que conocí en París fue sólo una mentira.

—¿Era todo una farsa? —pregunto de nuevo antes de dejarle responder a la primera pregunta.

Mi tono de voz se vuelve más triste, pero también más duro. ¡Jugó conmigo! ¡Nada fue real! ¡Estoy furiosa!

—No me puedo creer que hicieras algo así —prácticamente le escupo antes de volver sobre mis pasos, recoger mi chaqueta y salir disparada.

Me llama una vez, pero no lo repite ni tampoco sale tras de mí.

Es sólo un mentiroso.

Para cuando llego a la boca de metro de la 145, estoy completamente empapada. He olvidado el paraguas en casa de Justin, pero obviamente no voy a volver a buscarlo. Antes de que pueda verlo venir, los labios se me curvan hacia abajo sin remedio, empiezo a sollozar y, menos de un segundo después, estoy llorando como una Magdalena. ¡Me siento estafada! Yo creí que él era alguien diferente, alguien con quien había conectado de verdad. Me contaba tantas historias que yo escuchaba completamente embobada... Me hizo creer que era un ciudadano del mundo que había recorrido con su gastada mochila decenas de ciudades de Europa mientras escribía un libro

que cambiaría las generaciones futuras, cuando en realidad sólo es un oficinista que juega con sus amigos a *Call of Duty* por Internet y que se fue a París a buscar a una idiota a la que convencer para meter en su cama.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —grito mientras pateo sobre los primeros escalones de bajada a la estación.

—Sí, señorita, hoy hace un día horrible —conviene un hombre pasando junto a mí, dando por hecho que mi monumental enfado es por culpa del tiempo.

Suelto una bocanada de aire buscando tranquilizarme y empiezo a plantearme cuánta culpa tuve yo, hasta qué punto vi sólo lo que quería ver y todas esas cosas.

Como no sé qué otra cosa hacer, termino de bajar las escaleras y me monto en el metro. Sin embargo, casi en el mismo segundo me doy cuenta de que no quiero volver a la residencia. No quiero tener que mentirles a Ruby y a Lizz acerca de por qué estoy así, pero tampoco me siento con ánimos suficientes como para contarles la verdad. Necesito distraerme, estar en un sitio en el que me guste estar y en el que, si respondo «bien» a la archiconocida pregunta «¿cómo estás?», nadie me conozca lo bastante como para sospechar que miento.

Ya sé a dónde ir.

Tomo la misma línea de metro, pero, en vez de bajarme a las tres paradas, recorro algunas más, hago un transbordo y llego a Chinatown. A mi madre le encanta contar la historia de que, cuando llevaba un año saliendo con Malcom, yo tenía siete, decidió presentármelo y lo hizo en un pequeño restaurante cerca de la calle Mulberry. Mientras me estaba comiendo un helado de tempura, estornudé. El bizcocho, el helado de vainilla y la harina japonesa salieron disparados y me llené toda la cara. Me disculpé con un «lo siento», al que Malcom respondió con un «¿por qué?», cruzando los brazos sobre la mesa e inclinándose ligeramente sobre ella. «No lo sé», respondí sincera. Malcom sonrió de verdad y yo hice lo mismo. «¿Sabes? —dijo limpiándome la cara con un pañuelo de suavísima tela que sacó del bolsillo de sus pantalones—, creo que me va a encantar cuidar de ti», y mi sonrisa se ensanchó. Desde entonces, cada vez que quedamos para comer y me preguntan dónde quiero que vayamos, contesto que a Chinatown. Este barrio está lleno de recuerdos felices.

Comienzo a pasear sin fijarme en las calles que transito, por lo menos ha

dejado de llover, y de forma completamente involuntaria acabo frente al almacén de James. Me sorprende al ver luz en las ventanas superiores. Son más de las diez. ¿Todavía está trabajando?

Me acerco a la puerta y llamo suavemente, pero casi en el mismo momento me doy cuenta de que no va a servir de mucho; el local es enorme, con toda probabilidad ni siquiera me habrán oído. Decidida, empujo la enorme puerta yo misma y echo a andar.

Percibo ruidos en la parte superior y después un rumor un poco más fuerte y algo más disperso, como el de una pila de carpetas cayendo al suelo.

—Joder —maldicen desde la planta de arriba, y sonrío al reconocer su voz.

Subo con el gesto en los labios y, en cuanto alcanzo el final de las escaleras, James entra en mi campo de visión. Está acucillado, junto a la enorme caja de madera que usa como mesa, recogiendo al menos tres carpetas y una docena de papeles desperdigados por el suelo.

Al alzar la cabeza, repara en mi presencia y una sonrisa se dibuja en sus labios. Es un gesto bonito y sincero que, sin entender cómo ni por qué, me calienta por dentro.

—¿Qué haces aquí? —inquire sin perder la sonrisa, levantándose y dejando los documentos sobre su improvisado escritorio.

—Estaba paseando por el barrio —digo a falta de una excusa mejor— y vi luz.

—¿Paseando? —pregunta con cierto toque de suspicacia—. ¿A estas horas?

—Sí. —Y como no sé qué más decir, mentir no es lo mío, me encojo de hombros a la vez que me meto las manos en los bolsillos.

James camina hacia mí y utiliza ese puñado de segundos para estudiarme con la mirada.

—Llámame desconfiado, pero creo que te pasa algo más.

Nerviosa, pierdo la vista a un lado. No tendría que haber venido. Se supone que no quería tener que responder preguntas.

—Molly —me llama sacándome de mi ensoñación, y hay algo en la manera en la que pronuncia mi nombre que lo hace sonar diferente—, ven.

Mi nombre y su ofrecimiento me hacen girarme de nuevo hacia él y unas burbujas en la boca del estómago se despiertan cuando veo que me ha tendido la mano.

Alzo la mía y, despacio, la coloco sobre la suya. Las burbujas toman forma de mariposas cuando James entrelaza nuestros dedos. Al buscar su mirada, me doy cuenta de que ya me esperaba. Su sonrisa se vuelve más lobuna, pero un rápido suspiro, casi un bufido con un punto de frustración, se apodera de sus labios. Yo lo miro tratando de leer en ese puñado de gestos, pero James tira decidido de mí para que lo siga.

—Tengo una hermana melliza y desde el primer día de universidad dos amigas, así que he pasado los últimos ocho años rodeado de chicas —me explica mientras cruzamos la parte superior de la nave a paso ligero—. Eso me ha dado la experiencia suficiente como para saber cuándo os pasa algo.

Se detiene apenas un segundo junto a una nevera de Coca-Cola. Parece *vintage*, pero es tan bonita y tan especial que creo que realmente fue fabricada en los años cuarenta. Saca dos botellines de refresco y continuamos caminando.

—¿Adónde vamos? —pregunto divertida, encantada de dejarme llevar.

James no dice nada, sólo sonrío justo antes de que tomemos una escalera de hierro oscuro al fondo de la sala. Empuja un portón oxidado y un olor a lluvia nos recibe cuando salimos a la azotea. Un suspiro admirado se escapa de mis labios al ver la ciudad emerger frente a nosotros. Los edificios llenos de carteles de neón y letras chinas iluminan el cielo azul oscuro, casi negro, lleno de nubes, como si alguien hubiese pintado el cielo con rotuladores.

—¿Cómo has descubierto este sitio? —inquiero con una sonrisa. Es precioso.

Suelta mi mano y de pronto no sé qué hacer con ella. Mis dedos parecían haber encontrado el mejor lugar del mundo.

James camina hasta el centro de la azotea.

—Bueno —comenta encogiéndose de hombros y sentándose en un grueso armazón de metal que, imagino, guardará algún tipo de maquinaria—, alguien me dijo que en Manhattan hay doscientos treinta y siete rascacielos, ochocientos treinta y dos si contamos los de entre cien y ciento cincuenta metros. La Junta de Arquitectura Civil no se pone de acuerdo, ¿sabes? —me explica jugando con mis propias palabras, con una sonrisa sexy, insolente y canalla, todo a la vez, y no tengo más remedio que devolvérsela.

—Podría ser un importante problema que no se pusiesen de acuerdo —replico contagiada de su humor.

—Una verdadera tragedia —sentencia socarrón.

Mi sonrisa se ensancha. James es de esa clase de hombres llenos de encanto y poca vergüenza a partes iguales. Una mezcla que, sin que sepas cómo ni por qué, los hace irresistibles.

Da una palmada en el trozo de metal junto a él para que me siente, exactamente como hizo en la azotea del EHON. Yo obedezco y tomo asiento a su lado, aunque prudentemente separados por unos cuantos centímetros.

James abre las dos Coca-Colas y el efervescente sonido se mezcla con el rumor de Nueva York, con las personas entrando y saliendo de los restaurantes, con los que pasean, con los que corren, con el bullicio de la ciudad que nunca duerme.

Le doy un sorbo a mi refresco. Está helado y delicioso.

—¿Quieres contarme lo que te ha pasado?

Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Un chico —me animo a decir—, Justin —especifico—. No era como yo creía que era.

—¿Y cómo creías que era?

—Buena persona, supongo. —Los dos sonreímos suavemente—. Lo conocí en París. Me engañó y ni siquiera fui capaz de verlo. Es tan... frustrante y yo me siento tan estúpida. He estado en su casa, he visto sus cosas y... lo que tenía delante y lo que él me contó de sí mismo en Francia no cuadra de ninguna manera. Me dijo que odiaba los deportes y que adoraba leer, pero en su salón, que está lleno de recuerdos deportivos, no hay un solo libro. —James vuelve a sonreír, como si supiese un secreto que yo no sé—. Cuando he entrado en su baño... yo... me he sentido estafada. En París pasaba semanas con barba incipiente y, cuando se afeitaba, bajaba a una diminuta tienda en la misma calle de su casa y compraba las cuchillas desechables más baratas que encontraba. En su apartamento tenía al menos tres colonias diferentes, cremas para la cara, una moderna maquinilla. Sé que es una estupidez, que tu cuchilla de afeitar no dice nada de ti como persona, pero lo he sentido como si fuese un completo desconocido.

Suelto un largo suspiro.

—Creía que era una de esas personas interesantes y cosmopolitas —continúo—, que vive en una pequeña y destartalada buhardilla en la capital de un país europeo porque así es como quiere vivir, huyendo de los convencionalismos sociales, pero sólo es otro chico de veintiséis años con una tele enorme, tres videoconsolas diferentes y una estantería repleta de

videojuegos, con una mesa donde descansa una americana, de cuyo bolsillo escapa el inicio de una horrible corbata. No lo estoy juzgando, cada uno puede ser como quiera ser, pero creía que me había encontrado con mi propio Dean Moriarty, el hombre que vive la vida sin condiciones en la novela *En el camino*, y en realidad es una persona gris, normal, como yo.

—Tú no eres normal —replica lleno de seguridad, como si ni siquiera hubiese necesitado pensarlo.

Ahora mismo sólo quiero que la tierra se habrá bajo mis pies.

—¿No te parezco normal? —murmuro. Ha dolido—. No sé si sentirme muy reconfortada...

—Eres mejor que normal —me interrumpe a punto de echarse a reír por mi reacción—. Eres especial, Molly. Eres tan especial que ni siquiera te das cuenta.

Yo niego con la cabeza, concentrando mi mirada en mi botellín.

—Eso es una tontería.

—Ese Justin es gilipollas —repone— y probablemente un capullo que no convencía ni a una sola chica y que decidió irse a París para comportarse como un cobarde de mierda y fingir ser alguien mucho mejor para conseguir gustar.

Sus ojos buscan los míos y los encuentran, y yo encuentro los suyos y vuelvo a tener la sensación de que son los ojos más bonitos del planeta, una ventana a un alma maravillosa, y me pasa, como le pasó a mis dedos, que creo haber hallado el mejor lugar del mundo.

—Eres optimista e irradias luz —susurra con la voz ronca, llegando a todos los rincones de mi cuerpo—. Tú eres luz y la contagias. Eres inteligente, divertida y citas a personajes de Jack Kerouac.

Sonríó nerviosa y él me devuelve el gesto lleno de una seguridad abrumadora.

—El amor es complicado —repito mi propia frase de nuestro anterior encuentro en una azotea.

—El amor es un asco —sentencia burlón.

Vuelvo a sonreír, esta vez de verdad, sin timidez y sin nervios. James, satisfecho, le da un trago a su Coca-Cola, como si mi gesto fuese exactamente lo que quería ver.

Yo también bebo de mi refresco y durante largos minutos simplemente contemplamos la ciudad, en silencio, cómodos.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre esas chicas de las que has vivido rodeado los últimos ocho años? —le propongo.

James asiente.

—Álex es mi hermana. Cuando entramos en Columbia, nos fuimos a vivir juntos a un apartamento en el Village, y el primer día de universidad conocí a Maddie y a Lauren.

—¿Cómo son?

—Mi hermana, un absoluto coñazo —responde sin dudar, pero es obvio que sólo bromea— y, encima, está saliendo con mi mejor amigo. Es asqueroso —sentencia divertido, frunciendo los labios en un mohín de pura aversión. Consigue hacerme reír—. Maddie es una de mis mejores amigas. Hace unos seis meses confundí las cosas y pensé que estaba enamorado de ella. Gracias a Dios, me rechazó —declara con una sonrisa—, porque no tardé en darme cuenta de lo equivocado que estaba. Si hubiésemos estado juntos, no habríamos sido felices. Además, se habría parecido sospechosamente al incesto.

Los dos volvemos a sonreír y yo lo miro con un sentimiento profundo acomodándose en mi estómago. Me gusta que no se esconda, que muestre sus sentimientos, que hable abiertamente de ellos, incluso de sus errores. James no se arrepiente de las cosas que ha vivido ni de sus decisiones, independientemente de que hayan salido bien o mal, y eso me parece honesto y valiente.

—¿Y Lauren?

Esboza una sonrisa que se combina magistralmente con un bufido de pura frustración. Creo que he dado de lleno en el clavo y, no sé por qué, sospecho que hablamos de la misma chica rubia que lo hizo subir a la azotea del EHON.

—No lo sé —se sincera—. La conocí el primer día de universidad y esa misma tarde estábamos besándonos en el callejón junto a nuestro pub favorito. Me vuelve loco y no siempre en el buen sentido. —Sonríe de nuevo y yo con él, aunque creo que ahora en mí hay más inercia que sinceridad—. Lo dejamos porque se marchó a la North Western, a Chicago, a hacer un máster. Cuando volvió, empezó a salir con otro chico, pero rompieron y volvimos a enredarnos y todo se complicó muchísimo.

—¿Ahora estáis juntos? —inquiero ante su silencio y mi voz, involuntariamente, baja un puñado de decibelios.

—No —contesta sin dudar.

—Pero os seguís acostando. —No sé qué me empuja a hacer semejante afirmación.

James se gira hacia mí y sus ojos de chocolate y cuero y barricas de vino se posan en los míos. Creo que, sin saberlo, he puesto el dedo en la llaga y he apretado un pelín. Durante un segundo no dice nada y durante un segundo también se humedece el labio inferior.

—Me gustaría decir que no y estar seguro de que no estoy mintiendo, pero lo cierto es que no puedo.

Asiento, probablemente más veces de las necesarias. Se me ocurren otras muchas preguntas que hacer ahora mismo, de hecho, me quemán en la punta de la lengua, pero me contengo.

—La última vez que nos acostamos, los dos nos dimos cuenta de que no podíamos seguir así, y prácticamente nos hemos visto todos los días desde aquella vez y no ha pasado nada, pero con ella... hay algo, no sé qué cojones es, ni siquiera puedo explicarlo, pero es como estar perdido y que te ofrezcan un mapa para volver a un punto en tu vida en el que eras feliz. ¿Te parece una estupidez? —pregunta entrecerrando los ojos, tratando de ofrecer un punto de socarronería que difumine la profundidad de lo que acaba de decir.

Yo analizo sus palabras y me tomo unos segundos para estudiarlo también a él, su rostro atractivo y rebelde. Me recuerda a Hubbell, el personaje de Robert Redford en *Tal como éramos*, el chico que nunca llega a elegir su camino, que sólo toma la senda sencilla porque siente tantas emociones que es más fácil dejarlas a un lado y hacer lo que se supone que debe hacer. Hubbell también está perdido, diluido entre todas las cosas que se obliga a ser en vez de lo que realmente quiere ser, y sólo la irrupción del personaje de Barbra Streisand cambia eso. Aunque, paradójicamente, ella, al final, vuelve a hacer que Hubbell deje de ser quien quiere ser para ser quien ella quiere que sea y acaban separándose. Siempre me ha dado pena Robert Redford en esa película, porque creo que nunca llega a encontrarse.

—No —digo al fin—. Creo que ella significa mucho para ti en muchos sentidos

—Eres muy lista —contesta escondiendo su suave sonrisa al darle un sorbo a su botellín.

—¿Te estás burlando? —inquiero frunciendo los labios.

—Para nada —responde sin dudar—, pero tengo la sensación de que a

veces dices grandes verdades sobre la vida y ni siquiera te das cuenta, como si sentases cátedra sobre el comportamiento humano sin ni siquiera saberlo.

—Y tú te pareces a Hubbell de *Tal como éramos* —suelto divertida, y ahora soy yo la que da un trago de Coca-Cola.

James asiente varias veces sopesando mis palabras.

—Siempre me he visto más como The Sundance Kid —replica haciendo referencia al personaje de Robert Redford en *Dos hombres y un destino*.

—Pues aquí tienes a tu Butch Cassidy —contesto tomando la parte del personaje de Paul Newman en la misma peli.

Él sonrío y yo también lo hago, pero algo dentro de mí se apaga al caer en la cuenta de que yo misma nos he condenado a ser amigos y nada más.

—Creo que eres demasiado guapa para ser Butch —susurra.

Su voz, sus palabras, todo me toma por sorpresa y una sonrisa de lo más estúpida se cuele en mis labios.

James no dice nada más y clava su vista otra vez al frente, en la perfecta postal de Manhattan que tenemos delante. Yo levanto mis ojos de él y lo imito, dejando que la ciudad se levante llena de colores ante mí.

De nuevo pasamos largos minutos así, sintiéndonos muy cómodos sumidos en este suave silencio, el uno junto al otro.

—Parece que se nos dan muy bien las azoteas —comento mirando un inmenso letrero de neón con un dragón chino.

—No lo dudes, monada.

Estoy a punto de sonreír por el apelativo, pero lo disimulo rápidamente frunciendo los labios. Parece que estaba equivocada. No quería estar en ningún sitio donde dijera «bien» si me preguntaban cómo estaba y nadie sospechase de mi mentira. Creo que estoy exactamente donde, sin saberlo, deseaba estar.

* * *

Las siguientes semanas pasan aún más rápidas de lo que lo hicieron las tres primeras. Estamos a finales de abril. Poco a poco se han incorporado más y más personas al proyecto y ya somos más de diez las que trabajamos a las órdenes de James en el almacén de Chinatown, cuya planta inferior, también cada vez más, parece unas oficinas de verdad.

La planta superior es diferente, creo que podría decirse que incluso es especial. James ha mantenido la vieja caja de madera como mesa y el espacio tras ella está limpio y despejado salvo por los papeles que coloca metódicamente ordenados en el suelo mientras se pasea entre ellos, concentrado, pensando cuál es el siguiente paso que el festival debe dar. Frente a lo que podríamos describir como «su despacho», liberó todo el espacio de cajas y tubos de cartón e instaló lo que podríamos describir como «el mío»: enormes lienzos de vinilo sobre los que trabajar, pinturas, rotuladores, espráis y una caja de madera más pequeña, también puesta del revés, donde poder dejar mi iPad. Al preguntarle por qué situó mi puesto de trabajo en la planta de arriba en lugar de abajo con todos los demás, simplemente contestó «porque me gusta tenerte cerca». No le dio importancia a sus palabras, pero yo sentí que un calor fuerte y frágil a la vez, tímido y eufórico, se instalaba en mi estómago.

Lento, pero con el paso firme, el festival se ha convertido en una especie de secreto a voces que ha corrido de boca en boca por todas las discotecas y clubs de la ciudad. Tanto es así que algunos representantes han empezado a llamar para ofrecer a sus cantantes o grupos para tocar en él. Sin embargo, James no se ha dejado impresionar. Tiene muy claro lo que quiere, qué música quiere. Cuando el representante de uno de esos cantantes tan famosos que se oye prácticamente en todas las emisoras de radio todos los días llamó para que James incluyera a su cliente en el evento y él se negó, una sensación de pura admiración me inundó de pies a cabeza. Me sentí orgullosa de formar parte de esto y, más que nada, me sentí orgullosa de él.

—Hola —dicen dos voces al unísono desde la planta de abajo.

Yo levanto la vista de mi iPad y miro confusa a James para, a continuación, echar un vistazo al pequeño reloj en la esquina inferior de la pantalla. Son más de las siete. Todos se han ido ya y no esperamos a ningún proveedor, que yo sepa. ¿Quiénes son? James, por su parte, ni siquiera levanta la vista de los papeles colocados a sus pies.

—Hannigan —continúa cantarina una de las voces. Sin duda es una chica—. Hannigan. Sal ratita, quiero verte la colita.

—¿Ésa no es una de las frases de Robert de Niro en *El cabo del miedo*? —inquiero a punto de echarme a reír, señalando con el lápiz que tengo entre las manos la planta de abajo.

James sonrío y sacude la cabeza con suavidad y cierto aire de

resignación, pero sigue concentrado en sus papeles. Mi sonrisa se ensancha. Más aún cuando repiten la palabra «Hannigan» y se ríen como los malos de los dibujos animados.

—Acabaré contigo —dice otra de las voces, también femenina.

De pronto todas las «amenazas» adquieren cara cuando dos chicas aparecen en la planta superior después de haber subido ruidosamente las escaleras.

—Hola —me saludan al unísono al reparar en mí.

—Hola —respondo.

Parecen muy simpáticas.

Una de ellas, la del pelo más corto, mira a James esperando a que se decida a presentarnos, pero, viendo que sigue concentradísimo en sus papeles, agita la mano en un vago gesto indicando que lo da por imposible y se acerca con una sonrisa hacia mí.

—Soy Álex —se presenta tendiéndome la mano—, la hermana de este impresentable.

Yo asiento algo aturdida y me levanto de prisa. ¡Es su hermana! ¡Por fin voy a conocerla!

—Molly —respondo estrechándosela.

Ella ladea la cabeza con sus ojos verde claro, casi pardos, puestos en los míos y una nueva sonrisa.

—¿Así que tú eres Molly? —dice expectante—. James me ha hablado mucho de ti.

—James también me ha hablado mucho de vosotras. Tú debes de ser Maddie.

No me ha sido difícil imaginarlo. James me contó que estaba embarazada de seis meses.

—Sí —dice risueña estrechando la mano que le tiendo— y corroboro las palabras de Álex. James nos ha hablado mucho de ti.

—Espero que todo bueno.

Álex asiente.

—Me gustaría poder decir que espero que todo lo que él te haya contado de nosotras haya sido igual de bueno, pero conociéndolo... no me atrevo.

Mi sonrisa se ensancha.

—Ha sido todo bueno... más o menos —añado, porque siempre se me ha dado fatal mentir.

—Pues el menos, culpa suya.

A su espalda Maddie asiente con los ojos cerrados.

—¡Esto está alejado de la mano de Dios! —se queja una voz desde la planta de abajo que inmediatamente nos hace llevar nuestra atención hasta las escaleras—. Estoy cansada y tengo hambre. Y llevo unos tacones ridículamente altos, y caros —añade mortificada—, y bonitos — continúa y, aunque no la veo, es obvio que está sonriendo.

Entonces, una chica rubia muy guapa aparece desde la escalera. Lleva un precioso vestido gris marengo, con pequeños detalles en bermellón y falda lápiz. Tiene razón, los zapatos son preciosos. Cuando alcanza el último peldaño y después la tierra firme de la primera planta, alza la cabeza y su ordenada melena rubia enmarca sus bonitos ojos grises.

—Vámonos a comer al Saturday Sally —propone.

—No puedo, tengo mucho trabajo —replica James sin levantar la vista de los papeles.

—Pues al Bella Serata —contraataca—. Está a unas pocas manzanas de aquí.

—Te he dicho que no puedo.

—Hambre —gimotea como única explicación.

—No puedo —se parafrasea escuetamente James.

—Hambre —repite estirando las vocales e incluso hace un puchero.

—No.

Ella se cuadra rápidamente de hombros y achina los ojos.

—James Hannigan, eres impasible —sentencia—. ¿Y sabes qué?, que no te necesitamos para cenar, nos vamos a ir nosotras —continúa mirando a su alrededor— y nos vamos a llevar a esta chica tan guapa —añade señalándome— para que te quedes solo y reflexiones. Soy Lauren — concluye tendiéndome la mano.

Sonríó porque me ha llamado guapa (¡a mí!), pero también me siento... extraña. Ella es Lauren. Recuerdo las palabras de James: «la chica que me vuelve loco». ¿Y cómo no iba a hacerlo? Es guapísima y un torbellino de energía y simpatía.

—Yo soy Molly —me presento devolviéndole el saludo.

—Pues, Molly, te vienes a cenar con nosotras —me informa.

—En realidad, no sé si puedo marcharme. Aún tenemos trabajo. ¿Te parece bien? —le pregunto a James.

Él alza la mirada por primera vez desde que llegaron las chicas y sus ojos brillantes como el caramelo buscan los míos a través de la estancia. Se mordisquea el labio inferior durante un puñado de segundos, observándome.

—Prefiero que te quedes —contesta conciso.

Lo miro y asiento.

—Sin problemas.

Ahora el que asiente es él, sólo una vez, y, a pesar de que están las chicas, de que ni siquiera estamos mínimamente cerca, tengo la sensación de que el ambiente se vuelve eléctrico e íntimo y que sólo nos concierne a nosotros dos.

James vuelve a concentrarse en sus documentos y yo escondo un labio en otro, un poco aturdida.

—Tirano —le recrimina Lauren antes de dirigirse a las escaleras con Maddie—. Un placer, Molly —se despide con una sonrisa.

Maddie también me dedica una sonrisa y se despide con la mano. Álex, en cambio, se queda de pie, junto a nosotros, observándonos. Parece una persona muy intuitiva y por un momento temo que descubra lo que estoy pensando, aunque ni yo misma sepa ponerle nombre, cómo me siento a veces con respecto a James.

Sin embargo, no dice nada. Sólo suelta un pequeño ruidito de aceptación y se marcha.

—Parecen muy simpáticas —le digo cuando nos quedamos solos y porque, aunque otra vez ni siquiera tenga la más remota idea de por qué, necesito llenar el aire entre los dos con palabras.

—Son un encanto —contesta irónico, pero en seguida una sonrisa se dibuja en sus labios. Está claro que las adora.

No han pasado ni siquiera quince minutos cuando James deja los papeles que tenía en las manos sobre su mesa y se acerca con paso decidido hasta mí.

—Vámonos a cenar, Monada.

Lo miro confusa.

—Creí que querías que termináramos el trabajo.

¿Por qué, si no, iba a pedirte que me quedara?

—Es tarde. Nos vendrá bien un descanso —me explica sin darle mayor importancia.

Yo asiento con una boba sonrisa en la cara. Es tan tentador...

Salimos del almacén y recorremos un par de calles de Chinatown

caminando juntos, pero a una distancia prudencial, charlando de cosas del trabajo: los nuevos rotuladores que quiero usar para conseguir otra textura sobre el vinilo, mis cosas, que nunca pensó que tendría que rellenar tanto papeleo, sus cosas.

—Es aquí —me explica señalándome una puerta roja con motivos dorados, flanqueada por un gran león a un lado y un buda con una enorme sonrisa al otro.

Se adelanta un paso para abrirme y, en cuanto accedo al local, un delicioso olor a salsa de soja caliente y vapor de verduras me recibe. No me había dado cuenta del hambre voraz que tenía hasta este momento.

—Es imposible resistirse a probar bocado, ¿verdad? —me dice como si pudiese leerme la mente. Imagino que mi reacción es la de cualquier mortal que cruce esas puertas.

—Huele genial —corroboro sus palabras, y James sonrío.

Caminamos hasta la barra. El sitio, a pesar de la hora, todavía está bastante lleno.

—¿Qué hay, Tao? —saluda a uno de los hombres asiáticos de detrás del mostrador; debe de tener más o menos su edad.

—¿Cómo va todo, J. Hannigan?

Otra vez lo de J. Hannigan. Tengo que recordar preguntárselo, porque me muero de curiosidad.

—¿Quiere una mesa, señorita? —inquiere una camarera acercándose a mí.

—Sí, imagino que sí.

Pero antes de que pueda terminar mi frase, el hombre de detrás de la barra comienza a hablar en chino con la chica. Ella le responde y comienzan discutir. Los observo sin entender una palabra. En mitad del marmagnum observo a James, que me devuelve la mirada divertido, con una deliciosa sonrisa en los labios.

El hombre le hace un gesto con las manos, el universal «me importa bastante poco lo que estás diciendo», abre la entrada de los camareros de la barra y nos indica que pasemos. Yo vuelvo a mirar a James.

—¿En serio?

Él sonrío y me hace un gesto para que pase primero.

—No le hagáis caso a mi hermana —nos explica Tao mientras nos guía a la trastienda—. Ella quiere que hagamos un turno más de comidas, pero yo

creo que ya es hora de cenar.

Pronuncia esas palabras justo cuando alcanzamos la zona de atrás del local y una habitación decorada con motivos chinos se extiende ante nosotros, pero motivos auténticos, no baratijas como las que decoran los restaurantes, convencidos, y con razón, de que los occidentales no sabremos distinguirlas. En el centro de la sencilla sala hay una mesa muy larga preparada para la cena con varias personas ya sentadas a ella.

Una mujer sale en ese momento de la cocina con un bandeja llena de wantón. Tao le dice algo en chino. Ella asiente y responde en el mismo idioma, una clara llamada a lavarse las manos y sentarse a la mesa, porque menos de un minuto después aparecen al menos cuatro niños secándose las manos en los pantalones y sentándose atopelladamente a la mesa.

—¿Vamos a cenar con ellos? —le pregunto a James casi en un susurro, sin poder dejar de mirar a mi alrededor. Todo tiene una pinta deliciosa y huele de maravilla.

Ya es una auténtica pasada que nos hayan dejado pasar aquí.

—Cuantos más, más divertido, ¿no? —responde gamberro, guiñándome un ojo.

—¡James! —lo llama Tao haciéndole un gesto para que acudamos y nos sentemos.

Un chico y una chica, más o menos de la misma edad que Tao, entran y también saludan a James.

En cuestión de segundos la mesa está completa y empezamos a cenar. Como vaticiné, todo está riquísimo. Tao y su familia son muy amables y él y sus hermanos no paran de contar anécdotas divertidísimas del restaurante.

Una hora después estamos cruzando de vuelta el local. Tao nos acompaña y, justo antes de salir, le da una bolsita a James.

—Mi madre no soporta que las metamos dentro —nos explica misterioso.

James sonrío. Intuyo que él ya sabe a qué se refiere.

—Muchas gracias, Tao —se despide.

—Sí, muchas gracias —apostillo—. Todo estaba delicioso.

—No hay por qué darlas. Venid cuando queráis. Ésta es tu casa, tío.

Se dan la mano como los pandilleros y, sin romper el gesto, se dan un rapidísimo abrazo.

En la calle la temperatura ha bajado unos grados y el aire se ha vuelto

más frío. Aun así, me apetece mucho dar un paseo.

James abre la bolsa. Me la tiende y yo sonrío al ver que se trata de galletitas de la fortuna. Divertida, cojo una.

—A la madre de Tao no le gustan porque dice que sólo son un invento para turistas.

La parto y me llevo un trozo a la boca mientras saco del otro el diminuto papel con el mensaje.

—Tiene toda la razón —contesto, pero no tengo más remedio que hacer una pausa para saborear el dulce. Está riquísima—. Ni siquiera son chinas, en realidad son japonesas. Se inventaron en el siglo XIX y fueron muy populares en el área de Kioto. Con la segunda guerra mundial, muchos soldados fueron enviados a la base de San Francisco y allí acudían a los restaurantes chinos porque les resultaban muy exóticos. En esos locales les ofrecían las galletitas de la fortuna como postre gracias a las confiterías japonesas de la zona. Cuando, después de la guerra, los soldados regresaron a sus casas y los restaurantes chinos se hicieron populares en todo el país, empezaron a pedir las mismas galletas, dando por hecho que eran chinas. —Guardo el papel en una mano y con la otra me termino el dulce de un bocado—. Al final —sigo abriendo la boca lo justo para que sólo salgan palabras y no galleta—, en 1988 un juez tuvo que acabar discerniendo la cuestión y le dio la razón a Makoto Hagiwara, un inmigrante japonés de San Francisco, frente a David Jung, un inmigrante chino de la región de Cantón que vivía en Los Ángeles. Aunque en realidad —añado cayendo en la cuenta—, creo que es sólo un detalle histórico, porque la compañía que más galletas de la fortuna fabrica al año es estadounidense. Está en Nueva York, se llama Wonton Food y fabrica entre cuatro millones y medio y cinco millones al año de galletitas.

Con la última palabra, alzo la cabeza satisfecha por haber aclarado la cuestión y ocurre que mis ojos se encuentran con los suyos, que ya me observaban, llenos de algo que no sé leer.

—¿Qué?

—Nada —responde con una sonrisa en los labios, y tengo la sensación de que se trata de una sonrisa diferente.

Asiento y en realidad no sé por qué lo hago. Creo que no quiero dejar de mirarlo.

—¿No lees el mensaje?

—¿Qué? —repito confusa—. Sí, claro —respondo captando que se

refiere al de la galletita, conclusión a la que he llegado en cuanto mi mente ha decidido pensar en vez de suspirar.

Abro el diminuto rollo de papel.

—«Un antiguo deseo llegará antes de lo que piensas.»

Frunzo el ceño. ¿Un antiguo deseo?

—Suená bien—comenta James.

—Supongo que eso depende del antiguo deseo.

—Es tu antiguo deseo, Monada. Tú deberías saberlo.

Ambos sonreímos.

—¿De qué conoces a Tao? —inquiero muerta de curiosidad.

Caminamos despacio, disfrutando de cada pisada, mezclándonos con el resto de neoyorquinos.

—De una noche, en un pub —responde escueto.

Sonrío. No es la primera persona que veo que le da un trato especial y que, curiosamente, también conoció una noche en un pub.

—¿Eres consciente de que conoces a mucha gente de noche en los pubs?

James sonrío, casi ríe. Mi comentario lo ha pillado por sorpresa.

—Supongo que puede conocerse a gente en todas partes, ¿no?

—Supongo que sí, pero por tu culpa hay al menos cien personas que no conocerán a nadie de noche, en un pub. Tú te has llevado su cupo de desconocidos a los que conocer.

James asiente un número indeterminados de veces, fingiendo sopesar mis palabras.

—¿Crees que debería enviarles una tarjeta?

Rompo a reír. Eso sí que no me lo esperaba.

—Sí, definitivamente, sí —sentencio.

Los siguientes metros los caminamos en silencio. Dejamos atrás la calle Centre y giramos por Canal.

—Se te da muy bien Nueva York, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

Pero, por su tono de voz, me da la sensación de que él ya lo sabe.

—No sé, creo que me refiero a todo... cómo te mueves, cómo te relacionas, incluso cómo te vistes. Eres un neoyorquino de pies a cabeza, tal como todos imaginan que es uno.

—¿Y cómo se supone que es un neoyorquino?

Frunzo los labios meditando la respuesta y una lista mental se elabora

rápidamente en mi cerebro.

—Sabes cómo conseguir cualquier cosa, son inteligentes y muy listos —añado, porque los dos sabemos que esas dos palabras no significan en absoluto lo mismo—. Conocen a todos y todos los conocen a ellos. Son divertidos, atractivos, desdeñosos... —Sonrió por el último adjetivo y mi gesto en seguida se contagia a los labios de James, que repite la última palabra en un susurro.

—¿Y tú me ves así?

Asiento.

—Sí —me reafirmo.

Nos paramos en el semáforo de la calle Mulberry, pero el disco cambia y podemos cruzar. La gran avenida deja a la vista un reguero de rascacielos y taxis amarillos inundando los seis carriles.

—La primera vez que vine solo a Manhattan desde Glen Cove tenía trece años —recuerda con una sonrisa—. Me salté las clases. Fui en bici hasta la estación, después cogí el tren y luego el metro. No hice nada especial. Sólo di vueltas y más vueltas, embobado con cada cosa que veía. Cuando tenía dieciséis, le dije a mi madre que me quedaría a dormir en casa de un amigo, pero cogí un taxi, el mismo tren y el mismo metro y pase toda la noche aquí. Curiosamente, hice exactamente lo mismo. Sólo dar vueltas y observar, y todo me pareció tan especial, tan increíble. Todavía me lo sigue pareciendo, como si, cada noche, cada centímetro cuadrado de Nueva York se reinventase para volver a enamorarte.

Nos detenemos junto a la entrada del almacén. James sonrío algo tímido por esa especie de declaración de amor a la ciudad, pero destilando la idea de que, si viviéramos este momento cien veces, cien veces diría lo mismo porque es la pura verdad. De ahí nace toda su seguridad, de no ocultarse nunca, de no importarle lo que los demás tengan que decir, y creo que por eso es tan atractivo, porque no pretende serlo, porque no le importa serlo, porque es algo innato en él.

Tomo una bocanada de aire, tratando de recuperarme de mis propios pensamientos.

—Será mejor que me vaya —digo con poco convencimiento, balanceándome sobre mis deportivas—. Mañana tengo clase. Además —añado tras echarle un vistazo a mi reloj de pulsera—, no quiero coger el metro aún más tarde.

Los dos guardamos silencio.

—Hasta mañana —me despido, y me siento un poco estúpida, como si, lo obnubilada que me deja siempre, me colocara al borde de hacer o decir una tontería.

Giro sobre mis pies y echo a andar, pero entonces su mano me sorprende. Me sorprende agarrando la mía y obligándome a girarme. El corazón me late más de prisa que en todos los días de mi vida.

—No vas a irte sola en metro a estas horas —me informa con rotundidad—. Necesitas un taxi.

Asiento y mi mirada se escurre hasta nuestras manos entrelazadas. Creo que actualmente me daría igual irme en taxi, en metro o andando las ciento veintiuna manzanas que me separan de mi residencia.

—Está bien —le confirmo.

James deja un segundo de más sus ojos sobre los míos y se gira hacia la calzada. Grita un impecable «taxi» y uno se detiene junto a nosotros en cuestión de segundos.

—Acabas de darme la razón —le hago ver—. Eres un auténtico neoyorquino.

Parar un taxi, comerse un perrito caliente en mitad de la calle y beberse una cerveza en una escalera de incendios son tres clásicos de la cultura de Manhattan.

—Y estás enamorado de tu ciudad— sentencio.

James me mira a los ojos, de verdad.

—Es una buena ciudad para enamorarse.

—Tienes razón —murmuro.

La intimidad vuelve y nos envuelve. Sus dedos acarician los míos y tengo la sensación de que su voz, sus ojos, también me acarician. Me gusta estar justo aquí, justo con él. Me gusta James, muchísimo.

—Hasta mañana, Monada —se despide.

Su mano se desliza despacio contra la mía hasta que ya no nos tocamos.

—Hasta mañana, J. Hannigan.

Quiero que vuelva a tocarme.

Él sonrío y yo también lo hago. Me monto en el taxi y él da un paso y se asoma por la ventanilla del copiloto abierta. Se saca un billete de cincuenta del bolsillo y se lo entrega al conductor.

—A la residencia Ruggles, en el campus de Columbia —lo informa.

El chófer asiente y James vuelve a separarse ese único paso. Lo observo a través de la ventanilla y nuestros ojos se encuentran de nuevo. De pronto una pregunta se ilumina en el fondo de mi mente.

—¿Por qué no quisiste que me fuera a comer con las chicas? —inquiero.

James me mantiene la mirada; algo en sus ojos, una chispa diferente, brota, pero no dice nada y el coche se incorpora al tráfico, separándonos.

Me dejo caer en el asiento de cuero negro, abatida. De repente me parece superimportante saber la respuesta a esa pregunta. Fulmino con la mirada al pobre conductor. Si no hubiera sido tan eficiente, quizá ahora tendría mi respuesta. Separo la cabeza suavemente y vuelvo a chocarla contra el asiento.

En mitad de mis divagaciones, mi móvil suena, avisándome de que tengo un nuevo mensaje. Cojo el iPhone y, tan rápido como leo las palabras en la pantalla, sonrío de oreja a oreja.

Porque quiero tenerte cerca, siempre.

Es de James.

Ya no dice «me gusta», ahora hay un «siempre». Casi las mismas palabras, pero las mariposas vuelan más fuerte.

Molly**Castellanos negros de Zara (el del 503 de la Avenida Broadway)**

—James —lo llamo revisando uno de mis bocetos en el iPad.

No presto atención a las escaleras que voy subiendo. Las he recorrido tantas veces que podría hacerlo con los ojos cerrados, sobre un solo pie y con el índice en la punta de la nariz. La verdad es que no sé cuántas horas hemos pasado en este almacén, pero debemos haber batido algún tipo de plusmarca mundial.

—Dime, Monada.

Al bajar la tablet, de inmediato ralentizo el paso y lo veo a unos metros de mí, acuclillado frente a seis montones de papeles colocados, como siempre, metódicamente en el suelo. Sin alzar la vista de ellos, se levanta muy concentrado y se coloca una mano en la nuca, pensando. Es asombrosa la capacidad que tiene para abstraerse del mundo y ver en esas hojas ideas maravillosas que a todos los demás se nos pasarían por alto.

Doy un último paso y sonrío a la vez que me cruzo de brazos.

—¿Recuerdas alguna vez que me llamo Molly? —inquiero entrecerrando los ojos divertida, consciente de que me ha respondido por inercia y no está prestándome atención.

—¿Qué decías? —pregunta alzando por fin la cabeza.

Sonrío. Probablemente debería haberme molestado, pero lo cierto es que me despierta ternura. Está entregado por completo a su festival.

—Necesito que le echés un vistazo a estos bocetos —le explico entregándole el iPad.

James observa los diseños con atención, paseando sus preciosos ojos por cada línea que he dibujado.

—Quiero más color —concluye devolviéndome la tablet y echando a andar hacia la pila de cajas al fondo de la planta—. Quiero más luz —continúa explicándose, lleno de una efusividad contagiosa—. Quiero que brillen más. Tus decorados no serán sólo unos dibujos al fondo de una banda a los que nadie preste atención. Quiero que, cuando los miren, no puedan dejar de hacerlo, incluso si es Coldplay quien está tocando.

Con la última palabra se gira y vuelve a atrapar mi mirada. Es casi hipnótica la pasión con la que se enfrenta a todo. Asiento, él me regala una de sus sonrisas y yo me quedo como una estúpida, allí, contemplándolo. Nunca había conocido a nadie así.

—¿Lo has entendido, Monada? —pregunta sin liberarme de su mirada, y el tono de su voz se vuelve socarrón.

—Sí —me apresuro a contestar, pero sigo quieta, como si me hubiesen pegado con cemento al suelo.

—Pues vuelve al trabajo.

—Sí —repito.

Carraspeo, incluso toso, y al fin consigo girar sobre mis pies y dirigirme de vuelta a las escaleras. Todo bajo la atenta y divertida mirada de James.

El resto de la mañana, el teléfono no deja de sonar. James llama a dos de los chicos de la planta de abajo y las siguientes horas todo son ruidos de carpetas, tecleo y órdenes de James. Por primera vez, me dice que no tiene tiempo para ir a comer y, aunque me ofrezco a ayudarlo, me dice que no es necesario y voy sola al Palacio de TseChuan, a comer un cuenco de tallarines chinos con verduras en una de las mesas junto a la ventana, lo que me da muchísimo tiempo para pensar.

Cuarenta minutos después estoy de vuelta en el almacén. Aún no me he quitado el bolso cuando James, agarrándose con las dos manos a la pared de un metro y doce centímetros de altura que bordea la primera planta descubierta, se asoma y lleva sus ojos hasta mí.

—Monada —me llama.

—¿Qué? —pregunto buscando con la mirada los botes de espray que pienso utilizar. Necesitaré el magenta y el añil, eso seguro.

—¿Tienes planes para esta noche?

—No —respondo.

El amarillo daría la fuerza necesaria y, si cambio el naranja por el marrón en la esquina superior derecha, el halo de luz resaltaría más. Tengo

que lograr que el juego de sombras mejore; quizá difuminando más el negro conseguiría un efecto parecido al 3D. Eso sería alucinante.

—Pues ya los tienes —sentencia.

—Vale.

Necesito al menos dos tonos más de gris, uno de ellos perlado.

—Te recojo a las ocho —añade pasando junto a mí.

De pronto mi mente deja a un lado todo el espectro de colores y racionaliza sus palabras.

—¿Que me recoges?, ¿a mí? —inquiero con el ceño fruncido, girándome hacia él.

James sonrío frente a la mesa de uno de los chicos. Le entrega una carpeta y él le devuelve otra.

—Parece que no soy el único que se abstrae cuando está trabajando.

Frunzo los labios contagiada de su humor al comprender que se refiere a lo que pasó antes arriba. Sin embargo, eso no resuelve mis dudas. ¿Acaso vamos a tener una cita?

—Todavía no me has dicho para qué vas a recogerme a las ocho.

—¿Tú para qué crees? —pregunta a su vez entrecerrando los ojos, gamberro y divertido.

Inmediatamente lo imito.

—Para infiltrarnos en una fiesta de la alta sociedad y robar una caja fuerte —murmuro como si fuera un valiosísimo plan y nadie pudiese oírnos.

James finge sopesar mis palabras.

—Casi aciertas, Monada —contesta con una sonrisa—. Nos vamos de caza.

Vuelvo a fruncir el ceño. ¿De caza? ¿Así es como J. Hannigan llama a las primeras citas?

Creo que debe intuir lo que estoy pensando, porque su sonrisa se ensancha.

—De caza de grupos de música para el festival —me aclara. Sí, definitivamente sabía en lo que estaba pensando—. Hoy hay unos cuantos conciertos en salas pequeñas que me interesa ver y quiero que me acompañes.

Ese «quiero que me acompañes» me trae todavía más dudas, no sé si es algo personal o laboral; aun así, acepto.

—Claro. Cuenta conmigo, jefe.

El resto de la tarde estoy más que nerviosa. Como no sé qué tipo de cita

es, ni siquiera si es una cita, no sé qué ponerme, ni cómo maquillarme. Siendo sinceras, no sabría hacerlo aunque tuviese clarísimo qué me espera esta noche.

Cuando dan las seis y media, salgo disparada del almacén. James me ha dicho que me recogerá en la puerta de la residencia a las ocho, lo que significa que tengo una hora y media para cruzar Manhattan (treinta y seis minutos), darme una ducha (doce minutos) y sólo cuarenta y dos para elegir cómo vestirme.

—¡No tengo ni idea de que escoger! —grito lanzando sobre la cama el enésimo conjunto de ropa que me pruebo. Ya he saqueado mi armario, el de Ruby y éstas eran las últimas prendas que había en el de Lizz.

Ruby vuelve a teclear frenética en su portátil. Como ninguna de las tres tiene mucha idea de qué ponerse para una primera cita ni para un concierto ni para una cita en general, Ruby se ha encargado de buscar información. De Google a la web de la revista *Vogue*, de ahí a la revista *Glamour*, de ahí al blog de Olivia Palermo y de ahí al de Chiara Ferragni.

—Cálmate —me pide Lizz—. No puede ser tan difícil. Nos vestimos todos los días.

—¡No! —la interrumpe Ruby levantándose de su cama y caminando hasta ella—. Esta cita es muy importante.

—No sabemos si es una cita —la corrige.

—Tampoco sabemos que no lo sea.

—El matemático Bertrand Russell ya dijo que lo que una paradoja negativa implica no es necesariamente la opción positiva —responde con suficiencia—. Que no sepamos que A no sea B, no implica que sea B; podría ser C, en el mejor de los casos, y una sucesión representada por x elevada a n en el peor. En el tema que nos ocupa, podría ser, simplemente, una reunión de trabajo.

—No metas a Russell es esto —le recrimina Ruby.

—Chicas, ¿qué hago? —gimoteo.

—Vestirte —contesta Lizz llena de pragmatismo—. Son las ocho menos cuarto.

Asiento. Tiene razón. No quiero tenerlo veinte minutos esperando en la acera. Miro de nuevo el montón de ropa. Tiene que haber algo que me sirva, pero cinco valiosos minutos después estoy en la casilla de salida. No hay nada.

—Dios —me quejo desesperada.

Sin embargo, casi en ese mismo instante, se enciende una bombillita al fondo de mi aturullado cerebro. Es lo único que va a ayudarme. Me pongo lo primero que cojo de la cama ante los gritos de Ruby, que me avisa de que no estoy combinando los colores como dicen en la web, y atravieso el pasillo. Debo estar hecha un auténtico espantajo, porque todo el que me cruzo me mira de arriba abajo y cabecea.

Después de llamar con insistencia, al fin se abre la puerta.

—¿Qué? —pregunta determinada mientras sigue tecleando en su iPhone con una carcasa a caballo entre el elegante rosa y el aún más elegante dorado.

Tomo una bocanada de aire.

—Necesito que me ayudes, por favor —casi le suplico.

Mis palabras le hacen levantar la vista del *smartphone*. Al ver cómo voy vestida, sus ojos se abren como platos, sólo un segundo, e inmediatamente recupera su compostura felina.

—Sí, está claro que necesitas ayuda.

—Tengo que ir a un concierto. No sé si es una primera cita o una reunión de trabajo, pero no sé qué ponerme.

Ella vuelve a mirarme, a continuación observa su móvil y, durante unos segundos que se me hacen eternos, guarda silencio justo antes de inclinarse sobre un pequeño mueble junto a la puerta, coger algo, que no logro ver, y salir cerrando tras de sí.

—Vamos a tu habitación. Tengo que ver qué ropa tienes.

Sonrío de oreja a oreja. ¡Sí!

—Gracias.

Cuando las chicas ven a Paisley Cho, la alumna más guapa y elegante de toda la residencia, entrar en nuestro cuarto, se quedan de piedra. Ella las observa con esa actitud impasible mientras se cruza de brazos en el centro de la estancia y yo cierro la puerta.

—¿Dónde está tu ropa? —pregunta.

—Ahí —respondo esperanzada, señalando las prendas amontonadas sobre la cama. Si alguien puede obrar un milagro, es ella—, pero no sé si hay algo que sirva.

Paisley no parece escuchar mis últimas palabras. Se guarda lo que quiera que trajera en el bolsillo trasero izquierdo de los pantalones y el móvil en el derecho. Se acerca a la cama y empieza a rebuscar. Lizz, Ruby y yo nos

miramos en silencio y francamente sorprendidas de que esté aquí y haya accedido a ayudarme. Cuando se lo he pedido, no tenía nada claro que fuera a aceptar.

—Necesito unas tijeras y una cuchilla de afeitar —nos informa levantando uno de mis vaqueros y observándolos con detenimiento.

La confusión aumenta en las tres, a la vez.

—Tenéis, ¿no? —añade mirándonos al ver que ninguna se mueve.

—Sí —respondo veloz. Cojo las tijeras de mi escritorio y voy hasta nuestro baño a por la cuchilla.

Regreso prácticamente corriendo y se las entrego a Paisley, que, sin dudarlo, da un tajo a mis pantalones a la altura de la rodilla. Las tres contenemos el aliento. Lizz incluso se lleva la mano a la boca. Repite la operación una docena de veces. Después coge la cuchilla y deshilacha los bordes de los cortes.

—Póntelos —me ordena tendiéndome los vaqueros. Yo los observo con cierto resquemor. ¡Hay más tela rota que en pie! Sin embargo, un vistazo al reloj borra de un plumazo todas mis dudas. ¡Faltan cinco minutos para que den las ocho!

Agarro los pantalones, me quito los que llevo y me pongo los acabados de customizar.

Paisley continúa rebuscando entre la ropa hasta que exhala con fuerza una bocanada de aire. Se gira hacia los armarios y empieza a revisar las pocas prendas que quedan en ellos, básicamente sudaderas con el logo de la universidad y pijamas.

—Ponte esto —dice ofreciéndome una camiseta de color vainilla con un enorme atrapa sueños dibujado en el centro.

—Ésa es una camiseta de mi madre que uso para dormir —le explica Ruby levantándose.

—Las camisetas *vintage* son tendencia —responde Paisley y, con el tono de voz que usa, deja claro que ésa es toda la explicación que piensa darnos.

—¿Has oído? —murmura Ruby orgullosa con una sonrisa, sentándose de nuevo en la cama junto a Lizz—. Mi pijama es una tendencia.

Paisley finge no oírla.

—Date la vuelta —me ordena cogiéndome de la cintura y obligándome a girarme sin mucha delicadeza.

Me recoloca la camiseta hasta dejar uno de mis hombros al descubierto.

Tira de la tela y me la anuda a la espalda, ciñéndomela a los costados. Me gira de nuevo y observa el resultado.

Acto seguido, se agacha y coge un par de botas negras del suelo. Me las da y yo asumo que tengo que ponérmelas. Paisley da un paso atrás al tiempo que se cruza de brazos, mirándome. Me siento como si me estuvieran juzgando en «America's next top model».

—Esas botas no sirven —sentencia.

—No tenemos otras —le explico.

—Siento decirlo —comenta Lizz—, pero faltan dos minutos para las ocho.

Suspiro nerviosa. James debe de estar a punto de llegar y, como no sé si es una cita o una reunión de trabajo, no sé si puedo o no permitirme llegar unos minutos tarde.

Paisley camina decidida en mi dirección a la vez que se desabrocha los dos cinturones delgados y negros con tachas que lleva a la cintura. Se arrodilla frente a mí y comienza a rodear cada bota con un cinturón. Me miro los zapatos y... ¡Uau! El resultado es espectacular.

—Ahora a maquillarte —dice cogiéndome de la mano y tirando de mí hasta sentarme en la cama.

—Perdona, Paisley —la interrumpe Lizz levantándose y acercándose a ella índice en alto. Paisley la ignora sin ningún remordimiento y tira de mi barbilla para levantarme la cara y estudiar mis rasgos—, pero cabe la posibilidad de que sea una reunión de trabajo. No puede maquillarse.

—Claro, porque las mujeres no se maquillan para ir al trabajo —replica irónica—. Echa la cabeza hacia abajo y sacúdete el pelo.

Obedezco. Cuando vuelvo a levantarla, Paisley me retoca unos mechones. Recupera lo que había traído de su habitación del bolsillo de sus pantalones y me doy cuenta de que es una barra de pintalabios, sólo que mucho más gruesa. Coge un poco con los dedos y me lo extiende por las mejillas, los párpados, la parte inferior de las cejas y finalmente los labios.

Da un paso atrás por segunda vez y me observa.

—Lista —sentencia entregándome mi cazadora perfecto de cuero negro y un grueso pañuelo de Lizz que estaban sobre la cama.

Yo asiento nerviosa y emocionada, me levanto de un salto y me acerco al espejo de cuerpo entero que tenemos entre el escritorio de Ruby y el mío. Estoy... estoy... ¡genial! Sonrío de oreja a oreja y me llevo la mano a los

labios, aunque en el último microsegundo la bajo. No quiero estropearme el maquillaje. Me ha pintado los labios de un intenso color frambuesa mientras que ese mismo color se difumina a medio camino entre unos suaves rosa y violeta en mis mejillas y bajo mis cejas. La camiseta, los pantalones, las botas. ¡Es una pasada!

—Muchas gracias, Paisley.

Ella asiente, me parece ver la sombra de una sonrisa en sus labios, y gira sobre sus vertiginosos tacones dispuesta a marcharse.

—Paisley, eres increíble —dice Ruby levantándose—. Tienes un gran sentido de la moda. Siempre vas a la última y todos los chicos te sonríen. Nos encantaría ser como tú, pero supongo que preferimos estudiar —añade encogiéndose de hombros—. Es nuestra elección.

Paisley se gira con los pies ya en el rellano y la mano en el pomo.

—Mi puntuación en el examen de acceso a la universidad fue de 1.582 sobre 1.608 — responde— y tengo un cociente intelectual de ciento veintiuno. Estudio ingeniería de telecomunicaciones. Para ser unas cerebritos marginadas, se os da bastante mal prejuizar a las personas.

Las tres nos quedamos sin habla. Habíamos supuesto que Paisley Cho, por el mero hecho de ser guapísima y popular, sería una cabeza hueca que sin duda estudiaría algo sencillísimo y, aun así, le resultaría difícilísimo. Eso hasta que algún chico igual de guapo que la propia Paisley, y probablemente rico, se fijara en ella.

Me siento avergonzada y me lo merezco.

—Lo... lo siento —murmura Ruby.

Lizz y yo asentimos. Es obvio que todas nos sentimos igual de culpables.

Paisley de nuevo no dice nada, parece estar por encima de cualquier situación, y se marcha definitivamente.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba —comenta Lizz en clara referencia al currículo académico de Paisley Cho.

—Desde luego —añado con la mirada todavía clavada en la puerta.

—Que nos sirva para aprender —sentencia Ruby.

Las tres asentimos, pensativas.

—Las ocho y cuatro minutos —me informa Lizz.

—¡Mierda! —maldigo entre dientes y salgo disparada.

Empujo la puerta de cristal con las dos manos y, con el primer pie que

pongo en las escaleras del edificio, mis labios dibujan una sonrisa para James, que está apoyado, casi sentado, en uno de los coches aparcados junto a la acera. Está guapísimo, con unos vaqueros, una camisa blanca bajo un precioso chaleco de traje y su cazadora de cuero negro, el pelo revuelto y un cigarrillo en los labios. Un auténtico neoyorquino.

—Hola —me saluda dejando que su boca se contagie de la mía—. Estás preciosa.

Me tomo un segundo para paladear sus palabras. ¡Estoy feliz!

—Hola —respondo bajando los peldaños que nos separan y deteniéndome frente a él, en mitad de la 114 Oeste.

—¿Lista? —pregunta, y suena tan tentador...

—Para todo.

James se gira y con un perfecto «taxi» detiene un Ford amarillo.

—Su carroza la espera, señorita —dice ceremonioso, abriendo la puerta de atrás del vehículo.

—Gracias —respondo con toda la pompa y circunstancia que merece el momento justo antes de entrar.

Nos acomodamos en la parte de atrás y el coche se incorpora al tráfico. En la radio suena *Can I be him?*, de James Arthur. Los dos nos miramos, como si hubiésemos pensado en la canción a la vez. La intimidad parece comerse a bocados el espacio y me hago hiperconsciente de él, del suave olor que desprende, de su calor, de su mano sobre la tapicería del coche, muy cerca de la mía. Estoy como en una nube. Nunca me había sentido así, ni siquiera con Justin. James es diferente, consigue que las mariposas se despierten en la boca de mi estómago, que nos imagine bailando esta misma canción, escuchándola bajito. Exactamente como imaginaba, soñando despierta en mi cama el primer año de universidad, que así serían las cosas cuando estuviese enamorada de verdad.

Pienso en el mensaje de la galletita de la fortuna, «un antiguo deseo llegará antes de lo que piensas». Sonrío y al mismo tiempo las mariposas se hacen más fuertes en mi interior, haciéndome feliz y asustándome un poco al mismo tiempo. Es un sueño perfecto porque tiene a James como protagonista. Pierdo mi mirada en la ventanilla mientras cruzamos Manhattan en dirección sur. Pero ¿y si soy la única de los dos que se siente así?

El taxi se detiene en una bocacalle de la 18 Este, en mitad de Gramercy Park. Bajo mientras James paga la carrera y observo a mi alrededor. No veo

nada remotamente parecido a una sala de conciertos, ni siquiera a un bar. ¿Dónde se supone que vamos a ver al grupo?

El vehículo alejándose me saca de mi ensoñación.

—¿Dónde está el local? —inquiero confusa.

James no contesta, sólo me dedica una vez más su sonrisa de chico malo.

—Vamos, Monada —me llama echando a andar, tendiéndome la mano.

Yo le devuelvo la sonrisa y corro para alcanzarlo. En el momento en el que nuestros dedos se entrelazan, las mariposas vuelven y también los miedos, pero a estos últimos no les doy espacio para quedarse.

Entramos en un edificio de apartamentos cualquiera y subimos hasta la última planta. Cada piso que avanzamos no hago sino estar más confusa.

—¿Es aquí? —pregunto cuando nos detiene frente a la puerta del apartamento veinte.

—Más o menos —responde enigmático.

Una mujer con una gruesa melena pelirroja y los brazos llenos de tatuajes nos abre la puerta con una sonrisa.

—¡J. Hannigan! —exclama feliz al verlo.

—Hola, Addie —la saluda él—. Ella es Molly —me presenta sin perder un solo segundo.

La chica me mira de arriba abajo sin ninguna discreción.

—¿Qué hay, Molly? —dice al fin.

—Hola —contesto.

—Llegáis justo a tiempo —nos explica haciéndonos un gesto para que la sigamos al interior del apartamento—. Está a punto de empezar —añade con una enorme sonrisa.

Por un momento siento un pellizco en la boca del estómago al pensar en que a partir de ahora empieza la reunión de trabajo y nuestra especie de cita ha terminado, pero, entonces, tomándome por sorpresa, James aprieta nuestros dedos entrelazados con fuerza, como si hubiese sido capaz de oír mis pensamientos.

Ya desde el recibidor, se oye una suave música, algo parecido a un punteo de guitarra, aunque no sé de dónde proviene. Nos cruzamos al menos con una veintena de personas que nos saludan mientras atravesamos el piso

en dirección a una de las ventanas del salón, la misma por la que un chico afroamericano y una chica asiática están saliendo para alcanzar la escalera de incendios.

—¿El concierto es en la azotea? —planteo emocionada.

James sonrío de esa manera tan sexy, impertinente y divertida a la vez.

—Supuse que te gustaría —repone socarrón.

Sonrío de oreja a oreja, dándole la razón. ¡Va a ser una pasada!

Accedemos al terrado del edificio. Estamos a finales de abril y, a pesar de la temperatura que hemos tenido estos últimos días, por suerte, hoy no hace nada de frío. Hay muchísima gente. Se trata de un concierto en toda regla. Por un microsegundo la idea de que puede ser peligroso se cuela en mi mente, pero la desecho con rapidez. Hace poco más de un mes, lo más emocionante que habría hecho hubiese sido ir con las chicas al cine o escuchar la música de fondo de alguna fiesta a la que no nos habrían invitado en la residencia. ¡Ahora estoy en un concierto! ¡En una azotea! ¡Quiero disfrutarlo!

Mi mirada vuela hasta un pequeño escenario, separado del suelo apenas por un palmo. Me pregunto cómo habrán conseguido subirlo hasta aquí. En el lado opuesto hay una barra y, tras ella, un camarero muy mono.

—¿Qué tal si buscamos algo de beber?

Asiento dispuesta a apuntarme a un bombardeo.

—¿Bourbon? —demanda burlón.

Yo pongo los ojos en blanco, fingidamente displicente.

—¿Sabes? —replico—, creo que prefiero un Martini Royale. Un desalmado me lo dio a probar y no estaba nada mal.

—¿Un desalmado? —Me mira y su deliciosa sonrisa vuelve a aparecer—. Chica lista.

Vuelve a tirar de mi mano y me guía entre la multitud.

—¡James! —grita un tipo, interceptándonos.

—Cliff, tío —lo saluda James.

Tiene el pelo espeso y rizado y un camiseta de Led Zeppelin chulísima.

—¿Podemos hablar? —le pregunta.

James se gira hacia mí. Nuestros ojos se encuentran y, lo que probablemente era un gesto que sólo iba a durar unos segundos, se alarga unos pocos más y, sin quererlo, sonrío porque es muy guapo y sus ojos son del color de la madera, el chocolate, la miel y el caramelo.

—Mejor después —contesta James todavía mirándome a mí—. Ahora estoy ocupado.

El chico resopla decepcionado.

—No te preocupes —repongo y, como respuesta inconsciente a las palabras que estoy a punto de pronunciar, aprieto mi mano contra la suya—. Mientras, puedo ir yo a por las copas.

James sigue observándome, en silencio.

—Prometo que nada de bourbon —especifico divertida, alzando la mano derecha como si fuera un juramento.

Mi broma lo hace sonreír y yo echo a andar, caminando de espaldas. Sin embargo, no me suelta de golpe y nuestras manos van deslizándose la una contra la otra hasta alejarse del todo. Separados, su mirada sigue atrapando la mía. Me siento diferente, mejor cuando está cerca. Siento cosas que ni siquiera sé explicar.

Acabo mordiéndome el labio inferior y, aturdida, me obligo a dirigirme hacia la barra.

Mientras espero a que me atiendan, echo un nuevo vistazo a mi alrededor. No hay una decoración propiamente dicha o, por lo menos, no es muy elaborada. Aun así, todo destila un toque precioso, como si hubiesen transformado toda la ciudad de Nueva York en un maravilloso telón de fondo, lleno de pequeñas lucecitas que se trasladan a la perfección en las pequeñas bombillitas que rodean el escenario.

Sigo observándolo todo y, sin que sea algo premeditado, me doy cuenta de cómo James acapara la atención de muchas de las mujeres que hay en la azotea. Ni siquiera les está dirigiendo la palabra, pero ellas lo miran embelesadas, con una mezcla de deseo y admiración, dejando claro que les gusta su exterior, pero que también se sienten atraídas por cómo es.

Cuando mis ojos se topan con los suyos, a pesar de la distancia y de todas las personas que nos separan, vuelve toda esa intimidad y otra vez sólo puedo pensar en sonreír. Frunzo los labios para impedir el gesto. No puedo estar sonriendo cada quince segundos. Voy a parecer ese ejecutivo de la leyenda urbana... ¿cómo se llamaba?, ¿Colin Fitzgerald?

—¿Qué te pongo? —me pregunta el camarero.

Salgo de mi ensoñación.

—Dos Martini Royale, por favor.

Asiente y comienza a preparar las copas.

—¿Qué te debo? —inquiero cuando deja los cócteles frente a mí.

Él me hace un gesto con la palma de la mano indicándome que no tengo nada que pagar y se aleja unos pasos para atender a otra clienta.

—Perdona —lo llamo interrumpiendo—, ¿las copas son gratis?

Si es así, de verdad que este sitio es una pasada. Unas vistas maravillosas, un grupo que seguro que sonará de cine y ¿bebida gratis? ¿Qué más se puede pedir?

—Tú eres la chica que ha venido con James, ¿verdad?

Asiento confusa.

—Sí.

—Pues ya está —sentencia.

Frunzo el ceño un poco más, pero automáticamente recuerdo a Tao y la comida en el restaurante chino y no tardo en comprenderlo, porque no sólo ha sido Tao. Cada vez que hemos ido a comer, cada llamada, cada persona que se ha presentado en el almacén... James tiene amigos en todos los lugares inimaginables y se mueve como pez en el agua en todo lo referente a la noche neoyorquina y a la cultura urbana que se extiende en ella: clubs, música, artistas callejeros... Todos conocen a James y lo respetan, incluso, en cierta manera, lo admiran. James Hannigan es el príncipe de las noches de Manhattan.

—Hola —me saluda una voz, y otra vez me saca de mis pensamientos.

—Hola —respondo girándome.

Un chico de unos veintitantos, casi treinta, está frente a mí con un gintónico en la mano y una cazadora vaquera en la otra.

—Me llamo Declan —se presenta.

—Yo soy Molly.

Él sonrío y yo hago lo mismo por una mezcla de inercia y cortesía.

—¿Has venido a escuchar el grupo? —pregunta.

—Sí.

—Dicen que son muy buenos.

—Eso he oído.

—¿Te gusta esta clase de música?

—Sí —respondo, y el entusiasmo me delata.

Lo cierto es que no sé a qué grupo en concreto venimos a ver, pero, después de que una tarde mientras trabajábamos dijera que me gusta Zedd, James, tras resoplar y poner los ojos en blanco, me advirtió de que desde ese

preciso instante él se ocupaba de mi educación musical. Desde ese día, cuando el resto de los que trabajan en el almacén se marchan, mientras continuamos con lo que quiera que estemos haciendo, James pone música, su música, y me encanta. Si quiere a este grupo para el festival es porque seguro que es tan bueno como algunos de los que ya me ha hecho escuchar. Tiene demasiado claro lo que quiere como para que no sea así.

—Yo los oí en un garito muy pequeño, en la zona sur, cerca de Battery Park —me explica—. Son una pasada. ¿Puedo invitarte a una copa?

Niego con la cabeza.

—Ya tengo —contesto señalando los cócteles sobre la barra.

—Pues me quedo contigo hasta que te los bebas y te invito a la siguiente.

—Hola.

La voz de James en esa única palabra atraviesa el espacio entre los tres, enmarcando toda su seguridad.

—Hola, soy Declan —lo saluda, y algo en su voz cambia, como si estuviese poniéndose a la defensiva.

—¿Has podido pedir las copas? —me pregunta. Yo asiento y le paso la suya—. Gracias, Monada —continúa con una sonrisa.

—De nada.

—¿Y qué nos estabas contando, Declan?

Otra vez no grita, no es desagradable y, sin embargo, su voz, su postura, todo manda un mensaje, como si estuviera delante de James en su máxima expresión, como si quisiera dejarle claro a Declan algo, aunque, la verdad, no tengo ni la más remota idea de qué puede ser.

Declan asiente y le da un sorbo a su gintónico.

—Nada en especial.

James asiente.

—Interesante —suelta.

—Creo que me están llamando —comenta Declan y, sin ni siquiera despedirse, se aleja de nosotros.

Miro a James confusa. ¿Qué acaba de pasar? Me gustaría decir que lo he entendido, pero lo cierto es que no. Declan parecía simpático. No comprendo por qué se ha ido de esa manera.

—¿Todo bien, Monada? —pregunta James.

Tuerzo el gesto todavía pensativa, con la mirada puesta en Declan, que

camina hasta mezclarse con las personas que se arremolinan junto al escenario.

—No lo sé. Declan parecía simpático y de pronto se ha marchado.

James se encoje de hombros.

—Creo que... —empiezo a decir—, lo cierto es que no podría asegurarlo, aunque me ha dado esa sensación, que... que quería ligar conmigo —termino sin mucha seguridad.

¿Por qué se ha ido así?

—Es otro Justin —sentencia James, y me sorprende que haya recordado su nombre—. Sólo quería ahorrártelo.

Mi confusión aumenta, pero, veloz, llego a la conclusión de que, si era otro Justin, prefiero no tenerlo cerca.

—Gracias —respondo al fin.

—De nada, para eso están los amigos.

Si no fuera imposible, diría que se ha sentido incómodo al pronunciar la palabra *amigos*.

—Ven —dice, y esta vez me coge la mano, no me la tiende esperando a que sea yo quien se la acepte. Hay un poco más de rudeza y a mí me gusta un poco más—. El concierto está a punto de empezar.

Nos guía de nuevo entre la multitud hasta acomodarnos al fondo, de cara al escenario. James me suelta y se apoya en la pared y yo no dudo en imitarlo. Una brisa fresca de lo más agradable cruza la azotea. El camarero baja las luces de la barra y un grupo de tres chicos y una chica suben al escenario. Nuestras manos están muy cerca, como en el coche, pero no se tocan y las mariposas de mi estómago, como en el coche, también, hacen triples mortales.

El grupo es buenísimo, como los dos siguientes que vemos en dos locales en TriBeCa, el solista de una noche de micro abierto cerca de Times Square y un DJ *a-lu-ci-nan-te* en una disco en la frontera que marca la calle Gansevoort entre el MeatPacking District y el Village.

—Me lo he pasado de cine —comento con una sonrisa. Sí, ya he tirado la toalla respecto a no sonreír—. El último DJ ha sido una pasada.

Me freno en seco cayendo en la cuenta de algo importantísimo y lo detengo alzando las dos manos.

—Tenemos que incluirlo en el festival —digo con una seguridad absoluta.

—No estaría mal.

—¿Que no estaría mal? —contraataco frunciendo el ceño ante su falta de entusiasmo. James no puede evitar sonreír—. Es casi tan bueno como Zedd.

—Monada, ¿toda la educación musical que te he dado estás últimas semanas no ha servido para nada?

Yo asiento convencidísima, incluso con un poco de ceremonia.

—Ha valido para saber que Zedd me gusta aún más de lo que pensaba —James suelta un silbido, fingiendo que mis palabras le han dolido— y para descubrir que soy fan de Austin Mahone —añado sólo para fastidiarlo.

Todavía recuerdo cómo el martes estuvo peleándose durante más de una hora con Lauren, Maddie y Álex porque se declararon «fervientes fans» de su canción *Dirty work*.

—¿Austin Mahone? —inquiére amenazante.

Asiento sin dudar.

—Es el Justin Bieber de la música electrónica. —Otro dardo directo a la diana para el señor Hannigan.

—¿Justin Bieber?, ¿en serio?

James niega con la cabeza, exasperado. Finalmente se lleva las manos a las caderas y la mirada al cielo.

—Señor, ¿qué he hecho yo para merecer esto? —se lamenta.

Yo ya no puedo más y rompo a reír. Una sonrisa se dibuja en su rostro. James fija sus ojos en mí y se humedece el labio inferior justo antes de mordérselo suavemente. Mi risa poco a poco va apagándose o transformándose en otra cosa, no lo sé, pero no me movería de esta acera por nada del mundo.

—Muchas gracias —murmuro, y las palabras se me escapan antes de que pueda controlarlas.

—¿Por qué? —demanda en un ronco susurro.

—Por esta noche —me sincero—. Ha sido genial.

—Un placer, Monada.

Sonrío de nuevo y una sombra de ese mismo gesto, sexy y misteriosa, se apodera de sus labios. Quiero que me bese. Estoy emocionada, excitada, ansiosa. Me pasé más de dos meses besuqueándome con Justin y ni una sola de las sensaciones de esos besos se parece remotamente a cómo me siento ahora, con el placer anticipado recorriéndome de pies a cabeza.

Sin embargo, una emoción, que apenas dura un microsegundo, cruza los ojos de James y pierde su mirada al frente.

—Es tarde, deberíamos volver a casa —me anuncia.

Asiento, abandonando mis fantasías. ¿Cómo he podido pensar que me besaría?

—Sí —murmuro tratando de recuperar la compostura, buscando un taxi—. Sólo necesito un taxi. —Giro sobre mí misma, barriendo la calle con la vista—. Vaya, ¿dónde se han metido todos?

Frunzo el ceño. No hay ni un solo coche amarillo.

—Va a ser complicado que encuentres uno a esta hora.

Por inercia miro el reloj. ¡Uau! ¡Son las tres de la mañana! Me siento muy orgullosa de mí misma en estos momentos y sé que, cuando mañana se lo cuente a Lizz y a Ruby, ellas también lo estarán.

—¿Por qué no te vienes a casa? Vivo a unas diez manzanas y tu residencia está a unas... —frunce el ceño con la mirada perdida calle arriba—. ... ¿cien?

—Ciento una —especifico.

James sonríe. Algo me dice que sabía que lo haría.

—Ciento una —repite sexy, dulce y divertido. Nos quedamos en silencio un puñado de segundos, contemplándonos. La sonrisa de James cambia, se ensancha, pero también hay un poco de frustración en ella, como si ahora mismo hubiese algo que no fuese capaz de controlar—. Mi hermana no está —continúa, y tengo la sensación de que se está reconduciendo—, así que puedes dormir en su habitación.

Lo pienso un instante. La verdad es que sería la opción más lógica. Parece que lo de encontrar un taxi, al contrario de lo que se presupone en Nueva York, va a estar complicado. El metro a estas horas ni siquiera es una opción y andado tardaría casi dos horas.

—Está bien —contesto.

—Genial —sentencia con sus ojos aún sobre los míos.

James vive en un precioso edificio, de esos que recuerdan una teleserie de la NBC, en la 10 Oeste con la calle Bleecker. Me explica que el apartamento de enfrente es de Maddie, aunque ahora vive con su marido en Chelsea.

—Bienvenida al hogar de los Hannigan —bromea ceremonioso, empujando la puerta para dejarme pasar primero.

El apartamento, incluso sólo con un primer vistazo, puede vislumbrarse como un lugar genial para vivir. El salón, muy amplio, alberga dos sofás algo desvencijados, pero de esos que sabes que son cómodos incluso antes de sentarte, y una mesa de centro de madera llena de ejemplares de *Rolling Stones*, *Vogue* y más de una decena de *New Yorker*. Las lámparas, el resto de los muebles, todo parece tener una historia, esconder millones de anécdotas. No es el típico piso de estudiantes amueblado con restos de otras casas, ni tampoco algo que alguien haya elegido de una revista de decoración. Aquí se respiran miles de besos, miles de charlas y miles de risas.

—Es precioso —digo girándome hacia él, que se quita la chaqueta y la deja sobre uno de los taburetes de la isla de la cocina.

James me sonrío por respuesta y se acerca a mí, creo que para cogerme de la mano y llevarme hacia otro punto de la casa. Sin embargo, en el último segundo, parece cambiar de opinión y simplemente me hace un gesto para que lo siga.

—Te prestaré un pijama —me informa entrado en su habitación.

Yo lo sigo a un paso de distancia, la verdad es que muerta de curiosidad. Cuando entro, sin quererlo, miro a mi alrededor ávida de cualquier detalle y todo lo que descubro llama mi atención y dibuja un poco más el concepto que tengo de James: el póster enmarcado de *Con faldas y a lo loco*, el libro de Murakami sobre la cómoda junto a una pila de discos y otra más pequeña de cedés o los tres robots de latón en una esquina de su escritorio. James es exactamente como parece que es, sin trampa ni cartón, sin engaños.

—¿Qué? —pregunta divertido, caminando hacia mí con varias prendas en las manos.

—Nada —me apresuro a contestar.

James entrecierra los ojos, como si intentase leer en mí, y finalmente me tiende la ropa.

La cojo y caminamos perezosos hasta salir al pasillo.

—La habitación de mi hermana es la puerta del fondo —dice señalándomela a través del corredor.

Asiento.

—Muchas gracias.

—No te preocupes —responde—. A ella no le importa.

No sé cómo me siento ahora mismo. Acabo de pasar de la euforia a la confusión, puede que incluso a la incomodidad. ¿Esto es una despedida? Y si

lo que hemos tenido es una cita, ¿esto es la despedida de una cita? ¿Qué se supone que debo hacer?

Involuntariamente alzo la mirada y busco sus ojos. James sonrío una vez más y da un paso hacia mí. Mi cuerpo se tensa porque el placer anticipado regresa y una bocanada de su olor a fresco, a hombre, a sexy, a diversión, a impertinencia, me sacude.

Destruye la distancia que nos separa y se inclina sobre mí. Su aliento se impregna en la piel de mi mejilla y despacio, casi agónicamente, me da un beso, cerca, muy cerca de la comisura de mis labios. Una mecha que ni siquiera sabía que tenía dentro de mí se prende y el calor, mágico, lo inunda todo.

Se separa con la misma sexy lentitud y sus ojos atrapan de inmediato los míos.

—Buenas noches, Monada —se despide.

—Buena noches —prácticamente tartamudeo.

¡Santo cielo! Creo que incluso me he sonrojado.

James entra de nuevo en su habitación y cierra la puerta. Me gustaría poder decir que me marché a la habitación de Álex como si tal cosa, pero lo cierto es que ni siquiera soy capaz de despegar los pies del suelo en los segundos siguientes. ¡Y eso que sólo ha sido un beso en la mejilla!

Me obligo a moverme, básicamente porque no quiero pasar la vergüenza de que salga a por un vaso de agua, por ejemplo, y me encuentre todavía aquí, y me dirijo a la puerta que me ha indicado.

Hago una parada en el baño y ya aprovecho para cambiarme. El pijama, un pantalón largo y una camiseta de manga larga, me está tan grande como era de suponer, pero es muy cómodo. Me recojo el pelo en una coleta y sonrío al ver las pegatinas de unos monstruos de colores pegadas en el espejo, como si lo estuvieran conquistando armados con cepillos de dientes.

De vuelta en el pasillo, estoy a punto de agarrar el pomo de la puerta de la habitación de Álex cuando un pequeño ruido me detiene en seco. ¿Ha venido del interior de la habitación? Me inclino sobre la madera, agudizando el oído y, antes de que pueda responder a mi pregunta, la puerta se abre. Doy un respingo, ahogando un grito con la palma de mi mano, y observo cómo un chico, más o menos de la edad de James, sale en bóxers, rascándose el pecho,

con el pelo revuelto y los ojos prácticamente cerrados. Me ve, pero no se inquieta lo más mínimo. Mientras, a mí, me late el corazón tan de prisa que parezco haber corrido la media maratón.

—Charlie —se presenta con un bostezo mientras continúa andando, imagino que hacia el baño.

Abro la boca, vuelvo a cerrarla. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla.

—Molly —respondo casi conmocionada.

Él asiente sin detenerse, y sin dejar de rascarse, y continúa su camino.

Yo vuelvo a quedarme con los pies clavados en el suelo, pero esta vez porque no tengo la más remota idea de qué hacer. Tras pensarlo, decidido ir a la habitación de James, explicarle lo que ha pasado, llamar a un taxi y esperar a que llegue antes de que amanezca.

Delante de su puerta, no tengo muy claro cómo comportarme (¡otra vez!) y acabo llamando suavemente. Tras unos segundos que se me hacen eternos, James abre al otro lado revolviéndose el pelo y no puedo evitar barrerlo con la mirada. Sólo lleva un pantalón de pijama, sin camiseta, descalzo.

—No quería molestarte —digo, e inmediatamente clavo la vista en mis pies para obligarme a dejar de observarlo—, pero un chico llamado Charlie ha salido de la habitación de Álex.

En ese preciso instante, el mismo chico cruza de nuevo el pasillo de vuelta a la habitación.

—Tío —saluda a James, que alza la mano como respuesta.

Sigue rascándose.

—Tú también tienes que descansar —continúo decidida—. Lo mejor será que me marche a casa.

James pone los ojos en blanco fingidamente exasperado y, antes de que pueda decir o hacer nada, me coge de la muñeca y tira de mí, metiéndome de nuevo en su cuarto.

El gesto me coge por sorpresa y mi cuerpo vuelve a revolucionarse en cuestión de microsegundos.

—Deja de decir tonterías —me advierte cerrando la puerta a mi espalda y dejándome en el centro de la estancia, sin ser consciente del tsunami que acaba de provocar en mi interior—. Dormirás aquí.

Automáticamente miro la cama. Es grande, pero no deja de ser ¡UNA! cama y nosotros somos dos.

—No podemos...

—Será complicado, pero creo que lo conseguiremos —responde burlón, simulando que realmente ve un grandísimo problema en esta situación.

—James —me quejo poniendo los brazos en jarras—, tómame en serio.

—Lo intento, Monada, pero de verdad que estás haciendo una montaña de un grano de arena. Somos dos adultos y vamos a compartir cama. Eso pasa millones de millones de veces cada noche en todo el planeta y en la mayoría de las ocasiones los dos sobreviven sin problemas —sentencia grandilocuente, otra vez riéndose de mí.

Yo le tiro lo primero que pillo, mi propia camiseta.

—Deja de burlarte de mí —protesto.

James sonrío, casi ríe, al tiempo que deja la prenda de ropa sobre la silla.

—Está bien, está bien —contesta alzando las manos en señal de tregua—. Prometo dejar de hacer bromas, pero tú deja de darle vueltas y métete en la cama.

Lo pienso. Lo miro. Empiezo a tener demasiadas ideas. ¿Por qué no puede ponerse una camiseta? Eso me facilitaría muchísimo las cosas.

Finalmente asiento, dejo mis cosas en la misma silla y, despacio, camino hasta la cama. En contraposición a lo lento que he andado, me meto bajo las sábanas veloz y me quedo sentada muy tensa y muy rígida, tapada hasta la cintura.

James me observa desde el otro lado de la habitación aguantándose la sonrisa. No es la primera vez que duermo con un chico, pero sí la primera vez que lo hago con un chico del que se supone que sólo soy una amiga, pero que hace que tenga un montón de pensamientos de lo más perversos... la mayoría de ellos relacionados con lo sexy que es, con lo atractivo, con cómo le caen esos pantalones de pijama sobre las caderas... Ése es mi pensamiento más actual y también uno de los más perversos. Antes de darme cuenta, estoy barriéndolo de nuevo con la mirada. Avergonzada, la aparto y la concentro en mis propios dedos, que juegan nerviosos con la colcha.

Como si fuese capaz de leerme la mente, James va hasta la cómoda, saca una camiseta de manga corta gris y se la pone. Una parte de mí gimotea decepcionada, la otra cree que podrá respirar tranquila... ¡qué ilusa! Mis ojos lo siguen como si estuvieran magnetizados y él fuese un imán. James se detiene junto a la cama y otra vez, antes de que pueda verlo venir, en un rápido movimiento clava la rodilla en el colchón y sus puños, también sobre

la cama, me flanquean a la altura de los muslos. Está cerca, muy cerca. Mi respiración se acelera y sus ojos conectan directamente con los míos y con otras partes muy concretas de mi cuerpo.

—¿Por qué tengo la sensación de que si te besara ahora te desmayarías?
—pregunta torturador, con esa canalla sonrisa en los labios.

—Porque probablemente sea verdad —respondo casi en un murmullo, pero sin apartar mis ojos de los suyos, sin tratar de escapar de él de ninguna manera.

James se humedece el labio inferior despacio, como si fuera parte de su tortura, y asiente suavemente una sola vez sin levantar ni su seguridad ni su atención de mí.

—Buenas noches, Monada —susurra con la voz ronca.

Sin esperar respuesta por mi parte, se deja caer en la cama. Yo lo observo sin saber qué hacer ni qué decir, ¡qué novedad! Antes de que se me ocurra una idea mejor, peligrosamente entremezclada con una de esas pervertidas, me deslizo bajo las sábanas, me tapo hasta la barbilla y cierro los ojos con fuerza.

—Buenas noches, James.

Lo último que noto antes de que pulse el interruptor y nos quedemos a oscuras es su sexy sonrisa.

James

Unas Converse, All Star, azul marino

Me despierto y suelto una larga bocanada de aire con los ojos en el techo. Todo lo que pasó ayer va haciéndose un hueco en mi cerebro hasta que un suspiro pequeño y relajado me hace girar la cabeza. Molly está acurrucada contra mí, plácidamente dormida. Mis ojos la barren fijándose en cada detalle, en cómo su pelo negro descansa desordenado en la almohada, cómo está hecha un ovillo con las rodillas casi tocándole el estómago, cómo su cuerpo menudo se mueve suave y rítmicamente bajo mi pijama... Mi pijama. Ella. Mi cama. Mi siguiente bocanada tiene el aroma de su champú y francamente creo que podría acostumbrarme a esto, a volver a tener a una chica en mi cama todas las noches, y no me refiero al sexo, es algo más íntimo, es el que tus brazos rodeen el mismo cuerpo cada noche hasta quedarte dormido y reconocer el sonido de su risa desde otra habitación.

Me levanto, cojo algo de ropa y voy hasta el baño. Después de ducharme y afeitarme, me calzo mis Converse y voy hasta el salón. La noche de ayer estuvo genial, pero también me dio muchas cosas en las que pensar. No necesito esforzarme mucho para recordar cómo me sentí cuando la vi hablando en la barra con ese tío, ni cómo recordé a la perfección el nombre del gilipollas de Justin sólo para poder mentir y decirle que un tío al que ni siquiera conocía era igual que él.

No soy ningún estúpido, Molly me gusta. Habría que ser gilipollas para que no te gustara. Es guapa, con ese atractivo inocente que vuelve loco a cualquier tío, inteligente, divertida y, por si fuera poco, despierta en mí un sentimiento de querer protegerla que ni siquiera entiendo del todo. Pero Molly no es Lauren y no puedo no luchar por Lauren. Ahora mismo es lo único que sí tengo claro en mi vida.

Cargo la cafetera y empiezo a preparar la masa para las tortitas. Estoy levantando la cuarta de la sartén cuando recuerdo que ayer nos quedamos sin sirope de chocolate y tampoco es que haya demasiada fruta.

Cierro la puerta con cuidado y bajo hasta la tienda del señor Schubert. De vuelta, mientras subo las escaleras comiéndome una manzana con una mano y sujetando una bolsa de papel en la otra, alzo la mirada y encuentro a Lauren sentada en los primeros escalones que llevan al piso de arriba desde mi rellano. Tiene la cabeza apoyada en la pared. Parece cansada, aunque también son las nueve de la mañana de un sábado y nunca le ha gustado madrugar.

—¿Qué haces aquí? —inquiero con el ceño fruncido.

—Estoy esperando a Maddie.

Arrugo la frente un poco más en una clara señal para que continúe.

—Tenemos trabajo en el Riley Group y hemos quedado aquí porque quería coger no sé qué de su apartamento.

—Como no se lleve las bombillas —bromeo—. Los hombres de la empresa de mudanzas que envió el gran Gatsby se lo llevaron todo.

—Deberías dejar de llamarlo el gran Gatsby —me reprende divertida—, así sólo engrandesces su leyenda.

Ambos sonreímos. Por mucho que se queje de él, sé que a Lauren le cae bien Ryan y, por mucho que él haga de jefe duro con ella, está claro que el sentimiento es mutuo.

Me dejo caer a su lado y le ofrezco la bolsa. Ella la abre con un dedo e inspecciona el interior con la mirada.

—¿Por qué nunca compras Twinkies?

—Porque no quiero que me dé un infarto —repongo.

Esos pastelitos están rellenos de deliciosa crema y colesterol puro.

Lauren suelta un profundo suspiro y vuelve a dejarse caer contra la pared.

—¿Estás bien?

—Sí —responde sin mucho convencimiento—. El trabajo.

—¿Seguro, Stevens?

—Seguro, Hannigan.

Los dos nos quedamos callados. Le doy un nuevo bocado a mi manzana. Lauren se rinde, mete la mano en la bolsa y coge un puñado de moras.

—Oye —dice de repente cayendo en la cuenta de algo—, ¿qué haces

yendo a comprar fruta a las nueve de la mañana de un sábado?

—Molly se quedó a dormir y quería preparar algo de desayuno.

Lauren sonrío, pero es un gesto tenso y forzado.

—¿Estás saliendo con ella? Si es así, me alegro muchísimo por los dos —se apresura a añadir—. Sobre todo por ti. Es más guapa y simpática de lo que te mereces.

Ahora el que sonrío soy yo.

—Molly y yo sólo somos amigos. —Joder, ¿por qué me siento como si acabara de mentirle?—. No iba a dejar que volviera al campus de Columbia sola a las tres de la mañana.

Ella me mira tratando de leer en mí.

—Es muy guapa —vuelve a decir.

—Es cierto.

—E inteligente.

—Totalmente de acuerdo.

—Y divertida, de esa manera tan adorable en la que lo son los inadaptados.

Sonrío. Tiene razón y creo que, además, es lo que más me gusta de Molly. Todavía recuerdo cómo me dijo el número exacto de rascacielos de Manhattan.

Lauren resopla.

—Supongo que no podría culparte si quisieras salir con ella.

La miro. Esa frase encierra muchas más cosas de las que se aprecian a simple vista.

—No estoy saliendo con ella.

Y la mía también, porque inconscientemente no he usado las palabras «no quiero salir».

—James... —empieza a decir, pero el sonido de su móvil la distrae.

Rebusca en su bolso y saca su iPhone.

—¿Diga? —contesta. Se mordisquea el labio inferior compulsivamente mientras escucha lo que quiera que le estén diciendo al otro lado—... Sí, vale... Sí, sí, está bien.

Cuelga, deja caer de nuevo el móvil en su bolso y se gira hacia mí.

—Maddie está a punto de llegar y dice que nos trae una sorpresa.

—Me temo lo peor —respondo burlón.

Me levanto y me alejo unos pasos en dirección a mi apartamento. Le

hago un gesto con la cabeza para que se levante y me siga, pero ella niega con la suya.

—Prefiero ser la primera en ver esa sorpresa.

Asiento. Lauren es una de las personas más curiosas, sana e insanamente, que conozco.

—James —me llama cuando ya casi he alcanzado la puerta.

—¿Qué? —pregunto girándome.

Durante el siguiente puñado de segundos permanece en silencio.

—No lo sé —se sincera con una sonrisa.

Su gesto se imita en mis labios lleno de suavidad. Conozco a Lauren desde hace ocho años y es un auténtico desastre para hablar de sus emociones, un detalle que siempre me ha despertado muchísima ternura, incluso cuando me ha vuelto completamente loco por no ser capaz de decirme cómo se siente.

—¿Sabes, Stevens?, no es tan difícil si lo intentas, pero tienes que querer intentarlo.

Ella me observa sopesando mis palabras.

—Eres un psicólogo de pacotilla, Hannigan —replica, y yo vuelvo a sonreír porque los dos nos conocemos demasiado bien como para saber que no es más que una de sus hábiles maneras de escudarse.

—El que te mereces.

—¿Por qué no te vas a desayunar con esa chica con la que no estás saliendo?

—¿Y tú por qué no te compadeces de tu vida en tu escalera?

—Porque desde aquí puedo reírme de todas tus desgracias.

Finjo recapacitar sobre sus palabras.

—La primera: conocerte.

Lauren abre la boca simulando estar ofendidísima.

—Ilumino tu vida con mi indudable estilo.

Quiero seguir bromeando, pero no tengo más remedio que sonreír, casi reír.

—Después nos vemos, Stevens.

—No lo dudes, Hannigan.

Abro y un suave olor a café lo inunda todo en cuestión de segundos.

—¡Tu casa huele a café, desalmado! —la oigo gritar desde el rellano, y otra vez no puedo evitar sonreír.

¿Cómo voy a poder olvidarme de ella? Es Lauren.

Entro y cierro la puerta tras de mí. Enciendo la tele y pongo las noticias en la CNN. Estoy dejando el mando sobre la mesita cuando un ruido me distrae y me giro justo a tiempo de ver a Molly, todavía con mi pijama, entrar en el salón.

—El olor a café me ha despertado —se explica a modo de disculpa.

Yo la barro con la mirada sin ni siquiera saber por qué. Tiene las manos entrelazadas en el regazo y está descalza, en mi cocina.

—Sírvete —respondo como si mis pies estuvieran pegados al suelo con cemento—. Las tazas están en el armario sobre el fregadero.

Ella asiente y va a donde le he indicado. Al estirarse para llegar al mueble, su estómago se marca bajo mi pijama. ¿Por qué me atrae tanto? Si lo pienso fríamente ni siquiera es mi tipo, ni siquiera es lo que quiero, pero hay algo en ella, no tengo ni una jodida idea del qué, que me despierta instintivo, incluso posesivo. En este preciso instante la idea inconsciente de que en cualquier momento cualquier tío puede fijarse en ella o ella en cualquier tío lo arrasa todo dentro de mí. Es Molly, mi Molly, y mi cuerpo y mi cerebro nunca habían estado más de acuerdo con el uso de un determinante.

Doy un paso en su dirección porque la pequeña mecha se ha convertido en un incendio y necesito tenerla más cerca. Ella me mira a los ojos, de esa manera con la que tengo la sensación de que puede verlo todo dentro de mí: mis secretos, mis miedos, todo lo que me hace sentir. Quiero tocarla.

Sin embargo, otro ruido me distrae. Álex llega al salón desde el pasillo, seguida de Charlie.

—Buenos días —nos saluda mi hermana.

—Hola —dice Charlie aún muerto de sueño, hasta que se da cuenta de que hay tortitas y se abalanza sobre ellas.

Pasan a la cocina y se sirven café sin darse cuenta de lo que acaban de interrumpir. La puerta suena. Álex grita un sonoro «está abierto» y Maddie entra con dos cajas de Ladureé, esa pastelería francesa del East Side.

—He traído el desayuno —anuncia cantarina—. Hola, Molly —la saluda al reparar en su presencia.

Se gira hacia mí y sonrío de oreja a oreja.

—Me gusta —pronuncia sin emitir sonido alguno, sólo moviendo los labios, y de tal forma que sólo yo puedo verla.

Sonrío frustrado. ¿Por qué de pronto mi casa parece el metro? Vuelvo a

llevar mi mirada hasta Molly y ella vuelve a mirarme a mí.

—¡Son *macaroons*! —grita Álex entusiasmada, abriendo una de las cajas.

Coge uno y le da otro a Molly, sacándola de nuestra propia ensoñación. Ella sonrío algo nerviosa y acepta el dulce.

—Tienes que probarlos. Están deliciosos.

—Ey —se queja Maddie—, devuélveme ese *macaroon*, Charlie.

—Es mío —repone con rapidez, metiéndoselo entero en la boca.

—Le has quitado la comida a una embarazada —protesta—. Eres lo peor.

—Los de vainilla son míos —contraataca él sin ningún remordimiento, transformado en el monstruo de las galletas.

Todos rompen a reír. Molly también. La observo en mi casa, con mis amigos, y algo dentro de mí sonrío satisfecho porque no puedo dejar de pensar que éste es su sitio.

—Los de frambuesa están aquí y me he comido la mitad —explica Lauren entrando en mi apartamento con otras dos cajas.

La miro y, joder, si creía que antes estaba perdido, ahora ni siquiera sé el suelo que piso. Yo elegí luchar por Lauren, lo elegí hace mucho. Si también la pierdo a ella, ¿qué quedará de la persona que se suponía que iba a ser? Ella es mi ancla.

Me paso las manos por el pelo, frustrado. No tengo la más remota idea de qué hacer, de qué decir, de qué pensar.

—Molly —la llamo. ¿Por qué lo hago? Ella alza la cabeza de inmediato —... quiero ir al almacén a repasar unos papeles. —Salir de aquí de pronto me parece la mejor idea que podría tener—. Puedo dejarte en tu residencia.

Ella asiente con un *macaroon* en la mano. ¿Por qué tiene que parecerme la cosa más bonita de todo el universo?

Molly**Unas botas negras de media caña sin tacón, decoradas con los cinturones de Paisley Cho**

Maddie y Charlie se pelean por los *macaroons*, Lauren y Álex charlan de sus cosas, el olor a café, la tele de fondo. Son una familia. De verdad.

—Molly —me llama James, y yo alzo la cabeza por puro instinto, como si mi cuerpo reconociese su voz antes que mi cerebro—, quiero ir al almacén a repasar unos papeles. Puedo dejarte en tu residencia.

—Claro —respondo.

Me dirijo a la habitación, pero no me he alejado de la isla de la cocina más que unos pasos cuando Maddie me llama.

—Ten, para el camino —dice tendiéndome un *macaroon* de chocolate.

Sonrío y vuelvo hasta ella. Cojo el dulce, pero justo cuando voy a marcharme, me llama con las dos manos.

—Y de frambuesa —añade dándome otro—. Oh, y de pistacho, están riquísimos.

—¿Quieres parar? —la recrimina Álex, divertida.

Maddie sonrío e incluso se sonroja un poco.

—Está muy delgada —se defiende— y es muy pequeña. Tiene que alimentarse.

—Gracias —respondo con una sonrisa.

Diez minutos después estamos montados en el Camaro de James, cruzando Manhattan en dirección norte.

—¿Estás muy callado? —apunto mientras la canción *Go*, de Louis The Child, inunda el ambiente.

—Es temprano —se defiende con la mirada en la calzada.

Me encojo de hombros. No le falta razón. Lo cierto es que apenas hemos dormido, aunque, en lo que a mí respecta, tengo la sensación de haberlo hecho en una nube. Me siento de maravilla.

—Hoy me gustaría terminar con la primera capa del escenario central —le explico—. Creo que con doce horas de secado será suficiente para empezar a trabajar en la siguiente.

James asiente.

—Me parece bien —responde lacónico.

El coche se detiene en un semáforo en la Doceava Avenida. Una nube de gente cruza de un lado a otro. James los mira, pero en el fondo no se fija en nadie.

—¿He hecho algo que te haya molestado? —inquiero quitándome el cinturón y girándome hacia él.

James me observa, devuelve la vista a la calzada y finalmente suelta una bocanada de aire.

—No, Monada, está todo bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

El disco cambia de color.

—Ponte el cinturón —me ordena.

Me dejo caer sobre el asiento, desanimada, y obedezco. El resto del camino lo hacemos en silencio y ni siquiera entiendo por qué, así que voy a creerme a pies juntillas la explicación que me ha dado.

* * *

—Buenos días —saludo a Lizz.

Está a su mesa, tras su portátil, estudiando.

—Buenos días —responde alargando todas las vocales y girándose hacia mí—. ¿Cómo fue todo?

Me encojo de hombros, pero mi sonrisa me delata.

—Fue bien, muy bien —rectifico, y mi gesto se ensancha peligrosamente, sospecho que podría partirme la cara en dos—. Dormimos juntos. —Lizz abre la boca, a punto del colapso—. No como estás imaginando —me apresuro a aclarar y, como me estoy poniendo muy nerviosa, camino hasta la balda que hay sobre mi mesa y cojo mi iPad para

empezar a organizar el trabajo de la próxima semana—. La última actuación terminó a las tres de la madrugada y no había taxis. En teoría, iba a dormir en el cuarto de su hermana, pero resultó que ella estaba allí con su novio.

Lizz asiente tratando de fingir el «todo fue absolutamente normal» que yo he intentado transmitirle con mis palabras, pero acaba sonriendo, perspicaz. Esta mañana las sonrisas nos están delatando.

La puerta se abre a mi espalda y Ruby aparece todavía en pijama, cargando un montón de chokolinas contra el pecho.

—¡Hola! —me saluda entusiasmada cuando me ve. Abre los brazos sobre su cama y su colcha de Ikea se llena de inmediato de Bountys—. Respóndeme. Ahora mismo. ¿Cita o reunión de trabajo?

Alzo la mirada entornando los ojos al mismo tiempo, meditando la respuesta, pero lo cierto es que no lo sé. Nos cogimos de la mano y me salvó de aquel Justin en potencia, pero fuimos a aquellas actuaciones y conciertos por el festival.

—No lo sé —me sincero—. Cincuenta, cincuenta. Creo que Russell —digo en referencia al matemático holandés que Lizz mencionó ayer— lo habría tenido muy complicado para decir a ciencia cierta si era una cosa o la otra.

—Russell lo habría tenido facilísimo teniendo en cuenta que dormisteis juntos —apostilla Lizz.

—¿Que dormisteis juntos? —grita Ruby en un susurro. Pega los codos a los costados y alza las manos empezando una especie de danza de la victoria—. Ésa es mi chica.

—No pasó nada —le aclaro, pero sigo sin poder dejar de sonreír.

Abro la agenda en mi tablet/diario/cuaderno de bocetos, toda mi vida en diez coma cinco pulgadas, y comienzo a revisar las semanas anteriores para saber a qué debo dar prioridad en ésta.

—Me da igual —repone sentándose en la cama y abriendo una chokolina—. Es lo más truculento que ha pasado desde que llegaste de *oh, la, la, Paris*.

Qué raro. ¿Cómo no me había dado cuenta de que ya estamos a 26 de abril? Repaso con el índice cada día de la semana, hago lo mismo con la anterior y la anterior y la anterior. De pronto otra bombillita, esta vez de un intenso color rojo, se enciende en el fondo de mi cerebro.

—No puede ser —susurro.

Molly**Las mismas botas customizadas por Paisley Cho, y creo que son lo único que me mantiene en pie**

No puede ser. No puedo ser. ¡No puede ser! Deslizo los dedos sobre la pantalla y el calendario semanal pasa a ser mensual. Repaso cada día como si lo que está o, para ser más precisos, lo que no está escrito fuese a cambiar por arte de magia.

—No puede ser —murmuro muerta de miedo.

Y sencillamente tiene que ser cierto que no puede ser. Tuvimos cuidado. Mi mente se nubla y de pronto sólo quiero hablar con él, verlo, oír cómo me dice que no tengo por qué preocuparme, que todo saldrá bien.

—¿Qué? —inquire Ruby con la boca llena de chocolate y coco.

—Nada —me obligo a decir, obligándome a sonreír también—. Acabo de recordar que... que ayer olvide algo en el almacén... —miento señalando la puerta y caminando hacia ella—... algo importante.

Ruby asiente y yo salgo disparada de mi habitación y de la residencia.

Diez minutos después estoy delante de su edificio de ladrillo visto al norte del parque. Subo a la segunda planta y llamo a su puerta. La cabeza me va demasiado de prisa, demasiados pensamientos se entrecruzan, incluso, por un momento, creo que alguien ha robado todo el oxígeno a mi alrededor. ¡No puede ser! ¡No puedo creer que pueda ser!

—¿Molly?

Su voz me saca de mi ensoñación. Alzo la mirada y veo a Justin, frente a mí. Mi mente sigue yendo demasiado rápido y, antes de que pueda darme cuenta, nos veo en París, en su diminuta buhardilla, sentados en un viejo y desvencijado sillón, mirando la pequeña porción del cielo de París que nos ofrecía la única ventana, riendo, comiendo *croissants* de mantequilla. Sin

embargo, casi tan rápido como llega esa imagen, también lo hace otra con los dos en este mismo apartamento, con el diciéndome que no era escritor, que no era el Justin que yo creía que era.

También pienso en James y esa idea eclipsa todas las demás.

—¿Qué haces aquí?

—Lo siento —me disculpo aturdida—. Tendría que haber llamado primero.

—No —contesta—. Claro que no —sentencia.

Se hace a un lado con la puerta y, al reparar en su propio movimiento, incómodo, da un paso hacia delante, se inclina y coge mi muñeca tirando de mí para que lo siga. James hizo exactamente eso anoche, pero no me he sentido igual. No ha habido mariposas, ni calor.

Justin cierra la puerta a mi espalda y nos quedamos en un extraño silencio.

—¿Quieres sentarte? —pregunta.

—No —respondo negando también con la cabeza.

—Y, bueno... —empieza a decir dando un par de pasos nerviosos hasta agarrar con las dos manos la espalda de una de las sillas que rodean la mesa, haciendo una pausa para hallar las palabras adecuadas—, ¿qué te trae por aquí?

Lo miro. ¿Cómo se supone que se explica algo así? Abro la boca, pero al no saber cómo continuar, la cierro. Vuelvo abrirla y vuelvo a cerrarla. Tengo muchas ganas de llorar.

—Creo que estoy embarazada —le digo al fin.

Justin suelta la silla como si se hubiese quemado y da un paso atrás. Yo pierdo mi vista al frente, demasiado confusa, asustada, nerviosa, inquieta... Dios mío, sólo tengo diecinueve años.

—¿Crees o estás? —pronuncia casi en un tartamudeo.

Asiento. Es una pregunta justa.

—Llevo un control muy riguroso. La regla tendría que haberme venido hace tres semanas —añado mortificada. ¿Cómo no pude darme cuenta?—, pero todavía no me he hecho la prueba, si te refieres a eso.

Ahora el que asiente es él, como si acabara de diseñar un plan en su cerebro y eso le diera confianza.

—Eso es lo primero —comenta convencidísimo—. Bajaré a la farmacia y compraré un test.

Voy a decir algo, pero no me da opción. Gira sobre sus pies, rescata la chaqueta de la espalda de otra de las sillas y se la pone.

—Puedo ir yo.

—No —prácticamente me interrumpe, comprobando cuánto dinero tiene en la cartera—. Iré yo.

No está siendo brusco, pero tampoco me está haciendo sentir... cómoda. Es obvio que lo único que quiere es marcharse, aunque lo cierto es que tampoco sé qué esperaba. No lo conozco. No sé cómo es. Puede que lo que tenga delante sea el verdadero Justin.

Al darse cuenta, para en sus movimientos. Alza la cabeza y busca mis ojos azules.

—Es lo mejor —se explica esforzándose por sonar tierno—. No tardaré nada.

El momento se hace aún más raro. No quiero alargarlo y asiento.

—Está bien —contesto en un murmullo.

—No tardaré —repite, y se marcha dejándome sola en su apartamento.

No sé cuánto tiempo pasa, cinco, diez, quince minutos. No me muevo de la porción de suelo en la que estoy de pie. Ni siquiera sé por qué he venido. Cuando me he dado cuenta de lo que pasaba, pensaba que venir aquí me haría sentir mejor, como si Justin fuera a decirme «no te preocupes, tuve cuidado. Estábamos protegidos al ciento por ciento». Sin embargo, por la manera en la que ha reaccionado, empiezo a pensar que sus «no te preocupes, cariño, lo tengo todo controlado» eran tan auténticos como él mismo.

Un ruido en el recibidor me distrae. Alguien entra y, torpe, deja caer las llaves antes de volver a cerrar la puerta.

—Toma —dice tendiéndome una pequeña bolsa de papel marrón. Resopla—. Quiero decir, aquí tienes, Molly —reformula su única palabra—. Podrías hacértelo ya... por favor.

Asiento y cojo la bolsa en el único segundo que dura el movimiento. Justin aparta su mirada de la mía y el nudo de mi estómago se hace más grande, pesa más.

Dos minutos después estoy de pie frente al lavabo, mirando la prueba de embarazo. Sólo falta uno más para saber el resultado.

Agarro el pomo con la mano temblorosa y abro. Justin está dando vueltas de un lado a otro del salón, cada vez más rápidas y cada vez más cortas, como si fuera un ratón atrapado en un laberinto.

—¿Y? —pregunta escueto.

Yo quiero decir muchas cosas, pero no soy capaz de pronunciar ninguna y sólo asiento.

—¡Dios! —murmura llevándose las dos manos a la boca.

Busco su mirada, pero él no deja que la atrape. Me siento sola. Demasiado sola.

—Molly —me llama, y algo en su tono de voz ha cambiado, como si estuviese esperanzado.

Automáticamente, el alivio me inunda por ver esa reacción en él y me siento mejor. Puedo contar con él.

—¿Hay alguna posibilidad de que no sea mío?

¿Qué?

El alivio se esfuma tan rápido como llegó y ahora, aparte de sola y confundida, me siento traicionada.

—Sólo me he acostado contigo —sentencio—. Y te lo digo mirándote a los ojos porque, a diferencia de ti, yo aún soy capaz de hacerlo.

Definitivamente venir aquí ha sido un error. Suelto un suspiro decepcionado y, con la prueba de embarazo positiva todavía en las manos, me dirijo hacia la puerta.

—¿Y qué quieres que piense, Molly? —prácticamente grita girándose hacia mí—. No nos acostamos desde hace más de un mes y hace tres semanas te presentaste aquí para no sé qué estupidez y volviste a largarte.

—Tú me mentiste —replico volviéndome también para que estemos frente a frente—. En París me hiciste creer que eras una persona diferente.

—Estaba de vacaciones en otro país —responde como si eso fuera suficiente excusa—. Todo el mundo finge que su vida es mejor de lo que es en esas situaciones. Se llama dejarse llevar.

—No, se llama mentir —me reitero— y engañar y hacer daño.

Él aparta la mirada y resopla aparentando que tiene algún motivo para que mis palabras lo molesten.

Decido que ya he tenido suficiente y me encamino de nuevo hacia la puerta.

—Espera —me pide, pero no me molesto en detenerme—. Espera — repite cuando estoy a punto de alcanzarla—. No te vayas, Molly.

Camina hasta mí y, antes de que pueda impedirselo, me coge de las dos manos. Al darse cuenta de que llevo el test, me lo quita y lo deja sobre la

mesa. Después de eso me mira a los ojos, como hacía en París.

—Lo siento —se disculpa, y suena sincero—. Lo siento de verdad. No he estado a la altura de las circunstancias, pero me ha pillado totalmente fuera de juego. Ni siquiera pensaba que volvería a verte.

Sigo enfadada, pero, siendo justos, tiene razón. La última vez que nos vimos no quedamos como amigos precisamente.

—Siento haberme presentado sin avisar —digo asumiendo mi parte de culpa— y siento habértelo dicho así, pero es que no sabía qué hacer.

Justin sonrío. Desde la primera vez que lo vi me deslumbró su sonrisa. Es un chico muy guapo.

—Creo que lo mejor es que te acompañe abajo y te pare un taxi — propone con la voz suave—. Tengo que ir a la oficina, pero esta tarde te llamaré y nos veremos en cuanto salga del trabajo. Te llevaré a cenar y tomaremos todas las decisiones que tengamos que tomar, juntos.

Ese «juntos» me tranquiliza y tengo la sensación de que puedo volver a respirar.

Justin vuelve a sonreírme y me abraza. Contra su cuerpo, el «juntos» se hace más grande. Creo que, entre las múltiples reacciones que puede tener un hombre de veintiséis cuando una chica con la que sólo ha pasado unas vacaciones le dice que se ha quedado embarazada, la de Justin es sólo una más y puede que incluso una de las más comunes. No era la que yo esperaba, pero lo importante es todo lo que ha dicho al final.

Para un taxi junto a la entrada del edificio y se queda allí, observándome, hasta que el Chevrolet amarillo desaparece calle abajo.

Nunca cinco horas habían pasado tan lentas. Las chicas me preguntan qué me pasa, pero yo prefiero decir que nada y guardármelo para mí, por lo menos hasta que hable esta tarde con Justin y decidamos qué hacer.

Pienso muchísimo. Pienso en cómo va a cambiar mi vida. Pienso en cómo se lo tomará mi familia. Pienso en Justin. Pienso en mí. Pienso en James.

—Ayúdame, Sadie Hadley —le pido acariciando suavemente su nombre grabado en la balda, justo antes de soltar un largo suspiro.

A las cinco en punto estoy dando vueltas por mi habitación sin saber qué otra cosa hacer. Fuera está lloviendo a cantaros. Quizá lo mejor sea ponerme a trabajar, distraerme. Cojo el iPad y comienzo a revisar ideas, a dibujar

otras, pero decir que estoy concentrada se parecería sospechosamente a mentir, ya que miro el reloj en la esquina inferior derecha de la pantalla en intervalos de quince segundos.

A las seis ya no puedo más. Ruby y Lizz se han marchado y yo me he rendido y he dejado de fingir que trabajaba para continuar dando vueltas sin ningún sentido.

Consigo esperar media hora más para llamarlo. Es sábado. Ya debería haber salido de la oficina. Sigo dando las mismas vueltas nerviosas e inconexas por nuestra habitación de veintidós metros cuadrados, sólo que ahora lo hago con el móvil pegado a la oreja. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. No contesta. Salta el contestador. Cuelgo y vuelvo a intentarlo. Vuelve a sonar eso de «deje un mensaje».

A las siete me siento en mi cama, preocupada y con el iPhone entre las manos. Sigue lloviendo. Lo he llamado cinco veces y le he enviado un whatsapp. No he obtenido ninguna respuesta. Tal vez esté trabajando y no esté pendiente del teléfono, me consuelo, pero la verdad es que no me convenzo.

Ruby y Lizz regresan poco antes de la hora de cenar y, aunque intento escabullirme, no tengo más remedio que bajar con ellas a la cafetería. Las dos me notan rara, pero esquivo sus preguntas achacando mi malestar a que sospecho que he pillado la gripe. Creo que cuela porque ninguna de las dos me hace más preguntas y Ruby dice que debo tomar zumo de naranja para subir mi nivel de vitamina C.

El siguiente par de horas pasa igual de insoportable y, cuando dan las nueve en punto y aún no sé nada de Justin ni de esa cena que prometió que tendríamos, me obligo a entender que algo va mal.

Cojo mi abrigo y salgo en busca de un taxi. Está lloviendo a mares, así que es una misión más que imposible. Corro hasta el metro, pero, para cuando llego a la parada de la 116, estoy completamente empapada.

El vagón está atestado. Me siento. Tengo frío. Estoy nerviosa. Entrelazo mis dedos, que no sobresalen por completo de los puños de mi abrigo, con la vista clavada en ellos. La cabeza me va demasiado rápido. Todo se está poniendo cuesta arriba. Las cosas no tendrían que ser así. Cabeceo. Quizá me esté equivocando con Justin. Quizá tenga una buena excusa para no haberme

llamado. Quizá ha perdido el móvil. Quizá aún está en la oficina. Me aferro a ese puñado de hipótesis. Es más fácil hacerlo que pensar en la otra posibilidad: que haya pasado de mí.

Tomo aire antes de llamar a su puerta. Bajo la cabeza y, en mitad de toda esta locura, no puedo evitar fijarme en que mis pies empapados mojan el suelo del rellano. Oigo murmullos al otro lado de la madera, casi un minuto de ellos, y finalmente alguien se acerca. Alzo la cabeza esperanzada, pero ese sentimiento se desvanece cuando un chico que no conozco se asoma a la puerta, abierta lo justo para que pueda verlo.

—¿Qué quieres? —pregunta.

Frunzo el ceño.

—Necesito hablar con Justin —me explico confusa.

Él me mira un segundo de más y niega con la cabeza.

—No está y no sé cuándo va a volver.

Un ruido en el interior confirma su mentira.

—Dile que salga. Tengo que hablar con él. —Sueno enfadada. Me siento enfadada. ¿A qué está jugando?

—Ya te he dicho que no está.

—Dile que salga, por favor.

Estoy furiosa y también estoy a punto de echarme a llorar. El chico parece darse cuenta y por un momento su mirada, toda su expresión e incluso su cuerpo, se relajan.

—Lo siento mucho, pero no está.

Sin embargo es obvio que sí está. Niego con la cabeza con los mismos sentimientos que hace unos segundos y tan decepcionada como cuando estuve aquí esta mañana, sólo que me empeñé en justificarlo.

—¡Eres un cobarde! —grito para hacerme oír desde el rellano—. ¿Me oyes, Justin? ¡Eres una persona horrible que no nos merece! ¡Mi hijo y yo estaremos mejor sin ti!

No espero respuesta por su parte. No la quiero. Echo a andar hacia las escaleras con el paso seguro. No lo necesito a él. Mi hijo no lo necesita. Me llevo la palma de la mano al vientre y me doy cuenta de que acabo de tomar muchas decisiones.

Sigue lloviendo cuando vuelvo a poner los pies en la calle, pero no me importa y con la misma determinación me dirijo hacia la boca de metro.

—¡Molly! —me llaman.

Reconozco la voz al instante, pero no me giro. Justin vuelve a gritar mi nombre y apenas un segundo después lo tengo tras de mí. Me coge de la mano y me obliga a girarme, pero yo me zafo de inmediato.

—Toma —dice tendiéndome varios billetes de cien dólares doblados por la mitad.

Yo miro el dinero, después a él y después giro sobre mis pies y me alejo. Ni siquiera merece que le diga cómo de mezquino ha sido ese gesto. Las personas como Justin sólo restan y no las quiero en mi vida.

Tal y como me pasó cuando descubrí quién era en realidad, me encuentro en la estación de metro sin saber qué hacer ni a dónde ir, santo cielo, sólo que ahora ese sentimiento es infinitamente peor.

Antes de que mi cerebro tome una decisión, mi corazón toma el mando y cojo el metro en dirección a Chinatown.

Camino de prisa entre las calles repletas de luces de neón y otra vez acabo delante del almacén. ¿Cómo se supone que voy a hacerlo? No puedo contárselo a mis padres ni a mi hermano, creo que ni siquiera soy capaz de contárselo a las chicas. ¡No sé qué hacer! Tengo diecinueve años, estoy embarazada y el padre de mi hijo acaba de darme la patada. Un nuevo aluvión de lágrimas me baña la cara. Estoy muerta de miedo.

—¿Monada? —inquire James asomándose desde la barandilla de la planta superior.

Alzo la cabeza y mis ojos se encuentran con los suyos.

—¿Qué ha pasado? —ruge preocupado, pero antes de terminar su propia frase, está bajando las escaleras como un ciclón.

Quiero dejar de llorar, pero soy incapaz.

James corre hasta alcanzarme. Me coge de la muñeca y tira de mí. No es un gesto para acercarme, ya estamos cerca, es como si necesitase tocarme de alguna manera y, en mitad de lo que siento ahora mismo, una pequeña llamita se enciende en el fondo de mi corazón. Creo que yo también necesitaba que me tocara, de la manera que fuese.

—¿Qué ha ocurrido?

Su voz, además de la preocupación que ya tenía, se llena de urgencia.

—He ido a ver a Justin —empiezo a decir, pero las lágrimas y los sollozos me interrumpen.

—¿Justin? —replica James—. Esa historia se había acabado.

—Y se ha acabado —ahora más que nunca—, pero necesitaba hablar

con él y... y... —el llanto se hace más intenso, un sollozo cruza mi pecho destartalandome mi voz y rompo a llorar de nuevo con más fuerza.

James no dice nada más, vuelve a tirar de mí y me lleva contra su pecho, rodeándome al instante con sus brazos y otra vez, en mitad de todo este miedo, me encuentro un poco mejor. Me siento protegida.

—Justin es un gilipollas que no te merece —susurra con la voz endurecida.

Yo quiero decir algo, pero no soy capaz y acabo asintiendo contra su pecho.

No sé cuánto tiempo pasamos así, conmigo llorando y él consolándome con una paciencia infinita.

—Me siento estúpida —murmuro al fin.

James me separa suavemente y busca mi mirada con la suya.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me he quedado con ganas de decirle tantas cosas. Que es un cobarde y un egoísta — estallo—. Bueno, puede que esas cosas sí se las dijera —especifico, y James sonrío lleno de ternura—, pero también es un gilipollas —continúo enarcando las cejas al recordar la palabra que usó James — y quiero que lo sepa. ¡Estoy tan enfadada!

¡De verdad lo estoy! Sigo estando muerta de miedo, pero ahora los dos sentimientos se han entrelazado.

James me observa sopesando mis palabras. De pronto me enseña su sonrisa más macarra. Se separa de mí, camina hasta una de las cajas apiladas al fondo de la nave y regresa con un bote de espray negro y su cazadora.

—Nos vamos —me anuncia cogiendo mi mano y haciéndome caminar con él.

—¿Adónde? —inquiero confusa y sorprendida al mismo tiempo.

—A vengarte.

Me gusta.

Cogemos el metro y regresamos a Hamilton Heights, el barrio de Justin, en poco más de cuarenta minutos. Ha dejado de llover. James me hace cruzar de prisa la calzada aprovechando que apenas hay tráfico y nos detiene frente al edificio de Justin en plena 150 Oeste.

—¿Qué hacemos aquí?

—Éste es su edificio, ¿no? —replica señalándolo con nuestras manos aún unidas.

Sigo sin entender nada.

—¿Qué vas a hacer?

—Yo no voy a hacer nada. Vas a hacerlo tú —me explica agitando suavemente el bote de espray.

—¿Quieres que esperemos a que salga Justin y lo rocíe de pintura? Porque no voy a negar que sería divertido, pero no me parece...

James rompe a reír, interrumpiéndome.

—No, por Dios —repone jovial—. Vas a pintar en la pared lo que piensas de él.

Lo miro. Otra vez tengo que admitir que sería gracioso, pero... no sé.

—Hacer pintadas no está bien —respondo— y contraviene la normativa municipal del epígrafe de orden público.

James se gira hacia mí y ladea la cabeza en un gesto increíblemente sexy.

—Saltarse las normas es divertido —pronuncia tentador.

Me pierdo en sus ojos del color de la canela y tomo una bocanada de aire pensando qué debo hacer. James vuelve a sonreír de esa manera que me derrite y me tiende el espray, como si ya tuviera claro que en el fondo quiero hacerlo. Al fin asiento para infundirme valor y cojo el bote, obligándome a transmitir seguridad.

Camino los pocos metros que me separan de la pared mientras lo agito. Estoy nerviosa y al mismo tiempo me siento extrañamente reconfortada, viva. Con un último ataque de dudas, me giro hacia atrás. James sonríe mientras se enciende un cigarrillo. El halo dorado de la mecha de su Zippo le ilumina la cara y lo vuelve un poco misterioso, un poco peligroso y muy muy guapo.

—Piensa que les estás haciendo un favor a las futuras chicas que Justin pretenda engañar — comenta—. Será como una gigantesca señal de advertencia.

Sonrío. Tiene toda la razón.

Agito el bote y comienzo a pintar sobre la pared. A cada línea que el espray dibuja, me siento mejor e, inexplicablemente, gano un poco más de confianza en mí misma, como si algo dentro de mí me dijese más y más alto con cada centímetro de pintura negra que puedo con esto, que voy a conseguirlo, que va a salir bien.

Cuando termino, me vuelvo hacia James con una sonrisa satisfecha en los labios y la respiración trabajosa. Él, que ya me observaba, me aplaude con

el cigarrillo en los labios.

—Lo has hecho de cine, Monada.

Mi sonrisa se ensancha y me giro para contemplar mi obra. Clara y concisa. «Justin es un mentiroso gilipollas.»

—No ha quedado nada mal —certifico—. Me siento...

Estoy a punto de decir «genial» cuando un ruido a unos pocos metros de mí me distrae. Algún vecino de Justin está saliendo ¡y va a pillarme en el lugar del crimen! James tira el cigarrillo, camina hasta mí como un rayo y me coge de la mano.

—Corre —grita en un susurro.

Antes de que nos hayamos alejado más de un par de metros, los dos rompemos a reír.

—¡Gamberros! —oímos chillar a nuestra espalda, pero ni por ésas nuestras carcajadas se calman.

Estamos en plena huida por Amsterdam Avenue cuando empieza a llover de nuevo, y nada de tímidas gotas, es un chaparrón en toda regla. James nos desvía por una calle cualquiera y después por un callejón cualquiera, tratando de encontrar un sitio donde resguardarnos.

—Está lloviendo a mares —digo cuando nos detiene en mitad del callejón. No hay ningún lugar donde cobijarnos.

—¿Estás mejor? —inquire echándose el pelo hacia atrás con la mano e ignorando mi comentario sobre el tiempo.

—Sí, creo que sí —respondo con una sonrisa.

Aunque lo cierto es que sigo teniendo un problema enorme. Cabeceo. No me gusta llamarlo *problema*.

James parece poder leerme la mente porque tuerce los labios en un gesto muy sexy, dándome a entender que sabe que hay algo más.

—Necesitas desahogarte —dice convencido.

Yo lo miro sin entender nada.

—Grita —me ordena.

—¿Gritar? ¿Ahora? ¡No! —respondo con una sonrisa nerviosa.

—No lo pienses. Sólo hazlo. Saca todo lo que llevas dentro.

—No puedo. Creo... creo que ni siquiera sé cómo hacerlo.

James toma aire y alza la cabeza.

—¡No sé si hice bien en dejar mi trabajo! —grita a pleno pulmón, e inmediatamente una sonrisa de puro alivio se cuele en sus labios.

Me mira, directamente a los ojos, y me trasmite tantas cosas que, antes de poder pensarlo, estoy llenándome los pulmones de aire y levantando la cabeza.

—¡Estoy asustada!

¡Uau! ¡Sienta de maravilla! Devuelvo mi vista hacia James y los dos sonreímos.

—¡Estoy cansado de no saber lo que quiero!

—¡Quiero dejar de ser una marginada y gustarme como soy y gustarle a los demás! ¡Quiero dejar de ser la chica a la que no invitan a las fiestas, a la que nadie mira! —dejo que salga todo. ¡Es catártico!— ¡Quiero que me miren!

Jame sonrío y vuelve a alzar la cabeza. Cierra los ojos y deja que las gotas de lluvia resbalen por su rostro, por sus mejillas, por sus perfectos labios.

—¡Estoy perdido!

Y sé que para él también es liberador.

Vuelve a mirarme y, ahora, en este instante, me siento más cerca de él de lo que jamás me he sentido de nadie. El corazón me late de prisa. Mi respiración está agitada. Mi cuerpo tiembla. Me he equivocado. No quiero que me miren. Quiero que me mire él.

—James —murmuro dispuesta a mandar al diablo todos mis miedos y sincerarme. Tengo que contarle la verdad. Tengo que contarle que estoy embarazada.

—No puedo más —ruge entre dientes, como si estuviera luchando consigo mismo por contenerse y fracasara estrepitosamente.

Da el último paso que nos separa, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Todo lo que he sentido estalla entre los dos y, desde este pequeño callejón en algún rincón del norte de Manhattan, iluminamos toda Nueva York.

Los dos sonreímos contra los labios del otro, pero ni siquiera entonces dejamos de besarnos.

—Me moría de ganas de hacer esto, Monada —susurra contra mi boca, apenas separados un centímetro.

Me lleva contra la pared sin dejar de besarnos, sin dejar de llover, aunque, francamente, ya ninguno de los dos siente la lluvia.

Su mano se desliza hasta la parte baja de mi espalda, estrechándome

contra su cuerpo mientras la otra, en mi cuello, con sus dedos escondidos bajo mi pelo, casi en mi nuca, me mantienen exactamente donde quiere.

—Deberíamos tomárnoslo con calma —dice contra mis labios sin hacer el más mínimo intento por separarse.

—Tienes razón —respondo, pero tampoco hago el más mínimo intento de apartarlo.

Los dos sonreímos a la vez.

James se separa despacio de mí y sus ojos buscan los míos. Una parte de mí sigue teniendo miedo, pero la sensación de que a su lado estoy protegida del mundo se hace mayor por la manera en la que me mira y siento que por fin estoy donde quiero estar.

—Si ahora sonara una canción, ¿cuál crees que sería? —pregunto impaciente y emocionada.

James lo piensa, pero acaba negando suavemente con la cabeza al tiempo que se muerde el labio inferior.

—No lo sé —se sincera—. ¿Cuál crees tú que sería?

Lo miro y un montón de ideas se agolpan en mi cabeza. Recuerdo aquella frase de la película *Solo tú* sobre que el destino está escrito en las estrellas. También recuerdo que pensé que sería feliz con Justin, como seguro que James pensó que lo sería con Lauren. Recuerdo cómo nos conocimos en la azotea del EOHN. Todo lo que ha pasado esta noche.

—No lo sé —respondo también—, pero sería una sobre que lo que creemos que va a ocurrirnos no tiene por qué ser lo que al final ocurra, que lo mejor está siempre por llegar, por sorprendernos.

El corazón me late aún más de prisa, las mariposas vuelan desatadas. Por primera vez tengo clarísimo que no son un montón de tonterías, que puede ser verdad, con nosotros puede ser verdad.

James me observa y poco a poco una sonrisa preciosa y sincera va apoderándose de sus labios.

—Yo no lo habría expresado mejor, Monada —sentencia.

Los dos sonreímos.

—¿Cena? —pregunta.

Asiento.

—Sí —respondo sin dejar de sonreír.

James da un paso atrás, dispuesto a liberarme y que podamos marcharnos, pero en el último segundo, como si no pudiese contenerse,

vuelve a arrinconarme contra la pared y sus labios se estrellan contra los míos en un beso largo y lleno de fuerza, con el deseo y todo lo que me hace sentir escapando a borbotones.

Regresamos a Chinatown para recoger las llaves del apartamento de James y su portátil, y porque la idea de cenar sopa de wantón me parece genial.

Los dos nos miramos sorprendidos cuando, al abrir la puerta del almacén, hay luz en la planta de arriba. He dicho sorprendidos y no preocupados porque desde la misma planta se oye una voz cantando *Can't stand losing you*. Los ladrones desalmados no suelen cantar a The Police. En ese preciso instante descubrimos a Álex pasar junto a la barandilla con varias carpetas. Se las pasa a alguien que no vemos y, al girarse para volver donde estaba, repara en nosotros.

—¡Hola! —nos saluda—. Chicas —dice girándose de nuevo—, James está aquí con Molly.

Quien quiera que estuviera cantado deja de hacerlo. Se oyen unos ruidos algo torpes y a los pocos segundos Lauren, Maddie y la propia Álex se asoman, apoyándose en la barandilla.

—¿Qué hacéis ahí? —inquire James.

—¿Y vosotros que hacéis de la mano? —pregunta a su vez Maddie con una sonrisilla, señalándonos con lo que creo que es una chocolatina.

Yo aparto mi mirada, a punto de sonrojarme. James sonrío, pero no me suelta.

—Sabemos que estás muy agobiado con el papeleo —explica Álex— y hemos decidido venir a ayudarte.

—Traemos provisiones —añade Maddie dándole un bocado a lo que definitivamente es una chocolatina Hershey's.

—¿No es un poco tarde? —repone James.

—Deja de quejarte y sube aquí, hermanito. Tienes esto hecho un verdadero desastre.

James se gira hacia mí y frunce los labios, divertido.

—Ya has oído a las teleñecos —dice dibujando a las chicas como los dos viejos gruñones de «Los Muppets» que siempre estaban quejándose desde un balcón.

Maddie y Álex se quejan a la vez. James sonrío encantado con su propia broma y porque ellas hayan reaccionado exactamente como esperaba, y yo no

tengo más remedio que imitar su gesto.

—¿Te parece bien?

—Sí —respondo sin dudar.

Las chicas son muy simpáticas. Me gusta estar con ellas.

Echo a andar hacia las escaleras, pero James no se mueve y tampoco me suelta, por lo que, cuando doy unos pasos, me veo obligada a detenerme en seco.

—¿Qué? —pregunto divertida, girándome hacia él.

James sonríe, pero es su otra sonrisa, esa que es muy sexy y tiene muchas promesas de lo más interesantes escondidas en ella.

—Cuando terminemos aquí, vamos a ir a mi apartamento y no pienso compartirte.

Me muerdo el labio inferior conteniendo las ganas de saltar en sus brazos ahora mismo. Sin embargo, no consigo disimular una sonrisa enorme, casi gigantesca, y acabo asintiendo, puede que una o cinco veces más de lo estrictamente necesario.

James se humedece el labio inferior y tira de mí para que reanudemos la marcha.

—Parece que te ha gustado la idea —susurra burlón justo antes de echar a andar.

Sólo hemos puesto un pie en la planta superior cuando suspiro admirada. ¡Las chicas son como un torbellino de pura eficiencia! Han sacado todos los archivos de las cajas y están escrupulosamente ordenados en montones sobre el suelo. El escritorio de James, que hasta ayer estaba atestado de carpetas y formularios municipales, está despejado y reluciente.

—Todo lo relativo a proveedores, aquí —nos explica Álex, de pie junto a los montones de carpetas, señalándonos uno de ellos—; todo lo relativo a músicos, managers y discográficas, aquí —continúa, indicando otro con el índice—, y esta carpeta tiene todos los formularios del ayuntamiento... rellenos —añade con una sonrisa, tendiéndosela.

James le devuelve el gesto a la vez que susurra un «gracias» lleno de alivio.

—Lauren está con todo lo de personal —sigue Álex— y Maddie... —la observa con el ceño fruncido sin saber cómo proseguir, lo que hace que James y yo nos giremos hacia ella—... aparentemente está acabando con la existencia de chocolatinas Hershey's sobre la faz de la tierra.

—¿Qué? —se queja con una sonrisa, pero es obvio que también se siente un poco avergonzada—. No me juzguéis. Estoy embarazada.

Todos sonreímos, pero mi gesto se apaga. Muy pronto estaré como ella y ya no importará que quiera contarle o no, porque será más que obvio. ¿Cómo van a tomárselo mis padres? Dios mío, ¿cómo va a tomárselo James? Tengo que hablar con él y tengo que hacerlo cuanto antes. No quiero mentirle.

—Hablando de personal —dice Lauren, y creo que es la primera vez que habla desde que hemos llegado. Qué raro, normalmente nunca deja de hacerlo —, Molly no tiene contrato.

James y yo nos miramos. Es cierto. Cuando llegué me aceptó sin ni siquiera ver mi currículum y yo acepté trabajar sin ni siquiera saber las condiciones. Después de eso, a pesar de habernos visto cada día durante casi dos meses, nunca mencionamos el tema del contrato. Supongo que nunca nos hemos sentido como un jefe y una empleada al uso.

—Fallo mío —contesta James al tiempo que, culpable, se pasa la mano por el pelo y la deja en su nunca.

Lauren pone los ojos en blanco, respondiéndole sin palabras que es un absoluto desastre. Apoya una carpeta en su regazo y la abre con la misma mano con la que sostiene el lápiz.

—No te preocupes —me dice Lauren—. Rellenaremos toda la información y mañana mismo James —pronuncia su nombre a la vez que enarca las cejas, para dejarle claro que no puede ser una de esas cosas que retrase para más adelante— irá a la Seguridad Social.

Las tres asienten.

—¿Cómo se apellida? —le pregunta Lauren.

James abre la boca dispuesto a decir algo y la cierra. Vuelve a abrirla y vuelve a cerrarla. Se rasca la nuca durante varios segundos, pensativo y, al fin, me mira con aire preocupado. Yo sonrío divertida.

—¿En serio? —protesta Álex—. ¿No sabes su apellido?

—No me hagas quedar todavía peor —protesta su hermano haciendo un aspaviento con la mano que le queda libre.

—Eres lo peor —certifica Maddie a punto de tener un ataque de risa.

—¿Ya no te quedan más chocolatinas, Parker?

—Para reírme de ti, Hannigan, siempre puedo hacer un descanso — replica veloz.

Maddie y Álex comienzan una retahíla sobre su falta de consideración, sobre que es un auténtico tirano, sobre que si no se sabe el apellido de sus trabajadores es porque los llama a todos *esclavo*. Mientras, yo me debato entre salvarlo o dejar que lo sigan mortificando.

James me mira y sonrío suavemente, aunque es obvio que se siente culpable.

—Creo que nunca he llegado a decírselo —lo defiendo divertida.

Las chicas se callan y me observan extrañadas.

—Nunca ha surgido el tema —continúo a trompicones, y entiendo que mi explicación pueda confundirlas todavía más.

—¿De verdad nunca habéis hablado de cómo os llamáis? —apuntilla Álex—. No sé, una presentación básica.

—No —la interrumpe James—. Siempre hemos tenido cosas más interesantes de las que hablar. Gracias, Monada —sentencia refiriéndose a mí.

—Un placer —respondo contagiada de su humor.

—Entonces —interviene Lauren reconduciendo la conversación. No sé qué es exactamente, pero la noto un poco extraña—, ¿cuál es tu apellido?

—Sandford —respondo—. Molly Sandford.

De pronto un silencio sepulcral se hace con el ambiente. Todos me miran, pero ninguno dice una palabra.

—¿Tú...? —empieza a decir Maddie sin saber muy bien cómo continuar—. ¿Tú conoces a Bentley Sandford?

Sonrío nerviosa. ¿Qué está pasando?

—Sí, es mi hermano.

James suelta mi mano.

Molly

**Las mismas botas, los mismos cinturones de Paisley
Cho, pero nada es igual**

Todos continúan mirándome, pero James ya no me mira como me miraba antes.

—¿Eres la hermana de Bentley Sandford? —inquire, y su voz suena ronca, casi intimidante, como si de repente un enfado más grande que yo, y también más antiguo, inundara cada una de sus palabras.

—Sí —vuelvo a responder, y la verdad es que empiezo a preocuparme—. No entiendo qué está pasando. ¿Qué ocurre con Bentley?

Pero James no responde y sale disparado hacia las escaleras. Ni siquiera me mira.

—James —lo llaman su hermana, Maddie y Lauren, pero no parece oír a ninguna.

Me asomo por la barandilla justo a tiempo de verlo salir con el paso acelerado y dando un sonoro portazo. ¿Qué está ocurriendo? Un nudo de puro nervio atrapa mi estómago. No entiendo nada.

—Chicas, ¿qué es lo que pasa? —demando girándome hacia ellas, exteriorizando lo confusa y preocupada que me siento ahora mismo.

Ellas se miran entre sí durante unos segundos que se me hacen eternos hasta que Álex se apiada de mí y da un paso en mi dirección.

—Molly, James y Bentley no se llevan bien —me explica cruzándose de brazos—. Incluso han llegado a las manos.

¿Qué? Me llevo la palma de la mano a la boca. No me lo puedo creer.

—¿Qué? ¿Por qué?

Vuelven a mirarse y yo estoy a punto de gritar de pura frustración.

—Es complicado —sentencia Álex, y en ese preciso instante Lauren agacha la cabeza—, pero no me corresponde a mí contártelo. Tiene que hacerlo James.

Asiento. Aunque la curiosidad y otros sentimientos mucho más profundos y primarios pataleen por saberlo, lo entiendo.

—Lo siento, Molly —trata de reconfortarme Maddie.

—¿Por qué no te sientas y comes algo? —me ofrece Álex caminando hasta mí—. Después puedo llevarte a casa.

Miro a mi alrededor tratando de pensar. Me siento aturdida. ¿De qué se conocen Bentley y James? ¿Por qué se llevan mal? ¿Qué pasó entre ellos? ¿Cuándo?

—Gracias, chicas, pero prefiero irme a casa.

Asiento de nuevo, reafirmandome en mi propia idea, y echo a andar hacia las escaleras.

—Molly, ahí fuera está diluviando —trata de convencerme Álex.

—No importa, ya estoy mojada.

—Vas a coger una pulmonía.

Abro la boca dispuesta a decir que, en realidad, la pulmonía más preocupante la causa una bacteria y no un virus, luego, el hecho de estar o no mojada, no es un condicionamiento claro para contagiarse de la enfermedad, y en cambio sí influyen otros factores que nunca consideramos determinantes, como el caminar descalzo aunque sea verano. Sin embargo, por primera vez no me apetece especificar nada y vuelvo a cerrarla.

—Adiós, chicas.

—Espera, Molly —me llama Maddie.

Baja las escaleras de prisa y se reúne conmigo en la planta baja.

—Si quieres irte, lo entiendo, pero no vas a hacerlo sola.

Sin esperar a que responda, sigue caminando y se acerca a la puerta del almacén. Hace un gesto con la mano, como si llamase a alguien, y a continuación sonrío.

Apenas un segundo después, un hombre impecablemente vestido con un traje negro entra en el almacén.

—Necesito que lleves a Molly a casa. Vive en el campus de Columbia.

El hombre asiente profesional, con las manos entrelazadas delante.

—Maddie, el señor Riley ha dado orden de que bajo ningún concepto la deje sola en este almacén.

¿Ha dicho señor Riley?

—Finn —responde ella paciente—, no vas a dejarme sola. Álex y Lauren están aquí.

—No creo que el señor Riley estuviese de acuerdo.

Maddie resopla.

—Finn, no puedo creerme que te estés poniendo de parte de ese loco controlador otra vez.

El hombre trata de ocultar un indicio de sonrisa mientras ella vuelve a resoplar.

—Si le parece bien, podría pararle un taxi a la señorita Sandford e indicarle que la lleve al campus.

Maddie tuerce el gesto y finalmente sus labios se curvan en una suave sonrisa.

—Gracias, Finn. Eso sería perfecto.

El hombre asiente y sale diligente del almacén.

—Sólo tendrás que esperar un par de minutos —me informa Maddie girándose hacia mí.

De pronto racionalizo toda la información.

—¿Tú eres la mujer de Ryan? —pregunto sorprendida.

Ella asiente y una sonrisa de oreja a oreja de amor absoluto se dibuja en su cara.

—Sí.

Quizá de eso se conozcan Bentley y James.

—Maddie... —la llamo, y mi voz suena llena de urgencia.

—Molly —me interrumpe—, me gustaría contártelo, pero no puedo. James es mi mejor amigo y Bentley es el mejor amigo de Ryan y mi jefe en *Spaces* y, créeme, lo quiero muchísimo, pero Álex no te mintió cuando te dijo que era complicado.

—Pero necesito saberlo —trato de convencerla.

Un carraspeo nos interrumpe. Finn ha vuelto y espera en la entrada. Maddie se gira hacia él y asiente.

—Tu taxi espera.

Antes de que pueda decir nada, me toma de los hombros y me abraza con fuerza, todo lo que se lo permite su incipiente tripita... muy pronto estaré igual. Había conseguido olvidarlo por un momento y ahora el nudo de mi estómago se hace más grande.

—Lo siento —repite.

Asiento abatida. No puedo culparla por no querer explicármelo. Si es algo que incumbe a James, por muchas ganas que tenga de saberlo, debe ser él quien me lo cuente.

El taxi, que el chófer, Finn, ha dejado pagado, tarda relativamente poco, teniendo en cuenta la lluvia y el tráfico, en llegar hasta Columbia. Subo a mi habitación como si tuviera sacos de piedras en vez de pies y, nada más entrar, aún empapada, me dejo caer sobre mi cama.

—Qué entrada más dramática —comenta Ruby desde su mesa.

Tiene el móvil conectado a los altavoces y *Talk me down*, de Troye Sivan, suena bajito.

—Ha sido un día...

¿Cómo demonios defino este día? Es complicado siquiera tratar de empezar a perfilar la búsqueda de una palabra que se acerque a definir todo lo que he sentido hoy. Estoy asustada porque tengo diecinueve años y estoy embarazada y el padre de mi hijo acaba de pasar de mí. Estoy triste porque creo que ahora mismo James me odia y ni siquiera sé por qué. Y, cuando estaba bajo la lluvia, en aquel callejón cualquiera de Hamilton Heights, estaba feliz porque James me besaba, porque me dijo que no aguantaba más las ganas de hacerlo, porque me sentí como si una corriente de mariposas me recorriera de pies a cabeza... Y ahora estoy hecha un completo lío.

—Dejémoslo en que ha sido —sentencio.

Ruby asiente y subraya una línea casi interminable de su libro de economía con un marcador amarillo fluorescente.

—Bueno —responde sin levantar su vista del libro—, hay quien ya consideraría eso todo un triunfo.

La miro deseando poder hablar. ¿Por qué no le cuento todo lo que ha pasado? Ella es mi amiga. No va a juzgarme. Necesito desahogarme y, por muy patético e infantil que resulte, también necesito escuchar a alguien decirme que todo va a salir bien.

—Ruby —la llamo sentándome en la cama.

Ella debe de notar algo en mi tono de voz, porque alza la cabeza y se gira para mirarme.

—¿Qué?

Abro la boca dispuesta a decirle que estoy embarazada, que Justin pasa de mí, que James me besó y que ahora creo que me odia, pero las palabras se

niegan a cruzar mi garganta.

—Molly, ¿estás bien?

—Yo...

Ruby frunce el ceño, confusa, sin levantar los ojos de mí.

—Molly...

Un ruido en la ventana nos distrae. Las dos nos volvemos a la vez y vemos a James al otro lado del cristal, golpeándolo suavemente.

—Pero ¿qué diablos? —murmura mi amiga admirada—. Como en las pelis —suelta dirigiéndose a la ventana.

James y yo nos miramos. Parece tan confuso como yo y esa pequeña idea me desarma.

Ruby abre la ventana con una sonrisa.

—¿Puedo pasar? —inquire James.

Asiento al tiempo que empiezo a frotar uno de mis brazos con la mano. Acabo de recordar que estoy completamente empapada, como él.

James entra con una agilidad asombrosa, estamos en una segunda planta, cierra la ventana tras él y se pasa la mano por el pelo mojado. Otra vez nos quedamos mirándonos, como tantas veces en realidad; empiezo a pensar que las palabras entre nosotros no son necesarias.

—Acabo de recordar que he quedado con Lizz en la cafetería —miente Ruby como una bellaca, recogiendo su libro de la mesa—. Adiós —se despide, y no puede disimular el entusiasmo que le produce que un chico guapísimo acabe de colarse por nuestra ventana.

La puerta se cierra y durante el siguiente puñado de segundos cada uno se hace más hiperconsciente del otro. Yo lo hago de sus viejos vaqueros, de su cazadora de cuero, de que más que nunca parezca James Dean en *Rebelde sin causa*, de que más que nunca parezca sentirse perdido.

—Hola —digo, porque en el fondo no sé qué otra cosa decir.

—Hola —responde James.

Sus ojos del color de las hojas en otoño y las almendras siguen sobre mí, haciéndome sentir deseada, tatuando su nombre en mi piel a cada centímetro que descubren a pesar de que lleve ropa y esté mojada y confusa porque James no es Justin. James no es como ningún otro chico, y creo que algo dentro de mí lo supo desde que estuvimos en aquella azotea sobre el club de moda.

—¿A qué has venido? —planteo.

Y en el fondo tengo miedo de escuchar la respuesta.

—Tenemos que hablar.

—Genial —respondo antes de poder controlar mis propias palabras —, porque me encantaría saber qué es lo que he hecho mal, James. Yo no tengo la culpa de ser la hermana de Bentley ni de la relación que hay entre vosotros —sentencio con un punto de desesperación y otro aún mayor de enfado e impotencia.

No me merecía que se marchase de esa manera. ¡Ni siquiera podría haber sospechado que mi hermano y él se conocían!

—Es complicado —replica, aunque habría sido más correcto utilizar la palabra *ruge*.

—Ya lo sé —repongo levantándome—. Eso es lo único que las chicas han querido decirme. ¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Monada —me reprende.

—Quiero saberlo.

¡Estoy enfadada! ¡Mucho!

James suelta una intimidante bocanada de aire con su mirada todavía sobre mí.

—Molly, tu hermano y yo nunca hemos tenido una buena relación. Hemos discutido e incluso nos hemos pegado.

—¿Por qué?

No quiero verdades a medias.

—Porque es lo que suele pasar cuando dos hombres están enamorados de la misma mujer.

¿Qué?

Abro los ojos como platos casi al mismo tiempo que esa única palabra se evapora en mi garganta. ¿Estaban enamorados de la misma chica? De pronto revivo cada conversación que he tenido con James. No necesito que me diga quién es esa mujer, porque ya lo sé.

—Se trata de Lauren, ¿verdad?

James asiente.

—Sí. Ya te dije que fuimos novios en la universidad. Ella se marchó a seguir estudiando a Chicago y, cuando volvimos a encontrarnos, había empezado algo con Bentley. Joder —resopla como si hubiera recordado alguna situación en concreto—, la primera vez que lo vi quise asesinarlo con mis propias manos, pero no era quien para hacerlo. Lauren no era mi chica.

Después él se portó como un cabrón miserable, lo dejaron y volvimos a acostarnos y, antes de poder siquiera pensarlo, la cosa se descontroló y nos hicimos daño, los tres.

Me llevo el índice a los labios al tiempo que bajo la cabeza tratando de asimilar sus palabras. Lo entiendo. Entiendo que Bentley no sea su persona favorita, incluso que lo odie, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? Sin quererlo, un sollozo atraviesa mi cuerpo, aunque consigo mantener las lágrimas a raya.

James lanza un juramento entre dientes y devora la distancia que nos separa, pero, antes de que pueda llegar a tocarme, doy un paso atrás.

—Yo no soy Bentley —le recuerdo dolida.

Por la manera en la que me mira, sé que ha entendido cada palabra y todas las que no he pronunciado.

—Monada...

—Ni siquiera conocía a Lauren —las primeras lágrimas comienzan a caer sin que pueda hacer nada por evitarlo—, ni siquiera sabía que habían estado juntos.

—No es tan fácil.

—Pero tampoco es tan difícil —lo interrumpo casi en un grito, dejando que ese sentimiento de impotencia brille de nuevo en mis palabras.

—¿Y qué quieres que te diga, Molly? —objeta contagiado de mi tono de voz, furioso—. ¿Que ahora que sé que sois hermanos no puedo soportar tenerte cerca? —Da un paso hacia mí y yo, por puro instinto, otra vez lo doy hacia atrás—. ¿Que ni siquiera puedo mirarte?

—¡Quiero que me digas la verdad! —estallo.

—¡Lo odio a él y te odio a ti!

Sus palabras nos silencian a los dos justo a tiempo de oír cómo mi corazón se parte en pedazos.

—Odio que seas su hermana —continúa, dando un paso más en mi dirección. Su voz se vuelve más débil, más triste, pero también se llena de más fuerza, de más seguridad. Voy a alejarme de nuevo, pero él me sujeta por la muñeca y me impide huir al tiempo que destruye el espacio entre los dos—. Odio que te apellides Sandford. —Estrecha mi cuerpo contra el suyo. Su olor me envuelve, me condena. Mi respiración se acelera—. Pero sobre todo odio desearte como te deseo, odio querer tocarte como quiero hacerlo. Joder, odio no poder pensar en otra maldita cosa que no seas tú.

James me besa con una fuerza desmedida, con todo lo que sentimos hablando por los dos, demostrándonos cuánto lo necesitábamos incluso antes de imaginarlo. James no es como los demás. James nunca será como los demás. Yo no quiero ser como las demás si puedo ser mejor por todo lo que me hace sentir.

—Molly —susurra contra mis labios, y no suena mi nombre, suena su mantra.

Pierde su mano en mi nuca mientras yo me aferro a su chaqueta.

El beso se acaba y James apoya suavemente su frente contra la mía, como si intentara mantenernos lo más cerca posible un segundo más. Mi corazón vuelve a resquebrajarse un poco y otra vez no necesitamos las palabras para saber que esto no es un comienzo, es una despedida.

—Todo lo que has dicho es cierto, ¿verdad? —murmuro.

Las lágrimas bañan mis mejillas. No necesito especificar. No necesito preguntarle si me odia por ser la hermana de Bentley.

James me besa otra vez, como si se estuviese rogando a sí mismo no hacer lo que está a punto de hacer. La desesperación se hace más nítida, casi cristalina.

—James —musito.

—Lo siento —responde con toda su masculinidad cubriendo cada letra —, pero no puedo, Monada —sentencia dando el primer paso hacia atrás, estirando sus brazos para no dejar de tocarme—. Joder, no puedo.

Da un paso más y otro y otro, y sus manos resbalan sobre las mías hasta que el contacto se evapora. Sin mirar atrás, James sale por la ventana y desaparece.

Yo rompo a llorar desconsolada, con los ojos clavados allí donde él ya no está. Estoy triste y enfadada y demasiado sola, y siento todas esas cosas porque justo ahora mi pobre corazoncito y yo acabamos de comprender que estoy enamorada de él.

James**Unas deportivas New Balance rojas**

Entro en el almacén como cada día, pero la sensación está muy lejos de ser la misma. Antes estaba deseando escuchar la puerta, su risa, alzar la cabeza y saber que podría verla. La jodida perfecta sensación de saber que la tendría siempre cerca. Ahora todo eso sigue así, pero ya no sé cómo interpretarlo. ¡Es la hermana de Sandford! Y aunque quisiera que no me importara, me importa. Joder, me importa demasiado. Me quitó a Lauren, la tuve que compartir con él y nos hemos odiado siempre.

Me deshago de la cazadora de malos modos y la dejo sobre la silla. El día de ayer fue un completo asco. No pude dejar de darle vueltas a todo lo que pasó el sábado, a las ganas que tenía de tocarla, de besarla, a cómo me sentí cuando al fin lo hice.

Miro mi reloj. Son las nueve y media del lunes. Resoplo. Molly no ha llegado tarde un solo día, así que, si no está aquí ya, es más que probable que no venga. Vuelvo a resoplar más fuerte, más enfadado. Ni siquiera sé cómo sentirme. Debería alegrarme de que no viniese. Tener espacio. Alejarme. Pensar. Pero yo no quiero nada de eso.

Lo único que deseo no lo puedo tener.

—Joder —maldigo entre dientes.

En ese momento la puerta suena y oigo una mezcla de saludos de los chicos que trabajan abajo con una voz que en seguida reconozco. Todo mi cuerpo se tensa y se relaja al mismo tiempo, y me siento como me sentí cuando la besé en aquel callejón, con la adrenalina caliente saturando hasta el último centímetro de mis venas.

—Hola —me saluda.

Su voz apenas es un murmullo, pero sus ojos azules me miran llenos de valentía. Molly es diferente a cualquier otra chica que haya conocido.

Tendría que decirle que se marchara. Pagarle por el fascinante trabajo que ha hecho y contratar a otro diseñador, un hombre viejo, calvo y gordo, a poder ser. El único problema es que no quiero alejarla de mí y, francamente, creo que tampoco puedo.

—Hola —respondo, y mi voz suena cortante y fría.

—Siento el retraso. Tenía cita con el médico.

De pronto algo de mí se agarrota hasta impedirme casi respirar.

—¿Estás bien? —pregunto tratando de controlar la urgencia en mi voz.

Molly me observa durante unos segundos que se me hacen eternos y finalmente asiente.

—Sí.

La conozco. Me está ocultando algo.

—Dime que estás bien —le ordeno. Estoy perdiendo los malditos papeles.

—Estoy bien —contesta sin titubeos.

Dejo escapar todo el aire que sin darme cuenta había contenido hasta escuchar su respuesta. Visiblemente incómodo y frustrado, me paso las manos por el pelo. Ella sigue ahí, de pie, observándome. No va a comportarse como una damisela despechada ni como un ratoncito asustado. En cierta manera, me está desafiando, y eso es lo que adoré de ella desde el primer segundo. Molly no va a ponerme las cosas fáciles, nunca, y tampoco va a dejar que yo tome el camino más sencillo.

Pero sigue siendo la hermana de Bentley Sandford.

—Será mejor que empecemos a trabajar.

Ella asiente.

—Sí, por supuesto.

Sin embargo, ninguno de los dos se mueve y, poco a poco, sin que podamos hacer nada por evitarlo, esa suave sensación de intimidación regresa, arrasándolo todo. Molly suspira con la respiración suavemente acelerada, con su cuerpo llamándome. Quiero tocarla. No puedo pensar en otra maldita cosa.

Doy un paso hacia ella.

—¡James! —nos interrumpe una voz desde el piso de abajo—. ¡James!
—vuelve a gritar. Es Álex.

—¿Qué pasa? —inquiero preocupado, saliendo a su encuentro.

—Vengo del ayuntamiento —me explica tendiéndome un pequeño dossier con la portada transparente desde la que se ven una decena de

formularios rellenos y sellados en papel rosa—. Lo siento muchísimo, pero te han denegado el permiso para el festival.

—No puede ser —mascullo.

Le arranco la carpeta de las manos y la abro de malas formas. Sabía que sería complicado, pero no pensé que llegaríamos a este punto.

—Dicen que no quieren saturar la ciudad con contenidos de este tipo y te ofrecen Trenton, Hoboken o la playa en Jersey.

Yo bufo furioso y niego con la cabeza. ¡No quiero ninguno de esos lugares!

—No vamos a trasladarnos a ninguno de esos sitios.

—Si quieres hacerlo, no te queda otra —afirma Álex.

—No quiero el típico concierto en las afueras —replico acelerado—, ni montar una versión de Coachella en la costa Este, por mucho dinero que eso me diese. Creé el festival para que tuviera lugar en la capital del mundo, y esa ciudad es Nueva York.

Me paso las manos por el pelo, exasperado, y, aún más, acabo llevándomelas a las caderas. ¿Qué demonios vamos a hacer?

—Yo creo que tengo una solución.

Sus palabras atraviesan el ambiente y me calman instantáneamente, pero no es por lo que ha dicho, es por ella, por Molly, por su voz.

Álex y yo la miramos pidiéndole que continúe.

—Podría hablar con Ryan Riley —se ofrece—. Es el hombre más poderoso de esta ciudad. Estoy convencida de que él podría conseguir que nos diesen los permisos que necesitamos.

Yo asiento despacio mientras una sonrisa irónica, dura y furiosa se cuela en mis labios. ¿Ryan Riley? ¿Qué más, joder?

—Es el puto colmo —mascullo justo antes de coger mi cazadora y salir disparado.

Molly me mira sin entender qué ha hecho mal, exactamente como me miró ayer, pero no puedo quedarme a consolarla. Todo se está desmoronando y no puedo pararme a explicarle que Ryan Riley es la última persona que dejaría que me ayudara.

—¡James! —me llama Álex cuando ya he alcanzado la calle. No me paro. No me giro. Necesito estar solo. Pensar—. ¡James! —repite más cerca.

Sigo caminando. Hoy hace un frío de mil demonios.

—Te estás comportando como un maldito crío —me espeta a mi

espalda.

Pero ¿qué cojones?

Me giro con cara de pocos amigos.

—¿A qué viene eso, joder?

—Lo sabes de sobra. Ella no es Bentley, James.

—¡Ha mencionado a Ryan! —replico, ¡estallo!

—Es que también tienes que superar eso de una maldita vez.

La observo como si no acabara de decir lo que yo acabo de oír, pero ella me mantiene la mirada sin una pizca de arrepentimiento.

Se cruza de brazos cuando una ola de aire gélido cruza la calle. No ha cogido su chaqueta; me quito la mía y se la pongo.

—Ryan hace feliz a Maddie —me recuerda mientras se la abotono.

—Lo sé —repongo más sereno—. Sé que la hace feliz, mucho, y quiero que estén juntos toda la vida, pero lo quiero por ella, no por él, porque es mi amiga y quiero que sea feliz. Ryan no me soporta y el sentimiento es más que mutuo.

Arqueo las cejas para recordarle que sabe que tengo razón. Álex no tiene más remedio que claudicar y asentir.

—Molly lo ha dicho con la mejor intención —comenta reconduciendo la conversación.

—Molly es la hermana de Bentley.

—¿Y a ti qué te importa?

Resoplo exasperado dando un par de pasos atrás, empezando a moverme como un ratoncito de laboratorio encerrado en un laberinto.

—Me importa porque no quiero tener nada que ver con esa gente —replico, y mi tono se endurece. Me estoy cansando de esto—. ¿De verdad no puedes entenderlo?

—¿Y de verdad no lo entiendes tú? Estás enamorado de Molly y no vas a dejar de estarlo porque se apellide Sandford.

Sus palabras, por una décima de segundo, me dejan fuera de juego. Yo no estoy enamorado de Molly. Me gusta. Joder, me gusta mucho, pero no la quiero. Yo quiero a Lauren, aunque no podamos estar juntos. Ella es la persona que elegí.

—Yo no estoy enamorado de Molly —refunfuño.

Álex me mira y sonrío sin piedad.

—Autoengañarte es tu especialidad, hermanito.

—Yo quiero a Lauren —sentencio apuntándola con el índice—. Lauren es la chica que elegí. La chica para mí. No voy a dejar de luchar por ella porque las cosas se hayan torcido.

—La torre de Pisa forma un ángulo recto perfecto con el suelo en comparación a cómo se han torcido las cosas entre vosotros.

—Álex —la reprendo intimidante.

Ella alza las manos en señal de tregua.

—Está bien —continúa—. Contéstame una cosa: si Lauren se presentara aquí hoy mismo y te pidiera que volvierais juntos, incluso que vivierais juntos... mejor aún, si te pidiese que os casarais, pero te explicara que tendríais que ir a vivir a Boston. ¿Qué contestarías?

Guardo silencio, aunque no sé por qué. La respuesta está clara y lo que más me asusta es que ni siquiera he tenido que pensarla.

—No lo sé —contesto al fin, porque es lo más fácil.

—Sí lo sabes. Respóndeme.

—Te he dicho que no lo sé —farfullo aún más malhumorado.

—Soy tu hermana, sé que lo sabes.

—No.

—Sí.

—¡Álex, basta!

—¡Contéstame!

Aprieto los dientes y niego con la cabeza conteniendo todo lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—Es más fácil de lo que piensas.

—No, no lo es —prácticamente la interrumpo en un rugido—. No sabes lo complicado que es sentir que tu vida no va a ninguna parte. Tú tienes un trabajo que te encanta, tienes a Charlie, pero yo estoy aquí, estancado. No puedo renunciar a Lauren. No puedo renunciar a lo único que me queda que sigue teniendo sentido para mí. Así que, si apareciera aquí ahora mismo y me pidiese que nos casásemos y nos mudáramos, aunque fuera a la otra maldita punta del país, le diría que sí porque no puedo perderla, pero, sobre todo, porque no puedo empezar algo con Molly que no salga bien y perderla. No puedo perder a Molly —concluyo, haciendo un duro y triste hincapié en eso último.

Álex me mira sin saber qué decir, con sus ojos anegados de ternura. Yo vuelvo a cabecear. Ni siquiera quiero estar aquí, joder.

Echo a andar y paso junto a ella para regresar al almacén. Lo primero es el festival. Tengo que solucionarlo.

El frío arrecia de nuevo y el sonido de mis pisadas se mezcla con los ruidos de Chinatown en el exterior y el sonido del tecleo y las hojas en el interior.

—¿Y si fuera Molly quien te lo pidiera?

Ocho palabras y todo mi mundo vuelve a tambalearse.

—Molly no necesitaría pedirlo —afirmo sin detenerme.

Ya lo habría hecho yo. Estoy enamorado de ella, joder. Y eso me aterra.

Regreso al almacén y subo directamente a la planta de arriba. Tengo que dejar de pensar en Bentley, en Ryan, en toda mi maldita historia, y centrarme de nuevo en el festival, es lo que realmente importa.

Con el primer pie que pongo en el primer piso, toda mi atención se centra en ella. Consigue que todo a nuestro alrededor se difumine hasta transformarse en un débil borrón. Está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la enorme caja de madera que funciona como mi escritorio, como siempre, con su iPad entre las manos. En cuanto entro en su campo de visión, respira aliviada, como si por un instante hubiese temido que me marchara para no volver jamás. Tengo que contenerme para no correr hasta ella y besarla y, en lugar de hacer lo que realmente quiero hacer, camino despacio hasta sentarme también en el suelo, frente a Molly, apoyado en la pared.

—Las cosas no han salido como esperabas, ¿verdad? —musita.

Se encoge de hombros dando por hecho que creo que tiene parte de culpa. No podría estar más equivocada. Puede que ahora haya cosas que nos separen, pero quiero tenerla cerca, siempre.

—Las cosas se están complicando —pronuncio.

—Siento haber dicho lo de Ryan —se explica de prisa, como si pensara que no voy a darle más tiempo—. Debí de suponer que, siendo el mejor amigo de mi hermano, no querrías que nos ayudase.

—Mi historia con Ryan es mala por sí misma, que sea amigo de Bentley sólo la convierte en peor.

—Aun así, lo siento.

—No tienes nada que sentir.

Molly frunce el ceño, increíblemente confusa.

—Entonces, ¿por qué te has marchado? —inquire tiñendo su voz de su

estado de ánimo.

—Porque soy gilipollas —sentencio.

Me mira y, aunque trata de disimularlo, sus labios se acaban curvando hacia arriba. Yo tampoco puedo más e imito su gesto hasta que, sin saber ni cómo ni por qué, los dos nos echamos a reír.

Mis carcajadas se calman y, antes de que me dé cuenta, estoy observando su cara, preciosa y risueña, y sus maravillosos ojos azules. Quiero decirle que venga aquí, que me deje tocarla, pero sé que eso no puede ser.

—Necesito que sepas algo —anuncio.

Ella vuelve a mirarme y asiente llena de curiosidad, pero sobre todo confiando en mí y, a pesar de todo lo que ha pasado, ese pequeño hecho me llena por dentro como me han llenado pocas cosas en mi vida.

—Que ya no podamos estar juntos no significa que no quiera... —no tengo ni puñetera idea de cómo continuar esa frase—... tenerte aquí. —Me obligo a elegir cuidadosamente las palabras—. Tú eres... muy importante para mí, Monada.

Molly vuelve a asentir y otra vez una sonrisa se cuele en sus labios. Sin embargo, es una sonrisa completamente diferente: más tímida, pero también más bonita, una sonrisa con la que podría iluminarse todo Manhattan.

—Me gusta que me llames Monada —confiesa.

—Y a mí me gusta llamártelo.

Joder, me hace sentir vivo.

—No puedes rendirte con el festival —comenta de pronto, cambiando veloz de postura hasta arrodillarse, dejándonos muy cerca—. Es tu sueño y no puedes renunciar a él.

—Monada...

—Podemos conseguirlo —me interrumpe acelerada—. Quizá sea muy complicado y tengamos en contra demasiadas cosas.

—Monada...

Ella niega enérgica con la cabeza y por un momento tengo la sensación de que no sólo está tratando de convencerme de que siga adelante con el festival.

—A veces parece más cómodo dejar de luchar, pero es un error —resuelve casi desesperada.

—Monada —la llamo moviéndome hasta quedar también arrodillado,

frente a ella, tomando su preciosa cara entre mis manos —, no voy a rendirme.

Y yo tampoco sé si hablamos sólo del festival.

Molly sonrío otra vez de esa manera que me vuelve completamente loco y su respiración se acelera suavemente.

—Gracias —murmura.

—Eso debería decirlo yo —replico, y mi voz se vuelve más ronca con cada palabra.

El corazón comienza a retumbarme contra las costillas, latiendo como un maldito coche de carreras. No puedo permitirme estas situaciones con ella o volveré a besarla y, si lo hago, no tengo nada claro que sea capaz de parar.

—Será mejor que empecemos a pensar soluciones para el festival — digo apartando la vista de ella y separándome.

—Sí, claro. Revisaré todo lo que tenemos.

Me levanto. Ella me imita y empieza a deambular por la planta recogiendo carpetas.

Algo llama mi atención en el vestíbulo y me acerco a la barandilla. Observo a los chicos trabajar en el piso de abajo, todos con sus ordenadores. Stu está haciendo fotos a una maraña de discos con su teléfono móvil.

¡Claro!

¡Eso es!

Me giro hacia Molly con una sonrisa.

—Monada —la llamo, y un genuino entusiasmo toma mi voz—, ya sé cómo vamos a salvar el festival.

Molly**Mis Adidas blancas Superstar multicolor. Me encantan porque es como llevar todos los colores de una caja de rotuladores en los pies**

Regreso a la residencia con demasiados sentimientos encontrados. Estoy triste porque todo se haya puesto cuesta arriba y hayan denegado los permisos para el festival, pero también me alegra cómo James se ha rearmado sobre sí mismo y ha encontrado la solución perfecta para poder seguir adelante. Creo que una parte de mí se niega a creer que todo esté perdido con él y no para de recordarme, cada minuto de cada hora que hemos pasado juntos, el precioso beso que nos dimos bajo la lluvia. Por si fuera poco, ese algo pequeño y testarudo está convencidísimo, y convenciéndome a mí, de que James tampoco quiere dejar de luchar por nosotros.

—Voy a atracar la máquina expendedora de refrescos —me anuncia Ruby cuando estoy a punto de entrar en la habitación—. Necesito ayuda.

Sin darme opción, me coge de la mano y tira de mí para que la siga en dirección al vestíbulo.

—Por cierto —dice frunciendo el ceño justo después de darle por cuarta vez al botón de Doctor Pepper—, ¿has estado trabajando hasta ahora?

—Sí —respondo apilando el botín sobre la mesa—, ha sido un día complicado. Nos han denegado los permisos para el festival.

Ruby me mira con los ojos abiertos como platos.

—No te preocupes, James tiene un plan.

—James mola muchísimo.

Yo asiento con una sonrisa.

—¿Sabes? —dice cogiendo otro puñado de monedas de cuarto de dólar de la mesa—. Ayer, cuando regresé a la habitación, tú estabas metida en la cama fingiendo que dormías y no quise interrogarte porque soy una amiga

fantástica —añade, y no puedo evitar volver a sonreír—, pero tienes que contarme lo que pasó con James.

Abro la boca dispuesta a decir «nada», pero, en el mismo microsegundo en el que lo pienso, la cierro. No quiero mentirle.

—No digas nada —me interrumpe alzando las dos manos—. Pillemos regaliz rojo en la máquina de *vending* y me lo cuentas arriba como es debido.

Asiento. Me parece un gran plan.

Cuando Ruby se siente satisfecha con el número casi diabólico de latas de Doctor Pepper y regaliz rojo que hemos acumulado, nos dirigimos de nuevo a nuestro cuarto. Estamos aún a unos pasos de nuestra puerta cuando un resoplido nos distrae y vemos a Paisley Cho junto a la suya, hablando por el móvil; parece contrariada.

—No me puedo creer que no vayas a venir —dice—. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?... Eso ya lo he intentado, Tracey... No, no está.

Nuestras miradas se cruzan un segundo y se gira para tener un poco más de intimidad.

—No, no, me las apañaré —continúa y, tras una brevísima despedida, cuelga.

Con el teléfono en una mano, forcejea con la puerta intentado abrirla, pero obviamente no lo consigue. Tengo la sensación de que no es la primera vez que lo intenta.

—¿Todo bien? —pregunto cuando nos detenemos frente a nuestra habitación.

Paisley me mira y guarda silencio, como si no pensase contestarme, pero finalmente se anima a hablar.

—Tracey, mi compañera de cuarto, se llevó mis llaves porque no encontraba las suyas. Me prometió que estaría aquí hace una hora, pero está con su novio en Jersey y no vendrá a dormir.

Suena mortificada, más molesta que mortificada. Al fin y al cabo, es Paisley. Es lista, práctica y no se anda con rodeos. La clase de persona que, si se le gangrenara un dedo del pie en una montaña nevada al norte de Europa, se lo arrancaría a pedradas antes de que la infección se extendiera y después no lloraría por él.

—Qué putada —responde Ruby sincera.

—Y no tengo ni idea de dónde está el conserje —explica Paisley—. ¿No debería haber uno de guardia o algo parecido?

—Ya se ha marchado —comento—. Su horario termina a las seis y media. La normativa de la universidad indica que, salvo expreso dictamen del régimen interno de una residencia en concreto, no se dispondrá de servicio de conserjería las veinticuatro horas, ni siquiera de un alumno que ostente tales funciones, aunque sean delegados de planta e independientemente de su edad o el curso en el que estén.

Paisley frunce el ceño, desconfiada, al tiempo que se cruza de brazos y yo me siento un pelín avergonzada.

Mi amiga abre la puerta sin que se le caiga una sola lata de refresco y la empuja con la cadera.

—¿Quieres quedarte con nosotras? —le propone Ruby. Creo que Paisley y yo nos sorprendemos por igual con su propuesta—. ¿Te gusta el Doctor Pepper? —continúa sin dejarle responder a la primera pregunta—. También tenemos regaliz.

Paisley nos observa un puñado de segundos, sopesando la situación.

—¿Rojo o negro?

—¿Qué? —inquire Ruby, confusa.

—El regaliz —especifica Paisley.

Ruby sonrío.

—Rojo.

Paisley asiente con ese punto desdeñoso. Otra perfecta neoyorquina. James y ella harían una pareja increíble. Automáticamente tuerzo el gesto. Esa idea no me ha gustado lo más mínimo.

—Supongo que puede ser divertido —acepta Paisley caminando hacia nosotras y entrando tras Ruby.

Dos rondas de Doctor Pepper, un número casi indecente de regaliz rojo y todas ya con el pijama puesto sentadas en la cama de Ruby, cosemos a Paisley a una nueva batería de preguntas.

—¿Y has ido a alguna fiesta de algún chico de último año? —pregunta Lizz emocionadísima.

Paisley asiente.

—Sí, claro que sí.

—¿Y cómo conseguiste que te invitaran? —pregunto.

—No estamos en el instituto —responde Paisley como si fuera obvio—. Simplemente te pones mona, te subes a unos tacones de infarto y te plantas allí.

—Nosotras hace unas cuantas semanas fuimos a una discoteca —le explica Ruby orgullosísima— y bebimos alcohol.

Paisley agita las manos, negando con ellas.

—En primer lugar —replica—, no habléis de esas cosas como si os sintierais orgullosas, porque es lo mismo que escribiros en la frente con un rotulador negro que sois unas pringadas sin vida social. Independientemente de si lo habéis hecho todos los días durante el último año o de si es vuestra primera vez, tiene que parecer que lo tenéis todo controlado porque es pura rutina para vosotras.

Las tres asentimos. Paisley Cho es un pozo de sabiduría.

—Vale —repone Ruby—. ¿Y qué tal así? Un chico guapísimo y mayor se coló por nuestra ventana anoche para ver a Molly.

Paisley ignora que Ruby acaba de hablar con voz de presentadora de informativos y me mira con la boca abierta.

—¿Cómo se llama? —inquire sin piedad.

—James.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis.

—¿Es el mismo que te llevo a los conciertos?

Asiento.

—Genial —sentencia satisfecha.

—Pero cuéntanos qué pasó —me apremia Lizz.

—No pasó nada.

Las tres me miran esperando a que les dé más detalles... o admita que estoy bromeando y les dé más detalles.

—¿Cómo que nada? —me increpa Ruby—. Yo lo vi. Estaba guapísimo y empapado. —Hace un emotivo hincapié en ese último detalle, como si «chico guapo bajo la lluvia» equivaliese de inmediato a «todos los sueños de una chica hechos realidad»—. Había trepado bajo la lluvia hasta aquí por ti y, ¡por Dios!, se parece a James Franco. ¿Cómo es posible que no pasara nada?

Paisley me observa en silencio, pensativa.

—No estamos en la Edad Media —le rebate Lizz—. Probablemente subió por la escalera de incendios.

—No me lo estropees —la riñe Ruby.

Antes de que nos demos cuenta, la conversación se centra en un arduo debate sobre el peligro de subir las escaleras de incendios con lluvia, la

posibilidad de que un hombre adulto pueda trepar por una pared y un acalorado «¿acaso no has visto el final de *Pretty Woman*? Las escaleras de incendios están llenas de amor».

—Voy a buscar algo de música —comenta Paisley levantándose y colocándose bien la sudadera de la universidad que Lizz le ha prestado para dormir—. Acompáñame, Molly.

Asiento y las dos salimos de la habitación. La sigo, pero lo cierto es que no tengo muy claro a dónde vamos.

—¿De dónde vamos a coger la música?

Paisley saluda a dos chicas con las que nos cruzamos y tira de mí para que entremos en la sala de la televisión. Es una estancia enorme llena de pequeños sillones en color azul marino y una tele gigantesca, pero lo cierto es que ha quedado un poco obsoleta. Todos tenemos una pequeña tele o un portátil o una tablet donde ver cualquier programa en nuestras respectivas habitaciones, así que esta sala ya sólo se usa para alguna fiesta improvisada y para los eventos deportivos o la gala de los premios MTV.

—¿Seguro que no pasó nada con ese chico anoche? —inquire acercándose al enorme mueble anclado a la pared donde está el reproductor de DVD, los mandos a distancia y una colección de películas que la gente ha ido perdiendo u olvidando aquí con el paso de los años.

Frunzo el ceño. No me esperaba esa pregunta.

—Sí, segura.

—Mientes fatal —replica sin ningún remordimiento, abriendo la puerta de cristal del mueble.

Se agacha y comienza a rebuscar en la penúltima balda.

Yo me cruzo de brazos, un poco a la defensiva.

—Es complicado.

—¿Por qué?

Saca una pequeña caja transparente y rectangular llena de lápices de memoria.

—Parece ser que mi hermano y él se odian a muerte.

Paisley asiente, concentrada en rebuscar en la caja.

—Un rollo «el manto de la noche me esconderá de ellos; con tal de que me quieras, que me encuentren aquí» —sentencia.

—¿Qué? —murmuro confusa.

—*Romeo y Julieta* —se explica lacónica, cogiendo un *pen drive* rojo y

leyendo la diminuta etiqueta que tiene pegada.

¿Acaba de citar a Shakespeare sin dudar? ¡Qué pasada!

—Sí, supongo que sí.

—Pues te diré lo que le hubiera dicho a esos dos pringados si hubiese sido un personaje de la obra, claro que, entonces, habría durado veinte páginas: tú no eres tu familia y tú tomas tus propias decisiones.

—No creo que James lo vea así.

—James vino aquí en mitad de la noche y subió hasta tu ventana. Negaré haber dicho esto delante de Ruby —deja clarísimo—, pero un tío no hace eso por una chica de la que ha decidido pasar.

Tuerzo el gesto recapacitando sobre sus palabras. De todas formas, ése no es el único problema. Si llegué tarde a trabajar esta mañana fue porque fui al médico. Me ha dicho que vuelva en dos días para confirmar el diagnóstico con los análisis de sangre, pero tampoco me ha dejado lugar a muchas dudas. Los test de embarazos tienen una fiabilidad del noventa y nueve por ciento; es decir, fallan una vez de cada cien. No necesito esperar a pasado mañana para saber que tengo diecinueve años, estoy embarazada y el padre del niño ha pasado de mí.

—Listo —comenta Paisley sacándome de mis pensamientos.

Se guarda cuatro memorias extraíbles en el bolsillo de la sudadera, coge dos más, deja la caja transparente con el resto donde estaba y se levanta cerrando la puerta del mueble en el mismo movimiento.

—¿Vas a llevártelos? —pregunto un poco alarmada. Técnicamente, eso es robar.

—Los devolveré mañana por la mañana antes de ir a clase —responde como si no tuviera importancia—. Además, has sido tú la que me ha dejado cristalinamente claro que el conserje no aparecerá hasta primera hora.

Pasa por mi lado y tira de mi jersey para que le siga.

—Vamos, Lisa Simpson —me llama.

El resto de la noche con las chicas, aunque me divierto muchísimo, no paro de darle vueltas a lo mismo. Al final, justo antes de que se me cierren los ojos por el sueño, le mando un mensaje a mi madre diciéndole que comeré con ellos en Glen Cove el próximo miércoles. Tengo que contárselo.

* * *

—Estás embarazada, Molly —anuncia el médico sentándose al otro lado de la mesa con unos papeles en la mano. Sonríe sin mirarme, dando por hecho que la noticia me hace feliz. Sin embargo, a mí, a pesar de que lo tenía claro al noventa y nueve por ciento, el estómago se me cierra a cal y canto, siento náuseas y todo comienza a girar.

—Gracias —respondo porque no sé qué otra cosa decir—, ¿puedo marcharme ya? —inquiero, aunque de hecho ya me estoy levantando.

Necesito salir de aquí y, no sé, gritar o pedirme un cubo de helado de chocolate sin fondo. ¡¿Qué demonios voy a hacer?!

—No, espera —me detiene—. Tengo que darte la receta para unos complementos vitamínicos con yodo y ácido fólico que deberás tomar todos los días. Además, tienes que coger cita con el obstetra de la clínica y seguir el calendario de revisiones del embarazo que te marque, ¿de acuerdo?

Asiento aturdida.

—De acuerdo.

—Vas a tener un embarazo fantástico, Molly —me anima tendiéndome la receta.

La cojo y mis manos tiemblan un poco al hacerlo.

—Gracias —repito, y salgo de la consulta.

Paso del metro o el taxi y camino hasta el almacén. Hay cuarenta y seis manzanas hasta Chinatown, pero no me importa. Tengo mucho en que pensar. Para cuando llego al trabajo, le he dado tantas vueltas a todo —a cómo se lo tomaran mis padres, a cómo se lo tomará Bentley, a cómo seguiré estudiando o trabajando, a cómo irá todo el embarazo, ¡el parto!—, que la cabeza me va a mil kilómetros por hora. Sin embargo, nada es parecido a cómo me siento al pensar en cómo se lo tomará James. ¿Y si se enfada? ¿Y si me odia? ¿Y si ya no quiere saber nada más de mí?

Resoplo con fuerza tratando de arrinconar todos mis miedos y empujo con fuerza la puerta metálica del almacén. Saludo a los chicos y voy directa hasta la zona de trabajo que habilité ayer en la planta de abajo. Normalmente suelo estar en la de arriba con James, pero el cartel que estoy preparando, de más de cuatro metros, necesita más espacio. Además, en mis actuales circunstancias, creo que es lo mejor. Arriba me distraería demasiado y no conseguiría dejar de pensar.

Reviso la caja de espráis, me recojo el pelo en una coleta algo desordenada y me pongo la mascarilla. Sólo he rociado el espray rosa chicle

un par de veces cuando, sin quererlo, mi mente empieza a volar libre e imagino cómo será mi vida dentro de un año. Nadie ha dicho que las fantasías se ajusten a la realidad y yo me veo en un bonito apartamento en el Village, que huele a café y a polvos de talco. En realidad, todo está hecho un desastre, con ropa de bebé esperando que la doblen en la cesta de la colada y los platos de la cena sin lavar. Tengo sueño y estoy cansada, pero, justo en ese preciso instante, la luz entra por las ventanas envuelta en una cálida suavidad, iluminando con ternura una decena de juguetes de Fisher-Price desperdigados por el sofá. Todo está en silencio y sólo se oye mi voz, canturreando bajito mientras que la criatura más bonita del mundo está en mis brazos, mirándome, sonriendo. Unas pisadas se acercan. «Monada», me llama. Alzo la cabeza y, al ver a James salir desde el pasillo, sonrío llena de felicidad. Él también está cansado. Tiene el pelo revuelto, está descalzo. «Monada», repite más cerca. Me besa y, a continuación, le dedica una carantoña al bebé, dejando que su manita se cuelgue de su pulgar. Todo es un desastre, pero es nuestro desastre. Nuestro hogar.

—Monada —me llama en la vida real, y salgo de mi ensoñación.

—¿Qué? — inquiero atontada, bajándome la mascarilla.

James me mira con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo me he distraído —prácticamente tartamudeo.

Asiente desconfiado, aún con los ojos sobre mí.

—James, nosotros nos vamos a comer algo —comenta Stu a mi espalda.

—Sí —responde lacónico, sin liberarme de su mirada.

Yo observo mi reloj de pulsera. He perdido por completo la noción de la hora que es.

Oigo un murmullo de voces y pisadas que apenas dura un minuto y acto seguido todo vuelve a quedar en silencio. James continúa mirándome y finalmente se humedece el labio inferior.

—Quería ver cómo llevas el cartel.

—Claro —contesto obligándome a moverme. Extiendo el vinilo y retiro los bocetos y las pruebas que había dejado sobre él.

James se lleva las manos a las caderas mientras estudia cada detalle.

—Monada, esto es una pasada —comenta al fin.

S sonrío, pero el gesto no me llega a los ojos. Estoy feliz porque le guste mi trabajo, pero hoy es un día raro, complicado; definitivamente, es un día

diferente.

—Quiero más amarillo —me indica señalando uno de los extremos superiores—. No sabemos cuánto tiempo tendremos, así que el primer impacto tiene que dejarlos sin aliento.

Asiento. Tiene razón.

—Claro —respondo de nuevo.

James deja de prestar atención al gigantesco cartel y vuelve a posar sus ojos en mí.

—Monada, me estás ocultando algo.

Con esas palabras tira de la alfombra bajo mis pies.

—No —miento—. No tengo nada que ocultar.

James suelta un bufido y se muerde el labio inferior, sólo un segundo. ¡Vaya! Eso ha sido un gesto supersexy.

—Ya te conté que, para mi desgracia —especifica burlón—, llevo ocho años rodeado de mujeres, ¿verdad?

—Sí —respondo a regañadientes, sabiendo perfectamente cuál es el objetivo de su argumento.

—Y puede que no me haya valido para mucho, pero sí para saber cuándo no decís la verdad.

—No te estoy engañando.

—Mentirosa —contraataca entrecerrando los ojos, y no puedo evitar que una tenue sonrisa se cuele en mis labios.

Nada más hacerlo, me doy cuenta de que ésa era su única intención desde el principio.

—Estoy bien —sentencio, y me siento mucho más culpable que cuando le dije la misma mentira a mi madre por teléfono, a Paisley o a las chicas. Él es James y no quiero ocultarle nada, nunca.

—Si tú lo dices —replica encogiéndose de hombros.

Asiento con algo de alivio porque dé por zanjado el tema, mezclado con toda la culpabilidad.

James devuelve su vista al cartel y comienza a observarlo minuciosamente, incluso se acuclilla para estudiar algunos detalles más de cerca.

—¿Puedo? —inquire al cabo de un minuto, señalando la brocha que descansa sobre el bote de pintura verde.

Tardo un segundo de más en entender que se refiere a retocar el cartel,

pero, al hacerlo, asiento.

—Claro —añado.

James coge la brocha y da unos pequeños toques, punteando una zona que ayer pinté de color aguamarina. Después, ágil, mueve la muñeca deslizando la brocha en una línea difuminada, creando una estela llena de millones de matices diferentes de verde.

—Me gusta —comento sincera, con los ojos en su trabajo, dando un paso hacia él.

—Me alegro —responde levantándose enérgico.

Lo miro confusa.

—¿Por qué? —inquiero.

—Por esto.

Y antes siquiera de que pueda verlo venir, levanta el brazo y me pinta una enorme raya de pintura verde sobre mi camiseta.

Yo abro la boca casi conmocionada.

—Pero ¿qué demonios...? —murmuro atónita.

James, en cambio, sonrío satisfecho.

—*Art sur l'art* —replica imitando en un perfecto francés las palabras de aquel crítico de arte cuando vio el, hoy archiconocido, retrato de Marilyn Monroe que pintó Andy Warhol.

Achino los ojos amenazante y, bajo su atenta mirada, cojo una brocha y abro el bote de pintura roja. Él me observa sabiendo perfectamente lo que pienso hacer, pero demostrando que está por encima de cualquier circunstancia, incluida ésta.

Sacudo la brocha y lleno la pernera derecha de sus vaqueros de al menos un centenar de motitas rojas.

—Ahora ya tenemos dos «arte sobre arte».

James se observa a sí mismo, asiente y, sin dudar, repite mi movimiento y me salpica el brazo de pintura.

—Mejor así.

Yo tuerzo el gesto y le pinto la camiseta. Él a mí, el brazo. Yo, el suyo. El hombro. Su pelo. Mis manos. Rompo a reír. En mitad de mis carcajadas descontroladas, veo su brocha demasiado cerca de mi cara. ¡Quiere pintarme la nariz!

—¡No! —protesto sin poder dejar de reír.

Sin piedad, me agarra de las caderas, me lleva contra la pared y me

inmoviliza con las tuyas.

—¡No! ¡No! ¡No!

Alza la mano y me pinta la punta de la nariz.

—Lo que te mereces, Monada.

Trato de soltarme entre risas, quejas y protestas, pero algo instintivo nace de entre los dos y toma el ambiente. Su cuerpo se estrecha contra el mío un poco más, su mano agarra mi muñeca contra la pared con un poco más de fuerza a pesar de que ya no estoy forcejeando para liberarme, y mi respiración deja de estar caótica y traviesa por el juego y empieza a estarlo por algo completamente diferente.

—Quiero saber todo lo que te pase, Monada —susurra con sus ojos dominando los míos.

Es una orden, una petición, una advertencia, todo a la vez.

—Sí —contesto manteniéndole la mirada.

—Quiero cuidar de ti.

Todas las fantasías vuelven y se hacen más intensas y ese apartamento desordenado y lleno de juguetes y ropa por doblar se convierte en el lugar más feliz del mundo para mí.

James deja escapar todo el aire de sus pulmones. Sus ojos bailan de los míos a mis labios y no necesito más para que los míos lo imiten.

—Monada... —susurra.

Cierro los ojos. Lo deseo. Pero cuando ya puedo sentir sus labios sobre los míos, James lanza un juramento entre dientes y se separa de mí, girando de prisa sobre sus pies y marchándose a la planta de arriba.

Yo dejo caer la cabeza contra el muro y lanzo un profundo suspiro mientras lo observo alejarse, mientras sus dedos aún están tatuados sobre la piel de mi muñeca.

* * *

Los días se diluyen en el trabajo y, antes de que pueda darme cuenta, es miércoles y estoy en un tren de camino de Glen Cove para comer con mis padres y contarles que estoy embarazada de Justin y que ese mismo Justin ha desaparecido de mi vida. Ni siquiera he sido capaz de dormir en toda la noche.

—¡Enana! —me saluda Bentley desde el aparcamiento de la estación de Glen Street, apoyado en el capó de su Porsche.

Yo sonrío, salgo corriendo hacia él y me tiro en sus brazos.

—Qué efusiva —bromea, pero no me suelta.

—Hace más de cinco semanas que no te veo —me quejo fingiéndome hostil y dándole un golpe en el hombro—. Eres un hermano mayor de pena.

Bentley frunce los labios.

—Tienes toda la razón —responde dirigiéndose a la puerta del piloto—, pero en mi defensa diré que este número de la revista me ha llevado mucho trabajo.

Asiento. Sé cuánto significa *Spaces* para él.

—Leí tu editorial sobre la *gentrification* de Alphabet City —le cuento abriendo mi puerta—. Me gustó mucho, pero caíste en un error muy común: la conversión urbana, aunque fue Michael Pacione quien la conceptualizó como la entendemos hoy en día, fue Ruth Glass quien la acuñó como término por primera vez en 1964.

Bentley sonrío.

—Te echaba de menos, enana —sentencia, entrando en el coche.

Yo le devuelvo el gesto, entro y me abrocho el cinturón.

—Gracias por haber venido.

Bentley no dice nada. Está concentrado en la calzada. Yo empiezo a canturrear la canción de los Arctic Monkeys que suena en la radio mientras pierdo mi mirada en la ventanilla. Debo haber recorrido este camino algo así como un millón de veces y todavía me sigue sorprendiendo la majestuosidad de las mansiones que se levantan en esta zona de Nueva York. Este barrio es el más claro estandarte de la clase alta.

—¿Qué tal van las clases?

—Genial —respondo—, pero lo mejor es que estoy pudiendo poner en práctica todo lo que estoy aprendiendo en el trabajo.

Bentley frunce el ceño.

—¿Estás trabajando? —inquire sorprendido.

—Sí —pronuncio satisfecha—. Estoy haciendo los decorados para un festival de música.

Mi hermano sonrío de oreja a oreja.

—Eso es fantástico, enana.

—No te haces una idea.

Sueno más admirada de lo que pretendía, así que, para disimular, continúo canturreando, aunque ni siquiera estoy segura de ir por la misma estrofa que la canción, y vuelvo a mirar por la ventanilla.

—¿Y quién lo organiza?

¡Mierda! ¿Por qué no pensé que me haría esa pregunta si le contaba todo lo demás?

Decido fingir que no lo he oído.

—Molly —me llama al cabo de unos segundos, al ver que no contesto.

—¿Qué?

—¿Quién lo organiza?

—Quién organiza, ¿qué?

No es la mejor técnica de distracción, pero quizá funcione.

—El festival —especifica al borde de la risa.

Yo tomo una larga bocanada de aire. No tengo por qué avergonzarme ni tampoco estoy haciendo nada malo. Si reacciona como un idiota, será exclusivamente culpa suya.

—James Hannigan.

—¿Qué? —murmura.

Puedo oír, además que ver, cómo sus manos se emblanquecen sobre el cuero negro del volante al apretarlo. Creo que se ha contenido para no parar el coche en mitad de la carretera y echarme la bronca de mi vida.

—No puedes estar hablando en serio, Molly.

—James es increíble, Bentley —digo con la esperanza de hacerle cambiar de opinión—. Tiene unas ideas geniales y el festival será algo alucinante. Se hablará de él durante años.

—Me importa bastante poco —prácticamente me interrumpe—. No voy a dejar que trabajes con James Hannigan.

—Tú no puedes decirme lo que tengo o no tengo que hacer —protesto.

¡Es mi trabajo!

—Claro que puedo. Soy tu hermano mayor y no voy a dejar que compartas un solo minuto de tu tiempo con Hannigan.

—Pues tú tampoco eres su persona favorita, ¿sabes? —replico molesta, mucho.

—¿A qué viene eso? —plantea negándose a creer que ha oído lo que acaba de oír.

—A que él también se enfadó cuando descubrió que eras mi hermano, y

lo que más me cabrea es que ninguno de los dos se ha molestado en preguntarme qué opino yo de todo este lío que habéis montado.

—Molly... —trata de frenarme.

—Que, para que os quede completamente claro —le corto yo a él siguiendo con mi argumento—, no me importa lo más mínimo.

—No sé qué crees que sabes que pasó o no.

—Lo sé todo, Bentley.

Mi hermano golpea el volante con rabia y, a pesar de verlo, la reacción me sobresalta.

—Maldito gilipollas —sisea—. No era nadie para contártelo.

—Sí lo es —lo defiendo.

Aprieta los dientes.

—Molly... —Usa mi nombre como advertencia.

—Bentley... —Lo imito.

—No puedes trabajar con Hannigan. Se acabó.

—Y tú no puedes decirme lo que tengo que hacer —me parafraseo—. Ni siquiera me puedo creer que estemos manteniendo esta conversación. ¿Por qué no eres sincero conmigo? ¿Por qué no me explicas por qué odias tanto a James? Os enamorasteis de la misma chica. Primero fue su novia, luego la tuya y después de ninguno de los dos. ¿Por qué no podéis superarlo?

—Porque eso es simplificar demasiado las cosas... y no pienso seguir hablando de lo que tuve con Lauren contigo. Eres mi hermana pequeña, joder —sentencia como si el simple hecho de pensar que puedo sospechar de dónde vienen los niños lo molestara.

—Tengo diecinueve años —repongo cruzándome de brazos.

—Me importa una mierda, Molly. No voy a permitirlo.

—Pues entonces es una suerte que no tenga que pedirte permiso.

Bentley detiene el vehículo. Estamos a unos metros de la cancela que sirve de entrada a la propiedad de mamá y Malcom. Yo miro un segundo a mi alrededor y no necesito más para comprender qué es lo que está pasando.

—¿No vas a entrar? —inquiero, y no puedo evitar que mi voz suene decepcionada.

Bentley concentra su mirada en la luna delantera, en la carretera por la que un puñado de coches circulan tranquilos.

—No, no voy a entrar —contesta moviendo sus ojos del cristal, al volante y, finalmente, a sus manos.

—Quería contarte algo.

—Puedes contármelo mañana —me ofrece—. Comeremos juntos, en Chinatown.

—Quiero que comamos juntos ahora.

Casi se lo suplico, pero no me importa. Es mi hermano y Malcom es mi padre, puede que no biológico, pero sí de todo lo demás. Entiendo que para él fue más duro, que tenía diecisiete años cuando nuestro padre murió, pero no puede hacer esto, no puede cerrarse en banda y alejarse de nosotros, alejarme a mí de él. Malcom hace feliz a mamá, cuida de todos nosotros, él incluido, incluso cuando Bentley no se lo ha puesto nada fácil.

—Bentley...

—Deberías entrar ya —me interrumpe.

Yo lo miro y trago saliva, empujando todos mis argumentos hacia abajo.

—¿Sabes? —comienzo a decir mientras me quito el cinturón y recojo mi bolso del suelo. No puedo evitar sonar tan molesta y dolida como me siento—. No puedes decirme que no vea a James sólo porque te apetezca jugar a los hermanos mayores y después no comportarte como uno y comer en nuestra casa.

—Enana —me llama impregnando su voz de dulzura. Soy consciente de que también es muy difícil para él—, lo siento mucho, pero es...

—Sí, ya —le corto saliendo del coche—, es complicado. Estoy empezando a odiar esa maldita palabra.

Me acerco a la cancela sin mirar atrás y pulso el intercomunicador. Un segundo después las gruesas y elegantes puertas de metal forjado comienzan a abrirse. Entro y, cuando alcanzo el camino de piedra, oigo el Porche de Bentley desapareciendo calle arriba.

Cabeceo disgustada. Me siento culpable. Sé que era sincero cuando ha dicho que lo sentía y, al final, es él quien se queda solo, quien más echa de menos a papá, pero también está en sus manos poder arreglarlo.

La comida se me hace muy extraña. Creo que porque estoy demasiado nerviosa. Apenas pruebo la riquísima parmesana de berenjenas, mi plato preferido, que ha preparado mi madre y, cuando Malcom me sorprende entrando en el comedor con una bandeja de *cannoli*, mi postre favorito, tengo un nudo en el estómago que casi no me deja respirar.

—La semana que viene iremos a una fiesta, aquí, en Glen Cove —me explica mi madre—. ¿Te apetece acompañarnos?

Asiento distraída.

Mi madre me observa unos segundos terminando el último bocado de su postre y finalmente deja su servilleta sobre la mesa como si acabara de tomar una determinación.

—¿Estás bien? —inquire—. Normalmente sonríes sólo con ver estos dulces.

Yo asiento esquivando la pregunta de mamá. La entiendo. Cualquiera otro día habría devorado la mitad de la bandeja de *cannoli*, ahora no paro de jugar con el que tengo en el plato.

—Tengo algo que contaros —digo armándome de valor.

Mi madre asiente y Malcom y ella me prestan toda su atención. Sin embargo, como cada vez que he intentado decirlo en voz alta, las palabras «estoy embarazada» se niegan a atravesar mi garganta.

—Cielo, ¿es algo malo? —demanda ella tomándose la mano que he dejado sobre el suave mantel de lino—. ¿Te ha ocurrido algo?

—Estoy...

Tomo aire.

No sé cómo seguir.

¡Por Dios, tengo que contárselo!

—... trabajando —pronuncio al fin.

Soy una cobarde deleznable.

—¿Trabajando? —repite Malcom incrédulo, y sé que no lo hace porque no me crea capaz de trabajar, sino por las expectativas de drama, nivel telenovela matinal de la ABC, que había creado.

—Sí, estoy haciendo los decorados para un festival de música.

Mi madre y Malcom se miran.

—¿Y va todo bien? —continúa él devolviendo su vista hacia mí—. ¿Te tratan bien?

—Sí —me apresuro a decir.

—¿Y te gusta? —añade mi madre.

—Sí, muchísimo.

—¿Entonces, cariño? —prosigue, incapaz de entender mi actitud.

Yo vuelvo a dar una bocanada de aire.

—Tenía miedo de que no os pareciera bien que trabajase y estudiase y quisieseis que lo dejase.

Mi madre abre mucho los ojos y cabecea suavemente. Creo que siguen

sin comprender del todo por qué me he puesto tan nerviosa a pesar de mi explicación.

—¿No os lo parece? —inquiero al ver que no dicen nada, y mi voz y mi cuerpo se tensan un poco más. Ahora ya tengo otro motivo por el que preocuparme.

—Claro que nos parece bien —contesta veloz Malcom—. Es sólo que pensábamos que sería algo... peor —sentencia al no encontrar una palabra mejor.

—Cielo, estabas tan nerviosa, que... no sé... ¡pero un trabajo es siempre una buena noticia! — afirma ella con una sonrisa de oreja a oreja, buscando dar el tema por zanjado—. Cuéntanos más cosas de ese festival.

Los miro. Soy una cobarde. Me obligo a sonreír y me obligo a darle un bocado a mi *cannoli*.

—El festival va a ser genial —les explico.
Soy una cobarde y una mala persona.

* * *

De vuelta a la residencia, en mi cama, no paro de darle vueltas a lo mismo una y otra. Por si fuera poco, mañana será un día muy importante en el trabajo. El primer paso del plan de James para el festival se llevará a cabo por la noche.

Necesito poder ser sincera de alguna manera, así que cojo mi iPad, abro mi diario y comienzo a dibujar, a escribir, a retocar fotografías que encuentro. Cualquier cosa que me ayude a explicar cómo me siento.

* * *

Paso la mañana en la sala de estudios y almuerzo con las chicas. Después de dejar unos libros en la biblioteca, pongo rumbo a Chinatown y, gracias a la eficiencia del metro de Nueva York, llego en cuestión de veinte minutos.

—Eso no es asunto tuyo, joder.

El rugido amenazante de James resuena en toda la nave. Miro a Stu y a los chicos en la planta de abajo, que me observan con cara de circunstancias. Alzo la vista hacia la planta de arriba y veo a James pasearse de un lado a

otro, al teléfono. No necesito acercarme más para entender que está furioso, muchísimo.

—No te metas en esto, Sandford —continúa.

Aprieto los labios hasta formar una fina línea con ellos. Está hablando con mi hermano.

—Chicos —los llamo girándome de nuevo hacia ellos—, ¿por qué no os tomáis un descanso?

Ellos me miran, asienten y se marchan, prácticamente a la vez. Está claro que estaban deseando salir de la línea de fuego.

Tomo aire y camino decidida hacia las escaleras. No me gusta esta situación. No me gusta que Bentley y James discutan por mi culpa.

—Puede tomar sus propias decisiones y quiere estar aquí, así que más te vale empezar a entenderlo, porque no tengo ningún problema en que volvamos a partirnos la cara para demostrártelo —le advierte más enfadado de lo que lo he visto nunca, más aún que cuando descubrió quién era mi hermano.

Cuelga el teléfono y con un juramento entre dientes lo lanza al fondo de la estancia. Se pasa las manos por el pelo, intentando controlarse, y acto seguido se las lleva a las caderas con los ojos clavados en el suelo, pensativo, en ese gesto tan suyo.

—¿Estás bien? —murmuro.

Mi voz le hace alzar la cabeza y reparar en mí. Estaba tan cabreado que ni siquiera se había dado cuenta de que había otra persona más en la planta.

—No, no estoy bien, Molly —contesta sin paños calientes, con la voz fría y dura, llamándome por mi nombre en vez de Monada—, y esto era justo lo que quería evitar, joder. No quiero tener que cruzar una maldita palabra más con Sandford en todo lo que me queda de vida y por tu culpa...

—¿Por mi culpa? —lo interrumpo—. Yo no os he pedido que os peléis por mí ni que entre los dos decidáis qué es lo que tengo o no que hacer sin que ninguno se moleste siquiera en preguntarme.

¡Estoy muy enfadada! ¡Puedo tomar mis propias decisiones y los dos tienen que empezar a respetarlas!

—¿Y qué coño quieres? —sisea—. ¿Que de pronto los dos nos volvamos amiguitos sólo porque tú has acabado en medio?

—¡No! —estallo—. ¡Quiero que os comportéis como dos malditos adultos, no como dos niños en el patio de un colegio!

Mis palabras silencian a James, quien por un segundo no dice nada; sólo aprieta los dientes, tensando la mandíbula, con la mirada clavada en mí.

—Yo no necesito esto ahora, Molly —sentencia con ese aura de seguridad y masculinidad brillando con fuerza a su alrededor.

—¿Y yo sí? —replico. Tengo muchísimas ganas de llorar—. No eres el único que tiene problemas, ¿sabes? No eres el único al que le gustaría que las cosas fueran diferentes.

Vuelvo a imaginarme aquella casa llena de juguetes de Fisher-Price y me doy cuenta de que es algo que nunca voy a poder tener. James no es el padre de mi hijo y ni él ni mi hermano aceptarían nunca que tuviéramos una relación. Los ojos me queman llenos de lágrimas. ¿Cómo es posible que esté triste por algo que nunca he llegado a tener?

—¿Por qué dices eso? —contraataca a la velocidad del rayo—. ¿Qué problemas tienes?

Niego con la cabeza.

—Deja de hacer eso, James —le pido—. Deja de comportarte como si quisieras cuidarme...

—Voy a cuidarte —me interrumpe con una seguridad atronadora, como si una sola duda mía a ese respecto incluso lo enfadase.

Yo sonrío triste, dolida, decepcionada.

—¿Y eso lo vas a hacer antes o después de partirme la cara con mi hermano?

James me mantiene la mirada y sus ojos se llenan de un sinfín de emociones. Sigue furioso, pero también siente muchas más cosas y todas están luchando por tomar el control de su mirada. Es una batalla interna en toda regla. Sin embargo, no dice nada y ese detalle confirma todos mis miedos. Que sea la hermana de Bentley siempre será algo insalvable para él. Paisley tenía razón, somos como *Romeo y Julieta* y, como ésa, esta historia no va a acabar bien.

—A partir de ahora sólo hablaremos de cosas del trabajo —me obligo a pronunciar, porque, aunque es lo último que quiero, sé que es lo mejor para todos. No puedo comportarme como una cría. Ahora tengo a alguien en quien pensar por encima de todo—. Te prometo que hablaré con Bentley para que se quede al margen.

James asiente aún más tenso, más en guardia, más enfadado.

—Esta noche es importante. Todo tiene que salir bien —continúo—.

Llamaré a los chicos y revisaremos que todo esté cargado en la furgoneta.

—Sí —responde escueto.

Ahora la que asiento soy yo, pero durante los segundos siguientes no nos movemos, no hacemos lo que deberíamos hacer, porque en el fondo esto no es más que una despedida con otras letras y ninguno quiere tener que hacerlo.

No sé de dónde saco fuerzas, pero me obligo a mover los pies, ellos responden y me alejo de James. Nunca, nada, había sido tan difícil.

Un par de horas después salimos de la nave. Todo lo que ocurra esta noche tendrá lugar en Times Square. Necesitamos un sitio donde llamar la atención para anunciar el festival y qué mejor que la calle con más carteles de neón, turistas, taxis y neoyorquinos de todo Manhattan. Maddie, Álex, Charlie, Ruby y Lizz también han venido. Vamos a necesitar ayuda.

—Todos sabéis lo que tenéis que hacer, ¿verdad? —inquire James cuando nos reunimos con las chicas en la esquina de la 46 Oeste con la Avenida Broadway.

Yo asiento convencida, pero todos los demás lo miran con una mezcla de miedo, resquemor y un poco de confusión. James pone los ojos en blanco y se acerca un paso más. Vuelve a repasar el plan y, a pesar de la determinación que tomé en el almacén, no puedo evitar mirarlo admirada. Consigue transmitirte su emoción, su entusiasmo, y hace que te sientas tan parte de toda esta locura como él. James podría convencer a cualquier chica, chico, animal o planta de que lo siguiera al fin del mundo.

—Recordad: a las nueve en punto —dice justo antes de separarse del grupo y echar a andar hacia la furgoneta con Charlie y los chicos.

—Y recordad también que, si Ryan pregunta, yo no he estado aquí —apunta Maddie mirándonos y señalándonos a todos uno por uno.

Cuando James está a punto de montarse en el asiento del copiloto, nuestras miradas se encuentran y nos quedamos así un puñado de segundos. Nunca imaginé que pudiesen decirse tantas cosas sin usar las palabras.

James se humedece el labio inferior y finalmente entra en la furgoneta.

—Vamos, Molly —me llama Lizz.

Asiento saliendo de mi ensoñación y me dirijo hacia ella. El plan es muy sencillo: Ruby y yo distraeremos a la pareja de policías que patrulla al sur de Times Square y los convenceremos para que nos acompañen hasta la esquina con la Octava mientras Lizz para un taxi en la Sexta para salir pitando en

cuanto lleguemos. Maddie hará lo mismo con la pareja de policías que está al norte, en la 47, y Álex la espera con su Mini en marcha. Todo, para darles el tiempo suficiente a James y los chicos.

—Esto es lo más emocionante que he hecho en mi vida —murmura Ruby excitadísima y nerviosísima mientras nos acercamos a los policías, como un niño hasta arriba de azúcar esperando a Santa Claus.

Sonrío. Creo que va a darle un ataque en cualquier momento.

—¿Recuerdas lo que tenemos que decir? —le pregunto cuando estamos sólo a unos pasos. La verdad es que yo también empiezo a estar muy inquieta.

Ella asiente.

Creo que las dos tomamos aire a la vez y nos miramos. Observo el reloj. Las nueve en punto. Es la hora de la verdad. ¡Qué nervios!

—¡Agentes! —gritamos al unísono corriendo hasta ellos.

Los dos reparan en nosotras inmediatamente.

—Están atracando a un hombre —miento como una bellaca.

—Sí, en un callejón cerca de la Octava —continúa Ruby—. Hemos venido corriendo a avisarlos.

Estamos tan aceleradas por tener que mentir que parece que realmente lo estamos por haber presenciado un atraco.

—Tranquilícense, señoritas —nos pide el policía más mayor—. ¿Dónde dicen que ha sido?

—En un callejón —repetimos a la vez.

—Allí —digo señalando en dirección a la avenida.

—¡Vengan! —insistimos echando a andar hacia allí.

—Vengan, por favor —añado.

Los policías se miran entre sí y nos siguen sin protestar.

—¿Cuántos eran, señoritas? —pregunta el más joven.

—Sólo uno —responde Ruby—, pelirrojo.

Yo la miro abriendo mucho los ojos. ¡No des detalles! ¡Nos van a pillar!

—Creo que era pelirrojo —rectifica—, llevaba una capucha... grande... como de rapero... un rapero pelirrojo.

¡Vamos a acabar en prisión!

—¡Allí! —digo señalando el pequeño callejón.

Los policías nos adelantan.

—Quédense aquí, señoritas. Puede ser peligroso.

Obedecemos y nos detenemos a la entrada del callejón mientras ellos avanzan con cuidado.

—Estaban al fondo —les digo.

No les quitamos ojo de encima y, en cuanto avanzan más o menos hasta la mitad, salimos disparadas en dirección opuesta. En plena carrera nos miramos y a las dos nos da un ataque de risa en toda regla. ¡Ha sido alucinante! ¡Estamos haciendo algo emocionante de verdad! ¡No somos ningunas pringadas!

Apenas ponemos un pie en Times Square, me detengo en seco.

Molly

Botas marrones de media caña, sin tacón, con flecos, imitando los botines de los nativos americanos; ideales para darse una carrera por una de las calles más concurridas de la isla de Manhattan. De Forever 21

Me freno en plena calle justo a tiempo de ver cómo, en mitad de todos los carteles publicitarios y las luces casi cegadoras, sobre la fachada del 1.560 de la Avenida Broadway, se despliega el cartel publicitario del festival que terminé hace sólo unos días. Los amarillos, los verdes, los rosas... todos los colores se funden con una de las postales por excelencia de Nueva York y todas las personas en Times Square lo observan murmurando.

¡Lo hemos conseguido! En el cartel no hay una fecha ni una dirección. Es parte del plan. Lo importante es que, durante las próximas horas, miles y miles de personas lo vean y hablen de él, curiosos por saber más.

Cuando Álex nos dijo que el ayuntamiento no nos daba los permisos, James lo tuvo clarísimo. Convertiríamos el festival en algo de la calle, de los neoyorquinos, y cuando todos hablaran de ello, cuando las redes sociales echaran humo, cuando hasta la televisión se hiciese eco, el ayuntamiento no tendría más remedio que dar su brazo a torcer y dejarnos celebrarlo. Va a marcar un antes y un después. Ya lo sabía, pero, después de esta noche, no me queda una sola duda.

—Vamos, Molly —me llama Ruby.

Las dos continuamos corriendo una manzana más hasta donde nos espera Lizz con un taxi que nos lleva directamente a la residencia. Como quedamos, le envió un mensaje a James para que sepa que estamos sanas y salvas. Escribo, leo, borro, reescribo, releo y vuelvo a borrar el texto algo así

como una docena de veces. Aún estoy nerviosa y emocionada. Sigo teniendo muy presente todo lo que dije y lo que decidí en el almacén, pero también sigue siendo James.

Ya estamos en la residencia. Esta noche has hecho algo maravilloso y me hace muy feliz que me hayas dejado formar parte de ello.

—Todavía me late el corazón a toda velocidad —dice Lizz con una sonrisa mientras las tres nos cambiamos y nos ponemos nuestros respectivos pijamas.

—Es que ha sido alucinante —repite Ruby—. ¡Le he mentado a un poli! Me siento como una contestataria —comenta satisfecha.

Nos miramos y estallamos en risas, no por lo que ha dicho, sino porque nos sentimos exactamente igual. Para tres chicas que lo más emocionante que habían tenido en sus vidas eran los exámenes finales, esta noche, sin duda alguna, ha marcado la diferencia.

—¿Estás bien? —inquire Lizz mientras echamos la ropa a la bolsa de la colada.

—Sí —respondo encogiéndome de hombros—. ¿Por qué lo dices? —añado, y mi voz se inunda de resquemor.

Molly Sandford, la artista de la mentira (ironía modo *on*).

—Porque pareces contenta y todo eso, pero, no sé, no estás... feliz —concluye tras meditar la palabra.

—Discutí con James —aclaro y, ¡Dios mío!, siento tan bien poder sincerarme, aunque sólo sea con una parte de todo lo que está pasando en mi vida.

Las dos se quedan calladas, esperando a que continúe.

—Bentley y él no se llevan bien.

—Eso es una gran putada —replica Ruby.

Las chicas saben que Bentley es muy importante para mí. No es que seamos como esos hermanos de las teleseries que se pasan juntos todo el día y se cuentan sus problemas, pero me preocupo por él. Nuestra hermana Savannah vive en Luxemburgo y apenas la vemos. Bentley no soporta estar cerca de Malcom y por eso ha renunciado a pasar más tiempo con mi madre.

Sé que no se siente sólo, sé que tiene a Ryan y a los Riley, que lo quieren como a uno más, pero no puedo alejarme de él porque a veces tengo la sensación de que soy su única familia.

—Le dije que lo mejor era que sólo nos relacionáramos por el trabajo —les explico.

—¿Y eso es lo que quieres? —plantea Lizz.

—No —respondo, y ni siquiera he necesitado pensármelo—, claro que no.

Las dos me miran con ternura y, sin que digan nada más, caminan hacia mí y me abrazan a la vez. Supongo que debe resultar obvio lo duro que me resulta alejarme de James.

—Lo que tenemos que hacer es celebrar lo de esta noche —propone Lizz—. Peli y Doctor Pepper —anuncia.

—Yo elijo la peli —canturrea Ruby volando hacia la cama de Lizz y abriendo su portátil.

Me recojo el pelo en una coleta y sigo a las chicas. Estar con ellas me parece un plan genial. Necesito urgentemente dejar de pensar. Apenas están empezando los créditos de *La muerte os sienta tan bien*, una de nuestras pelis preferidas, cuando un ruido en la ventana nos distrae. Ruby es la primera en mirar hacia allí y abre tanto la boca que por un momento temo que va a desencajarse la mandíbula.

—¿Qué pasa? —inquiero, y no necesito oír su contestación cuando veo a James al otro lado de la ventana.

—No me lo puedo creer —susurra Lizz entusiasmada—. Ha venido a buscarte.

Me levanto y abro la ventana empujando la madera del bastidor hacia arriba con fuerza.

James sonrío al otro lado, un gesto medio y sexy, que tengo la sensación de que oculta una sonrisa aún mayor, como si por fin estuviese donde quiere estar.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Sí —respondo veloz.

Entra con una envidiable agilidad y echa un rápido vistazo a la habitación.

—Hola —saluda a las chicas.

—Hola —responden ellas prácticamente a la vez.

—Deberíamos bajar a buscar más refrescos —propone Lizz levantándose y tirando de Ruby para que haga lo mismo.

Ruby la mira confusa, diciéndole sin palabras «¿por qué tenemos que ir a por refrescos justo ahora? No quiero perderme lo que va a pasar», pero Lizz enarca mucho las cejas en un silencioso «mueve el culo ya».

Se despiden a la carrera, Ruby vuelve sobre sus pasos con una sonrisa nerviosa para recuperar el ordenador y en cuestión de segundos nos quedamos solos en la estancia.

James se pasa las manos por el pelo. Está inquieto, pero en el buen sentido. La metáfora de un niño la noche antes de Navidad vuelve a mi mente, sólo que esta vez parece que el crío se ha escabullido en plena madrugada y ha abierto todos los regalos.

—Siento haberme presentado así.

—No te preocupes.

—Mejor —replica, y su sonrisa se vuelve más sexy y traviesa—, porque no lo siento en absoluto.

Sin quererlo, imito su gesto en mis labios. Sin embargo, no puedo olvidar todo lo que ya he decidido.

—James...

—Monada, la noche de hoy ha sido increíble —me interrumpe dando un paso hacia mí, moviendo las manos acelerado tratando de explicarse—. Tardaron más de dos horas en conseguir bajar el cartel. ¡Dos horas! —repite eufórico—. Eso significa que lo han visto miles de personas, cientos de miles. No paran de hablar de ello en Facebook, en Instagram, en Twitter...

Sonríó sincera. Estoy muy orgullosa de él.

—Debería estar celebrándolo —continúa— y, en lugar de eso, me he escabullido con la excusa de pedir otra copa porque en lo único en lo que podía pensar era en venir a verte. Hoy me ha pasado algo extraordinario y sólo quiero compartirlo contigo.

Mi corazón comienza a latir con fuerza.

—Yo también quiero compartirlo contigo, James.

Pero antes de que pueda terminar de pronunciar su nombre, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Todo, algo, no sé, la luz, el amor, Nueva York, estalla entre nosotros y me siento más viva que nunca, más deseada, más feliz.

—Necesito estar contigo esta noche —susurra contra mis labios—.

Necesito que esta noche sea perfecta.

Asiento. No puedo pensar en otra cosa. Su sonrisa se ensancha y vuelve a besarme sin quitar sus manos de mi cuello, de mis mejillas. Nos deja caer sobre la cama despacio y su cuerpo cubre por completo el mío, uniéndonos centímetro a centímetro.

—James —murmuro, y mi voz se evapora en un gemido suave y largo cuando sus dientes se deslizan sobre la piel de mi cuello.

Beso a beso, caricia a caricia, despacio, decidido, experto, seguro, hábil, James recorre mi cuerpo. Su boca se pasea por encima de mi ropa y calienta mis pechos, mi estómago. Me tortura con una habilidad exquisita, despertando cada porción de mí como si fueran las primeras manos que me tocan, los primeros labios que me besan.

Me da un enloquecedor beso antes de separarse y buscar mi mirada. Sus ojos de un color perfecto atrapan los míos y prometen cumplir todas mis fantasías.

—Eres preciosa, Molly Sandford —susurra con la voz ronca e indomable, y suena sincero, y así, con esas cuatro palabras, cumple la primera de ellas, porque no pronuncia mi apellido con acritud. Somos sólo él y yo, y todo, a nuestro alrededor, ha dejado de existir.

Sonrío extasiada, feliz, y James vuelve a besarme. Sus labios son aún mejores de lo que recordaba, de lo que había fantaseado durante largos días con sus largas noches.

Se separa de nuevo y se arrodilla sobre mí, flanqueando mis caderas con sus piernas. Toma el bajo de mi camiseta y, despacio, va subiéndola, acariciando, lleno de un hambriento deseo, la piel que va descubriendo. Me la saca por la cabeza y la lanza al suelo. No llevo sujetador y sus ojos brillan al comprobarlo.

Me siento desbocada, entregada por completo, parte de algo más grande que yo. Somos dos piezas que encajan a la perfección y en las estrellas estaba escrito que nos sentiríamos exactamente así al tocarnos, como si su cuerpo llevara años llamándome, buscándome en cada calle, en otras mujeres, como si el mío no se sintiese completo hasta que sus manos están sobre él.

Desata el cordón del pantalón de mi pijama y un suspiro excitado, nervioso y lleno de curiosidad se escapa de mis labios. James sonrío y con la misma agónica lentitud se deshace de mis pantalones.

Sus dedos se deslizan bajo el elástico de mis bragas y la prenda de

algodón blanco se une al mar que sobre el desgastado suelo ha formado mi ropa. James me recorre con la mirada y mi respiración se vuelve un poco más caótica, mi corazón late todavía más de prisa.

—Podría mirarte durante horas.

—No —replico, y mi voz suena impaciente, casi desesperada.

Nunca me había sentido así. Nunca había deseado algo con tanta fuerza como ahora lo deseo a él. James sonrío sexy, canalla y sincero por mis palabras y se inclina sobre mí hasta apoyar sus manos a ambos lados de mi cara, besándome con fuerza en el mismo movimiento, arrastrándome un poco más al precipicio.

—Eres demasiado sexy para ser real, Monada.

Yo sonrío contra sus labios, sintiéndome precisamente así, sexy, algo que no me había sucedido jamás.

James se deshace de su cazadora, de su camiseta. Baja dejando que sus labios marquen el camino sobre mi cuerpo... su boca, sus dientes, su lengua.

Jadeo, gimo, hipersensibilizada.

Deja un beso en mi pelvis y, con la boca aún sobre mi piel, alza la mirada y sus ojos se encuentran con los míos, dominándome, diciéndome sin palabras que ahora viene lo mejor. El corazón amenaza con salirse del pecho y James sonrío como si pudiese oírlo desde allí.

Su primer beso arquea mi espalda.

—James —gimo.

No se detiene. Continúa besándome, acariciándome exactamente donde necesito que me acaricie incluso antes de saberlo. Su lengua se pasea con habilidad por todo mi sexo. Sus dedos juegan conmigo, me encienden, me torturan, me hacen arder. Sus dientes me buscan bordeando de una manera deliciosa la frontera entre el dolor y el placer.

Me revuelvo contra la cama. Gimo de nuevo. Gimo más alto.

—¡James! —grito.

Pero no piensa parar y, como clara confirmación, pasa el brazo por mis caderas para mantenerme sujeta contra el colchón. Acelera el ritmo. Pierdo el control.

¡Santo cielo!

Un orgasmo extraordinario me arrasa de pies a cabeza. Me llena de placer, placer y más placer. Mi cuerpo vuela. Yo vuelo. Y sólo él tiene el control.

James se yergue decidido y recorre mi cuerpo hasta volver a estar sobre mí, dominándolo absolutamente todo. Se desabrocha los vaqueros y saca su erección fuerte, dura, perfectamente arqueada. Coge un condón del bolsillo de sus pantalones y, con una sonrisa llena de malicia, lo acerca a mis labios.

—Con la boca —me ordena sensual.

Por un momento mi mente se cortocircuita, pero la manera en que me mira lo envuelve todo de sensualidad y me llena de valentía, como si, a través del sexo, me estuviese descubriendo a mí misma.

Abro tímida la boca y rasgo el envoltorio plateado con los dientes. James sonrío satisfecho y se coloca el preservativo en cuestión de segundos.

Vuelve a mirarme desde arriba y yo vuelvo a quedarme sin respiración. Nunca había entendido a las chicas que decían que nunca podrían olvidar a un chico hasta este momento. Da igual que pase un año o cincuenta, ya soy consciente de que este momento, su mirada, él, se quedaran grabados en mi cuerpo y en mi corazón para el resto de mis días.

—¿Es lo que quieres? —pregunta.

—Sí —respondo sin dudar.

Por un instante no sé si refiere al sexo o a lo que acabo de pensar, pero no me importa. No he necesitado un mísero segundo para contestar.

Vuelve a inclinarse sobre mí con sus labios casi rozando los míos. Guía su polla con una mano y de un solo movimiento entra en mí, llegando más lejos que nadie, descubriendo centímetros de mi interior inexplorados hasta entonces. Mi aliento se evapora y mi cuerpo se arquea. Me agarro a sus hombros casi desesperada y hundo la cara en su cuello, clamando por el oxígeno que el placer me está robando.

James empieza a moverse; sin piedad, como deben moverse los dioses del sexo, los caballos salvajes... como siempre has soñado que un hombre de verdad se movería.

Busca mi boca con la suya y vuela a clavarme en el colchón, en todos los sentidos.

—¡Dios! —grito.

Atrapa mi mano con la suya, la sube por encima de mi cabeza y entrelaza nuestros dedos, apretando con fuerza cuando mis gemidos se hacen más altos, cuando sus caderas chocan más profundas contra mis muslos, llegando más y más lejos, haciéndome sentir más, mejor, de verdad.

—¡Dios mío, James!

—Joder —gruñe lleno de un deseo indomable.

Mi cuerpo estalla en mil pedazos. Sólo soy luz, calor, color, deseo. ¡Soy placer!

Él sigue moviéndose, alargando más y más todo lo que me hace sentir, construyéndolo de nuevo, tentándome otra vez a una vida llena de placer y euforia y sexo del bueno, salvaje, húmedo y sin medida.

—James —susurro extasiada.

Y él continúa persiguiendo su propio placer, fabricando el mío.

—Mírame —ruge.

Obedezco. Mi cuerpo se tensa. Apoya su frente en la mía. Nuestros labios casi se tocan. Sus embestidas se vuelven poderosas, demenciales, firmes, perfectas, y vuelvo a correrme por gloriosa tercera vez. James se clava en mí con más fuerza que ninguna otra vez y, dejando escapar entre dientes los sonidos más masculinos que he odio en toda mi vida, se corre.

Deja caer su cuerpo contra el mío y yo cierro un poco más las piernas para sentirlo más cerca, más mío. Estoy segura de que sus vaqueros me han hecho marcas en el interior de los muslos, pero, lejos de importarme, un parte de mí está encantada.

James se acomoda entre mis piernas y se separa hasta volver a apoyarse en sus codos. Sus dedos siguen el contorno de mi cara en una suave caricia y sus ojos se fijan en el movimiento mientras los míos lo hacen en los suyos.

—¿Estás bien? —me pregunta, y su voz suena ronca, incluso un poco seria, como si quisiese dejarme claro que no es una frase manida y que pronuncia por pura inercia cada vez que se folla a una mujer.

«Folla a una mujer.» Nunca había odiado tanto unas simples palabras.

—Sí —respondo, y no puedo evitar sonreír—. Ha sido increíble.

—Sí, lo ha sido. —James atrapa mi mirada y la suya se salpica de un sentimiento de protección tan grande que incluso me abruma—. Monada, no quiero que pienses que he venido aquí porque me apetecía echar un polvo.

—Lo sé.

Y precisamente porque lo sé, sé que las palabras complicadas de digerir son las que vienen ahora.

—Podría funcionar —digo adelantándome a cualquier cosa que piense decir él, aunque no soy ninguna estúpida... soy consciente de que los problemas siguen estando ahí, que hay algo que debería contarle y no lo he

hecho, que estoy siendo muy egoísta, pero también sé que todo lo que acabo de sentir no lo he sentido sólo yo.

—Ésa no es la cuestión, Molly.

—¿Y cuál es?

—Que tengo que dejar de cometer los mismos errores de una jodida vez.

—Suenas tan sincero que duele.

—¿Eso es lo que soy para ti? —replico empujándolo, obligándolo a moverse para dejarme hacer lo mismo a mí—. ¿Un error?

Pongo los pies en el suelo de prisa y aún más de prisa recojo mi ropa.

—Molly —gruñe levantándose también. Se quita el condón, lo anuda y se lo mete en el bolsillo al tiempo que se abrocha los vaqueros. Todo a una velocidad pasmosa—, no es eso, joder.

—Entonces, ¿qué es, James?

Me pongo la camiseta y el pantalón tan rápido como él ha hecho todo lo demás. Camina hacia mí, pero yo lo freno con la mano para que no se acerque. No soy ninguna estúpida, sé cómo me afecta que esté cerca y no pienso dejar que eso juegue a su favor.

James tensa la mandíbula, todo su cuerpo, enfadado porque lo haya mantenido lejos.

—Te deseo como un loco —ruge—. Quiero tocarte todos los condenados días, Molly. Y también quiero cuidarte y protegerte. Pero no voy a hacer esto, no voy a meternos de cabeza en algo que va a ser demasiado duro para los dos.

—Yo no soy mi hermano, maldita sea, James —replico llena de rabia.

—¿Y te has preguntado si él quiere tenerme cerca?

Su respuesta acalla la mía. Sé lo que diría Bentley si supiera que estamos juntos.

—Eso no lo sabes —contesto olvidándome de que sí lo sabe, de que yo también lo sé. Soy consciente de que sólo es una huida hacia delante, pero no puedo simplemente asentir y dejarlo que se aleje de mí.

—No juegues a eso, Molly —me interrumpe, y no me está riñendo, me está advirtiendo, como si pretendiese que entendiese cuánto daño puede hacerme.

—No estoy jugando.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

James asiente al tiempo que se pasa la mano por el pelo. Puedo notar

cómo cada músculo de su armónico torso se tensa un poco más.

—No voy a ponerte en una situación en la que tengas que acabar eligiendo entre Bentley y yo. ¿Puedes entender eso?

—A Lauren sí quisiste ponerla —contraataco, y ni siquiera sé por qué lo hago. Ha sido un golpe bajo con todas las letras.

La mirada de James se llena de un centenar de emociones que la cruzan demasiado rápido como para atrapar ninguna. Está furioso, está dolido, pero, sobre todo, está decepcionado, y yo nunca me había arrepentido tanto de pronunciar unas palabras.

—Sí, es cierto —replica lleno de demasiada rabia, dando un amenazante paso hacia mí—, a ella sí quise ponerla y la pondría otra vez, y tú, que eres tan jodidamente observadora como para saber cuántas manzanas hay desde aquí hasta la otra jodida punta de Manhattan, eres incapaz de ver por qué.

Con el mismo cristalino enfado, James recoge su camiseta y su cazadora y se pone la primera veloz. Sin volver a mirarme, se dirige de nuevo hacia la ventana, pero en el último segundo se detiene de espaldas a mí y apoya las dos manos en el marco, luchando consigo mismo. Ya dije una vez que me recordaba a Hubbell, el personaje de Robert Redford en *Tal como éramos*, y ahora me lo parece más que nunca.

Mi corazón recupera su frenético ritmo cuando lo veo girarse de nuevo hacia mí.

—Si tú y yo no estamos juntos, no es porque yo no quiera y sea un cabrón. No puedo estar contigo.

James regresa a la ventana. Es una despedida y no quiero. Desesperada, doy un paso hacia delante.

—Has dicho *Sandford* —le recuerdo tratando de que también él recuerde cómo se ha sentido, lo genial que ha sido—. Has dicho «eres preciosa, Molly Sandford».

James me mira directamente a los ojos y me doy cuenta de que esto le duele tanto como a mí.

—Sé lo que he dicho —sentencia—. Voy a recordarlo todo de esta noche durante el resto de mi maldita vida.

No dice nada más y yo tampoco, creo que los dos hemos tenido suficiente en demasiados sentidos, y se marcha definitivamente.

Me siento en el borde de mi cama y tomo una bocanada de aire casi infinita porque lo único que quiero es tumbarme y llorar. No es justo. No es

nada justo. ¿Por qué James y Bentley tuvieron que conocerse? ¿Por qué tuvieron que odiarse? ¿Por qué tuvieron que enamorarse de la misma chica?

Me niego a seguir pensando.

Le mando un whatsapp a las chicas diciéndoles que pueden volver a la habitación cuando quieran, apago todas las luces y me meto en la cama. He perdido a James y sé que puede parecer raro que use la palabra *perdido* porque no puedes perder algo que nunca ha sido tuyo, pero es que yo he sentido que era mío. Lo sentí cuando nos besamos bajo la lluvia, la última vez que estuvo aquí, esta noche. Creo que lo he sentido cada vez que me ha mirado. James es mío y yo soy suya. Nos pertenecemos. No es una cursilada sin sentido. Hay personas que aparecen y te cambian por dentro, porque convierten tu vida en algo mejor, te convierten a ti en algo mejor. James ha conseguido que me guste la Molly que veo en el espejo, que me sienta sexy, que no me dibuje a mí misma como un bicho raro por concretar los datos más estúpidos o contar historias llenas de detalles interminables que a nadie le interesan. Ha logrado que me sienta orgullosa de ser una inadaptada, porque ser diferentes es lo que nos hace únicos. Sé lo que dije, y todo lo que pensé esta misma mañana en el almacén, pero no quiero perder a James. No puedo.

* * *

Cuando suena el despertador, lo apago de un manotazo y me acurruco hacia el lado contrario. Sin embargo, tampoco soy capaz de dormir. Hace más de una semana que no veo a James. Desde que presentamos el cartel del festival al mundo en Times Square, el trabajo se ha triplicado y James se ha pasado los días de reunión en reunión, la mayoría de ellas fuera del almacén.

Lo echo de menos.

Me levanto malhumorada, me doy una ducha y, armada con mi chándal más viejo, voy a hacer la colada al sótano de la residencia. En lugar de cargar la lavadora y volver a la habitación, me siento en una de las secadoras estropeadas del fondo y empiezo a leer el libro que eché en la cesta con la ropa sucia. Sólo quiero distraerme... Sobra decir que no lo consigo y, a la vuelta, estoy de peor humor que antes.

Delante de mi puerta, trato de abrirla sin soltar la cesta llena de ropa ni el libro que sujeto bajo el brazo ni el bote de detergente que llevo en la mano y, como resultado, todo acaba por el suelo, esparcido a mis pies, y la puerta, obviamente, cerrada.

Suelto un bufido y me arrodillo para recogerlo.

—¿Estás bien? —inquieren a mi espalda.

Me giro justo a tiempo de ver a Paisley acuclillarse junto a mí y ayudarme a recoger. Lleva unas mallas chulísimas negras con un centenar de destellos verde flúor y una nadadora de ese mismo tono de verde. Supongo que viene de correr y supongo que ésa es su versión de chándal. ¿Alguna vez estará fea o desaliñada?

—Sí —miento. Me estoy cansando de mentirle a cada persona que conozco—. Es sólo que me he levantado con el pie izquierdo.

Paisley me mira, y creo que no termina de creerme. En ese momento suena mi teléfono. Frunzo el ceño. Es domingo y demasiado temprano. Miro la pantalla. Es mi madre.

—¿Diga? —inquiero confusa.

—Hola, cielo —me saluda—. Llamaba para preguntarte si necesitas que envíe un coche a buscarte esta noche.

—¿Esta noche?

Mi confusión aumenta y mi madre sonrío suavemente al otro lado de la línea.

—La fiesta de la que te hablé —me explica—. Lo habías olvidado, ¿verdad?

Hago memoria y recuerdo que mencionó una fiesta la última vez que comimos juntas, también recuerdo vagamente que, antes de marcharme, dije que iría.

—Entonces, ¿necesitas un coche?

—Sí, sería genial.

No es que tenga muchas ganas de ir a una fiesta en Glen Cove, pero no quiero negarme y tener que dar más explicaciones.

Nos despedimos, cuelgo y vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Paisley.

—Esta noche tengo una fiesta en Glen Cove —me lamento, y parezco reverendamente idiota.

—¿Y por eso estás así? —replica extrañada.

¿Veis? Sueno idiota.

—No me apetece ir. Además, no tengo nada que ponerme.

—Bueno —comenta con una sonrisa—, pero eso tiene fácil solución. ¿Tienes tarjeta de crédito? —pregunta sin dejar de recoger ropa del suelo.

—Sí —respondo, y ahora la que parece extrañada soy yo.

—Pues cámbiate de ropa. Nos vamos de tiendas —sentencia satisfecha.

Sin darme oportunidad a decir nada más, se levanta y entra decidida en su habitación. Para mí la situación es la misma, no tengo ningunas ganas de pasarme la mañana de tiendas, pero, al igual que con la colada o con el libro, el objetivo es distraerse.

Paisley me lleva a unas tiendas fantásticas y me compro un vestido precioso para esta noche. Me ayuda a prepararme y la verdad es que, cuando el chófer del coche que ha enviado mi madre pasa a recogerme, me siento como una princesa y sonrío de verdad por primera vez en todo el día.

Una hora después el elegante Jaguar está cruzando una preciosa cancela y una maravillosa mansión de color tierra y piedra blanca se levanta ante nosotros. Las decenas de árboles en los cuidadísimos jardines están decorados con hileras de diminutas bombillitas blancas, que se esconden y salen de entre las hojas, conjugándose a la perfección con el reflejo de la luna y las luces de la entrada principal, donde se arremolinan los invitados con una sonrisa, todos elegantemente vestidos para la ocasión.

El chófer me abre la puerta y yo bajo sin poder dejar de contemplar la impresionante casa.

—La señora Acker me pidió que le dijera que la espera en la entrada —me informa el conductor.

—Gracias —respondo con una sonrisa.

Me recojo el bajo del vestido y doy una larga bocanada de aire antes de echar a andar. Estoy contenta de haber decidido venir, pero la verdad es que el ambiente, ahora de cerca, resulta un poco intimidante.

Recorro el camino de piedra y al fin llego hasta el porche presidido por unas gigantescas columnas blancas. No tardo en ver a mi madre junto a Malcom, charlando con un matrimonio más mayor.

—Hola, mamá —la saludo colocándome junto a ella.

—Hola, cielo —responde dándome un beso en la mejilla. Me toma de las manos y me separa suavemente para poder verme—. Estás preciosa —me halaga con una sonrisa.

Yo me encojo de hombros.

—Una amiga me ha ayudado a elegir el vestido.

—Ven aquí —interviene Malcom—. Deja que te dé un abrazo.

Lo hago y, entre sus brazos, inmediatamente me siento mejor. Supongo que ése es el superpoder de un padre, hacer que te sientas protegida incluso de lo que no sabe que te está ocurriendo.

—Me alegro de haber conversado con usted, señor Acker —se despide el hombre con el que charlaba tras unos minutos más de conversación, tendiéndole la mano a Malcom—. Señora Acker —se despide también de mi madre.

Ella sonríe, intercambian unos segundos mías de saludos y finalmente echamos a andar hacia el interior de la mansión. Una música muy suave, algo italiano de los años cincuenta, suena de fondo y es la perfecta anfitriona del impresionante salón principal. Est  decorado con un gusto exquisito. Los colores tierra y blanco de la fachada se han transformado en un elegante y sobrio *champagne* y un deslumbrante blanco. Los invitados charlan animados o bailan en el centro del enorme salón. A un lado se extiende una barra y media docena de camareros perfectamente vestidos se mezclan entre los asistentes con bandejas llenas de copas de *champagne* rosado. Parece una película del Hollywood de la edad dorada.

—Este lugar es de ensueño —murmuro contemplando cada rincón.

—Las fiestas de Mira Hannigan siempre son maravillosas.

Mi mente, por un momento, se queda paralizada.  Ha dicho el nombre que creo que ha dicho?

— Has dicho Mira Hannigan? —inquiero para cerciorarme.

—S  —responde mi madre.

— La madre de James Hannigan?

Malcom sonríe, asintiendo.

— Lo recuerdas de pequeño? —le pregunta a mi madre—. Era como un terremoto. Siempre correteando y haciendo preguntas sobre Manhattan.

Mi madre también sonríe, dándole la razón.

— Lo conoces?

—Es... es mi jefe —respondo obviando todo lo demás.

Sus sonrisas se ensanchan.

—Qué bonita casualidad —comenta mi madre.

Asiento. Sí, una casualidad preciosa. Creo que todo empieza a darme

vueltas. ¿Por qué no pregunté quién daba la fiesta antes de presentarme?

Y sencillamente ocurre, antes de que tenga cualquier posibilidad de escapar. Los invitados se mueven, los camareros se apartan, no lo sé, pero él aparece en el centro de la sala. Si es complicado dejar de pensar en un chico, tras verlo de esmoquin, guapísimo, como si se hubiese convertido en el príncipe del cuento más sofisticado y cosmopolita, es una tarea imposible.

James alza la cabeza y en el instante en que nuestros ojos se encuentran todo lo demás deja de existir. Es algo que me hace feliz y me asusta al mismo tiempo, porque ¿qué posibilidad me deja de huir de él, de mirar hacia otro lado, de enamorarme de otro hombre?

Da un paso hacia mí y yo lo doy hacia él por puro instinto. La canción cambia. Parecemos estar tan cerca al fin, como si hubiésemos recorrido un camino demasiado largo. Una voz me llama, pero no le presto atención... otros invitados, un camarero que se cruzan entre los dos, personas bailando...

—Molly —me llaman más de cerca.

No me importa.

Me agarran del brazo. Me obligan a girarme.

—Molly.

—¿Qué? —respondo aturdida.

Marisa Borow, la mejor amiga de mi hermana Savannah, está delante de mí.

—¿No me oías? Te estaba llamando.

—¿Qué? —repito—. Sí.

No me interesa lo que tenga que decirme. Me giro hacia donde estaba James, pero ya no hay ni rastro de él. Las ganas de llorar vuelven. ¿Dónde está? No es posible que sólo yo me esté imaginando todo esto, que sólo yo lo sienta. No puedo más y una lágrima cae por mi mejilla.

—Molly, ¿estás bien? —inquire Marisa.

La miro. Estoy cansada de mentir.

—No —me sincero—. No lo estoy.

Ella mira a nuestro alrededor, me toma del codo y tira de mí para que la siga. Abandonamos el salón y llegamos a otra sala casi tan grande como la anterior, con una majestuosa mesa en el centro. Imagino que es el comedor.

—¿Qué te ocurre?

Yo la miro. No entiendo por qué, de entre todas las personas de mi vida, he tenido que elegir contarle lo que me pasa a ella. Marisa Borow ni siquiera

me cae bien. Supongo que estas cosas pasan cuando tienen que pasar, e imagino también que a veces pasan con la persona con quien menos te lo esperas.

—Un chico —digo lacónica, y me sorbo los mocos.

Marisa se apoya en la mesa y me observa de arriba abajo.

—¿Estás enamorada de él?

Asiento.

—Sí —le confirmo.

—¿Y él de ti?

—No lo sé. —Una nueva oleada de lágrimas me cubre las mejillas—. Es complicado.

—¿Por qué?

Pienso en contarle en todo lo de Bentley, lo mal que se llevan, pero en el fondo ése ni siquiera es el mayor problema. Aunque Bentley y él hicieran las paces, ¿qué pasará cuando James se entere de que estoy embarazada?

—Estoy embarazada —suelto a bocajarro.

Por fin lo he dicho en voz alta y me siento liberada. Sin embargo, la expresión de Marisa vuelve a provocarme un nudo en el estómago. Pasa de la sorpresa absoluta al resquemor y acaba con sus ojos llenos de condescendencia.

—Eso es un problema muy serio, Molly.

Niego con la cabeza. Sé que va a cambiar mi vida por completo, pero soy incapaz de ver a mi bebé como un problema. Nunca he podido, ni siquiera cuando Justin se desentendió de nosotros.

—Nadie lo sabe y me gustaría que siguiese siendo así —le explico—. Necesito encontrar el momento adecuado.

—¿Necesitas ayuda?

—No, pero gracias. —Me enjugo las lágrimas y trato de arreglarme el maquillaje.

—Deberías decírselo a tu hermana.

Asiento echando a andar.

—Lo pensaré —contesto para dar el tema por zanjado—. Esto... gracias —añado y, sin más, me marchó.

No voy a contárselo a Savannah. No serviría de nada. Hace mucho tiempo que ella decidió hacer su vida en Luxemburgo y, cada vez que ha venido a Nueva York, la única persona por la que ha mostrado interés en ver

ha sido Bentley, y sólo para poder estar cerca de Ryan.

Regreso a la fiesta y trato de mezclarme con los invitados, divertirme, pero en el fondo estoy calculando cuánto tiempo he de quedarme para poder marcharme sin que mi madre sospeche.

—¿Me concede este baile? —me pregunta un chico de unos treinta, con una sonrisa en los labios.

Yo le devuelvo el gesto. Es muy amable, pero no quiero bailar.

—No, gracias.

Él frunce el ceño, divertido.

—No voy a rendirme, señorita —me explica tendiéndome la mano.

Lo observo y niego con la cabeza. Él me imita y no puedo más que sonreír, algo nerviosa.

—Sólo será un baile.

—Está bien —me rindo.

Caminamos hasta el centro del salón. Me ofrece su mano y con la otra rodea caballeroso mi cintura. La música sigue sonando en italiano, aunque no distingo la canción.

—Me llamo Mark —se presenta.

—Yo, Molly.

Los dos sonreímos. Es muy amable, muy simpático, incluso mono, pero empiezo a sentirme incómoda. No quiero estar aquí.

En mitad del baile, una mano toca su hombro.

—¿Te importa? —le pregunta a Mark, pero sus ojos están clavados en los míos.

Él asiente algo aturdido por la seguridad que emana y James da un paso adelante. *Città Vuotta*, de Mina, comienza a sonar.

James no me ofrece la mano, sólo pierde las suyas en mis caderas, en la parte baja de mi espalda, y me estrecha contra su cuerpo al tiempo que comienza a mecernos despacio, al ritmo de la música. Yo sólo me dejo llevar. Alzo la cabeza, tímida, y sus ojos del color de la crin de un alazán, de la tierra más oscura, ya me esperan.

No dice nada. Yo tampoco. Pero, una vez más, no hace falta. Ya he aprendido que, si es una despedida, prefiero guardar todos los momentos que pueda antes de decirnos adiós.

Se inclina sobre mí hasta que nuestras mejillas se encuentran. Cierro los ojos y dejo que el contacto de la suya llene de calor todo mi cuerpo.

—No pienso decir una sola palabra —susurra con sus labios casi tocando el lóbulo de mi oreja, con su suave aliento inundando mi piel—. No quiero nada que nos diga que somos algo más que un chico bailando con la única chica que lo hace feliz.

Una sonrisa se cuela en mis labios y me estrecho aún más contra su cuerpo. No quiero que haya un solo centímetro de aire entre nosotros.

Seguimos moviéndonos. La canción se acaba. James nos detiene suavemente y busca mi mirada de nuevo. Se separa despacio y echa a andar sin volver la vista atrás, dejándome otra vez al lado de Mark, cruzando el inmenso salón entre las parejas que bailan, que se mueven para hacerle paso como si fuera una coreografía perfectamente orquestada.

—Adiós, Hubbell —murmuro.

Mark me ofrece continuar bailando, pero declino su invitación y esta vez no me dejo convencer.

Voy hasta la barra, pero lo cierto es que no sé qué pedir. Quiero un Martini Royale por los motivos que me permito reconocer y por los que no, pero no puedo beber alcohol, así que acabo pidiéndome una botellita de agua San Pellegrino sin gas. Le doy un sorbo, pero apenas un segundo después ya estoy jugueteando con el cristal verde. Debería marcharme.

Me giro con esa única intención cuando de pronto veo a Bentley cruzar el salón como una exhalación seguido de Lauren, que lo llama tratando de no despertar la atención de los invitados. Sin embargo, él está furioso y ni siquiera parece escucharla. Me preocupo al instante.

Molly

Unas preciosas sandalias con tacón de aguja de color *champagne*. Son de un diseñador italiano... no, francés: Christian Louboutin. Paisley me obligó a aprenderme su nombre

Con la vista fija en el pasillo que acaban de tomar, cruzo el salón tras ellos. Accedo a un pasillo bastante largo, después a una especie de distribuidor y, tras él, a otro pasillo más ancho y corto. Sólo he avanzado un par de metros cuando oigo palabras que no consigo distinguir, dichas con mucha rabia. Acelero el ritmo.

—¿Cómo has podido atreverte, maldito hijo de puta?

El corazón se me encoge. Distingo esa voz a la perfección. Es Bentley.

—¿Dé qué coño estás hablando, Sandford?

Es James. Echo a correr.

Apenas un segundo después, llego a un jardín separado de la casa por unas paredes acristaladas que las enredaderas han hecho suyas al otro lado. Bentley y James están en el centro, mirándose o, más bien, fulminándose con la mirada mientras que Lauren intenta calmarlos. No parecen estar haciéndole el más mínimo caso.

No es hasta que bajo los tres escalones que me separan del enlosado de color gris que no reparan en mi presencia.

—¿Qué está pasando? —inquiero preocupada.

Al verme, mi hermano se pasa las manos por el pelo casi desesperado.

—Te dije que no te acercaras a él —me recrimina—. ¡Te lo dije!

—No se te ocurra hablarle así —interviene James amenazante, antes de que yo pueda decir nada, colocándose entre mi hermano y yo.

—¿Ahora vas a cuidar de ella? —le pregunta Bentley lleno de ironía, de dureza, de una rabia tan intensa que estoy segura de que la siente físicamente —. ¿Por qué no lo hiciste hace dos semanas o un mes o cuando decidieras tirártela sin ponerte un puto condón?

—¿De qué coño estás hablando? —replica James.

Su cuerpo se tensa. Su enfado crece.

Yo doy un paso hacia ellos, temiéndome lo peor.

—Cabrón miserable —le escupe mi hermano.

—¡Bentley, no! —trato de frenarlo.

—Está embarazada —sentencia.

Un suspiro de puro pánico se evapora en mis labios y me llevo las palmas de las manos a la boca para contenerlo.

—¡¿Qué?! —ruge, tres letras que indican que ha subido un escalón más, que está más furioso, más dolido.

James se gira y me busca con la mirada. Sus ojos marrones atrapan inmediatamente los míos.

—¿Estás embarazada?

Esas dos palabras esconden muchas más cosas y los dos lo tenemos claro porque los dos sabemos que él no es el padre, así que, en realidad, me está diciendo «¿me has mentido?», «¿quién es el padre?», «creí que lo que teníamos era diferente», «confiaba en ti».

—Sí —murmuro.

James me mira sin pronunciar una sola palabra y su mirada, la distancia entre los dos, va llenándose de un centenar de emociones, de toda la rabia, de todo el dolor.

—¿Ni siquiera lo sabías? —demanda Bentley—. Tiene diecinueve años. ¿Te paraste a pensar en eso antes de acostarte con ella?, ¿antes de arruinarle la vida?

—¿Cómo has podido hacer algo así, James?

Es la voz de Lauren, y no suena como la de una amiga preocupada por un amigo, ni siquiera como la de una amiga recriminándole algo a un amigo. Está tan dolida como el propio James, tan enfadada como Bentley y tengo la sensación de que, en este preciso instante, tan perdida como yo.

—¿Y a ti qué coño te importa? —le pregunta Bentley.

—¿Y a ti qué coño te importa lo que me importe a mí? —le recrimina ella cerrando con fuerza los puños junto a sus costados.

James y yo continuamos mirándonos. Quiero correr hasta él, abrazarlo, pedirle que me perdone por no habérselo contado antes, decirle que él también es el único chico que me hace feliz, que estoy enamorada de él, pero mi cuerpo está inmovilizado con demasiado miedo. Miedo a ir hasta él y que, tras decirle todas esas cosas, me rechace, que todo se acabe. Por muy dura que sea, prefiero la incertidumbre de estar así a perderlo. No puedo perderlo.

—Joder, esto es lo último que necesito, Lauren —brama mi hermano.

—Y, claro, aquí lo único que importa es lo que necesites tú.

—Por lo menos yo soy capaz de hablar de cómo me siento.

—Eso es un golpe bajo.

Lauren y Bentley continúan discutiendo.

—¿Tanto te importa que Hannigan se acostara con otra?

—¿Tanto te importa a ti?

—¡Es mi hermana, por el amor de Dios! —grita demasiado furioso y demasiado preocupado al mismo tiempo—. ¡Es una niña! ¡Sólo tiene diecinueve años!

—¡James no es el padre! —grito haciéndome oír por encima de la discusión.

Lauren y Bentley se callan y me miran aún más sorprendidos que antes. Yo suelto todo el aire que había contenido. Ha llegado la hora de ser sinceros.

—Conocí a un chico en París y nos acostamos. Al regresar a Nueva York, pensé que podríamos tener algo, pero él me había mentido y, cuando le conté que estaba embarazada, me dio trescientos dólares y pasó de mí. —Una lágrima cae por mi mejilla, pero soy consciente de que no tiene nada que ver con Justin—. James ha sido lo mejor que me ha pasado, lo mejor que me ha pasado nunca —sentencio rezando para que no sea demasiado tarde.

—¿Qué estás diciendo, Molly? —pregunta Bentley todavía más confuso.

Yo no puedo dejar de mirar a James. Las lágrimas continúan cayendo en silencio. No quiero perderlo. No puedo.

Lanza un juramento entre dientes al tiempo que aparta la mirada, después se humedece el labio inferior. Con ese puñado de gestos parece salir de su ensoñación. Echa a andar y se dirige hacia la puerta.

—James —lo llamo cuando pasa por mi lado, pero él ni siquiera se detiene.

Rompo a llorar. Lo sigo.

—James, por favor.

Mis palabras envueltas en llanto lo detienen en seco y se gira despacio.

—Ahora mismo no puedo tenerte cerca, Molly —dice, y en su voz hay algo parecido al desahucio—, y lo peor de todo es que creo que tampoco quiero.

Antes de darme la oportunidad de decir nada más, James reemprende su camino y se pierde pasillo arriba. Yo quiero salir tras él, pedirle que me perdone, pero siento como si me hubiesen robado toda la fuerza, como si ni siquiera mi cuerpo siguiese siendo mío.

No me doy cuenta de que Bentley está avanzando en mi dirección hasta que me toma de la mano, me obliga a girarme y me abraza con fuerza, tratando de consolarme.

—Lo siento —dice acariciándome con dulzura, dejando que lllore sobre su hombro todo lo que necesite llorar—. Lo siento muchísimo.

No sé si está tratando de consolarme por lo de Justin, por lo del bebé o por James. Creo que cualquiera de las tres opciones me vale ahora mismo.

Cuando me calmo, Bentley y Lauren, con muchísima paciencia y ternura, me preguntan si estoy bien, si he ido al médico, si ya se lo he contado a mamá y a Malcom. Mi hermano me confirma lo que ya imaginaba, que ha sido Marisa Borow quien se lo ha contado. Lo cierto es que ni siquiera me sorprende. No es una buena persona.

Bentley me hace prometer que lo mantendré informado de todo y yo le pido que me dé un poco más de tiempo para encontrar el momento adecuado para contárselo a mamá y a Malcom. Le ruego que esté conmigo cuando lo haga y me responde que sí sin un solo resquicio de duda.

Después de más de una hora de viaje desde Glen Cove, llego a la residencia. Bentley no ha querido que me trajese el chófer y lo ha hecho él mismo. Antes de entrar, me da un abrazo enorme y me promete que cuidará de mí. No vuelve a mencionar a James.

Cuando entro en la habitación, las chicas ya están dormidas, pero no puedo más. No quiero mentir más y, sobre todo, no quiero mentirlas a ellas. Las despierto y, sin dejar de llorar, les cuento todo lo que ha pasado desde que descubrí que estaba embarazada hasta esta noche. Las dos pasan por todos los estados de ánimo posibles en una persona: se confunden, se sorprenden, se enfadan, se entristecen y, al final, acaban levantándose y abrazándome. Esa noche dormimos las tres juntas en mi cama. «No pensamos

dejarte sola un solo segundo. Estamos juntas en esto», dice Lizz. «No te preocupes, James aparecerá en la ventana de un momento a otro. Siempre lo hace. Es su modus operandi», añade Ruby. Mi devastado corazoncito se hincha lleno de esperanza.

El sueño me vence a las cuatro de la madrugada con los ojos puestos en la ventana. James no ha venido.

* * *

—¡Arriba! ¡Arriba! —grita Lizz empujándome—. No pienses que vamos a dejarte ahí autocompadeciéndote de tu vida.

Abro los ojos con dificultad. Lizz está sentada en mi cama y Ruby está de pie junto a ella. Las dos están ya vestidas y listas para salir.

—Hoy no vamos a ir a clase —me explica abriendo mucho los ojos. Ruby asiente emocionadísima.

Automáticamente frunzo el ceño. Nosotras nunca nos saltamos las clases, aunque no voy a negar que yo ya pensaba hacerlo esta mañana.

—Vamos a desayunar *cupcakes*, después a ver una reposición de *Bésame, tonto* al Rialto — continúa enumerando cada plan con los dedos de la mano—, haremos un pícnic en Central Park, iremos a patinar al Rock Center y, lo mejor para el final, cena en tu restaurante chino favorito y de primero, segundo y postre pensamos pedir tempura de helado.

Las miro sin poder creerme la suerte que tengo de que estén a mi lado. Me levanto. Cojo algo de ropa y voy hasta nuestro pequeño baño para darme una ducha.

Son las mejores amigas que podría tener y las quiero muchísimo.

Bajamos a desayunar veinte minutos después. Las chicas hacen todo lo posible por hacerme reír y mantenerme entretenida, sacando medio centenar de temas de conversación diferentes.

Sin embargo, a pesar de que me encanta la película que han escogido, camino del cine decido que hay algo que debo hacer primero. No puedo dejar las cosas así con James. Independientemente de que no quiera volver a dirigirme la palabra, cosa que entendería, tengo que explicarle cómo sucedió todo, que no quise mentirle y mucho menos que se enterara como lo hizo.

Estoy completamente convencida de que estará en el almacén trabajando, así que les digo a las chicas que nos veremos directamente en Central Park y cojo un taxi hasta Chinatown.

Cuando empujo la enorme puerta de metal, estoy muerta de ganas de verlo y muerta de miedo al mismo tiempo. Los nervios en la boca de mi estómago son buena prueba de ello.

No tardo en verlo de pie, en el centro de la planta superior, con ocho montones de papeles a sus pies perfectamente ordenados. Sin embargo, tengo la sensación de que esta vez no está mirando ninguno, como si su mente se encontrara a miles de kilómetros de aquí.

—Hola —murmuro.

Mi voz le hace levantar de inmediato la cabeza y buscarme con la mirada, con los ojos más bonitos que veré jamás. Supongo que todas las chicas dicen eso cuando están enamoradas, pero James tiene algo especial, como si cada vez que me mirase fuese la única cosa para él en la faz de la tierra. Hace que me siente deseada y querida y llena.

Sin embargo, él no dice nada y vuelve a clavar su vista en el suelo. Se lleva las manos a las caderas y me doy cuenta de lo increíblemente tenso que está. Todo su cuerpo está al límite.

—Sé que te debo una explicación —empiezo a decir— y quiero dártela. Es lo justo.

James suelta una sonrisa arisca y fugaz ahogada en un furioso suspiro aún más breve.

—¿Lo justo? —repite—. ¿Estás hablando en serio, Molly?

—¿Por qué me dices eso? —repongo sin comprenderlo—. Claro que hablo en serio.

—¡Estás embarazada! —grita, y en sus palabras hay una rabia casi infinita, pero también un dolor casi infinito.

Yo aprieto los labios conteniendo las lágrimas. No quiero volver a llorar.

—¿Qué quieres que te diga? —grito yo también—. ¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo! ¡Siento haber conocido a Justin en París! ¡Siento haberme acostado con él! ¡Siento que no fueras tú!

—¿Y qué quieres que te diga yo? —ruge dando un paso hacia mí—. ¿Que no me importa que estés esperando un crío de otro? ¿Que lo superaremos? Apenas puedo lidiar con la idea de que otro tío te haya puesto las manos encima. ¡Me estoy volviendo loco, joder!

Suena tan desesperado como me siento yo. Contener las lágrimas ahora es una tarea infinitamente más complicada que antes.

—No sé qué decirte. —Mi voz se entrecorta. Tengo demasiado miedo —. No sé cómo arreglar esto, pero... yo te quiero, James. Sé que probablemente es el peor momento para decírtelo, pero tenía que hacerlo, aunque sólo fuera una vez.

James me mantiene la mirada y sus ojos se llenan de un sinfín de emociones, haciendo que su batalla interna se recrudezca hasta casi estrellarse contra el techo. Es un silencio lleno de palabras, de esa idea de que el mundo a nuestro alrededor sobra, pero también hay demasiado dolor y tristeza y rabia y desahucio y decepción.

—Te quiero, Molly —su voz me llena por dentro y por un momento convence a mi corazón de que todo va a ir bien, aunque sepa que no es cierto —, pero no puedo. Ni siquiera sé a dónde va mi maldita vida, no puedo cuidar de un crío.

No está siendo egoísta, ni está huyendo de las responsabilidades. Se está sacrificando por los tres. Lo fácil sería subirse al barco y hacer un sinfín de promesas, pero James no quiere eso para nosotros y sólo puedo quererlo más por ello.

Las lágrimas comienzan a correr por mis mejillas. No quiero que me vea y el único recurso estúpido que se me ocurre es perder mi vista más allá de la barandilla. De reojo, puedo ver cómo James sigue inmóvil, con los ojos clavados en mí. ¿Por qué las cosas han tenido que acabar así? ¿Por qué el destino me ha puesto delante del único chico que querré si no podemos estar juntos?

—Deberíamos darnos un descanso —dice. Yo clavo mi mirada en el suelo al tiempo que asiento—. También del trabajo.

—¿Necesitarás ayuda?

—Me las apañaré.

—Entonces, lo mejor será que me marche.

La conversación se imprime de palabras de cortesía, de tonos forzosamente neutros, pero es obvio que ninguno de los dos se siente así.

Giro sobre mis pies y me dirijo a la escalera.

—Adiós, Molly.

Me freno en seco, me vuelvo, levanto la cabeza. No quiero que el último recuerdo que tenga de mí sea el de una cría asustada.

—Adiós, James.

Y mi corazón se parte en pedazos.

James**Las primeras deportivas que encontré en el suelo de mi habitación esta mañana**

Llevo dos días sin ver a Molly. Sin saber nada de Molly. Conteniéndome para no ir a buscar a Molly. Las cosas ya eran complicadas, pero ahora, joder, ahora parecen una maldita tortura. ¡Está embarazada! ¿Cómo se supone que voy a lidiar con eso? Ya quise ir a partirle la cara al imbécil de Justin por haberla engañado la primera vez que ella fue a verlo. La segunda vez tuve que hacer el esfuerzo más jodidamente grande de mi vida para conformarme con pintar en la fachada de su edificio cuando en realidad lo que quería era subir a darle la paliza de su vida por haberla hecho llorar. No sé cuándo fue el momento exacto en el que me di cuenta de que en realidad tenía tantas ganas de liarme a hostias con él porque estaba celoso, porque ese gilipollas que no la merece la había tocado, la había visto sonreír, la había tenido setenta y dos días entera para él... y ahora ella está embarazada, va a tener un hijo suyo.

¡Dios! Me estoy volviendo loco.

Llaman a la puerta. Sentado en el sofá, me incorporo hacia delante para recuperar mi Budweiser. Sea quien sea, no me interesa. Vuelven a llamar, con más insistencia. Suelto un resoplido, dejo mi cerveza sobre la mesita de centro y voy a regañadientes hasta la entrada.

—Hola —me saluda Lauren con la cara llena de lágrimas al otro lado.

Frunzo el ceño. ¿Qué coño ha pasado?

—¿Qué ocurre?

Ella niega con la cabeza a la vez que se sorbe los mocos.

—¿Puedo pasar? —inquire con la misma cara con que Oliver Twist pedía otro tazón de sopa.

Me hago a un lado con la puerta sin quitarle los ojos de encima. Ella entra con el paso acelerado.

—¿Qué le pasa al maldito universo? —pregunta deteniéndose en el centro de mi salón, alzando las manos con mucha impotencia.

—¿De qué estás hablando?

—De que no es justo —responde veloz—. Yo tenía muy claro lo que quería. Quería a míster perfecto, alguien que fuese bueno para mí, responsable, educado, guapo. Que me quisiese sin un mísero asomo de duda y al que yo pudiera querer de la misma manera. ¡Yo sé que quiero eso! —sentencia enfadadísima de pronto, como si acabara de recordar algo muy concreto que echara por tierra sus propias palabras—. ¿Por qué no puedo tenerlo?

—Míster perfecto —digo haciendo memoria para recordar cómo lo ha llamado—, ¿es alguien concreto?

—No —responde alicaída, dejándose caer en mi tresillo y robándose el botellín de cerveza en el movimiento. Se quita un zapato con otro y sus tacones de diseño, apuesto a que conseguidos en alguna cruenta batalla a muerte en las rebajas de Macy's, hacen un sonido demasiado familiar al estrellarse contra mi parquet—, es una idea, una idea precisa de lo que necesito.

Voy hasta la nevera, cojo otra cerveza y regreso al sofá.

—Quizá ése sea el problema —le digo sentándome a su lado—, lo que necesitamos no es siempre lo que queremos.

Y, si no, mírame a mí.

—¿Molly te hace feliz? —inquire tomándome por sorpresa y la guardia muy baja.

Escondo una mueca de disgusto dándole un sorbo a mi Budweiser.

—Contéstame —me presiona clavándome el índice en el costado.

No quiero hacerlo porque no sé qué contestar.

—No quiero hablar de eso, Lauren —respondo tosco.

Ella pierde su mirada al infinito, sólo unos segundos.

—¿Te acuerdas de la última vez que nos peleamos? —me pregunta.

Vuelvo a fruncir el ceño.

—Nos peleamos ayer jugando al Cluedo. Tú y yo nos peleamos unas doce veces al día.

Lauren me mira mal, exactamente como me miró ayer cuando la descubrí cambiando a la señorita Celeste por el coronel Mostaza como asesina en el sobre de respuestas.

—Me refiero a la última vez que nos peleamos de verdad, dos días después de que volviera de Chicago.

La miro. No necesita decir más. Yo también he pensado muchas veces en aquella noche.

—Hablaste de cuando estábamos en la facultad y nos tumbábamos en tu cama a charlar sobre cómo queríamos que fueran nuestras vidas —continúa.

Le doy un nuevo trago a mi cerveza.

—El trabajo en una multinacional, el chico guapo y los zapatos de Sarah Jessica Parker —añado con una suave sonrisa.

Lauren me devuelve el gesto, pero no le llega a los ojos y gira suavemente la cabeza hasta tenerme de frente.

—¿Qué es lo que he hecho mal, James?

La conozco demasiado bien como para no saber cómo se siente ahora. Está triste, enfadada, confundida, y se siente sola.

Me echo hacia atrás hasta que mi cabeza también descansa en la espalda del tresillo y me giro para mirarla.

—Tú no has hecho nada mal —susurro.

Ella sonrío de nuevo, pero es el clásico gesto de «gracias por animarme, pero no hace falta que me mientas».

—Hablo en serio —afirmo para luchar contra lo que está pensando ahora mismo; su sonrisa se transforma en otra más suave, pero también más auténtica y desde luego mucho más bonita—. Además, hasta donde yo sé, tienes una cantidad casi enfermiza de zapatos.

Su sonrisa, definitivamente, se ensancha.

—¿Y qué hay de ti, James Hannigan?

La miro, pero pienso en Molly, en el festival, en mi padre, en mí. Aquel día me sentía perdido igual que ahora, pero entonces pensaba en Molly y el pecho se me llenaba de calor, como si ella fuera mi luz para volver a casa sin que ninguno de los dos lo supiéramos.

—Ya te he dicho que no quiero hablar de eso —respondo metiéndole un mechón de pelo tras la oreja.

Mi salón se sume en un suave silencio, el mismo silencio que cuando llegábamos de la universidad empapados porque la lluvia nos había sorprendido al salir del metro, el mismo que cuando nos encerrábamos en cualquier habitación en una fiesta en cualquier piso de mala muerte de estudiantes, el mismo que cuando levantaba la cabeza y mis ojos se

encontraban con los suyos en medio de una sala llena de gente. Todo parecía más sencillo entonces. Querer, necesitar, desear, deber, poder, ¿por qué no puede ser igual ahora?

Lauren mueve la cabeza, pero cuando sus labios están a punto de rozar los míos, me aparto.

¿Para qué cometer los mismos errores?

—No puedo —le digo buscando su mirada.

Mi cuerpo se sumerge en una extraña sensación, como si hubiese pillado la gripe, y lo peor es que es algo físico y mental. Le estoy diciendo que no a Lauren, pero es que sé sin asomo de dudas que ella no es lo que quiero.

—¿Por qué? —demanda desvalida.

—Porque no voy a comportarme como un cabrón —le dejo claro.

No voy a aprovecharme de ella.

—Es lo que quiero —responde tratando de sonar segura.

—Crees que es lo que quieres, pero no es verdad.

Lauren se levanta de un salto, dolida, y se dirige hacia la salida. Yo cierro los ojos al tiempo que dejo escapar todo el aire de mis pulmones. Me levanto de prisa, la sigo y la tomo del brazo, obligándola a girarse antes de que llegue a la puerta.

—Lauren, tú no quieres esto y yo no voy a aprovecharme de ti.

Ella se zafa de mi agarre con rabia.

Todo es demasiado raro. Es Lauren. Mi Lauren.

—¿Por qué estás tan seguro de que no es lo que quiero?

Y soy plenamente consciente de por qué lo sé.

—Porque yo no soy Bentley.

Porque tú no eres Molly.

«Porque tú no eres Molly.» Cinco palabras que acaban de poner patas arriba todo mi mundo.

Mi contestación la deja fuera de juego y, sobrepasada, clava su mirada en el suelo. Yo sonrío y doy un paso hacia ella. Ya no duele. Ya no me duele imaginarlos juntos. Ya no me duele renunciar a Lauren. «Porque tú no eres Molly.» Una sola frase puede poner cada cosa en su lugar.

Tomo su cara entre mis manos y la obligo a levantarla suavemente hasta que mis ojos marrones se encuentran con los suyos grises.

—Te quiero muchísimo, Lauren —le digo sin asomo de dudas—, y eres muy importante para mí, pero acostarnos ahora sólo sería la huida hacia atrás

más estúpida de la historia.

Ella contiene un sollozo, recapacitando sobre mis palabras.

—Hacer cualquier cosa contigo es bastante estúpido —responde obligándose a sonreír, pero otra vez tiene la cara llena de lágrimas.

—¿Por qué no vas a decirle esas cosas tan bonitas a Sandford? —bromeo.

Lauren sonrío, casi ríe, pero, tan pronto como lo hace, rompe a llorar de nuevo.

—James, estoy muerta de miedo —confiesa con la voz entrecortada—. Bentley... Bentley me ha hecho más feliz que nunca, pero también... —un sollozo le corta la respiración—... también me destrozó el corazón. Lo quiero —protesta como si lo hiciera en contra de su voluntad—. Lo quiero, pero no sé qué hacer.

Tuerzo el gesto. No sé qué decirle. Siempre he dicho que Bentley es un gilipollas, igual que Ryan, por eso son como hermanos, pero igual que tengo que reconocer que Ryan hace feliz a Maddie, soy consciente de que Bentley está loco por Lauren. Sin embargo, también sé lo que hizo y entiendo que Lauren tenga miedo de volver a pasarlo mal.

—Escúchame —le pido obligándola a mirarme de nuevo—: no tengo ni la más remota idea de cómo, pero va a salir bien.

Ella me observa y asiente justo antes de romper a llorar de nuevo. Le doy un beso en la frente y la abrazo con fuerza.

Nos muevo hasta el sofá y dejo que se desahogue y lllore todo lo que quiera. Más o menos una hora después, se queda dormida sobre mi hombro. La recuesto en el tresillo, la tapo con una manta y voy hasta la cocina.

No soy ningún estúpido. Me doy cuenta de cómo han cambiado las cosas. Si alguien me hubiese dicho hace dos meses que rechazaría a Lauren y después le diría que todo va a arreglarse con Bentley, le habría disparado por idiota. Pero ahora es completamente diferente. Apoyo las dos manos en la isla de la cocina y me inclino ligeramente sobre ella. ¿Por qué me siento así? ¿Por qué no puedo olvidar a Molly? ¿Por qué la echo de menos como un idiota? La echo de menos, joder. Me froto los ojos con las palmas de las manos al tiempo que me giro. ¿Tan malo sería que fuera a verla? Niego con la cabeza. No es una buena idea y tengo demasiado claro por qué. Si la veo,

voy a querer besarla, tocarla, y eso es algo que ya no me puedo permitir. Pero ¿y si Molly está llorando como lo estaba Lauren? ¿Y si lo está pasando mal? ¿Y si me necesita?

Todo mi cuerpo se tensa y, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, cojo mi cazadora y salgo disparado. Lo único que me importa es cuidar de ella.

Detengo el Camaro en el callejón al que da la entrada lateral de la residencia. Me subo al contenedor de basura y tiro de la escalera de incendios. El metal cede con un chirrido y por un momento me quedo colgado de los brazos antes de tomar aire y subir a pulso los dos primeros peldaños. Me siento como en una maldita película de los ochenta.

Al llegar al segundo piso, paso al otro lado del diminuto balcón y me asomo a la ventana de Molly. No tardo más que una décima de segundo en encontrarla, como si mis ojos supiesen exactamente dónde tenían que mirar. Está sola, sentada a su escritorio, dibujando en su iPad. La luz de la lámpara le ilumina la cara y las manos con una cálida suavidad, sumiendo todo lo demás en la oscuridad. Una metáfora perfecta de cómo me siento cada vez que la tengo cerca.

Debería pensarlo, pero no quiero y llamo al cristal con los nudillos. Da un respingo, pero no se asusta y, cuando se gira para mirar hacia la ventana, el amor que veo en sus ojos llena de alivio los míos.

Camina de prisa y empuja con fuerza el bastidor de madera hacia arriba para abrirme.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

Ella asiente y sonrío tímida y, joder, tengo que contenerme para no entrar de un salto y follármela hasta que ninguno de los dos pueda respirar.

—Hola —me saluda cuando me detengo frente a ella.

La barro de arriba abajo con la mirada. Lleva una camiseta y un pantalón de pijama, va descalza, con el pelo recogido en un moño alto del que se le caen demasiados mechones y está jodidamente preciosa.

—¿Qué haces aquí? —inquire, y entonces me doy cuenta de que no le he devuelto el saludo.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

Molly se encoge de hombros.

—He estado mejor —confiesa sincera, pero no lo dice para hacerme daño. Lo hace porque es así, porque entre nosotros es más fácil decir la

verdad que inventar una mentira

Lanzo un juramento entre dientes. Quiero que esté bien siempre. Que sea feliz. Tendría que haber venido antes. Todo esto es por mi culpa.

—¿Qué tal las clases? —pregunto tratando de ahuyentar ese último pensamiento, el mismo que ha hecho que no duerma estas cuatro últimas noches.

—Bien. Pronto tendré los exámenes.

Asiento. Por un momento nos quedamos en silencio y por un momento también mis ojos recorren de nuevo su cuerpo y se detienen en su vientre.

—¿Y el... el bebé? —involuntariamente mi voz se vuelve más dura. Sé que ella lo ha notado.

—Está todo bien.

Quiero besarla. Muevo la mano dispuesto a coger la suya y estrecharla contra mi cuerpo, pero en el último instante la cierro con rabia en un puño. Trato de reordenar mis ideas. Quería saber si estaba bien y ya lo sé. Ahora tengo que marcharme.

—Debo irme —anuncio lacónico.

Doy un paso hacia la ventana dispuesto a largarme, pero antes de que pueda alejarme un mísero paso más, su olor me envuelve, su calor. La echo de menos como un auténtico idiota y soy uno aún mayor por pensar que podría venir aquí, verla y marcharme por donde había venido.

Me giro escuchando a mi cuerpo, a mi maldito corazón, tomo su cara entre mis manos y la beso con fuerza, asaltando su boca, deseándola, sintiéndola, devorándola. Molly gime contra mis labios y con ese sonido una verdad atronadora lo inunda todo: no tengo ninguna oportunidad de escapar de esta chica.

Me separo de ella, pero ni siquiera soy capaz de lidiar con esta mínima distancia y apoyo mi frente en la suya, dejando que nuestros alientos se entremezclen.

—Quédate —me pide.

Quiero decir que sí, lo deseo con todas mis fuerzas, pero no puedo. Pienso en Justin, en ese bebé, pienso en que nunca me he sentido tan perdido, en que nunca ha dolido tanto.

—No puedo —susurro, y el enfado, la confusión, la impotencia, todas y cada una de las emociones que alimentan la batalla interna que me está carcomiendo por dentro, toman mi voz.

Molly asiente y, despacio, como si no quisiese hacerlo, pero hubiese tomado una determinación, se separa de mí. Yo estiro las manos, deslizándolas sobre sus caderas mientras se aleja de mí. Me siento como si se me estuviese escapando entre los dedos. Odio esta maldita situación.

Ella da el paso que nos separa definitivamente y me mantiene la mirada. Es valiente y creo que la quiero aún más por ello.

—Siempre vienes aquí, siempre me besas, me haces pensar que podemos tener una oportunidad y después siempre dices que no puedes y eso no es justo, James.

Tiene razón. Tiene razón, joder, y yo nunca había tenido nada tan claro. Doy un paso hacia ella dispuesto a abrazarla de nuevo, a acercarla a mí de alguna forma, pero ella da un nuevo paso hacia atrás, con sus ojos azules más tristes que nunca sobre los míos.

—Sé que no hice las cosas bien, que no debí mentirte y que tienes todo el derecho a estar enfadado, incluso puedo entender que te marches ahora, pero entonces prefiero que no vuelvas. — Su voz se evapora al final de la frase y siento como si acabasen de darme un puñetazo en el estómago—. Estoy tan enamorada de ti que me duele, pero, si decides volver, tienes que hacerlo como un hombre. Tienes que tenerlo claro. No quiero un crío que esté perdido. —Se lleva las manos al vientre y las lágrimas que tanto se ha esforzado en contener ruedan por sus mejillas—. Creo que ni siquiera puedo permitírmelo.

Yo la miro tratando de lidiar con toda la rabia que siento ahora mismo, pero no estoy enfadado con ella, lo estoy conmigo mismo. Quiero decirle que no me importa nada de lo que ha pasado, que podemos ser felices, pero es que no lo sé. ¡No lo sé, joder! No sé qué demonios quiero, qué demonios necesito. Sería infinitamente más fácil si ella no me importase, si no tuviese esta necesidad casi enfermiza de protegerla.

—No quiero perderte, Molly —susurro, casi rujo lleno de una seguridad atronadora, pero después ocurre que mis labios no quieren seguir con lo que mi mente tenía pensado, o quizá sea mi corazón, que se niega en redondo a que las cosas terminen así, y el «pero no soy el hombre que tú necesitas» se disuelve en mi garganta.

—Pues no me pierdas —sentencia ella con la voz llena de lágrimas.

Ninguno de los dos dice nada más, porque los dos sabemos que no hay nada más que decir.

De vuelta en mi piso, estoy demasiado furioso, demasiado asustado. Lo que dije es verdad. No quiero perderla y no es un estúpido discurso acerca de que no quiero perder nada más. Se trata de que simplemente mi vida es mejor cuando Molly está en ella.

Cojo la botella de whisky y a partir del cuarto vaso dejo de pensar. Termino tumbado en el suelo de mi cuarto, con la música a todo volumen, aunque son las dos de la mañana, imaginándome este mismo apartamento, esta misma cama, con Molly en ella y a su lado una cunita preciosa donde duerme nuestro bebé. En mi realidad alternativa no existe Justin ni los viajes a París ni el apellido Sandford, y, aunque sólo sea mi imaginación, tengo la sensación de que por fin puedo volver a respirar.

James**Unas deportivas azules y marrones de Le Coq Sportif.
Las primeras zapatillas que me compré cuando me
mudé a Manhattan**

Han pasado seis días. Seis días largos y horribles en los que he acabado borracho más veces de las que me gustaría. También he de decir que no he hecho otra cosa que trabajar y pensar, así que supongo que despertarme vestido sobre la cama con una botella de whisky Hennessy vacía en la mesita de noche tampoco está tan mal.

Sin embargo, hoy es diferente.

Mañana se celebra el festival y tengo la sensación de que es una especie de cuenta atrás. Una vez que lo hagamos, se acabó el mirar hacia atrás, cueste lo que cueste.

—Entonces, ¿colgamos el decorado azul en la Quinta y el verde en la 22 Oeste? —pregunta Stu.

Asiento. Molly dejó esbozados unos decorados fantásticos. Me encantaría que pudiera estar aquí para verlos construidos.

Miro los papeles que me tiende Andrea. Tacho algunas líneas y añado otras. Estoy siendo muy exigente y muy meticuloso, pero no me queda otra. A pesar de que hemos sido *trending topic* nacional en Twitter prácticamente todos los días desde que colgamos el anuncio en Times Square, que hemos salido en los principales canales de noticias, incluida la CNN, y que la gente estuvo haciendo cola durante toda la noche frente a las taquillas del Madison Square Garden cuando se lanzó el falso rumor de que el festival se celebraría allí, el ayuntamiento no nos concedió el permiso. Aun así, no nos rendimos y, siendo sinceros, ni siquiera sé por qué; siento como si me hubieran anestesiado, y hemos organizado un festival independiente e ilegal por toda la

ciudad. La idea es sencilla, pero efectiva: a la vez, en diferentes puntos de Manhattan, levantaremos escenarios y en cada uno de ellos habrá una actuación. El propósito: colapsar la ciudad y llenarla de buena música.

—¡Hermanito! —me llama Álex.

Me giro justo a tiempo de verla entrar en el almacén con Lauren y Maddie, que ya está enorme, embarazada de siete meses.

—¿Llegamos tarde? —pregunta Maddie.

Niego con la cabeza.

—Llegáis justo a tiempo.

Las tres sonrían y nos ponemos a trabajar. Puede que me queje todo el día de que son un incordio y que he tenido que cargar con ellas desde el primer día de universidad, pero lo cierto es que no sé qué haría sin ellas. Álex es mi hermana, pero Maddie y Lauren, a pesar de todo lo que ha pasado, o quizá precisamente por todo lo que ha pasado, también son mi familia.

—¿Estás bien, Hannigan? —inquire Maddie con una carpeta abierta en el regazo.

Yo la miro y por un segundo tengo la tentación de decirle cómo me siento, pero desecho la idea y me encojo de hombros como si no entendiese por qué me lo pregunta.

—Claro que estoy bien.

—Pues no lo parece —interviene mi hermana.

Finjo no oírla.

—Disimulas muy mal, Hannigan —continúa Lauren burlona, con la vista clavada en los papeles.

—Chicas —digo llamando la atención de las tres—, estoy bien y esta conversación se acaba aquí, ¿de acuerdo?

—No —responde Álex.

—No —continúa Lauren.

—No —sentencia Maddie.

Rectifico, sí sé qué haría sin ellas: viviría en paz y armonía el resto de mi vida.

—¿Por qué no quieres contarnos lo que te pasa? —contraataca mi hermana.

—Nosotras te lo contamos todo —añade Maddie.

—Sí, hasta lo que no quiero saber —repongo, y automáticamente recuerdo la conversación en la que Álex tuvo a bien explicar cómo era

Charlie en la cama.

Me sacudo de pura aversión y las tres sonrían encantadas.

—Si nos lo contaras —añade Maddie—, podríamos animarte y decirte que no te preocupes, que Molly te quiere.

El sonido de su nombre me pilla por sorpresa y todo mi cuerpo se tensa.

—Maddie —la reprendo—, déjalo estar.

—La embarazada tiene razón —secunda Álex—. Todavía estás a tiempo de arreglarlo.

Suelto un resoplido tratando de contenerme. No quiero hablar de esto, joder.

—Estás siendo muy tozudo.

—Y muy testarudo.

—Tozudo y testarudo es lo mismo —me quejo moviendo sin ton ni son los papeles de la carpeta con la que estaba trabajando.

—Pues entonces es que eres un gran tozudo, testarudo... y un cabezota —añade Maddie con una sonrisilla.

—En serio, hermanito —me llama Álex dando un paso hacia mí—, no dejes escapar a Molly.

Su nombre. Otra vez. No puedo más.

—¿Podemos hablar de cualquier otra cosa, por favor? —protesto casi en un grito, malhumorado, acallándolas al fin—. Estoy dispuesto a escuchar la primera estupidez que se os ocurra.

Durante unos segundos el absoluto silencio del almacén sólo se interrumpe por el suave murmullo de los chicos trabajando en el piso de abajo. Todos nos miramos. Ellas me observan a mí, preocupadas porque esta especie de arrebató que acabo de tener dice mucho más de lo que me hubiera gustado. Yo, porque ellas tienen razón y me cuesta respirar sin Molly.

—Me han ofrecido un puesto en Chicago y estoy pensando en aceptarlo —anuncia Lauren de pronto. Creo que incluso ha cogido aire para soltarlo todo de un tirón.

Ahora todos la miramos a ella. ¿De qué coño está hablando?

—¿Tú siempre tienes que contar las cosas así? —se queja Maddie.

—¿A Chicago? —inquire Álex, incrédula.

—Ryan ha abierto unas oficinas en esa ciudad —explica—. Me ha ofrecido ser subdirectora de departamento. Allí todo está empezando, aprendería muchísimo. Es una gran oportunidad.

—¿En Chicago? —repite mi hermana.

—Sí, en Chicago.

Todos guardamos silencio. Es obvio que ninguno de los tres quiere que se vaya y es obvio también que ella no quiere irse. Sin embargo, tengo la sensación de que cree que es lo que debe hacer y que de alguna manera ya se ha convencido a sí misma.

—No me puedo creer que estés pensando en marcharte —repite Álex, y su voz se tiñe de tristeza y de nostalgia por anticipado.

—No queremos que te vayas —continúa Maddie, a punto de echarse a llorar.

—Chicas —las llama Lauren levantándose a la vez que extiende suavemente las manos hacia delante en señal de calma—, sólo me lo estoy pensando, ¿de acuerdo? Y seguramente diré que no. ¿Qué se me ha perdido a mí en Chicago? —agrega soltando un resoplido.

Álex y Maddie la miran más tranquilas y le devuelven la sonrisa a Lauren, que rápidamente se pone a trabajar de nuevo. Yo la observo un par de segundos, estudiándola. Ella levanta la cabeza, nuestros ojos se encuentran y hay algo en los suyos, en la forma en la que me mira, que me indica que no me he equivocado. Lauren va a marcharse.

Apenas quince minutos después, básicamente por los gimoteos de Maddie acerca del hambre que tiene y lo poco que parece importarme, cojo la cazadora y salgo del almacén para ir en busca de unos cafés y algo de desayunar.

—Espera —oigo que me dicen cuando ya me he alejado.

Me detengo, me giro y, mientras me subo el cuello de la chupa, pues hace un frío de mil demonios para ser mayo, veo cómo Lauren se reúne conmigo con el paso acelerado.

—Te acompaño —comenta sin más.

—¡Una chocolatina y un pretzel gigante! —oímos gritar a Maddie desde el interior del almacén. Los dos sonreímos.

Caminamos en silencio las dos manzanas que nos separan de la calle Mulberry y andamos una más hasta una diminuta tienda de bagels.

—Y una chocolatina... —añado cuando el hombre me entrega la bandeja con nuestros cafés para llevar y la bolsa llena de bagels y pretzels. Lauren lleva el desayuno de los chicos—... Hershey's —especifico.

—Deberías hablar —comenta Lauren.

Frunzo el ceño. Es lo primero que ha dicho desde que me dio el alto en la entrada del almacén.

—¿De qué? —Pago el desayuno y alzo suavemente la mano para indicarle que se quede con la vuelta.

—Ya sabes de qué —responde echando a andar hacia la puerta.

—No, Lauren, no lo sé. —Volvemos a la calle. ¿Por qué hace tantísimo frío? Juraría que va a nevar en cualquier momento—. Y, francamente, me estoy cansando de las conversaciones idiotas que solemos mantener.

—Las conversaciones idiotas son nuestra especialidad.

Sonrío, tiene razón, pero yo la tengo en que son bastante idiotas.

—Además, ésta dejaría de ser idiota en el momento en el que pararas de comportarte como un crío y admitieras lo que te pasa.

—No tengo nada que admitir —refunfuño.

Pero no voy a negar que las palabras «comportarte como un crío» me han recordado a otras muy parecidas: «no quiero un crío que esté perdido». La misma rabia vuelve a colapsar mi cuerpo. Ella tenía razón y yo daría todo lo que tengo por poder correr a buscarla.

—Molly te quiere —suelta Lauren de pronto mientras cruzamos por donde no debemos la calle Canal.

Alcanzo el bordillo de la acera y la miro. Abro la boca dispuesto a decir algo, pero al cabo de un mísero segundo la cierro. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla. ¡Yo también la quiero, joder!, pero hay cosas que sencillamente no pueden ser.

—Es complicado —afirmo.

—No, no es tan complicado, porque tú también la quieres a ella.

—Lauren... —la advierto.

—Y en lugar de estar aquí, paseando por Chinatown, echándola de menos —me interrumpe ignorando por completo su propio nombre— y compadeciéndote de tu vida, deberías ir y decírselo.

—Está embarazada —replico realzando lo obvio.

Está embarazada de otro tío, otro tío que pasó de ella, otro tío que la hizo llorar... como yo. Resoplo tratando de contenerme. ¡Odio esta maldita situación!

—Déjalo estar de una vez, Lauren —rujo acelerando el paso.

Ella cabecea e imprime más velocidad a sus tacones para mantenerme el ritmo.

—Es cierto que es complicado —contraataca—, que es la hermana de Bentley y que sólo tiene diecinueve años, pero la quieres y vas a querer a ese niño porque la quieres a ella y vas a ser feliz porque la quieres a ella.

Me detengo en seco. Me siento como si estuviera luchando contra un condenado huracán, y no lo digo por la metomentodo de Lauren, es por mí, por lo que siento. Claro que la quiero. La quiero más que a mi vida. Estoy enamorado de ella como un maldito idiota.

—Por si no lo has pillado, la frase fundamental de este memorable discurso que te estoy largando —continúa impertinente, señalándose a sí misma con el índice— es que la quieres. Podría ser la hija de Donald Trump y tú la seguirías queriendo. No podemos elegir de quién nos enamoramos.

Sonrío. Tiene razón.

—¿Por eso vas a irte a Chicago?

Igual que sé que yo la tengo.

Lauren se encoje de hombros.

—Es la mejor decisión que podría tomar —responde—. Así que toma tú también tu mejor decisión, James Hannigan.

Vuelvo a sonreír y ella lo hace conmigo.

—Bentley la jodió, pero te quiere muchísimo y tú a él —afirmo.

Se está equivocando. Es cierto que él no hizo las cosas bien, pero es más que obvio que la quiere como un loco.

—Bentley y yo no podemos estar juntos.

—¿Por qué?

—No lo sé —responde encogiéndose de hombros de nuevo—. Supongo que no todas las historias de amor pueden tener finales felices. Soy como la Cenicienta —continúa muy convencida—, pero soltera y con más estilo.

Asiento varias veces sopesando sus palabras, sin levantar los ojos de ella.

—Siempre te he imaginado más como Blancanieves, sólo que en vez de una manzana envenenada mordías un Twinkies.

Ahora la que estudia mis palabras es ella.

—No me veo viviendo en un bosque rodeada de enanitos. Yo soy más de palacio y de súbditos. —De pronto abre mucho los ojos y sonrío de oreja a oreja, como si hubiese descubierto lo mejor de todo—. Me encantan los súbditos.

Sonrío de nuevo, con ella es imposible no hacerlo.

—Voy a echarle de menos, Lauren Stevens.

—Y yo a ti, James Hannigan.

Regresamos al almacén y las palabras de Lauren continúan revoloteando sobre mi cabeza. Aunque lucho e intento concentrarme en el trabajo, al final siempre vuelvo al mismo punto de partida, como si estuviera montado en la jodida rueda de Ixión: echo de menos a Molly, quiero a Molly, quiero cuidar de Molly.

—Jefe —me llama Stu y, por la manera en la que pronuncia esa única palabra, es evidente que no es la primera vez que lo ha hecho—, ¿y qué hacemos con éste?

Me señala uno de los rollos, el que guardé al fondo hace más de tres semanas. Lo coge y lo abre, extendiéndolo sobre el suelo. El verde, el rosa, el amarillo, todos los colores brillan como si los hubiesen inventado justo para este cartel, como si los hubiesen creado para que ella los descubriese. Miro las estrellas desperdigadas en el cielo de Manhattan y la recuerdo en el piso de arriba, sentada, rodeada de rotuladores, dibujando inmersa en cada trazo, canturreando, sonriendo. La recuerdo aquí con las manos y el pelo llenos de pintura, trabajando, entregada a una idea que parecía más grande que ella. La recuerdo con la nariz manchada de verde. Las ganas que tuve de besarla entonces. Las que tengo ahora.

De pronto esas mismas estrellas se acomodan en mi mente y un fognazo de luz ilumina a Molly en el restaurante de la familia de Tao, riendo con un cuenco de sopa entre las manos. Otro la ilumina en mi apartamento, en mi habitación, con mi pijama, temblando suavemente porque estaba demasiado cerca, mirándome con los ojos llenos de deseo. Otro en su habitación de la residencia gimiendo, con su cuerpo arqueado contra el mío. Otro.

Otro.

Otro.

Y uno más, en la terraza del EOHN, diciéndome el número exacto de rascacielos de Manhattan, el día que cambió todo mi mundo para siempre, el día que lo llenó de luz.

Quiero mi luz.

Molly es mi luz.

Molly es lo único que deseo, lo único que necesito, lo único que quiero.

Cojo mi chaqueta y, sin dudarle, salgo disparado del almacén.

—¿Adónde vas? —inquire Maddie saliendo tras de mí.

—¡Cáncélalo todo! —grito sin detenerme.

—¿Qué? —pregunta conmovida—. ¿Tienes idea de lo que estás haciendo?

—Sí —respondo con una sonrisa, caminando de espaldas para poder tenerla de cara—. Ya no estoy perdido.

No lo estoy. Sé exactamente dónde quiero estar.

Molly**Mis Converse All Star blancas. Quería ponerme mis zapatos preferidos**

Me anudo las zapatillas y voy hasta el espejo. Me recojo el pelo en una cola, pero al ver el resultado, vuelvo a soltármelo y me lo peino con los dedos. Resoplo. Estoy triste e incómoda y enfadada. No es el primer día que me siento así; prácticamente, en estas tres últimas semanas, ése ha sido mi estado de ánimo habitual, pero hoy es un poco más difícil. Hoy se celebra el festival y hoy he quedado para comer con mis padres para contarles lo del bebé. Bentley me ha prometido que también estará. Tengo el mejor hermano que podría pedir. Me ha apoyado y me ha ayudado en todo desde que salimos de aquella fiesta en casa de los Hannigan.

¿Cómo estará James? Sé cuánto ha luchado para conseguir que el festival saliese adelante. Logró que toda la ciudad hablara de él, que los medios se hicieran eco del mismo, pero el ayuntamiento no dio su brazo a torcer. Quizá podría llamarlo. Sólo para saber cómo está. Cabeceo triste y de pronto me siento aún más desdichada por el hecho de tener que negarme el hacerlo. Lo echo de menos, muchísimo.

—¿Estás bien, Lisa Simpson? —inquire Paisley. Está sentada en mi cama, con las piernas extendidas a lo largo de ella, trasteando con su móvil.

—Sí —respondo y asiento y sonrío para que me crea.

Ella frunce el ceño. Sabe que le estoy mintiendo, pero decide darme un poco de cuerda.

—¿Dónde has quedado para almorzar con tus padres? —demanda Lizz —. ¿Chinatown?

Niego con la cabeza.

—No me apetecía ir allí. —Otra grandísima mentira y otra vez todas lo sabemos. Es mi barrio preferido de Nueva York, pero no quiero ir allí y tener la posibilidad de cruzarme con James o de ir a buscarlo al almacén—. Hemos quedado en un restaurante del centro, el Of Course. Bentley ha reservado mesa.

El móvil de Ruby comienza a sonar. Ella mira extrañada la pantalla y descuelga con el ceño fruncido, captando la atención de las tres.

—¿Diga? —responde—... Sí... Sí... Hola, mamá —continúa exageradamente alto, saliendo de la habitación y cerrando tras de sí.

Las tres nos miramos entre nosotras. Lizz y Paisley se encogen de hombros o hacen cualquier gesto parecido a un claro, rotundo y silencioso «es Ruby», pero yo me quedo mirando la puerta por la que acaba de salir con el ceño fruncido. Está rarísima desde que la llamaron ayer por teléfono y después no quiso venir a comer con nosotras.

Cojo mi bolso y reviso si lo llevo todo. La puerta se abre y Ruby vuelve a entrar.

—Oye, Molly, ¿cuándo te marchas? —pregunta la propia Ruby, sentándose en mi cama.

—Ya —murmuro mirando cuánta batería le queda a mi móvil antes de meterlo en el bolso.

—Genial —contesta—. ¿Y dónde vas a comer? ¿Chinatown?

—No, vamos al Of Course... —Me giro a punto de señalar a Lizz para indicarle que acaba de preguntármelo y acabo de responder, pero entonces recuerdo lo rara que está y vuelvo a buscarla con la mirada—. ¿Se puede saber qué te pasa? Estás rarísima.

—A mí no me pasa nada —afirma a la defensiva.

Su móvil vuelve a sonar. Ruby mira la pantalla con cara de susto y yo enarco las cejas. Le pasa algo. ¡Está claro!

—¿Te has echado un novio? —pregunta Paisley.

Ruby rompe a reír, nerviosa.

—Sí —contesta y asiente con la cabeza un número desproporcionadamente alto de veces—. Es eso.

Su móvil sigue sonando en su mano.

—¿Y por qué no nos lo has contado? —inquiero yo.

Noah Cyrus continúa cantando *All falls down* desde el *smartphone* de Ruby.

—Porque es... —guarda silencio durante largos segundos y creo que Paisley, Lizz y yo fruncimos el ceño a la vez con la vista fija en ella—... feo —sentencia. ¿A qué ha venido eso? Todas la miramos aún más extrañadas. Ruby vuelve a asentir—, pero yo lo quiero... mucho, ¿sabéis? Lo llevo aquí —concluye señalándose el corazón.

Se levanta y vuelve a salir. Durante un segundo las tres nos quedamos en silencio. Es la explicación más surrealista que me han dado jamás.

—Seguro que es un alumno de intercambio que no habla nuestro idioma —concluye Paisley volviendo a prestarle toda su atención a su teléfono.

Ruby regresa y ahora es el teléfono de Paisley el que suena.

—¿Diga?

—¿De verdad que estás bien? —le pregunto a Ruby cuando se acerca.

—Sí —responde con una sonrisa nerviosa.

—¿En serio? —inquiere Paisley a quien quiera que la haya llamado. Se levanta de un salto y corre hasta la ventana.

Todas la seguimos y nos asomamos. ¿Qué diablos está pasando? Decenas y decenas de chicos y chicas están caminando en dirección sur.

—¿Adónde van? —pregunta Lizz.

—Al festival —responde Paisley.

—¿Qué? —planteo confusa.

No puede ser verdad.

—Sí, ese festival del que todo el mundo hablaba. Se está celebrando hoy, dicen que en Central Park.

Miro a Lizz y Ruby y las tres sonreímos, aunque yo soy la única que lo hace como una auténtica idiota enamorada. ¡Lo ha conseguido! ¡James lo ha conseguido!

—Me estoy perdiendo algo —comenta Paisley, observándonos—. Desembuchad.

Lizz empieza a explicarle todo lo que ha pasado con el festival. Yo regreso a mi cama y cojo mi bolso. Sólo necesito encontrar mi iPad. Me giro decidida hacia mi mesita, pero no está ahí. ¡Qué raro! Juraría que lo dejé ahí anoche. Busco con la mirada sobre mi mesa, en mi balda, debajo de mi cama. Nada.

—Chicas, ¿habéis visto mi tablet?

—Yo no —prácticamente me interrumpe Ruby a mi lado—. ¿No deberías irte ya?

Le echo un vistazo al reloj. Tiene razón. No quiero llegar tarde.

—Hasta luego —me despido.

—Suerte —me desea Lizz.

—Te acompaño —formula Ruby.

La miro confusa.

—Mi novio —dice lacónica, a modo de explicación—. He quedado con él en el centro.

Salimos de la residencia y nos mezclamos con todos los que van en dirección sur. ¡Hay muchísima gente! No puedo dejar de sonreír. Me alegra tantísimo que lo haya logrado...

Conforme más nos acercamos a la boca de metro, más personas se arremolinan en las calles. Empieza a sonar música no muy lejos de aquí. Miro a mi alrededor, confusa. Creía que el festival tenía lugar en Central Park.

—¡Vamos! —anima una chica agitando las manos a ir más de prisa a sus amigas—. Es en Morningside Park ¡y es James Arthur! ¡No me lo puedo creer! —continúa entusiasmada—. ¡James Arthur!

Sonrío. Supongo que Paisley se equivocó de dirección, aunque francamente no es de las que comete ese tipo de errores.

—¿Por qué no nos acercamos a ver el festival? —me propone Ruby.

Niego con la cabeza sin ni siquiera planteármelo. Me muero de ganas de ir, pero no puedo hacerlo por el mismo motivo porque el que rechacé la idea de mi madre de ir a comer a Chinatown: no quiero ni puedo encontrarme con James.

—Mejor no.

—¿Seguro? Es James Arthur.

—Seguro —respondo con una débil sonrisa. Sé que sólo intenta animarme.

—De acuerdo —claudica.

Seguimos caminando y cruzamos la intersección de la 115 con Broadway. Sólo estamos a una manzana de la boca de metro y a dos del festival.

—¿Me prestas un segundo tu móvil? —me pide Ruby—. He olvidado el mío y necesito enviar un whatsapp.

—Claro.

Rebusco en el bolso y le tiendo mi iPhone.

—¿Vas a mandarle un mensaje a tu misterioso novio? —pregunto

socarrona.

Ella asiente. Parece muy inquieta.

—Sí, claro que sí.

Pero, de repente, cogiéndome absolutamente por sorpresa, sale disparada en dirección al festival ¡con mi teléfono!

—¡Ruby! —grito.

—¡Lo siento! —chilla ella, pero no se detiene.

No me queda otra y la persigo calle arriba.

—¡Ruby! ¡¿Qué haces?!

Si me contesta, ni siquiera la oigo. Hemos enfilado la 120 y una nube de gente, una multitud en toda regla, rodea uno de los accesos a Morningside Park, intentando entrar. La música suena más alta y alguien con un megáfono grita que todos se den prisa, que la actuación de James Arthur está a punto de empezar.

—¡Ruby! —me desgañito de nuevo.

Ella se gira, me mira, creo que asegurándose de que la sigo y, sorteando al menos a una veintena de personas, entra en el parque.

—¡Ruby!

Pierdo la cuenta de cuántos «lo siento» digo mientras me cuelo entra la multitud, que se mueve despacio para entrar.

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho! ¡Siete! —grita el chico del megáfono.

Sigo a Ruby. El parque está abarrotado.

—¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres!

Debe de haber miles de personas aquí.

—Ruby —la llamo por enésima vez cuando por fin la alcanzo—. ¿Qué demonios te pasa?

—¡Dos! ¡Uno!

La música empieza a sonar.

Y entonces lo veo.

Molly**Las mismas Converse, pero el suelo bajo mis pies puede que haya desaparecido**

El escenario es de metal, rudimentario pero lo suficientemente elevado como para que pueda verse desde varios metros. Una columna de altavoces se levanta en cada extremo y una hilera más a cada lado del escenario, primero sobre las escaleras de piedra blanca tras él y después extendiéndose sobre el césped.

James Arthur está en el centro del escenario y tras él... tras él está mi decorado, pero no uno de los que pinté antes de marcharme, ni tampoco el cartel para el anuncio en Times Square. Es uno de los diseños de mi iPad, el dibujo que hice sobre la noche que fuimos al concierto en la azotea. Todo es exactamente igual: las luces que pinté mezcladas con los árboles, los músicos sombreados de negro, las notas difuminadas. Todo lleno de colores, de mis colores: el rosa, el amarillo, el verde, el naranja, el azul. ¡Es maravilloso!

—Ruby, por Dios... —murmuro emocionada, conmovida, ilusionada.

La música avanza y distingo la canción sin asomo de dudas. Es *Can I be him?* La misma canción que sonaba en el taxi aquella noche. Es imposible que sea una casualidad. Giro sobre mis pies, mirando a mi alrededor, buscándolo, pero no está.

Todas las personas empiezan a cantar siguiendo la letra, aplaudiendo, disfrutando. Una lágrima rueda por mi mejilla y se pierde en mi sonrisa. No puedo creer que haya hecho algo así por mí, que haya convertido nuestra historia en música.

De pronto caigo en la cuenta de algo.

—¿Cómo consiguió James mi iPad?

Ruby sonrío culpable.

—Me llamó ayer para pedírmelo.

—No hay ningún novio misterioso, ¿verdad?

Mi amiga se encoje de hombros y sonrío de nuevo, y yo no tengo más remedio que devolverle el gesto. ¡Todo esto es precioso! (Y de paso acabo de descubrir por qué la señorita Ruby Teller ha estado tan rara desde ayer.)

Seguimos escuchando la canción. Me pierdo en un millón de recuerdos.

—El festival sigue al sur, en la zona de Two Bridges —oímos a un chico comentar con su amigo delante de nosotras—. Dicen que allí están Zac Efron y Zendaya. ¡Es una pasada!

Ruby y yo nos miramos. Estoy nerviosa, emocionada. No tengo ni la más remota idea de qué debo hacer, pero sí tengo clarísimo lo que quiero.

—Creo que deberíamos ir —dice mi amiga resolviendo todas mis dudas a la vez que me devuelve el teléfono.

Sonrío. Cojo mi móvil y echamos a andar.

—Necesitamos un taxi —la informo, y ahora la que sonrío es ella.

Conseguimos uno con bastante dificultad y mucha suerte, después de habernos alejado un par de manzanas del parque. Todos están intentando pillar uno para llegar a la zona sur. Además, el tráfico comienza a estar un poco congestionado.

No tenemos muy claro qué calle es exactamente, pero tampoco nos hace falta. Sólo tenemos que seguir a los centenares de personas que caminan decididas hacia el puente de Brooklyn. ¡El siguiente concierto será en pleno puente!

Varios chicos y chicas reparten unos tubos negros a todo aquel que quiera cogerlos. Ruby y yo pedimos uno cada una. Cuando preguntamos qué es, sólo obtenemos una sonrisa por respuesta.

—¿Qué será? —inquiero divertida.

—No tengo ni idea— responde Ruby.

Giro el tubo entre mis manos y frunzo el ceño al leer en letras plateadas «Estaba lloviendo». Sin embargo, todas mis dudas acerca de esa frase se resuelven cuando el escenario aparece frente a mí. Zac Efron y Zendaya ya están en él y tras ellos se levanta otro de los diseños de mi diario, ahora el de la noche que nos besamos por primera vez. El azul marino, el gris y el amarillo suavemente difuminado dibujan perfectamente aquel momento, cómo me sentí. La canción empieza a sonar. Es *Rewrite the stars*, aunque algo dentro de mí ya lo sabía. Sólo podía ser un tema que hablara de que el destino puede cambiar tu vida, todo lo que creías tener claro, y hacerte feliz.

Un grupo de chicas, absolutamente encantadas, comienzan a gritar emocionadísimas. Todos bailan, cantan, disfrutan de cada nota. No puedo dejar de sonreír. Cada vez llegan más y más personas. ¡Hay aún más gente que en el parque!

—¡Estaba lloviendo! —grita una chica a través de un megáfono.

Apunta hacia el cielo con el tubo negro que lleva entre las manos, como los que estaban repartiendo, gira la parte trasera y una nube de pequeñas serpentinas plateadas sale disparada. Todos la imitan veloces. Ruby y yo también lo hacemos. Las serpentinas se mezclan con los rayos de sol, con la música, con el reflejo del East River e iluminan el cielo de Manhattan. Es la lluvia más mágica del mundo.

Me pongo de puntillas tratando de buscar a James, pero aquí tampoco soy capaz de encontrarlo.

La canción termina y el público estalla en aplausos.

—La siguiente cita, señoras, señores y señoritas —explica la chica del megáfono—, les espera en Times Square.

El público vuelve a romper en aplausos y vítores. Los cantantes bajan de prisa del escenario y de inmediato una veintena de personas comienza a desmontarlo a la velocidad del rayo.

—Necesitamos otro taxi —comenta Ruby.

Asiento. Corremos hacia Park Row alejándonos un par de manzanas como hicimos antes, pero no funciona. No vemos un solo coche amarillo en toda la calle.

—¡El metro! —grito al recordar que estamos sólo a dos manzanas de la parada de la calle Fulton.

Corremos esquivando a todos los que ya se dirigen, o buscan como hacerlo, a Times Square y accedemos a la estación. Sentadas, no dejo de mirar por la ventanilla frente a mí, la que está a mi espalda.

—No vamos a llegar —pronuncio nerviosa.

Ruby tuerce el gesto y observa la puerta del vagón del conductor, apuesto a que apremiándolo telepáticamente.

Subimos las escaleras de la estación de metro de Times Square con la 42 y echamos a correr. La música ya suena mezclada con los gritos y los aplausos del público. La estatua del dramaturgo George M. Cohan nos da la bienvenida. Los turistas, los neoyorquinos, todos miran embobados el escenario sobre las míticas escaleras rojas en el centro de Times Square.

Selena Gomez canta *I want you to know*, ¡con Zedd! y yo sonrío como una idiota al darme cuenta de que es la canción perfecta para el boceto que tiene detrás: un chico y una chica de espaldas, sentados, observando el mar de rascacielos que se levanta frente a ellos y que en la realidad se mezcla con los maravillosos neones del corazón de Manhattan. Es el dibujo que pinté en mi diario sobre nuestra charla en la azotea del EOHN, sobre la noche que nos conocimos.

—¡Es Selena Gomez! —grita una quinceañera a punto de echarse a llorar.

—¡Es increíble! —chilla Ruby imitándola con una sonrisa.

—Es la noche que nos conocimos —repongo sin poder levantar los ojos del escenario.

Y ésta es la canción perfecta.

Juraría que la alerta de los móviles de todas las personas que disfrutan del festival suena a la vez. Ruby mira el suyo, el que curiosamente había olvidado.

—Tenemos que ir al edificio Chrysler —me informa—. El festival sigue allí.

La cojo de la mano y tiro de ella. No me lo perdería por nada del mundo. Intentamos coger un taxi, el autobús, pero el tráfico ha pasado de difícil a endiablado y los coches sólo avanzan un par de metros antes de volver a pararse y quedarse así varios minutos. La culpa la tiene el propio festival. Todos quieren verlo y los peatones taponan las calles donde se están celebrando los conciertos o inundan las calzadas al trasladarse de una actuación a otra.

—Vayamos a la boca de metro —propone Ruby, dirigiéndonos de vuelta a la 42.

La freno.

—Desde aquí no hay línea directa hasta el Chrysler. Necesitamos cualquier línea de la 4 a la 7, y en esa estación sólo podemos coger la 1, la 2 o la 3.

—¿Y qué hacemos?

No lo pienso. Tiro de ella de nuevo y echo a correr con una sonrisa de oreja a oreja. Mi amiga no protesta y me sigue el ritmo sin dudar.

—¡Sólo son nueve manzanas! —le explico entusiasmada.

Esquivamos a un número casi ridículo de personas, pero cuando

enfilamos la Cuarta Avenida, todo se transforma en una auténtica locura. Los coches están detenidos en mitad de la calzada, incapaces de avanzar un solo metro. La mayoría de los conductores se han rendido y han salido, curiosos. Mientras, miles de personas llenan las aceras y el propio asfalto. Un escenario enorme se levanta en mitad de la calle frente al edificio Chrysler. La policía trata de disipar al público, pero nadie parece hacerles caso. Además, incluso los propios guardias parecen fascinados por el espectáculo.

—¡Pasen y vean, damas y caballeros! —grita a través de los altavoces un chico vestido como el maestro de ceremonias de un circo, subido encima de una de las pocas cabinas que quedan en Manhattan—. ¡Esto es Nueva York!

Sonrío. No podría tener más razón. Algo así sólo podría suceder aquí.

No reconozco los decorados. No es ninguno de mis diseños, pero no me importa porque es aún mejor. Un chico besa a una chica embarazada sobre un fondo de un precioso azul Klein, rodeados de dibujos de estrellas, cintas de casete, unicornios, patines, guitarras eléctricas. ¡Es maravilloso!

El grupo *The moth and the flame* sube al escenario. La gente aplaude y grita emocionada al verlos. Un breve saludo y en seguida empiezan a tocar. Sólo un par de palabras y la letra de la canción me roba por completo la atención. Habla de pisar fuerte, de dar un paso adelante, de desconectarse de lo viejo, de lo que ya no tiene sentido. Habla de luchar porque somos jóvenes y no tenemos miedo. Es la canción *Young & Unafraid*.

Fantaseo con que sea un mensaje de James, como si me estuviera diciendo que ya no está perdido. Me giro buscándolo, pero no hay rastro de él.

El público rompe en gritos y aplausos. Miro el escenario. Disfruto de la letra, de la perfecta sensación de que podemos tener una oportunidad.

Mi móvil empieza a sonar. Miro la pantalla sin ni siquiera estar completamente segura de cómo lo he oído. Es mi madre. Observo el reloj del propio teléfono. Son casi las dos. Llego tardísimo al restaurante.

—Lo siento, mamá —pronuncio a modo de saludo—. Sé que es tarde, pero —me pongo de puntillas para poder mirar a mi alrededor y orientarme respecto a dónde estoy y dónde queda el restaurante—, llegaré en unos minutos.

—Está bien, cariño —responde, y noto que sonrío al otro lado de la línea.

Cuelgo y miro a Ruby.

—Tengo que irme.

No quiero hacerlo, pero no puedo retrasar esta conversación con mi madre y Malcom por más tiempo. Nunca me perdonaría que descubriesen mi embarazo por otra persona.

—Te acompaño al restaurante.

Por suerte, no está muy lejos y, una vez que conseguimos salir del gentío que rodea el escenario del Chrysler, apenas tardamos quince minutos en llegar al Of Course.

—Bueno, será mejor que entre —pronuncio inquieta junto a la puerta.

Por Dios, tengo los nervios metidos en el estómago y apenas puedo respirar. Si no supiera cuáles son los síntomas exactos de un ataque de ansiedad, definidos por el Instituto Nacional de Salud Mental de Estados Unidos, uno de los veintisiete institutos nacionales de la salud fundados en 1887, con sede en Bethesda, Maryland, dependiente del Departamento de Salud y Servicios Humanos del Gobierno Federal, diría que me está dando uno.

—¿Por qué no esperas un segundo? —me pide Ruby cuando ya estoy a punto de dar el primer paso hacia el interior del local—. Hasta que estés más calmada.

Un vendedor ambulante se detiene a nuestro lado y automáticamente llama mi atención. A pesar del frío que hace, lleva una camiseta de manga corta con el archiconocido logo «I love NY». Lleva una bandeja colgada del cuello, como esas con las que las camareras vendían cigarrillos en los cabarets en los años cincuenta, y en ella ofrece diademas de la estatua de la libertad, mecheros, banderines, pulseras... todo tipo de adornos, bisutería y complementos con el mismo logo de su camiseta.

—No creo que eso vaya a pasar —replico mortificada, regresando a la realidad.

Voy a decirles que estoy embarazada, que el padre del niño, al que ni siquiera han conocido, pasa de mí y que, por mucho que lo he intentado, no he conseguido una cura maravillosa para dejar de tener diecinueve años y pasar a tener treinta y dos y un buen trabajo.

Reanudo mi marcha hacia el restaurante. Abro la puerta.

—Vamos —vuelve a pedirme, esta vez tomándome de la mano para frenarme—. No entres aún.

Me giro y frunzo el ceño, confusa. Otra vez está de lo más rara.

—¿Qué pasa? —inquiero.

Ruby me mira. Abre la boca dispuesta a decir algo, pero vuelve a cerrarla. Vuelve a abrirla y vuelve a cerrarla. Finalmente resopla y tira de mí para que nos alejemos unos pasos de la puerta.

—Cuando me llamó, James me preguntó dónde ibas a comer con tus padres. Creo que pensaba venir a hablar contigo.

Me contempla esperanzada, pero yo aparto la mirada. Creo que siquiera imaginar esa posibilidad es demasiado peligroso para mí. James ha organizado todo esto y lo quiero aún más por ello, pero, si quisiera haberme dicho algo, ha tenido cuatro lugares diferentes para hacerlo. No puedo permitirme ilusionarme. No quiero pasarlo mal otra vez.

—Quizá todo esto no ha sido una declaración de amor —trato de explicarme—. Tal vez sólo ha sido la despedida más bonita de la historia. No me ha llamado —continúo, e involuntariamente mi voz se vuelve más triste — y tampoco ha venido a buscarme. Mi historia con él es lo más especial que viviré nunca, pero se ha acabado.

«Se ha acabado.» De pronto esas palabras duelen demasiado. No quiero seguir hablando. Pierdo la vista en mis propios zapatos y me concentro en no llorar.

—Molly... —me llama Ruby tratando de consolarme.

—Tengo que entrar —la interrumpo—. Te veré en la residencia.

Sin esperar respuesta por su parte, entro en el Of Course.

—Sandford —le digo al *maître*.

Él asiente profesional y me hace un gesto para que lo siga. Yo tomo aire antes de hacerlo y repaso mentalmente cómo voy a decir lo que tengo que decir. Esta mañana tenía muy claro las palabras que había elegido, ahora tengo la sensación de que todo ha cambiado.

Me obligo a echar a andar y un par de segundos después llego a la mesa, en mitad del precioso restaurante.

—Hola —saludo forzando una sonrisa.

Bentley sale a mi encuentro y me da un abrazo.

—¿Estás bien? —me pregunta atrapando mis ojos. Tiene el ceño suavemente fruncido. Es obvio que está preocupado.

—Sí. —Asiento para corroborar mi respuesta—. Gracias por venir.

Sé lo difícil que es para él estar con Malcom.

—No tienes nada que agradecer —sentencia sin asomo de dudas—. Haría cualquier cosa por ti, eres mi hermana pequeña.

Trato de sonreír, lo juro, pero estoy demasiado triste como para hacerlo. Bentley parece darse cuenta y me da un beso en la frente.

—Hola, mamá —la saludo acercándome a ella y dándole un beso—. Hola, Malcom —añado, haciendo lo mismo.

Los dos me devuelven los saludos y los besos.

Con los cuatro por fin sentados a la mesa, tengo que tomar aire de nuevo. ¿Por qué parece que alguien me lo está robando? Cielo santo, esto es mucho más difícil y duro y duele mucho más de lo que creía.

—Os he pedido que quedemos a comer —empiezo a decir— porque...

Bentley me mira tratando de infundirme valor. Agacho la cabeza. Doy una larga bocanada. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo.

—Porque tengo que deciros algo...

Tengo que hacerlo.

—Estoy embarazada.

Creo que puedo ver el segundo exacto en el que el color abandona las caras de mis padres.

—¿Qué? —murmura mi madre, absolutamente incrédula.

—Conocí a un chico en París, se llama Justin, y estuvimos juntos. Cuando descubrí que estaba embarazada, se lo dije, pero él pasó de mí.

—¿Cómo que conociste a un chico en París? —repite Malcom.

—Creí que era diferente...

—¿Diferente? —replica mi padrastro y, antes de poder controlarse, golpea con furia la mesa con las palmas de las manos y de inmediato se lleva una de ellas a los labios—. Por Dios...

El elegante restaurante nos presta un segundo de atención, pero acto seguido cada comensal vuelve a su conversación y a su plato.

—Lo siento muchísimo —me disculpo.

—¿Quién es ese Justin? —me interrumpe Malcom con la voz inundada de pura rabia—. Quiero su nombre completo, su dirección, lo quiero todo, porque pienso buscarlo donde quiera que esté y darle una paliza por haberle hecho esto a mi pequeña.

Las palabras de mi padre hacen que Bentley clave sus ojos en él. Lo mira de una manera... distinta.

—Molly —dice mi madre conteniendo las lágrimas. Sin embargo, su

tristeza dura poco o, por lo menos, se entremezcla veloz con un vertiginoso enfado—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿De cómo va a cambiar tu vida?

Mis padres continúan hablando, Bentley trata de tranquilizarlos, de defenderme, y yo ni siquiera soy capaz de mover los labios.

—Ese pequeño ni siquiera tendrá un padre —comenta mi madre, otra vez a punto de echarse a llorar.

Ahora mismo me siento como si no midiese más de dos centímetros, pequeña, culpable, triste, sola, mal.

—El padre de ese niño soy yo.

Su voz hace que los cuatro nos volvamos a la vez hacia él y sencillamente ocurre que la seguridad que siempre he visto dominar cada uno de sus actos se vuelve más fuerte, más grande, más clara. Está donde quiere estar. Haciendo lo único que quiere hacer.

—No tienen que preocuparse por nada, señores Acker —prosigue James—. Voy a cuidar de Molly y del bebé. No pienso separarme de ella jamás.

Desliza su mirada hasta atrapar la mía. Suelta todo el aire de sus pulmones, como si por fin pudiese volver a respirar, y se gira hasta quedar frente a mí. Yo me levanto guiada por la fuerza más poderosa del universo, sin apartar mis ojos de los suyos. Está más guapo que nunca, más atractivo, más inteligente, más listo, más desdeñoso. Más él.

—No quiero que digas nada. Me toca hablar a mí, Monada.

Sonríe, una sonrisa que esconde muchas otras, todo lo que hemos vivido, las risas, los nervios, los besos, y yo no tengo más remedio que devolvérsela.

—Antes creía que Lauren era el amor de mi vida. Daba igual lo complicado que estuviese siendo, incluso lo infeliz que la situación me hiciese. No quería renunciar a ella porque estaba perdido y sentía que era mi ancla, lo único que me quedaba de la vida que quería tener. Y entonces llegaste tú y me hiciste sentir tantas cosas... cosas preciosas, Monada.

Vuelve a sonreír recordando algo en concreto y yo vuelvo a hacerlo con él. No me importa el recuerdo que haya elegido. Ni siquiera el recuerdo concreto que estoy rememorando yo. Todo lo que he vivido con James ha sido maravilloso.

—Pero aceptar que me había enamorado de ti —continúa, y aprieta los labios en una fina línea. Está poniendo en palabras su propia batalla interna—

era como soltar las riendas de una vida que no te gusta, pero por la que no puedes dejar de luchar, para dejarte llevar por lo que nunca pensaste que elegirías, pero que te hace feliz de más maneras de las que pudiste siquiera soñar. Nunca imaginé que acabaría completamente loco por una chica de diecinueve años, por la hermana de Bentley, por una chica embarazada de otro tío, y he estado tres malditas semanas obligándome a no sentirme así, dando por hecho que era la mejor decisión, lo que debía hacer, pero estaba jodidamente equivocado. Estaba perdido y por fin me he encontrado. Me encontré en aquel club cuando te vi por primera vez; tú —pronuncia esas dos letras con fuerza, sintiéndolas, al tiempo que sus manos enmarcan mi rostro — me encontraste y no quiero separarme de ti jamás. Me da igual que sea fácil, complicado o muy complicado, y me da igual no ser el padre biológico. Ese niño es mío porque es tuyo. Te quiero, Molly. Te quiero como nunca he querido a nadie.

Lo miro sin saber qué decir. Sin poder creerme lo que acabo de oír. James ha vuelto a por mí, a por nosotros. Estoy feliz.

—¿Y bien? —inquire demasiado impaciente para poder contenerse—. ¿Qué me dices?

Lo miro por un momento más. Siento sus ojos marrones. Siento el amor.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunto con una sonrisa enorme.

Lo quiero. Lo quiero. Lo quiero. Y me da igual todo lo demás. No podría quererlo más.

Mi gesto se contagia inmediatamente en sus labios y James me dedica la sonrisa más bonita y sincera del mundo.

—El tráfico está imposible —responde inclinándose sobre mí—. Un chalado enamorado ha montado un festival en plena calle.

Y sin que ninguno de los dos deje de sonreír un solo segundo, me da un beso de película. James se separa de mí, pero sólo para volver y continuamos besándonos felices.

—Espera —me pide contra mis labios, conteniéndose con la respiración trabajosa—. Quiero hacer esto bien.

Sonríe, sonrío y, sin liberar mi mirada de la suya, hinca la rodilla en el suelo. Mi madre suelta un gemido ahogado y todo el restaurante enmudece de golpe.

—Todo lo que soy te pertenece y en lo único en lo que puedo pensar es en cada día de mi vida contigo, así que, Molly... —De pronto frunce el ceño

pensativo, como si acabara de caer en la cuenta de algo—. ¿Tienes segundo nombre?

Mi sonrisa se ensancha y asiento con la cabeza.

—Rose.

James me devuelve el gesto.

—Molly Rose Sandford, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —prácticamente lo interrumpo.

El restaurante estalla en aplausos y James y yo nos miramos con todo lo que sentimos hablando por nosotros. Al fin y al cabo, entre los dos, las palabras siempre han sido un añadido.

—Soy un desastre —dice divertido—. Acabo de darme cuenta de que no tengo anillo.

Mira a su alrededor y sus ojos se cruzan con los inmensos ventanales.

—No te muevas, Monada —me pide, y sale disparado.

Un minuto después regresa, camina con la misma decisión hasta mí y toma mi mano. Sin decir nada, me besa con fuerza al tiempo que desliza algo sobre mi dedo anular. Cuando nos separamos, sonrío por enésima vez y, al ver mi anillo, yo también lo hago. Es uno de los que estaba vendiendo aquel hombre en la calle con el logo de «I love NY».

—El anillo de un neoyorquino —comento burlona.

James sonrío una vez más como respuesta.

—El mejor anillo del mundo —sentencio.

—Te quiero, Monada.

—Te quiero.

Molly**No llevas zapatos cuando aún estás en la cama**

Abro los ojos adormilada. Los rayos de sol entran suaves y cálidos por la ventana. Sonrío y me acurruco al otro lado. Estoy en el mejor lugar que podría imaginar y quiero dormir un poco más. Un peso sobre el colchón me distrae. Abro los ojos de nuevo y la sonrisa vuelve a mis labios. James se ha sentado en el borde de la cama para anudarse las zapatillas.

Al darse cuenta de que lo miro, gira la cara y me regala su preciosa sonrisa.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días —respondo estirando los brazos por encima de la cabeza—. Tienes la mejor cama del mundo.

—Y los mejores pijamas —replica apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza, sobre la almohada, e inclinándose sobre mí—. Contéstame a algo —me pide divertido—: ¿alguna vez piensas volver a usar uno de los tuyos?

—No —respondo impertinente y divertida como él, alzando la barbilla y negando con la cabeza.

Tiene razón. Sus pijamas son los mejores y me están enormes, cosa que me vendrá muy bien en un futuro próximo, teniendo en cuenta que ya estoy embarazada de tres meses. Además, son calentitos y, lo más importante, huelen a él.

James asiente sopesando mis palabras.

—En tal caso me veré obligado a guardarlos todos bajo llave.

Yo entorno los ojos ante semejante amenaza.

—¿Dejarías a una pobre embarazada sin pijama?

James asiente de nuevo y se inclina un poco más sobre mí.

—La pobre embarazada puede dormir desnuda —susurra justo antes de besarme.

Sonrío. Sus besos también son los mejores del mundo.

—Eres un desalmado —me quejo.

—Lo sé.

Me besa de nuevo y acalla todas y cada una de mis protestas.

James gruñe contra mis labios. Se separa a regañadientes, pero rápidamente vuelve a besarme.

—Tengo que ir a trabajar —refunfuña.

No podría estar más orgullosa de él. El festival fue todo un acontecimiento y muchas empresas de promoción musical se fijaron en James. Después de una semana sopesando ofertas, pros y contras, se decidió por Spotify, convirtiéndose en el nuevo coordinador de sus sesiones de música en vivo en Nueva York.

De todas formas, en este momento, me olvido de todo, finjo no oírlo y me estrecho contra él. Sin embargo, James se arma de autocontrol y se separa, levantándose también de la cama.

—¿Qué vas a hacer hoy? —inquire alejándose unos pasos para poner distancia entre nosotros.

Me incorporo hasta sentarme en la cama. De inmediato las dos cajas y mi maleta con todo lo que trajimos de la residencia entran en mi campo de visión.

—Creo que voy a colocar mis cosas.

James sonrío satisfecho y coge su cazadora de encima de la silla. Se la pone y se la coloca bien con dos tirones sexys y masculinos de las solapas.

—Quiero dejarlo todo listo antes de irme con Paisley y las chicas.

—¿Por qué siempre dices Paisley y las chicas? ¿Por qué no sólo las chicas?

Lo pienso, pero lo cierto es que no sé qué responder. Creo que todavía no termino de creerme que Paisley Cho, la chica más popular de toda la residencia, sea nuestra amiga.

Opto por encogerme de hombros

—¿A qué hora irás a Glen Cove? —pregunta colocándose bien los puños al tiempo que camina hasta los pies de la cama.

—Después de comer. Malcom mandará un coche a recogernos.

James tuerce el gesto y yo sonrío. Sé exactamente lo que va a decirme.

—No quiero que te vayas —gruñe.

Yo ladeo la cabeza, poniéndole mi mejor mirada de gatito de *Shrek*.

—Es la tradición.

—Esa tradición es un asco.

Me levanto y camino a cuatro patas por la cama hasta arrodillarme frente a él, justo en el borde del colchón.

—Es la tradición —repito—. El novio no puede dormir con la novia la noche antes de la boda.

Y, como cada vez que pronuncio la palabra *boda*, sonrío, casi río. No puedo creerme que vayamos a casarnos. Ya han pasado veinte días desde que me lo pidió en aquel restaurante, el día del festival, y sigo sin poder creérmelo.

James me devuelve el gesto y su enfado parece disiparse. Alza la mano y suavemente me mete un mechón de pelo tras la oreja. Sus dedos se deslizan por mi mejilla hasta que el reverso de ellos llega a mi barbilla y, con toda su seguridad brotando a borbotones, me obliga a levantar la cabeza.

Se inclina despacio sobre mí y me besa, acariciando mis labios fugaz con los suyos, dejándome con ganas de más, torturándome.

—Eres un desalmado —vuelvo a protestar con la voz envuelta en un gemido.

—Me estoy asegurando de que me echas de menos.

Me dedica su espectacular sonrisa como recompensa y se dirige a la puerta de la habitación. ¿Adónde va? No quiero que se vaya. ¡Quiero que vuelva!

—Te quiero, Monada.

—Te quiero —me despido torciendo los labios. Es un desalmado de verdad.

Como si supiese lo que estoy pensando, vuelve a sonreír.

—Descansa —me recuerda— y cuida de nuestro pequeño Liam.

Lo pienso un instante.

—Harry —replico.

James sopesa mi propuesta.

—Jasper —repone.

—Edward.

Sale de la habitación y cierra tras de sí.

—¡Hunter! —grita desde el pasillo.

Sonrí de nuevo. Menos mal que aún nos quedan cuatro meses para ponernos de acuerdo.

No tardo ni cinco minutos en levantarme. Sé que debo descansar, pero, precisamente por eso, ni James ni Charlie me dejaron coger una sola caja y ayer James me obligó a quedarme en el sofá mientras él hacía la cena.

Me remango el pijama hasta las muñecas y salgo de la habitación.

—Buenos días, peque —me saluda Álex.

—Buenos días —respondo.

Voy hasta la encimera y me sirvo un café. Soplo la taza entre mis dos manos y mi aliento se mezcla con el humo y el delicioso aroma del grano tostado. Me acerco hasta la isla de la cocina, donde Álex está sentada revisando unos papeles del trabajo. Acaban de ascenderla. Es una profesional increíble.

—¿Te quedarás aquí esta mañana? —me pregunta.

Asiento.

—Genial —responde con una sonrisa—. Tenía pensado ir a la oficina a entregar estos informes y regresar a eso de las once para empezar a empaquetar mis cosas. ¿Me echas una mano?

—Claro. —Sin embargo, casi en el mismo momento en que acepto, suelto un largo suspiro—. Me da mucha pena que te marches.

Álex se encoje de hombros restándole importancia.

—Como Lauren se ha ido, me ha subarrendado su piso. Eso significa que me mudo al East Village, son algo así como diez manzanas —comenta con una sonrisa.

—Trece —especifico.

Su gesto se ensancha.

—Además, necesitaréis mi habitación para cuando nazca mi sobrinito.

Ahora la que sonrío soy yo. Los Hannigan son maravillosos. Desde el primer momento han aceptado a este bebé como si fuera hijo de James, y no sólo sus padres o Álex, también su hermano Sean, Maddie, Lauren y Charlie. Va a ser el crío más afortunado del planeta.

—Muchas gracias.

He perdido la cuenta de cuántas veces he pronunciado ya esas dos palabras, pero tampoco me canso de hacerlo. Merecen todas y cada una.

Álex observa el reloj en la pared de la cocina y se baja de un salto.

—Tengo que irme —me anuncia apurando su café de un trago, metiendo

todos los documentos que revisaba en sus respectivas carpetas y cogiendo su preciosa rebeca y su bolso del taburete junto al que ocupaba—. Nos vemos a las once.

Asiento de nuevo. Álex se marcha y yo miro a mi alrededor con el café aún entre las manos. Después de que James me pidiese que nos casásemos, vinimos aquí y, con el primer pie que puse de nuevo en este apartamento, me di cuenta de que era el que había imaginado en mi sueño lleno de juguetes de Fisher-Price. En aquel preciso instante comprendí que éste es nuestro hogar. Creo que lo supe también la primera vez que estuve aquí, pero estaba tan nerviosa y tan emocionada que no fui capaz de verlo.

La mañana pasa de prisa y, antes de que me dé cuenta, estoy en Glen Cove con las chicas hablando del día de mi boda. ¡Mi boda!

* * *

En cuanto nos despertamos, a pesar de que ni siquiera ha amanecido, todo se convierte en una auténtica locura. La ceremonia será en el jardín de casa de mis padres y todo está sencillamente magnífico. La pérgola que han montado para la ocasión, las sillas de madera clara, las flores... Me siento como si estuviese viviendo mi propio sueño.

Quiero disfrutar este día con las chicas, así que desayunamos en la habitación mientras escuchamos música, nos duchamos y nos vestimos, ellas de damas de honor y yo con un precioso vestido blanco que Paisley me ayudó a escoger. No tiene grandes vuelos, ni cola, ni encaje. Es sencillo y creo que por eso me enamoró.

A falta de media hora para que dé comienzo la ceremonia, creo poder decir a ciencia cierta que nunca he estado tan nerviosa en toda mi vida. Paisley mandó a Ruby a espiar y media hora después regresó para informarnos de que el novio había llegado y que estaba en otra de las habitaciones del piso de abajo con Charlie, su padrino, Álex, Maddie y Lauren.

—¿Estás lista, cariño? —inquire Malcom entrando en la estancia.

Sonrío y asiento.

Paisley se acerca a mí y me entrega mi ramo de margaritas blancas.

—Espera un momento —me pide, y retoca la corona de flores que ella misma me ha colocado en el pelo —. Lista —sentencia con una sonrisa.

Camino hasta Malcom. No puedo evitarlo y, cuando estoy junto a él, lo abrazo con fuerza. Siento su sonrisa vibrar en su cuerpo y me devuelve el gesto sin dudar.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Perdí a mi padre con cuatro años, pero lo encontré a él.

Las chicas avanzan por el pasillo mientras suena una suave pieza de música clásica. Percibo los flashes de las cámaras, algunos murmullos. Me agarro con fuerza al brazo de Malcom. Las mariposas hacen triples mortales en mi estómago. Sonrío. Otra vez. Creo que llevo veintiún días sin dejar de hacerlo. La marcha nupcial comienza. Empezamos a caminar. Estoy nerviosa. Alzo la cabeza. Veo a James en el altar. Me sonrío.

El mundo a nuestro alrededor se desvanece. Soy feliz.

* * *

Suena *Jessie's girl*, de Rick Springfield; todo un clásico. Ruby, Lizz y Paisley están bailando en el centro de la pista. Malcom lo hace con mamá. Ella rompe a reír por algo que él le dice y yo no puedo evitar sonreír con ella. Maddie se muerde el labio inferior por algo que Ryan le susurra al oído y deja con cuidado a la pequeña Audrey en el carrito que llenamos de flores para decorarlo. No puedo dejar de sorprenderme al pensar que nació el mismo día del festival.

—Hola, mujercita.

Su voz me hace girarme con la sonrisa de nuevo en mis labios. No me culpéis, lleva un traje negro increíble, con una camisa blanca y una delgada corbata también negra. El señor James Hannigan está absolutamente irresistible.

—Hola, maridito —respondo pizpireta.

Me tiende una copa de *champagne* sin alcohol con una fresa dentro y yo lo acepto encantada.

—Es genial que hayan venido todos —digo entusiasmada; incluso Lauren tomó un vuelo desde Chicago esta madrugada para poder llegar a tiempo.

James asiente y da un paso hacia mí.

—Estás preciosa —replica ignorando por completo mis palabras—. Vamos a escabullirnos dentro de la casa.

Aprieto los labios luchando por contener otra sonrisa.

—Estoy tratando de mantener una conversación contigo.

James sonrío.

—Y yo —contraataca—, y la mía es más divertida.

Ya no puedo más y no tengo más remedio que devolverle el gesto.

—¿Qué me estás proponiendo?

James elimina cualquier distancia entre los dos con la mirada fija en el movimiento de sus pies. Abre la boca al tiempo que, seductor, alza la cabeza, pero unos pasos a mi espalda lo distaren. Su mirada cambia.

—Hola, hermanita.

Me giro y, feliz, le doy un beso a Bentley en la mejilla. Para mí, significa mucho y por muchos motivos que él esté hoy aquí.

—La boda ha sido preciosa.

—Muchas gracias —respondo.

James y Bentley se miran y ambos permanecen en silencio, creo que incluso en guardia. Supongo que no debe de ser fácil para ninguno de los dos haberse convertido en familia.

—Enhorabuena, James —dice con voz amable, pero con la misma dureza en sus ojos.

—Gracias, Bentley —responde de igual manera.

Yo quiero intervenir, obligarlos a que se sienten, resuelvan sus diferencias y sean amigos, pero también soy consciente de que Roma no se construyó en un día. Supongo que deben ir poco a poco, paso a paso, y éste es un buen comienzo.

—Ya nos veremos —dice mi hermano dando un paso hacia mí y dejando un beso en mi frente.

Lo observo alejarse hacia la mesa donde están Ryan y los demás, y a mi lado, no necesito mirarlo para saberlo, James también lo hace.

—Quiero que os llevéis bien —murmuro.

Noto cómo suelta todo el aire de sus pulmones.

—Nos llevamos bien.

Me vuelvo para observarlo al tiempo que frunzo el ceño absolutamente confundida por sus palabras. ¿Acaso me he perdido algo de los últimos dos minutos?

James me mantiene la mirada impasible hasta que, tras unos segundos, sin poderse contenerse más, sonrío.

—Tendrías que ver cómo nos llevábamos antes —sentencia, descarado y burlón.

—¿Sabes qué? —respondo contagiada de su humor—, me hago una ligera idea.

James me coge de la mano y, como me advirtió, nos perdemos dentro de la mansión. Camino del piso de arriba roba una botella de *champagne* sin alcohol y dos copas con sus correspondientes fresas dentro.

No sé cómo lo hace, pero, tomando un camino que ni siquiera yo conocía, nos lleva hasta la azotea.

—Uau —murmuro admirada, con la mirada perdida al frente—. Las vistas son fascinantes.

Y no lo digo por decir. Las mansiones de piedra caliza, mármol blanco o colores tierra se esconden entre inmensas arboledas de un espectacular verde. Al fondo, prados enteros de color dorado se alternan con más árboles, con más tonos tierra y verde y, al final, casi pegado con el horizonte, Manhattan se levanta llena de rascacielos.

—Imaginé que te gustaría —comenta sentándose, apoyando las palmas de las manos en el suelo de piedra gris y estirando las piernas hacia delante, cruzando los tobillos—. Alguien me dijo que te chiflan las azoteas.

Me giro hacia él y tuerzo los labios tratando de contener inútilmente una sonrisa. James sí sonrío, sexy y desdeñoso, y me hace un gesto con la cabeza para que me siente a su lado. Obedezco. Él descorcha la botella y sirve dos copas. Por un momento, simplemente contemplamos las vistas envueltos en un cómodo silencio.

—Marvin —dice de pronto.

Entorno los ojos sopesando el nombre, con la mirada fija aún en el cielo de Glen Cove.

—Benjamin.

James niega con la cabeza.

—¿Por qué no lo llamamos como tu padre? —propone.

—Créeme, no te gustaría —digo con una sonrisa insolente en los labios. Él frunce el ceño pidiéndome que me explique sin palabras—. Se llamaba Bentley.

James tuerce los labios en un gesto muy sexy.

—Tienes razón. No me gusta.

—¿Qué tal Maverick?

—¿Como el vaquero? —inquire.

—Brent Maverick en realidad no era un vaquero, ¿sabes? Era un jugador de póquer profesional que a menudo sufría dilemas morales al verse obligado a elegir entre meterse en sus asuntos y ganar mucho dinero o ayudar a alguien que lo necesitaba, y siempre ganaba la segunda opción, porque tenía unos principios muy fuertes.

—Quieres decir que era un tío legal —se burla James.

Yo lo golpeo en el hombro y él sonríe.

—Deja de meterte conmigo —me quejo.

—Cuéntame más cosas de ese Maverick.

Lo miro mal y su sonrisa se ensancha.

—Es un gran nombre —me defiendo— y, ¿sabes qué?, cuando veas a nuestro pequeño, lo sabrás.

Su sonrisa se transforma en una más serena, en una que quiere decir muchísimas cosas y todas preciosas.

—Estoy seguro.

James**Mis Le Coq Sportif blancas. Este gallo y yo somos buenos colegas**

—Me hago pis —dice.

Miro a Molly a punto de echarme a reír. Está embarazada de ocho meses y medio y no puede evitar tener que ir al baño, aproximadamente, cada quince minutos.

—¿Otra vez?

—Sí —responde a la vez que asiente y empieza a dar saltitos, aguantándose las ganas.

—Vamos a esa cafetería —digo señalando un pequeño local al otro lado de la 58 Oeste.

Ella mira a su alrededor y empieza a caminar resuelta.

—No, mejor entremos en el Riley Group —propone, y yo ya me preparo para negarme—. Así podremos darle a Ryan lo que hemos comprado para Audrey.

Por inercia miro la pequeña bolsa de la tienda Converse que llevo en la mano. Estoy convencido de que, a quien más va a gustarle el regalo, es a Maddie.

—Molly —refunfuño.

No tengo ningunas ganas de verle la cara a Ryan.

—Pis —replica girándose para que la tenga de frente, haciéndome un puchero con los labios y poniéndome ojitos.

Pongo los ojos en blanco, divertido, y echo a andar en su dirección al mismo tiempo que ella acelera el paso, prácticamente corre, para llegar al edificio en cuestión. Es urgente que encuentre la manera de conseguir ser inmune a esa mirada.

Atravieso las enormes puertas de cristal justo a tiempo de ver cómo Molly pasa junto al mostrador de seguridad.

—Buenos días, señorita Sandford —la saluda el guardia.

—Ahora es señora Hannigan. Buenos días, Ben —lo corrige ella veloz camino de los baños.

El hombre inmediatamente repara en mí. Yo sigo con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y cara de malas pulgas. Lo saludo arqueando las cejas y él asiente. No me gusta estar aquí.

Cinco minutos después, Molly sale de los lavabos con el paso mucho más relajado. Me sonrío y le devuelvo el gesto. Ya no me importa estar aquí. Esa sonrisa ha merecido la pena.

Está a unos pasos de mí cuando uno de los ascensores se abre. Una nube de ejecutivos sale de él y, tras ellos, Ryan Riley, colocándose bien los gemelos, con el paso decidido y la mandíbula tensa. Me pregunto si este tío se relaja alguna vez.

Alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Está claro que lo que sentimos el uno por el otro es completamente mutuo.

—¡Ryan! —lo llama Molly a su espalda, cuando apenas lo separaban un par de metros de mí.

Él se vuelve.

—Tengo un regalo para Audrey —continúa ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Ryan le devuelve el gesto mucho más tenue y fugaz. Molly sorte a los ejecutivos que se arremolinan junto al mostrador de seguridad y llega hasta nosotros.

—Le van a encantar —le explica a Ryan—. Son unas...

En ese preciso instante, Molly se inclina hacia delante bruscamente a la vez que suelta un grito y se agarra con fuerza al antebrazo de Ryan.

—Monada, ¿qué ocurre? —inquiero volando hasta ella y apartándole el pelo para poder verle la cara.

—Estoy de parto.

Voy a preguntar si está segura, pero no hace falta. Molly rompe aguas en ese momento.

—Tenemos que ir al hospital —digo sonando mucho más sereno de lo que esperaba sonar.

¡El bebé va a nacer!

—Finn está fuera con el Audi —anuncia Ryan.

Asiento y, con cuidado, cada uno tomándola por un brazo, sacamos a Molly del edificio del Riley Enterprises Group ante la atenta y alucinada mirada de la veintena de personas que hay en el vestíbulo.

Molly deja caer la cabeza sobre la tapicería gris. Está asustada. No pasa nada. Es normal que esté asustada. Todo se está adelantando tres semanas.

Me inclino sobre ella y le meto un mechón de pelo tras la oreja, mientras me aprieta la otra mano con fuerza.

—Monada, ¿recuerdas las clases de preparación al parto? —Asiente—. Todo va a salir bien. Sólo tienes que respirar.

Asiente de nuevo muy concentrada en mis ojos. Sonrío. Quiero que esté tranquila. Veloz, empiezo a hacer unas cuentas que no quiero tener que hacer. Está embarazada de treinta y seis semanas. Le faltan cuatro. ¿Qué pasa si el bebé no está bien? ¿Si hay algún problema?

—James —me llama en un murmullo—, estoy asustada.

—No tienes por qué —contesto sin dudar—. Te lo he dicho. Todo va a salir bien.

—¿Estás seguro?

Estoy muerto de miedo, joder.

—Claro que sí.

Le doy un suave beso en los labios.

—Tú sólo respira, ¿vale? —susurro buscando sus fantásticos ojos azules.

Ella asiente y empieza a respirar como le enseñaron.

—Finn, más de prisa —insiste Ryan, al otro lado de Molly, a su chófer.

—Por supuesto, señor Riley —contesta profesional.

Miro por las ventanillas. El tráfico es muy denso. Es uno de esos días en los que hay que coger el metro si quieres llegar puntual a algún sitio en Manhattan.

Molly me aprieta la mano con fuerza. Empieza a hiperventilar. Cierra los ojos. Grita.

—¡Duele! ¡Duele! ¡Duele!

Voy a decirle que no se preocupe, que todo está bien, repetir esa cantinela hasta que se la crea, pero vuelve a retorcerse de dolor y se lleva la mano al vientre.

—¡James! —grita.

—Estoy aquí, Monada —digo acariciándole la cara.

Cierra los ojos. Trata de respirar. Está muy nerviosa.

Ryan y yo nos miramos. Los dos parecemos estar pensando lo mismo. Las contracciones van demasiado rápido. Maldita sea, sólo está embarazada de ocho meses y medio.

—Más de prisa —ruge Ryan a su hombre para todo.

—Por supuesto, señor Riley.

No dice nada más. Sólo da un volantazo y, sin dudar, empieza a avanzar por los carriles en sentido contrario, parcialmente despejados.

Molly vuelve a tener otra contracción. Me aprieta la mano con más fuerza.

—Monada, respira.

—Creo que ya viene —anuncia con cara de susto.

Yo la miro sin poder creer lo que acabo de oír y a la vez, como si nos hubiesen pulsado un maldito resorte, Ryan y yo nos inclinamos para mirar por la luna delantera. El atasco es espeluznante ya en todos los carriles, en todos los sentidos.

—¿Estás segura?

Molly va a decir algo, pero una nueva contracción la atraviesa y sólo es capaz de asentir.

¡¿Qué cojones vamos a hacer?!

—Va a tener el niño aquí —afirma Ryan.

—¿De verdad? —replico irónico—. No me había dado cuenta.

—Haz algo —gruñe con la mirada metálica y, si ahora mismo no estuviera muerto de miedo, me habría intimidado.

Miro a Molly. Tiene los ojos vidriosos y el cuerpo tenso. Está sufriendo. Está asustada. ¡Reacciona, Hannigan! ¡Cuida de ella!

—Tienes que tumbarte —digo.

Ryan me ayuda. Nos movemos acompasados y en cuestión de segundos la cabeza de mi mujer descansa en su regazo. Yo apoyo una rodilla en la tapicería y la tomo por las suyas. Deslizo las manos bajo su vestido de flores y le rompo las bragas.

Trago saliva. Joder. Joder. Joder. Me asomo. Ya se ve la cabeza del bebé.

—¡Finn! ¿Cuánto falta para llegar al puto hospital? —grito.

Necesita estar en el hospital. Muchas cosas pueden salir mal. Necesita

un médico, enfermeras, quizá una incubadora.

—Quedan más de veinte minutos.

—¡Joder! —grito pasándome las dos manos por el pelo. Necesito pensar.

Otra contracción.

—Tienes que hacer algo —ruge Ryan.

—¿Y qué cojones quieres que haga?

Otra contracción. Molly suelta un grito ahogado.

—Tengo que cuidar de ella —murmuro—. Tengo que cuidar de ella — repito, y esa frase se convierte en mi mantra—. Tengo que cuidar de ella. Monada, mírame. —Molly se retuerce de dolor. Ni siquiera me escucha.

Tengo que cuidar de ella.

—¡Mírame! —grito lleno de una atronadora seguridad.

Mi única palabra le hace obedecerme sin dudar. Atrapo su mirada.

—Monada, todo va a salir bien —digo sin asomo de duda—. Nunca permitiría que os pasara algo a ti o a nuestro bebé.

Y nada ha sido nunca tan de verdad.

Sé que ella también lo sabe porque, en mitad de toda esta locura, parece encontrar un momento de paz y asiente despacio.

—Vale —digo volviendo a asomarme—. Cuando tengas una contracción, tienes que empujar.

—Sí —pronuncia entre jadeos.

Un segundo. Dos segundos. Tres segundos. Grita.

—¡Empuja! —le pido.

Molly lo hace. Respira como en las clases. Aprieta la mano de Ryan con fuerza. Él le sostiene la cabeza, acariciándole el pelo con la otra, tratando de calmarla.

Otra contracción. Vuelve a empujar. Tiro suavemente.

—¡Duele! —chilla desesperada.

No sé qué cojones estoy haciendo. Necesita un médico, enfermeras, quizá una incubadora.

—¡James!

Tengo que cuidar de ella.

—¡Empuja! —vuelvo a pedirle.

Tiro. Sale un hombrito. Lo giro. Empuja. Y un llanto maravilloso llena el Audi por completo.

Me quito la cazadora y, rápido, lo envuelvo con ella. Lo miro. Joder, es precioso. Observo a Molly, que nos mira exhausta, pero con una sonrisa satisfecha y de pura felicidad en los labios. Acaba de hacerme el mejor regalo de mi vida.

Estoy tan asustado y tan nervioso que sin quererlo rompo a reír. Molly no tarda en imitarme. Ryan la ayuda a incorporarse, apoyando su espalda contra su pecho, y yo le doy a nuestro bebé. Ella lo acuna entre sus brazos y simplemente lo mira y yo simplemente soy feliz. Es mi hijo.

—¿Y cómo vamos a llamarlo? —pregunta con la voz más dulce del mundo.

—Maverick —respondo sin dudar.

Ella me mira y sonrío.

Tenía razón. Lo he visto y lo he sabido. He sabido cuánto amor encierra la palabra *familia*.

TERCER ACTO

La historia de una divertida oficinista que conoció a un chico llamado Charles y de un divertido tachador de palabras con rotulador rojo que conoció a una chica llamada Bridgitte.

Lauren**Cronología de mi vida**

Nací el 23 de abril de 1989. Ya sabéis, primavera, el Día Internacional del Libro, los cerezos en flor y todo el mundo con una necesidad instintiva de ligar. No sé, siempre he sido de las que piensan que ese tipo de cosas marcan tu vida. Naces en Suecia, en plena ola de frío, y sí o sí vas a ser más recogidito que si tu madre te da a luz en pleno sambódromo, el día grande de los carnavales de Río de Janeiro. Son cosas de sentido común. También es importante el año: 1989. El último año de una década que marcó un antes y un después. En los ochenta los seres humanos fueron capaces de lo mejor, el primer ordenador portátil, y lo peor, las hombreras; lo mejor, Madonna cantando *Like a virgin*, y lo peor, alguien dejó que Madonna saliese así vestida en ese vídeo musical. No sé si me entendéis.

El 14 de febrero de 1996 di mi primer beso, a Carl Romano, en el patio de la escuela de Primaria de Bar Harbor. Después él me pidió que me levantara la falda y yo lo empujé. Fue una relación efímera, pero intensa. 1996 fue un año de relaciones efímeras pero intensas para Bill Clinton y para mí.

El 14 de febrero de 2006, exactamente diez años después, Carl Romano volvió a pedirme que me levantara la falda y yo... acepté. En mi defensa diré que era San Valentín, que él le había robado el Camaro a su padre (como entenderéis más adelante, creo que tengo una fijación por los chicos guapos que conducen esos coches), yo estrenaba mis primeros tacones de marca y Carl Romano tenía todo lo bueno de los italoamericanos: era un descarado y guapísimo hasta decir basta.

Como os imagináis, también tenía todo lo malo de los italoamericanos, y no me refiero a que fumara Lucky Strikes, que, misteriosamente, siempre se habían caído de un camión que conducía su primo; hablo de que era un

maldito descarado y un mujeriego y dos semanas después me lo encontré en la parte de atrás de su Camaro, pidiéndole que se subiera la falda a Susie Meyers. Le lancé uno de mis tacones, unos que mi tía Dina me había traído de Macy's cuando fue a Nueva York, y le dije a Susie que Carl la tenía pequeña. Mentí, pero imagino que durante los quince minutos siguientes le generé dudas.

El 9 de septiembre de 2006 hice mis maletas y las metí en la *pick up* de mi padre. Dejé que mi madre y mis tías me llenaran de besos, me despedí de mi abuela con un abrazo y me marché. Cinco horas después estaba viendo la estatua de la libertad desde la ventanilla del coche y me sentí como los inmigrantes que cruzaron el charco a principios del siglo XX. Nueva York me estaba dando la bienvenida y no hay un lugar mejor.

El 10 de septiembre de 2006, a las nueve de la mañana, estaba saliendo de mi primera clase de mi primer día de la facultad y al alzar la cabeza, allí estaba, el chico más guapo que había visto jamás: James Hannigan. Llevaba unos vaqueros gastados, una camiseta gris, una cazadora de cuero negro y unas deportivas, el pelo revuelto, un cigarrillo en los labios y ese aspecto de James Dean que nunca lo abandonará.

El 10 de septiembre de 2006, a las siete de la tarde, James y yo estábamos en un callejón junto a The Vitamin, el que acabábamos de decidir que sería nuestro pub favorito. Maddie y Álex, a las que también había conocido esa mañana, estaban dentro tratando de convencer al camarero para que les explicara qué llevaba un Martini Royale, bebida que acabábamos de decidir que sería nuestra preferida. Estaba nerviosa, más nerviosa que en toda mi vida, y no era capaz de levantar mi vista de mis primeros tacones de firma (mis zapatos de la suerte). Cuando me armé de valor y lo hice, él me besó y, por Dios, fue el mejor beso que me habían dado jamás. Me temblaron las piernas. Me sentí como en las pelis.

El 15 de septiembre de 2006 nos acostamos por primera vez, siguiendo las instrucciones de la sabia Carrie Bradshaw, en nuestra cita número tres. La sensación de sentirlo tan cerca, de toda la intimidad que rodea al sexo, fue como si, de repente, me emborracharan con el mejor licor, como probar la ambrosía directamente de la boca de Apolo. James sólo había estado con una chica antes que conmigo, pero no importó. Mostró la misma seguridad con la que se enfrentaba a todo, el mismo descaró. Me hizo reír, gemir, gritar, y me

demostró que la inexperiencia no le restaba ningún punto, porque el suyo era un talento natural para el sexo. James Hannigan sabía lo que significa la palabra *follar*.

El 20 de agosto de 2011 estuve una hora paseando de un lado a otro en la acera del edificio de James, comprobando cómo mis *peep toes* de Marc Jacobs resonaban contra el suelo y respirando el aire húmedo y caliente. No quería hacer lo que tenía que hacer, pero al final me obligué a tomar aire, a ser una mujer fuerte como mi abuela me enseñó que debíamos ser y a hacer lo más difícil que había tenido que hacer hasta entonces: despedirme de él. Sin poder dejar de llorar, le expliqué que me habían aceptado para hacer un máster en economía contable aplicada a las grandes empresas en la North Western, en Chicago. Le dije que jamás dejaría de quererlo y me tiré a sus brazos. Estuvimos así casi una hora.

El 31 de marzo de 2013 volví a Nueva York. En el aeropuerto el taxista me preguntó dónde me llevaba. Yo miré mis zapatos de la suerte y sonreí. Sin embargo, cuando iba a pronunciar la dirección de James, me detuve en seco, no sabía nada de él. Rompimos cuando me marché porque ninguno de los dos quería hacerle mantener al otro una relación a distancia, pero ¿y si ahora tenía novia?, ¿y si era una chica espectacular, guapa, inteligente, divertida?, ¿y si la miraba a ella como me miraba a mí? Me dolió tanto esa posibilidad que decidí que necesitaba un poco más de tiempo, volver a acostumbrarme a la ciudad antes de verlo, puede que encontrar un trabajo. Tener anclas a las que sostenerme si James había pasado de mí.

El 5 de abril de 2013 hice una entrevista para trabajar en el Riley Enterprises Group, el grupo empresarial dominante en la costa Este y uno de los más importantes del país. Además, el CEO, Ryan Riley, es lo que se conoce como «un buenorro da veris», un cabronazo mujeriego tan guapo que, si lo miras fijamente mucho tiempo, te quedas ciega, como mirar un eclipse sin gafas de sol u observar el diamante de la vieja de *Titanic* (¡lo tiró al agua! Esa vieja estaba chalada).

El 23 de abril de 2013, el día de mi vigésimo cuarto cumpleaños, me llamaron del Riley Group para ofrecermme un puesto en Contabilidad. Sonreí de oreja a oreja, acepté y tracé un milimétrico plan: mi vestido más bonito, mis Jimmy Choo más altos y el pelo suelto y ondulado en grandes bucles, porque, cuando terminara mi primera jornada de trabajo, iría a buscar a James.

Pero el universo es caprichoso, muy muy caprichoso. Mi primer encargo como contable no fue pasar una lista casi interminable de números al ordenador con la ayuda de un ábaco y una visera verde (ése fue el segundo, sin el ábaco y sin la visera lógicamente, sólo lo he dicho para ganar en dramatismo), fue ir a *Spaces*, una revista que formaba parte del grupo empresarial, y buscar al ayudante del editor para que confirmara unos gastos.

Cuando llegué a la redacción, que para mi sorpresa era el departamento contiguo al de Contabilidad, una chica muy simpática llamada Linda me indicó dónde estaba el despacho del editor. Quedamos para tomarnos un café en la sala de descanso y fui hasta allí. Llamé. Nadie me abrió la puerta. Llamé otra vez y, como nunca se me ha dado muy bien eso de esperar, entré en el mismo momento en el que una puerta que comunicaba las dos oficinas del despacho del editor se abría y lo vi... y creo que la tierra dejó de girar. Alto, guapo, con el pelo moreno, los ojos verdes y la sonrisa preciosa, noble, traviesa; unos vaqueros, unas deportivas ridículamente blancas, una camisa de cuadros remangada hasta los antebrazos. «Hola, ¿puedo ayudarte en algo?», dijo y, al oír su voz, comprendí que ya no tenía opción. Acababa de colarme por Bentley Sandford, el editor jefe de la revista *Spaces*.

Los siguientes días fueron raros. No quería enamorarme de alguien del trabajo, no era profesional, pero al mismo tiempo trataba de averiguar dónde estaría, si acudiríamos a las mismas reuniones... y después me juraba a mí misma que lo hacía por cualquier motivo estúpido en vez de por el obvio. Además, seguía pensando en James. Atrapada entre dos chicos guapísimos sin estar con ninguno de los dos. En aquel momento pensaba que eso era lo peor que podía pasarme. ¡Ja! Qué ingenuas podemos llegar a ser.

El 9 de julio de 2013 entré en el despacho del editor, juro que obligada por mi jefe, Malcom Miller, y sonreí porque comprendí que no sólo sería un buen día, sería una buena semana, un buen mes, un buen año, todos los años buenos a partir de aquél. Acaba de reencontrarme con Maddie Parker, una de mis dos mejores amigas.

El 18 de julio de 2013, a las cinco y media, Bentley pulsó el botón de parada del ascensor y me acorraló entre la pared y su cuerpo y me dijo que saliésemos a tomar algo. Fue muy masculino y al mismo tiempo muy natural. Sentí que estaba donde quería estar y, sobre todo, me di cuenta de que, bajo

esa fachada de niño bueno, se escondía alguien mucho más sexy. Nunca había estado tan excitada, con la respiración tan acelerada, con tantas mariposas en el estómago.

El 18 de julio de 2013, a la una de la madrugada, Bentley se inclinó sobre mí en la puerta de mi apartamento, dejó que su cálido aliento impregnara el mío, que sus labios casi rozaran los míos, que lo deseara como no había deseado nada en veinticuatro años, y se marchó, demostrándome que, además de ser guapísimo, inteligente y oler de vicio, Bentley Sandford era un exquisito provocador.

El 18 de julio de 2013, a las tres y media de la madrugada, después de una hora y veinte minutos en la cama sin poder dormir y con el corazón acelerado cada vez que pensaba en Bentley, caí en la cuenta de que era una chica sureña. Somos fuertes y no nos amilanamos por un hombre, por muy bien que huela.

El 19 de julio de 2013, desde las nueve hasta las diez y media de la mañana, estuve rondando los ascensores hasta que él se montó en uno. Al ver que estábamos solos en el cubículo perfectamente iluminado, sonrió sexy y lobuno, pero esta vez la que pulsó el botón de parada fui yo. Lo miré de arriba abajo, mordiéndome el índice absolutamente a propósito, siendo sexy, sensual, todas las cosas que había aprendido que te dan poder. Sin decir una sola palabra, reanudé la marcha del ascensor y pulse la planta quince; ahora podría decir que lo hice porque sabía que, al estar de obras por remodelación, estaría vacía, pero la verdad es que fue el primer botón que alcanzaron mis dedos temblorosos; el tío estaba aún más guapo que la noche anterior, el muy maldito. Me quedé de pie, de cara a las puertas, sin volver a mirarlo, emanando seguridad. Al abrirse, me marché dejando que el sonido de mis únicos Manolos me hiciera ganar más confianza a cada zancada y, cuando ya había salido del cubículo, lo miré por encima del hombro y dije «no eres tanto como te crees, muñeco». Sólo tuve que imaginarme lo que Ava Gardner le habría dicho a Frank Sinatra en una de sus peleas en el Copacabana.

Bentley, que estaba apoyado en la pared del ascensor, cruzó la distancia que nos separaba ágil como una bestia en busca de su presa, me agarró de la cintura, me obligó a girarme sin ninguna delicadeza y me besó. ¿Y sabéis qué pasó? Que consiguió que levantara el pie como Ava Gardner cada vez que Frank Sinatra la besaba.

El 19 de julio de 2013, a las diez y treinta y cuatro de la mañana, me

enamoré de Bentley Sandford.

El 20 de julio de 2013, me acosté con Bentley por primera vez. Traté de seguir la inquebrantable norma de las tres citas de Carrie Bradshaw, pero fue imposible. Quedamos en que vendría a buscarme a mi casa. Llegó puntual y yo aún no estaba lista, bueno, es casi una ley no escrita, ¿no? Abrí con mis Louboutin en la mano y, nada más hacerlo, él, que estaba guapísimo con un traje negro y una camisa blanca sin corbata y los primeros botones del cuello desabrochados, con el hombro apoyado en la pared junto a la puerta, alzó la mano y de su índice colgaba un llavero de «I love NY». «Al verlo, me acordé de ti.» Y ya sé que era una baratija, pero no estamos hablando de cosas materiales, ni siquiera de la intención, era algo más, cuando de repente un momento es perfecto: mi chico, mi ciudad, y no lo dude. Me lancé a sus brazos y él me besó con fuerza.

No salimos de la cama en dos días. Gemimos (mucho) y nos reímos (aún más). Comimos comida china mientras veíamos una peli en blanco y negro y me dormí sobre su pecho.

El 20 de julio de 2013, a una hora sin concretar, me enamoré de Bentley Sandford de verdad.

Las siguientes semanas fueron maravillosas, como de cuento. Volví a ver a James, pero lo que sentía por Bentley era tan grande que no tuve dudas.

El 30 de agosto de 2013 el príncipe olvidó que la princesa lo quería sobre todas las cosas.

El 16 de septiembre de 2013, el príncipe se comportó como un cabrón y la princesa tuvo que empaquetar sus zapatitos de cristal, meter todos sus trapos en la carroza en forma de calabaza y volver al East Village.

El 24 de septiembre de 2013 decidí ir al cine sola, básicamente porque estaba cansada de llorar por Bentley en mi casa. Además, mi vecina no me comprendía y no dejaba de escuchar a Calvin Harris a todo volumen y era complicado mantener la pena en semejantes circunstancias, cosa que, sin embargo, no me costó tanto trabajo cuando rompí a llorar en la cola para comprar palomitas. El hilo musical era Christina Perri, todo jugó en mi contra. ¿Y recordáis eso de que el universo es caprichoso, muy muy caprichoso? ¿Sabéis quién estaba allí dispuesto a ofrecerme un pañuelo de papel? Efectivamente, James, quien, aunque le dije que estaba bien, pasó de ir

con su cita, una chica altísima, guapísima y pelirrojísima, a ver una peli sueca con subtítulos, porque «mi amiga no lo está pasando bien», y entró a ver conmigo la última de Ben Stiller.

El 2 de octubre de 2013 por la mañana, en el parque Jefferson, mientras paseábamos a *Lucky*, un cachorro de labrador que en realidad no era de ninguno de los dos, empecé a confundir las cosas y dejé que James me besara, que me hiciera sentir como hacía que me sintiera antes.

El 2 de octubre de 2013, mientras veía «Saturday Night Live» en mi apartamento, llamaron a mi puerta. Abrí sin imaginar quién podía ser y las manos de Bentley rodearon mi cintura y sus perfectos labios se estrellaron contra los míos mientras no paraba de susurrar «Joder, Rubia, te echo tanto de menos... He sido un imbécil».

Y ese día debió de ser uno de esos en que las constelaciones están en la casa de quien no deben, porque mi vida, de pronto, se convirtió en el lío sentimental más grande jamás contado. No era capaz de escoger entre James y Bentley. Ellos tampoco me daban tiempo para pensar y yo quería pensar, quería tomar la mejor decisión, protegerme, lo que una chica lista debe hacer; pero es imposible ser una chica lista cuando los dos únicos hombres que han conseguido que te tiemblen las rodillas te miran como ellos me miraban a mí.

Como no era capaz de elegir, como cada vez los necesitaba más, como los quería a los dos, tomé la única salida que le quedaba a la chica lista: rompí con ambos y huí. Al principio iba a ser una huida camuflada en un rescate a mi mejor amiga, pues iba a marcharme con Maddie a Boston porque era más que obvio que Ryan y ella necesitaban darse un respiro, pero el muy cabronazo se sacó el as bajo la manga más romántico que he visto nunca. Me parafraseo: es un cabronazo superromántico. Reconquistó a Maddie y mis planes de huir se desvanecieron. Sólo me quedó aceptar la oferta de mi jefe, el señor Miller, y hacer un viaje de trabajo a Chicago.

Cincuenta y siete días. Absolutamente insuficiente.

El 23 de diciembre de 2013, tan sólo dos días después mi regreso, me marché a Bar Harbor a pasar la Navidad con mi familia, un claro encubrimiento de «no quiero pasar estas fiestas tan emotivas en Nueva York, porque no tengo ni la más remota idea de qué hacer con mi vida sentimental».

El 2 de enero de 2014, cuando estaba maldiciendo el tener que regresar sin una respuesta, el señor Miller volvió a salvarme ofreciéndome un nuevo viaje a Chicago. El marrón laboral era aún más considerable, reuniones más

horribles, más papeleo, el tedio (con voz de ultratumba y alargando las vocales), pero acepté y del diminuto aeropuerto del condado de Hancock volé, escala incluida, al internacional O'Hare en Chicago.

Sesenta y ocho días. Seguían siendo insuficientes.

El 14 de marzo de 2014, después de tres huidas y ciento treinta y nueve días, regresé a Nueva York y volví a encontrarme con James y con Bentley después de que rompiéramos, de que no me marchara a Boston y de que, sin decir nada, me largara a Chicago (dos veces). James ni siquiera soportó tenerme cerca. Bentley me dijo que era una cría que pensaba que tenía muy claro lo que quería, pero que en el fondo no tenía ni idea. Una bofetada sin manos en toda regla.

El 17 de marzo de 2014 acababan de ascenderme en el trabajo (ejecutiva júnior, *oh, yeah*). Me armé de valor y le dije a Bentley que, por salud mental, debíamos intentar mantener la cordialidad en la oficina; al fin y al cabo, trabajamos en departamentos contiguos. Y él dijo que... sí. Que sí, así sin dudar. Lo había superado y yo nunca había estado tan triste.

Por la tarde le dije a James que, por salud mental, debíamos intentar mantener la cordialidad en nuestra vida social; al fin y al cabo, compartíamos a su hermana y a Maddie y la custodia de nuestro pub favorito. Y él dijo que... no. Y cometimos el peligroso error de recordar lo que teníamos y nos acostamos. Los dos nos dimos cuenta de que eso era lo último que necesitábamos.

Ése fue el primer día que mis zapatos de la suerte no funcionaron.

He dicho «cronología de mi vida» y, como habéis podido comprobar, en realidad, es una historia de chicos guapos y un montón de zapatos... y aún queda lo mejor.

Lauren**Tacones de aguja grises de Carolina Herrera, sobrios y profesionales (¡y preciosos!)**

Era 14 de abril de 2014. Llevaba casi un mes en mi nuevo puesto como ejecutiva júnior, estudiando los presupuestos que pasaban el filtro de Producción para comprobar si eran económicamente viables y aprobarlos definitivamente o no.

—No. No. No —me reiteré cruzándome de brazos al tiempo que negaba con la cabeza—. Ese presupuesto es inviable —sentenció frente a Mark Crotinsky.

Ésta se había convertido en la nueva tónica de mi vida laboral: negar los sueños de la gente. No voy a ocultar que tenía su punto divertido, pero es que la gente proponía unas cosas... básicamente me estaban diciendo «ven aquí y machaca todas mis esperanzas con esos zapatos de tacón de aguja». Algo así como un sado emocional.

Mark Crotinsky era un buen ejemplo. Pretendía que el Riley Group le subvencionase un viaje a Cabo San Lucas para investigar nuevos materiales biodegradables, que, casualmente, coincidía con el concierto que Calvin Harris daba allí en tres fines de semana.

—Producción dijo que hablara contigo, que tú te encargarías —contraatacó.

—Porque soy quien aprueba los presupuestos —siempre que el señor Matel y el señor Miller diesen su visto bueno, pero ése era un ínfimo detalle que me restaba poder y que él no tenía por qué saber—, y éste, créeme, no voy a aprobarlo —concluí tendiéndole los papeles que pretendía que firmase.

—No es justo.

—Escúchame bien, Mark Crotinsky —repliqué levantándome, con mi mejor voz de maestra de escuela mezclada con el tono que el señor Miller usaba cuando me reprendía por haber llamado a un servicio de gigolós desde el teléfono de mi mesa.

—Es Crodowsky —me corrigió cruzándose de brazos él y casi poniendo los ojos en blanco.

—Eso es —continué sin cambiar el tono, como si cambiarle el apellido hubiese sido algo completamente premeditado—. Si hay alguien que va a irse al concierto de Calvin Harris en Cabo San Lucas, ésa soy yo.

Él me miró indignadísimo y se levantó de golpe, fingiendo que no acababa de pillarlo. Me arrebató los papeles que le tendía de malas formas y echó a andar lejos de mi cubículo.

—Eres peor que Matel, Stevens —me provocó cuando ya se había alejado varios metros.

Yo, que acababa de apoyar el culo en la silla, me levanté de nuevo de un respingo, como si el asiento estuviera lleno de chinchetas al rojo vivo.

—Y tú eres lo peor —repuse haciendo hincapié en la última palabra—, Crotin... Croton... Crotow... El que lleva la camisa más fea de este hemisferio —sentencié desesperada al ser incapaz de recordar su apellido.

Él se volvió ofendidísimo y yo le mantuve la mirada con los labios fruncidos. Finalmente giró de nuevo sobre sus pies y se marchó camino de los ascensores. Chúpate esa, Crodowsky.

—¡Crodowsky! —grité triunfal, estirando los brazos por haberlo recordado.

Me dejé caer en mi silla y suspiré hondo. ¿He mencionado que ya llevaba casi un mes así? Debería estar feliz en mi nuevo puesto, pero en lugar de eso me sentía... extraña. Creo que todo tenía un poco que ver con lo personal, o con que me hubiese enganchado a un *reality* que buscaba al mejor herrero, todo puede ser. James y yo nos acostamos el mismo día que se suponía que teníamos que dejar claro que lo mejor para los dos era que nuestra historia terminara definitivamente. Reconozco que no fue muy inteligente, pero también creo que los dos estábamos demasiado tristes y confusos por otras cosas. No había vuelto a pasar y poco a poco, muy poco a poco, estábamos recuperando la normalidad de estar juntos en la misma habitación y con la ropa puesta.

Con Bentley la historia era completamente diferente, aunque esa frase

también debía clasificarla con un «creo». Todavía no tenía claro que hubiese asimilado que él ya lo hubiese superado y, verlo todos los días pasando de mí con una naturalidad pasmosa, no ayudaba en lo más mínimo.

—Stevens, esto es para ti —dijo mi vecino de cubículo, pasándome un dossier por encima del pequeño muro que nos separaba y cuyo lado que me pertenecía había decorado con una veintena de fotos de islas paradisíacas llenas de palmeras, hamacas y cócteles.

Fruncí el ceño y cogí la carpeta. Sobre ella había un pòsit con una nota manuscrita: «Ahora es tu problema».

—¿Quién lo ha enviado? —inquirí.

—Producción —respondieron al otro lado de la micropared de pladur.

Abrí la carpeta sin darle más vueltas y automáticamente entré en estado de indignación máxima laboral. Era un presupuesto para la revista *Spaces* ¡absolutamente desorbitado!

Me levanté de un salto y me dirigí al departamento de Producción, más en concreto al despacho de Stan Matel.

—¿Qué quieres, Stevens? —demandó malhumorado al verme llegar.

Acto seguido, sacó dos pastillas de un blíster de antiácidos y se las tragó sin agua.

—Tengo un problema con uno de los presupuestos, señor Matel.

—¿Sabes que tu puesto se ha creado precisamente para que yo no tenga que ocuparme de esos *problemas*? —replicó haciendo un arisco hincapié en esa palabra.

—Es un presupuesto completamente inviable y está aprobado por Producción —me quejé.

Sabía perfectamente para lo que se creó el puesto que ocupaba, pero si él se dedicaba a dar luz verde a presupuestos que, francamente, eran una desfachatez sólo por ahorrarse aguantar a quien los proponía, ¿cómo pretendía que hiciese mi trabajo?

—¿De qué departamento es? —preguntó, y en su tonillo condescendiente podía leerse con claridad que pensaba que estaba haciéndome un favor al dedicarme dos minutos de su tiempo.

—La revista *Spaces*.

En cuanto oyó el nombre, Matel sonrió con malicia.

—Buena suerte con eso, Stevens.

Lo miré sin comprender nada.

—La revista tiene una especie de carta blanca en cuanto a presupuestos.

—¿Carta blanca? ¿Cómo se supone que voy a explicar ese concepto en los gastos? No puedo trabajar así.

—Sandford no se ha ajustado a un presupuesto ni una sola vez —me certificó— y, como te dejé escrito en la nota que acompaña a esa carpeta, ahora ése es tu problema.

—Pero...

—No me interesa, Stevens —sentenció.

Apreté los labios y lo fulminé con la mirada.

—Te odio, monstruo de los Fraggles —murmuré para mí.

Salí de su despacho enfadadísima. ¡No quería tener que ver a Bentley! Sin embargo, si Matel o Miller pensaban que iba a rendirme y a dejarlo estar sólo porque se tratase de *Spaces*, estaban muy equivocados. Esos presupuestos eran mi responsabilidad y no pensaba dejar que se malgastase un solo centavo de la empresa.

Entré decidida en su oficina. Saludé a Maddie con un rápido «hola» y fui hasta su despacho. Mi amiga se levantó dispuesta a frenarme, pero no me inmuté. Era una mujer con una misión.

—No voy a aprobarlo —le dejé clarísimo a Bentley, haciendo caer la carpeta con los multimencionados presupuestos en el centro de su mesa.

—¿A qué te refieres? —preguntó con ese tono de voz baja bragas.

¡Cómo engaña, el muy maldito! Cualquier mujer de mediana edad que lo ve piensa «es el yerno perfecto», pero es como el lobo con piel de cordero y, en concreto, bajo esa suave piel de corderito, hay un sinvergüenza que tiene demasiado claro lo que provoca en las féminas y sabe cómo utilizarlo a la perfección en su favor.

—Lo sabes de sobra —contraataqué cruzándome de brazos—. Ese presupuesto es, cuando menos, poco razonable, y Stan Matel está de acuerdo conmigo.

—Matel le robaría el chocolate al niño de *Los Goonies* —replicó concentrado en el artículo que corregía.

Una sonrisa se escapó de mis labios y, sin quererlo, recordé todas las veces en las que estábamos en su cama, enredados en las sábanas después de una sesión de sexo alucinante, comiendo comida china de mi restaurante favorito y viendo a Letterman en la tele, riendo sin parar con las bromas del

presentador y con las que Bentley hacía, siempre mal susurradas, como si fueran un secreto pervertido que estás deseando saber... Mmm, mala línea de pensamientos, chica.

—Bentley, no estás siendo sensato —me reconduje a mí misma—. Pretendes que enviemos a un redactor a Macao para estudiar su arquitectura.

—Macao es una de las ciudades más importantes de un país en pleno auge arquitectónico. Tendremos uno de los artículos más interesante del último año y probablemente de cualquier publicación.

—Que se documente y escriba el artículo desde aquí —respondí ofreciéndole una alternativa mucho más viable y sensata.

Bentley sonrió, todavía sin posar sus ojos en mí; un gesto sexy que concentró el pulso de mis latidos en un lugar muy concreto de mi anatomía. Se acarició el labio inferior con los dedos, sólo un segundo, llamando poderosamente mi atención sobre ese lugar en concreto de la suya.

—Las cosas hay que vivirlas en primera persona —pronunció casi en un susurro, con la voz ronca, como si estuviese contándome el mejor secreto del mundo—, experimentarlas, sentir las, tocarlas, señorita Stevens.

Su perfecta boca derritió mi apellido y las piernas me flaquearon. En aquel momento en lo único en lo que podía pensar era en que me experimentase, me sintiese, me tocase a mí. Sin embargo, él continuó leyendo, en silencio, ignorándome. Cogió un rotulador rojo abandonado sobre la mesa sin ni siquiera tener que buscarlo con la mirada y tachó tres líneas seguidas. ¿En serio? Estábamos discutiendo. Estaba en su despacho. ¿Cómo podía estar pasando de mí de semejante manera? Miré mi ropa. Llevaba una falda lápiz en un tono marfil que marcaba elegantemente mi trasero, con una abertura a lo secretaria traviesa en el bajo de atrás y una blusa blanca. Miré mi escote y me desabroché un botón más. Entonces, lo observé a él como si estudiara algún animal de laboratorio esperando su reacción. ¿Nada? ¿De verdad? Seguía enfrascado en su lectura. Me llevé la mano a la cadera y balanceé la cintura como quien no quiere la cosa, con la mirada fingidamente perdida en el techo, aunque no tardé en bajarla para comprobar que... no había surtido ningún efecto. ¡¿En serio?! Apoyé las palmas de las manos en su mesa y me incliné hacia delante. Si alguna vez ese plan tuvo algo de sutileza, acababa de asesinarla y guardar el cadáver en el congelador. Incluso se me veía mínimamente el borde de encaje del

sujetador. Solté un profundo suspiro absolutamente a propósito. «Mírame, maldito cabronazo.» Otro más, tirando más al gemido y menos al sentido común. «¡Mírame!»

—¿Qué haces? —preguntó Maddie conteniendo un ataque de risa en toda regla cuando entró en la estancia.

¡Por Dios, estaba prácticamente tumbada en su mesa!

Bentley por fin levantó la mirada de sus papeles al tiempo que yo me incorporaba de un salto.

—Piénsatelo mejor y envíame una copia con el presupuesto rehecho— sentencié malhumorada.

Necesitaba urgentemente salir de allí, porque... sí, porque, si alguien lo había superado, era yo. Tenía nuestra relación enterrada y olvidada.

Giré sobre mis botines, me despedí de Maddie con una frase mal murmurada y regresé a mi despacho.

Continué trabajando y, poco antes de la hora del almuerzo, Maddie se acercó a mi cubículo a punto de echarse a reír, con una carpeta en las manos. Si osaba rememorar algo de lo que había pasado, tenía con qué contraatacar. La conocía desde los diecisiete y ella también tenía mucho que callar.

—El editor jefe de la revista *Spaces* me ha pedido que le entregue esto, señorita Stevens —me explicó ceremoniosa.

Cogí el dossier que me tendía.

—¿Qué pasa? —pregunté curiosa—. ¿Qué te divierte tanto?

Mi amiga se encogió de hombros, socarrona.

—La vida... —dejó en el aire.

Giró sobre sus botas de media caña sin tacón y con tachas y desapareció camino de su despacho. Yo achiné los ojos tratando de averiguar qué era lo que estaba ocurriendo y finalmente abrí la carpeta. Era el presupuesto de la revista *Spaces*. ¡Y no había cambiado absolutamente nada!

—Pero, ¿qué demonios...? —gruñí sin poder creer lo que leía.

En realidad, sí que había cambiado algo: en vez de enviar a un redactor a Macao, ¡pretendía enviar a dos!

Me levanté como un resorte y caminé enfadada hasta su despacho. Oficialmente ya era la hora de comer y me vi obligada a esquivar a una decena de oficinistas, más otra de ejecutivos y una nube de redactores, todos dispuestos a asaltar el Marchisio's como si fuera una diligencia cargada de oro en el viejo Oeste y ellos, la banda de Jesse James.

Sólo necesité poner un pie en la antesala de su despacho, en el espacio que ocupaba Maddie, para verlo en su oficina y que, en ese mismo microsegundo, mi enfado se disipase un poco al descubrirlo recostado sobre su silla, vestido con esa camisa de cuadros remangada y esos vaqueros, un *look* desdeñoso y universitario, que, por algún extraño motivo, lo llenaba de un atractivo casi infinito, más que el de cualquier traje italiano a medida. Estaba leyendo un ejemplar de la *Rolling Stones*, con Reese Montolivo, el reportero de guerra del *New York Times*, en la portada mientras se comía una manzana tan verde y tan apetitosa que parecía dibujada. Sus pies, enfundados en unas impolutas Adidas blancas, descansaban sobre su escritorio.

«¡No pienso ceder!», me recordé. Me daba igual lo ridículamente guapo que fuera.

—Hola —saludé a Maddie furibunda—. Quiero hablar con Bentley.

Podía haber entrado a las bravas, pero no iba a hacerlo. Quería que entendiese que no estaba jugando, que era algo profesional... y que no iba a aprobar ese presupuesto ni aunque se helase el infierno.

Mi amiga asintió divertida y pulsó el botón del moderno intercomunicador de su mesa.

—Dime —respondió al otro lado.

Su voz estuvo a punto de tumbar mis defensas, pero resistí el asalto. Sólo era una voz deliciosamente ronca y sugerente, que trasmitía esa cálida y sexy sensación de que con ella podía conseguir absolutamente todo lo que quisiera de ti... Podía con esa voz.

—Lauren está aquí y quiere verte —lo informó Maddie.

—Ahora mismo no puedo atenderla —contestó sin ningún remordimiento—. Estoy increíblemente ocupado.

Entorné los ojos destilando una rabia casi termonuclear mientras mi amiga contenía a duras penas un nuevo ataque de risa. ¡Maldito cabronazo!

De un paso me coloqué bajo el umbral de su puerta y me crucé de brazos.

—¿En serio? —le pregunté a él directamente.

—En serio —respondió otra vez, en absoluto arrepentido, disfrutando de lo enfadada que estaba y de ser el responsable. No levantó sus ojos de la revista y le dio un nuevo mordisco a la manzana, que sonó refrescante y aún más apetecible entre sus labios... quién fuera la manzana.

¡No tenía ningún interés en ser la manzana!

—Te dije que no podías enviar a un redactor a Macao y decides enviar dos —protesté enfadadísima.

—Ah, ah —me interrumpió—. Dijiste que me lo pensara mejor y lo he hecho. —Bentley alzó la cabeza y sus impresionantes ojos verdes se encontraron con los míos. Bentley Sandford, no te mereces el aspecto que tienes—. Gracias por el consejo, Rubia.

Di un pisotón contra el suelo, absolutamente frustrada y cabreada.

—No vas a salirte con la suya —lo advertí.

Él sonrió desafiándome y demostrándome una vez más cuánto estaba disfrutando con eso.

Sin dudar, salí de su despacho y caminé de prisa, haciendo que mis Carolina Herrera repiqueteasen contra el suelo a una velocidad de vértigo.

Tess no estaba en su mesa, había bajado a comer, así que seguí mi camino, obligándome a hacerlo más calmada, hasta las puertas dobles de caoba y llamé con suavidad. Esperé su «adelante», abrí, entré y cerré tras mi paso.

—¿Tiene un momento, señor Riley? —pregunté colocándome en el centro de su enorme despacho.

Ryan alzó la cabeza de los papeles que revisaba, me miró un solo segundo y asintió volviendo la vista a ellos.

—Hay un problema con el presupuesto de la revista *Spaces* —le expliqué—. Es desorbitado y...

—Señorita Stevens —me interrumpió, y el tono que usó me silenció sin dar posibilidad a réplicas—, su puesto tiene como jefes directos al señor Matel y al señor Miller, más el señor Miller de nuevo como director de su departamento. Después está mi hermano Spencer, que es el jefe de todos esos jefes, y usted ha decidido saltárselos a todos y hablar directamente conmigo.

Levantó de nuevo la cabeza y esos ojos azules, fríos e intimidantes, consiguieron que sólo midiese dos centímetros. Perdió su mirada a mi espalda, de nuevo sólo un segundo, y una vez más volvió a sus papeles. Confusa, me giré y vi a Bentley, desprendiendo esa insolente seguridad y dibujándola en una sexy sonrisa, cruzándose de brazos y apoyando su costado en el marco de la puerta, dispuesto a seguir disfrutando del espectáculo.

Yo carraspeé y cuadré los hombros. No me importaba que él estuviese allí. Yo tenía razón.

—Traté de hablarlo con el señor Matel, pero él me indicó que lo

solucionara directamente con el señor Sandford.

—¿Y? —preguntó sin molestarse en sonar amable. Estaba claro que al señor Riley no le sobraba paciencia y yo estaba llegando a su límite.

—El presupuesto es inviable —sentencié.

Al pronunciar esas palabras, volví a recordar por qué estaba tan enfadada y apreté los puños con rabia junto a los costados.

Ryan suspiró displicente y malhumorado. Miró su carísimo reloj de pulsera y dejó sobre su escritorio su estilográfica de platino, que lo era aún más. Se levantó y, retocándose los gemelos, caminó hacia mí. Tuve la sensación de que estaban rodando un anuncio de perfume de Armani delante de mis narices.

—El presupuesto está aprobado —me informó sin detenerse.

—Ésa es una mala decisión, señor Riley.

Mis palabras lo frenaron en seco y se giró despacio. Yo tragué saliva con una sensación un paso por delante de la intimidación. ¿Cómo es posible que consiga que cualquier persona, independientemente de su sexo, raza o religión, se sienta así? Ah, sí, porque es el dueño del mundo.

—¿Disculpe, señorita Stevens?

Me estaba dando la oportunidad de retractarme de mis palabras, pero no la quise. Sabía que tenía razón. A su espalda, Bentley, todavía apoyado en el marco de la puerta, observaba la escena y sus ojos verdes brillaban divertidos y expectantes.

—Es uno de los CEO más inteligentes que conozco —y no lo dije por ponerlo de mi parte. Realmente lo pienso. Ryan tiene una de las mentes más privilegiadas del país para los negocios— y nunca da su visto bueno a un balance del que no está seguro que se ha optimizado hasta el último centavo. No se trata de ahorrar, sino de hacer un uso más inteligente y responsable del dinero, y eso no es lo que está ocurriendo con este presupuesto ni con las partidas económicas de la revista en general. Sólo está aprobando esos presupuestos porque es *Spaces*, y es por el mismo motivo por el que le ha dado una especie de carta blanca al señor Sandford.

—¿Está insinuando que le doy a la publicación un trato de favor?

Asentí.

—Sí —me reafirmé. ¿A esas santas alturas había alguien que no lo supiese?—. *Spaces* es su capricho. Además de que con ella canaliza un montón de problemas sin resolver con su padre y con el hecho de tener que

dirigir esta empresa —sentencié resaltando lo obvio, cruzándome de brazos.

Ryan me miró como si no fuese capaz de creer que hubiese dicho lo que acababa de decir y una carcajada incrédula y malhumorada se escapó de sus labios. Bentley me observó con los ojos como platos, divertido, y acto seguido se humedeció los labios para contener, como había hecho Maddie menos de veinte minutos atrás, un ataque de risa en toda regla.

El señor Riley dio un amenazante paso hacia mí y yo cuadré el cuerpo por puro instinto.

—¿Sabe qué, señorita Stevens? Tiene razón. Ese presupuesto es completamente inviable. — Había algo en su voz que hizo que un sudor frío me recorriese la nuca. Tenía clarísimo que acababa de meterme en un buen lío. Entendí a Maddie a la perfección. Es imposible plantarle cara a Ryan Riley y salirte con la tuya—. A partir de ahora, entre sus funciones estará gestionar la situación económica de la revista y tendrá la última palabra sobre el dinero que gasta —un paso más—, pero le advierto que —su tono se volvió amenazadoramente suave y sus ojos azules atraparon los míos—, si la calidad de *Spaces* se resiente lo más mínimo, la que tendrá que rendirme cuentas será usted. ¿Entendido?

—Entendido —respondí con la voz más aguda de lo que me habría gustado.

Ryan asintió y salió de su despacho. Yo solté el resoplido más largo de la historia a la vez que, nerviosa, me llevé las manos a las caderas. ¡Qué guapo y qué cabrón!

Me giré todavía un pelín conmocionada y mi mirada se encontró directamente con la de Bentley, con esos ojos verdes que le harían contener la respiración a la más pintada. No dijo nada. Sólo sonrió. Y no era una sonrisa cualquiera. Era la que siempre me recordaba a Letterman, a la comida china, a su cama, a él y lo pintaba todo de magia y sensualidad de un solo plumazo. Un segundo después salió del despacho, dejándome con las piernas de plastilina y el corazón retumbándose contra el pecho. Por Dios, ni siquiera había tenido que pronunciar una palabra.

Lauren**Los botines más bonitos de la última colección que diseñó Alexander McQueen, descanse en paz**

Toda la semana había sido igual, aburrida, y no un poco, sino mucho, y no un mucho cualquiera, sino un mucho con las vocales alargadas hasta el infinito. Revisar todos los presupuestos aprobados por Matel fue tedioso; comprobar toda la documentación presupuestaria de una revista de arquitectura había sido como si hubiese encontrado el santo grial para la población que sufre insomnio. Lo único que estaba haciendo la tarea mínimamente divertida era que Matel, imagino que a punto de sufrir una apoplejía por sus constantes discusiones con Bentley, llenaba los presupuestos con pósitos escritos a mano repletos de sandeces propias de un *troll* que habita debajo de los puentes. Si hubiésemos estado en el pueblo de «Érase una vez», ya habría ido a buscar a Rumpelstiltskin para que le vendiera alguna pócima secreta con la que acabar con *Spaces*.

Por si fuera poco, Bentley parecía continuar superando lo nuestro con una insultante facilidad y yo no tenía claro que me hiciese gracia. El día anterior habíamos coincidido, por tal o cual motivo, en la misma sala en tres ocasiones, ¡y no me miró ni una sola vez! No hablemos de tener una conversación más allá de un «hola», «adiós», «sí», «no», «por favor» y «gracias». ¿No debería haberme guardado un poco de luto o algo así? Soy una rubia con los ojos grises y un tipito nada desdeñable. Lo mínimo que pido tras una ruptura es que me lloren un poco. Resoplé, ¿a quién pretendía engañar? Quería que hubiese estado en un bar de mala muerte, llamándome borracho por lo menos dos semanas y, en lugar de eso, estaba paseando guapísimo como si no hubiese un mañana por todo el Riley Group. Qué poco caballero.

—Más trabajo —dijo Maddie cantarina, dejando sobre mi mesa una carpeta del grosor de un libro del medievo.

—No quiero. Llévatelo —repliqué.

—He escrito un chiste pervertido en el margen de una de las páginas. Si quieres saber dónde, tendrás que leerlo —me desafió.

Achiné los ojos, aceptando su reto.

—Tú sí que sabes hacer interesante una lectura.

—La que más —sentenció orgullosa.

Una voz llamó mi atención a su espalda. Bentley se acercó a la mesa de uno de los redactores y comenzó a comentar algo con él. Estaba guapísimo con esos vaqueros oscuros y esa camiseta de manga larga remangada y el primero de los botones con los que adornaba el cuello desabrochado. Además, estaba claro que verlo paseándose, irradiando ese aire de jefe severo pero justo, no ayudaba en nada. Debí cambiarme a una de las mesas del fondo cuando tuve la oportunidad.

Maddie carraspeó y de inmediato volví a prestarle atención.

—Veo que estás ocupada, así que me marchó —comentó con ese aire de sabioncilla de Carolina del Sur.

—Es trabajo —repliqué cuando ya se alejaba.

—Sí, como el que yo tengo justo en esa dirección —contraatacó señalando a Bentley—. No sé por qué, pero ahora mismo me siento profundamente envidiada.

Le dediqué un mohín que ella no tardó en devolverme y se marchó feliz y embarazada, ya de más de tres meses, a su oficina.

Quería seguir trabajando y con esa intención bajé la cabeza y abrí la carpeta que me había traído Maddie; sin embargo, algo más poderoso que la gravedad me hizo volver a levantarla y simplemente observar. Observar cómo Bentley se pasaba la mano por el pelo a la vez que negaba con la cabeza a lo que sea que le estuviese diciendo su redactor; cómo le explicaba una idea como contrapartida, que apuesto a que era interesantísima, haciendo suaves aspavientos con las manos; cómo le sonrió a Spencer, con ese gesto que debería catalogarse como bien inmaterial de la humanidad, mientras lo veía acercarse; cómo saludó a la chica que lo acompaña... Un momento, ¿quién era esa chica?

Me levanté de mi silla y me parapeté tras la pared de mi cubículo para fisgar más de cerca sin ser descubierta. ¿Quién era? ¿De dónde había salido?

¿Por qué era tan guapa? ¿Quién era?! Los tres charlaban animadamente, pero el móvil de Spencer sonó, él miró la pantalla, resopló y se despidió con un gesto de mano y su voz de leñador mientras Bentley y esa chica se quedaron hablando. Ella dijo algo y él sonrió. De pronto estaba muy enfadada. ¿Por qué le estaba sonriendo? ¿Acaso no me veía ahí, escondida tras mi minipared, espiándolo?

Estaba demasiado lejos como para poder oír qué decían, pero Bentley, fuera lo que fuese, asintió, le hizo un gesto con la mano para que pasase primero y echaron a andar hacia el departamento de Marketing. Los seguí con la mirada, pero el resto de cubículos me cortaban la visión. ¡Maldita sea! Inclínada, casi acuclillada, caminé por el pasillo hasta un cubículo orientado hacia la derecha.

—Hola —me saludó Diane.

—Hola —susurré agazapada tras su pared.

Asomé los ojos despacio y no tardé en encontrarlos; seguían andando y hablando. Ella volvió a decir una chorrada, no necesité oírla para saberlo, y él volvió a sonreír. Achiné los ojos. Esa sonrisa era de mi propiedad.

Por fin se detuvieron, pero no se separaron. Bentley comentó algo. Ella enredó el índice en su espesa melena castaña como respuesta y, sin dejar de mirarlo, le puso la mano libre en su antebrazo. ¡No! ¡No! ¡No!

¡Necesitaba oír qué era lo que se estaban diciendo!

Otra vez casi acuclillada, eché a andar a una velocidad pasmosamente rápida hasta uno de los cubículos del fondo, bordeé la pared y me asomé con disimulo.

—Ey, Stevens, ¿qué haces aquí? —se quejó Simon Smith, uno de los panolis que tenía por compañeros.

—Cállate —le ordené sin dejar de espiar la escena que tenía delante.

—No me da la gana —replicó el muy osado—. Vete de mi despacho.

—¿En serio llamas a esto despacho? —susurré hostil, girándome hacia él—. Apuesto a que eso es lo que les dices para ligar a las pobres incautas con las que te cruzas en los bares... y a tu madre.

Simon Smith me fulminó con la mirada.

—Lárgate.

—Déjame en paz —repuse.

Sin dudarlo, me incliné sobre su teclado y pulsé un montón de letras sin ton ni son, llenando la tabla de Excel que calculaba con un montón de

palabras y números sin sentido.

—¡Stevens! —gritó al borde del colapso, arrancándome el teclado de las manos.

—Cállate, panoli —contesté otra vez, en un susurro de lo más beligerante.

Le tiré un montón de clips; él, a mí, un lápiz; yo, a él, un taco de pósits; él, el mismo taco de pósits, que había recogido de su regazo; yo le robé de nuevo el teclado y le di con él en el hombro.

—¡Pelea! ¡Pelea! —gritó Rashid Davidson, asomándose desde el cubículo contiguo.

—Callaos de una maldita vez —les ordené apuntándolos con el índice.

Me acerqué de nuevo a la pared y me asomé despacio para calibrar si esa pequeña trifulca había llamado la atención de Bentley. Por fortuna, no; pero lo que en un principio me alegró, después volvió a enfadarme. No sé había enterado de nada porque seguía ahí, encantado de la vida, disfrutando de la compañía de esa chica, a quien, como fuese más joven que yo, pensaba denunciar en Recursos Humanos. Ella sonrió otra vez, ¡qué cursi! Él le devolvió la sonrisa. Y yo me deprimí un poco. Solté un lastimero suspiro y, sin levantar la vista de ellos, hundí los hombros.

—Lo siento, Stevens —dijo Simon Smith a mi lado, y sólo entonces me di cuenta de que Rashid Davidson y él habían decidido ponerse a espiar como yo.

—Gracias —murmuré por esa muestra de empatía laboral y de apoyo entre compañeros...

—Sandford sí que sabe elegir, el cabronazo —sentenció mientras Bentley y la tipa desaparecían departamento arriba—. Está buenísima.

Yo lo asesiné con la mirada, me incorporé y, sin dudarlo, pulsé el botón de apagado y desconecté el ordenador sin darle oportunidad a guardar lo que estaba haciendo.

—¡Eres lo peor, Stevens!

—Ve a contárselo a tu madre —repliqué mientras me alejaba.

Bentley lo había superado y, maldita sea, ¡cómo dolía!

* * *

No me quedaba otra que seguir trabajando. Si quería tomar las riendas presupuestarias de *Spaces*, tenía que saber todo lo que se había hecho y cómo se había hecho. Sin embargo, una vez superado ese punto, me quedaba uno aún más complicado: conseguir que siguiese siendo igual de tenaz, puntera y atractiva gastando menos. ¿Por qué tuve que hacerme la valiente delante del señor irascible-sexo increíble? Debí suponer que eso acabaría con mi culo en mi silla a las —miré el reloj y, al comprobar la hora que era, un lastimero gemido se escapó de mis labios— nueve menos veinte. Todos se habían ido a casa hacía casi tres horas. Oficialmente, era una pringada.

—¿Mucho trabajo? —Su voz superó todas mis defensas y me sacudió, despertando las mariposas de mi estómago.

Alcé la mirada y me encontré con Bentley Sandford en todo su esplendor, con ese aire de chico bueno que sólo es un envoltorio para muchísimos placeres, pecados, perversiones y promesas.

Solté un largo suspiro y me acomodé en mi propia mesa deslizando mis codos sobre las decenas de folios que la inundaban.

—Sí —respondo—. Tu amigo es un tirano —afirmé en clara referencia al señor Ryan Riley.

Bentley sonrió con un aire tierno y sexy al mismo tiempo.

—Bueno, tú lo acusaste de tener problemas sin resolver con su padre.

—Y los tiene —me defendí.

—Y lo sabe. Por eso no le gusta que se lo recuerden.

Nos miramos directamente a los ojos y su gesto se contagió en mis labios.

—Por lo menos, ¿te has hecho una idea ya de cómo funciona la revista?

Torcí los labios.

—Me gustaría poder decir que sí, pero estaría mintiendo como una bellaca. —Su sonrisa se ensanchó y las piernas me temblaron un poco—. Sólo tengo claro que gastáis muchísimo dinero.

—Entonces, definitivamente necesitas ayuda.

Sin esperar a que dijese nada, robó la silla del cubículo vecino y la colocó al otro lado de la mesa. Cogió una de las carpetas, la abrió y se sentó, acomodándose con una naturalidad que, lejos de resultar inapropiada, se dibujó perversamente atractiva, como si su seguridad lo hiciese sentirse cómodo frente a cualquier vicisitud que la vida le tuviese preparada.

Yo sonreí, no porque él estuviese allí, que quede clarísimo, con toda

probabilidad, lo hice porque con él podría salir antes de la oficina, y volví de nuevo al trabajo. Eso sí, mucho más... feliz.

—Sigo sin entender por qué necesitas que tus redactores viajen de continente en continente — dije dejando caer el lápiz sobre un puñado de carpetas mal apiladas.

Ese punto nos tenía enfrentados desde hacía aproximadamente media hora.

—Porque sencillamente es un error creer que ya lo hemos visto todo, que todo está inventado. Vivimos en Nueva York, es la mejor ciudad del mundo —empezó a argumentar, y sus preciosos ojos verdes brillaron un poco más. Nadie podría negar que esta ciudad nos enamora desde el primer momento que ponemos un pie en ella—. Está en constante cambio, siempre evolucionando, siempre transformándose, siempre aprendiendo —sentenció haciendo un suave hincapié— y ésa es la lección más importante que debemos aprender de ella. En cualquier calle, de cualquier ciudad, de cualquier rincón del planeta, puede haber una persona creando algo excepcional y desmontando todas nuestras ideas preconcebidas sobre lo que es la arquitectura. No podemos obviarlo, y yo desde luego no pienso mirar hacia otro lado cuando esa persona podría estar cambiando el mundo para siempre. Necesito contarle.

Bentley guardó silencio con su mirada aún sobre la mía y yo cerré la boca despacio, absorbida por cada una de sus palabras, comprendiendo que me había dejado boquiabierto. Adoraba su trabajo, lo vivía, le hacía feliz y por eso era el mejor, porque había algo más allá de su inteligencia y su talento que lo movía, como si la arquitectura y comunicarse navegaran bajo su piel. Si hubiésemos estado en 1972, habría sido el editor que guio a Bernstein y a Woodward por el Watergate; en 1989 habría contado cómo cayó el muro de Berlín. Bentley es una de esas personas que consiguen que la historia desfile ante nuestros ojos.

—Supongo... supongo que tienes razón —claudiqué de la manera más elegante que supe.

Volvió a sonreír, pero su gesto se transformó en uno más trémulo, más canalla.

—Echaba de menos esto —dijo.

—¿El qué?

No me importó sonar ansiosa ni curiosa, porque lo estaba, y mucho.

Bentley me miró, disfrutando de la expectación que él mismo acababa de crear.

—Esto —respondió torturador.

—Ésa no es una respuesta justa —me quejé recostándome sobre mi silla y huyendo del hechizo de esos ojos.

—Respuestas justas —repitió con un punto de insolencia—, qué aburrido —sentenció levantándose.

—Y tú, qué descarado —contraataqué cruzándome de brazos.

Bentley sonrió de nuevo y, derrochando todo ese atractivo, se dirigió a su despacho. Yo, que hablo mucho y pienso poco, me levanté y di un par de pasos en su dirección.

—Bentley, espera —lo llamé dejando que mi voz se entremezclase con el ruido de mis tacones—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —continué cuando se volvió.

—Claro —respondió sin esconderse.

—¿Lo has superado? Lo nuestro, quiero decir.

Él se quedó en silencio mientras sus ojos me recorrían entera. Mis salones, mis medias con costura, mi vestido con la falda entallada, hasta que finalmente se posaron en mis labios y mis ojos, dejándome claro con una sola mirada que eran estos los que le resultaban más sexy de mí, que era lo de dentro lo importante, lo que le gustaba, y no unas curvas y ropa bonita.

—Eso es lo que querías, ¿no? —contestó, y había arrogancia en su voz.

—Eso no es una respuesta —protesté.

Bentley asintió.

—Pensé que la respuesta ya la tenías después de espiarme mientras hablaba con aquella chica en Marketing.

Abrí la boca a punto del colapso. ¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Me vio?! ¡Y se lo había callado! ¡Qué cabronazo! Cerré la boca y apreté los labios, enfadadísima. Mientras, Bentley, pasándose de cine, rompió a reír y reemprendió el camino a su despacho.

—¡No te espiaba! —grité para dejárselo claro. No me daba la gana que se marchase como si fuera el rey del mambo.

—Claro que no —replicó irónico, el muy maldito, todo frialdad y serenidad, sin ni siquiera dejar de caminar ni girarse, ¡y eso me enfadó todavía más!

—¡No me interesa nada de lo que hagas con tu vida!

—Por supuesto —respondió de igual forma.

¡Aaaah! ¡No lo soportaba!

—¡Deja de hacer eso!

—La que debería dejar de hacer eso, eres tú, Rubia —sentenció divertido, saboreando lo maravilloso que debe ser ser Bentley Sandford—. Se te ve venir de lejos.

Entró en su despacho y yo choqué las palmas de las manos contra mis costados, a punto de tener un ataque de rabia en toda regla.

* * *

Terminé el trabajo relativamente rápido. Despejé mi mesa y serpenteé entre los cubículos, primero, y las mesas de la redacción, después, hasta llegar a los ascensores. Si no lo hubiera superado, habría reparado en el hecho de que la luz del despacho de Bentley seguía encendida... pero *moi* había pasado página.

Esperé paciente a que las puertas se abriesen y entré canturreando el *Don't stand so close to me '86*, de The Police. De pronto, cuando estaban a punto de cerrarse, una mano grande y masculina las paró, sosteniéndolas hasta que volvieron a abrirse. El corazón comenzó a latirme de prisa... pero no sé a quién esperaba encontrar, y pienso jurar y perjurar ese «no sé», porque fue Spencer el que entró.

—Señorita Stevens —me saludó divertido con un gesto de cabeza—, ¿aún por aquí?

—Señor Riley —respondí imitándolo—, ¿aún por aquí?

Cuando las puertas iban a cerrarse de nuevo, su móvil empezó a sonar. Miró la pantalla y resopló. Avanzó con su cuerpo de leñador y frenó otra vez el ascensor para salir.

—Me debes un viaje en ascensor —se despidió divertido sin volverse—. Spencer Riley — descolgó.

—Me lo debes tú a mí —contesté, otra vez contagiada de su humor.

—¿Qué te debo?

Su voz me tomó por sorpresa. Sus ojos verdes me tomaron por sorpresa. Bentley Sandford me tomó por sorpresa.

No supe qué contestar. Él sonrió y las puertas del ascensor se cerraron, aislándonos del mundo. Por un puñado de segundos no se movió, simplemente se quedó ahí, frente a mí, dejando que el aire entre los dos se llenase de partículas de intimidad, del frescor de su gel de afeitado, de los cítricos de su colonia, un poco de él, de su piel.

—¿Bajas? —inquirí recuperando la compostura y cruzándome de brazos porque soy una chica segura de mí misma, fuerte e independiente, y los chicos guapos no me afectan en absoluto.

Bentley pareció leerme la mente y tomarme muy poco en serio también. Sin contestar, comenzó a andar destilando toda esa seguridad, pasó junto a mí y llegó al elegante panel lleno de botones. Pulsó la tecla del vestíbulo y continuó su paseo hasta dejarse caer en la pared del fondo. No lo veía, pero sabía que estaba sonriendo, esa sonrisa desdeñosa y autosuficiente que le quedaba tan bien, mientras me observa.

Yo no me moví, no tenía por qué. Había pasado página. Pero la sangre, en contra de mi voluntad, comenzó a martillearme los oídos, a recorrer mi cuerpo cada vez más líquida, más caliente, mientras mi piel se llenaba de calor allá donde sus ojos se posaban, como si tuviese la capacidad de desnudarme con la mirada. ¡Qué calor hacía! ¿Qué me pasaba?, había pasado página.

Me hice hiperconsciente de él a pesar de no estar mirándolo y noté cómo se incorporaba, cómo destruía la distancia que lo separaba de mí, cómo se detenía a mi espalda y volvía a recorrerme de arriba abajo con esos ojos tan verdes que deberían ser delito. Su aliento acarició mi mejilla, mi pelo, muy cerca, pero sin llegar a tocarme. Algo sonó, pero no supe el qué, porque todo a nuestro alrededor se había diluido. Su cuerpo tras el mío era como una alarma de incendios sonando desbocada, gritando mi nombre.

Latidos. Calor. Deseo. Excitación. Hambre.

—Buenas noches, Rubia.

Dio un paso atrás, se alejó de mí y salió del ascensor sin volver a mirarme, explotando mi burbuja. Yo regresé a la realidad y vi las puertas abiertas. ¿Qué demonios había pasado? Llevé la mirada un poco más adelante y observé cómo Bentley desaparecía vestíbulo a través.

Las puertas estaban a punto de cerrarse en mi mismísima cara, así que me obligué a salir de mi ensimismamiento y a hacer lo propio del elevador y balbuceé un «adiós» muy pobre entre toses para disimular al pasar junto al

mostrador de Stuart, el guardia de seguridad.

Salí a la 58 Oeste y caminé rápido hasta la parada de metro de Columbus Circus, haciendo sonar veloces mis tacones, agitando la abertura de mi camiseta para que pasase algo de aire y recuperar la temperatura normal de mi cuerpo. El Riley Enterprises Group debería prohibir el uso de los ascensores en sus instalaciones. Parece ser que, cuando los fabricaron, alguien los roció con polvo de hadas de club de sexo. Hay muchas probabilidades de que tengas la tentación de quitarte las bragas.

Y Bentley Sandford era un maldito provocador.

* * *

Al día siguiente me levanté con las ideas muy claras, mucho. El sermón que me había dado en la ducha tenía parte de culpa, pero, sobre todo, era la inquebrantable idea de que yo decidía lo que pasaba en mi vida y cómo pasaba, y ningún hombre iba a cambiar eso. Yo elegí que mi historia con Bentley se acabara y tenía mis razones: vivimos una historia increíble, estaba tan enamorada de él que dolía, pero, cuando más lo necesité, él se alejó de mí. Debimos dejarlo ahí, pero nos echábamos demasiado de menos. James irrumpió en escena y todo se complicó. Sin embargo, eso era el pasado y allí era donde iba a quedarse, porque yo, la única dueña de mi vida, mis acciones y el helado de chocolate de mi nevera, así lo había decidido.

Llegué a la oficina puntual como un reloj y, después de abandonar mi bolso y demás pertenencias sobre mi mesa, fui hasta el despacho del señor Miller.

—Señorita Stevens —me llamó nada más verme aparecer—, necesito que se dé prisa con lo que está haciendo.

—Las partidas presupuestarias de la revista *Spaces* —le aclaré.

Mi jefe asintió, concentrado en la pantalla de su ordenador.

—La reunión interdepartamental está a la vuelta de la esquina y quiero llevarlo todo bien atado.

Me aguanté una sonrisa. Estaba segura de que el señor Miller marcaba en rojo el día de la reunión mensual del Riley Group presidida por Ryan, y cuarenta y ocho horas antes ya se estaba muriendo de miedo.

—Me acompañará como ejecutiva del departamento —me informó.

Asentí profesional. Al margen de que alguna que otra vez hubiese querido incendiar el departamento, el señor Miller era un gran jefe, un economista de la vieja escuela, y me había enseñado muchísimo. No creo que haya habido un jefe contable mejor en toda Manhattan.

—No habrá ningún problema.

—Perfecto. —Tomó dos dosieres de su mesa y me los entregó sin despegar sus ojos de la pantalla—. Inclúyalos en su trabajo actual.

—Por supuesto.

Cogí las carpetas y regresé a mi mesa. A la Lauren de hacía poco menos de doce horas le habría dado un ataque por tener que revisar nuevos presupuestos de la revista, ya que, con toda seguridad, implicarían tener que ver o discutir con Bentley; a la Lauren postsermón ducha, no le suponía el más mínimo inconveniente.

Como vaticiné, una hora después estaba cruzando la redacción camino del despacho del editor jefe de *Spaces* para discutir al menos la mitad de los gastos que había pedido. Miré mi Casio dorado de pulsera. Eran las once. Cuando terminase con aquello, pensaba comerme un Twinkies. Me moría de hambre.

Me sorprendí al encontrar la puerta cerrada. Miré a ambos lados y, aunque llamé, prácticamente en el mismo segundo, giré el pomo y entré. Fruncí el ceño todavía más confusa al ver que Maddie no estaba. Su bolso seguía en el perchero, así que imaginé que debía de estar en alguna reunión o en el regazo del señor irascible-sexo increíble, ella que podía. Maldita.

Me encogí de hombros, resuelta, y caminé hacia el despacho de Bentley. Ya tenía la mano alzada dispuesta a llamar cuando la puerta se abrió y Bentley salió abrochándose los vaqueros, descalzo, sin camiseta, con el pelo húmedo... podría seguir dando detalles, pero es que estaba embobada.

—Hola —me saludó con una sonrisa al reparar en mi presencia.

—¿Dónde... dónde está tu camiseta? —balbuceé.

—En mi oficina —respondió sin más, girando suavemente la cabeza para que su mesa entrase en su campo de visión y consiguiendo así que los músculos de su cuerpo se tensasen armónicamente—. He estado ayudando a Max con una de las impresoras en su agujero y me he puesto perdido de tinta. Necesitaba una ducha.

Se echó el pelo hacia atrás con la mano y el recuerdo de nosotros en la ducha de su despacho, besándonos, sintiendo cómo ese cuerpo fabricado para

el pecado me estrechaba contra la pared inmaculadamente blanca se mezcló con la visión de una pequeña gota de agua deslizándose sobre su cuello, resbalando tentadora sobre su pecho, su estómago esculpido en piedra y ese diabólicamente sexy músculo que le nacía en las caderas...

—Lauren —me llamó sacándome de mi ensoñación de duchas perfectas y músculos que lo eran aún más.

Regresé al planeta Tierra. Solté un bufido, malhumorada.

—¿En serio? —protesté enfadada—. ¡Vístete!

Me llevé las manos a las caderas. ¡A las mías! Porque eran las únicas caderas que estaba pensando tocar porque había pasado página. Me volví aún más cabreada y comencé a andar de vuelta a mi mesa a paso ligero.

—Venga ya —farfullé entre dientes—. Habrase visto, aparecer sin camiseta...

—De nada, Rubia —replicó divertido.

Yo me giré sin dejar de caminar y achiné los ojos fulminándolo con ellos. Era un descarado... ¡y yo lo había superado, maldita sea!

Como si mis pies supieran exactamente dónde tenían que llevarme, llegué al archivo mientras le mandaba un whatsapp a Maddie diciéndole que dejase lo que estuviese haciendo, o se bajase de donde estuviese subida, y viniese lo antes posible.

—He pasado página —gimoteé, y esa vez no se trataba de ninguna frase de victoria, ni siquiera motivacional, más bien era un lamento. Había pasado página y detrás había dejado a semejante ejemplar.

Crucé los brazos sobre el archivador y hundí mi cabeza en ellos. ¡Universo, ¿qué pasa contigo?! ¿Me estás haciendo esto por robarle la chocolatina en el metro a aquel hombre cuando no miraba?

—¿Qué ocurre? —preguntó Maddie cerrando la puerta del diminuto cuartucho tras de sí—. Algunas trabajamos, ¿sabes?

—Sí, ya, ya, claro —repliqué como respuesta saliendo de mi nido de avestruz—. A otro perro con ese hueso, señora Riley.

Maddie me miró mal y yo fingí que no había dicho nada por lo que mereciese que me mirase así.

—Necesito contarte algo —le expliqué muy concentrada, moviendo las manos para dejar lo más claras posibles las instrucciones— y tú vas a escucharme y vas a recordarme que tengo que olvidarme de James y de Bentley y concentrarme en míster perfecto, porque él es el único que va a

hacerme feliz, que da igual que me acostara con James hace poco más de un mes porque sólo pasó porque los dos estábamos confusos y tristes porque estábamos terminando con lo nuestro.

—¿Te acostaste con James hace un mes? —inquirió alucinada.

—Y que no es relevante que cada vez que mire a Bentley me tiemblen las rodillas —continué, ignorándola. Teníamos que centrarnos en lo importante—, porque es sólo como las brasas de lo que tuvimos y, más tarde o más temprano, esas brasas se apagarán porque él no es el chico indicado para mí. Da igual que me diga esas frases tan irresistibles o que tenga la voz más maravillosa de la historia.

—¿Qué te ha dicho? —demandó con la curiosidad por las nubes.

—No importa que lo haya superado insultantemente rápido, porque yo también lo he superado. Cualquier mujer habría caído al borde del desmayo al verlo salir de la ducha.

—¿Lo has visto salir de la ducha? —preguntó con los ojos como platos—. ¿Cuándo?

—Soy una mujer segura de mí misma que tiene las ideas claras. Quiero al hombre, en mayúsculas, y tengo que luchar por él. Lo que pasó con James fue un error y lo que siento por Bentley es otro error. Míster perfecto me espera.

—¿Sigues sintiendo algo por Bentley?

Literalmente era imposible que tuviese los ojos más abiertos.

Tomé aire, satisfecha con mis conclusiones, sintiendo que otra vez estaba en la senda correcta.

—Gracias —le dije con una sonrisa, pasando junto a ella en el estrecho espacio entre los archivadores y alcanzando la puerta.

—Pero... —pronunció casi en un tartamudeo.

De pronto caí en la cuenta de algo.

—No sé ni para qué te llamo —le dije convencidísima—. Deberías esforzarte más en aconsejar a una de tus mejores amigas.

Maddie bufó indignadísima y me fulminó otra vez con la mirada y yo, francamente, no entendí por qué.

Salí del archivador con las energías renovadas y la barbilla aún más alta. Tenía claro lo que quería y un hombre sin camiseta, por muy «OMFG» que estuviera sin ella, no iba a hacerme cambiar de opinión.

Regresé a mi mesa y empecé a trabajar con diligencia y profesionalidad.

Cuando volví a toparme con los presupuestos de *Spaces*, decidí hacer lo más inteligente, y lo que con toda probabilidad debería haber hecho desde el principio: los rechacé y le envié un email a Maddie, como ayudante del editor de la revista en cuestión, explicándole por qué lo había hecho. Su respuesta no se hizo esperar. Me comunicó que Bentley no estaba de acuerdo y que quería verme. Sin embargo, yo tenía muy claro el porqué de mi decisión y volví a hacer lo que habría hecho con cualquier otra persona: un correo electrónico breve y conciso: mi decisión era inamovible y sólo discutiría los presupuestos si rehacía los puntos que había detallado en el anterior email.

Bajé a comer sintiéndome muy orgullosa de mí misma. Tanto que había decidido pasar por alto la incómoda pregunta de si había tomado las decisiones que había tomado esa mañana únicamente porque eran las más profesionales o bien estaba intentando evitar a Bentley.

De regreso a mi puesto de trabajo, estaba tan enfrascada en una cuenta complicadísima que, cuando llamaron a una de las paredes de mi cubículo, sólo mal murmuré un «¿qué?» sin ni siquiera volverme. Con el segundo golpeteo, puse los ojos en blanco y levanté la cabeza. «¿Quién eres? ¿Qué quieres? Y, sobre todo, si no eres Justice Joslin, vete por donde has venido, porque no eres bienvenido.»

Me giré y, para mi sorpresa, no había nadie. ¡Qué raro! Pero cuando me volví de nuevo hacia mi mesa, Bentley estaba junto a ella, provocando que diese un respingo a la vez que se me cortaba la respiración y me llevaba la mano al pecho. Él sonrió encantado por haberme metido el miedo en el cuerpo, y yo empecé a pensar que ya no necesitaba para nada a Justice Joslin.

—Tenemos que hablar —dijo con un toque y una sonrisa canallas, como si supiese el doble sentido que mi mente le iba a dar a esas palabras, el muy maldito.

—¿Has rehecho los presupuestos? —inquirí profesional. Su sonrisa se ensanchó en un claro y condenadamente sexy «no»—. Pues, entonces, no tenemos nada de qué hablar.

—Es curioso.

Dejó esas dos palabras en el aire mientras se apoyaba hasta casi sentarse con aspecto distraído sobre mi mesa. Agarró el borde con las dos manos e hizo que sus antebrazos se tensasen bajo su camiseta remangada, consiguiendo que mis ojos volasen hasta esa parte concreta de su cuerpo.

—¿Que no haya rehecho los presupuestos es el único motivo por el que

no tenemos nada de qué hablar? —preguntó.

Asentí con un murmullo, fingiendo concentrarme en el teclado y la pantalla de mi ordenador. No sé por qué, sospechaba que no iba a gustarme dónde pretendía llegar con esa conversación.

—¿Segura?

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—No sé —replicó cruzándose de brazos, sabiendo a la perfección el suelo que pisaba—. Me ha dado la sensación de que me estabas evitando.

¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que ser tan listo?

—¿Yo? —contesté encogiéndome de hombros—. ¿Por qué iba a evitarte?

—No lo sé —repitió, y una impertinente sonrisa regresó a sus labios. Sólo con ese gesto, me estaba diciendo que tenía clarísimo que, en efecto, lo estaba haciendo y por qué lo estaba haciendo.

Afortunada o desafortunadamente, la verdad es que en aquel momento no estaba en posición de definirlo, nos quedamos mirándonos y esa tenue y familiar electricidad volvió, las cosquillas suaves y glotonas regresaron. Me temblaron las rodillas de nuevo, porque él estaba cerca otra vez... y nada de eso era una buena idea.

—¿Te importaría respetar mi espacio personal? —protesté rompiendo el contacto visual e impulsándome con mis René Caovilla para desplazar la silla con ruedas a un lado.

—Por supuesto —contestó socarrón, pero el muy cabronazo no se movió.

—¿Cómo piensas rehacer los presupuestos? —demandé para reconducir la situación.

—No voy a rehacerlos —me informó sin ningún remordimiento.

—Pues no voy a aprobarlos —respondí de igual forma. Si él lo tenía tan cristalina y claramente, yo más—. No estás siendo razonable y no te lo voy a consentir. —Quise que sonara como una indiscutible reprimenda, pero, involuntariamente, se coló un trasfondo divertido—. Observa — continué, tratando que mi tono volviese al que debía ser, señalando la carpeta de *Spaces* abierta sobre mi mesa—. Esto no es un presupuesto, es una locura.

Bentley soltó un condescendiente suspiro, otra cualidad que esconde bajo su piel de corderito y, para mi desgracia, que lo hace aún más atractivo. Es muy inteligente y uno de los mejores editores del país. Lo sabe y le gusta.

Caminó hasta colocarse a mi espalda y se inclinó sobre mí. Su mano robó el ratón de la mía mientras la otra se apoyaba en mi mesa, junto a mi teclado. Comenzó a ojear el archivo con su mirada en la pantalla. Yo pretendía hacer lo mismo, pero el tiempo pareció frenarse en seco y, los segundos en los que me obligué a fijarla donde debía fijarla, se me hicieron eternos. No sabía cuánto había pasado cuando, al fin, me rendí y lo miré. Reparé en la manera en la que llevaba el pelo oscuro hacia atrás, en cómo sus ojos verdes brillaban, en cómo su mandíbula casi cincelada se tensaba cuando apretaba los dientes tratando de encontrar el fallo. Y, Dios, cómo olía... olía como tiene que oler un hombre, sin ambages, sin ambigüedades, sin eufemismos. Olía a masculinidad mezclada con colonia de Armani. ¿Qué demonios? Me giré y lo olí y eso también fue algo que ocurrió sin ambigüedades. Hundí mi nariz en su cuello y aspiré como si fuese un buzo y él, mi propia bombona de oxígeno. Santo cielo, creo que incluso me mareé, pero mereció la pena.

Me separé despacio y no fue hasta que lo hice del todo que no me di cuenta de que él ya me observaba a mí.

—¿Qué hay de eso del espacio personal? —inquirió socarrón, mucho.

Yo lo miré sin saber qué contestar. A falta de algo mejor, empecé a asentir con la mirada perdida en el infinito, las manos cruzadas entre las rodillas y el cuerpo tenso. Todo bajo su atenta mirada.

—Hay... —comencé a decir en absoluto convencida, incluso carraspeé —... un concurso en la radio. Te ganas veinte pavos si averiguas el perfume de la gente... oliéndolo... directamente de su cuello... —Mi voz se evaporó al final de esa burdísima mentira y carraspeé de nuevo para disimular.

Bentley asintió sin levantar sus ojos de mí, sin dar un mísero apunte de si me creía o no. Siempre he sospechado que le encanta torturarme.

—¿Un concurso? —repitió al fin.

Asentí.

—Es callejero. Los de la radio van en una furgoneta. Pueden parar en cualquier sitio.

Asintió él.

—Entonces, debería practicar yo también.

—Si quieres ganarte veinte pavos —respondí fingiéndome indiferente, ignorando lo fascinantemente rápido que me latía el corazón.

Bentley sonrió de esa manera con la que sencillamente tus bragas se

marchaban a *sexo villa* y, tras comprobar con la mirada sexy y traviesa, ¡santo cielo, qué mirada!, que nadie nos prestaba atención, se inclinó un poco más sobre mí y paseó su nariz por mi cuello, despacio, acompañando el gesto con el suave aliento que escapaba de sus labios.

Yo cerré los ojos. Contuve un gemido. Era... increíble.

Sus labios casi me tocaban, con más lentitud, aún con más sensualidad. La piel de mi cuello se convirtió en una mecha que prendió mi piel. Me agarré la falda con las dos manos. Apreté los muslos. Subió hasta casi el lóbulo de mi oreja y, entonces, aspiró suavemente, despertando a la vez demasiadas partes de mi cuerpo.

—Bentley —murmuré sin proponérmelo.

—Me importan una mierda esos presupuestos —dijo con sus labios casi tocando mi piel, incendiándome un poco más, llevándome un poco más lejos—. Hueles demasiado bien para ser real.

Su voz. Sus palabras. Por Dios, no podía haber nada mejor.

Bentley se separó, devolviéndome a la realidad de golpe. Yo hice lo mismo, lo busqué, lo miré. Él ya me observaba a mí.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté con la voz ahogada por todo el deseo y la inminente confusión—. ¿Para provocarme?

Bentley miró al frente sólo un segundo mientras se humedecía el labio inferior.

—Hacer, ¿el qué? —inquirió precisamente siendo eso, provocador, mientras me miraba de nuevo. Acto seguido, se incorporó retirando las palmas de sus manos de mi mesa, echando a andar de vuelta a la redacción.

Yo lo observé alejarse tratando de controlar mi propio cuerpo, a mí. Maldito cabronazo baja bragas, con la voz de Paul Newman y un culito perfecto.

Me obligué a teclear fingiendo que no sólo había pasado página, sino que yo había inventado eso de superar exnovios que se parecen a estrellas de cine, pero entonces me di cuenta de que estaba tecleando letras sin ningún sentido y no tuve más remedio que parar.

—Supéralo, Stevens —me reñí—. Urgentemente.

Lo que hice el resto del día, y básicamente los dos siguientes, fue pensar. Pensar en lo que quería: míster perfecto; en lo que ya no tenía: James y Bentley, y en lo que de una manera absolutamente idiota y kamikaze mi

cuerpo empezaba a desear hasta el punto de ponerme realmente complicado centrarme en cualquier otra cosa: Bentley Sandford.

¿Cómo podía estar ocurriendo aquello? Yo había decidido romper con Bentley. Yo había decidido que lo nuestro no tenía arreglo. Yo quería algo diferente. Yo. Yo. Yo... Él. Mejor dicho: ÉL, el muy maldito. Se había empeñado en ponerme las cosas difíciles. ¡Me estaba provocando! Lo peor de todo era que se trataba de situaciones que, en teoría, se daban por puro azar, luego yo no podía tirarle un zapato a la cabeza y exigirle que me dejara en paz. Coger juntos el ascensor, ir a su despacho por temas exclusivamente laborales... No podía argumentar queja alguna. ¿En cuanto a lo demás? ¿Cómo iba a protestar por que me guiñara un ojo en la reunión con el departamento de Producción, si lo había hecho después de pescarme embohada con cómo hacía bailar el bolígrafo entre los dedos de sus manos grandes y masculinas? ¿Y con respecto a lo de olerme? Seamos sinceras, yo lo olí primero (y, ¡oh, Señor!, qué bien olía).

Sin embargo, más allá de la situación o de quién hundiera primero la nariz en el cuello de quién, al final, Bentley siempre conseguía que todo se volviese borroso y sólo importase lo cerca que estaba, sus labios a punto de tocar mi piel, aunque nunca lo hiciera; en definitiva, lo rápido que lograba que me latiese el corazón.

¡Qué asco! Sí, habéis leído bien: *Qué-as-co*. Yo no quería aquello. Se suponía que un día, mientras estuviese sumando números en mi ordenador, aparecería un hombre elegante, guapísimo y sofisticado. Me miraría y, con un suave acento británico diría «señorita Stevens, es usted la mujer más guapa que he visto nunca». Yo sonreiría, me levantaría y él me cogería como Richard Gere a Debra Winger al final de *Oficial y caballero*. Después, un coche precioso, una casa en el Upper East Side y sexo, amor y risas el resto de mi vida.

Estaba claro, tenía que deshacerme urgentemente de ese incómodo sentimiento, como de la canción de Taylor Swift, cada vez que veía a Bentley. Él no era mi mister perfecto. Ya lo habíamos intentado, no había funcionado y había dolido demasiado como para repetir experimento. Lo quería tanto que habría saltado al interior de un volcán por él y él me había hecho más daño del que nadie me había hecho jamás. Hay que ser listas. Hay que sobreponerse a los errores, por muy guapos que sean, por mucho que sientas mariposas en el estómago cada vez que recuerdas cómo os reíais en la

cama, charlando de cualquier cosa hasta las tantas. Malditos recuerdos. Tengo que comprobar si entre las prestaciones médicas del Riley Group están las lobotomías.

* * *

—¡Arriba! —gritó Maddie inmisericorde al otro lado de la línea telefónica.

—Te odio —murmuré.

—Y yo tengo una sorpresa para ti —contraatacó—. Nos vemos en mi piso en cuarenta minutos. Tengo que recoger una cosa.

Sin esperar respuesta por mi parte, colgó porque en el fondo ya la tenía. Sabe que me encantan las sorpresas. Soy demasiado curiosa (y sí, lo sé, la curiosidad mató al gato. Mi abuela debe de habérmelo dicho algo así como un millón de veces, y siempre con razón).

Me preparé para el trabajo; era sábado, pero parece que los CEO atractivos no entienden de derechos laborales de los trabajadores y nos tocaba ir a la oficina, y crucé el Village de Este a Oeste hasta el apartamento de Maddie. Ella aún no había llegado, así que decidí sentarme en los escalones de su rellano a esperarla. Podía ir al apartamento de los Hannigan, pero era más que probable que estuviesen durmiendo (ellos no tenían jefes tan tiranos como espectacularmente atractivos. Un detalle que, por mucho que me queje, sigue calentando mis largas noches de invierno).

Lo que no calculé era que estar sentada en un rellano sería el primer paso para estar sentada en un rellano pensando y, después, estar sentada en un rellano pensando en Bentley. Deseo y miedo a volver a pasarlo más, una combinación buenísima para escribir libros romántico-eróticos y qué mala cuando describe tu situación sentimental.

Llevaba aproximadamente así unos quince minutos cuando oí un ruido escaleras abajo y, un par de segundos después, James apareció comiéndose una manzana verde con una mano y sujetando una bolsa de papel en la otra. Otro que es más guapo de lo que se merece.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con el ceño fruncido.

—Estoy esperando a Maddie.

Arrugó la frente un poco más en una clara señal para que continuase.

—Tenemos trabajo en el Riley Group y hemos quedado aquí porque quería coger no sé qué de su apartamento.

—Como no se lleve las bombillas —bromeó—. Los hombres de la empresa de mudanzas que envió el gran Gatsby se lo llevaron todo.

—Deberías dejar de llamarlo el gran Gatsby —lo advertí—, así sólo engrandeces su leyenda.

Ambos sonreímos. Nadie, ni siquiera el mismísimo Ryan, podría negar que es un apodo que le viene que ni pintado.

James se dejó caer a mi lado y me ofreció la bolsa. Miré y no sé por qué lo hice. El señor Hannigan puede beber hasta caer rendido y fumar más cigarrillos de los que debería, pero a la hora de comer le va lo sano.

—¿Por qué nunca compras Twinkies? —me quejé.

—Porque no quiero que me dé un infarto.

Solté un bufido y volví a dejarme caer contra la pared. Lo sabía.

—¿Estás bien?

No, pero tampoco quería hablar de ello. Hablar de sentimientos está sobrevalorado.

—Sí —contesté—. El trabajo.

—¿Seguro, Stevens?

—Seguro, Hannigan.

Los dos nos quedamos callados y yo claudiqué y le robé un puñado de moras de la bolsa. Me comí una y casi en el mismo instante caí en la cuenta de algo. Era sábado.

—Oye, ¿qué haces yendo a comprar fruta a las nueve de la mañana de un sábado?

—Molly se quedó a dormir y quería preparar algo de desayuno.

Vaya. Eso no me lo esperaba.

—¿Estás saliendo con ella? —inquirí de pronto, y eso tampoco sabía por qué lo había hecho—. Si es así, me alegro muchísimo por los dos —añadí veloz. No soy ninguna perra egoísta y Molly es genial—. Sobre todo por ti. Es más guapa y simpática de lo que te mereces.

James sonrió.

—Molly y yo sólo somos amigos. No iba a dejar que volviera al campus de Columbia sola a las tres de la mañana.

¿Seguro, Hannigan?

—Es muy guapa —repetí para calibrar su reacción.

—Es cierto.

—E inteligente.

—Totalmente de acuerdo.

—Y divertida, de esa manera tan adorable en la que lo son los inadaptados.

Sonrió. ¡Le gustaba! Le gustaba muchísimo, y yo no quería que me molestase, pero lo cierto es que lo hacía. No soy ninguna perra egoísta, repito, James tenía derecho a rehacer su vida. Quería que lo hiciese. Resoplé. Dios, ¿por qué a veces era tan complicado?

—Supongo que no podría culparte si quisieras salir con ella —sentencié, y quería que lo hiciese.

—No estoy saliendo con ella.

No se me escapó el «no estoy saliendo con ella» y no «no quiero salir con ella». No podía pretender que James siguiese soltero eternamente sólo porque no quisiera verlo con otra chica. Ya le lancé una maldición india a Justice Joslin precisamente con ese objetivo. Dos era abusar.

—James... —empecé a decir, pero el sonido de mi móvil me distrajo—. ¿Diga? —contesté.

—Me quedan cinco minutos y ya tengo la sorpresa conmigo —respondió Maddie, cantarina, al otro lado.

¿Serían fotos de Ryan desnudo? Podrían animarme bastante.

—No te vayas —me apremió—. Y no desayunes sin mí.

—Sí, vale... Sí, sí, está bien.

Colgué y abandoné mi móvil en mi bolso.

—Maddie está a punto de llegar y dice que nos trae una sorpresa —lo informé.

—Me temo lo peor —contestó burlón al tiempo que se levantaba.

Sólo se había alejado unos pasos en dirección a su apartamento cuando me hizo un gesto para que lo siguiera. Yo lo pensé un segundo, pero acabé negando con la cabeza. No, no, gracias. No más chicos guapos por un tiempo. Además, de una manera un tanto retorcida, no estar con James me recordaba a que tampoco estaba con Bentley. Y necesitaba dejar de pensar en Bentley urgentemente.

—Prefiero ser la primera en ver esa sorpresa.

Asintió.

Continúo caminando y yo empecé a pensar que, quizá, James era la

persona más adecuada para hablar de lo que me pasaba. Él me conocía mejor que nadie y, aunque lo detestase, también conocía a Bentley. Sin mencionar el hecho de que, aunque jamás lo reconocería delante de él, James era una persona muy inteligente emocionalmente y, por lo tanto, daba grandes consejos; que luego nunca se los aplicara a sí mismo, era harina de otro costal.

—James —lo llamé cuando ya casi había alcanzado la puerta.

—¿Qué? —inquirió girándose.

Quería hablar, lo juro, pero no sabía cómo. Nunca he sido una de esas chicas que se sientan y hablan de cómo se sienten. Maddie era muy buena haciendo eso.

—No lo sé —me sinceré con una sonrisa.

James me devolvió el gesto lleno de ternura.

—¿Sabes, Stevens? No es tan difícil si lo intentas, pero tienes que querer intentarlo.

Sopesé sus palabras y casi en el mismo momento alcancé una determinación. No necesitaba hablar. Las cosas iban a arreglarse porque iba a dejar de pensar en Bentley. Hablar y darle vueltas a ese tema era una tontería. Sólo tenía que concentrarme. Además, como ya dije, hablar de sentimientos está sobrevalorado.

—Eres un psicólogo de pacotilla, Hannigan —repliqué.

—El que te mereces.

—¿Por qué no te vas a desayunar con esa chica con la que no estás saliendo?

—¿Y tú por qué no te compadeces de tu vida en tu escalera?

—Porque desde aquí puedo reírme de todas tus desgracias.

Fingió recapacitar sobre mis palabras.

—La primera: conocerte.

Yo abrí la boca simulando estar ofendidísima.

—Ilumino tu vida con mi indudable estilo —sentencié.

James sonrió, casi rio. Había ganado la batalla.

—Después nos vemos, Stevens.

—No lo dudes, Hannigan.

Abrió la puerta de su apartamento y un suave olor a café lo inundó todo en cuestión de segundos.

—¡Tu casa huele a café, desalmado! —grité desde el rellano y, aunque

no lo vi, supe que había sonreído.

Dejé caer de nuevo la cabeza contra la pared y esperé.

—Mira lo que tengo —canturreó Maddie apenas diez minutos después desde el piso de abajo, subiendo las escaleras—. Desde la *France* —añadió imitando el acento de dicho país—, tenemos deliciosos *macaroons*.

—¿Ésa es tu sorpresa? —me quejé sin moverme de la pared.

La mañana no estaba yendo como anhelaba.

—¿Y qué esperabas? —preguntó colocándose frente a mí con dos cajas de Laduréé, la pastelería del Upper East Side.

Finn se detuvo implacable e impecable tras ella con otras dos.

—Fotos de tu marido —respondí sin ningún remordimiento—. A poder ser, desnudo.

Maddie entornó los ojos, fingidamente hostil, mientras Finn disimulaba una sonrisa.

—Empiezo a pensar que ves a mi marido con ojos lujuriosos.

—Es mi jefe y me hace trabajar en sábado. Tengo todo el derecho a imaginarlo con uno de esos calzoncillos suizos carísimos.

En ese momento, ya eran dos los que se aguantaban un ataque de risa en toda regla por mis reivindicaciones. Menudos desalmados.

—He traído *macaroons* de frambuesa —contraatacó Maddie.

Fruncí los labios sopesando su contraoferta.

—Me vale —afirmé levantándome.

Me detuve frente al hombre para todo de Ryan y cogí las dos cajas de dulces.

—Finn, eres la imagen de la profesionalidad.

El chófer del señor Riley me miró y me sonrió fugaz, breve, pero con un punto divertido. Sospechaba, y aún sospecho, que ese hombre escondía una vida sentimental de lo más truculenta tras ese traje negro.

Desayunamos con los Hannigan y Molly. Me costó un poco ese «y Molly», pero creo que lo llevé bastante bien. Además, para ser sinceros, tardaron algo así como quince minutos en marcharse... juntos.

El día tenía la horrible pinta de ser igual de aburrido que todos los demás, sólo que encima era sábado. No me malinterpretéis, me gusta mi trabajo, pero, en ese sentido, soy una mujer muy cosmopolita y tengo una mentalidad laboral más mediterránea: se trabaja para vivir, no se vive para trabajar, y los sábados son para tomar el sol en el *château*, para comer

spaghetti en la plaza del pueblo, para pisar uvas mientras alguien toca la mandolina... y el resto de cosas que hagan los europeos del Mediterráneo. En cualquier caso, los sábados no son para trabajar en una oficina con cuatro pingados que, como tú, están más pendientes de cuándo va a fundirse por fin el tubo fluorescente del techo que de hacer el trabajo que tienen que hacer.

Me entró un email. Lo abrí, lo revisé, tuve un ataque de ira y lo cerré. ¿Se estaba quedando conmigo? Imprimí una copia, básicamente para poder tener algo que tirarle a la cara, y fui hasta su despacho.

Entré con el «Maddie, necesito hablar con Bentley» preparado, pero su mesa estaba vacía. Seguro que estaba en el despacho de Ryan. Achiné los ojos. A veces pienso que el señor Riley sólo nos hace trabajar en sábado porque le mola tener sexo en su oficina con sus empleados pululando por aquí. Encima de cabronazo, deliciosamente pervertido. Lo tiene todo.

Llamé a la puerta de Bentley y entré antes de que pudiera darme paso. Mi siguiente gesto fue lanzarle el presupuesto con la tinta aún fresca a la mesa.

—No —espeté cruzándome de brazos.

Bentley me miró y me dedicó su media sonrisa.

—¿Por qué no?

Era una pregunta de lo más comprensible, pero yo tuve la sensación de que me estaba desafiando.

—¿La palabra *inacceptable* te dice algo? Porque eso es exactamente lo que es ese presupuesto.

Durante el siguiente minuto no dijo nada, sólo me miró, con esos brillantes ojos verdes ablandando mis defensas.

—Ven —me ordenó de pronto.

Automáticamente fruncí el ceño.

—No —respondí sin pensar.

¿Quién se creía que era? Estábamos hablando de trabajo, yo estaba siendo una profesional y él me decía «ven»... ¿Ir?, ¿adónde?

Bentley rompió a reír y el suave y masculino sonido llenó la habitación.

—Quiero enseñarte algo —se explicó cuando sus carcajadas menguaron, señalándome vagamente la pantalla de su Mac con la mano.

Lo miré recelosa, pero eché a andar hacia él. Rodeé la mesa y observé la pantalla. Sin embargo, tomándome por sorpresa, me cogió de la cintura y me sentó en sus rodillas.

—Pero... —protesté forcejeando para levantarme.

Pero Bentley me ignoró por completo, tecléo algo, un nuevo archivo se abrió y una fotografía apareció en la pantalla, robando toda mi atención. Era preciosa. Diferente. Se veía el esqueleto de un rascacielos en construcción, que, por la perspectiva, parecía tocar el cielo. Los obreros trabajaban en él y a su lado un grupo de niños jugaban al *soccer* con una pelota hecha con tela y cinta de embalar. Estaba atardeciendo y el sol bajaba colándose por el metal del edificio, a punto de sumergirse en un mar de casitas blancas con los techados de color tierra, llenando toda la instantánea de un suave color dorado.

—Es Río de Janeiro —susurró en mi oreja, erizando mi piel—. Ese edificio que aún está creciendo cambiará la vida de esa favela. Ya la está cambiando. Les traerá trabajo, prosperidad, un futuro mejor. —Sus manos avanzaron por mi cintura, acariciando mi vientre y mandando la señal a mi cerebro de que la piel bajo ellas sólo se sentiría plena si era él quien la tocaba—. ¿De verdad crees que no merece la pena contar algo así? ¿Demostrarle al mundo que todavía podemos hacer cosas buenas? ¿Crecer? ¿Ser mejores?

De pronto no supe si estaba hablando de la fotografía o de nosotros. Todo se volvió un poco más intenso y el presupuesto, un poco menos importante.

—Sí, la merece —murmuré.

Sus manos se hicieron más posesivas en mi cintura. Mi respiración se aceleró suavemente. Hundió su nariz en mi pelo, o por lo menos ésa fue la sensación que me dio, porque lo siguiente que hizo fue ponerme en pie, cerrar la fotografía y continuar trabajando con total normalidad.

¿Qué acababa de pasar? Di un paso hacia atrás, aturdida y con los ojos aún clavados en él. Creo que pasamos así el siguiente minuto.

Bentley se giró hacia mí y, sin liberarme de su mirada, se dejó caer en su sillón.

—¿Necesitas algo más, Rubia? —inquirió y, no sé si fue la manera en la que pronunció esa última palabra, pero comprendí que me estaba provocando de nuevo.

Entorné los ojos y cuadré los hombros, todo a la vez. Estaba muy por encima de todo eso, de todas las fotografías maravillosamente deslumbrantes, de los chicos guapos, de sus manos en mi cintura y de todas las situaciones difíciles en las que quisiera ponerme.

—No necesito absolutamente nada —le espeté.
Recuperé de su mesa los papeles que le había lanzado y volví a la mía.
Definitivamente, aquella mañana las cosas no estaban yendo como esperaba.

* * *

—Deja todo lo que estés haciendo —me pidió Maddie asomándose a mi cubículo desde la pared frontal.

Eran casi las seis, ya había anochecido y yo seguía allí, ajustando los presupuestos de *Spaces*, y sin poder dejar de pensar en aquella fotografía.

—¿Qué me ofreces? —dije alzando la mirada, cuadrando los hombros y cruzando las manos sobre la mesa, como si estuviésemos en una genuina reunión de negocios.

—Es el cumpleaños de Thea y Spencer va a darle una sorpresa increíble. Quiere que todos vayamos a su casa y...

—Me has convencido —la interrumpí. Cualquier cosa era mejor que aquello.

Más o menos una hora después estábamos en la calle 23 Oeste, en pleno Flatiron District, en una pequeña y preciosa zona de casas de ladrillo visto cerca del Madison Square Park.

Spencer gritó un sonoro «¡entrad!» con su voz de leñador cuando llamamos. Cruzamos un inmenso salón en el que resaltaban un centenar de juguetes dispersos por los sofás y el suelo, y por la puerta trasera llegamos a un maravilloso jardín, con dos enormes árboles y el suelo lleno de hojas. Parecía un anuncio de la campaña de otoño de Macy's.

El mayor de los Riley estaba dejando en una esquina varias bolsas de papel. Parecía muy concentrado.

—¿En qué quieres que te ayudemos? —preguntó Maddie.

Yo me incliné discretamente sobre ella.

—Ah, pero ¿tenemos que ayudar? —murmuré.

Creí que venía a una fiesta tipo «somos los Riley y tenemos tanto encanto como dinero», con camareros y *champagne* rosado, no a ayudar.

Maddie me miró y asintió con una sonrisa mientras caminaba hacia su cuñado.

—Si mi vida fuera un bucle infinito de días de vino, rosas y sexo alucinante con uno de esos Riley, tampoco podría dejar de sonreír —gruñí bajito para que sólo ella pudiese oírme.

Spencer quería hacer algo muy especial y había decidido montar una especie de cine al aire libre. Su idea era colgar una sábana blanca kilométrica, aprovechando los árboles como postes, y en ella proyectar la peli, que veríamos tumbados en mantitas, que había comprado para la ocasión, sobre el césped. Aunque había protestado por tener que trabajar, lo cierto es que me parecía superromántico. Y eso que Spencer no había querido soltar prenda acerca de qué película veríamos.

Estábamos a punto de ponernos manos a la obra cuando el timbre volvió a sonar. Spencer dio paso otra vez y mi mirada, no sé por qué, voló hasta la puerta justo a tiempo de ver a Bentley salir al jardín cargando una caja llena de cables de metal.

—Creo que éstos serán suficientes para sostener la sábana —le indicó a Spencer.

—Tráelos aquí —le pidió el mayor de los Riley.

Él no me vio a mí y yo decidí que era un momento perfecto para devorarlo con la mirada. Sus zapatillas ridículamente blancas, sus vaqueros, la forma en la que sus brazos se tensaban sosteniendo la caja, cómo una porción de su duro abdomen quedó al descubierto cuando la alzó para dársela a Spencer, que lo esperaba subido a la escalera. Era verdad que no merecía el aspecto que tenía, pero poder verlo en directo resultaba el mejor de los espectáculos.

—¿Qué manta prefieres? —me preguntó Maddie.

Tardé un segundo de más en dejar de mirar donde estaba mirando y prestarle atención a mi amiga.

—¿Que que qué?

Demasiados *ques* para parecer inocente.

Maddie sonrió y cogió una azul con el aspecto de ser la mejor mantita en todo el universo.

—Quizá debería preguntárselo a Bentley —murmuró con ese aire de sabioncilla.

—No compartiría mantita con él ni por un millón de pavos —le dejé claro cogiendo la primera que vi, una roja.

Maddie se encogió de hombros con la misma sonrisilla perspicaz en los

labios.

Extendí la manta. Vaya, ésa no parecía tan cómoda. De pronto, estaba muy enfadada. Le arrebaté la suya a Maddie y le di la mía.

—Estoy sola en un patio lleno de parejitas felices, me merezco la mejor mantita —argumenté en mi defensa.

—Estás sola porque quieres —repuso sin ninguna piedad.

—¿Qué? —repliqué sin poder creerme lo que acababa de decir.

—¿Que que qué? —se burló imitándome.

La fulminé con la mirada, pero a ella pareció importarle muy poco y siguió preguntando qué manta quería cada uno.

Una insufrible hora después de ver a Bentley paseándose en plan «soy un trabajador rudo y masculino y cuelgo cosas de cosas con mis propias manos» —por Dios, incluso había trepado al árbol ¡dos veces!—, lo teníamos todo listo. Había mantitas, palomitas y vino blanco a una temperatura perfecta.

Cuando Thea apareció, lo miró todo boquiabierta, incluso cuando Spencer la cogió en volandas y giro con ella, felicitándola por su cumpleaños.

—Bueno, ¿y vas a decirnos ya qué película vamos a ver? —inquirió Max a dos mantitas de distancia de la mía.

—Vamos a ver *Dirty Dancing* —respondió Spencer.

Ryan, Bentley, Max, incluso Maddie y yo, empezamos a soltar «ooohh» y burlones «qué bonitaaa», «qué romááántica» a diestro y siniestro.

—Capullos, es la película favorita de Thea —se explicó Spencer entre risas.

Activó el proyector. La gruesa sábana se volvió negra y, casi en el mismo segundo, comenzaron a aparecer imágenes de parejas bailando sin un centímetro de aire entre los dos, con los títulos de la peli en un inolvidable rosa chicle y *Be my baby*, de The Ronettes, sonando de fondo.

Mi mantita estaba junto a la de Maddie y Ryan, prudentemente alejada de la de Bentley, junto a Max, y Spencer y Thea al otro lado del patio. Mi amiga le dijo algo a su marido y él rio suavemente, como el chico de treinta y pocos que a veces olvidaba que era. Fue como ver pasar el cometa Halley o contemplar el Manhattanhenge; algo que, cuando lo presencias, es tan maravilloso que sientes que has hecho algo importante.

«Era el verano de 1963», empezó a decir Baby en la pantalla y ya todos estábamos embobados. Ésa es la magia del cine; independientemente de la

película, no puedes evitar sentirte como un crío, pequeño, feliz y obnubilado por la gran pantalla. Además, la noche estaba siendo preciosa, llena de estrellas y con una suave brisa atemperando el ambiente de finales de abril. Las mantitas, el vino, las palomitas... Spencer lo había hecho de escándalo.

No pude evitar sentirme bien y, casi en el mismo momento, melancólica. Si aquello hubiese pasado un puñado de meses atrás, yo habría compartido mantita con Bentley. Hubiera estado sentada junto a él, disfrutando de él.

De pronto mi propia mantita ardía. Me levanté de un salto, balbuceé una pobre excusa y me perdí al fondo del cuidadísimo (e inmenso) jardín, a la espalda de la pantalla.

Yo no era una de esas chicas que no saben estar solas, podía estar sin un hombre, pero justo en ese momento no se trataba de tener o no tener novio; sobre la mesa estaba puesto el hecho de que antes tenía algo maravilloso y ahora no y, aunque había sido yo quien había decidido no recuperarlo, dolía, y mucho. Lo mío con Bentley se acabó porque él se equivocó y me hizo daño, no porque por una milésima de segundo hubiésemos dejado de querernos.

Hundí la punta de mis salones en el césped y levante una decena de hojas. No me gustaba sentirme así. Tampoco soy de las que miran atrás y lloran por lo que ya no tienen, pero últimamente estaba cometiendo demasiado ese error, amén de otros muchísimos más peligrosos.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Bentley deteniéndose a unos metros de mí, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros.

Hablando de errores...

—No me apetecía seguir viendo la película.

—Debes de ser la única chica en todo el planeta Tierra a la que no le apetece ver *Dirty Dancing* —comentó socarrón.

Volví a hundir la punta de mi zapato en la tierra y a levantar unas cuantas hojas más.

—Puede que el problema no sea la película —me defendí.

—¿Y cuál es?

Me miró y sonrió, y el desafío y la socarronería de la pregunta se hicieron aún mayores. El lobo con piel de cordero, ¿recordáis?

—Tú —dije sin más.

No soy una chica débil y no soy de las que agachan la cabeza y murmuran obnubiladas.

—¿Yo?

—Llevas provocándome semanas —protesté—. Sé que no puedo echarle nada en cara, porque eres demasiado listo como para dejar pruebas que te incriminen, pero quiero que pases.

Bentley se humedeció el labio inferior sin apartar sus ojos de mí.

—Sé hacer el paso de *Dirty Dancing* —replicó ignorando por completo mis quejas.

—¿Qué? —inquirí confusa. ¿Estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo?

—Sé hacer el paso de *Dirty Dancing* —repitió muy despacio, saboreando mi confusión—. Cuando ella corre, él la toma por la cintura y la levanta.

—¿Has oído algo de lo que he dicho? —volví a quejarme.

El muy maldito volvió a sonreír.

—Claro que lo he oído.

—Pues, para tu información —pronuncié cruzándome de brazos y poniéndome, quizá, un poco a la defensiva—, decirme que sabes hacer el paso de baile más sexy y romántico de toda la historia de la humanidad es provocarme.

Bentley dio un paso hacia mí y todo lo que él era creció un poco más.

—No, Rubia —sentenció sin darme una mísera oportunidad—. Provocarte habría sido decirte que te pusieras ahí —un paso más—, vinieses corriendo hacia mí y saltaras para que yo te levantase. —El último paso.

Baby acababa de preguntarle a Johnny dónde aprendió a bailar y la canción de Bruce Channel *Hey Baby* estaba sonando, llenando el patio de una casa de la 23 Oeste con los años sesenta.

Lo miré asimilando sus palabras, lo cerca que estaba. Desde luego la película no me estaba poniendo las cosas fáciles.

—Me da igual que sepas hacerlo —contesté.

«Estoy por encima de esto», me recordé, de los chicos guapos, de los pasos de baile.

—Entonces no tendrás ningún problema en que lo hagamos —me retó.

—Por supuesto que no —respondí alzando la barbilla.

Ningún chico de Nueva York puede con una chica sureña.

Con un gesto de cabeza, Bentley me ordenó que me alejara unos pasos mientras él hizo lo mismo en el sentido opuesto. En la pantalla, Baby y

Johnny estaban en el lago ensayando exactamente el mismo paso.

Me quité mis Dior y los dejé sobre el césped. El frío bajo mis pies me hizo estar aún más nerviosa, como si hubiese dado un imaginario paso más hacia el interior de toda esa locura.

Lo observé. Estábamos separados por una decena de metros y podía sentir toda su seguridad. Aparté la vista, mordiéndome el labio inferior, llevándome las manos a las caderas, pero de inmediato me obligué a volver a mirarlo, recordándole al mundo y a él que no soy ninguna niña asustadiza. Eso no era una buena idea, lo sabía, pero una parte de mi cuerpo, puede que toda yo en realidad, habíamos decidido que *a)* no iba a rendirme; yo nunca me rendía, y *b)* ¿a quién demonios le importaba? Si tenía la posibilidad de vivir ese momento *Dirty Dancing*, quería hacerlo. Es como quedarte encerrada en un ascensor con Adam Levine e inevitablemente abalanzarte sobre él. Hay cosas a las que una no puede negarse.

Moví nerviosa los dedos de mis pies descalzos sobre la hierba. Tomé aire. Tomé aire una vez más, ¡Dios, qué nerviosa estaba!, y salí disparada. Salté, me apoyé en sus hombros una sola décima de segundo y él me levantó por encima de su cabeza. Extendí mi cuerpo y las manos justo antes de soltar un gritito de pura emoción, ¡y sucedió! ¡Allí estaba yo! ¡En el aire! ¡Era Frances *Baby Houseman*! ¡Era maravilloso!

Bentley me mantuvo en el aire mientras yo no podía dejar de sonreír y después, despacio, muy despacio, empezó a bajarme. Mi cuerpo alcanzó la verticalidad del mismo modo en que lo había hecho con la horizontalidad, por puro instinto. Me apoyé en sus fuertes hombros y sus ojos verdes atraparon los míos. Sus manos se hicieron más posesivas en mi cintura mientras mi cuerpo se deslizaba contra el suyo hasta que mis pies descalzos volvieron a tocar el suelo. La canción seguía sonando, pero creo que ninguno de los dos la oía.

Quería decir algo, darle las gracias, puede que una palmadita en el hombro y separarme de él, pero era incapaz. No podía alejarme de él. No podía apartar mis ojos de los suyos. No podía hacer algo tan sencillo como dar un paso atrás y caminar.

Creo que Bentley tenía la misma sensación que yo y eso fue lo que me hizo despertar de esa especie de fantasía ultrarromántica protagonizada por mi propio Patrick Swayze y conseguí recuperar el control de mí misma.

Me separé de él desoyendo lo que mi corazoncito me pedía a gritos y

recorrí el césped de prisa hasta donde había dejado mis Dior. Me agaché para recogerlos y seguí huyendo, caminando sin ni siquiera ponérmelos.

—Lauren, no voy a salir corriendo tras de ti.

Su frase sonó como la advertencia que era.

Me detuve en seco y me giré.

—¿Por qué?

No tendría que haberlo preguntado, pero una parte de mí necesitaba saberlo desesperadamente.

—Porque soy un hombre, no un crío.

Esas siete palabras me atravesaron, me calentaron, me hicieron daño y alimentaron un poco más todo lo que ya sentía por él. Yo no dije nada, la convulsión que había sentido mi cuerpo era suficiente respuesta para mí, y continúe mi camino.

No me encontraba con ánimos de ver cómo Baby y Johnny triunfaban en el club con su mambo, así que me agaché sobre mi mantita y recuperé mi bolso.

—Me marchó. Hablamos mañana —le dije lacónica a Maddie, que estaba apoyada sobre las rodillas de Ryan.

Le lancé un beso y me levanté antes de que pudiera tentarme para que me quedara.

—Lauren —me llamó en un susurro saliendo tras de mí.

Debí contar con que saldría en mi busca.

Me giré a regañadientes. En ese momento, Bentley regresaba a su mantita como si tal cosa. No parecía que hubiese dejado clavada a ninguna chica con una sola frase después de jugar a los pasos de mambo salvaje con ella.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí automática—. Sólo estoy cansada.

Ella me observó durante largos segundos. Estaba claro que era una excusa demasiado mala para *Dirty Dancing*.

—¿Es por Bentley?

—No quiero hablar de eso.

Maddie soltó un profundo suspiro mirando a su alrededor, buscando una posible solución.

—No quiero dejarte sola. ¿Por qué no te vienes a dormir a casa?

—¿Al castillo del señor irascible-sexo increíble? —repliqué torciendo

los morritos—. No, gracias.

—Ey —se quejó ella—. También es el castillo de... —se tomó un puñado de segundos para pensarlo— la señora siempre trato de ser amable-me gusta el sexo increíble —añadió sólo para hacerme sonreír. Lo consiguió.

—Tenemos que buscarte un apodo.

Las dos volvimos a sonreír.

—¿Eso es un sí?

Asentí.

—Sí.

—¿Terminamos de ver la peli?

Miré mi mantita y la pantalla. «No soy de las que se rinden», me recordé.

—Sí, ¿por qué no? —contesté displicente.

Las chicas del sur no huimos.

Dos horas después, minuto arriba, minuto abajo, estábamos en Chelsea. Maddie y yo subimos al cuarto de invitados y Ryan, con una mirada, juro que fabricada de puro sexo y lencería en llamas, le dijo a mi amiga que estaría en su estudio.

Tras una de las charlas más estúpidas, y que más me han hecho reír, que recuerdo y ver a Jimmy Fallon desde la cama, Maddie se fue a su habitación y yo me dormí.

Siete horas después volvió para despertarme de una manera muy poco elegante.

—¡Hemos quedado con los Hannigan en el almacén de James! —gritó después de lanzarme por enésima vez la almohada a la cara—. Te espero abajo para desayunar, chica.

—No me imites —refunfuñé.

Pero la infame ya había huido pasillo abajo.

Me di una ducha, me puse la ropa que Maddie me había prestado y bajé recogíendome el pelo en una cola de caballo. El salón olía a café y a crepes de chocolate. Estaba en el paraíso.

—Buenos días —dije caminando hasta la isla de la cocina.

—Buenos días —respondieron al unísono Maddie, la señora Aldrin y Ryan, este último sin levantar su vista del *New York Times*.

Me senté en el taburete vecino al de Maddie y la cocinera dejó delante de mí una deliciosa taza con un delicioso capuchino.

—¿Qué tal has dormido? —inquirió mi amiga.

—Hasta que has abusado de la confianza que nos teníamos y me has despertado, muy bien, gracias —contesté grandilocuente, dándole un sorbo a mi café.

Maddie sonrió encantadísima.

—¿Querrá nata con las crepes, Lauren?

—Sí, por favor, señora Aldrin.

Un móvil empezó a sonar y, para sorpresa de todos, sobre todo de Ryan, no era el suyo, sino el de Maddie.

—¿Diga? —contestó cantarina—. Sí, soy la señora Riley. —Ryan sonrió satisfecho, orgulloso y posesivo, todo a la vez. Cinco palabras nunca habían hecho tan feliz a un hombre... Sí, puedo atender ahora esa llamada. —Se bajó de su asiento al tiempo que tapaba el teléfono contra su pecho—. Es el director de *The Week* —nos aclaró en un susurro y desapareció en la planta de arriba.

En cuanto Maddie salió del salón, la estancia entró en un extraño silencio. Lo cierto es que en mi mente aún revoloteaba todo lo que había sucedido el día anterior... ¿Revoloteaba? Qué bonito eufemismo. No había podido dejar de pensar en Bentley un solo segundo. Ni en él ni en Patrick Swayze. ¡Maldita seas, *Dirty Dancing!* Hiciste mi vida mucho más complicada.

—Ay... —solté un suspiro.

El silencio continuó. Me giré hacia Ryan y lo observé concentrado en el periódico. No había suspirado con la idea de que me consolasen, pero, una vez hecho, no habría estado nada mal un «¿qué te pasa, Lauren?».

—Ay —repetí un suspiro, deliberadamente más largo.

Cero respuesta empática.

—Ay —me reiteré.

Nada. Olvidemos la empatía. ¡Estaba pasando completamente de mí!

—Ay —suspiré por cuarta vez, y el sonido fue tan largo que rozó lo ridículo—. ¿Qué pasa contigo, Riley? —me quejé—. ¿Qué hay que hacer para que consueles a alguien?

Ryan pasó la hoja del *Times* con esa arrogancia que lo separa del resto de los mortales y centró sus ojos azules en el siguiente artículo.

—Supongo que suspirar por algo que realmente sea un problema —contestó sin prestarme más atención de la necesaria.

—¿A qué te refieres? —demandé indignada.

—Ese tono de voz me dice que lo sabes de sobra.

Entorné los ojos, con la taza suspendida en el aire a punto de tocar mis labios.

—Eso ha sido muy poco elegante, Riley.

Ryan disimuló una sonrisa sin levantar su vista del periódico.

—¿Qué quieres que te diga? —inquirió.

Su pregunta me pilló por sorpresa. No sabía si lo había hecho para acelerar la situación o porque verdaderamente estaba interesado en la respuesta. Lo pensé un instante.

—Supongo que que no me preocupe, que todo irá bien, que estoy haciendo lo que debo hacer.

Ryan se levantó y cerró el periódico de forma elegante y sofisticada y, mientras se retocaba los gemelos, se inclinó sobre mí.

—Supongo que sí —susurró—, pero a ninguno de los dos nos va el autoengaño, señorita Stevens.

Dejándome sin palabras, continuó andando y desapareció en su estudio. Yo lo observé mientras se marchaba, incapaz de decir palabra. Claro que el autoengaño no iba conmigo. «No soy ninguna Roger H. Prick y no necesito convencerme de lo que quiero porque sé lo que quiero... y entonces, si lo sé, ¿por qué le estoy dando tantas vueltas? Estar con Bentley no implica renunciar a míster perfecto. Soy consciente de que Bentley no es para mí, así que no tengo que tener miedo de lo que ya pasó porque no va a volver a repetirse. No vamos a volver a estar juntos. Tener sexo con alguien no implica estar con alguien y, si no estás con alguien, no puedes volver a querer cosas con ese alguien, ni imaginarte un futuro con él, ni poner tu corazón en peligro, ¿verdad?»

—Verdad —me respondí convencida.

Me bajé de un salto del taburete, aterrizando sobre mis tacones, y recuperé mi bolso de la isla de la cocina.

—Señora Aldrin, ¿podría decirle a Maddie que me ha surgido algo y he tenido que marcharme? La llamaré esta tarde.

—Por supuesto, Lauren.

—Gracias —respondí ya camino de la salida.

No le demos a las cosas más poder del que tienen, y esa premisa también incluye a las personas.

En mi apartamento, me di una ducha y me sequé el pelo con el secador moldeando mis ondas con los dedos. Elegí mi vestido más bonito y mis Brian Atwood más altos. Me maquillé y, ya en la calle, paré un taxi de un silbido. La dirección estaba clara: el Upper East Side, al apartamento de un tal Bentley Sandford.

Al llamar a su puerta, estaba nerviosa, pero con las ideas claras. Era sólo una cuestión física; algo sexy y sensual. Todos mis principios quedaban intactos.

Abrió casi un minuto después y por un momento llegué a pensar que el portero lo había avisado al verme pasar y estaba tras la puerta haciendo tiempo para torturarme.

Cuando al fin lo hizo, no dijo nada. Se cruzó de brazos, apoyándose en el marco de la puerta, y me barrió de arriba abajo con la mirada. El condenado estaba más que guapo. Unos vaqueros, una camiseta gris, descalzo, con el pelo revuelto, delicioso.

—Hola —dije aún más nerviosa, aunque disimulando de cine.

—¿A qué has venido, Rubia?

Sonó sexy, despreocupado, tan provocador como era el lobo que se escondía bajo el disfraz de cordero.

—A estar contigo —contesté sin paños calientes—. Sigo teniendo claro lo que quiero y que tú no eres lo que quiero —especifiqué—, pero no puedo dejar de pensar en ti, así que he pensado que podríamos estar juntos sin compromisos, ni explicaciones, sólo para divertirnos.

No dijo nada y yo me lo tomé como un sí. Di un paso hacia su casa, pero él me detuvo alzando su masculina mano.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero estar contigo? —preguntó clavando sus ojos en los míos.

Sentí que habían tirado de la alfombra bajo mis pies. Quería estar conmigo, tenía que quererlo, llevaba persiguiéndome semanas. Eso era lo que había estado haciendo, ¿no? De pronto todo se volvió muy confuso.

—Llevas provocándome semanas —contesté, y fui plenamente consciente de que no era exactamente una respuesta.

Bentley torció los labios muy sexy y canalla, sopesando mis palabras.

—Supongo que depende de la perspectiva con la que lo mires —sentenció.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿En serio? —inquirí confusa y ofuscada y aturdida.

—Hasta mañana en la oficina, Rubia.

Y, sin más, cerró la puerta. ¡Cerró la puerta! Me quedé observando la impoluta madera marrón sin saber qué hacer. Estaba... estaba alucinada. Qué coño. ¡Lo estaba flipando! Y no se trataba de que de repente me creyese la reencarnación de Cleopatra con todo hombre cayendo inexorablemente bajo mi hechizo si así lo deseaba, hablamos de que él me había estado mandando mensajes todo el tiempo, y no tímidas señales de humo desde el otro lado de una montaña, más bien habían sido mensajes de esos que un cuarteto con sombreros a juego canta *a capella*. Recordaba perfectamente cómo me había sentado sobre sus rodillas, cómo me había olido, todo lo que me había dicho. ¡Ayer hicimos *Dirty Dancing*!

Giré sobre mis tacones y salí del edificio. Tenía que pensar, o al menos eso creía. Lo cierto es que no lo tenía muy claro. Jamás, nunca, nadie me había hecho sentir tan confusa.

Una caja de oreos después, la idea de pensar mutó a urdir un plan, y cuando a la mañana siguiente estaba entrando en el Riley Group con mi segundo vestido más bonito y mis Manolos de la suerte, urdir un plan mutó a venganza.

Lauren**Mis Manolos, mis zapatos de la suerte (y las venganzas)**

Dejé mis cosas en mi mesa, me aseguré de tener el maquillaje perfecto y me encaminé hacia el despacho del editor de la revista *Spaces*.

Sabía que Maddie no estaría, tenía consulta con el obstetra para el control de embarazo, así que, automáticamente, el primer muro que salvar había caído.

Llamé a la puerta y aproveché los segundos que tardó en darme paso para retocarme el pelo, que llevaba suelto salvo por un pequeño pasador que me recogía un mechón de cabello a un lado. Un peinado muy años cincuenta y que elegí deliberadamente. Sabía que al señor Bentley Sandford le encantaba.

Entré y cerré tras de mí. No estaba nerviosa. Tenía muy claro para qué estaba allí y lo que quería.

Bentley estaba de pie, al otro lado de su mesa, revisando unos papeles con su grueso rotulador rojo entre los dientes.

No dije nada.

Me paseé despacio, con la punta de los dedos acariciando el borde de su mesa, hasta que él alzó la vista y reparó en mí. Su mirada me recorrió entera rápida y hambrienta y, cuando sus ojos se posaron en el pasador de mi pelo, su mirada se volvió más oscura. Sonreí. Misión cumplida.

—Había pensado que podíamos hablar de lo que pasó ayer —dije fingiéndome dulce y desinteresada.

Bentley torció los labios en ese gesto tan sexy y tan suyo y me ordenó con la cabeza que me sentara. Sin embargo, en lugar de obedecer, caminé hasta su lado del escritorio, apoyé las manos en la madera y me senté en ella,

cruzando las piernas en el mismo movimiento, dejando que mi falda de tubo se subiese apenas un centímetro, que mi rodilla rozara su pierna sin querer (¡ja!, sin querer, aquello estaba más estudiado que el Big Bang).

—Le he estado dando muchas vueltas —me expliqué—, y creo que ayer tenías razón.

Bentley se colocó frente a mí de un paso. Apoyó las manos también en la madera, flanqueando mis caderas, y se inclinó ligeramente sobre mí. Su olor y toda su masculinidad me sacudieron y flaqueé, pero sólo un segundo. Tenía demasiado claro a qué había venido.

—¿Y en qué tenía razón, exactamente? —preguntó desdeñoso.

Alcé la mirada y lo observé a través de mis pestañas.

—En todo —sentencié en un murmullo, fingiéndome sobrepasada por la situación—, en eso de la perspectiva.

Bentley frunció el ceño, pero en seguida identificó la frase. Levantó la mano y, despacio, me acarició la cadera... una caricia furtiva, casi de ladrón de guante blanco, que me hizo estremecer. «Nota mental: no dejar que me toque. Esos dedos tienen demasiado poder.»

—¿En la perspectiva? —repitió a modo de pregunta.

Qué listo era el muy maldito y qué bien se le daba eso. Sin embargo, a mí también. No había visto tantas veces todos los capítulos de «Sexo en Nueva York» sólo para aprender a distinguir cuándo un bolso de Fendi es un auténtico bolso de Fendi.

Asentí y suspiré bajito. Un gesto *made in* Maddie Parker, que a ella le salía de manera inconsciente y que yo había podido comprobar cuánto afectaba a Ryan. Bentley tragó saliva. Perfecto. Con él también había funcionado.

—Sí —continué—. Me di cuenta de que te estaba acusando de provocarme y en el fondo creo que era yo, que era algo mío.

Agité las manos suavemente, simulando que no era capaz de encontrar las palabras adecuadas para expresarme. Lo miré y él me dedicó su sonrisa más peligrosa, estudiándome a mí y lo que estaba o no estaba diciendo. Otra vez estuve a punto de flaquear, pero otra vez me mantuve a los mandos de esa nave.

—Bentley —musité.

Su nombre en mis labios fue una especie de llamada. Se inclinó un poco más sobre mí. Su mano subió hasta anclarse en mi cintura. Estábamos cerca,

muy cerca, muy muy cerca. Eso era lo que yo quería, ¿no? Estar con él, sexo con él. Todo se volvió un poco borroso. Tenía un plan. Una misión. ¿Cómo era aquello? Mis zapatos entraron en mi campo de visión y me dieron la fuerza necesaria. Quería vengarme.

Bentley atrapó mis ojos grises con los suyos de ese verde perfecto y volvió a dedicarme esa sonrisa de chico malo.

—¿Por qué tengo la sensación de que no debería fiarme de ti? —inquirió.

Volví a recordarlo. Demasiado listo. Pero tenía demasiado cerca mi *vendetta*. Sólo necesitaba un toque final y caería en mi trampa. El cazador cazado. No podía esperar para celebrarlo. Lo pensé un segundo y Maddie volvió a mi mente. Otro de sus gestos inocentes iba a ser el último punto de mi astuto plan.

—Bentley —repetí en un murmullo—, contigo cerca no soy capaz de pensar, haces que me sienta... soliviantada.

Sí, señor. Una palabra. Doce letras. Y los ojos de Bentley brillaron de puro deseo, los perdió en mi boca y se inclinó para besarme, pero justo cuando sus labios estaban a punto de rozar los míos, me eché suavemente hacia atrás y sonreí con un toque de malicia.

—Pero entonces me di cuenta de que, en efecto, todas las provocaciones estaban en mi cabeza porque tú no tienes lo que hay que tener para provocarme, muñeco —sentencié, y otra vez me sentí como Ava Gardner.

Me bajé de la mesa de un salto ante un confuso Bentley y eché a andar hacia la puerta, disimulando de maravilla cuánto me estaban temblado las rodillas por lo cerca, cerquísimo, que había tenido esos labios maravillosos.

Sin embargo, cuando ya había abierto la puerta para mi salida triunfal, una palma grande y masculina volvió a cerrarla de golpe a mi espalda. En el mismo segundo, Bentley me giró pegando mi espalda a la puerta sin ninguna delicadeza y clavó sus manos sobre la madera a ambos lados de mi cara. Me sentí sexy y deseada y muy femenina, y la sangre empezó a bombear caliente por todo mi cuerpo.

—Tú no vas a ninguna parte —me advertió.

—Yo puedo ir a donde quiera ir —le recordé.

Bentley sonrió y algo me dijo que eso era precisamente lo que más le gustaba de mí.

—Hoy me siento generoso. Estoy dispuesto a estar contigo.

Le devolví la sonrisa.

—A lo mejor soy yo la que ya no quiere estar contigo.

El ambiente se volvió más húmedo, más caliente.

Bentley torció los labios.

—Creo que otra vez es una cuestión de perspectiva y otra vez tú tienes la errónea, Rubia. El pasador del pelo, el vestido, tus zapatos, tu respiración —afirmó, y nunca nada había sonado tan sensual como esas dos inocentes palabras—... todo me dice que te mueres porque te toque.

Sonreí de nuevo, imprimiéndole al gesto el toque justo de desdén. Estábamos en mitad de un duelo y no pensaba perderlo.

—Te lo tienes demasiado creído.

Pero qué razón tenía. Todo eso era por él. Mi respiración, mi cuerpo y mi corazón estaban acelerados por él.

—Puede ser —replicó. Sus manos volaron a mis caderas y me estrecharon contra él. El termómetro se estrelló contra el techo e hizo demasiado calor como para que el mundo siguiese girando—, pero sé exactamente lo que quieres y voy a dártelo.

Me besó y todo estalló entre los dos. ¿Recordáis todo aquello que dijo Ava Gardner sobre que no podía decirle que no a Frank Sinatra, que era su debilidad? Pues yo nunca había entendido mejor a una estrella de cine.

Sus manos se deslizaron hábiles bajo mi falda y, de un acertado tirón, me rompió las bragas. Gemí contra sus labios y él reaccionó besándome aún con más fuerza, mordiéndome el labio inferior, dejando que el deseo, el dolor, todo lo que no nos atrevemos a decir que queremos pero que estamos deseando sentir, quedase al descubierto y me llenase de un placer sin límites.

Bentley se sacó un condón del bolsillo trasero de sus vaqueros, lo rasgó con los dientes y se lo puso hábil y veloz. Mis piernas rodearon su cintura tan rápido como sus caderas se encajaron entre las mías y me embistió. ¡Joder! Me llenó entera. Los besos. Las caricias. Los gemidos. Sus manos. Todo entró en una espiral casi diabólica donde sólo podía sentir, donde sólo quería sentir.

—Bentley —gemí con la boca hundida en su cuello.

¡Dios! Echar de menos algo, desearlo, necesitarlo, tenerlo. Es una combinación casi mística. Podría decir que la tierra dejó de girar, pero, francamente, estaría mintiendo porque no le estaba prestando la más mínima

atención a nuestro planeta. Se estaba demasiado bien donde quiera que estuviese siempre que Bentley Sandford estuviera embistiendo entre mis piernas.

—Joder, Rubia —gruñó.

Nos acercamos aún más. Lo estreché contra mi cuerpo rodeando su cuello con mis brazos, sintiendo todo su calor.

Tomándome por sorpresa, Bentley me sostuvo por el culo con fuerza y nos movió hasta tumbarme sobre su mesa. Los papeles, su rotulador rojo, volaron al suelo y por unos segundos nuestras respiraciones jadeantes se confundieron con el sonido de un centenar de material de oficina desperdigándose a nuestro alrededor.

Bentley me separó las rodillas, pero no me embistió, hundió su boca en mi sexo, desesperado.

—¡Por Dios! —grité arqueando todo mi cuerpo.

Fue como subir un peldaño en esa escalera de sexo. Todas mis terminaciones nerviosas se sacudieron y el centro de todas ellas sufrió un terremoto de un millón en la escala de Richter.

—Bentley —volví a gemir.

Me agarré con fuerza al borde de la mesa. Estaba demasiado excitada, demasiado hambrienta, y su boca justamente ahí estaba siendo demasiado. El placer se arremolinó, volví a arquearme a punto del contorsionismo. Placer. Placer. Placer.

—¡Bentley! —grité, ¡y todo estalló!

Colocó la palma de su enorme mano sobre mi vientre, manteniéndome anclada a la mesa, dándome más, volviéndome completamente loca.

Se irguió triunfal como el soldado que vuelve victorioso de una batalla y me miró directamente a los ojos mientras, con las manos sobre la madera, flanqueando mi cuerpo, se inclinó, avanzando sobre mí.

—¿Crees que esto ha terminado? —preguntó peligroso, muy cerca.

—No —murmuré, y la respuesta no la di yo, fue mi libido ansiosa.

—Me alegra que lo tengas claro —sentenció inmisericorde—, porque esto sólo acaba de empezar.

Me embistió con fuerza y la realidad relajada y postorgásmica volvió a llenarse de los colores más vivos. Era más que probable que mi sexo hipersensibilizado necesitase un segundo, pero ¿quién demonios lo quería?

La mesa crujía con cada uno de sus envites. Gemí. Me revolví bajo su

cuerpo perfecto. Iba a hacerlo. Iba a llevarme al paraíso otra vez.

—¡Joder! —grité.

Bentley gruñó. Rodeé su cuello con mis brazos aferrándome a él, pero ¿recordáis la palabra *inmisericorde*? Así era el lobo cuando no llevaba el disfraz y, follando, Bentley Sandford nunca lo llevaba. Se deshizo de mi agarré y me giro en la mesa, dejándome de cara contra ella. Volvió a flanquear mi cuerpo con sus brazos y volvió a embestirme, fuerte.

Gemí. Grité. Puede que incluso balbucease algo en alguna lengua muerta y desconocida. ¡Maldita sea! ¡Estaba siendo increíble!

Coloco sus dedos en mi nuca y una torturadora y deliciosa caricia me recorrió entera la columna vertebral. Pegué la frente a la mesa, respiré, traté de buscar un punto zen en el que pudiese controlar mi cuerpo, pero era absolutamente imposible.

—Echabas tanto de menos esto que ibas a volverte loca, Rubia —susurró en mi oído, con su aliento jadeante calentándome la piel.

Él sabía que, aunque yo no la pronunciase, la respuesta a esa pregunta era un cristalino sí.

Su mano, apoyada en la mesa, tensó su brazo bajo la camisa remangada y aquella visión, junto a esas palabras sucias y perversas susurradas en mi oído, me pareció lo más sexy que había visto en todos los días de mi vida.

Aumentó el ritmo. Lo hizo casi demencial. La palma de su mano se deslizó hasta la parte baja de mi espalda, manteniéndome de nuevo quieta, sin escapatoria, contra la mesa. Siguió entrando, saliendo, consumiéndome, construyéndome, haciéndome sentir viva, deseada, ¡llena!

—¡Bentley! —grité.

El placer multiplicado por mil lo arrasó todo dentro de mí, sin control, lleno de tanto placer que por una milésima de segundo llegó a doler.

—Joder —gruñó de nuevo.

Y se vació dentro de mí con un alarido sensual, animal, masculino.

Giré la cara despacio con la respiración entrecortada. Su mirada ya estaba esperándome. No sé cuánto tiempo duró ese gesto, si estuvimos conectados horas, minutos o segundos. No me importó. Entre nosotros parecía crearse una conexión que nos alejaba de todo lo demás. Bentley se inclinó y me besó con dulzura. Su cuerpo me cubría por completo y esa sensación me llenó de demasiadas maneras.

Se separó despacio y, cogiéndome de las dos manos, me ayudó a

ponerme de nuevo en pie. No podía asegurarlo, pero había algo en la manera en la que me había mirado que me hacía pensar que él había sentido exactamente lo mismo, como si esa cercanía, el sexo, el estar así, el uno frente al otro sin escondernos, también lo hubiera tocado dentro.

Empezamos a recolocarnos la ropa en silencio.

—Quiero enseñarte algunas cosas de la revista —me dijo con una sonrisa de medio lado—. Coge tu bolso y espérame en el garaje.

Asentí. Volver al terreno laboral así de rápido resultaba un acierto. Nada de confundir las cosas.

Me dirigí a mi cubículo mirándolos a todos por encima del hombro. Ése había sido siempre mi truco para encubrir mis fechorías, fueran las que fuesen, volver a mi mesa como si no sólo no tuviese nada de lo que arrepentirme porque no había hecho absolutamente nada, sino con la autoridad moral de conocer todos sus trapos sucios... y de muchos los sabía: Jefferson Clark, pagaste doscientos pavos a una de las chicas de Informática para que fingiera ser tu pareja y poder ir a un local de *swingers*.

Salí del ascensor, atravesé el vestíbulo, bajé las escaleras de acceso al parking y empujé la puerta con las caderas mientras me retocaba el pelo con los dedos. Al alzar la cabeza, lo vi, junto a su flamante Porsche. Tenía apoyado el costado en la puerta del acompañante, con la mirada perdida en el inmenso garaje del Riley Enterprises Group. Cuando nuestros ojos se encontraron, torcí el gesto con una sonrisa en él y caminé hasta el coche.

Él me abrió. Yo entré. Lo hizo él.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Bentley metió la llave en el contacto y *Anywhere*, de Rita Ora, comenzó a sonar.

El muy maldito sonrió y yo no pude evitar hacerlo con él.

—En serio, ¿adónde vamos? —inquirí de nuevo cuando vi que giraba en la 59 hacia el parque y mi barrio favorito, el Upper East Side.

—Ya te lo he dicho. Quiero enseñarte algo de la revista.

—¿En esta zona de la ciudad?

—La inspiración puede estar en cualquier parte, Rubia.

—Todas esas pobres mujeres que te ven como el hombre perfecto, ¿saben cómo eres en realidad?

—Con esta sonrisa —torció los labios en un gesto muy sexy—, no lo creo.

Lo miré un segundo y devolví mi vista a Manhattan a través de la luna delantera. Es un completo descarado. Lo pensé aún más cuando, tras un puñado de manzanas, giró por la Primera Avenida, y lo tuve cristalinamente claro cuando tomó la 73 Este. ¡Estaba llevándome a su apartamento!

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —pregunté divertida cuando nos bajamos del coche en su garaje.

—¿Escuchas alguna vez cuando te hablan? —replicó insolente.

—¿Pretendes hacerme creer que hay algo que ver sobre la revista en tu apartamento?

—¿A que te hubiera gustado tener esa excusa para explicar por qué te presentaste en mi casa después de que te cerrase la puerta en la cara? —repuso sin un solo gramo de arrepentimiento y una sonrisa en los labios.

Abrí la boca indignadísima, pero la cerré rápido y achiné los ojos con malicia.

—No sé a qué te refieres —contesté echando a andar, fingiendo estar por encima de las circunstancias—. Yo no estuve aquí ayer.

Técnicamente no estaba mintiendo. El garaje no lo pisé.

Bentley decidió dejar que me saliese con la mía y caminamos hasta su piso en la última planta de un lujoso edificio con vistas al parque.

Abrió y empujó la puerta para que pasase primero. Recordaba aquel salón a la perfección. ¿A quién pretendía engañar? Recordaba cada rincón de aquel lugar y lo peor de todo era que cada centímetro cuadrado estaba ligado a un momento perfecto, a un recuerdo. Los dos sentados en el sofá riéndonos, yo arrodillada frente a la chimenea mientras fuera llovía a mares, Bentley trabajando con los pies sobre la mesa y todo lleno de papeles a su alrededor. Resoplé y me crucé de brazos. Los recuerdos nunca son una buena idea.

Continúe paseándome y no debí hacerlo porque, si los recuerdos en su salón eran una mala idea, tenerlos frente a la cama donde gemiste, pero también te reíste y te sentiste la mujer más feliz sobre la faz de la tierra, era una idea aún peor.

Noté pasos a mi espalda y decidí reactivarme rápido y fingir que había ido hasta allí sólo para quitarme el abrigo y dejarlo sobre el mueble en cuestión.

—Bueno y ¿qué es eso tan importante que tienes que enseñarme? —pregunté girándome hacia él y reconduciendo la conversación (y a mí).

Bentley me miró de arriba abajo, pero sus ojos se posaron veloces sobre

los míos, dejando en el aire esa sensación de que lo que más le gustaba de mí estaba dentro.

Esperé a que dijera algo, pero no lo hizo. Caminó desbordante de seguridad los pasos que nos separaban y, cogiéndome por sorpresa, tomó mi blusa con las dos manos y la abrió de un solo tirón, haciendo que los botones rebotaran por cada rincón de la estancia. Gemí por la sorpresa, por cómo mi excitación llegó a cien en un solo segundo. Bentley me empujó sobre la cama e inmediatamente se abalanzó sobre mí, otra vez con sus manos a ambos lados de mi cabeza, sosteniendo el peso de su cuerpo.

—Tenemos muchas cuentas pendientes, Rubia. —Y sonó a medio camino de una promesa y una amenaza.

—Yo cerré todas mis cuentas contigo hace mucho —le espeté con la respiración acelerada.

Bentley dejó caer sus caderas despacio, hasta que su miembro, duro, se encontró con mi sexo a través de sus vaqueros y mi falda. Suspiré sin apartar la mirada de sus ojos y él sonrió con superioridad.

—Hablo de cuentas de verdad —sentenció.

—¿Me vas a castigar?

Giro las caderas, prolongó el roce. No quise, pero mi cuerpo se zambulló por completo en el placer y eché la cabeza hacia atrás al tiempo que un gemido escapaba de mis labios.

—No pienso perder el tiempo con jueguecitos —me advirtió con la voz más sensual que había oído en todos los días de mi vida—. Voy a follarte, de verdad.

Y a Dios pongo por testigo que lo hizo.

* * *

—¿Qué haces? —pregunté curiosa mientras me calzaba el segundo zapato.

—Vestirme —respondió Bentley ajustándose los vaqueros con un par de saltitos y abrochándoselos—. Te llevo a casa.

—No hace falta —contesté veloz mientras me giraba hacia el espejo de cuerpo entero que había en su habitación y me colocaba los pendientes.

Es cierto que ya eran casi las once de la noche, pero precisamente por la hora que era y porque aquello significaba explícitamente que no habíamos salido de su cama en todo el día, que me llevara a casa se parecía demasiado a lo que un novio haría por su novia y yo ni quería ni podía volver a ostentar ese título (lo que no significaba que estuviese mínimamente de acuerdo con que otra sí lo hiciese).

—Sí que hace. Es tarde y no vives precisamente cerca.

Sí, él vivía en el Upper East Side, el reino de los pijos y de Serena Van der Woodsen, y yo, en el East Village, hogar de un montón de restaurantes de comida étnica, pero de los que los camareros no te explican de qué carne es el animal que te han servido en un plato de plástico. Éramos como los Romeo y Julieta modernos.

—Pienso coger un taxi y tú tienes mucho trabajo.

—Lo justo es que te lleve a casa —sentenció abotonándose la camisa.

Yo me di el último retoque en el pelo, caminé hasta la cama y rescaté mi bolso de donde lo había dejado cuando comencé a vestirme.

—Lo justo es que yo, una mujer adulta, decida cómo quiero regresar a mi propio apartamento, ¿no te parece?

Enarqué las cejas. Tenía razón.

Bentley se humedeció el labio inferior al tiempo que se llevaba las manos a las caderas y una sexy media sonrisa se apoderó de su boca.

—Hasta mañana, Rubia —dijo el tema por zanjado; sabía que no iba a dar mi brazo a torcer.

Sonreí.

—Hasta mañana, muñeco.

Eché a andar y, justo antes de salir de su habitación, me giré y volví a sonreír. Me había ganado un último vistazo.

Para cuando cerré la puerta de su piso a mi espalda, seguía con la sonrisa en los labios. Sin embargo, cuando entré en el ascensor, no sé qué ocurrió —quizá un *déjà vu* de una de las tantas veces que me monté en él, quizá toda la adrenalina del sexo descontrolado y el tenerlo cerca se habían disipado un poco en ese momento que me marchaba de vuelta a casa—, pero recordé a la perfección cómo me sentí cuando hice exactamente ese mismo camino porque habíamos roto la primera vez. Las palabras que él pronunció justo antes de que saliera. Todo el dolor.

De pronto noté que me faltaba el aire y salí del ascensor antes de que las

puertas se abrieran del todo.

En la calle respiré hondo y me obligué a relativizarlo todo. Sólo eran recuerdos. Es lógico que en una relación los hubiese buenos y malos. Paré un taxi y le di mi dirección con la mente puesta en otra cosa. Meforcé a sonreír. Ése era el mejor razonamiento que podía seguir. Buenos recuerdos, malos recuerdos, todos son parte de una historia, pero lo cierto es que no me tranquilicé hasta que me prometí a mí misma que no volvería a enamorarme de Bentley y que, bajo ninguna circunstancia, sería su novia de nuevo.

Pequeño corazón, los dos estábamos demasiado asustados.

* * *

—Señorita Stevens —me llamó el señor Miller asomándose desde su despacho con media docena de dossieres en las manos—, venga aquí.

Asentí y me levanté de un salto sin dejar de mirar esas carpetas. Eran un tocho en toda regla y, si las tenía en las manos mientras me llamaba a mí, era porque, con toda probabilidad, eran para mí.

—Suerte con ese marrón, Stevens —murmuró por lo bajo Lucas Johnston a la vez que soltaba una risilla.

Yo achiné los ojos y, al pasar junto a él, fingí toser para mal encubrir un «panoli».

El señor Miller me reprendió con la mirada al tiempo que soltaba un sonoro suspiro. Tuve ganas de decirle que había empezado Lucas Johnston, pero no soy ninguna chivata.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—El señor Matel quiere que vaya con él a una reunión interdepartamental con el señor Spencer Riley. Nada fuera de lo común. Sólo deberá dar cuenta de por qué se han aprobado algunos gastos. Es un control ordinario.

Asentí.

—A partir de ahora, esta clase de reuniones formaran parte de su trabajo —me informó justo antes de darse media vuelta y regresar a su mesa.

—Ningún problema, señor Miller —respondí con una sonrisa. ¡Y me había librado del tocho!

—Ah, lo olvidaba —dijo volviéndose y regresando de nuevo hasta mí—. Al final de la jornada, quiero hablar con usted, es a cuenta de sus nuevas responsabilidades.

Volví a asentir aún más encantada. ¿Y si esas nuevas responsabilidades traían por fin consigo un secretario y un despacho?

—Y contabilice y archive todo esto —sentenció, entregándome todas y cada una de las carpetas.

Había cantado victoria demasiado rápido.

Como soy una profesional responsable y diligente y aquel tocho era un infierno, no pude bajar a comer ni escaparme al archivo a cotillear con Maddie. Desde que el señor irascible-sexo increíble había instalado aquella alarma de incendios en venganza por nuestra huida a los Hamptons, y la había reinstalado dos veces más cuando había sufrido desafortunados incidentes, mandándome la factura por el último, qué abuso, ya no podía fumar allí y cotillear era lo único que se podía hacer entre esas cuatro paredes. Bueno, y buscar archivos, claro, y el sexo descontrolado. Aunque ese escondrijo con tales fines era más propiedad de Ryan que de otro empleado. Sin embargo, las palabras *sexo descontrolado* se quedaron flotando en el ambiente. Quizá podría pasarme a ver a Bentley. Mordí uno de los lápices corporativos mientras dejaba volar la imaginación.

—¡Teléfono! —gritó sin ninguna amabilidad Howard di Pietro, mi compañero al otro lado del pladur.

Me sobresalté y fulminé con la mirada la pared a la altura a la que estaría él. Me había sacado de unas ensoñaciones de lo más agradables. También miré mal el teléfono de mi mesa, que no dejaba de sonar.

—¡Es tu madre! —le respondí, descolgando—. Quiere saber cuándo vas a dejar de vivir en su sótano. ¿Diga? —contesté por fin la llamada.

—Hola, Laurie-Rose —me saludó mi madre al otro lado. Sólo ella me llamaba Laurie-Rose.

—Hola, mamá.

Una risilla se oyó en el cubículo vecino. La broma se había vuelto en mi contra.

—¿Te pillo ocupada?

—No —respondí de mala gana.

Sólo estaba fantaseando.

En ese preciso instante me alegré de que hubiese llamado. Fantasear no

era una buena idea. Me había rondado el pensamiento de ir a buscar a Bentley a su despacho y eso era algo que no podía hacer por diversos motivos. Uno: no podía enseñar mis cartas, ni dejarle claro cuánto me gustaba lo que me hacía, no importaba lo mucho que me gustase lo que me hacía. Dos: estábamos en el trabajo. Hacía tres míseros días ya había desaparecido toda la jornada laboral después de echar un polvo *a-lu-ci-nan-te* sobre su mesa. Quizá Maddie pudiese no preocuparse por esas cosas, pero es que ella las hacía con el dueño de todo eso, lo que le daba una especie de carta blanca para fornicar en cuartuchos mal iluminados por todo el Riley Enterprises Group.

—Sólo quería recordarte que en ocho días sale a la venta el adorno.

Asentí. Sostuve el teléfono entre mi hombro y mi oreja y me incliné para abrir el último cajón de mi mesa y sacar el catálogo de primavera de Macy's. Cerré con mi pie enfundado en mis tacones de Gianvito Rossi Biba y apoyé la revista de más de cien páginas sobre el escritorio.

—Llevo esperando esto todo el año. Estoy muy emocionada.

Sabía perfectamente a qué se refería. En Bar Harbor las fiestas son una gran tradición: la conmemoración del bicentenario del pueblo, el 4 de julio, Acción de Gracias, Navidad. Mi madre forma parte del Patronato de Festividades, así que para ella lo es un poco más.

Cada Navidad colocan un precioso abeto en la plaza del ayuntamiento y cada año se elige a una persona para que añada un nuevo adorno al árbol. Ser la persona elegida es un gran honor y el adorno escogido debe estar a la altura. Aquel año habían elegido a mi madre.

Semejante honor se comunica en el mes de enero para que la persona en cuestión pueda tomarse su tiempo en buscar o fabricar el adorno. Mi madre no necesitó ese margen de tiempo, ya que tenía clarísimo qué adorno compraría y allí era donde entraba Macy's, y el señor Swarovski, claro. La icónica tienda había anunciado una edición limitada de unos preciosos adornos fabricados con el famosísimo cristal, soplados de manera artesanal. Mi madre se había enamorado de un pequeño tiovivo con toques dorados.

Por eso abrí el catálogo justo por donde lo hice y pasé las páginas veloz hasta llegar a la indicada.

—Recuerda que sólo estarán a la venta el día 10 —me pidió—, y que son limitados.

Cogí un pósito rosa chicle, escribí la fecha y lo pegué sobre la página.

—No te preocupes, mamá —contesté diligente—. No se me escapará.
Ella sonrió al otro lado.

—Muchas gracias, Laurie-Rose.

Hablamos un rato más, de nada en concreto en realidad, y, cuando colgué, continué trabajando. Al final de la jornada, siete carpetas contabilizadas y archivadas y cero fantasías. Puede que cero fuese un número un poco... alejado de la realidad, pero no me levanté en busca de Bentley ni una sola vez. Un claro hecho objetivo de que seguía manteniendo el control de la situación.

—Alcohol —dijo Maddie cruzándose de brazos sobre mi pared de pladur.

—Cada vez te esfuerzas menos en intentar convencerme —repuse abriendo el último dossier.

Ella sonrió.

—Nos vamos a The Vitamin.

—Tú no puedes beber —le recordé.

—Así estaré sobria para reírme de todas las veces que hagas algo inapropiado de borracha.

—Las cosas inapropiadas de borracha sólo tienen gracia si tú también lo estás.

—No te infravalores —replicó insolente.

Yo la miré mal y mi amiga sonrió de nuevo, esta vez enseñándome todos los dientes.

—¿Nos vamos juntas y comemos algo en el Saturday Sally?

Asentí. Era un plan genial.

—Dame diez minutos para terminar esto —de pronto caí en la cuenta de algo— y diez más para hablar con el señor Miller. Quería verme al final de la jornada.

Maddie asintió.

—Te espero en el despacho de Ryan.

—Si vas a tener sexo con el jefe, cuelga un calcetín del pomo de la puerta —comenté, y no pude evitar que se me escapara una risilla de lo más burlesca.

—La política oficial de Recursos Humanos dicta que se usen corbatas —replicó sin girarse.

Sonreí de nuevo. Me coloqué el lápiz entre los dientes y empecé a

teclear a máxima velocidad. Quería salir de aquel agujero lo antes posible.

Media hora después estaba entrando en el despacho del señor Miller con una tarjeta de memoria en la mano.

—Aquí tiene, señor Miller —dije entregándosela—. Todo contabilizado y archivado.

Mi jefe asintió, marcó un código en una discreta consola en una esquina de su mesa y desbloqueó los cajones. Guardó la tarjeta con el resto de las copias de seguridad en un eficiente archivador que las dividía por días y volvió a cerrar.

—Puede marcharse, señorita Stevens —dijo levantándose.

—Señor Miller, esta mañana dijo que quería hablar conmigo al terminar la jornada.

Asintió varias veces al oír mis palabras.

—Es cierto, pero me temo que hoy me será imposible. Aún tengo dos reuniones por delante.

Sin darme oportunidad a responder, cogió una columna de carpetas cuidadosamente apilada sobre su escritorio y se marchó. Yo giré sobre mis pies guardándome toda mi curiosidad para mí, tarea hartó complicada, despejé mi mesa y me fui a buscar a Maddie.

La primera copa me sentó de cine y la segunda iba aún mejor.

—¿Dónde está James? —inquirí removiendo mi Martini Royale con la cañita.

—No lo sé —respondió Álex, sincera—. Nos ha pedido que dentro de dos horas estemos las tres en el almacén de Chinatown.

Asentí. Chinatown un jueves por la noche, ¿por qué no?

—Lo cierto es que está muy raro —continuó—. Se ha encerrado en sí mismo. No está llevando demasiado bien que Molly y Bentley sean hermanos.

Asentí de nuevo. ¿Quién lo habría siquiera imaginado? Creo que los cuatro nos quedamos igual de sorprendidos, pero sólo a James le dolió.

—Decir que no lo está llevando bien es quedarse corta —intervino Maddie—. Él quiere estar con Molly. Es obvio. ¿Recordáis cuando llegaron de la mano al almacén? No lo veía con esa sonrisa desde que... —De pronto se frenó y me miró con cautela.

—Soy plenamente consciente de cómo terminaba esa frase —repuse—, con un «desde que vosotros empezasteis a salir en la universidad», y lo

entiendo, y es lógico, y por mí está bien — sentenció, y no estuve segura de no haber mentado un poco.

James para mí siempre será James, pero la verdad es que no volvería con él. Resoplé mentalmente. Era complicado.

En mitad del barullo del bar, oímos la campanilla sobre la puerta, señal inequívoca de que alguien estaba entrando, y que, por alguna extraña circunstancia de la naturaleza de todos y cada uno de los pubs, siempre conseguía hacerse oír por encima de la música y el murmullo de las personas charlando y entrechocando copas.

Maddie sonrió de oreja a oreja, se levantó de un salto y salió disparada hacia la puerta. ¿Alguien tiene dudas sobre quién acababa de llegar?

—Hola, jefe —dije cuando sentí una presencia masculina detenerse junto a la mesa. Estaba demasiado enfrascada en mis pensamientos como para alzar la cabeza.

—Hasta donde yo sé, creo que todavía no trabajas para mí.

Su voz me hizo mirarlo y reprimí una sonrisa justo a tiempo para poder seguir haciéndome la interesante. Era Bentley.

—Hola —nos saludó.

—Hola —respondimos Álex y yo al unísono.

Ellos comenzaron con la típica charla de rutina. «¿Qué tal estás?», «¿cómo va el trabajo?», «¿has ido a un club de intercambio de parejas últimamente?». De acueerdooo, eso no se lo preguntaron, pero creo seriamente que debería ser una demanda obligatoria en cualquier charla trivial. Por lo menos las conversaciones serían mucho más interesantes.

—Voy al baño —se disculpó Álex, dejándonos solos.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirí divertida.

—Apuesto a que vengo a hacer lo mismo que tú —contestó tiñéndolo todo con ese toque de misterio tan sensual.

—Esto es un bar —dije insolente, dejándome caer contra el mullido sillón corredizo—. Yo he venido a beber.

Bentley achino los ojos con una sonrisa tremendamente sexy colgada de los labios, pero no dijo nada. Estaba usando mi curiosidad en mi contra.

—¿Qué? —demandé impaciente.

Pero él siguió guardando silencio, mirándome de esa manera que hacía que me temblaran las rodillas. Sin más, se levantó y echo a andar hacia la puerta con una seguridad absoluta bajo mi atónita mirada.

—¿Adónde vas? —le pregunté girándome en el sofá para que siguiera en mi campo de visión, pero sobra decir que no obtuve respuesta.

Me volví de nuevo, algo desconcertada. ¿A qué había venido eso? ¿Por qué se había ido? ¿Y adónde? Dios mío, soy demasiado curiosa para resistirme.

Me levanté cogiendo mi abrigo en el mismo movimiento y salí tras él. Miré a ambos lados de la 39 y no tardé en verlo caminando, mezclándose con el resto de neoyorquinos y turistas, en la calle de nuestro pub favorito.

—¡Bentley! —grité saliendo tras él.

Él se giró con su metro ochenta de estatura y sonrió de nuevo mientras me observaba llegar a su encuentro.

—¿Por qué te has ido? —inquirí en cuanto lo tuve frente a mí.

—Porque quería demostrar algo —respondió encogiéndose de hombros.

Fruncí el ceño. Hacía frío y todos parecían tener prisa por llegar a donde quisiesen llegar.

—¿El qué?

Bentley dio un paso adelante, reduciendo a unos ardientes centímetros la distancia entre los dos. El aire frío salía blanco de sus labios y sus ojos brillaban porque son verdes y preciosos y tienen la peculiaridad de serlo aún más cuando los miras de cerca.

—Que venías a hacer lo mismo que yo.

¡¿En serio?! Salí de mi ensoñación para darle un golpe en el hombro con mi puño y su sonrisa se ensanchó.

—Vamos, Rubia —dijo alejándose un paso y subiéndose el cuello de su marinero. El gesto me dejó idiotamente hipnotizada—. Demos un paseo.

No dije que sí, tenía que seguir haciéndome la interesante, pero empecé a andar a su lado, prudentemente separada.

Atravesamos un par de calles, una avenida llena de carriles llenos de tráfico y llegamos a Times Square, el rincón más emocionante de todo Manhattan, donde todo está repleto de luz y al mismo tiempo puede cambiar en un solo segundo, trayéndote algo completamente nuevo que te deja boquiabierto. Los taxis amarillos, la gente, cada cartel de neón. Todo está diseñado para recordarte que estás en un lugar mágico, como si esa frase de que en Nueva York todos los sueños pueden hacerse realidad cobrase más sentido que nunca.

—Me encanta este lugar —comenté mirando a mi alrededor.

—¿Nueva York o Times Square? —preguntó con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo.

—Todo.

Los dos sonreímos.

—Hacía mucho tiempo que no estábamos solos —dijo Bentley con la mirada fija al frente.

—Estuvimos solos ayer —repliqué.

Sonrió, casi rio algo sobrepasado, como si recordara algo en concreto.

Pasamos junto a un músico callejero, que con una guitarra eléctrica y un sintetizador Marshall sobre la acera cantaba su propia versión de *Friends*, de Justin Bieber.

—No me refería a eso. Quería decir solos, hablando.

Una suave sonrisa inundó mis labios. No sabía por qué, pero aquella frase me había llenado por dentro.

—¿Y de qué quieres que hablemos?

—No lo sé. ¿Qué propones?

Lo pensé un instante.

—Nada de arquitectura —me negué en redondo.

—Nada de zapatos —contraatacó.

—Nada de coches.

—Nada de Sting.

Torcí los labios disimulando una sonrisa.

—¿Y de qué demonios vamos a hablar ahora, Bentley Sandford? —pregunté divertida y fingiéndome grandilocuente. La culpa la tenía la vieja de «Downton Abbey», era muy gracioso imitarla.

—¿Qué tal de nosotros?

Miré los neones; brillaban rodeándonos, envolviendo el ambiente con los colores más vivos del mundo.

Es imposible no enamorarte de esta ciudad.

—Sabes que no se me da muy bien hablar —me sinceré.

No me gustaba hablar de cómo me sentía. En ese sentido, siempre entendí a Ryan. ¿Para qué vas a hablar de algo que sólo depende de ti solucionar? Tus sentimientos son tuyos y de nadie más. ¿Qué sentido tiene, entonces, formularlos en voz alta? Además, ya puse una vez mis sentimientos sobre la mesa y no me gustó lo que escuché.

—Deberías intentarlo. Con un poco de práctica, acabarías gustándote —

se burló.

Le hice un mohín y él sonrió.

—A veces es complicado saber cómo te sientes —continúo, y ya no había ningún rastro de juego en su voz. Estaba siendo sincero.

—Lo sé —me sinceré también. Sabía qué dificultades aportaba a una relación—. ¿Crees que por eso salió mal lo nuestro?

Negó con la cabeza. No tenía dudas.

—Salió mal porque no era nuestro momento, Rubia. Y yo lo estropeé.

Bentley no se esconde.

Yo lo miré un solo segundo y volví la vista al frente, a una oleada de taxis amarillos que avanzaban por el cruce con la 46. No quise, pero recordé aquella discusión, todo lo que nos dijimos, y, sobre todo, recordé cómo me miró, cómo, por primera vez desde que nos habíamos conocido, sus ojos no me habían hecho sentir especial.

—Todo habría sido tan distinto si tú... —Las palabras se evaporaron en mis labios.

—Lo sé.

No quería seguir hablando; recordar que todo podía haber sido de otra manera sólo lo hacía más y más complicado.

La gente empezó a murmurar a nuestro alrededor y miramos hacia donde comenzaban a hacerlo todos. Había tres hombres sobre el tejado del McDonald's de Broadway. Fruncí el ceño, confusa, creo que como todos los que estábamos allí, y, entonces, sucedió: un enorme cartel se desplegó desde la azotea del edificio. Abrí la boca absolutamente sorprendida. ¡Era del festival de James! Las personas que abarrotaban Times Square lo miraban preguntándose qué era ese festival, cuándo sería, cómo, cuándo y dónde comprar las entradas. Sonreí emocionada y muy feliz por él. ¡Lo había conseguido!

—Es increíble —susurré.

A mi lado, Bentley se revolvió incómodo. Lo miré justo a tiempo de ver cómo se pasaba la mano por el pelo. Lo conozco demasiado bien y sé que no es de la clase de personas que quiere que otro fracase. Bentley cree en el esfuerzo, en salir adelante por uno mismo, y en aquel momento sabía que, por mucho que fuera la última persona con la que quisiera tener algo que ver, así era exactamente como James estaba haciendo las cosas. Pero igual que a

James le dolía que Molly fuera una Sandford, Bentley odiaba que su hermana pequeña estuviese cerca de James y ese cartel gigante no hacía otra cosa que recordárselo.

—¿Nos vamos? —preguntó.

No esperó mi respuesta y empezó a caminar. Yo lo observé alejarse un par de pasos y me di cuenta de algo que en aquel momento no supe entender del todo o a lo mejor no quise, ¿quién sabe?, el miedo puede bloquear incluso los pensamientos más simples; pero lo cierto es que podía elegir entre darme media vuelta, regresar a The Vitamin y celebrar con James que estaba un poco más cerca de conseguir todo por lo que estaba luchando tan duro, o seguir a Bentley. Simple y llanamente seguirlo, porque no tenía ni la más remota idea de si ese «¿nos vamos?» terminaba en su casa, en un bar o en la siguiente manzana con un «nos vemos mañana en la oficina». Fueron sólo unos segundos, con toda probabilidad ni siquiera un minuto, pero me bastó para pensar y repensar mucho demasiadas cosas y, al final, hacer lo único que quería hacer.

Por suerte, su plan acababa con los dos en su apartamento.

* * *

—Dos millones doscientos veinte mil dólares es una cifra completamente inviable — sentenció Matel lanzando su estilográfica contra una pila de carpetas desordenadas.

Llevábamos toda la mañana de reunión infernal en reunión infernal. El cierre del año fiscal se acercaba y todos querían llegar a la siguiente reunión del Riley Group con los deberes hechos, es decir, las cuentas aprobadas y un chivo expiatorio al que señalar si, cuando Ryan Riley las viese, decidía que eran un error. Sobra decir el poco interés que Stan Matel, jefe del departamento de Producción y alias el monstruo de los Fraggles, tenía en ser esa cabeza de turco. Lo peor de todo es que sólo era el botón de muestra de casi dos semanas exactamente iguales. Por suerte, mis noches mejoraban bastante con cierto editor jefe de cierta revista de arquitectura. Si no, ya me habría montado en un autobús y habría huido a México.

—¿Y qué pretendes? —replicó August Kent, subdirector de los Astilleros—. Necesitamos esa maquinaria.

—Hace menos de un año cambiamos el setenta por cierto de las grúas y la maquinaria de clase A. ¿De verdad necesitas semejante gasto ahora?

—Ya entonces te dije que no era suficiente —repuso señalándolo con el dedo.

—Y en aquel momento ya te contesté lo poco que me importaba, imagínate ahora.

Como bien dijo Bentley, Matel le robaría el chocolate al niño de *Los Goonies*, pero no se le podía negar que no tenía el más mínimo inconveniente en mostrarse tajante con cualquiera. Algo que no suele verse mucho entre los grandes ejecutivos.

—Señores —intervino pacificador Spencer—, debemos poder llegar a algún tipo de acuerdo.

—Para hacerlo, sólo tiene que aprobar el presupuesto —dejó claro el hombre de los Astilleros.

—Eso no va a pasar, Kent— sentenció Matel.

Y antes de que esa frase se diluyese en el aire, los dos se enzarzaron de nuevo en una discusión. Spencer se llevó la palma de una mano a los ojos. Estaba exhausto. ¿Quién podría culparlo? Llevábamos horas así. Yo torcí los labios, cogí mi iPad y empecé a revisar otros acuerdos que habíamos firmado aquella mañana.

—La respuesta es no. No vas a tener ese dinero, asúmelo.

Alcé la cabeza para ver a Kent a punto de quitarse un zapato y golpear con él la mesa como hizo el representante soviético en la ONU en la crisis de los misiles de Cuba.

—Tengo una solución —intervine. Lo hice justo antes de que la sangre llegara al río.

Los tres hombres guardaron silencio y me miraron intrigados.

—Hace dos días Producción y Contabilidad aprobaron, para la remodelación del barrio de Alphabet City, la compra de unas grúas por valor de un millón ochocientos noventa y tres mil dólares, además de otro millón para maquinaria de clase B. ¿Por qué no pactamos una sinergia con todo ese material orientada a los Astilleros?

Otra vez los tres me miraron en silencio, esta vez sopesando mis palabras. Kent fue el primero en hablar.

—Entiendo que quieras reutilizar las grúas, y en cierta manera me parece lo más inteligente, pero yo no necesito maquinaria de clase B.

—La necesitas de la C, ¿verdad?

Él asintió.

—Estoy segura de que tenemos alguna compañía dentro del grupo que puede reciclar esa maquinaria.

—Bloomfield Industries —intervino rápidamente Spencer con una sonrisa en los labios. Ya había convencido a uno.

—Tendría que hacer números, pero estoy completamente convencida de que ahorraríamos entre un setenta y un ochenta por ciento de tu presupuesto inicial —continuó.

—¿De qué plazos estamos hablando? —demandó Matel.

Veloz, lo repasé en mi tablet.

—El proyecto de Alphabet City terminará en el primer trimestre del año que viene — respondí—. Las tres nuevas construcciones de buques de los Astilleros están programadas para finales de ese mismo trimestre.

—No puedo aceptarlo —replicó Kent negando con las manos—. Esos barcos pertenecen a contratos millonarios con el Gobierno surcoreano. No puedo arriesgarme a que no estén a tiempo. Ryan Riley me cortaría las pelotas.

Escondí una sonrisa. Cuánta razón tenía.

—¿Y qué tal esto? —propuse—. Hasta que empezase la construcción de los barcos, tus trabajadores iban a estar destinados a reparaciones pequeñas y a instalar y familiarizarse con la maquinaria nueva. Destina a un veinticinco por ciento de tu plantilla a ese cometido y manda al setenta y cinco restante a las constructoras. Con ese incremento de personal, la obra terminará antes y tus técnicos ya conocerán y habrán trabajado con las grúas y la maquinaria. —Y ahora la puntilla final—. Por no hablar de lo contento que se pondrá el señor Riley cuando le expliquéis que la remodelación del Alphabet City estará lista un mes antes de la fecha establecida. Todos sabemos lo importante que es para él que esas personas regresen a sus hogares lo antes posible. Además, está el hecho de que habréis hecho una sinergia interdepartamental de recursos y que le habréis ahorrado dinero a la empresa.

De nuevo se tomaron un puñado de segundos para analizar mis palabras. Spencer y yo nos miramos y sonreímos cómplices. Los dos teníamos claro que la sombra de Ryan era demasiado alargada como para que alguien rechazase ganar puntos con él.

—Está bien —dijo Kent—. Acepto.

—Que tu departamento redacte el nuevo presupuesto siguiendo las directrices de Stevens y lo firmaré —contestó Matel.

¡Genial! ¡Una reunión menos!

Kent recogió sus carpetas y salió de la sala de conferencias de la planta veintisiete.

—La siguiente es Maddison Riley —comentó Spencer revisando una carpeta—, por el traslado de *The Week* de Boston a Nueva York.

Matel bufó, así, sin paños calientes.

—¿En serio alguien duda de que la señora Riley tendrá carta blanca con el señor Riley?

—No seas cretino, Stan —lo cortó Spencer mal disimulando una sonrisa.

—Sólo me hacéis perder el tiempo —se quejó.

Maddie entró en la sala con uno de sus vestiditos y embarazada de siete meses. Nos saludó a todos con una sonrisa y tomó asiento junto a Spencer. Viéndola, nadie diría lo duro que había peleado, pero lo cierto era que había luchado muchísimo porque las condiciones de los trabajadores de *The Week* fuesen inmejorables y, por mucho que Matel no quisiera reconocerlo, todo había sido al margen de Ryan.

—¿Empezamos? —preguntó Spencer—. *The Week* solicita que se le pague el traslado, aviones y mudanza, a todos los empleados de la revista, además del primer año de alquiler en apartamentos de las inmobiliarias del grupo. ¿Gasto? —inquirió el mayor de los Riley, mirándome.

—Un millón doscientos treinta y ocho mil dólares.

—Ni hablar —gruñó Matel.

—La redacción de *The Week* está en Boston, sus vidas están allí. Lo mínimo que el Riley Group puede hacer por ellos es costearles el traslado a Nueva York —argumentó Maddie.

—El Riley Group ya ha hecho mucho por ellos— replicó Matel—. ¿O te parece poco que sigan conservando su empleo?

—Es lo justo.

Spencer pulsó el botón del moderno intercomunicador central de la enorme mesa de la sala de reuniones.

—Connie —llamó a su secretaria—, llámame al señor Montgomery, de las inmobiliarias. Quiero que esté presente en esta reunión.

—Hagamos esto más fácil —propuso Matel—. Que Ryan Riley firme

estos gastos y se cataloguen como extra. Tú tendrás tus traslados pagados y yo no tendré que calentarme la cabeza.

Maddie entornó los ojos. Estaba claro que la manera del director del departamento de Producción de hacerlo más fácil no le había gustado lo más mínimo.

—Cuando un gasto no te gusta, ¿siempre lo mandas directamente al CEO de la empresa? — contraatacó Maddie—. Está claro que no —se autocontestó—. Esto vamos a solucionarlo aquí, como harías con cualquier otra empresa o departamento de la compañía.

Matel frunció los labios con los ojos fijos en ella.

—Entonces la respuesta es no.

—¿Y qué pretendes?

—Que cada uno se pague su billete y su mudanza y, por supuesto, su alquiler. Estoy dispuesto a autorizar pequeñas ayudas, nunca más de mil dólares por empleado, aunque puedo llegar a dos mil para aquellos que tengan hijos menores.

—Eso no es prácticamente nada —protestó Maddie.

—Es lo que hay —sentenció Matel—. Su incentivo principal es conservar el empleo.

Maddie guardó silencio manteniéndole la mirada. Yo quería ayudarla, pero lo cierto era que no se me ocurría nada más allá de acudir a Ryan.

—Si no tienes nada más que decir... —empezó a pronunciar Matel.

—Publicidad —lo interrumpió Maddie.

Los tres la observamos. Alguien llamó a la puerta. Spencer dio paso y su secretaria anunció a Montgomery, del departamento Inmobiliario.

—La revista sólo tiene un dos coma tres por ciento de publicidad. Te ofrezco un cinco. Eso dará más beneficio que el gasto que supondrá que el Riley Group costee los traslados.

—Quiero un veinte —repuso el monstruo de los Fraggles sin ningún remordimiento.

—Un seis.

—Un quince. Esa publicidad se convertirá en dinero sólo si la revista se vende, y pagar los traslados es un hecho.

—Un siete. Venderemos la publicidad semestralmente. En caso de que la revista no funcione con ese incremento de publicidad, los gastos de traslado ya estarán cubiertos casi por completo.

—¿Los beneficios publicitarios de *The Week* están sujetos a cualquier otro presupuesto? —me preguntó Spencer.

—No.

—¿Y qué pasa con los alquileres? —demandó Matel con malicia.

—Los paga el Riley Group.

—Con un siete por ciento de publicidad, no lo creo.

—Está bien —cedió Maddie—. Los pagan ellos, pero serán apartamentos de las inmobiliarias del Riley Group y tendrán un descuento.

—Acepta el ocho por ciento de publicidad y firmaré eso.

—Después del primer año —contraatacó Maddie—, la revista no tendrá publicidad, siguiendo la línea de *Spaces*.

—Si supera las ventas estimadas —condicionó Matel.

Mi amiga asintió con una sonrisa. Tenía tanta fe en esa revista que, la idea de que no funcionara, ni siquiera se le pasaba por la cabeza.

—¿Cómo lo ves, Montgomery? —planteó Spencer.

—Podríamos ofrecer Queens y el norte del parque.

Maddie negó con la cabeza.

—El West Side y Brooklyn, para aquellos que tengan familia.

—Con todos mis respetos, éstos son dos de los barrios más caros de Nueva York —contestó Montgomery.

—Por eso vamos a hacerles el descuento —sentenció ella con una sonrisa—, para que puedan permitírselo y tener una buena calidad de vida.

Sin dar oportunidad a ninguno de ellos a decir nada más, recogió sus carpetas y se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto, Stan —dijo llamando la atención de todos otra vez—, no te preocupes, la señora Riley le dirá al señor Riley que ha quedado muy satisfecha con el resultado de esta reunión.

Sin poder contenerme, tampoco quería, rompí a reír. ¡Ésa es mi chica! Spencer sonrió conmigo y Matel no sabía dónde meterse. Sí, señor. Con esa reunión, Maddie había demostrado que no era la cría dulce y tímida que se escondía detrás de Ryan que todos daban por hecho, y que Stan Matel tenía que aprender a mirar quién escuchaba antes de abrir esa enorme boca.

Seis horas después terminamos con la última reunión. ¡Estaba agotada! Matel se había marchado a su cueva con una veintena de carpetas desordenadas llenas de notas manuscritas a mano. Ya sólo quedábamos Spencer y yo recogiendo nuestras cosas.

—Lo has hecho muy bien, Lauren —dijo el mayor de los Riley.

Sonreí satisfecha.

—Muchas gracias, Spencer.

—¿Has hablado ya con Malcom?

Continúe metiendo documentos en dosieres, pero automáticamente dejé de prestarle atención a esa tarea. El señor Miller me había dicho varias veces que debíamos hablar acerca de mi nuevo puesto, pero lo cierto era que, por una u otra razón, siempre había estado demasiado ocupado para hacerlo. Empezaba a pensar que lo único que quería era mantenerme intrigada como castigo por alguna de mis fechorías.

—No. Ha estado muy ocupado últimamente. ¿Quieres contármelo tú? —inquirí fingidamente desinteresada.

Spencer sonrió. Me conocía más de lo que yo pensaba.

—Es cosa de Miller —sentenció.

Terminó de recoger sus cosas y se dirigió a la puerta.

—Buen trabajo, ejecutiva júnior —se despidió.

—Gracias, jefe.

Regresé a mi mesa con toda la documentación, que después de tantas reuniones pesaba muchísimo. La dejé sobre mi escritorio y comencé a archivarla. Ya sólo quedábamos cuatro o cinco personas en toda la planta. Era tarde incluso para hacer horas extra.

Llevé algunos dosieres a la mesa del señor Miller para que los revisara cuando llegara mañana por la mañana, guardé otras tantas en el archivador y resoplé cuando vi las últimas dos. Ésas seguirían en mi escritorio, esperándome al día siguiente; aún tenía mucho que hacer con ellas. Sin embargo, para evitar deprimirme cuando sentara mi culo en esa silla a las ocho de la mañana, decidí guardarlas en el último cajón de mi mesa. Abrí y con la inercia del movimiento miré dentro antes de dejarlas caer definitivamente y entonces lo vi, el catálogo de primavera de Macy's... ¡Joder!

Lauren

Mis maravillosos *peep toes* rojos de Salvatore Ferragamo. Estoy enamorada de estos zapatos

¡Maldita sea! ¿Cómo podía haberme olvidado? Miré aterrada el pósit con el que había marcado la página de la revista sólo para comprobar lo que ya sabía: tendría que haber ido a la tienda ese día a primera hora. Era absolutamente imposible que quedara algún adorno de Swarovski. Miré el reloj. Por el amor de Dios, Macy's incluso había cerrado ya.

—¿Cómo va eso, Rubia?

Su voz me tomó por sorpresa y alcé la cabeza justo a tiempo de verlo acercarse a mi cubículo.

—Mal —me lamenté en un jadeo triste—. Soy una hija horrible.

—¿De qué estás hablando? —inquirió apoyándose, casi sentándose, en mi mesa, muy cerca de mí.

—Mi madre me encargó que le comprara algo en Macy's y lo he olvidado.

—Cómpraselo mañana —contestó como si fuera obvio, y sin la historia completa lo parecía.

—No puedo. Era un adorno con forma de tiovivo de edición limitada. Sólo estaba a la venta hoy en Macy's.

Dejé caer mi frente hasta apoyarla en su hombro y murmuré lo mal que me sentía, lo idiota que era y que no tenía ni la más remota idea de cómo explicarle a mi madre lo que había pasado.

—Llevas de reunión en reunión casi dos semanas y el día de hoy ha sido de locos —repuso para consolarme—. Lo entenderá.

—No —gemí desde mi escondite.

—Esto es Nueva York. Seguro que encuentras otro adorno precioso que poder enviarle.

Con toda probabilidad tenía razón, pero en aquel momento me sentía muy desdichada. Puede que, si no hubiera continuado en la oficina cuando las tiendas ya habían cerrado, la sensación hubiese sido un poco más tenue, porque era más que cierto que llevaba unas semanas agotadoras. Sin embargo, al final, lo único que me importaba era que mi madre había confiado en mí para algo que ella consideraba realmente importante y yo la había decepcionado.

—Vamos —trató de animarme—. Te invito a cenar. Debes de estar muerta de hambre.

Su invitación me hizo sentir cosquillitas en la boca del estómago y me aparté para mirar esos preciosos ojos verdes.

—No puedo —dije con la boca pequeña, porque, querer, sí que quería.

Bentley me sonrió suavemente y a mí me temblaron un poco las rodillas.

—No me lo merezco —me sinceré.

Me sentía fatal, rollo hija malvada de «Dinastía»; no podía irme a cenar con un hombre guapísimo, por mucho que me apeteciera.

Bentley se cruzó de brazos a la vez que asentía.

—¿Y puedo llevarte a casa? —preguntó con ese punto amenazante y sexy que sólo él sabía imprimirle a las palabras.

—Sí —dije sin más.

Nada añadió. Se irguió grácil y salió de mi cubículo.

—Te espero en mi despacho —me informó ya caminando hacia su oficina.

Yo lo observé y solté un largo suspiro. De pronto caí en la cuenta de algo. ¿Qué hacía todavía allí? La redacción de *Spaces* llevaba desierta más de una hora.

Durante el camino estuve más callada de lo habitual. Me sentía terriblemente mal. Había llamado a Macy's, pero ni siquiera me cogían el teléfono. Había hablado con una amiga que tenía en el departamento de Relaciones Públicas del Riley Group, por si tenía algún contacto, pero nada. Incluso lo había intentado con Maddie, para que lo intentara con Ryan. Cuando me llamó diciéndome que los adornos estaban agotados, me di cuenta de que ya no tenía nada que hacer. Si no había para el señor irascible-sexo increíble, no había para nadie.

Un obrero de la construcción vestido con un chaleco reflectante naranja y amarillo y manga corta a pesar del endemoniado frío que hacía nos hizo

una señal para que nos desviáramos por la 17 en lugar de seguir hacia el frente.

—Hay unas obras dos manzanas más adelante —nos explicó—. No podrán seguir en coche.

Bentley se desvió por la calle indicada y aparcó unos metros después.

—Será mejor que sigamos andando.

Asentí. Tenía razón. En coche sería casi imposible llegar a mi calle, mientras que, caminando, no nos llevaría más que unos minutos.

Como nos pasó en Times Square, andamos juntos, pero prudentemente separados. Daba igual todo lo que hubiésemos hecho esas últimas semanas y en cuántas partes del cuerpo nos hubiéramos tocado, caminar de la mano era un escalón más, como si le gritaras al planeta Tierra y a todos los habitantes que hay en él que, entre los dueños de esos dedos entrelazados, había algo más suave y a la vez más profundo.

—¿Seguro que no quieres cenar? —inquirió frente a mi edificio.

Asentí con la cabeza.

—Está bien, Rubia.

Me metió un mechón de pelo tras la oreja y deslizó sus dedos suavemente por la piel de mi cuello hasta tomar mi barbilla y obligarme a alzar la cabeza.

—No te tortures —me ordenó con dulzura.

Yo sonreí suavemente por respuesta y Bentley se alejó.

Viéndolo marcharse, solté un largo suspiro. Todo parecía más fácil cuando él estaba cerca.

Me obligué a dejar de martirizarme, o por lo menos a hacerlo en plena calle, y subí a mi apartamento con los pies pesados.

—Lauren —me saludó mi vecina de rellano, saliendo de su apartamento. Tenía casi ochenta años y un montón de hijos y nietos que la visitaban todos los domingos.

—Hola, señor Polifalakys —la saludé metiendo la llave en la cerradura y luchando con ella para que girara—. ¿Ha vuelto a perder a su gato?

—No, querida. Sólo quería decirte que te han traído un paquete. Como no estabas, lo han dejado en mi apartamento.

La puerta se abrió. Fruncí el ceño. Me giré despacio y vi una bolsa de Macy's. Una sonrisa de oreja a oreja se coló en mis labios. Había sido él. ¡Tenía que ser él!

Le di un beso enorme a la señora Polifalakys y salí disparada.

—¿Qué hago con el paquete? —preguntó en un grito para hacerse oír.

—¡Guárdemelo, por favor! —chillé ya en el tramo de escaleras.

Bajé como un ciclón, puse los pies en la acera y miré a ambos lados, buscándolo. No lo vi, pero recordaba perfectamente dónde había dejado su coche, así que, sin dudarlo, me quité los zapatos y eché a correr.

—¡Bentley! —grité cuando lo distinguí entre los neoyorquinos que caminaban por la 17 Este.

Él se volvió y sonrió, y yo me tiré en sus brazos otra vez sin un mísero resquicio de duda, rodeando su cuello con los míos, con una sonrisa en los labios y mis Salvatore Ferragamo rojos colgando de mis dedos.

—Muchas gracias —dije.

—No tienes por qué dárme las.

Estiré el abrazo porque en aquel momento no quería soltarlo por nada del mundo. Todos esos minutos de más nos quedamos en silencio y, sin que ninguno de los dos se lo propusiese, el aire a nuestro alrededor se volvió más denso y todo pareció tener más valor: nuestras respiraciones, que poco a poco iban acelerándose; el pensar que, si prestaba atención, podría oír mi corazón retumbando contra mi pecho.

Me separé despacio. Mis manos se deslizaron hasta apoyarse en sus hombros y las suyas hicieron lo mismo en mis caderas.

Cuando nuestros ojos se encontraron, tuve la sensación de que ya estaba todo dicho y ni una sola palabra podría explicar mejor que la manera en la que sus ojos me miraban, todo lo que ese puñado de segundos en una acera cualquiera, en una calle cualquiera de Manhattan, significaban.

No me malinterpretéis, no me sentía así por el regalo en sí. Como pasó con el llavero de «I love NY», lo que derrumbó todas mis defensas fue el gesto, esa pequeña muestra que te deja cristalinamente claro que otra persona en otra parte del mundo estaba pensando en ti.

Bentley me estrechó con fuerza contra su cuerpo y me besó. Yo volví a rodear su cuello con mis brazos, volví a zambullirme en lo bien que me sentía justo allí, justo así, sólo con él.

Me llevó contra la pared del vestíbulo de mi edificio y los dos sonreímos sin parar de besarnos. No habíamos podido quitarnos las manos de encima en las tres manzanas que ya habíamos recorrido y tampoco habíamos podido dejar de sonreír.

Me dejó caer sobre la cama e hincó la rodilla sobre el colchón con ese punto sexy y canalla que se le da tan rematadamente bien. Me observó con sus ojos devorándome entera y al mismo tiempo haciéndome sentir que le pertenecía, que estaba en su poder, y la sensualidad subió un escalón más de la mano del placer, incluso si en aquel momento no me estaba tocando, porque Bentley era masculino, instintivo y una suave malicia se apoderaba del brillo de sus ojos verdes cuando el deseo bañaba todo lo demás.

—Bentley... —murmuré.

Me chistó con suavidad y sonrió mientras se inclinaba suavemente sobre mí. Sus manos empezaron a desnudarme tan despacio que incluso me dolía; sus labios, sus dientes, su lengua recorrieron cada centímetro de piel que quedaba al descubierto con una maestría deliciosamente brutal.

—Dios —jadeé, y el jadeo se transformó en un gemido cuando su boca avanzó por mi vientre.

Dios. Dios. Dios. Mi costado. Mis brazos. Mi cuello. Mis pechos. Sus manos se movían bajo la tela. Su cálido aliento me despertaba. Sus dientes. Un suave dolor. Una ola de placer.

—Bentley —susurré, y la noción del tiempo se evaporó.

Se irguió triunfal sobre la cama y, con la misma lentitud transformada en tortura, se quitó la ropa. El atractivo dibujaba cada uno de sus músculos suavemente marcados y gemí de nuevo, entregada. Esta vez, por la visión absolutamente arrolladora que tenía delante.

Se enfundó un preservativo, tras rasgar el envoltorio con los dientes, se colocó entre mis piernas y, guiando su maravilloso miembro con la mano, me embistió con tanta fuerza que me cortó el aliento. Sonrió, el muy maldito, y, cuando regresé de donde el placer quiso llevarme con una sola embestida, sonreí con él.

Empezó a moverse a un ritmo delicioso. Sus manos se deslizaron bajo mi trasero, levantándome del colchón, obligándome a rodear sus caderas con sus piernas, llegando más lejos, llevándome más lejos.

No entraba, conquistaba. No se movía, dominaba. No me estaba follando, me estaba demostrando que el sexo es el mejor regalo.

—Santo Dios —gemí inconexa, saboreando la fantástica sensación de mi cuerpo transformado en una bañera de placer, cuya agua patinaba rebosante y resbalaba inundándolo absolutamente todo.

Nos giró hábil, dejándome a horcajadas sobre él. No lo dudé y empecé a

moverme, alzándome sobre mis rodillas para después dejarme caer recogiendo toda su longitud. Una, dos, tres veces. Mi cuerpo estaba al rojo vivo. Gritaba por él. Lo necesitaba.

Bentley me sostuvo las caderas, obligándome a levantarme más, a caer con más fuerza. Alzó las suyas. Gemí. ¡Grité!

—¡Joder!

Y mi cuerpo destrozó la poca cordura que me quedaba. Arqueé la espalda, el placer me recorrió entera y me atravesó, llenando toda la habitación, llamándolo a él, que se perdió en el fondo de mí con mi nombre en un ronco susurro.

¡Era demasiado bueno!

Me desplomé sobre su cuerpo, pero me sostuve a tiempo con las manos sobre el colchón a ambos lados de su cabeza. Mi pelo rubio le cayó sobre las mejillas y nos aisló a los dos, dejando sus ojos demasiado cerca de los míos.

Un millón de palabras se me agolparon en la punta de la lengua. Quería decirle tantas cosas... Me hacía sentir especial. Me hacía sentir como la única chica en la faz de la tierra. Sus dedos se apretaron aún más sobre la piel de mis caderas. Todo se intensificó un poco más y supe a ciencia cierta que sabía cada palabra que no decía, porque él se sentía exactamente igual.

Me tumbó sobre la cama y me besó cerrando esa especie de trato imaginario y sin palabras donde los dos dejábamos claro que no nos habíamos sentido como nos sentíamos entonces nunca, jamás.

* * *

—Letterman es el mejor —dije convencida mientras me acomodaba contra el cabecero de mi cama, flexionando las piernas desnudas bajo mi nórdico y llevándome a la boca mis palillos llenos de tallarines con verduras chinas y soja. Sólo llevaba su camisa.

El longevo presentador decidió ayudarme en esa disputa e hizo un comentario divertidísimo a cuenta de que la señora Trump no viviera con el señor Trump.

Bentley frunció el ceño disimulando una sonrisa, pero, con el segundo chiste acerca de que en realidad lo que le pasaba a la señora Trump era que había firmado un contrato de fidelización con otra inmobiliaria, no aguantó más y rompió a reír.

—Te has reído —dije divertida, señalándolo con los palillos antes de hundirlos de nuevo en mi caja de comida de El palacio del jengibre—. He ganado.

—¿Y qué me dices de Jimmy Fallon? —inquirió Bentley con los tobillos cruzados sobre mi cama al final de sus largas piernas y la cabeza apoyada en mi cabecero, comiendo wantón. Él sólo llevaba los vaqueros.

—Maddie siempre me obliga a ver a Fallon y reconozco que tiene gracia. El chiste de Nixon, el Empire State Building y los sacapuntas de colores es genial, pero no es Letterman —sentencié—. ¿Qué puedo decir? —argumenté fingidamente resignada, encogiéndome de hombros—. Soy una chica Letterman.

Bentley asintió sopesando mis palabras y, de pronto, tomándome por sorpresa, se abalanzó sobre mí, tumbándome sobre la cama. Los tallarines corrieron la misma suerte que los wantón y salieron disparados.

—¿Qué haces? —inquirí muerta de risa.

—Con que una chica Letterman... —Me sostuvo las muñecas contra el colchón por encima de mi cabeza, se abrió paso entre mis piernas y nuestras caderas se acoplaron a la perfección—. Di mejor que eres una chica Sandford.

Torcí el gesto, desdeñosa.

—Tus chistes no son tan buenos.

—¿Ah, no? —demandó, y esas dos palabras sonaron como una sensual amenaza.

—No —contesté negando con la cabeza y, aunque me esforcé en sonar impasible, no pude evitar que una sonrisa de lo más boba se colara en mis labios.

Bentley negó a la vez que yo, imitándome presuntuoso.

—Déjame que te cuente un par.

Volvió a sonar sensual, canalla, sexy, y yo me derretí entre risas y gemidos en sus brazos... dos veces.

* * *

Me despertó un sonido suave, como una canción sonando bajito de fondo. Un par de segundos después, Bentley se levantó de la cama. Yo me acurruqué bajo las sábanas y creo que murmuré algo, no recuerdo el qué,

mientras él se aseguraba de que estaba tapada. Estaba calentita y la almohada olía a Bentley. Después del sexo y la ducha, sólo quería seguir durmiendo así de plácidamente.

—¿Diga? —lo oí responder. Esa canción que sonaba bajito era su teléfono—... No, no estoy en mi apartamento.

Sin moverme, abrí los ojos, curiosa.

—No, no voy a ir —respondió convencido—. Tengo otros planes.

Podría haberme preocupado pensando que era otra chica, pero tenía claro que no era así. Bentley había perdido a su padre con diecisiete años y no había dejado de echarlo de menos un solo día. Nunca llevó demasiado bien que tres años después su madre se casara con Malcom. No es ningún estúpido, sabía que Malcom hacía feliz a su madre, a Molly, pero Bentley no soportaba estar en la misma habitación que él, como si permitirse quererlo supusiese traicionar a su padre.

Toda esa situación lo enfadaba, lo entristecía y, más que nada, lo hacía sentirse tan solo que dolía. Nunca necesité que me lo dijera en voz alta para saberlo.

—No puedo —afirmó.

Se pasó la mano por el pelo y dejó caer el costado sobre la pared, con la mirada fija en la porción de Manhattan que dejaba entrever mi ventana.

—Imagino que sí, pero me es imposible ir... Adiós, mamá.

Colgó y dejó escapar todo el aire de sus pulmones. No lo dudé.

—Bentley Sandford —lo llamé.

Él se giró y sonrió, pero el gesto no le llegó a los ojos.

—¿Qué hace un chico como tú en un lugar como éste? —pregunté imitando el espíritu de Humphrey Bogart en las pelis de detectives en blanco y negro—. Deberías venir aquí. Soy la única que sabe cómo moverse en estos antros de mala muerte —añadí destapando un lado de la cama y enarcando las cejas.

Bentley volvió a sonreír, esta vez de verdad, y yo sentí que había cumplido mi misión.

Se tumbó en la cama y tiró de mí hasta acomodarme sobre su pecho. Deslizó su mano por mi espalda y comenzó a acariciarme rítmicamente con dedos suaves y perezosos.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Me hacía una ligera idea de la respuesta, pero necesitaba preguntarlo.

No había dicho una sola palabra.

Soltó un largo suspiro sin dejar de acariciarme.

—Es complicado, Rubia.

Sabía que lo era. Lo conocía demasiado bien. Bentley no quería sentirse así respecto a su padrastro, pero no podía evitarlo. El recuerdo de su padre pesaba demasiado y él se sentía demasiado solo. Por eso llevaba refugiándose en casa de los Riley desde los diecisiete años. Allí podía sentirse como un hijo más, con unos padres que lo querían, se preocupaban y se sentían orgullosos de él, sin sentirse culpable.

Alcé la cabeza, buscando su mirada.

—Las cosas complicadas están sobrevaloradas —sentenció.

Él sonrió, casi rio, y me estrechó contra su cuerpo al tiempo que se movió para que estuviéramos frente a frente. Otra vez había complicado mi misión.

—¿Sabes? A veces pienso que no sé qué haría sin ti —empezó a decir—, luego recuerdo que estás completamente loca y se me pasa un poco.

Fruncí los labios ante su sonrisa más canalla y él no pudo evitar ensancharla, para a continuación darme un beso en la punta de la nariz.

—¿Qué vas a hacer mañana por la noche? —inquirió—. Porque se me están ocurriendo un par de ideas.

Me mordí el labio inferior. Eso sonaba, cuando menos, tentador. Sin embargo, cuando estaba a punto de contestar «lo que quieras. Sí. Sí. Sí», recordé que ya tenía planes.

—Me encantaría, pero no puedo. Mira Hannigan me ha invitado a una fiesta en su mansión de Glen Cove.

Bentley asintió. Como era obvio, no iba a preguntarle si quería acompañarme. Los motivos, fundamentalmente dos: la fiesta se celebraba en territorio Hannigan y, aunque James no lo estaba pasando demasiado bien por lo de Molly, también era obvio que no conseguiría librarse de la insistencia de su madre y acabaría acudiendo, y dos, las chicas que ya han superado sus relaciones con chicos que no les convienen no acaban yendo con éstos a saraos deliciosamente elegantes.

—Entonces, no me dejas otra opción que poner en práctica alguno de esos planes ahora —sentenció.

Y aunque sonreí encantada, el sexo no tomó el control de la situación y empezamos a hablar y a reírnos y a abrazarnos y a acariciarnos y a contarnos

cosas que no podríamos contarle a nadie más y a besarnos. Exactamente como en los viejos tiempos... ¿Viejos tiempos? No sabía por qué, pero llamarlos así me parecía lo mismo que decir una mentirijilla piadosa.

* * *

Las fiestas de los Hannigan siempre eran un acontecimiento social y a mí me encantaba que me invitaran, porque así tenía una excusa para comprarme unos zapatos nuevos y un vestido que combinara con ellos. Además, estaba ese maravilloso momento en la peluquería en el que el estilista te preguntaba «¿quieres que marquemos unas grandes ondas en tu pelo y lo dejemos caer sobre uno de tus hombros? Parecerás una estrella de cine de los años cincuenta?» y tú podías responder «sí, por favor», con una sonrisilla impaciente sin parecer una perturbada.

Cuando llegué a Glen Cove aquella noche, todo era exactamente como tenía que ser. Los invitados más importantes del estado, el mejor *champagne* y la música italiana de los años cincuenta de fondo.

Saludé a los Hannigan y le mandé un whatsapp a Maddie diciéndole que ya estaba allí y le sacaba una copa de ventaja. Di la vuelta de rigor buscando a Álex o a James, pero no los encontré, así que decidí volver a la barra a por otra copa de Dom Pérignon Rosé. Estaba esperándola cuando una vocecita emocionada en mi cabeza y en el centro de mi pecho me pidió que me hiciese un favor y me volviese... y allí estaba, Bentley Sandford, y no Bentley Sandford de cualquier manera, Bentley Sandford de esmoquin.

Al verme, sonrió y yo tuve ciertas (y grandes) dificultades para quedarme en mi sitio y no correr y saltar a sus brazos. El muy maldito estaba guapísimo. Caminó hasta mí derrochando su habitual seguridad de chico perfecto y triunfador, sólo que así vestido, en ese ambiente tan selecto y sofisticado, todo parecía multiplicarse por mil.

—Hola —me saludó deteniéndose frente a mí.

—¿Por qué te has puesto esmoquin?

Bentley sonrió desdeñoso y sexy. Una sonrisa de auténtico sinvergüenza.

—Me apetecía —respondió dándole a su voz el mismo cariz que a su sonrisa.

«¿Me apetecía?» ¡Sabía de sobra que esos trajes eran mi punto débil! ¿Quién le dice que no a un chico guapo con uno puesto? Son como un arma de destrucción masiva.

—Sea lo que sea lo que estás pensando, no vas a salirte con la tuya, Sandford —le dejé claro.

Él dio un paso más y su colonia me sacudió las fosas nasales, consiguiendo que las palabras *atractivo* y *masculino* se transformasen en olor.

—Sea lo que sea lo que tú estés pensando —replicó en un susurro amenazante y sexy al mismo tiempo, casi rozando la piel de mi mejilla con sus labios—, tampoco.

Me mordí el labio inferior para contener un suspiro mientras mi cuerpo se desordenaba caótico por él. Bentley se separó y yo le mantuve la mirada sin dudar.

—Bentley.

Alguien lo llamó, pero a ninguno de los dos pareció importarnos.

—Bentley —insistieron.

La voz entró en nuestra burbuja y adquirió el tono del de una mujer; instintivamente la odie. Di un paso hacia él y, apoyando la palma de mi mano en su pecho, me alcé suavemente sobre la punta de mis Christian Louboutin hasta que mis labios quedaron muy cerca de los suyos.

—Parece que te buscan —murmuré.

Me separé despacio y su cuerpo se tensó hambriento bajo mi mano. Sonreí satisfecha. Lo había hecho para parecer sexy y segura de mí misma, para devolvérsela un poco, pero también porque me moría de ganas de olerlo otra vez.

Los dos nos giramos al mismo tiempo y, cuando vi a Marisa Borow a la espalda de Bentley, cambié completamente de expresión. Después de cómo se portó con Maddie, no soportaba tenerla cerca; debo reconocer que, antes de eso, tampoco es que fuera mi persona favorita.

—Siento interrumpirte —dijo llenándose de esa pose de fingida dulzura—, pero tengo que hablar contigo.

—Ryan sigue felizmente casado y está esperando su primer hijo —interrumpí lo que cualquiera de los dos pensara decir—. Supongo que eso es lo único que te interesa saber, Marisa. Te he ahorrado el trabajo.

Bentley mal disimuló la risa en un oportuno ataque de tos y yo le

dediqué mi mejor sonrisa fingida. Es una arpía.

Marisa me devolvió el gesto al tiempo que se metía un mechón de pelo tras la oreja.

—Lo que tengo que hablar con Bentley es realmente importante — especificó. Yo me crucé de brazos sin molestarme en tratar de resultar mínimamente amable—. Se trata de tu hermana Molly.

El cuerpo de Bentley se tensó en una única décima de segundo y dio un paso adelante. Mi expresión también cambió otra vez. Marisa era amiga de Savannah, la reina de las arpías, no de Molly, ¿qué podía saber de ella?

—He estado hablando con ella hace unos minutos. Ya sabes que Savannah es mi mejor amiga y os tengo mucho aprecio a todos vosotros, en especial a Molly, para mí es como mi propia hermana pequeña.

Mentiras, mentiras y más mentiras. Marisa y Savannah se pisotearían sus respectivas elegantísimas cabezas por dos segundos de atención de Ryan.

—¿Qué pasa con Molly? —la apremió Bentley en un rugido.

—Está embarazada.

Un suspiro de pura sorpresa se escapó de mis labios.

—¿Qué? —Pronunció esa única palabra tan furioso que apenas fue un sonido.

—Me lo ha confesado. Parecía muy triste y también muy preocupada.

La respiración de Bentley se aceleró, presa de una cortante rabia.

—¿Te ha dicho quién es el padre?

—Bentley, no creo que deba darte más detalles. Molly ha confiado en mí...

—¿Quién? —rugió de nuevo, tan amenazante que habría helado el desierto del Sahara.

—La vi bailando justo después y es obvio, por la manera en la que se miraban, que estaban juntos. —Marisa hizo una pequeña pausa y el inicio de una maliciosa sonrisa llena de satisfacción personal asomó en sus labios pintados de color coral—. Es James Hannigan.

Bentley no dijo nada más y salió disparado hacia el centro del salón, enfadado como sólo recordaba haberlo visto una vez.

—¡Espera! —le pedí, pero me ignoró.

Resoplé nerviosa y salí tras él. Seguí llamándolo, pero él ni siquiera parecía oírme. Tomamos el pasillo que conducía a la parte trasera de la casa y después el que llevaba a los preciosos jardines, con las paredes acristaladas

cubiertas de enredaderas. Caminaba decidido y, cuando bajé de prisa los tres escalones que me separaban del suelo de losa gris, comprendí por qué: James estaba allí.

—Eres un cabrón miserable —le espetó Bentley.

James frunció el ceño, confuso. Primero lo miró a él y después a mí. Ya sabía que no estaba pasando por su mejor momento, pero ahora parecía aún más furioso, aún más desahuciado. Quise consolarlo, pero automáticamente y, casi sin saber por qué, también estaba muy enfadada. ¿Cómo podía haber dejado embarazada a Molly? Y realmente, en aquel momento, no sabía qué me cabreaba más de esa frase: que no hubiese cuidado de ella o que se hubiese acostado con ella.

—¿Cómo has podido atreverte, maldito hijo de puta?

—¿De qué coño estás hablando, Sandford?

De pronto vi clarísimo que era cuestión de dos frases más que acabaran llegando a las manos.

—¿Por qué no os calmáis? —les pedí a los dos, pero sobra decir que ninguno me hizo el más mínimo caso.

Apenas un segundo después, un murmullo acelerado y nervioso atravesó el jardín. Era Molly.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Aquella noche los sentimientos parecieron comerse las palabras. Era el monumental enfado de Bentley. Era la rabia, la confusión, el dolor de James. Era el miedo de Molly.

Su hermano la miró, un solo segundo, como si todavía viese a su hermanita de siete años, con coletitas, yéndose al colegio, y se pasó las manos por el pelo casi desesperado.

—Te dije que no te acercaras a él —le recriminó—. ¡Te lo dije!

—No se te ocurra hablarle así —la defendió James.

—¿Ahora vas a cuidar de ella? —inquirió Bentley duro y sardónico, con ese doloroso enfado burbujeando en cada una de sus palabras—. ¿Por qué no lo hiciste hace dos semanas o un mes o cuando decidieras tirártela sin ponerte un puto condón? —prácticamente gritó.

—¿De qué coño estás hablando? —replicó James.

Los dos tenían el cuerpo en tensión, como si también los dos tuviesen claro que lo más complicado, lo que marcaría un antes y un después en todos los sentidos, viniese ahora.

—Cabrón miserable —gruñó Bentley.

—¡Bentley, no! —trató de detenerlo Molly.

—Está embarazada —le escupió Bentley con un sentimiento profundo y cortante en su voz.

Y entonces me di cuenta de que no se trataba sólo de proteger a Molly. Bentley estaba decepcionado, y no lo estaba con su hermana, lo estaba consigo mismo. Le había fallado a su padre. No había cuidado de ella.

Un suspiro se evaporó en los labios de Molly y rápidamente se llevó las palmas de las manos a la boca para contenerlo.

—¿Qué?! —rugió James, buscando con la mirada a Molly, pidiéndole en silencio demasiadas cosas—. ¿Estás embarazada?

—Sí —murmuro.

—¿Ni siquiera lo sabías? —preguntó Bentley—. Tiene diecinueve años. ¿Te paraste a pensar en eso antes de acostarte con ella?, ¿antes de arruinarle la vida?

—¿Cómo has podido hacer algo así, James? —añadí yo.

Una parte de mí no paraba de decirme que no era asunto mío, pero es que la otra no replicaba, gritaba que sí lo era. No sabía por qué estaba tan enfadada. Me dolía ver a Molly en esa situación, no se lo merecía, pero había algo más, algo más incómodo y más profundo. ¡Era James! No voy a volver a decir todo eso de que nuestra relación era complicada, que no podía renunciar a él, pero es que era exactamente así como me sentía y todo lo que estaba pasando no hacía más que confirmarme que él estaba más y más lejos de mí.

—¿Y a ti qué coño te importa? —inquirió Bentley girándose hacia mí.

Todo se volvió dolorosamente familiar, como si alguien me hubiese empujado de una patada a un *déjà vu*.

—¿Y a ti qué coño te importa lo que me importe a mí? —repliqué cerrando los puños junto a mis costados. ¡Estaba tan cabreada!

Bentley escondió una sonrisa de lo más mordaz en un suspiro breve y malhumorado. Estaba más al límite que hacía sólo unos minutos.

—Joder, esto es lo último que necesito, Lauren.

Y el *déjà vu* se hizo más grande y empezó a recordarme otros momentos. Me vi a mí misma, en mitad de su salón, descalza y con la cara llena de lágrimas, observándolo, suplicando en silencio por un abrazo que él no me dio.

—Y, claro, aquí lo único que importa es lo que necesites tú —le escupí.

Bentley apartó la vista de mí un solo segundo. Mis palabras le habían dolido y, a pesar de que no debería, me sentí culpable. Cuando volvió a mirarme, sus ojos verdes estaban endurecidos.

—Por lo menos, yo soy capaz de hablar de cómo me siento.

Fue un completo gilipollas.

—Eso es un golpe bajo —le recriminé.

—¿Tanto te importa que Hannigan se acostara con otra?

Quería gritarle que no lo sabía, que era complicado, que no tenía nada que ver con que tuviera la más mínima intención de volver con él, porque sencillamente no la tenía, pero yo también estaba demasiado cabreada y me negaba a darle cualquier tipo de explicaciones. No se las merecía. Él me había hecho daño. Él podría hacérmelo de nuevo.

—¿Tanto te importa a ti?

—¡Es mi hermana, por el amor de Dios! —gritó—. ¡Es una niña! ¡Sólo tiene diecinueve años!

—¡James no es el padre! —chilló Molly para hacerse oír por encima de nuestra propia discusión.

Esas cinco palabras nos acallaron a todos de golpe. Molly tomó aire, se armó de valor y me di cuenta de que, a pesar de lo asustada que estaba, también estaba siendo muy valiente. Nos explicó que había conocido a un chico en París llamado Justin y que él había pasado de ella cuando le dijo que estaba embarazada. ¡Menudo hijo de puta!

James la miró con una mezcla demasiado intensa de demasiadas cosas. Estaba aún más dolido. Estaba aún más furioso. Estaba aún más triste. Sin pronunciar palabra, se dirigió hacia el interior de la casa. Molly, con la voz llena de lágrimas, le pidió que no lo hiciese, pero James acabó marchándose.

Molly rompió a llorar y Bentley y yo nos convertimos en espectadores accidentales de una escena demasiado triste. Bentley no lo dudó, caminó hasta ella y la abrazó con fuerza, consolándola.

—Lo siento —dijo acariciándola con dulzura, dejando que llorase sobre su hombro todo lo que necesitase llorar—. Lo siento muchísimo.

Yo tampoco lo dudé y fui hasta ellos. Bentley, daba igual lo que hubiese pasado o lo que pasase en un futuro, incluso daba igual lo que acabábamos de gritarnos diez minutos antes, era una de las personas más importantes de la historia de mi vida y, sólo por eso, Molly también lo era y no iba a dejarlos solos a ninguno de los dos.

Bajo su atenta mirada, me acerqué a su hermana y le acaricié con suavidad la espalda.

—¿Estás bien? —pregunté.

Ella se separó del pecho de su hermano y me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No —respondió.

—Pues no te preocupes —contesté otra vez sin dudar—, porque vamos a arreglarlo.

Me obligué a sonreír para que ella también lo hiciera y rodeé sus hombros con mis brazos para guiarla despacio hasta las escaleras y sentarnos en ellas. Bentley observó cada gesto, cada movimiento, y finalmente se sentó al otro lado de su hermana.

En la hora siguiente hablamos un poco de todo, de si había ido al médico, de si lo sabían su madre y Malcom. Bentley le dijo que fue Marisa quien se lo contó y le aconsejó que nunca confiase en gente como ella.

—¿Vendrás conmigo cuando se lo cuente a mamá y a Malcom? —le pidió Molly, y sonó dulce y asustada al mismo tiempo.

—Claro que sí —respondió Bentley sin ni siquiera necesitar pensarlo, y las dos nos dimos cuenta del valor que tenían esas tres palabras.

—Será mejor que me marche a casa —pronunció Molly apenas en un murmullo, levantándose.

—Te llevaré —respondió Bentley.

Ella nos miró a los dos, pero nosotros mantuvimos los ojos fijos en ella.

—¿Estás seguro? Puede llevarme el chófer de Malcom.

—Te llevaré yo —sentenció.

Molly asintió. Yo me levanté y le di un abrazo enorme.

—Llámame para lo que necesites —le dije mientras aún la estrechaba.

—Muchas gracias.

Sólo tiene diecinueve años, por el amor de Dios. En cuanto llegue a casa, pienso buscar uno de los números de sicarios que me dio Arthur Salt y contratarlo para que le dé una paliza a ese tal Justin.

Molly empezó a caminar. Bentley me miró, pensé que iba a decir algo, pero en el último segundo dejó escapar todo el aire de sus pulmones y se marchó.

Yo me quedé en el jardín un par de minutos más, tratando de tranquilizarme, de ver las cosas con perspectiva, pero todo era tan confuso...

¿Por qué no podía dejar las emociones a un lado cuando se trataba de Bentley? ¿Por qué era capaz de hacerme reír, enfadarme, hacerme sentir mariposas en el estómago con esa facilidad, como si conociese todos los botones de mi cuerpo?

Decidí que era mejor dejar de pensar y, de paso, marcharme a casa a comerme un número casi indecente de galletas de chocolate.

Llamé a James para saber cómo estaba, pero no me cogió el teléfono. Lo busqué por toda la mansión, pero no había ni rastro de él.

Estaba atravesando el salón camino de la salida cuando una voz me llamó a mi espalda.

—¿Qué tal ha ido? —inquirió Marisa Borow.

¿Cómo podía atreverse siquiera a preguntar?

Me giré hacia ella. No me había olvidado de esa arpía.

—Eres una perra mentirosa que no para de meterse donde no la llaman, y la próxima vez que te vea cerca de alguien que me importe voy a darte una patada en ese culo escuchimizado que tienes—sentencié.

Ella frunció los labios y sus mejillas se encendieron.

—Te falta clase para estar aquí.

—Ryan duerme cada noche abrazado a Maddie después de haberle echado el polvo de su vida —dije saboreando cada palabra, cargada de una fingida compasión, demostrando que tenía clarísimo cómo le afectaba lo que estaba diciendo y cuánto estaba disfrutando yo por ello—. Buena suerte pensando en eso.

Sin más, me encogí de hombros, le robé una cereza confitada a un camarero que pasaba por allí en ese instante y eché a andar bajo su conmovida mirada.

* * *

En casa, aunque luché por evitarlo, seguí dándole vueltas a lo mismo, a lo que había ocurrido con Molly, con James y, sobre todo, a lo que había ocurrido con Bentley. Bentley, Bentley, Bentley. Siempre Bentley... incluso cuando, como en ese momento, no quería que lo fuese. Míster perfecto seguía en mi mente. Yo quería una relación sana, buena, de esas que tu madre comenta admirada con sus amigas, una que Maddie y Álex observarían y sonreirían satisfechas por mis progresos sentimentales. Yo era Sally y no

buscaba a Harry, quería a ese otro con el que sale primero, pero con polvos sobre el suelo de losas mexicanas de la cocina incluidos. De ahí que lo llamara *míster perfecto*. Quería el *quan* absoluto de las relaciones. Quería al hombre, en mayúsculas.

En ésas estabas cuando llamaron a la puerta. La voz de mi conciencia me dijo «mejor no abras», pero la curiosidad me pudo y, ataviada con mi pijama, descalza y el pelo recogido en un moño de cualquier manera, fui a abrir. La curiosidad mató al gato, ¿recordáis?

—¿Podemos hablar?

Bentley lo preguntó, pero en realidad no me dio opción a negarme. La manera en la que me miró me dejó clarísimo que, si le decía que no y cerraba la puerta, la tiraría abajo con tal de mantener esa conversación.

—Pasa —respondí haciéndome a un lado con la puerta.

Entró y caminó hasta colocarse en el centro del salón. Yo cerré y lo seguí, escondiendo un labio en el otro. De pronto estaba nerviosa y lo cierto es que no sabía por qué. Una parte de mí se sentía como si el actor con el que fantaseas después de una película, milagrosamente, se presentara en tu casa. La otra no paraba de recordarme que ya me sentí así, que ya me dejé llevar y acabé con el corazón hecho trizas.

En cuanto alcancé la estancia, me detuve a unos prudentes pasos de él. Tenía que guardar las distancias. Era lo mejor para mí.

—¿Qué sientes por James? —me preguntó mirándome directamente a los ojos. Quería una respuesta y la quería ya.

—No siento nada por James, Bentley —contesté, y mi voz sonó casi desesperada. Necesitaba que entendiese que no volvería con él, que esa historia se había acabado, aunque ni siquiera yo comprendiese en el punto en el que estábamos en ese momento.

Bentley dio un paso hacia mí cargado de una atronadora seguridad.

—Entonces, ¿a qué estamos jugando? —inquirió, y sonó exactamente como yo.

—¡No estamos jugando a nada! —me defendí.

—¡Maldita sea, Lauren! ¡Yo te quiero!

—¡Demuéstramelo!

Bentley apretó la mandíbula con fuerza y sus ojos se llenaron de dolor, el mismo que en ese preciso instante estoy segura de que reflejaron los míos.

—¡Demuéstramelo! —repetí y, aunque lo grité enfadada, en el fondo se

lo estaba suplicando.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Necesitaba que me demostrara que estaba equivocada, que lo había estado desde que me marché aquella noche de su casa, que él no me había fallado.

—Lauren —me llamó.

Los dos recordamos exactamente el mismo instante de nuestra historia.

Dio un paso hacia mí y alzó la mano tratando de acariciarme la mejilla, de consolarme, pero no lo dejé.

—No puedes, ¿verdad? —Mi voz sonó segura, pero también entrecortada—. No puedes porque, cuando tuviste la ocasión, sólo me hiciste daño.

Su mandíbula se tensó un poco más y la rabia y el dolor se hicieron todavía más cristalinos en sus ojos verdes. Trató de abrazarme, de consolarme como no lo hizo entonces, pero yo lo empujé, zafándome de él.

—Lauren, lo siento.

—Vete —le pedí.

Odiaba llorar delante de él. Odiaba esas conversaciones. Recordar lo que pasó. Lo odiaba todo, pero Bentley no me dejó escapar. Me tomó de la mano y me frenó.

—Lo siento —repitió.

—¡Márchate! —chillé liberándome de su agarre.

—¡¿Y qué quieres que haga?! —gritó también, dejando que todo lo que sentía llenara su voz—. Me dijiste que estabas embarazada y no te apoyé. Te eché la culpa de presionarme para que nos casáramos. Creí todas las estupideces que dijo Savannah. ¡Me equivoqué! ¡La jodí! Pero tú tampoco me dejaste arreglarlo.

—¡Me abandonaste!

—¡Y tú tardaste diez putos minutos en ir a buscar a James! —replicó como si todavía sintiese la misma rabia, como si esa herida aún no se hubiese cerrado. No se ha cerrado—. ¿Te haces una maldita idea de cómo me sentí? A mí me costaba trabajo respirar y tú ya estabas revolcándote con ese gilipollas.

Apreté los labios conteniendo las lágrimas. Quería decirle que no estaba siendo justo, que las cosas no fueron así, que lloré como un idiota por él durante semanas, pero no quería seguir hablando. No quería volver a pasar

por eso. Las exparejas que ya lo tienen superado no se comportan así. Necesitaba regresar urgentemente a mi lado seguro de la línea. No quería volver a sufrir.

—Parece que tienes muy claro cómo pasaron las cosas, ¿no? —dije, y por primera vez agaché la mirada.

—Te quiero —repitió sin un solo resquicio de duda. No la tenía. Yo tampoco. Iba a volver a sufrir—, y tú me quieres a mí.

Tenía que acabar con eso ya.

Alcé la cabeza y dejé que las lágrimas corrieran por mis mejillas para concentrar todas mis fuerzas en las palabras que estaba a punto de pronunciar, sabía que las iba a necesitar.

—No —contesté en un murmullo—. Dejé de quererte el día que te dio igual lo enamorada que estaba de ti; creíste a tu hermana Savannah y me acusaste de haberme quedado embarazada a propósito para obligarte a casarte conmigo.

Bentley me mantuvo la mirada aguantando el golpe, demostrándome sin palabras, lleno de esa innata y masculina seguridad, que sabía que lo merecía, que nunca se perdonaría el daño que me había hecho. Al cabo de unos segundos, apartó sus ojos verdes de los míos y los perdió en la ventana. Me sentí culpable y demasiado triste.

—Será mejor que te vayas a casa —musité y, sin darle oportunidad a decir nada, recorrí mi pequeño apartamento y me encerré en mi habitación.

Apoyada en la puerta, conteniendo los sollozos, lo oí deambular por mi piso, caminar hasta mi puerta, apoyar las palmas de sus manos en la madera. Aguanté el aliento. Necesitaba que se marchara, que me pusiera las cosas fáciles.

—Fui un idiota, Rubia —susurró.

Y yo no necesité más, porque sonó tan sincero que resultó casi cruel. Era Bentley, mi Bentley. Y era cierto. No tenía dudas. Lo quería como nunca había querido a nadie.

Cruzó mi piso y se marchó. Aquella noche lloré hasta quedarme dormida.

Lauren

Tacones de veinte centímetros de Ralph Lauren; un color demasiado complicado para explicarlo, dejémoslo en que imitan el tono de la caña de azúcar, incluidas las pequeñas fisuras en un marrón más oscuro

Todo pasó el 28 de agosto de 2013. Bentley y yo éramos felices, cada vez que lo miraba sentía un millón de mariposas revoloteando en mi estómago, incluso temía seriamente que, en una de las ocasiones que estuviese cerca, olvidase respirar y acabara despeñándome desde mis tacones, aunque, con toda sinceridad, tampoco me importaba mucho, porque tenía clarísimo que él me sostendría... qué equivocada estaba.

Ese día en concreto me di cuenta de que tenía una falta, no de muchos días, pero sí los suficientes como para preocuparme. Pensé, repensé, comprobé si me había saltado la píldora alguna vez, hice mis cuentas... básicamente lo que hemos hecho todas cuando nos hemos visto en una situación así. Estaba nerviosa, pero mantuve la calma. Los retrasos, a veces, pasan.

Dos días después he de reconocer que estaba algo más que nerviosa. Ya había hecho todas las cuentas que podía hacer y el retraso era más que evidente, así que decidí hacer lo único que me quedaba por hacer: me compré un test de embarazo y me fui a casa de mi novio. Quería que me abrazara, que me dijera que no me preocupase, que todo, independientemente del resultado de esa prueba, iría bien.

Me equivoqué.

Bentley montó en cólera. Ni siquiera me dio la oportunidad de explicarme. «No quiero un crío, Lauren», fue una de las primeras frases que pronunció. «Es que tendrías que haber tenido más cuidado, joder», fue de las

segundas. No me abrazó, no me dijo que no me preocupase, y yo nunca me había sentido tan sola. Decidí que ya no quería estar allí y me marché.

En mi casa, después de llorar por una mezcla de rabia y tristeza, decepción e impotencia, me hice la prueba. Dio negativo. No estaba embarazada. Podría haber ido a su casa esa misma tarde, pero la sensación de alivio por no estar embarazada, después de todo lo que había pasado un par de horas antes, se transformó en una sensación de alivio por no estar embarazada de Bentley, y eso me asustó.

Él no me llamó.

Al día siguiente comprendí que, independientemente de lo que hubiese sucedido, merecía saber que no estaba embarazada y fui a su casa a pesar de que una vocecita dentro de mí no paraba de repetirme que merecer, merecer, no lo merecía y debería dejarlo sufrir en la incertidumbre un par de días más, pero ¿os he dicho ya que estaba enamorada de él como una idiota?

Cuando llegué a su casa en el Upper East Side, su hermana Savannah estaba allí. Él no le pidió que se marchara y ella se quedó sentada en uno de los taburetes de la isla de la cocina, mirándome con cara de superioridad moral... ¡qué curioso!, una superioridad moral que no le impidió vestirse con ropa de Maddie para seducir a un Ryan al borde del coma etílico.

—Tenemos que hablar —dijo de pie, junto a su enorme sofá de color rojizo.

No se acercó a darme un beso, no me preguntó cómo estaba.

—Sí, creo que sí.

Apreté los puños junto a los costados, convenciendo a la parte de mi cuerpo que estaba en auténtico pie de guerra de que debía ser sincera con él. Abrí la boca dispuesta a pronunciar las palabras «no estoy embarazada», pero él se adelantó.

—No me gusta lo que estás haciendo.

Fruncí el ceño, confusa.

—Y francamente tampoco lo entiendo —continuó. Parecía cansado y abrumado, como si hubiese pasado la noche entera dándole vueltas y más vueltas—. Has planeado nuestra vida y no te ha importado lo más mínimo lo que yo tuviese que decir al respecto. ¿Qué se supone que viene ahora? ¿Tener ese crío? ¿Casarnos? Yo no quiero eso.

—Yo no te lo he pedido —me defendí.

—No, pero te has asegurado de que lo haga —prácticamente me

interrumpió—. ¿Crees que voy a dejar que te quedes sola, que no voy a cuidar de ti, de nuestro hijo?

Eran exactamente las palabras que yo quería escuchar, pero no así, no de aquella manera.

—Yo no te he pedido nada, Bentley.

—Sí que lo has hecho —replico triste y dolido y enfadado—. ¡Me estás presionando, Lauren!

Sus palabras nos silenciaron a los dos y yo sentí un nudo en el estómago que subía hasta mi garganta, hasta casi impedirme respirar.

—Lamento que te sientas así —alcancé a decir y en el fondo ni siquiera entendía por qué; yo no había hecho nada malo, pero una parte de mí, una bastante estúpida, empezó a pensar que tenía que disculparme, que, quizá, había hecho algo sin ni siquiera darme cuenta, que era justo que él se sintiese así.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y una resbaló por mi mejilla.

Bentley me observó; su cuerpo, él, estaban al límite. Resopló, se pasó las manos por el pelo y dio el primer paso hacia mí, como si se estuviese concediendo lo único que quería hacer.

—Lauren —me llamó.

Yo me sentí reconfortada, como si la promesa de su abrazo fuese suficiente, pero entonces él se detuvo, gruñó un juramento ininteligible entre dientes y se quedó separado de mí apenas por unos pasos, pero increíblemente lejos en todos los sentidos.

Bentley y Savannah se miraron, no más que un segundo, y lo comprendí todo. La parte beligerante tomó el mando, maniató a esa tan estúpida que encima consideraba que yo debía disculparme y me dio la fuerza necesaria. Giré sobre mis tacones y caminé hacia la salida.

—Como es obvio que eres tú la que ha tomado todas las decisiones —dije deteniéndome junto a Savannah, pero lo suficientemente fuerte como para que Bentley me oyese—, toma.

Me metí la mano en mi bolsillo, saque el test y lo dejé con desdén sobre la encimera.

—No estoy embarazada —anuncié.

Y salí de aquella casa sin mirar atrás.

Dos días después, en los que no supe nada de él, Bentley se presentó en mi apartamento y me dejó. La razón: todo se había complicado demasiado.

No me costó demasiado trabajo saber que Savannah lo había convencido. Dos días después volvió a buscarme. Tras doce, fiesta del Metropolitan incluida, y un día antes de la boda de Maddie y Ryan, lo dejamos definitivamente. A las chicas les dije «Ayer. Mutuo acuerdo y estoy bien, gracias». «De esa frase la única palabra que es verdad es *ayer*», respondió Álex, y tenía toda la razón. Me dejó él y estaba hecha polvo.

* * *

Después de que me tocase revivir todo aquello, de que Bentley y yo volviésemos a discutir, de que me preguntase qué sentía por James, llevaba dos días llorando, exactamente lo que no quería acabar haciendo y, siendo francas, tampoco creía merecérmelo. Encima, una vez más, me tocaba volver a la oficina, fingir que todo iba bien, rezar por no encontrármelo. ¿En qué momento me había convertido en Maddie?

Trabajé todo lo que pude para mantenerme entretenida, incluso acepté voluntariamente algún que otro marrón de proporciones casi bíblicas. Ni siquiera había bajado a comer con tal de no encontrármelo en el Marchisio's. Sin embargo, nada me preparó para lo que sentiría cuando alcé la cabeza, sólo para descansar un poco, en el instante exacto en el que las puertas del ascensor se abrieron. Ryan y Spencer salieron de él y, tras ellos, Bentley. Parecía cansado, era obvio que necesitaba dormir más y mejor, estaba enfadado, arisco, y todo eso me golpeó y me hizo sentir un poco mejor al mismo tiempo, como si esos pequeños apuntes fueran la prueba de que él se sentía tan mal como yo, que también me echaba de menos.

Cuando nuestras miradas se encontraron, por un segundo se detuvo y mi estúpido corazón tuvo la sensación de que iba a correr hacia mí, besarme y levantarme en brazos, una copia exacta del final de *Oficial y caballero*, para más señas, y yo volví a sentirme feliz. Pero entonces dejó escapar todo el aire de sus pulmones, reemprendió la marcha, entró en su despacho y cerró de un soberano portazo.

Yo corrí a encerrarme en los lavabos y lloré como una idiota. Me sentía triste, pero, sobre todo, confusa. ¿De verdad que, que me profesara su amor en público y me pidiese que volviésemos, era lo único capaz de hacerme feliz? Aquello era un error, ¡mayúsculo! ¿Es que no había aprendido nada?

El resto de la semana fue así. El lunes lloré como una idiota. El martes... también. El miércoles tuve un renovado ataque de dignidad que murió el jueves por la mañana cuando lo vi en una reunión. Y el viernes... el viernes ya no podía más. Estaba triste, dolida, enfadaba. Lo odiaba como no he odiado a nadie en toda mi vida y, sin embargo, no paraba de pensar en él. Estaba confusa. Me sentía impotente, frustrada y, de pronto, una lucecita apareció en el fondo de aquel tortuoso camino de días laborables: necesitaba volver a estar bien urgentemente. Me recordé a mí misma en la universidad, tumbada en la cama de James, hablando del futuro, de lo que quería ser. Una parte de mí empezó a pensar que, quizá, todo sería más fácil si volviese a sentirme como en aquellos días, cuando todo parecía más sencillo, y para eso lo necesitaba a él... a James. Cuando llevas cinco días llorando a moco tendido, comiendo galletas en tu propia cama, nunca tomas buenas decisiones.

—Hola —lo saludé con la cara llena de lágrimas en cuanto abrió la puerta.

Juro que me la limpié antes de llamar, pero mi llanto parecía tener vida propia.

James frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Yo negué con la cabeza a la vez que me sorbía los mocos. En el fondo no quería hablar de eso. Ya era suficiente castigo pensar en Bentley las veinticuatro horas del día. Además, había ido hasta allí para volver a ser yo. Bentley Sandford tenía que salir de mi vida ya.

—¿Puedo pasar? —inquirí.

James se hizo a un lado con la puerta sin dejar de mirarme preocupado y yo, aunque sabía que ése no era el plan, no pude más y estallé:

—¿Qué le pasa al maldito universo? —demandé frenándome en el centro del salón de los Hannigan, alzando las manos, tratando de buscar una salida a toda la impotencia que sentía.

—¿De qué estás hablando?

—De que no es justo —repliqué veloz—. Yo tenía muy claro lo que quería. Quería a míster perfecto, alguien que fuese bueno para mí, responsable, educado, guapo. Que me quisiese sin un mísero asomo de dudas y al que yo pudiera querer de la misma manera.

Nada de hombres más guapos de lo que merecen ser, de lobos

disfrazados de corderos, de sonrisas maravillosas, de chicos capaces de tenerte en la palma de su mano, de poder hacer crecer tus sentimientos hasta el infinito o machacarlos sin ninguna piedad porque sólo ellos tienen ese poder.

—¡Yo sé que quiero eso! —sentencié furiosa—. ¿Por qué no puedo tenerlo?

James me observó unos segundos, sopesando mis palabras y estudiándome con sus preciosos ojos castaños.

—Míster perfecto —repitió—, ¿es alguien concreto?

¿A quién pretendía engañar? En el caso de que hubiera un míster perfecto para mí, debía de estar a millones de kilómetros.

—No —contesté alicaída, robándole el botellín de cerveza y dejándome caer en el sofá. Me quité los zapatos. Sólo quería estar en pijama—. Es una idea, una idea precisa de lo que necesito.

James cogió otra cerveza y caminó hasta el tresillo.

—Quizá ése sea el problema —comentó sentándose a mi lado—, lo que necesitamos no es siempre lo que queremos.

De pronto tuve serias dudas de si esa frase era para mí, para él o para los dos.

—¿Molly te hace feliz? —pregunté.

James escondió cualquier reacción dándole un sorbo a su botellín.

—Contéstame —le pedí clavándole el índice en el costado, en parte porque me pareció divertido y, en parte, porque realmente quería que me respondiese.

—No quiero hablar de eso, Lauren.

Esa respuesta sólo me valió para certificar que James tampoco lo estaba pasando bien y esa lucecita volvió a brillar con fuerza.

—¿Te acuerdas de la última vez que nos peleamos?

Frunció el ceño de nuevo.

—Nos peleamos ayer jugando al Cluedo —contestó—. Tú y yo nos peleamos unas doce veces al día.

Lo miré mal. «Estoy siendo profunda, Hannigan. No lo estropees.»

—Me refiero a la última vez que nos peleamos de verdad, dos días después de que volviera de Chicago.

James me miró y estoy completamente segura de que sólo necesitó un segundo para revivir ese día con todo lo bueno, lo malo, las palabras y los

errores que cometimos.

—Hablaste de cuando estábamos en la facultad y nos tumbábamos en tu cama a charlar sobre cómo queríamos que fueran nuestras vidas —continué.

Le dio un nuevo trago a su cerveza.

—El trabajo en una multinacional, el chico guapo y los zapatos de Sarah Jessica Parker —sentenció con una suave sonrisa en los labios.

Le devolví el gesto, pero no me llegó a los ojos porque sólo era la confirmación de todo lo que ya sabía. Tenía clarísimo lo que quería, ¿por qué no lo estaba consiguiendo?

—¿Qué es lo que he hecho mal, James? —pregunté girando la cabeza sobre el respaldo del tresillo para tenerlo de frente.

Me observó de nuevo, estudiándome otra vez. Ése era el superpoder de James, lo bien que conocía a las personas, cómo sabía lo que necesitaban, lo que esperaban, lo que querían. Se dejó caer hasta apoyar la cabeza también en el respaldo del sofá e imitó mi movimiento para que estuviésemos frente a frente.

—Tú no has hecho nada mal —susurró.

Sonreí, pero otra vez fue un gesto débil. He hecho demasiadas cosas mal, he tropezado demasiadas veces con la misma piedra, porque no puedo huir de esa piedra, porque esa piedra tiene la capacidad de hacerme sentir como si nada más a mi alrededor importara.

—Hablo en serio —continuó para dejarme claro que, fuera lo que fuese lo que estuviese pensando, me equivocaba—. Además —añadió socarrón—, hasta donde yo sé, tienes una cantidad casi enfermiza de zapatos.

Sonreí, esta vez de verdad.

—¿Y qué hay de ti, James Hannigan?

Él se revolvió incómodo.

—Ya te he dicho que no quiero hablar de eso —contestó.

Alzó suavemente la mano y me metió un mechón de pelo tras la oreja. Había hecho ese gesto un millón de veces y en aquel instante debería haber sido algo inocente. Lo era, ¿no? Sólo un amigo consolando a una amiga, pero mi sensación en la boca del estómago no era ésa, o quizá sí y yo lo estaba confundiendo todo porque quería sentirme mejor. Era complicado y, a cada segundo que pasaba en aquel salón lleno de recuerdos tan bonitos, de esa felicidad pura, sin edulcorar, de sentirme en casa, todo se fue volviendo más y más borroso.

Moví la cabeza persiguiendo esa idea, pero cuando estaba a punto de besarlo, él se apartó.

—No puedo —dijo buscando mi mirada.

¿También había perdido a James?

—¿Por qué? —pregunté, y mi voz sonó aún más triste.

—Porque no voy a comportarme como un cabrón.

—Es lo que quiero —me apresuré a rebatir.

—Crees que es lo que quieres, pero no es verdad.

Y cuánta razón tenía.

Ya os he hablado del superpoder de James Hannigan, ¿cierto?

Me levanté de un salto y me dirigí de prisa hasta la puerta principal. Estaba todavía más confusa, más dolida. Nada estaba saliendo como necesitaba que saliese.

Oí resoplar a James y de inmediato se levantó para seguirme. Atrapó mi muñeca y me obligó a girarme antes de que pudiera llegar a la salida.

—Lauren, tú no quieres esto —trató de hacerme comprender— y yo no voy a aprovecharme de ti.

Me zafé con rabia. ¿Él qué sabía? ¿Por qué todos creían conocerme tan bien? Era frustrante e injusto. ¡Yo sabía lo que quería!

—¿Por qué estás tan seguro de que no es lo que quiero?

—Porque yo no soy Bentley —sentenció.

Y mi mundo se desbarató a mis tacones.

Yo no quería eso. Me había autoconvencido, como cuando vuelves a casa de tus padres en una mala racha diciéndote que lo haces porque tu madre te echa de menos y no porque tú la añoras a ella. James era mi llave para volver a un pasado más sencillo, pero lo que yo quería, de verdad, tenía otro nombre y otro apellido. Quería a James, lo necesitaba en mi vida, pero no de esa manera. Era la persona que siempre conseguía hacerme reír, el idiota con el que pelearme jugando a juegos de mesa, el mejor cocinero de lasaña de la costa Este, quien siempre sabía cómo consolarte con una cerveza. Necesitaba a mi amigo. Y esa indisimulable verdad me dolió, porque fue como si el universo entero me dijera «Lauren Stevens, acepta las cosas tal y como son y deja de intentar meterte en líos de los que después no vas a saber salir. Eres una adulta».

Clavé mi mirada en el suelo. No tenía la más remota idea de qué hacer, ni qué decir. James se acercó con una suave sonrisa en los labios y tomó mi

cara entre sus manos, obligándome a levantarla hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Te quiero muchísimo, Lauren —dijo sin asomo de dudas—, y eres muy importante para mí, pero acostarnos ahora sólo sería la huida hacia atrás más estúpida de la historia.

Contuve un sollozo porque me sentía sobrepasada y, al mismo tiempo, con la extraña serenidad de saber que algo muy importante, muy grande y muy profundo de mi vida había encajado en su verdadero lugar.

—Hacer cualquier cosa contigo es bastante estúpido —bromeé con los ojos y las mejillas llenas de lágrimas.

—¿Por qué no vas a decirle esas cosas tan bonitas a Sandford? —replicó socarrón.

Bentley. Fue pensar en su nombre y mi corazón vibró.

—James, estoy muerta de miedo —me sinceré con la voz entrecortada—. Bentley... Bentley me ha hecho más feliz que nunca, pero también... también me destrozó el corazón. Lo quiero — protesté, y era una protesta en toda regla. ¡Yo no quería quererlo, maldita sea!—. Lo quiero, pero no sé qué hacer.

—Escúchame: no tengo ni la más remota idea de cómo, pero va a salir bien —sentenció con una seguridad atronadora.

Asentí, quería con todas mis fuerzas que fuese cierto, pero es muy difícil dejar de tener miedo.

James me dio un beso en la frente, me abrazó con fuerza y me dejó llorar en su hombro hasta que me quedé dormida.

* * *

El lunes tocó volver al trabajo. Los lunes son un asco. Al llegar a la oficina, ya había una montaña de carpetas esperándome en mi mesa. Resoplé y me quejé. Abrí la primera y el corazón me dio un vuelco. Era de *Spaces*.

No dejé que el pánico me consumiese y decidí hacer lo más lógico: poner esa carpeta al final de todo el trabajo que me esperaba para aquel día y concentrarme en cosas más de números y menos de chicos guapos.

Todo fue bien hasta que a las cuatro y treinta y siete minutos, exactamente cuando faltaban veintitrés para poder marcharme a casa, llegué de nuevo al dossier con las peticiones presupuestarias de la revista. Traté de

hacer tiempo. Fui al baño, husmeé en las mesas de mis compañeros, me ofrecí a ayudar a los que me caían bien, pero, nada, la carpeta seguía ahí.

—Compórtate como una adulta —me reocriminé con malas pulgas mientras enfilaba mi mesa y, sobre ella, mi carpeta y caminaba convencida hasta allí.

Me senté, cogí uno de mis lápices corporativos perfectamente afilados y me enfrenté al trabajo como la buena profesional que era. Hice todo lo que tenía que hacer. Revisé todas las cuentas que tenía que revisar y, al final, más o menos tres horas después, con la redacción y el departamento de Contabilidad casi desiertos, lo único que me quedaba por hacer era llevar el presupuesto ante Bentley y asegurarme de que aceptaba los cambios propuestos. Complicado, ¿eh?

Me levanté. Me alisé la falda y eché a andar hacia su despacho. Yo soy una chica del sur. Mi abuela tiene una bandera confederada de Fort Sumner en el recibidor. Estoy hecha de una pasta dura. No me voy a dejar amilantar. Ya he llorado suficiente.

Maddie no estaba, había perdido un apoyo con el que contaba, para ser sinceras, pero eso no cambiaba ni mis planes ni mi seguridad. Llamé y abrí la puerta antes de que me dieran paso.

—Hola —lo saludé.

Estaba de pie, apoyado en la pared al otro lado de su mesa, con su grueso rotulador rojo entre los dientes, revisando uno de los artículos de sus redactores. Estaba más que guapo, pero no era una novedad y, por supuesto, no iba a dejar que me afectara.

Al verme, se quitó despacio el rotulador de la boca mientras sus ojos me recorrían de arriba abajo llenos de esa familiar voracidad, como si en aquel preciso lugar, en aquel preciso instante, sólo existiera yo.

No supe distinguir su expresión. No sabía si se alegraba de verme o quería terminar con eso lo antes posible.

—Tenemos que revisar este presupuesto.

Bentley se humedeció el labio inferior sin levantar su mirada de mí y finalmente asintió con su seguridad de chico perfecto rebotando su cuerpo.

Me hizo un conciso gesto con la cabeza y yo caminé hasta su lado de la mesa. Él no se movió. Abrí la carpeta sobre el escritorio y carraspeé antes de empezar a hablar porque tuve la sensación de que, de repente, las palabras pretendían evaporarse en mi garganta.

—Las dos primeras peticiones están bien, pero he ajustado un poco la partida presupuestaria de la segunda. Creo que, con que el redactor saliese más temprano el primer día y regresara a última hora del segundo, se abaratarían bastante los gastos.

Bentley no dijo nada. Seguía de pie, apoyado en la pared, con las manos escondidas tras su espalda; era una pose aparentemente inofensiva, pero en el fondo, más allá de lo obvio, era justamente lo contrario, como el tigre que se pasea perezoso alrededor de una manada de gacelas. No está ignorándolas, está decidiendo cuál será su siguiente presa.

Lo más inteligente era concentrarme en el trabajo. Me tomé su silencio como un sí, hice una marca con el lápiz en la línea correspondiente y continué.

—Los tres siguientes podría llegar a aceptarlos siempre que tú te mostrases comprensivo con los cambios que tengo que pedirte más adelante.

Bentley siguió en silencio. Yo tomé una bocanada de aire. No estaba haciendo nada, sólo observándome, ¿cómo era posible que estuviese logrando que el corazón me latiese más y más de prisa?

—El cuarto punto...

Dio un paso adelante y mi atención, en contra de mi voluntad, se centró en él. Se quedó muy cerca de mí, a mi espalda, pero sin llegar a tocarme.

—El cuarto punto... es inviable —me obligué a decir.

Bentley dio un paso más y el calor de su cuerpo invadió el mío. Todavía no me estaba tocando, pero mi respiración ya era un absoluto caos.

—Tienes que aceptar que sólo se envíe a un redactor... a un redactor en lugar de dos y que el viaje... que el viaje se acorte al menos en dos... —tuve que mirar de nuevo el documento, no recordaba una sola palabra—... en tres días.

Alzó la mano y sus dedos recorrieron mi columna vertebral, erizando mi piel a su paso. Me mordí el labio inferior tratando de controlar mi respiración, mi cuerpo, pero resultó una batalla completamente perdida. Se inclinó sobre mí y su cuerpo cubrió el mío. Sus labios se perdieron en mi cuello.

—Bentley... —lo llamé.

Estaba perdiendo el control y no quería.

Me obligó a ladear la cabeza a la izquierda con la suya y su boca, lenta y sensual, empezó a recorrer la piel de mi cuello, calentándome con su aliento, haciendo que una deliciosa súplica comenzase a anidar en los músculos de mi

vientre.

—No podemos hacer esto —dije, pero no me moví—. Vamos a terminar estos presupuestos y voy a marcharme a casa.

Bentley no replicó, no dijo nada, sólo movió la mano y atrapó la mía, obligándome a soltar el lápiz. La pequeña madera chocó contra su escritorio y el sonido se fundió con cada uno de mis jadeos.

Me giró entre sus brazos y su cuerpo rápidamente volvió a encontrar el mío. El corazón me latía tan de prisa que dolía.

Lo deseaba tanto...

Bentley me besó con fuerza, casi con desesperación. Alcé las manos y me agarré a su camisa, suplicándole en silencio que no me soltara, que no hiciera caso a las palabras que yo misma acababa de pronunciar. Necesitaba más. Quería más.

Entró dentro de mí con una embestida que me cortó la respiración. Se quedó dentro, abriéndome para él, volviéndome loca de placer sin ni siquiera moverse. Su mandíbula estaba tensa, en perfecta comunión con el resto de músculos de su cuerpo. Estaba frente a mí, entre mis piernas. Las respiraciones eran cada vez más desordenadas; las miradas, cada vez más brillantes, más intensas, como una canción que va subiendo más y más, a punto de alcanzar el estribillo.

—Rubia —susurro.

Y salté al vacío.

Sentí su pelvis chocar con violencia contra la mía, sus vaqueros arañar mis muslos, sus manos en todo mi cuerpo. Mis gemidos, sus besos, sus dientes, los míos. Alcancé un orgasmo extraordinario y él consiguió transformar las brasas de nuevo en fuego y me corrí por segunda vez mientras él se perdía en mi interior.

Duro. Desesperado. Delicioso.

Cuando la dicha postorgásmica se esfumó, regresó el sentido común. ¿Qué estaba haciendo? ¡No podía cometer los mismos errores eternamente!

Lo empujé con suavidad. Bentley dejó escapar todo el aire de sus pulmones y dio un paso atrás, concediéndome la huida a regañadientes.

Me bajé de la mesa de un salto, recuperé mi carpeta y me marché.

De pie, junto a mi mesa, no podía evitar pensar que tenía veinticinco años. Era una persona adulta y no iba a ser de esas que se martirizaban, negaban lo evidente y después caían para volverse a martirizar y volver a caer

en la fase de la negación. Tenía que comprender que tenía que mantenerme alejada de Bentley de una maldita vez. Una lágrima corrió por mi mejilla y se estrelló precisamente en su carpeta. ¿Por qué tenía que doler así?

—Señorita Stevens —me llamó el señor Miller camino de su despacho.

Cuadré los hombros rápidamente y me giré hacia él limpiándome los ojos con cuidado. Creía que ya se había marchado a casa.

—Venga a mi despacho. Tengo que hablar con usted.

Sin más, se metió en su oficina. Yo resoplé y me deprimí un poco. Levaba esperando semanas que mi jefe encontrara un hueco para hablar conmigo, había intentado sonsacarle a Spencer, incluso a Ryan —sobra decir cómo acabó aquello—, y justo entonces, cuando estaba completamente hundida, él se animaba a hablar. Bueno, por lo menos, si me iban a despedir, ya tenía una excusa que poder contar para ir en pijama todo el santo día.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Miller? —inquirí entrando.

Él me hizo un leve gesto para que me acercara a su mesa y yo obedecí.

—Señorita Stevens, lo primero que quiero decirle es que estamos muy contentos con el trabajo que está haciendo como enlace entre el departamento del señor Matel y el nuestro.

—Gracias.

—De hecho, Stan Matel está gratamente satisfecho.

Vaya, monstruo de los Fraggles, gracias.

—He intentado hacerlo lo mejor posible.

El señor Miller asintió.

—Como sabrá, el Riley Group tiene oficinas en Chicago —empezó a explicarme—. Ryan Riley quiere que nos hagamos más fuertes en el Medio Oeste y que preparemos desde allí las nuevas oficinas de San Diego y Seattle. Con este objetivo, se incrementará la plantilla en Chicago con personal ya cualificado y hemos pensado en usted para ser una de las ejecutivas del nuevo departamento contable.

¿Qué?

Por primera vez mi jefe me había dejado sin palabras. ¿Estaba hablando en serio? ¿Ejecutiva? Sin el «júnior» como coletilla. ¿En Chicago? Me sentía abrumada e, involuntariamente, la primera persona en la que pensé fue Bentley.

—¿Qué me dice?

—No lo sé —me sinceré.

El señor Miller sonrió. Siempre tuve claro que era consciente de que era un poco como el padre de todos los que trabajábamos en ese departamento de chalados.

—Imagino que es una decisión que uno debe meditar profundamente.

Asentí varias veces.

—¿Puedo pensármelo?

—Por supuesto. Tiene una semana.

Me pareció una cantidad irrisoria de tiempo.

El señor Miller recogió unas cuantas carpetas ante mi petrificada mirada y se las colocó bajo el brazo.

—¿Sabe? Me ha sorprendido que no me haya preguntado si tendrá secretaria —comentó.

Yo enarqué las cejas. No le faltaba razón.

—¿Tendré secretaria? —inquirí esperanzada.

—Sí.

Dejé escapar un suspiro de perplejidad. ¡Tendría secretaria!

—¿Puede ser secretario?

El señor Miller dio una bocanada de aire, armándose de paciencia, y continuó caminando. Yo di una palmadita y los nervios dejaron paso a una enorme sonrisa.

—Señorita Stevens —me llamó justo antes de salir. Yo me giré—. Si decide aceptar, estoy completamente convencido de que hará un gran trabajo. Es una excelente profesional.

—Gracias, señor Miller.

Él sonrió y se marchó definitivamente.

Chicago. Tenía muchas cosas en las que pensar.

* * *

El día siguiente se presentaba, cuando menos, diferente. Álex, Maddie y yo habíamos pedido la mañana libre para ayudar a James con el festival.

Nuestro amigo estaba de capa caída y nada de lo que intentamos para animarlo funcionó... hasta que tuvo una especie de iluminación y salió disparado del almacén de Chinatown para volver una hora después con un plan completamente diferente, disparatado y, chicas, increíblemente romántico. El festival se llevaría a cabo en distintos puntos de la ciudad.

Había conseguido que Zendaya, Zac Efron, James Arthur, entre otros, cantaran. Se lo veía ilusionado, como si hubiera recuperado su camino, y yo no podía estar más feliz, porque sabía que todo tenía que ver con Molly.

A una hora absolutamente intempestiva nos fuimos a casa a darnos una ducha y dormir un poco. Teníamos que regresar a Chinatown a primera hora. La primera actuación del festival sería a las doce.

* * *

—¡Está saliendo genial! —gritó Maddie entusiasmada para hacerse oír por encima de la multitud que cantaba *I want you to know* en pleno Times Square.

Sonreí encantada. A mi amiga embarazada de siete meses no le faltaba razón, la misma que le sobraba al dar por hecho que sabía bailar.

—Molly va a quedarse alucinada.

—Eso si sobrevive a ver a James Arthur en directo —sentenció.

Maddie se tocó la nariz con el índice dándome la razón y chocamos las manos. James Arthur es una pasada y las dos lo sabíamos.

—¿Desayunamos? —preguntó Maddie. De pronto se le iluminó la mirada—. ¿Nos comemos una porción de tarta de queso y crema de arándanos y tostadas y bacón?

—¿A que a Ryan ya no le preocupa que no comas? —bromeé.

Ella me dedicó un mohín y yo rompí a reír. Antes de que pudiera protestar, le di un beso de lo más baboso y ruidoso en la mejilla. Me alegraba tanto que esa sabioncilla de Carolina del Sur fuese tan feliz...

Echamos a andar hacia la Séptima cuando su teléfono comenzó a sonar. En cuanto miró la pantalla, sonrió de oreja a oreja.

—Hola, nene —saludó, y un segundo después su sonrisa se hizo aún más grande.

Hello, señor irascible-sexo increíble.

Le señalé una pequeña pastelería francesa con el índice y ella asintió.

—Estamos en la esquina de la Séptima con la 43 —continuó mientras caminábamos hacia el local—. Vamos a entrar en una pequeña cafetería. Lauren me ha insistido para que comamos tarta de queso —mintió sin ningún remordimiento.

Yo abrí la boca absolutamente indignada. Ella torció los labios y tapó el auricular con la mano.

—Estoy enorme —se excusó susurrante, sin ninguna intención de sonar amable— y tú has visto el aspecto que el malnacido tiene por las mañanas. No quiero que, cuando no estamos juntos, me imagine como el monstruo de las galletas devorando Manhattan a su paso.

—Pero es que ya eres como el monstruo de las galletas devorando Manhattan a su paso — repliqué, y me gané un puntapié con uno de sus Oxford.

¡Qué cabrona! Solté un lastimero «ay» y me froté la espinilla con la mano.

—Sí, claro que sí —respondió feliz al teléfono—. Nos veremos para almorzar. Te quiero.

Colgó y, sin inmutarse por mi dolor, tiró de mí para que entráramos ya en la pastelería.

El sitio estaba de bote en bote, lo que era de lo más lógico. El festival había traído a decenas de miles de personas y muchas de ellas estaban desayunando aquí. Mientras esperábamos a que nos atendieran, no podíamos evitar sonreír cada vez que alguien comentaba lo alucinante que estaban siendo las actuaciones, el montaje o la suerte que debía tener esa chica a la que habían besado bajo la lluvia.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando la campanilla de la puerta volvió a sonar, y no sé por qué me llamó la atención, pues no había dejado de tintinear desde que habíamos entrado.

—Lauren.

Su voz me reactivó por dentro y me giré igual que los girasoles se giran buscando el sol.

—¿Podemos hablar?

Mi mente cometió otra vez ese error tan peligroso de recordar y me devolvió de golpe a su despacho dos días antes, a cómo sus manos me acariciaron, a cómo la única palabra que salió de sus labios fue mi apodo.

—Sí —asentí, y salimos de la cafetería.

No se me escapaba el hecho de que la oportuna llamada del señor Ryan Riley sólo para saber dónde estábamos ahora parecía, cuando menos, sospechosa.

La actuación ya había terminado, pero la gente aún deambulada por allí preguntándose dónde sería la siguiente canción o simplemente con una boba sonrisa en los labios por haber podido disfrutar de cerca de su cantante

favorito.

—¿Qué querías? —pregunté cruzándome de brazos y quedándome prudencialmente separada a un paso de él.

—Tenemos que hablar —se parafraseó—. Ryan me ha dicho que te han ofrecido un puesto en Chicago y no lo has rechazado.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿Y por qué tendría que rechazarlo?

—¿Cómo que por qué? —inquirió exasperado—. Por nosotros.

—Tú y yo no somos nada, Bentley. —Sin quererlo, mi voz sonó más cargada de sentimientos de lo que me hubiera gustado. No éramos nada, lo tenía claro, pero odiaba que doliera, odiaba dejarle claro que me dolía.

—Eso no es cierto —sentenció—, y precisamente por eso te vas, porque te duele que estemos cerca sin ser nada más.

—No.

—Claro que sí —replicó con toda esa seguridad brillando en sus ojos—. Si no te quedarías aquí, con las chicas, con el imbécil de Hannigan, en Nueva York.

—No sabes lo que dices.

Pero en el fondo sí lo sabía y yo no quería seguir hablando, no tenía por qué. Marcharme o no era una decisión que sólo a mí me correspondía tomar. Él no tenía ningún derecho a pedirme nada, sobre todo porque, al final, el que no estuviéramos juntos era sólo culpa suya.

Giré sobre mis Charlotte Olympia y eché a andar.

—No pienso permitir que te vayas —afirmó.

Y algo dentro de mí hirvió de pura rabia o cayó aún más enamorado o desmayado por no tener ni la más remota idea de cómo sentirse, quién sabe.

Me volví despacio, pero no me acerqué.

—No tienes ningún derecho a decirme eso.

Las personas a nuestro alrededor, poco a poco, empezaron a prestarnos atención.

—Me quieres, Lauren. No voy a olvidarme de eso. No voy a volver a cometer la misma estupidez de dejar que te alejes de mí.

—¿Y si ahora soy yo la que quiere que la cometas? Han pasado demasiado cosas —traté de hacerle entender. No podía simplemente olvidarlo—. ¿Y si vuelves a dudar de mí? ¿Y si vuelves a hacerle caso a Savannah? —

continué demasiado rápido, dejando que todos mis miedos tomaran forma de palabras—. ¿Y si vuelves a hacerme daño, Bentley?

—Eso no va a volver a pasar —replicó sin una mísera duda.

—No lo sabes —repuse—, y no te haces una idea de cómo me gustaría equivocarme, pero no puedes prometerme que todo irá bien porque, cuando ya era así, tú decidiste deshacerte de todo lo que teníamos.

—Me equivoqué, Lauren.

—Me destrozaste —lo interrumpo.

Era consciente de que la gente podía cambiar, de que todos cometemos errores, de que tenemos derecho a equivocarnos, pero fui yo la que lo pasó demasiado mal, la que acabó triste y sola, y no quería volver a pasar por eso. ¿Por qué hacerlo si existía la posibilidad de fracasar de nuevo? No quería sufrir.

Un sollozo atravesó mi pecho y, sin pretenderlo, comencé a llorar. Bentley lanzó un juramento ininteligible entre dientes, dio un paso hacia mí y, tomando mi cara entre sus manos, exactamente como había hecho tantas veces, me besó.

La gente a nuestro alrededor empezó a murmurar y los «ooohhh» enamorados coparon el aire frío de la Séptima Avenida.

Bentley me hizo sentir mejor, pero también hizo el miedo mayor. Hay chicos a los que jamás podrás negarles nada, esos que te pueden hacer la persona más feliz del mundo, pero también la más desgraciada. Yo ya probé esa montaña rusa y salí escarmentada.

—No quiero volver a pasarlo mal —me sinceré, y sonó como la súplica que era hacia él, pero también hacia mí misma.

—Lauren —me llamó con la voz más ronca e indomable de la historia.

Debía tomar la decisión que sabía que tenía que tomar.

—No —musité apartándome.

Tenía unas ganas enormes de llorar. Quería salir corriendo, meterme en mi camita y no salir jamás. Nos estábamos despidiendo. Dolía demasiado.

—Chicos. —Su voz sonó contenida y me preocupé al instante.

Los dos nos giramos a la vez hacia Maddie, que tenía las dos manos en su vientre y los ojos muy abiertos, asustada y muy muy nerviosa.

—Creo que algo no va bien.

Corrí hacia ella y Bentley lo hizo hacia la calzada. Paró un taxi en cuestión de segundos y los tres nos metimos en él. Apenas habíamos

avanzado unas manzanas en dirección al Hospital Presbiteriano Universitario cuando Maddie lanzó un grito de dolor y se encogió en el asiento.

Bentley y yo nos miramos angustiados. Sólo estaba de siete meses.

* * *

—¿Dónde está? —gritó Ryan corriendo desde el fondo del pasillo del hospital. Bentley y yo llevábamos veinte minutos recorriéndolo de arriba abajo. No nos habían dejado entrar con Maddie a ninguno de los dos—. ¿Dónde está? —repitió acelerado al llegar hasta nosotros.

En ese momento, la puerta batiente del paritorio se abrió empujada por uno de los enfermeros, robando la atención de los tres y dejando que un grito de genuino dolor cortase el ambiente.

La expresión de Ryan se recrudeció y se llenó de demasiadas cosas al mismo tiempo. Sin dudarlo, echó a correr hacia la puerta, pero el mismo enfermero le cortó el paso. Tuve clarísimo que ese enfermero iba a morir.

—No puede pasar.

Otro grito. Ryan apretó los puños y la mandíbula y Bentley dio un paso hacia él, temiéndose lo peor.

—Lárgate —lo amenazó con una voz que habría hecho que el mismísimo Eliot Ness se viniera abajo— o te juro por Dios que compraré el puto hospital y lo derribaré contigo dentro.

—Necesita un pijama —lo informó tendiéndoselo—. Podría contaminar la esterilidad del paritorio y causarle una infección mortal a su mujer.

Ryan lo fulminó con la mirada y, sin perder un solo segundo, se quitó la chaqueta, la tiró sobre uno de los sillones de espera y comenzó a desnudarse ante la atónita mirada del enfermero. Se puso el pijama de hospital azul veloz y salió disparado hacia el paritorio.

Antes de que me diera cuenta, estaba paseándome aún más nerviosa de un lado a otro. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué tardaban tanto tiempo? ¿Por qué nadie salía a contarnos nada? Sabía que, ahora que estaba Ryan ahí, Maddie estaría a salvo, pero eso no evitaba que necesitara verla, asegurarme por mí misma de que todo estaba bien. Quiero a esa chica como si fuera mi hermana.

El enfermero volvió a salir.

—Quiero pasar —dije plantándome frente a él.

El hombre me mantuvo la mirada sin ningún inconveniente y, por supuesto, sin moverse un ápice. No le había intimidado lo más mínimo.

—Oiga, mi mejor amiga está ahí dentro.

No le importó.

De pronto tuve una idea. Me gusta pensar que fue por las endorfinas de ver a Ryan con uno de esos calzoncillos blancos suizos de doscientos pavos.

Di un paso más hacia el enfermero y alcé suavemente la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—Puede que yo no tenga suficiente dinero como para comprar el hospital —le advertí—, pero lo que sí puedo hacer es decirle a ese hombre tan cabreado que acaba de entrar ahí su nombre... Simon Sins —pronuncié leyendo la identificación que llevaba sujeta a su uniforme a la altura del pecho—, y calentarle tanto la cabeza que acabe convirtiendo su vida en un infierno sólo para que me calle.

Simon Sins frunció los labios, manteniéndome la mirada, y supe que, internamente, estaba sopesando mis palabras. Entró en el paritorio y regresó al cabo de unos segundos. Me tendió un pijama de hospital y yo sonreí victoriosa.

—¿Usted también va a cambiarse aquí? —preguntó malhumorado.

Rescaté las prendas de sus manos, corrí hasta al baño y me cambié rápida como un gato. Regresé a la sala de espera recogéndome el pelo en una coleta y, un segundo después, colocándome uno de esos gorros estériles tan poco favorecedores.

Cuando por fin entré, la sonrisa más sincera del mundo se apoderó de mis labios. Maddie estaba en la cama, con su preciosa bebé en brazos. Ryan, sentado en el borde del colchón, junto a ellas, las observaba con los ojos vidriosos y una sonrisa en los labios. Se inclinó despacio y besó a Maddie, un beso suave y perfecto. Era la imagen del amor verdadero más clara, simple y aplastante que había visto en todos los días de mi vida. Estaba claro que ya no me necesitaban.

—¿Qué tal están? —inquirió Bentley al verme salir.

—Están bien —respondí con una sonrisa.

Él también sonrió feliz por su amigo, por mi amiga, por nosotros y por un momento sólo fuimos capaces de mirarnos directamente a los ojos. Sin embargo, un sonido lleno de alboroto tomó la sala en cuestión de segundos y Spencer, Thea, sus pequeños, Álex, Charlie y Max aparecieron desde el

pasillo cargados con flores, globos y lo que parecía un oso gigante. Estoy segura de que habían acabado con las existencias en la tienda de regalos del vestíbulo del hospital.

Aproveché el revuelo para escabullirme al baño. Volví a ponerme mi ropa y regresé. Cuando lo hice, ya no había rastro de Bentley.

Pasé el resto del día con Maddie. Poco a poco, todos fueron marchándose y, aunque nos costó muchísimo, incluidas media docena de caritas de Maddie, conseguimos convencer a Ryan para que bajara a comer algo con Max.

—Es una niña preciosa —dije observando a la pequeña Audrey en su cuco. Dormía plácidamente—. Se parece a mí.

Las dos sonreímos.

—¿Estás bien?

Ella asintió y yo me acerqué hasta sentarme en el borde de la cama.

—Me siento como si hubiese corrido diez maratones —me confirmó.

—El señor irascible-sexo increíble estaba un poco asustado.

Su sonrisa cambió. Ella también lo estaba, como todos.

—Casi tumba a un enfermero de un puñetazo —le cuento sólo para que vuelva a sonreír y olvide esa parte menos bonita de la historia— y yo lo he visto en bóxers.

Me mordí el labio inferior y asentí varias veces con energía. Maddie rompió a reír, y apenas un segundo después yo hice lo mismo.

—¿Y tú que tal estás? —inquirió cuando nuestras carcajadas se calmaron.

—Estoy bien.

—Te daré el mismo consejo que una vez me dieron a mí —se explicó ceremoniosa, incluso carraspeó para hacerse la interesante. Empecé a pensar que iba a decirme algo importante, una de esas cosas que te cambian la vida —: tienes que aprender a mentir.

La miré absolutamente alucinada. ¡Fui yo quien le dio ese consejo! Maddie rompió a reír encantada con su propia broma y a los pocos segundos, una vez más, yo también lo hice.

—¿Sabes? —protesté—. Por un momento había creído que ya habías alcanzado la sabiduría propia de las madres e ibas a darme un consejo alucinante.

—Creo que la sabiduría tarda un poco más en llegar.

—Lláname cuando la tengas —le pedí socarrona.

—¿Por qué? —preguntó perspicaz con ese aire de sabioncilla—. ¿No piensas estar por aquí?

Torcí los labios. *Touché*.

—Estoy un poco asustada —me sinceré.

Ella asintió.

—Pues yo creo que en Chicago vas a ser muy feliz.

—Además, Bennett Ryan vive en Chicago —le recordé.

—Bennett Ryan se mudó a Nueva York en el segundo libro —me recordó ella a mí— y me pertenece —sentenció sin ningún remordimiento.

—No sé por qué todos piensan que eres una chica inocente que no se entera de nada.

—Es mi identidad falsa —convino arqueando las cejas y, como no podía ser de otra manera, las dos rompimos a reír.

Caminando por el hospital, con el sonido de mis zapatos de diseño repiqueteando contra el suelo, sonreí. Había tomado una decisión. Iba a dejar Nueva York. Iba a marcharme a Chicago. Pero no lo hacía porque mi vida sentimental fuese un desastre, ni por el trabajo, ni para ayudar a una amiga. No estaba huyendo. Estaba tomando esa decisión por mí, para ser la chica que quería ser, y eso sentaba de maravilla.

Lauren

Mis indudables zapatos de la suerte

Chicago. La ciudad del viento. La capital del Medio Oeste norteamericano. Hogar de los Bulls, los Cubs, la ilustre North Western y el John Hancock Center. Cuando hace frío, hace frío de verdad y cuando sale el sol, puedes pasear junto a un lago enorme. Divertida, elegante y con mucho que decir. Mi ciudad durante los últimos cinco años, diez meses, diecinueve días y esta mañana.

Os gustaría que os contara que he hecho durante todo este tiempo, ¿verdad? Pues no voy a hacerlo... No, es broma, ¡allá vamos!

Cronología de mi vida. Segunda parte

El 24 de mayo de 2014 me despedí de mi ahijada recién nacida, Audrey, de todos mis amigos y me fui a casa con la sensación de que estaba haciendo exactamente lo que tenía que hacer.

El 25 de mayo de 2014, después de hacer las maletas y subarrendarle mi apartamento a mi amiga Álex, me monté en un avión rumbo a Chicago.

El 28 de mayo de 2014 empecé a trabajar en las oficinas del Riley Enterprises Group en Chicago. Mi jefa, la señora Arnaroli, es la mujer más elegante que he conocido jamás y también la más cabreada. Hay toda una serie de rumores sobre ella. Mi preferido: su marido no le pidió matrimonio, le pidió permiso para casarse con ella (y que quede claro que no es mi favorito porque lo inventara y extendiera yo).

El 14 de junio de 2014 hice mi primer viaje exprés a Nueva York. ¡Molly y James se casaban!

El 26 de junio de 2014 tuve mi primera reunión de ejecutivos. ¡Me salió de escándalo!

El 27 de junio de 2014 hice mi segundo viaje exprés a Nueva York. Tenía que celebrarlo.

Trabajé mucho y muy duro y mi profesionalidad era autorecompensada con viajes a Nueva York para celebrar acontecimientos importantes: el nacimiento de Maverick, Acción de Gracias, Navidad, Fin de Año, mi cumpleaños, el aniversario del Riley Group, el cumpleaños de Maddie, San Patricio, el Día de la Marmota...

Conclusión: en cinco años viajé doscientas dos veces en avión.

El 17 de agosto de 2019 fui a Nueva York para celebrar el cumpleaños del señor irasciblesexo increíble, una fiesta de indios y vaqueros. Maddie estaba embarazada de su segundo hijo, Maverick y Audrey corrían por la casa y yo me puse más nostálgica de la cuenta con el mayor error de mi vida: Bentley Sandford. Qué cruel e injusta es la vida y él, qué guapo estaba. Acabamos besándonos en la terraza de los Riley y acostándonos en su apartamento. Fue genial, pero estaréis de acuerdo en que también fue volver a tropezar con la misma piedra.

El 18 de agosto de 2019 me marché de vuelta a Chicago y me juré que los viajes exprés a Nueva York se habían terminado. Fue complicado, pero cumplí mi promesa.

El 31 de diciembre de 2019, en una maravillosa fiesta de Fin de Año organizada por la empresa en Chicago, coincidí, por la más pura casualidad, con Charles Pearce Cosgrow, un alto ejecutivo inglés que acababa de mudarse a Chicago por negocios. Nos pasamos hablando toda la noche y, cuando dieron las doce, francamente, pensé que me besaría aprovechando la entrada del año nuevo. Sin embargo, él me tomó de la mano con una sonrisa y fue allí donde aterrizaron sus labios. Me sentí como una princesa.

El 1 de enero de 2020 fuimos a comer juntos.

El 2 de enero de 2020, al cine.

El 3 de enero de 2020, a una exposición en el Instituto de Arte de Chicago.

El 4 de enero de 2020, me pidió que fuéramos novios formales y nos acostamos.

El 5 de enero de 2020, Lauren Stevens, hija de Lynn Sue y Tate, natural de Bar Harbor, Maine, abrió los ojos en una cama que no era la suya después

de una gran noche de sexo y vio una taza de café humeante esperándole en la mesilla. Lauren Stevens había encontrado a míster perfecto.

El 24 de abril de 2020, el día de mi cumpleaños, Charles me llevó a cenar al restaurante más caro de la ciudad y me pidió que me casara con él. El grito que di y todas mis palmaditas llamaron la atención del resto de personas que cenaban allí, pero no me importó. Estaba feliz.

El 15 de junio de 2020 el señor Miller me llamó para decirme que debía regresar a Nueva York para una reunión de trabajo.

Hoy es 16 de junio de 2020 y acabo de aterrizar en el JFK. Mi viaje a Nueva York número doscientos tres.

Lauren

Mis Jean-Michel Cazabat de lentejuelas en tonos dorados, marrones y ocres, una revisión moderna de los zapatos de Dorothy en *El mago de Oz*

Tomo una bocanada de aire y me siento diferente, mejor. Me gusta Chicago, pero Nueva York es mi ciudad y no es algo que pueda evitar. Tiro del asa de mi pequeña maleta metálica y recorro la terminal 3 del aeropuerto JFK.

En cuanto las puertas de cristal se abren, ya veo a Álex y a Maddie, esperándome al otro lado de la línea de seguridad con el mismo cartel de cada vez con mi nombre.

—¡Ahí está! —grita Álex señalándome.

Maddie sonrío, gira el cartel y yo contengo un ataque de risa cuando veo un anillo de compromiso con un diamante gigante dibujado.

Corro hacia ellas y nos abrazamos a la vez. Esto es lo que más echaba de menos de mis doscientos dos viajes anteriores.

—¿Cómo ha ido el vuelo? —pregunta Álex.

—¿Dónde está Charles? —inquire Maddie mirando con esmero detrás de mí.

—No ha venido.

—¿Por qué? —demanda con voz lastimera.

—Porque sólo he venido por la reunión en el Riley Group. Volveré a Chicago en tres días.

Las dos tuercen el gesto, pero inmediatamente Álex agita la mano, pretendiendo dar este tema de conversación por acabado.

—Vamos, el coche nos espera —anuncia Maddie con una sonrisa.

No puedo evitar sonreír al ver a Finn al lado de un imponente Audi A8 último modelo, me atrevería a decir que recién salido de fábrica alemana, para más señas. Hace diez meses desde la última vez que estuve aquí y el

hombre para todo del señor Riley está exactamente igual. De hecho, sería incapaz de decir si hay alguna diferencia entre el Finn de hace cinco años y diez meses y el de ahora.

—Buenos días —lo saludo.

—Señorita Stevens —me responde profesional acudiendo a por mi maleta.

—¿Cómo ha ido el vuelo? —repite Álex.

—¿Qué vuelo? —la interrumpe Maddie—. Lauren no ha cogido ningún avión. Sólo ha juntado los talones tres veces y ha vuelto a casa —concluye llevándose las manos al corazón, melodramática.

En cuanto Finn arranca, el equipo de música salta y comienza a sonar *Empire State of Mind*, de Jay-Z y Alicia Keys, una canción escrita por, para y desde Nueva York. Miro a las chicas, incluso a Finn por el espejo retrovisor, y mi sonrisa se ensancha.

—Bienvenida a casa —sentencia Maddie.

Atraída por una fuerza más grande que la propia gravedad, pierdo mi vista en la ventanilla. Doy una bocanada de aire. Sí, estoy en casa.

Dejamos mi diminuto equipaje en casa de Álex y nos vamos a comer al Saturday Sally. El plan para esta tarde es sencillo: cotillear de todo lo que ha pasado, no ha pasado o debería haber pasado en estos diez meses.

* * *

Hay un sonido. Algo... estridente... mucho. Abro los ojos, pero no veo nada. Entonces comprendo que tengo la almohada sobre la cara y la aparto al tiempo que me incorporo débilmente. Mala idea. Por la ventana está entrando un sol de justicia. Tengo un dolor de cabeza horrible.

Miro a mi alrededor y resoplo al verme rodeada de guirnaldas de palomitas, la ropa de ayer puesta y a Álex bocabajo a mi lado.

—Despierta —la llamo. Ella gruñe algo completamente ininteligible para la comprensión humana y no se mueve un centímetro—. Maldita sea, Álex —gimoteo—. Te dije que no quería beber.

Y es cierto, lo dije. Soy una persona madura y responsable. No bebo hasta caer rendida. Ya tengo treinta y un años, un prometido, un trabajo...

¡Joder!

—¡Álex! —la llamo de nuevo, zarandeándola—. ¡Álex!

Busco su despertador con la mirada. ¡Son las ocho menos diez de la mañana!

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—¡Mierda! —gruño levantándome de un salto.

—¿Qué? —balbucea Álex.

—¿Has visto la hora que es? —me lamento corriendo por toda la habitación, localizando mi maleta y abriéndola en el suelo—. Tengo una reunión en el Riley Group en menos de una hora.

Saco una de mis camisas y la cuelgo de la puerta del armario.

—¿Qué ha pasado con la Lauren que decía que la mejor manera para irse de juerga era invitar a tu jefe a irse de juerga contigo? —demanda Álex aún bocabajo.

—Que ha madurado y ya no hace esa clase de cosas.

Rescato mi neceser, mis Tom Ford y me levanto obviando el dolor de cabeza que me taladra. No tengo tiempo de lamentarme.

—¿Qué hora has dicho que es? —gruñe adormilada.

—Las ocho menos diez.

Nada más pronunciar la última palabra, Álex se levanta de un salto, como si hubiese vuelto de golpe a la realidad.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —se lamenta. Sonrío. Bienvenida a mi mundo, chica. ¿Por qué cuando lo dice Christian Grey suena diferente?—. ¡Tengo que entregar unos informes esta mañana!

Las dos nos encontramos a la vez en la puerta del baño y las dos nos miramos dedicándonos un telepático «tengo que ducharme primero».

—¡Dios! —grito de pronto—. La cocina...

—¿Qué? —se gira preocupada.

Yo aprovecho su distracción, me cuelo en el baño, cierro la puerta y echo el pestillo.

—¿Qué hay de eso de que eres una mujer madura que ya no hace esas cosas? —se queja tras dar una palmada contra la puerta.

—Aún me quedan un par de trucos.

Me ducho a la velocidad de la luz. No tengo tiempo de lavarme el pelo y secármelo después, así que, después de cepillarme los dientes, vestirme y maquillarme, me lo peino con todo el cuidado que soy capaz y me marco las

ondas con los dedos. Cojo los mechones más desordenados y me lo sujeto al lado con un pasador negro a juego con mis zapatos. Asiento delante del espejo. El resultado ha quedado bastante decente.

Paro un taxi de un silbido cuando estoy bajando las escaleras que separan el edificio de la acera y corro hasta él cerrando mi bolso.

—A la 58 Oeste.

Llego a la oficina in extremis, pero puntual. Ni siquiera soy capaz de recordar la última vez que llegué tarde.

—Buenos días, señorita Stevens —me saluda Ben, el guardia de seguridad.

—Buenos días, Ben.

No sé por qué, pero estoy sonriendo otra vez. Creo que es por estar de nuevo aquí, en estas oficinas.

—El señor Miller la está esperando en su despacho —me informa tendiéndome un pase de seguridad provisional.

Lo recojo y me lo cuelgo de mi camisa sin mangas blanca y con botones casi diminutos, en tonos azul marino.

—Gracias.

Me despido y entro en los ascensores. Cruzo la planta repasando mentalmente los datos de los últimos proyectos en los que he estado trabajando en Chicago. No tengo muy claro cuál es el objeto de esta reunión y no quiero que me pillen con la guardia baja.

—Buenos días, señor Miller —lo saludo asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

Al oírme, alza la cabeza y sonrío sincero.

—Buenos días, señorita Stevens. Cierre la puerta y tome asiento —me invita señalando la silla al otro lado de su escritorio.

Asiento y obedezco veloz. El que fue mi jefe se levanta, deja unas carpetas en el archivador a su espalda y vuelve a tomar asiento a su larga mesa.

—¿Qué tal el vuelo? —me pregunta, pero justo cuando voy a responder, suena el teléfono. Me hace un leve gesto con la mano para que le dé un segundo y contesta.

Es la tercera vez que me hacen esa pregunta y aún no he podido responderla.

—Supongo que tendrá curiosidad por saber por qué la he convocado a

esta reunión —dice tras colgar.

—Sí, lo cierto es que sí. —Llevo preguntándomelo desde que me llamó.

—Vera, hace poco menos de dos meses decidí que había llegado el momento de jubilarme.

Abro los ojos como platos y el señor Miller sonrío de nuevo. ¡No me puedo creer que vaya a dejarlo! ¡Es el mejor!

—El señor Riley aceptó mi decisión. Lógicamente me pidió que dejara todo los asuntos bien atados, de ahí que la transición vaya a durar aproximadamente un año, y también que le recomendase a alguien para ocupar mi puesto.

Asiento. Tiene todo el sentido. Nadie mejor que él para elegir a su sustituto y explicarle y ayudarle en la transición. El señor Miller conoce a todos en esta empresa y tiene un gran sentido de la...

—Y he decidido proponerla a usted —continúa.

—¿Qué? —murmuro asombrada.

¿Acaba de decir lo que yo creo que acaba de decir? El señor Miller me observa y sonrío por tercera vez.

—¿Qué me dice, señorita Stevens? ¿He tomado la decisión correcta?

—Sí —respondo veloz a la vez que me levanto—. Claro que sí —añado con las palabras saliendo a borbotones de mis labios.

¡No me lo puedo creer! ¡Voy a ser directora del departamento contable del Riley Enterprises Group!

Antes de poder evitarlo, suelto un gritito feliz y esto, francamente, sí puedo evitarlo, pero no quiero y le doy un abrazo al señor Miller, quien suspira por la sorpresa y, resignado, acaba dándome unas palmaditas en la espalda. ¡Creo que incluso echaba de menos esos resoplidos condescendientes!

De pronto me doy cuenta de que hay alguien más con quien tengo que hablar. Salgo disparada del despacho de... ¡de mi futuro despacho!, vuelvo a cruzar la planta y voy hasta su oficina. Saludo a su secretaria y, antes de que me lo pueda impedir, llamo a la puerta.

—Adelante —me da paso su inconfundible voz al otro lado.

—¿De verdad voy a ser tu nueva directora contable? —pregunto con una sonrisa en los labios.

Ryan alza sus ojos mezquinamente azules de la pantalla de su Mac último modelo y me dedica una casi imperceptible sonrisa.

—Buenos días, señorita Stevens —me reprende con un saludo por no haberlo hecho yo primero.

—No me vengas con tonterías, Riley —me quejo sin poder dejar de sonreír—. ¿Es cierto? ¿Vas a confiar en mí?

Ryan resopla, pero hay un trasfondo divertido en su gesto.

—Quiero al mejor y el señor Miller y la señora Arnaroli tienen muy claro que ese alguien eres tú.

Mi sonrisa se ensancha. Conozco demasiado bien a este cabronazo como para saber que las opiniones del señor Miller y la señora Arnaroli, de cualquiera de sus directores de departamento en realidad, le importan bastante poco. Si me está ofreciendo esta oportunidad es porque él también cree que soy la persona indicada.

—No voy a defraudarte.

—Más te vale —sentencia volviendo la vista a la pantalla de su ordenador.

Me muerdo el labio inferior tratando de contener la sonrisa que amenaza con partirme la cara en dos y salgo de su oficina. ¡Es increíble! ¡Maravilloso!

Me despido de Tess y salgo de nuevo a la sala principal. En mitad de la planta, con ejecutivos, redactores, informáticos, asistentes, todos muy concentrados caminando a uno y otro lado, doy una bocanada de aire, feliz. Lo he conseguido. ¡He conseguido mi sueño! Sin embargo, casi en la misma milésima de segundo, me doy cuenta de que no es una decisión que pueda tomar sola. Voy a casarme. El trabajo de Charles está en Chicago. ¿Cómo demonios vamos a hacerlo?

Camino decidida hasta las escaleras y bajo un par de tramos. Me aseguro de que estoy sola, saco mi móvil y llamo a Charles por FaceTime.

—Hola —me saluda con una sonrisa al cabo de dos tonos.

—Hola, hijo de la Gran Bretaña.

Charles enarca las cejas como cada vez que se lo llamo y yo aprovecho para mirar a mi guapo prometido: el pelo rubio, los ojos castaños y grandes, la mandíbula siempre sin un rastro de barba, su impecable traje con el cuello, obviamente, impecablemente almidonado. Creo que no me ha ido nada mal.

—¿Qué tal la reunión? —pregunta revisando los documentos que tiene en la mano.

—Bastante bien.

Mi tono de voz, tan controlado, le llama la atención y me busca con la

mirada de nuevo. Yo tomo aire. Supongo que ha llegado el momento de echarle valor.

—Me han ofrecido ser la nueva directora del departamento de Contabilidad.

—¿En Chicago? —inquire sorprendido.

—En Nueva York. Sería la directora contable de todo el Riley Group. — Y esas dos palabras suenan grandes porque es una de las compañías más grandes de todo el país.

—Lauren, eso es... maravilloso —acierta a decir a falta de una palabra mejor.

Yo asiento mordiéndome el labio inferior.

—Lo sé —respondo emocionadísima.

Los dos nos quedamos en silencio unos segundos, sonriendo.

—También significa que tendría que mudarme a Nueva York.

Charles asiente suavemente.

—Eso es obvio, Florecilla.

—¿Y qué te parece?

—Sabes que mi empresa me ha ofrecido varias veces trasladarme a las oficinas de Manhattan.

—Entonces, ¿te mudarías conmigo?

Charles sonrío.

—Tendré que hablar con mi jefe, claro está, dejar todos los archivos de mercado cerrados, preparar la mudanza...

Desvía la vista de mi cara y automáticamente sé lo que está haciendo. Ha abierto un archivo de texto y está escribiendo una lista con todo lo que debe dejar resuelto antes de venir.

—Por supuesto, encontrar un apartamento donde vivir —continúa.

—Eso ya está arreglado —repongo feliz por aportar mi granito de arena—. Tenemos mi apartamento.

Charles sonrío, casi ríe.

—No podemos vivir allí.

—¿Por qué? —pregunto sin entender nada.

—Porque tu apartamento está en el East Village —dice con ese tono que básicamente es un equivalente al rotundo «¿no es obvio?»—. Llamaré a la inmobiliaria con la que trabaja mi empresa y le pediré que nos busquen algo un poco más acorde. Entiendes que es lo más conveniente, ¿verdad?

Me desinflo un poco. Independientemente de mis vecinos, los restaurantes étnicos o todas mis quejas, me gusta mi piso. Aunque supongo que puedo entender las reticencias de Charles.

—Supongo.

—Perfecto —sentencia—. Tenemos muchas cosas que hacer.

Sonríe, yo también lo hago. ¡Nueva York! ¡Charles! Todo va a ser fantástico. Las chispitas regresan a la boca de mi estómago.

Salgo de nuevo a la planta y me quedo de pie junto a la puerta de las escaleras observándolo absolutamente todo con una sonrisa en los labios. De pronto, la puerta del editor jefe de la revista *Spaces*, es decir, de Bentley, entra en mi campo de visión. Quizá debería ir a saludarlo, explicarle que voy a trabajar aquí. No sé, por lo menos decir hola.

Indecisa, doy un paso, pero vuelvo a frenarme. Debería, no debería... Mi móvil comienza a sonar y me siento salvada por la campana. Miro la pantalla. Sonríe. Es Maddie. Descuelgo e inmediatamente se abre la pantalla del FaceTime. Nos acostumbramos a llamarnos así mi primera semana en Chicago y ya, sólo escucharnos, nos resulta raro.

—Dime que has aceptado —me pide ansiosa.

—Por supuesto que he aceptado.

—¡Sí!

Suelta un grito de felicidad y su pelo, ahora más corto y más claro, se agita ante la pantalla cuando comienza a bailar con los ojos cerrados.

—Ven a celebrarlo a mis dominios —dice ceremoniosa—, donde la sombra del señor Riley no llega.

Yo suelto una risilla. Seguro que allí es donde más llega y donde más miedo da.

Cuelgo y me meto en el ascensor. Pulso el botón de la planta veintiuno, donde está la redacción de *The Week*, y miro al frente esperando a que se cierre. Lo último que veo es su puerta.

El día pasa a una velocidad de vértigo. Como con Maddie y a primera hora de la tarde me llama una tal Debbie, de una inmobiliaria con la que trabaja la empresa de Charles. Me pregunta cosas como dónde está mi oficina, si mis padres viven en la ciudad o cuál es mi cafetería favorita. A eso le llamo ser eficiente.

Voy a ver a Audrey y al pequeño Elliott a casa de los Riley y me los como a besos. Ceno con James y Molly para ver a Maverick y comérmelo a

besos también.

—¡Hola! —saludo al aire entrando en mi apartamento.

—¡En la escalera de incendios! —responde Álex—. Tráete un cerveza... y otra para mí.

Sonrío y me detengo en el frigo antes de entrar en la habitación, caminar hasta la ventana, quitarme mis botines y salir a la escalera de incendios. La señorita Hannigan me recibe con una sonrisa.

—¿Qué tal ha ido el día? —inquire.

Yo frunzo los labios, perspicaz.

—Me da en la nariz que tú ya lo sabes.

Álex asiente.

—Maddie me llamó —confiesa—. Estoy muy feliz por ti.

—Yo también estoy muy feliz por mí —digo con una sonrisilla de lo más estúpida en los labios.

Me siento junto a ella y chocamos nuestros botellines.

—¡Por James Hannigan! —decimos al unísono.

Las buenas costumbres no hay que perderlas jamás.

—¿Se lo has dicho a Charles?

Asiento dándole un nuevo trago a mi cerveza.

—Sí, le ha parecido genial mudarse a Nueva York. Su empresa se lo estaba proponiendo desde hace meses.

—Entonces, ¿supongo que querrás recuperar tu apartamento?

—No. —Álex me mira confusa—. Charles cree que es mejor que nos mudemos a otro barrio —contesto encogiéndome de hombros para restarle importancia. Para evitar alargar este punto de la conversación, rápidamente añado—: Y hablando de hombres llamados Charles, ¿dónde está Charlie?

—Tenía mucho trabajo —responde Álex algo alicaída—. En el bufete lo están presionando mucho.

La miro con el gesto suavemente torcido. En esta ciudad, un abogado puede llegar a ganar cantidades ingentes de dinero, pero los comienzos nunca son fáciles. Deben facturar muchas horas para que los socios los tengan en cuenta y les entreguen mejores casos, y llevar muchos de esos casos para que consideren convertirlos en socios.

—Mejor —digo chocando mi costado contra el de ella—, así te tengo para mí solita.

Álex sonrío. Misión cumplida.

—¿Has visto a Bentley?

Niego con la cabeza y de paso doy otro trago.

—No.

—¿Vas a hablar con él?

—No lo sé —me sincero—. Es extraño, ¿sabes? La última vez que lo vi fue en el aeropuerto. Se empeñó en llevarme porque aprovechamos hasta el último segundo en su casa. Hace diez meses de eso y no hemos vuelto a hablar.

—¿Qué fue lo último que le dijiste?

Lo pienso y en el fondo no tengo por qué. Lo sé.

—Por favor, no me llames.

Álex sonrío, casi ríe.

—Entonces, deberíamos señalar que respetó tu opinión.

—¿Debería hablar con él? ¿Decirle que voy a ser la nueva directora del departamento contable?

—Eso depende.

—¿De qué?

Álex se encoge de hombros.

—De si quieres hacerlo.

Yo abro la boca despacio, a la vez que me giro hacia ella.

—Alexandra Hannigan —digo con toda la pompa y circunstancia que le imprimiría a estas palabras la reina Isabel II de Inglaterra—, te retiro el título de «El mentalista».

Álex rompe a reír.

—¿Qué quieres que te diga? —protesta—. Es la más absoluta verdad. Entre Bentley y tú ya no hay nada. Os separan cinco años donde sólo volvisteis a acostaros una vez y diez meses de silencio absoluto. Si quieres decirle que has vuelto, díselo; si no, no lo hagas. Creo que ahora entre vosotros dos todo podría ser así de sencillo.

Sopeso sus palabras. Creo que tiene razón. Voy a casarme con Charles. He madurado mucho. Supongo que ya no soy la misma que no era capaz de controlar su respiración cuando estaba cerca de Bentley Sandford.

El teléfono de Álex comienza a sonar en el interior del apartamento. Ella se levanta, pero se mancha de cerveza. Protesta. De pronto caigo en la cuenta de algo. Vuelve a protestar mientras se limpia. El teléfono sigue sonando.

—Yo sí lo llamé —digo perdida en mis pensamientos.

—¿Qué? —inquire Álex volviéndose. No me ha oído.

—Nada —miento arrepintiéndome de mi pequeña confesión—. Va a saltar el contestador.

Álex asiente y entra corriendo en casa.

Es cierto, lo llamé.

* * *

—¿Dónde me instalaré? —le pregunto al señor Miller mientras regresamos de una reunión con Spencer en la planta veintisiete.

Spencer me ha dado uno de sus patentados abrazos con el que me ha levantado los pies del suelo y yo me he sonrojado. Tengo que pedirle que deje de hacer estas cosas. ¡Se supone que voy a ser alta ejecutiva! Después me han explicado que durante los próximos meses trabajaré codo con codo con el señor Miller para que me ponga al tanto de cada mínimo detalle. Tras la transición, todos los panolis del departamento me pertenecerán (incluir risa malvada de personaje de dibujitos animados).

—¿Qué tal en su antigua mesa? —responde convencido, deteniéndose junto a ella—. Así podrá recordar viejos tiempos —añade con una sonrisa.

Yo pongo mi mejor cara de pena ante tal panorama, pero el señor Miller me ignora estoicamente y continúa caminando de vuelta a su despacho. ¡Maldita sea! Me dejo caer enfurruñada en mi silla y me cruzo de brazos.

—¡Anda! —oigo una voz maliciosa al fondo del departamento—. ¡Mira a quién nos han devuelto de una patada desde Chicago!

—¡Piérdete, Sears! —respondo sin ni siquiera volverme.

—¡Detrás de ti, Stevens! —replica.

—¡Panolis! —grita una tercera voz, vete tú a saber desde que cubículo/cuchitril.

Alzo la mirada un poco más arriba de mi pared de pladur de metro y medio y de inmediato me topo con la redacción de *Spaces* y, entre todos esos metros cuadrados, con su puerta, pienso en las palabras de Álex. Si ahora todo puede ser más sencillo, ¿por qué no dar un paso en esa dirección?

Me levanto decidida y echo a andar con el paso seguro sobre mis tacones del genial Jimmy Choo. Sin embargo, tengo un último ataque de dudas y decido acudir a por una segunda opinión, de la señora Maddison Riley concretamente.

Entro en el ascensor y, mientras espero a que se cierre, mi mirada vuelve a encontrarse con su puerta. La observo. Las puertas del elevador comienzan a cerrarse. La observo un poco más, un poco más cerca de cerrarse y, de repente, una rubia espectacular con la cara llena de pecas sale del despacho de Bentley. ¡¿Quién es?!

Las puertas están a punto de cerrarse y yo me inclino para poder seguir observándola. Ella sonríe y gira la cabeza hacia el interior del despacho haciendo que su melena del color del trigo se agite chocando con sus hombros. En serio, ¿quién demonios es?

Resuelta a comprobarlo, pulso el botón de la planta veinte de un manotazo y las puertas vuelven a abrirse.

Salgo veloz, pero ya no hay rastro de ella. Antes de que la idea cristalice en mi mente, estoy caminando hacia la oficina del editor. Frunzo el ceño al ver la antesala del despacho de Bentley cerrada. Cuando Maddie era su asistente, nunca estaba cerrada. Alzo la mano dispuesta a llamar, pero en el último microsegundo la puerta se abre.

—¡Perdona! —se disculpa una voz vivaracha, que me da la espalda para recuperar una montaña de carpetas.

Es ella.

Un instante después la chica en cuestión se vuelve. Tiene unos enormes ojos color miel. Y es joven. Mierda, es muy joven. Veintiséis como mucho. Bentley tiene treinta y siete. Lleva unos *shorts* vaqueros con los bajos deshilachados y una blusa *vintage*. Es menuda, pero con el cuerpo muy proporcionado.

—Perdona —se disculpa de nuevo con una sonrisa enorme. La típica sonrisa dulce e inocente que les encanta a los tíos, sobre todo a los tíos de treinta y siete años.

—No, perdona tú —me apresuro a decir.

—¿Estabas buscando a Bentley?

Quiero decir que sí, pero de pronto estoy paralizada. Alzo la cabeza, altanera. ¿Por qué no lo llama señor Sandford?

—Espera —me pide alzando una mano con las uñas pintadas de color naranja.

Vuelve a dejar las carpetas sobre su mesa y se saca el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros, aunque hay tan poca tela que llamar *vaqueros* a eso es un poco osado. Debería denunciarla a Recursos Humanos.

—Ey, Bentley —lo saluda con esa sonrisa enorme otra vez—. Una ejecutiva ha venido a verte... No, no se lo he preguntado. ¿Debería? —añade pizpireta. Obviamente no oigo qué contesta él, pero ella rompe a reír encantadísima. ¡Están coqueteando! ¡Sin contarse un pelo!—... Sí, sí, no te preocupes. Cuenta con ello.

Cuelga y sonrío de nuevo mientras vuelve a guardarse su *smartphone* en el bolsillo trasero.

—Bentley me ha pedido que te diga que estará aquí antes de la hora del almuerzo.

Nada más acabar la frase, se muerde el labio inferior apenas un segundo. ¿En serio? ¡Está enamoradísima!

—Genial —murmuro aún en estado de *shock*.

—Genial —repite—. Soy Sally.

Recoge las carpetas y se marcha moviendo el culo.

La observo indignadísima hasta que se monta en el ascensor. Spencer va a tener que darme muchas explicaciones acerca de esta contratación. ¿Dónde demonios se ha ido a buscarla? ¿Al plató de un vídeo musical de Ariana Grande?

Voy a marcharme, pero unos cuchicheos en la redacción llaman mi atención.

—¿Quién dijo el 18 de junio? —pregunta uno de los periodistas.

Frunzo el ceño, curiosa. Hoy es 18 de junio. ¿Qué pasa hoy?

—Hasta que no haya pruebas irrefutables, no vale —contraataca una chica.

—¿Y qué pruebas quieres? —replica el primero—. ¿Qué se lo monten en mitad de la redacción? Yo digo que Sandford aún no ha aparecido porque Sally lo ha dejado en coma a base de polvos.

¡¿Qué?!

Ni corto ni perezoso, el chico saca una lista redoblada unas doscientas veces y en la que claramente puede leerse «Apuestas». ¡Han apostado acerca de cuánto tiempo tardará Bentley en tirarse a esa tal Sally!

Busco con la mirada a Linda para que me dé una explicación, pero no la veo. ¿Dónde está? ¿Pessoa? ¿Lewis? ¿Dónde demonios se han metidos todos? De pronto reconozco a alguien.

—Martínez —lo llamo discreta junto a su mesa.

Él alza la cabeza como si le resultara extraña la voz que acaba de oír.

—¿Stevens? —inquire confuso.

—Sí, soy yo. He vuelto. Voy a casarme. Estoy genial —respondo veloz y displicente, acelerando el trámite de «oh, cuánto tiempo sin verte» lo máximo posible—. ¿Qué es eso de las apuestas?

Martínez me mira y sonrío con malicia.

—¿Has visto a Sally? —pregunta a modo de contestación.

—Sí.

—Y tú mejor que nadie conoces a Sandford.

Enarca las cejas y yo quiero arrancárselas. ¿En serio? ¡Es una cría!

—Gracias. Hasta luego —me despido malhumorada.

—Veo que algunas cosas nunca cambian —comenta Martínez desde su mesa.

—¿No has oído que voy a casarme? —me quejo girándome, alzando la mano izquierda y señalándome el anillo del dedo con el índice de la derecha.

—Bonita sortija —se burla.

Yo tuerzo el gesto y vuelvo a mi mesa. Evidentemente, no me importa nada de lo que haga Bentley. Yo he encontrado a míster perfecto y voy a casarme. Si él quiere desperdiciar su vida con una niña que con toda probabilidad crea que Keith Richards es un actor de reparto, por mí está genial, pero debería ser un poco más discreto. Es su jefe, por el amor de Dios.

Una hora después ya he olvidado todo el asunto de Miss Montana Adolescente, pero entonces, por absoluta casualidad, un ruido en la redacción me distrae. Alzo la cabeza y la veo cruzar la sala toda sonrisas. Frunzo el ceño con malicia. Bentley aún no ha aparecido. Miro el reloj. Casi es la hora de comer. ¿Y si han quedado para hacerlo? De pronto, la idea me parece casi tan grave como el calentamiento global y el agujero de la capa de ozono juntos. Es una auténtica falta de respeto. ¡Ni siquiera es la una! Lo mejor que puedo hacer es comprobar mi teoría y, si es cierta, quejarme del comportamiento de Bentley a Recursos Humanos o, mejor, a Ryan. Soy su futura directora contable. Si alguien malgasta el tiempo que debe dedicarle a la empresa, mi deber es informarlo.

Me levanto discreta y voy hasta los ascensores. En el vestíbulo miro a mi alrededor y no tardo en ver a Sally despidiéndose de Ben, que la mira embobado mientras sale del edificio. Lo fulmino con la mirada. ¡Ben, estás casado, por el amor de Dios!

Salgo y el sol de justicia me recibe. Me coloco la palma de la mano a

modo de visera y barro la 58 en dirección al Marchisio's. No hay rastro de ella. Lo hago hacia el otro lado y, de pronto, abro los ojos de par en par, absolutamente alucinada. Sally se tira a los brazos de otra chica también rubísima y se dan un beso de película. Cuando se separan, se sonríen y, de la mano, echan a andar calle abajo. ¡Es lesbiana! Sonrío de oreja a oreja. Las lesbianas me caen genial.

Espera. Entonces, ¿todas esas sonrisas y ese coqueteo cuando fui a buscar a Bentley? Asiento y mi sonrisa se transforma en una sonrisilla. ¡Era por mí! Agito la mano quitándole importancia mientras me giro despacio de vuelta al Riley Group con la autoestima por las nubes. Sally, eres la mejor.

Estoy a punto de entrar cuando un taxi se detiene justo en la puerta y otra rubia espectacular sale de él. Vaya, parece que hoy es el día de las rubias espectaculares. Lleva un precioso recogido y un discreto y sencillo vestido. Es muy elegante. Sonríe al interior del coche y la mía se evapora cuando veo a Bentley salir de él por la otra puerta. Está como siempre. Miento. Está más guapo. En vaqueros, con una camisa de cuadros remangada, como si en estos diez meses no hubiese aprendido todavía que tiene que ponerse traje para venir a trabajar.

Le dedica su sonrisa enorme, la misma que me dedicaba a mí, y rodea el coche riñéndola divertido por no haberlo esperado para abrirle la puerta. Ella le devuelve la sonrisa, feliz, y lo observa con la mirada enamorada. Cuando se encuentran, Bentley la besa y, al separarse, él se da cuenta de que ella aún tiene los ojos cerrados, sonrío con ternura y la besa en la frente. Santo cielo, son perfectos, como una postal del Día de San Valentín.

—Adiós, prometida —se despide Bentley, y creo que mi corazón cae fulminado.

—Adiós, prometido.

Ella vuelve a meterse en el taxi, él se asoma por la ventanilla del copiloto y le entrega un billete de cincuenta dólares al taxista. «Al doscientos veintidós de la Séptima», añade. Espera a que el coche amarillo se incorpore al tráfico y entra en el Riley Group con una sonrisa radiante.

«Prometida.» Ha dicho «prometida». No estaba preparada para esto.

—¿Quién es esa chica? —digo irrumpiendo en el despacho de Maddie.

Ella frunce el ceño, toma impulso y desliza su silla hasta la estantería a unos metros tras su mesa para dejar unas carpetas sobre ella.

—¿Qué chica? Especifica —me pide en el movimiento.

—¿Cómo que qué chica? —demando a punto de tener un ataque—. Esa chica, su prometida. ¡Va a casarse! ¿Por qué nadie me ha dicho que iba a casarse?

—Porque tú también vas a casarte —contesta como si fuera obvio, regresando a su mesa—. Pensamos que no te importaría.

—¿En qué universo no iba a importarme? —bufo exasperada—. ¡Es Bentley!

Maddie se muerde el labio inferior, estudiándome con la mirada.

—No hagas eso —me quejo.

—Que no haga, ¿el qué?

—Lo sabes muy bien —replico—. No lo hagas. No me estudies como si de pronto hubiese perdido el juicio. Tenía derecho a enterarme de que iba a casarse y poder asumirlo en la soledad de mi dormitorio.

—Recuerdas que ya no estás sola en ese dormitorio, ¿verdad?

La fulmino con la mirada. Maldita sabioncilla de Carolina del Sur.

El recuerdo de la escena que he presenciado vuelve a mi mente por sorpresa sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Los he visto... juntos —me lamento, caminando de un lado a otro, tratado de librarme de todo el estrés que siento ahora mismo—. ¡Maddie, es preciosa!

Mi amiga frunce los labios. La conozco demasiado bien. Pasa algo.

—¿Qué pasa? —demando impaciente.

—Es modelo.

—¡Venga ya! —protesto alzando las manos—. ¿Y qué más? ¿Es sueca?

—Francesa —me explica entrecerrando los ojos, temiéndose mi reacción—. Se llama Bridgitte.

No puede ser verdad.

—Me voy —suelto de repente, convencidísima.

Me voy. Me voy. Me voy. Viaje doscientos cuatro, allá vamos.

Mi amiga estalla en un ataque de risa en toda regla. No está siendo nada compresiva.

—¿Adónde? —inquire sin poder dejar de reír.

—A Chicago, a mi casa, donde no tengo que aguantar a supermodelos francesas. —Una bombillita se enciende al fondo de mi cerebro y encuentro un clavo al que agarrarme—. Dime que, por lo menos, no tiene personalidad y es imposible mantener una conversación con ella —le pido muy seria.

—No tiene personalidad y es imposible mantener una conversación con ella —contesta sin dudar y, precisamente porque no duda un mínimo segundo, me doy cuenta de que me está mintiendo para hacerme sentir mejor.

—Por Dios, Maddie —me lamento por enésima vez, caminando hasta los enormes ventanales y perdiendo la vista en ellos, en Nueva York, mi ciudad... Mi ciudad que ahora siento que me ha traicionado con el Viejo Continente.

—Lo siento, vale —dice Maddie—, pero es que es muy simpática y siempre les trae regalitos a Audrey, a Elliott y a Maverick de sus viajes.

Medito durante unos segundos la siguiente pregunta que quiero hacer y, a cada momento que pasa, me parece más y más importante.

—¿Bentley es feliz?

Maddie cambia la expresión por completo. Me mira con una mezcla de compasión y ternura y suelta todo el aire antes de responder:

—Creo que sí.

Aparto la mirada de mi amiga y asiento varias veces mientras doy pasos inconexos y lentos hacia delante, con las manos en la cintura.

—Pero, bueno, como tú con Charles —se apresura a añadir—. Esto está bien. Todos sois felices. Tú tienes a Charles, Bentley tiene a Bridgitte.

—Claro —respondo, pero no sueno tan convencida como debería.

Claro, me repito a mí misma. ¡Yo tengo a Charles!

—Claro que sí —vuelvo a decir con mucho más énfasis, creyéndome de verdad cada palabra—. Me alegro de que Bentley haya encontrado la felicidad como la he encontrado yo.

—Genial —replica mi amiga moviendo el puño.

—Genial

—Todos felices.

—Como perdices.

—¿Comemos juntas?

—No lo dudes —sentencio.

Salgo del despacho con el ánimo por las nubes. Esto ha sido una crisis sin importancia, un momento puntual propiciado más por la sorpresa y el desconocimiento que porque de verdad me importe lo que Bentley haga con su vida. Yo estoy lejos, lejísimos, de ese punto; tengo que esforzarme para verlo en la distancia de lo alejada que estoy.

Almuerzo con Maddie en el Marchisio's y trabajo en mi mesa

ridículamente pequeña sin perder un solo segundo. Tengo mucho que hacer, muchas carpetas que revisar y muchos proyectos de los que asimilar hasta la última coma.

Cuando por fin doy la jornada por terminada, es tarde, muy tarde. Tanto que la planta está completamente desierta. Me despido de Stuart, el guardia de noche, con una sonrisa y con la BlackBerry en la mano salgo a la 58 Oeste. Me apetece dar un paseo y desecho coger un taxi para regresar en metro.

—Hola, Florecilla —me saluda Charles al otro lado del FaceTime.

Yo sonrío por respuesta.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—Muy bien —responde satisfecho—. Ya he hablado con el administrador de nuestro edificio y hemos dejado firmados todos los papeles del cese de alquiler. También he contratado la mudanza. En dos semanas tendremos todas nuestras cosas en Manhattan.

—Nuestras cosas y a ti —añado con una nueva sonrisa que él me devuelve.

—Mi jefe quiere agradecerte que al fin me hayas convencido para que acepte trabajar en las oficinas de Manhattan.

—Nueva York va a encantarte —digo sin asomo de duda—. Es una ciudad fantástica.

—No lo dudo, Florecilla, pero creo que tenemos conceptos un poco diferentes de lo que puede llegar a ser fantástico.

Pongo los ojos en blanco, divertida.

—Por eso no me queda más remedio que llamarte hijo de la Gran Bretaña —él arruga el gesto, como cada vez—, eres un estirado.

Charles cabecea con desaprobación, pero con una desaprobación jovial, eso también como cada vez.

—¿Para cuándo has reservado el vuelo?

—El domingo de dentro de dos semanas —contesta.

—Eso son diecisiete días —me quejo enfurruñada.

—Florecilla —me reprende.

Hundo los hombros.

—Te echo mucho de menos —me defiendo—. Quiero que ya estés aquí. ¿Por qué no adelantas el viaje?

—No puedo hacer las maletas y marcharme sin más. Tengo

responsabilidades y debo dejar muchos asuntos cerrados aquí.

Le pongo cara de pena, mi mejor cara de pena.

—Lo entiendes, ¿verdad?

Suelto todo el aire de mis pulmones.

—Supongo que sí.

—Perfecto —sentencia con una sonrisa.

—Te... ¿Dónde estás? —inquire de pronto mirando a mi alrededor. Yo también lo hago, por si me he equivocado al girar en Columbus Circus y por error, la cara de Charles respaldaría esta teoría, he acabado en la guarida de unos pandilleros... no sería la primera vez.

—En la estación de metro —respondo.

—¿El metro? —replica—. Son casi las nueve. Es peligroso.

—Sólo un poco —bromeo.

—Me sentiría mejor si cogieras un taxi.

—Prometo que mañana regresaré en uno.

Charles resopla con condescendencia y desaprobación. Yo me apresuro a sonreír.

—Te quiero —le recuerdo para relajarlo un poco.

—Te quiero.

Siempre funciona.

Cuelgo y me guardo el teléfono en el bolsillo antes de cruzar el tornio. Bajo las escaleras y ya estoy en el andén de la línea uno dirección sur. Varios veinteañeros trajeados se pasean de un lado a otro hablando por teléfono. Dos chicas están sentadas en un banco, charlando, y un hombre con una enorme funda de Chelo espera escuchando música con unos grandes cascos. Yo doy una larga bocanada de aire y disfruto de la sensación de estar cansada, pero orgullosa de estarlo por haber hecho un gran trabajo. También pienso en todo lo que ha pasado hoy. La sensación que me provoca es diferente, pero no sabría decir cuál. Una de las chicas que charlaba saca su móvil y tras trastear con él se lo enseña a su amiga, que sonríe y lo deja en el banco entre las dos. *Love me like you do*, de Ellie Goulding, comienza a sonar, aunque en una versión suave y acústica completamente diferente.

Un tren llega, pero tiene avisos de que no terminará el trayecto en Penn Station y lo dejo ir. No pensaba en Bentley desde hacía mucho tiempo. Alzo la cabeza y pierdo la mirada en las personas que están en el vagón. El aire

fresco de los túneles se vuelve un poco más pesado al llegar a la estación. El tren chirría suavemente y arranca de nuevo. Los vagones pasan uno tras otro y entonces, en el andén de enfrente, lo veo, a él.

Bentley alza la cabeza y también me ve. Sonríe. Sonrío. Un tren llega a su andén y se interpone entre los dos. Doy un paso hacia atrás. La ansiedad se apodera de mi cuerpo y lo tensa. No quiero que se vaya. La escalera entra en mi campo de visión. Puedo bajar, cruzar al otro andén, pedirle que se quede. El pitido anuncia que el tren va a marcharse en unos segundos.

¿Puedo permitirme hacer algo? ¿Está bien el querer hacerlo? ¿Debería o no?

Decisiones cruciales.

Pocos segundos.

¡Al diablo!

Lauren**Mis Jimmy Choo modelo Shaken, blancos y negros,
elegantes y *vintage*. Con ellos me siento como Lauren
Bacall**

Corro hacia las escaleras y, cuando pongo el pie en el primer peldaño, una sonrisa aparece en mis labios.

—¿Nos ponemos al día? —me pregunta Bentley con la misma sonrisa en los suyos, un puñado de escalones más abajo.

Asiento. El corazón me late muy de prisa.

—Sí, claro que sí.

Salimos de la estación y empezamos a caminar sin ir a ningún lugar en concreto.

—¿Qué tal estás? —pregunto mientras cruzamos la 55.

Hace una temperatura de lo más agradable y una suave brisa cruza el ambiente.

—Muy bien —responde lleno de una aplacible serenidad—. Creo que las cosas están yendo como tienen que ir.

—Eso está genial.

Bentley sonrío suavemente.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué tal la vuelta a Nueva York?

—La echaba de menos —respondo, y las palabras me salen a borbotones antes de que pueda controlarlas.

—Es una ciudad fantástica. Es normal echarla de menos.

Me giro hacia él e involuntariamente me muerdo el labio inferior.

—Sí —añado sin dejar de mirarlo—. Yo también lo pienso.

A unas manzanas de The Vitamin, Bentley me ofrece tomarnos algo y yo acepto. Cuando entramos en el local, me hace un leve gesto para que me vaya a la mesa y él se acerca a la barra a por algo de beber. Me siento en una

de las mesas de maderas con sillones corredizos a ambos lados. Suena *Dream*, de Bishop Briggs. Miro a mi alrededor, el local está atestado de universitarios y de no tan universitarios. Las paredes decoradas, el techo lleno de hileras de bombillitas... Todo se vuelve extrañamente familiar y al mismo tiempo extrañamente nuevo, como si se estuviese abriendo un nuevo capítulo en una historia.

Bentley regresa con un Martini Royale para mí y una Budweiser helada para él y se acomoda en el asiento frente al mío.

—Gracias —le digo.

Bentley sonrío como respuesta y los dos le damos un trago a nuestras respectivas copas.

—Vas a casarte —comenta de pronto.

Yo frunzo el ceño. Siento que he perdido el paso. Bentley me señala el anillo y por un segundo los dos lo miramos. Por inercia acaricio mi sortija.

—Sí, se llama Charles. Trabaja en banca. Es analista de riesgo.

Mi mano se sigue moviendo nerviosa y acabo escondiendo una con otra y las dos en mi regazo.

—¿Banca? —repite—. Eso son números. Seguro que os lleváis muy bien.

Sonrío.

—La verdad es que sí. ¿Y tú? ¿Qué tal con tu prometida?

Bentley entorna suavemente los ojos a modo de pregunta.

—Te vi esta mañana cuando os despedíais en la entrada del Riley Group. En realidad estaba siguiendo a Sally. —Me siento un pelín abochornada, así que alzo la mirada mostrando seguridad para compensar.

—¿A Sally? —pregunta divertido.

—Sí —me defiendo—. La conocí esta mañana y tuve la sensación de que se había escapado de alguna historia del *Playboy* sobre universitarias traviesas.

Bentley rompe a reír.

—Es lesbiana.

—Ahora lo sé.

—Y su novia está como un tren —añade descarado y burlón.

Mal disimulo una sonrisa.

—Los tíos tenéis que dejar de pensar que entre dos lesbianas hay un hueco para uno de vosotros.

—De ilusión también se vive.

—Decías que tenías prometida, ¿no? —replico socarrona.

Los dos sonreímos. Ha estado bien.

—Se llama Bridgitte.

—Lo sé. Maddie me lo ha contado —confieso.

Bentley asiente. Por un momento los dos nos quedamos en silencio, pero no es violento ni incómodo. Tengo la sensación de que es exactamente como tiene que ser.

—¿A Charles le gusta hablar? —pregunta.

—No. Piensa, como yo, que hablar de los sentimientos está sobrevalorado. Creo que es porque es inglés.

Asiente de nuevo a la vez que le da otro trago a su cerveza.

—¿Inglés? Tienes que estar encantada.

—Mira quién habla —replico—, el prometido de una supermodelo francesa.

Otra vez sonreímos y siento un tirón demasiado familiar en mi vientre.

—A Bridgitte —finjo que debo esforzarme en recordar su nombre—, ¿le gusta hablar?

—Sí.

—Entonces, es la prueba definitiva —digo divertida—, cada uno está con quien debe estar.

Bentley atrapa mis ojos con los suyos verdes, mi cuerpo se atenaza y otras sensaciones demasiado familiares van tomando cada centímetro cuadrado de mi piel, cada átomo de mi respiración. Empiezo a dudar de si mi tono ha sido divertido de verdad o no.

—Eso parece —sentencia.

La canción termina y otro puñado de segundos se llena de silencio.

—¿Y cómo la conociste? —inquiero para reconducir la conversación.

—No vale reírse.

—Palabra —prometo alzando la mano.

—Estuvo saliendo con Ryan.

Abro la boca, conmocionada.

—¿Vas a casarte con una de sus *groupies*? —pregunto burlona y, antes de que pueda contestar, rompo a reír.

Bentley se humedece el labio inferior.

—Creí que me habías dado tu palabra.

—Es que es un detalle muy bueno —protesto.

Bentley se cruza de brazos en la mesa y se inclina ligeramente hacia delante. Su aura cambia en cuestión de décimas de segundos y se vuelve provocadora, sexy. Yo me dejo llevar y me zambullo de nuevo en esa sensación, en los nervios en la boca del estómago, en ese suave cosquilleo.

—¿Cómo de bueno, Florecilla?

Vuelvo a abrir la boca aún más alucinada que antes. ¿Cómo sabe él eso?

—Digamos que yo también tengo quien me informe —sentencia sin ningún remordimiento.

Entorno los ojos, tratando de resultar todo lo intimidante que soy capaz, aunque tengo la sensación de que no está causando ningún efecto.

—Florecilla es un gran apodo —defiendo mi postura.

—Por supuesto —replica desdeñoso e insolente, burlándose de mí.

—No hagas eso —me quejo.

—Que no haga, ¿el qué? —replica precisamente haciéndolo.

Frunzo los labios, aunque en el fondo sólo lo hago para disimular una sonrisa, y acabo lanzándole una servilleta transformada en una bola de papel.

Los dos sonreímos. La música vuelve a cambiar, pero no distingo la canción que empieza. No me importa.

Seguimos charlando, riéndonos, hasta que los dos decidimos que es hora de volver a casa.

Bentley para un taxi en la acera de The Vitamin bajo mi atenta mirada y me abre la puerta.

—Su carroza la espera —dice con una suave, casi efímera, sonrisa en los labios.

Los años le han sentado rematadamente bien. Es aún más seguro de sí mismo, aún más insolente, aún más divertido. Definitivamente, más hombre.

Yo echo a andar y mis tacones repiquetean sobre las baldosas grises de la 39 Oeste.

—Gracias por esa copa —digo deteniéndome al otro lado de la puerta.

—La copa tiene una condición.

—¿Cuál?

—¿Por qué seguiste a Sally?

—Porque es demasiado joven y demasiado guapa —me sincero.

Lauren Stevens no se esconde.

—¿Sólo por eso?

Lo miro directamente a los ojos. Son unos ojos preciosos.

—Sí, sólo por eso —murmuro.

Puede que me esconda un poco.

Bentley se muerde el labio inferior, pensativo, al tiempo que pierde la mirada en la calle, con sus manos aún sosteniendo la parte superior de la puerta.

—Ya hemos saldado cuentas por esa copa —replica con esa media sonrisa tan sexy.

Yo le devuelvo el gesto y entro en el vehículo. Bentley cierra y de inmediato vuelvo a buscar su mirada a través de la ventanilla abierta.

—Buenas noches —me despido.

—Buenas noches, Rubia. —Y ese apodo suena diferente, demasiado diferente, suena como deberían sonar todos y cada uno de los apodos que cualquier chico en cualquier parte del mundo invente para una chica.

Ninguno de los dos dice nada más, pero ninguno aparta la mirada ni se mueve. Todo debería ser más sencillo, ¿no? Ésas fueron las palabras de Álex. ¿Por qué tengo la sensación de que las dos nos equivocábamos?

El taxista se incorpora al tráfico y me aleja de Bentley. Ha pasado ya una manzana cuando al fin me dejo caer contra la tapicería negra.

—¿Adónde quiere ir, señorita?

—No tengo ni la más remota idea.

El hombre me mira confuso por el espejo retrovisor y yo cuadro los hombros inmediatamente.

—Al doscientos cuarenta y cuatro de la 14 Este —añado veloz.

* * *

—¡Hola! —grito al aire cuando abro la puerta.

—¡No! —grita Álex desde la habitación.

Yo me detengo en seco y reacciono dando un paso atrás. ¿Qué está pasando?

—No, las cosas no son así —continúa.

Hago memoria por si he metido la pata o si la he metido y ella ha podido enterarse.

—Claro que estoy hablando en serio, Charlie.

Respiro aliviada, pero de inmediato vuelvo a preocuparme. Deben de estar discutiendo y, por lo que llevo escuchado, debe de ser una bronca telefónica monumental. Valoro seriamente la posibilidad de darme media vuelta y dejarle un poco de intimidad, pero, en plena huida, Álex sale de la habitación.

—No te vayas —me pide tapando el auricular absolutamente desanimada.

Yo hundo los hombros con un suave puchero en los labios mientras regresa a la habitación. ¿Qué le pasa? Odio verla triste.

Álex cuelga unos diez minutos después y aparece en el salón con los ojos vidriosos, camina hasta mí, se deja caer a mi lado en el sofá y me abraza con fuerza hundiendo la cara en mi hombro.

—Charlie no quiere que vivamos juntos —murmura.

Voy a decir algo, pero ella me interrumpe, incorporándose.

—Te juro que no lo entiendo —estalla—. Llevamos saliendo más de cinco años. Todos a nuestro alrededor dan pasos. James, James —repite haciendo hincapié—, está casado y es un padre genial. Maddie ya tiene dos niños. Tú estás prometida. Nosotros seguimos siendo novios en apartamentos separados. —Se deja caer de nuevo en el tresillo—. Te das cuenta de lo frustrante que es...

La miro y suelto un suspiro. Álex siempre ha tenido las cosas muy claras, no porque supiese lo que quería y cómo lo quería, sino porque es una de esas personas increíblemente maduras a las que se les da rematadamente bien eso de fluir con la vida. Estudió periodismo, sacó unas notas excelentes, encontró un trabajo, lo dio todo y, cuando comprendió que realmente no era lo que quería hacer, se sentó, valoró opciones y se puso como meta trabajar un año más para ahorrar el dinero suficiente y poder matricularse en derecho, lo que verdaderamente quería hacer. Es fácil comprender que no sea capaz de entender por qué Charlie no es capaz de dar los pasos que se supone que debería querer dar.

—Te entiendo —contesto.

—¿Y qué se supone que debería hacer?

—No lo sé —me sincero—, pero, si fuera al revés, tú me preguntarías «¿qué quieres hacer?», así que... ¿qué quieres hacer, Alexandra Hannigan?

Ella me mira y da una larga bocanada de aire.

—No lo sé —responde al fin, al cabo de un par de minutos.

—Pues creo que averiguarlo tendría que ser nuestra prioridad, si no, ¿para qué diablos he vuelto a Nueva York?

Las dos sonreímos. Una vez más, misión cumplida.

* * *

El día siguiente en la oficina es una auténtica locura. Todo son reuniones, papeleo interminable, nuevos proyectos que deben abrirse, viejos que deben cerrarse. Mis tacones nunca habían hecho tantos kilómetros en territorio Riley.

A eso de las doce estoy regresando de vérmelas con los de informática a cuenta de unos programas que quiero que instalen cuando de lejos veo a Max. Él también repara en mí y los dos sonreímos mientras caminamos en busca del otro.

—¿Qué tal? —inquire después de darnos un abrazo y un beso—. ¿Cómo va tu regreso?

Abro la boca dispuesta a contestarle cuando una de las chicas de Marketing se acerca a mí con el iPad corporativo entre las manos.

—Señorita Stevens —me llama—, el señor Greene quiere las cifras de las nuevas campañas publicitarias.

Miro a Max y le pido un segundo mostrándole el índice. Él asiente con una sonrisa.

—Dígale al señor Greene que antes tendrá que facilitarme los últimos datos de las campañas de Navidad en San Diego y Seattle.

—Desde San Diego han enviado dos emails con las demos presupuestarias —responde deslizando el dedo sobre la tablet y mostrándomela—, ¿eso podría valer?

Cojo el iPad para revisar los datos, pero dos personas se acercan a mí.

—Señorita Stevens. —No reconozco la voz.

Me giro. Son dos ejecutivos júnior de la constructora.

Miro a la chica y le pido un segundo exactamente como hice con Max.

—¿Qué?

—La señora Mudami necesita que se contabilicen ya los gastos extra del último mes para saber cómo afectará a la partida presupuestaria de este trimestre.

—Ya hemos rehecho los dosieres, incluyendo todos los gastos imprevistos por el retraso por lluvias que hubo en el complejo de edificios de Astoria. —Me tiende un dossier que cojo con la mano que tengo libre—. En el anexo dos están los gastos derivados de las subcontratas con Bloomfield Industries.

Asiento. Hago memoria.

—En teoría, los gastos derivados de Bloomfield Industries debería presentarlos esa empresa y no ustedes —replico.

—¿Y cómo justificamos ese gasto?

Voy a responder cuando una chica llega corriendo, casi derrapando, hasta mí.

—Señorita Stevens, Stan Matel quiere verla en su despacho urgentemente. Los envíos a Macao son logísticamente inviables si no se aumenta el presupuesto en un cinco por ciento o en cinco, en vez de tres, los días hábiles para el traslado —dice en un golpe de voz, juraría que ni siquiera ha respirado.

En ese momento se acerca Spencer con las manos en los bolsillos de su impecable traje azul marino y una sonrisa en los labios. Se detiene junto a Max y se apoya en su hombro.

—Señorita Stevens —vuelven a llamarme los chicos de la constructora.

—Señorita Stevens —repite la chica de Marketing.

La enviada de Matel sólo me mira con cara de susto, sospecho que pidiéndome telepáticamente que no le haga volver con él si no lleva buenas noticias.

Tomo aire tratando de ordenar cada idea mientras Max y Spencer me miran divertidos.

Está bien, chica. Preparados, listos...

—Señorita Stevens —vuelven a llamarme.

¡Ya!

—Dígale al señor Greene que las demos presupuestarias no son válidas porque son las primeras campañas que realizan en San Diego y, por lo tanto, nos faltan datos comparativos variables —le cuento a la chica, devolviéndole su iPad—. Si en San Diego no pueden tener los datos lisos a tiempo, llame a Audrey Dempsey de Cunningham Media y pídales a ellos que hagan unos presupuestos cerrados certificados. El error será menor de un uno por ciento y podremos trabajar a partir de ahí.

—Por supuesto —responde marchándose.

—Los gastos los justifican con una copia del anexo del presupuesto de Bloomfield Industries. Si ellos no lo tienen a tiempo, que la señora Mudami presione al señor Cooper, el responsable de la sinergia interdepartamental. Y recuérdelos a los dos que bajo ningún concepto vamos a aceptar un presupuesto por duplicado en dos empresas del grupo sólo porque no sean capaces de hablar entre ellos.

Les devuelvo su carpeta. Los dos asienten, la recogen y se marchan.

—Y en cuanto a Stan Matel —la chica cuadra los hombros—, *a)* no pienso ir a verlo; *b)* no se va a aumentar ningún presupuesto y no vamos a retrasar nada. Los envíos son viables porque las tasas impositivas bajarán a los diez yuanes por dólar antes de que acabe la semana, las previsiones de mercado internacional han llegado hace unos quince minutos, y *c)* respira —le pido con una sonrisa—. Tu jefe es un gruñón protestón, pero, a pesar de las leyendas urbanas, nunca se ha comido a nadie. Recuerda mirarle a los ojos cuando le hables y no titubees, jamás; lo odia. Que nunca se quede sin antiácidos y no le digas a su exmujer que podrá ponerse al teléfono sin preguntarle antes. Te irá bien.

Ella parece anotar todo mentalmente y suspira aliviada.

—Gracias —responde marchándose.

Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones y me llevo las manos a las caderas. Buen trabajo.

—Pues, por lo que veo, todo va sobre ruedas, ¿no? —comenta burlón Max, encaminándose de nuevo a su agujero.

Lo miro y sonrío.

—Bienvenida al universo ejecutivo —sentencia Spencer divertido, pasando junto a mí.

Yo observo la inmensa sala y de un soplido me aparto el flequillo de la cara.

—Dios, qué día llevo —murmuro para mí regresando a mi mesa.

—Reunión, señorita Stevens —me llama el señor Miller cruzando el departamento de Contabilidad cuando apenas había puesto el culo en la silla.

Gimoteo un poco, pero finalmente me levanto y lo sigo. Me explica que es una pequeña reunión con Ryan Riley y otros altos ejecutivos a cuenta de unas nuevas adquisiciones que el Riley Group se está planteando.

Cuando entramos en la sala de reuniones, ya hay varios ejecutivos de

Marketing hablando entre ellos en un extremo de la mesa. El señor Miller me indica que me siente a su lado y me pasa varios dosieres con la información que trataremos.

Sólo llevamos unos minutos cuando la puerta se abre y Stan Matel entra con cara de pocos amigos, algo que no es en absoluto una novedad. Toma asiento a la mesa y desparrama media docena de carpetas sobre ella. Sonrío, no puedo evitar hacerlo, pero mi gesto se queda en el aire, decidiendo si va a hacerse más grande o va a apagarse del todo cuando unas voces próximas a la puerta me distraen y, acto seguido, Maddie la cruza charlando con Bentley. Está tan guapo como lo estaba ayer. Asiente concentrado a lo que mi amiga le dice y se pasa la mano por el pelo hasta dejarla en la nuca. Nunca imaginé que él sería uno de los altos ejecutivos que acudiría a la reunión.

Al verme, sus ojos se quedan fijos sobre mí, ignorando por un momento lo que sea que Maddie le está diciendo, y sonrío, una sonrisa suave y demasiado fugaz que automáticamente se refleja en mis labios.

—Hola —susurra.

—Hola —respondo.

Desune nuestras miradas y vuelve a prestarle atención a Maddie al tiempo que yo hago lo propio con el señor Miller. Sin embargo, de reojo, no puedo evitar darme cuenta de que se sientan frente a nosotros, él en la silla junto a la presidencia. Por un momento noto cómo su mirada vuelve a posarse sobre mí, pero decido ser prudente y no aparto la mía de las cifras que me muestra mi jefe.

—Empecemos —dice Ryan entrando en la sala de reuniones, comiéndose el mundo a su paso, seguido de uno de sus vicepresidentes, Lionel Mackenzie.

Todos cuadramos los hombros a la vez, todos menos su mujer y su mejor amigo, y lo observamos mientras toma asiento.

—Señor Mackenzie —le da un exigente pie para comenzar.

Éste pulsa un botón de un minúsculo mando y la pantalla se llena de gráficos. Básicamente esta reunión es para estudiar —por qué no, dado lo rentables que son las dos revistas del grupo, *Spaces* y *The Week*, y la buena imagen que aportan— comprar más publicaciones y hacernos fuertes en el sector de la prensa.

—¿Opciones? —demanda Ryan desde la presidencia.

—Tenemos *Rock Paper Scissors*, una revista estatal en California, cuya

difusión también llega al sur de Washington y a algunos lugares especializados de Seattle. Es de interés global, pero, sobre todo, está centrada en las últimas tendencias de arte y moda.

—Es buena, pero demasiado específica —lo interrumpe Bentley—. Debes estar muy metido en las nuevas tendencias y el arte moderno para seguirle el ritmo. Conozco al editor jefe, tiene una línea editorial muy rígida. No va a ser fácil hacerle cambiar de opinión.

—¿Crees que merece la pena? —inquire Ryan.

Bentley vuelve a hacer ese gesto de pasarse la mano por el pelo y dejarla en la nuca con la mirada fija en los gráficos de la pantalla.

—No sería mi primera opción.

Ryan asiente y mira a Mackenzie para que continúe. Yo alzo los ojos sin ninguna intención en especial, el sol entra por las ventanas, las vistas de Nueva York son preciosas, pero, entonces, mi mirada se mueve despacio, casi titubeante, hasta la de Bentley y el corazón me da un vuelco cuando sus ojos verdes ya estaban esperándome.

Un puñado de segundos, sólo eso, pero la reunión ha parecido evaporarse.

—Stevens, ¿gasto?

Vuelvo a la realidad de golpe y, rápida, miro la carpeta.

—Treinta y siete millones de dólares —respondo.

—Siguiendo —acelera Ryan la reunión.

Dos horas después, hemos analizado diez revistas, se han descartado ocho con rotundidad y Bentley ha prometido seguir la pista a las dos restantes.

—Hemos acabado —sentencia Ryan levantándose y abrochándose grácil los botones de la chaqueta.

Mientras recojo las carpetas del señor Miller, de reojo, puedo ver cómo Bentley y Maddie se levantan. Ella empieza a hablar con Mackenzie. Él comienza a recoger los dossiers. Veo sus manos moviéndose, pero sus ojos están sobre mí. Creo que puedo llegar a sentirlos físicamente. Alzo la cabeza. Nuestras miradas vuelven a conectarse.

Otra vez sólo unos segundos.

Bentley golpea suavemente la mesa con la punta de sus dedos, termina de recoger las carpetas y, sin más, sale de la sala de reuniones del Riley Group.

El resto del día es una auténtica locura y a las siete aún estoy en mi mesa, repasando cifras después de haber devorado dos Twinkies.

—Señorita Stevens, reunión —dice una voz ronca por encima de mi minipared de pladur.

—No —contesto antes de poder racionalizar mi respuesta. Ha hablado mi subconsciente y mis pies y lo cansadísima que estoy.

La voz rompe a reír y, al levantar la cabeza, me doy cuenta de que es Spencer. Frunciendo los labios para disimular una sonrisa, le lanzo un lápiz que él esquivo sin problemas.

—¿Qué quieres? —inquiero impertinente.

—Necesito un favor. Ven —dice haciéndome un gesto para que lo siga, completamente convencido de que le diré que sí. Es el superpoder de los Riley.

—Tengo que ir muy guapo —me explica cuando las puertas del ascensor se abren en la planta veintisiete—. No puedo fallar.

Sonrío como respuesta y nos encaminamos a su despacho. Resulta que nuestro querido Spencer va a ir a una fiesta de disfraces con Thea. Ella está un poco agobiada con el trabajo, los niños, la casa, y él le ha prometido que se encargará de elegir qué ropa llevarán.

—Si hay un concurso, quiero ganarlo —sentencia—. Soy muy competitivo cuando se trata de ganar premios por cosas como mover el culo disfrazado de pingüino.

Rompo a reír y, cuando mis carcajadas se esfuman, me encuentro con él, con Bentley Sandford, apoyado, casi sentado, en la mesa de Spencer, con los brazos cruzados sobre el pecho, demasiado atractivo para ser real.

—Hola —lo saludo tímida.

—Hola.

—No es que la opinión de Sandford me interese especialmente —bromea Spencer entrando en su baño privado—, pero era el único que aún quedaba por aquí.

Camino hasta el escritorio con paso titubeante. Lo cierto es que no sé muy bien cómo se supone que deberíamos comportarnos. Recuerdo las palabras de Álex. Todo tendría que ser más sencillo, ¿no?

—¿Puedo? —pregunto señalando la mesa.

—Por favor —responde cortés echándose suavemente a un lado, descruzando las manos.

—Además, todos sabemos que el fuerte de Sandford no son los disfraces —continúa Spencer tras la puerta—. Todavía recuerdo el Halloween que me convenció para que nos disfrazáramos de Han Solo y Chewbacca y el muy descarado pretendía ser Han Solo —sentencia indignado.

Sonrío, casi río, y Bentley niega con la cabeza, divertido.

—¿Qué tal? —demanda Spencer regresando a la habitación con un traje de emperador romano.

—Parece que te has escapado de una bacanal romana —replica Bentley sin ningún remordimiento.

—Soy Marco Antonio, capullo —se queja el mayor de los Riley.

—¿Por qué no Nerón? Siempre me pareció un emperador mucho más divertido —propongo yo.

—Tú no tocas la lira —lo pincha Bentley—, pero puedes gritar «árbol va» mientras arde Roma.

—¿Qué tal Claudio? —ofrezco con una sonrisa de oreja a oreja.

—Era tartamudo —replica Bentley—, le costaría mucho trabajo gritar «árbol va».

Spencer frunce los labios aguantando el chaparrón.

—¿Calígula? —ofrezco sólo para darle más munición a Bentley.

—En Glen Cove hay caballos —sentencia.

—Sois lo peor —protesta Spencer regresando al baño.

Bentley y yo sonreímos mientras lo observamos alejarse. El ambiente de pronto se queda en un suave silencio que sólo se interrumpe por el rumor que sale intermitentemente del baño. De repente nuestros cuerpos parecen hacerse conscientes del otro, muy cerca, y cada segundo se va alargando un poco más que el anterior. Mi respiración se acelera suavemente, el corazón me late de prisa. Bentley mueve las manos hasta agarrar el borde de la mesa a ambos lados de sus caderas, demasiado cerca de mis dedos para que pueda pensar en otra cosa.

—¿Qué tal? —inquire Spencer saliendo con un elaborado traje de pirata, sacándonos de nuestra ensoñación.

Yo lo miro con la sonrisa en los labios y asiento. Lo cierto es que estoy luchando muchísimo por no reírme abiertamente. Bentley, a mi lado, se lleva la mano a la barbilla al tiempo que entorna los ojos, fingiendo estar estudiando la indumentaria de su amigo.

—¿Eres Jack Sparrow en *Piratas del Caribe*? —pregunta.

—No —responde Spencer acompañando esa única palabra con un suave aspaviento de mano—. Eso está muy visto.

—Entonces, ¿eres un pirata gay? —vuelve a inquirir.

De verdad que no quiero reírme, pero me lo están poniendo muy complicado.

—No —se queja Spencer mirando su propio disfraz—, claro que no.

—Pero ¿quieres ligar con uno en esa fiesta? —concluye Bentley.

No puedo más y estallo en risas.

—¡No! ¡Este disfraz no tiene esa intención! —replica Spencer mientras Bentley no deja de asentir condescendiente—. Cabronazo —suelta finalmente.

Bentley ríe observando cómo Spencer regresa enfurruñado al baño y yo no puedo dejar de hacerlo.

—Debería agradecérmelo —susurra Bentley socarrón—. Ese disfraz es como un peligro público.

Por inercia apoyo el brazo en el hombro de Bentley y mi cabeza en él mientras intento dejar de reír. Tomo una larga bocanada de aire para recuperar la que me habían robado las carcajadas y alzo la cabeza. Me encuentro con sus ojos verdes, que ya me esperaban, con su deliciosa sonrisa y un suave momento lleno de intimidad, de familiaridad, de un montón de cosas bonitas, se construye a nuestro alrededor.

Ninguno de los dos dice nada y nos separamos despacio, entre miradas furtivas, llevándonos un pedacito de esa perfecta burbuja con nosotros.

Debería ser fácil. Es fácil. Aunque creo que no lo está siendo en el sentido en el que debería serlo.

—¿Qué tal éste? —inquire Spencer regresando a la sala vestido como un gánster de los años veinte, incluso lleva una Tommy Gun de gomaespuma.

—Perfecto —sentencio.

—No busques más —añade Bentley.

Creo que los dos necesitamos salir de aquí.

Me despido rauda y me monto en el ascensor rezando para que él no lo haga tras de mí. Cuando las puertas de acero se cierran, suelto el suspiro más largo de la historia. Llevo demasiadas horas trabajando y demasiados Twinkies en el cuerpo. Todo es culpa del azúcar.

* * *

—Aquí me tienes —digo extendiendo los brazos cuando Maddie me abre la puerta de su casa en Chelsea.

—Gracias. Gracias. Gracias —responde mi amiga regresando veloz escaleras arriba.

El día se le ha complicado un poco. Ryan está en una reunión de esas que se hacen interminables, ella debe llevar a Elliott a la revisión pediátrica y Audrey tiene clase de ballet, ésa será mi misión.

—De verdad, muchas gracias —repito cuando llego al salón mientras se calza sus Converse.

—Me debes una enorme, casi bíblica —me burlo, acercándome al cuco donde Elliott está profundamente dormido. Le acaricio la carita. Es el bebé más bonito del universo.

En ese momento se oye ruido en el piso de arriba y un par de segundos después Audrey baja las escaleras vestida con un maillot blanco, un tutú del mismo color y un perfecto moño de bailarina. Todo coronado, sin embargo, con unas Converse rosa chicle.

—Ey, chica —la llamo—, ¿tú no deberías llevar unas zapatillas de ballet?

—Las zapatillas de ballet son muy aburridas —se queja a modo de respuesta—. Me las pondré allí.

Asiento. Me parece un gran plan.

Nos despedimos de Maddie y la pequeña Audrey y yo vamos dando un paseo hasta la escuela de ballet de Madame Tasse. Me quedo a ver la clase y no puedo evitar sonreír cada quince segundos con todas esas niñas vestidas con tutús haciendo *pliés*, *relevés* y *développés*.

De regreso, nos paramos a comer un helado y a jugar un poco en Chelsea Park. Cuando volvemos a casa, aún no lo han hecho Ryan ni Maddie con el pequeño Elliott.

—¿Quieres ver un poco la tele? —le propongo.

—¿Vemos una peli de princesas?

—Por supuesto.

Estamos a punto de echar a andar hacia la sala de la televisión cuando un teléfono sonando me distrae. Frunzo el ceño. No es mi móvil y, en teoría, estoy sola en casa. Según me dijo Maddie, la señora Aldrin pasaría la tarde fuera haciendo recados. Agudizo el oído. Viene del despacho de Ryan. La curiosidad me pica. Mucho.

—¿Por qué no vas eligiendo la peli? —le digo a Audrey.

La pequeña asiente y sale disparada.

Sonrío como si fuera una niña a punto de meter la mano en el bote de galletas y me encamino al estudio. Abro la puerta despacio, imaginándome demasiadas cosas, y todas caen en saco roto cuando el sonido toma la forma del teléfono fijo de su escritorio. Esperaba algo un poco más truculento.

Me siento en la mesa y cruzo las piernas. Apoyo el teléfono en mi regazo y me meto un mechón de pelo tras la oreja antes de responder. Me siento como una secretaria de la serie «Mad Men».

—¿Despacho de Ryan Riley? —contesto.

Un segundo de silencio.

—¿Lauren? —responden confusos al otro lado.

Reconocería esa voz incluso en el fin del mundo.

—Sí, Bentley, soy yo. —Necesito un momento, aunque no entiendo muy bien por qué—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesitaba hablar con Maddie.

—No está. Ha llevado a Elliott a la revisión pediátrica. Yo estoy haciendo de niñera con Audrey.

—Genial —replica irónico y también malhumorado, lo que me hace fruncir el ceño, extrañada.

—¿Qué ocurre?

—Molly tiene un examen y James, trabajo, así que estoy con Maverick en casa. Estaba bien, pero ahora no para de toser y tiene fiebre. He intentado localizarlos a los dos, pero me ha sido imposible. Pensé que Maddie sabría qué hacer, qué jarabe debo darle.

Oigo un ruido en el salón, me asomo pensando que puede ser Maddie, pero es la señora Aldrin. De pronto tengo una idea.

—La señora Aldrin acaba de llegar —le explico—. Seguro que ella sabe qué hacer. Le preguntaré y volveré a llamarte.

Como no podía ser de otra manera, la señora Aldrin tiene clarísimo qué y cómo debe hacerse. Va hasta el baño y del mueble saca una caja naranja en la que está escrito en grande letras negras «Pedia-Care». Me explica que es ibuprofeno infantil y que Maverick debe tomárselo cada ocho horas.

En vez de llamar a Bentley, busco a Audrey y las dos nos vamos en taxi al Upper East Side.

—Hola —lo saludo en cuanto abre la puerta.

Bentley sonríe.

—¿Qué hacéis aquí? —inquire algo confuso, pero mucho más contento.

—En vez de llamarte, te traigo la medicina —digo tendiéndole el jarabe que me dio la señora Aldrin. Él lo coge—. Soy una doctora muy concienzuda.

Bentley sonríe de nuevo y yo no tengo más remedio que hacer lo mismo. Un segundo después se hace a un lado con la puerta y Audrey sale disparada en busca de Maverick.

—¿Cómo estás? —oigo que le pregunta.

—Tengo fiebre —se lamenta Maverick desde el sofá donde está acurrucado.

—A ver —responde Audrey poniéndole las dos manos en la frente, pero en lugar de colocarlas en horizontal, lo hace en vertical y acaba tapándole los ojos y llegando hasta las mejillas.

Bentley y yo volvemos a sonreír.

—Muchas gracias —dice.

Mi sonrisa se ensancha.

—No hay de qué.

Bentley asiente sin levantar sus ojos verdes de mí y, sin que ninguno de los dos se lo proponga, el momento se alarga un instante de más hasta que Bentley se dirige a la barra de la cocina, girando la caja de jarabe entre sus manos y abriéndola para sacar el prospecto y ver qué cantidad le corresponde a Maverick de acuerdo a su peso.

—La señora Aldrin ha dicho que debes dárselo cada ocho horas —le explico caminando hacia el salón.

Miro todo lo que me rodea y no puedo evitar sonreír. Esta casa me trae muchos recuerdos, muchas risas, muchos gemidos, muchas peleas. Creo que Bentley y yo éramos una de esas parejas que pueden denominarse temperamentales. Mi sonrisa se ensancha, también nos queríamos mucho.

Bentley sirve la cantidad indicada de jarabe, camina hasta Maverick y se sienta en el borde del sofá con la intención de dárselo.

—¿Sabe a medicina?—inquire el niño.

—Seguro que no —responde Bentley.

—¿Y a qué sabe?

Bentley observa el contenido del pequeño vasito donde está la medicina.

—Es naranja, así que a naranja.

—¿Y está bueno?

—La naranja está buena, así que seguro que sí.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Seguro?

Bentley cabecea divertido armándose de paciencia y yo no puedo evitar sonreír.

—Seguro.

Maverick lo observa unos segundos y finalmente asiente. Sin embargo, cuando Bentley le acerca el jarabe, el pequeño se tapa la boca con las dos manos y niega con la cabeza. Yo sonrío de nuevo y observo como el tío Bentley, lleno de paciencia, comienza a hacer carantoñas y bromas para hacer reír a los niños.

—Tiene fiebre —le dice Audrey muy concentrada.

Bentley asiente dedicándole toda su atención.

—¿De verdad?

—Sí, lo he comprobado.

Sigue haciendo bromas, cosquillas, y se mete a los dos críos en el bolsillo; parece que esa sonrisa de «yerno de tus sueños» vale para cualquier edad.

Al fin consigue que Maverick se tome la medicina y los deja a los dos sentados en el sofá viendo «Bob Esponja».

—Misión cumplida —dice con una sonrisa al pasar junto a mí camino de la pila.

—Se te da muy bien ser el tío Bentley —replico sentándome en uno de los taburetes de la barra de la cocina.

—Los exámenes del máster han tenido muy ocupada a Molly y James tiene mucho trabajo, así que cuido bastantes veces de Maverick, incluso le he montado una habitación en mi estudio.

—Es un crío estupendo.

—Sí —responde sin asomo de dudas, secándose las manos con un trapo de cocina blanco y deteniéndose al otro lado de la encimera, justo frente a mí —. Y él y Audrey son novios —añade fingiéndose todo lo serio que es capaz.

Yo abro la boca sorprendidísima. ¡Es genial! Sin embargo, caigo en la cuenta de algo.

—Ryan tiene que estar encantado —comento a punto de echarme a reír.

—Ryan quiere enviar a Audrey a un internado.

Ese comentario era el último detalle que me faltaba y los dos estallamos en risas.

—¿Te imaginabas a Ryan así como padre?

Bentley tuerce el gesto, apenas un segundo.

—¿Controlador, posesivo y muy poco racional con una pequeña versión de Maddie? —inquire a su vez, socarrón—. Sí, podría haber llegado a imaginarlo.

Sonrío. Sí, el señor irascible-sexo increíble es todo eso, pero nadie podría negar que adoro a su familia.

—Supongo que nadie imagina lo feliz que puede hacerte un crío hasta que lo tienes —sentencia, y tengo la sensación de que esas palabras esconden mucho más.

Voy a preguntarlo, pero mi teléfono comienza a sonar, distrayéndome. Miro la pantalla. Es Maddie.

—Es la versión original de la pequeña Audrey —comento.

Bentley sonrío. Yo me bajo del taburete y me acerco despacio a los ventanales en busca de un poco de intimidad.

—¿Diga?

—Lo siento mucho, Lauren —se disculpa con rapidez—. Sé que te prometí que volvería pronto.

—¿Dónde estás? —la interrumpo, aunque la pared chillona a su espalda me da una idea.

—En el Riley Group. Uno de los redactores ha tenido un problema y he tenido que venir a la redacción.

—¿Con Elliott? —planteo divertida.

—Sí —responde mortificada—. Ahora mismo debe de estar viendo «Barrio Sésamo» en el móvil de Spencer.

—¿Y tú? ¿Qué tal con Audrey? ¿Se está portando bien?

—Genial. Está jugando con Maverick.

—¿Maverick está en casa?

—No, nosotras hemos venido a casa de Bentley. Maverick tiene fiebre —me apresuro a decir antes de ganarme algún comentario absolutamente innecesario—. Bentley estaba haciendo de canguro, no localizaba a Molly ni

a James y llamó a tu casa para saber qué debía hacer. Tú no estabas, pero la señora Aldrin me dio un jarabe y se lo traje.

—Vaya —responde admirada al otro lado del FaceTime—. Eres una doctora muy concienzuda.

—Eso mismo digo yo.

—Recogeré a Audrey en cuanto termine aquí. Portaos bien.

Frunzo el ceño.

—¿Me lo dices a mí o la niña?

—Lo dejo a tu libre elección.

Suelta una risilla de sabioncilla y, antes de que pueda responder, cuelga. Ser la señora Riley no le está sentado nada bien.

—Tío Bentley —lo llama Maverick—, tenemos hambre.

Bentley se acerca como si no lo hubiese oído bien.

—Que tenéis, ¿qué? —pregunta más cerca.

—Hambre —responden los niños al unísono.

—Vais a tener que repetirlo. La tele está muy alta y no oigo absolutamente nada —replica ya casi sobre ellos. Yo sonrío imaginando lo que vendrá.

—¡Tenemos hambre! —repiten.

En ese preciso instante, Bentley se abalanza sobre ellos y comienza a hacerles cosquillas mientras los críos estallan en carcajadas. Finalmente, carga a Maverick sobre su hombro, que ríe aún más encantado, y le hace una reverencia a Audrey, que rompe a reír de nuevo.

—Señorita —le dice a la pequeña Audrey—, si es tan amable de acompañarme, por favor.

Bentley deja a Maverick sobre la isla y sienta a Audrey a su lado. Yo rodeo el mueble y me coloco juntos a ellos.

—¿Qué queréis comer?

—Macarrones con queso —piden otra vez al unísono.

Sonrío. Están muy compenetrados, harán una pareja estupenda.

—Perfecto —responde Bentley—. La tía Lauren será mi pinche.

Me mira y yo frunzo los labios fingiendo sopesar sus palabras.

—Acepto el reto —contesto dando un paso hacia delante.

Los pequeños aplauden y nos ponemos manos a la obra. Maverick nos cuenta un chiste que ha aprendido en el cole, seguido de otro que ha aprendido Audrey. Bentley no deja de hacer bromas y fingimos pelearnos por

el honor de echar el queso sobre la pasta, la parte más divertida de todo el proceso. Incluso me mancha la punta de la nariz de queso en polvo, el muy maldito. Creo que nunca me había reído tanto preparando unos macarrones.

—¿Qué tal están? —inquire Bentley dándole de probar un poco a Maverick en la pala de madera, después hace lo mismo con Audrey.

—Le falta queso —dice el pequeño Hannigan.

—Pues yo creo que le falta chocolate —apunta la pequeña Riley.

Todos nos echamos a reír.

—¿Chocolate? —inquire incrédulo Bentley.

Ella asiente muy convencida.

—A eso le llamo yo cocina fusión —replica—. Lo probaremos la próxima vez.

La niña asiente decidida.

Ponemos la mesa entre los tres mientras Bentley sirve la pasta y cenamos, como llevamos haciéndolo todo esta tarde, entre risas.

Nos ayudan a recoger y los dejamos viendo una peli mientras lavamos los platos.

—Ese jarabe es milagroso —comento admirada mientras veo a Maverick reír en el sofá por algo que ha dicho una rana en la tele.

—Gracias por haber venido y gracias por quedarte.

Me pasa el plato lleno de jabón y yo lo enjuago.

—Ha sido un placer —respondo con los ojos concentrados en el plato azul, pero de pronto no quiero mirarlo y quiero mirarlo a él—. De verdad.

Bentley sonrío, pero es una sonrisa suave, preciosa y distinta a todas las que ha enseñado hoy. Otra vez el momento parece crecer entre nosotros y aislarnos de todo lo demás. El aire toma otra presión, todo se tiñe de música, de magia, de color.

—Lauren —me llama.

—¿Qué? —respondo impaciente.

Lauren

Mis *peep toes* rosa chicle de Dior, divertidos y femeninos. Todas las chicas del planeta deberían tener unos Dior de este color, aunque en este momento en lo último en lo que puedo pensar es en ellos

—Tío Bentley, tía Lauren —nos llama Audrey junto a nosotros, y los dos tardamos un segundo de más en dejar de mirarnos y prestarle atención a la niña—. ¿Queréis jugar? —pregunta.

Los dos balbuceamos una respuesta de lo más absurda, casi sin sentido, como si todavía siguiésemos en nuestro rinconcito apartado del mundo.

—Sí —contesto al fin—, claro que sí, cielo.

Terminamos los pocos platos que nos quedan rápido, sin hablar, mejor así, y vamos hasta el sofá con los críos. Empezamos jugando a descubrir una palabra con gestos, pero acabamos bailando, porque bailar es mucho más divertido. Primero Maverick, luego Audrey, Bentley, yo. Bentley con Maverick, Audrey conmigo, los pequeños y yo, los pequeños y él, los pequeños solos.

—Ahora tenéis que bailar el tío Bentley y tú —dice Maverick con total convencimiento.

Bentley y yo nos miramos y ambos negamos con la cabeza. Apuesto a que los dos hemos pensado que no es una buena idea, pero el pequeño no nos da opción, tira de Bentley hasta obligarlo a levantarse y lo deja junto a mí a un par de metros del sofá. La pequeña Audrey corre hasta el equipo de música de Bentley, aprieta el botón con uno de sus deditos y regresa veloz hasta sentarse en el tresillo.

—Con un poco de suerte nos tocará bailar la canción de «Bob Esponja» —murmuro.

Pero en cuanto comienzan a sonar los primeros acordes, me doy cuenta de que no, no vamos a tener esa suerte. Es *You*, de Keaton Henson. Bentley ahoga una sonrisa mordaz y breve en un bufido aún más fugaz. ¿En serio? No había más canciones en la historia de la música que una que dice que tu vida fue la mejor parte de la mía.

—Ya está sonando la canción —nos recuerda Audrey.

Yo me muerdo el labio inferior, nerviosa, tratando de reunir valor y finalmente asiento. Nos miramos a los ojos y Bentley da un paso hacia mí. Sospecho, sé, que no va a ser una buena idea. Me toma de la cintura y me ofrece su mano. La cojo. Bentley me acerca un poco más y yo dejo mi mano libre en su hombro. Empezamos a bailar de una manera casi ortopédica y los niños se ríen y nos miran con esa vergüenza infantil tan dulce porque «los tíos están bailando muy cerca y muy despacio».

No sé dónde mirar y acabo clavando mis ojos en el suelo. Los dos queremos soltarnos, pero la canción, poco a poco, en contra de nuestra voluntad, va colándose entre nosotros. Habla de cosas demasiado bonitas, habla de cómo nos sentíamos antes. Su mano se desliza sobre mi cintura despacio, casi sin quererlo, como si el deseo, como si todo lo que significamos el uno para el otro pesara más y nos impulsara a tocarnos, a sentirnos más cerca, de la manera que sea.

Mi cuerpo se relaja en sus brazos, se acerca más, quiere más. Nuestros dedos se entrelazan. Bentley baja la cabeza y yo alzo la mía, los dos con los ojos cerrados, buscándonos en silencio. Todo adquiere nombre, el nombre que debe tener, las mariposas, el deseo, el pensar en él, sólo en él. Hacía diez meses que no me sentía así, cinco años, otro puñado de meses más. Me siento como me sentí cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez, cuando nos besamos en el Riley Group, la primera vez que me dijo que me quería.

—Rubia —susurra haciendo más posesivo su agarre sobre mi piel.

Dejo escapar un leve suspiro. Me siento como todas nuestras primeras veces.

—La canción ya ha terminado.

La voz de Audrey nos trae de vuelta. Nos miramos a los ojos justo antes de separarnos de prisa. ¿Qué se supone que estamos haciendo?

Otra canción empieza a sonar mucho más movida y Audrey comienza a dar saltos en el centro del salón. Yo camino hasta la isla de la cocina, recupero mi BlackBerry del bolso y voy hasta los ventanales, fingiendo que

voy a repasar mis correos, aunque, en realidad, lo único que quiero es tirar una silla contra el cristal y dejar que entre aire fresco.

De reojo puedo ver cómo Bentley camina hasta su habitación con el paso firme, incluso un poco arisco. Lo último que veo antes de que desaparezca en el pasillo es cómo se pasa las dos manos por el pelo. Definitivamente, no soy la única que necesita aire fresco.

Los niños siguen bailando cuando los dos decidimos regresar al salón, aunque esta vez se acabó el juego de bailar y ponemos una peli. Eso sí, nos sentamos en el sofá prudentemente separados, a un Maverick y una Audrey de distancia.

Una media hora después, los pequeños ya se han dormido. Maverick, sobre la pierna de Bentley, y Audrey, sobre la espalda de Maverick. Cuando llaman a la puerta, nos miramos extrañados, pero creo que los dos caemos a la vez en la cuenta de que debe de ser Maddie en busca de Audrey.

Desde el rellano, al verme sujetando la puerta abierta, Ryan frunce el ceño, un gesto casi imperceptible y que apenas dura un segundo. El señor irascible-sexo increíble se recompone rápido en cualquier circunstancia.

—Hola —me saluda entrando.

—Hola —respondo—. ¿Dónde está Maddie?

—En casa con Elliott.

Ryan barre la estancia con la mirada y sonrío cuando sus ojos azules se posan sobre la pequeña Audrey, como si la hubiese estado echando de menos hasta que la ha visto. Creo que no le ha hecho tanta gracia encima de quién se ha quedado dormida.

Bentley y Ryan se saludan con la mirada y parecen tener una conversación telepática. El señor Riley se inclina sobre su pequeña y la coge en brazos.

—¿Papi? —inquire adormilada, rodeando su cuello con sus bracitos y apoyando la cabeza en su hombro.

—Sí, soy yo, peque.

Se gira y cruza de nuevo el salón.

—Adiós —susurro cuando pasa junto a mí.

—Adiós —se despide.

Me pregunto cómo se verá ese elegante Audi A8 con Finn al volante con una sillita para niños en la parte de atrás.

Cierro con una sonrisa en los labios por semejante idea y voy hasta la

barra de la cocina dispuesta a coger mi bolso y marcharme, el pensamiento más sensato que he tenido en las últimas horas. Cuando me vuelvo dispuesta a despedirme, Bentley está caminando hacia mí con Maverick adormilado en sus brazos.

—Será mejor que me vaya —susurro para no espabilarlo del todo.

Bentley asiente.

—¿Necesitas que te lleve?

—No —niego con una sonrisa y un recuerdo muy concreto sobre nosotros viene a mi mente—. Cogeré un taxi.

Bentley sonrío muy sexy, apenas una décima de segundo, y me doy cuenta de que los dos hemos tenido el mismo *déjà vu*.

—Tía Lauren —murmura Maverick levantando la cabeza del hombro de Bentley, buscándome con la mirada somnolienta.

—Estoy aquí, tesoro.

—Quédate a dormir —me pide.

No. No. No.

—Quiero que juguemos juntos cuando me levante —continúa antes de que pueda contestar, dejándose caer otra vez sobre el hombro de Bentley.

—No puedo —digo con la voz más dulce del universo.

—Sí puedes.

—Peque...

—Por favor —contraataca alargando todas las vocales, y ésa sí que es la voz más dulce del universo.

Lo miro y él ya me está mirando a mí con esos enormes ojos marrones y los labios curvados hacia abajo. Una carita de pena en toda regla. «No me hagas esto, Maverick. Es una malísima idea.» Pestañea y sus labios se arquean hacia abajo un poco más.

¡Dios, una idea de pena!

Resoplo.

—Está bien, me quedaré.

—¿Lo prometes? —pregunta esperanzado.

—Lo prometo.

—Genial —sentencia sonriendo y vuelve a cerrar los ojos.

Bentley lo lleva hasta la habitación. Al regresar, su paso ha cambiado, como si él también fuera consciente de la pésima situación a la que estamos a punto de enfrentarnos.

—Ese niño tiene los ojos más grandes del mundo —protesto a la defensiva.

Bentley sonrío y se detiene a unos metros de mí.

—No te preocupes, dormiré en el sofá.

Niego con la cabeza. Me parece la mejor de las opciones, pero básicamente me siento culpable.

—No voy a dejarte dormir en el sofá. No descansarías.

—Francamente, prefiero no descansar —replica sin remordimientos, caminando hasta la mesa y recogiendo los vasos de zumo vacíos de los críos.

—Yo también lo prefiero —la otra posibilidad es que nos metamos en una cama en la que hemos compartido demasiadas cosas después de haber bailado juntos, de habernos reído. Se parecería peligrosamente a lo que teníamos antes— y es tu casa, así que yo dormiré en el sofá.

—Ni de coña —repone dejando los vasos en la pila—. Y te lo advierto, una cosa es dejar que te vayas en taxi y otra muy distinta hacerte dormir en el sofá. No vas a salirte con la tuya — sentencia caminando hasta mí y cruzándose de brazos.

—Dormiré con Maverick.

—La cama es de un metro cincuenta, ni siquiera podrías estirar las piernas.

—¿Y qué propones que hagamos entonces? —pregunto, y comienzo a sonar exasperada.

—Que por una vez cierres esa boquita y entiendas que no llevas razón —me desafía.

—Si yo no voy a dormir en ese sofá, tú tampoco. —Acepto el reto.

Bentley me observa en silencio, estudiándome. Yo enarco las cejas para dejarle claro que no pienso rendirme. Y en mitad de esta especie de duelo, él resopla malhumorado, me coge de la muñeca y tira de mí hasta dejarme en el centro de su dormitorio, el uno frente al otro, los dos a los pies de la cama.

—Esta cama es lo suficientemente grande como para que no tenga por qué rozarte un solo dedo —afirma señalándola.

Sin embargo, su otra mano sigue rodeando mi muñeca, y ese pequeño gesto en esta habitación parece importar más de lo que importó en el salón y de pronto algo entre los dos vuelve a crecer sin que ninguno pueda impedirlo.

Nuestras miradas vuelan hasta sus dedos sobre mi piel y, por un segundo, su agarre se hace más posesivo, más instintivo, en el momento exacto en el que mi piel empieza a desearlo más.

—Cada uno a su lado —gruñe soltándome de golpe y echando a andar hacia la parte izquierda de la cama.

Sobra decir que le pido un chándal, me parece menos erótico que un pijama; no sé por qué, pero creo que hay algo muy íntimo y al mismo tiempo muy atractivo en que una chica se ponga el pijama de un chico. Sobra decir también que me cambio en el baño.

Regreso veloz, dejo mi ropa sobre la silla y me meto en la cama prácticamente sin mirarlo, colocándome de lado, dándole la espalda. Bentley, de pie junto a la mesita, se quita el reloj y todo lo que tiene en los bolsillos y lo abandona sobre el mueble. Lo miro, sólo un segundo, y me arrepiento en esa misma mínima fracción de tiempo. El pantalón le cae mezquinamente sexy sobre las caderas al muy maldito y la camiseta blanca y sencilla no es que ayude precisamente. ¿Es que acaso lo hace a propósito? ¡Soy una mujer comprometida, por el amor de Dios!

Bentley destapa su lado de la cama y se mete en ella con presteza.

—Buenas noches —murmura.

Apaga la luz antes de oír mi respuesta y se acuesta también dándome de la espalda.

—Buenas noches —respondo.

Creo que no podríamos estar más tensos, ni más en silencio, ni más en el borde del colchón.

Poco a poco mi respiración va pausándose, acompasándose a la suya, y la tensión se transforma en una extraña calma, como si alguien te dejara en una habitación llena de maravillosas figuritas de cristal, la luz se reflejara en ellas, brillaran y tú disfrutaras cada segundo, pero al mismo tiempo tuvieses miedo de moverte por si una de esas pequeñas obras de arte se rompe.

Abro los ojos y contemplo la oscuridad, ¿Por qué ahora siento que la cama mide cientos de kilómetros? ¿Acaso siempre va a ser así con él? Lo oigo resoplar y me doy cuenta de que lo más peligroso de todo es que no soy yo la única que se siente así. Cuando acepté volver a Nueva York, no imaginé que las cosas serían así. De acuerdo que no tenía muy claro cómo serían, pero no me dibujé a mí misma en el apartamento de Bentley, bailando con él, en su cama...

Cierro los ojos y me obligo a dormirme. Los dos estamos comprometidos.

Lo consigo pensando en Charles, pero también en Bridgitte, en Bentley, en mí.

* * *

Giro sobre la cama. Es una cama fantástica. Atrapo la suave colcha con la mano y me tapo con ella sin ni siquiera abrir los ojos. Sin embargo, lo quiera o no, ya estoy despierta y poco a poco, de nuevo da igual que lo quiera o no, voy recordando dónde estoy y, sobre todo, con quién.

Abro los ojos despacio y los suyos frente a mí, separados por un puñado de centímetros de cama, ya me esperan. La estancia está iluminada por el suave sol de las primeras horas de la mañana. Todo está en silencio, tranquilo.

Sus ojos verdes atrapan los míos y yo me pierdo en ellos. Todas las primeras veces vuelven, todo lo que hemos sentido. Es Bentley. Somos nosotros. Recuerdo las palabras de Álex. Hacerlo más sencillo, pero es que ahora eso sólo tiene un sentido y me siento llena y tengo demasiado miedo, pero al mismo tiempo no me movería de aquí por nada del mundo. Lo sencillo adquiere una dimensión completamente diferente, lo sencillo es lo que el corazón quiere, como en una canción de Ellie Goulding. Lo sencillo es dejarse llevar.

Sin levantar su mirada de la mía, Bentley alza la mano y me acaricia la mejilla. Sus dedos se pasean despacio por mi piel, llegan hasta mi boca y su pulgar se desliza por mi labio inferior. Traga saliva, conteniéndose, y mi respiración se vuelve más irregular. Su mano continúa bajando con la misma deliciosa lentitud, como si los dos nos estuviéramos torturando, pero a ninguno de los dos nos importase lo más mínimo.

Sus dedos llegan a mi cuello, su agarre se hace más firme, más posesivo. Es lo que deseo. Todo lo que deseo.

Pero no debo.

—Tengo que irme —musito a la vez que me levanto y echo a correr hacia la silla.

Bentley suelta un bufido a la vez que se deja caer de espaldas contra el colchón y clava su vista en el techo. Lo entiendo. ¡Es absolutamente frustrante! Y sé que él me entiende a mí, por eso no me ha pedido que vuelva a esa cama.

Regreso del baño alisándome la falda. Me detengo bajo el marco de la puerta de su habitación.

—Me marchó —le digo, y lo hago con la boca pequeña, aunque no sepa poner en palabras el porqué—. Puedes decirle a Maverick que no he podido quedarme.

Bentley asiente. Está sentado a los pies de su cama, con los dedos entrelazados y los codos apoyados en sus piernas entreabiertas.

—Te acompaño a la puerta —repite levantándose y, aunque es lo último que quiero, no puedo evitar barrerlo con la mirada.

Caminamos en silencio, separados.

Bentley me adelanta con un paso y me abre la puerta. Salgo y, con los pies en el rellano, me vuelvo para tenerlo de frente. Él se queda sujetando la madera. Sencillo. Todo debería ser sencillo.

—Será mejor que me vaya ya —murmuro—. Adiós.

—Adiós.

«Te giras. Un pie tras otro. Te marchas... Te alejas de él... Huyes.»

—Adiós —repito.

Y antes de que pueda controlarlo, mis piernas parecen cobrar vida propia y caminan hasta él. Apoyo las palmas de las manos en su pecho, me alzo sobre la punta de mis *peep toes* y lo beso en la mejilla. Un beso que los dos alargamos mucho más de lo estrictamente necesario. Bentley ladea la cabeza hacia mis labios, yo busco su boca con la mía. Nos quedamos demasiado cerca.

Me separo aún con los ojos cerrados y me muerdo el labio inferior antes de abrirlos.

—Adiós, Bentley —digo por tercera vez.

Giro sobre mis pies y me marchó sin volver a mirarlo, antes de que uno de los dos pierda la poca cordura que nos queda.

Empujo la puerta del edificio de Bentley con fuerza y doy una enorme bocanada de aire en mitad de la 73 Este. ¿Qué demonios me pasa? «¡Lauren Stevens, maldita chiflada!»

Empiezo a caminar con las piernas temblorosas. Sólo me he alejado

unos metros de su edificio cuando mi móvil empieza a sonar.

—¿Diga? —descuelgo desganada sin ni siquiera mirar la pantalla.

—Florequilla, soy Charles —responde pletórico—. He adelantado el vuelo. ¡Estoy en el aeropuerto!

—¡Genial! —grito con la voz aguda y mucho más nerviosa de lo que debería.

Me llevo la mano a la frente absolutamente aturdida.

—Llegaré al JFK en dos horas y media.

—Te recogeré —prácticamente lo interrumpo, y me siento muy culpable.

—Lo imaginaba, Florecilla.

Cuelga feliz y yo estoy a punto de sufrir un ataque en toda regla, como si mis padres me hubiesen pillado en pleno fiestón, con la casa envuelta en papel higiénico, la música a todo volumen y todo el instituto de Bar Harbor en ella; o como si mi novio hubiese vuelto antes del trabajo y me hubiese pillado en la cama con... ¡Mala analogía! ¡Muy mala analogía!

Paro un taxi, me voy a casa y me doy una concienzuda ducha, sólo me ha faltado frotarme con el estropajo de la cocina. Dos horas después estoy en la terminal 2 del JFK, esperando el vuelo de Charles.

—No tengo por qué sentirme culpable —me repito una y otra vez mientras doy inconexos paseos de un lado a otro—. No tengo por qué sentirme culpable. No tengo por qué sentirme...

Alzo la cabeza y me encuentro con Charles viniendo directamente hacia mí, con uno de sus impecables trajes de raya diplomática. Me dedica su perfecta sonrisa y yo se la devuelvo con rapidez. Al llegar hasta mí, me toma entre sus brazos y me da un suave beso en la mejilla. Charles es uno de esos hombres que prefiere ser reservado en público, pero yo, no sé si porque por mucho que lo he intentado me siento culpable, si porque aún estoy pensando en lo que no debería pensar o porque simplemente lo necesito y lo echo de menos, rodeo su cuello con mis brazos y le doy un beso de película, de los que hacen historia, muy acorde con los efusivos encuentros en los aeropuertos que nos cuentan en las pelis.

Al separarnos, aprieto los labios avergonzada, casi sin atreverme a mirarlo a los ojos.

—Te echaba de menos. —En voz alta ésta me parece la mejor razón.

Él sonríe y se ajusta el cuello de la camisa, como si de pronto sintiese

mucho calor.

—Ha sido una gran bienvenida —responde con la misma sonrisa—, pero la próxima vez preferiría que fuera en privado.

Asiento y cojo la mano que me tiende para que empecemos a caminar.

«¡Lauren Stevens, maldita chiflada (por segunda vez), contrólate!»

—¿Qué tal el vuelo? —inquiero cuando nos montamos en el taxi.

Charles mira a su alrededor como si algo no terminara de cuadrarle. Finalmente se inclina discreto sobre mí.

—Habría sido excelente un coche con chófer, ¿no crees? —comenta en un susurro—. Creo que incluso habría preferido un UBER.

Yo también miro a mi alrededor y acabo frunciendo el ceño, confusa. La tapicería negra. La licencia visible. Media docena de cristos ortodoxos en el salpicadero. No veo nada que no haya visto antes en un taxi.

—El vuelo ha estado bien —continúa—. Tenía ganas de verte.

—Y yo a ti —respondo, y otra vez lo hago veloz. Creo que mi subconsciente teme que, si no me doy prisa, se me escape una respuesta equivocada.

El coche nos deja frente a mi edificio. Charles no pierde un detalle de mi calle y frunce el ceño confuso cuando saludo a uno de los pinches del Winslow, que está fumándose un cigarrillo a la entrada del restaurante.

—Bienvenido a mi hogar —digo girando sobre mí misma y extendiendo los brazos en el centro del salón.

Charles deja despacio la maleta junto a la isla de la cocina y observa toda la estancia con sus ojos color miel.

—¿De verdad querías que nos quedáramos a vivir aquí?

Asiento convencidísima.

—Es un apartamento genial. La habitación es enorme y da a la escalera de incendios, así que podemos salir a tomarnos una cerveza cuando queramos.

—Florequilla, el edificio no tiene portero ni ascensor —replica caminando hasta mí y posando sus grandes manos en mis antebrazos—. El apartamento es pequeño y no sé si me hace demasiada gracia que alguien pueda colarse en mi casa por la escalera de incendios. Además —añade con una sonrisa—, no sé cómo funcionan las cosas en Manhattan, pero, hasta donde yo sé, las cervezas se toman en los bares.

Me mira esperando que responda mientras yo sopeso sus palabras. Ya

había dado por perdida la batalla de vivir aquí, pero, no sé, una parte de mí tenía la esperanza de que, quizá, al verlo, se lo replantease.

—Supongo que tienes razón —digo con la boca pequeña.

Él asiente, sonrío y me da un beso como recompensa.

—Perfecto, Florecilla. Ahora vamos —dice cogiéndome de la mano.

Sonrío encantada pensando que ahora viene otra recompensa más... intensa. Tiro de él hacia el dormitorio, pero Charles, al adivinar mis intenciones, ríe suavemente negando con la cabeza.

—No —comenta—. Antes tengo una sorpresa para ti.

—Yo también tengo una para ti —replico arqueando las cejas.

Hablando sin tapujos, necesito un polvo, urgentemente, uno con mi prometido, a poder ser de esos en los que, a causa del placer incontrolado que te está provocando, una acaba gritando el nombre del hombre que cabalga entre sus piernas en latín. Soy una persona que siempre ha pensado que el sexo acabaría con todos los problemas de la humanidad. Ya sabéis, eso de «discutir menos y tocarnos más». Pero es que, en el problema que nos ocupa concretamente, no lo sospecho, lo sé a ciencia cierta: el tema Bentley se diluirá por completo en el momento en que sienta a Charles cerca.

—Cada cosa a su tiempo —trata de reconducirme.

—Charles —lo llamo melosa.

—Lauren —me reprende convirtiendo sus labios en una fina línea, y ya sé que no voy a poder convencerlo.

Yo tuerzo los míos y camino obediente hasta él. Charles deja escapar todo el aire de sus pulmones y da un paso hasta quedar frente mí y tomarme de la cintura.

—Me muero por estar contigo, Florecilla —dice atrapando mi mirada con la suya—, pero ahora tenemos algo importante que hacer. Nos veo capaces de aguantar hasta esta noche.

—Yo no estoy tan segura —gimoteo.

Charles rompe a reír.

—Eres tan espontánea...

Sonrío. Me alegro de que le guste que lo sea, mi espontaneidad me ha metido en líos dos o doscientas veces.

—Vamos —repito tirando de mí.

Y, sin más, mis planes de resolverlo todo con sexo, se esfuman. Supongo que eso es lo que ha debido de pasar cada vez que han propuesto

esta solución en una asamblea de Naciones Unidas.

Charles llama a su empresa y nos recoge un coche. Parte de la sorpresa es no saber a dónde vamos. Sin embargo, cuando veo que subimos hasta la zona Este del parque y giramos desde la Tercera Avenida hacia la 63 Este, estoy a punto de que me dé un ataque. ¡Me está llevando al Upper East Side! Directa al epicentro de todos mis problemas sentimentales.

—Debbie Markson, de la inmobiliaria, nos está esperando —me explica mientras me lleva de la mano hasta la entrada del número doscientos cinco.

Observo el edificio con resquemor. No voy a negar que me gusta, pero... ¿por qué no ha elegido Flatiron District? ¿El West Side? ¿Chelsea? Son barrios llenos de pijos, por el amor de Dios, podría haberle valido cualquiera.

Saludamos al portero y tomamos el ascensor hasta la doceava planta. Charles me guía por el pasillo y llegamos hasta el apartamento veintisiete.

Una mujer de origen asiático de unos cincuenta, vestida con un impecable traje de chaqueta color burdeos, nos espera junto a los ventanales, que, en la pared principal del salón, van del suelo al techo y ofrecen una panorámica extraordinaria del parque.

—Encantada de conocerlo por fin en persona, señor Cosgrow.

—Igualmente.

Él le tiende la mano y ella la acepta.

—Usted debe de ser la futura señora Cosgrow —dice reparando en mí.

Sonríó cordial.

Charles y yo hablamos de ello. Me dijo que todas las mujeres de su familia siempre habían adoptado el apellido Cosgrow, incluso insinuó Stevens-Cosgrow, pero yo adoro mi apellido. Me parece un detalle que denota independencia. ¿Acaso él se ha planteado en algún momento ser el señor Stevens? En cualquier caso, no supuso una discusión, nosotros nunca discutimos, y Charles lo dejó estar.

—Es Stevens, en realidad —respondo estrechándole también la mano.

Ella asiente profesional, pero sin excesiva amabilidad.

—Imagino que habrán podido contemplar parte del barrio cuando venían hacia acá. Sin duda es inmejorable...

La agente inmobiliaria empieza a hacer su trabajo, hablando de este piso de dos dormitorios, dos aseos, salón, terraza y cocina americana como si fuera la panacea en forma de ciento cincuenta metros cuadrados de los apartamentos en Manhattan.

Mientras recorremos la casa, Charles no para de preguntar detalles importantes sobre la instalación eléctrica, el mobiliario o los vecinos, pero yo estoy como ida, con la cabeza funcionándome demasiado rápido al tiempo que está demasiado enmarañada para distinguir un pensamiento en concreto.

—Nos lo quedamos —anuncia Charles de pronto, sacándome de mi ensoñación.

—¿Qué? —inquiero incrédula.

—Es la mejor elección que podría tomar, señor Cosgrow —afirma, imagino que ya frotándose las manos pensando en la comisión, Debbie Markson.

—¿No estás contenta, Florecilla?

—Sí —respondo aturdida—, pero ¿no es un poco precipitado? No sé —añado encogiéndome de hombros. De repente una gruesa sensación de vértigo lo ocupa todo—, ¿no deberíamos ver más pisos?

—Ya has oído a la señora Markson —replica—. No vamos a encontrar nada mejor. Es un piso increíble, en el mejor barrio y el precio es francamente aceptable.

—Ya, pero...

Pero ¿qué? ¿Qué puedo tener en contra de veniros a vivir al barrio que siempre he soñado con mi prometido?

—¿Qué me dices? —inquire Charles inclinándose para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—Que... ¡adelante! —suelto obligándome a sonreír, incluso muevo el brazo para dar énfasis a mis palabras.

Él sonríe, me da un suave beso y se marcha en busca de Debbie Markson, que se había alejado unos pasos para dejarnos algo de intimidad, aunque estoy convencida de que no se ha perdido una palabra.

La siguiente hora la pasamos concretando detalles sobre el contrato, que nos asegura que tendrá listo a finales de semana, la mudanza y el mobiliario.

Después sólo paso por casa para recoger algo de ropa. Charles ha reservado una habitación en el Four Seasons.

El resto de la semana es una sucesión de días que empiezan a parecerse sospechosamente. Voy a trabajar, aunque bien podría llamarlo «evitar a Bentley en la oficina». Por suerte, el señor Miller me tiene tan ocupada que

he conseguido llegar al viernes sin haber cruzado una palabra con él. Miradas, ha habido unas cuantas, pero siempre han sido furtivas y cortas y extrañamente culpables.

Las noches también se han parecido mucho las unas a las otras. Cenas tranquilas hablando de la casa nueva, los muebles nuevos, los vecinos nuevos y después acurrucarme junto a Charles y relajarme al fin.

Como os decía, hoy es viernes. Se supone que al fin firmaremos el contrato, nos darán las llaves y podremos instalarnos allí donde, paradójicamente, ya están todas nuestras cosas. Debbie Markson consiguió que los dueños permitieran que el servicio de mudanzas dejara y colocara nuestra ropa y demás trastos antes de la firma definitiva.

Estoy contenta e impaciente. Lo único que quiero es recuperar la normalidad. Hacer el nido sea donde sea y olvidarme de todo lo demás; cuanto antes se vuelva rutinaria mi vida, antes se volverán rutinarias cosas como cruzarme con Bentley en el Riley Group.

—Tengo una sorpresa para ti —dice Maddie en cuanto descuelgo la llamada de FaceTime.

Firmo un último informe, cierro la carpeta y la dejo en la bandeja de salida, que he titulado «cosas que ya no son mi problema».

—Te escucho —respondo prestándole toda mi atención.

—He preparado una cena de bienvenida para Charles en casa.

Sonrío. Me encanta la idea.

—¿La señora Aldrin ha cocinado *tagliatelle alle vongole*? —inquiero entusiasmada.

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas? —replica—. Para mis amigos sólo lo mejor —sentencia con una sonrisa.

—¿Hora?

—Las ocho.

—Vienen Álex, Charlie, Max, Spencer, Thea, James y Molly con el pequeño Maverick y quería saber si te parece bien que invite a Bentley y a Bridgitte.

Estoy a punto de torcer los labios, pero me contengo.

—¿Bridgitte está en la ciudad?

Maddie asiente.

Mi primera intención es decir que no, pero, después de pensarlo unos segundos, comprendo muchas cosas: la primera es eso de normalizar, de

volverlo todo rutinario. Bentley y yo pertenecemos al mismo grupo de amigos. Mi vida no sería la misma si de repente no pudiese ver a Spencer o si sólo pudiera ver a Maddie si el mejor amigo de su marido no está cerca. Además, y esto es lo más importante de mi discurso, yo quiero a Charles, quiero estar con él y no es autoengaño, ni ganas de convencerme a mí misma. Estar con mi prometido en la misma habitación que Bentley estará con Bridgitte, compartiendo una animada cena con nuestros amigos, será el golpe de efecto definitivo que esa confusa parte de mí necesita para que todo encaje en su lugar.

—Ningún problema —digo convencida y sonrío porque... sí, porque soy más chula que un ocho.

Maddie me devuelve el gesto, aliviada.

—Genial.

—Genial. Nos vemos en su castillo, señora Riley.

—Exacto, es mi castillo —repite fingidamente insolente, ensanchando su sonrisa—, así que compórtate, chica.

Nada más pronunciar la última palabra, rompe a reír encantadísima con su propia broma y yo no tengo más remedio que reír con ella.

—Nos vemos a las ocho, Krusty, el payaso —me despido.

Ella deja de reír indignada, pero entonces estallo en carcajadas yo y cuelgo la llamada antes de que pueda devolvérmela.

Llamo a Charles y lo informo de la cena. Acepta encantado. Está deseando conocerlos a todos.

A las cinco y media me despido de los panolis con los que trabajo y voy en taxi hasta el Four Seasons. Me doy una ducha y me pongo mi vestido preferido, uno blanco espectacular, acompañado de mis Manolos de la suerte. Voy a firmar el contrato de compraventa de mi primer piso con mi prometido y después lo voy a presentar ante mis mejores amigos, la ocasión lo merece.

—Buenas noches —saludo a Martin, el portero, mientras cruzo el vestíbulo de mi nuevo edificio.

Charles me espera arriba con Debbie Markson y el administrador del inmueble.

—Buenas noches, señora Cosgrow.

—En realidad es Stevens y aún es señorita —añado con una sonrisa entrando en los ascensores.

—No deberá decírmelo dos veces —responde profesional,

devolviéndome el gesto.

Yo asiento sin dejar de sonreír mientras las puertas se cierran y, cuando el ascensor comienza a elevarse, no puedo evitar observar los números en la pequeña pantalla cada vez más y más nerviosa.

—Buenas noches —saludo entrando en la sala.

Los tres, junto a la enorme mesa del salón, reparan en mí y me devuelven cordiales el saludo. Charles sale a mi encuentro y yo acelero el paso para llegar a su lado.

Después de las preguntas de rigor y unas mínimas explicaciones, el administrador propone empezar con el papeleo.

—Lo primero que me gustaría que dejáramos firmado —nos explica tendiéndonos un dossier con la cubierta transparente— es el código de buenos modales y comportamiento por el que se rige la comunidad de propietarios. Lo encontrarán de lo más lógico y conveniente.

Charles asiente, le echa un vistazo y lo firma veloz. Yo hago lo mismo: «nada de ruidos pasadas las diez», «las mascotas deberán pasar revisiones veterinarias regulares e ir siempre aseadas», «no se podrá modificar la estética de los rellanos salvo para fiestas señaladas y convenidas en las reuniones de propietarios. Los reclamos y adornos que se utilicen para tal fin serán acordes a la idea general de la decoración del inmueble»... Sonrío. Realmente lo tienen todo pensado.

Al llegar a la última página, cojo la estilográfica que me tiende Charles dispuesta a firmar, pero entonces lo veo.

—Disculpe —digo con una sonrisa, dirigiéndome al administrador—, aquí hay un error. No soy la señora Lauren Cosgrow, soy la señorita Lauren Stevens.

Los tres se miran un único segundo y, entonces, Charles da un paso hacia mí y rodea mi cintura con su brazo en un gesto lleno de calidez.

—Sé que aún no están casados —se apresura a explicarme el administrador—, pero sí que pronto lo estarán. Este edificio es muy clásico y reservado respecto a sus propietarios y siempre hemos preferido los matrimonios.

—No le des importancia, Florecilla —me pide Charles.

—Es un puro trámite —sentencia.

—Ya, pero, cuando estemos casados, no seré la señora Cosgrow, seré la señora Stevens.

—Ah... —deja el administrador en el aire y me mira francamente mal, como si acabase de romper uno de los diez mandamientos o, no sé, hubiese osado dejar a mi gato pasearse por todo el vestíbulo con las patas llenas de tierra y un ratón en la boca.

—Te he pedido que no le des importancia —insiste Charles, tensando ligeramente el tono y los labios.

Lo miro. No entiendo por qué no me apoya. Sabe que no quiero adoptar su apellido. Ya hablamos de esto.

—Preferiría que se cambiaran los documentos a señorita Lauren Stevens —sentencio.

Los tres vuelven a mirarse por un único segundo. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—En tal caso —comienza a decir Debbie Markson—, no podremos firmarlos hoy y no podrán tener las llaves.

Asiento. Me parece lógico.

—Si nos perdonan un momento —se disculpa Charles.

Tira suavemente de mí y nos aleja un puñado de pasos.

—Florequilla, con toda sinceridad, estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—¿Cómo?, ¿qué...? —replico incrédula—. Ya hemos hablado de esto. No voy a adoptar tu apellido cuando nos casemos. Si ahora firmo esos papeles, ni siquiera tendrán validez legal en un futuro.

Él contiene un suspiro. ¿Es que acaso no es obvio?

—Estoy cansado de vivir en un hotel.

—Y yo, pero me parece realmente estúpido firmar ahora para que el lunes debamos reenviar el contrato al abogado, revisarlo y volverlo a firmar por un cambio de nombre.

Charles frunce los labios, pero nada de lo que pueda decir va a hacerme cambiar de opinión. Llevo razón. Decidida, regreso a la mesa junto al administrador y a la agente inmobiliaria.

—Lamento el malentendido —empiezo a decir— y desconozco qué lo ha podido causar, pero, como entenderán, no puedo firmar unos papeles con un nombre que no voy a adoptar. Sería una pérdida de tiempo. Si les parece, podemos vernos el lunes a última hora de la tarde.

Hay un segundo de silencio en el que vuelven a volar las miradas hasta que finalmente asienten los dos y ambos se disculpan por el malentendido.

—No se preocupen.

Charles y yo nos despedimos y nos dirigimos a los ascensores. En cuanto las puertas de metal se cierran, él suelta un largo suspiro.

—Florequilla, he de decir que ha estado de más y totalmente fuera de lugar.

Asiento convencida.

—La verdad es que no entiendo cómo han hecho algo así —añado. Me alegra que lo entienda—. Lo lógico es que una persona firme con el apellido que ostenta en el momento en el que se celebra el contrato. Por mucho que el espíritu del edificio sea que cada oveja deba estar formalmente casada con su pareja.

—Me refería a ti —replica Charles.

Yo me giro hacia él al tiempo que me cruzo de brazos. No puede estar hablando en serio.

—¿Pretendías que firmase como señora Lauren Cosgrow?

Las puertas se abren en el vestíbulo.

—Sí —contesta haciéndome un gesto para que pase primero y saliendo tras de mí con una mano metida en el bolsillo de sus pantalones de traje gris con finísimas rayas marrones—, habría preferido que mantuvieses la compostura, firmases y listo.

—No puedo creerme que no lo entiendas —me quejo acelerando el paso para perderlo de vista. Estoy muy enfadada.

—Buenas noches, señorita Stevens, señor Cosgrow —nos despide el portero.

—Buenas noches, Martin.

Charles frunce el ceño cuando oye el nombre del portero. Va a decir algo, pero yo lo interrumpo cuando una bombillita se enciende en el fondo de mi cerebro y caigo en la cuenta de algo.

—Ha sido idea tuya, ¿verdad? —le espeto deteniéndome en mitad de la 63 Este y girándome para tenerlo de frente—. El administrador no se hubiese tomado semejante libertad de no haber tenido tu consentimiento.

Charles entorna los ojos, incómodo.

—¡Dios mío! —me quejo. Eso ha sido una confirmación en toda regla—. ¡Fuiste tú!

Da un paso hacia mí.

—Déjalo, Florecilla —me dice con la voz neutra, baja, tan serena que

pondría de los nervios a cualquiera—. Nosotros no discutimos y mucho menos en público.

Abro la boca indignada.

—Lo que te puedo asegurar que no hacemos es pasar por encima de los deseos del otro.

—Lauren —me reprende.

—¿Qué?

—La gente de nuestra posición no discute en público —sentencia con mucha más vehemencia que antes—, así que te ruego que lo dejes estar. Tus amigos nos están esperando.

Yo tenso la mandíbula y acabo perdiendo la mirada en la calzada abarrotada de tráfico tratando de contenerme. ¡Estoy muy cabreada!

—Mañana a primera hora harás las gestiones pertinentes y te asegurarás de que sea mi apellido el que figure en ese contrato —le advierto.

—Es sólo un apellido —se queja desganado.

—Entonces, te será muy sencillo asegurarte de que sea el mío, Charles —concluyo.

Sin esperar respuesta por su parte, me dirijo al coche y me monto en él. De reojo, a través de la ventanilla tintada, puedo ver cómo Charles, aun con la mano en el bolsillo, lleva su mirada al cielo y finalmente se ajusta la chaqueta y entra en el coche.

—Tendrás tu apellido —comenta—, pero en el futuro te pediría, por favor, que evitáramos esta clase de espectáculos. Nosotros no discutimos.

—Eso ya lo has dejado claro.

El coche se incorpora con suavidad al tráfico del Upper East Side.

—Entonces, ¿he de entender que no estamos peleados?

Y no sé, hay algo en la manera en que lo dice, que me despierta ternura. Es cierto, nosotros no discutimos y supongo que, que su prometida le grite en mitad de la calle, frente al apartamento en el que va a vivir, ha debido de ser un trago para él.

—Sí, has de entenderlo.

Charles me mira y sonrío, y yo he de contenerme para no devolverle el gesto.

—Eres un hijo de la Gran Bretaña —le digo girándome hacia él.

Charles pone los ojos en blanco.

—Florequilla —me reprende.

—Para ti, Florecilla Stevens.

Y antes de que pueda decir nada, me encaramo a su regazo y lo beso.

—Lauren —me llama, pero no deja de besarme—, esto resulta inapropiado y peligroso.

Yo finjo no oírlo y continúo besándolo. Charles gime contra mis labios y sé que me he salido con la mía. Sin embargo, apenas dos manzanas después, me coge de la cintura y me deja en mi asiento.

—Charles —gimoteo.

—Te prometo que esta noche, cuando lleguemos a nuestra habitación de hotel, pasaran cosas muy interesantes.

Tuerzo los labios sopesando sus palabras.

—La palabra es vinculante en este estado —le recuerdo.

—Perfecto —sentencia con una maravillosa sonrisa.

Llegamos a Chelsea relativamente pronto y cada uno en su asiento. El chófer nos deja junto a la entrada principal. No tardo en distinguir el Mini color vainilla de Álex y el Camaro azul de James aparcados un poco más abajo. No somos los primeros.

Charles me ofrece la mano y caminamos despacio por la 29 Oeste.

—¿A qué ha venido lo de Martin? —pregunta sin dejar de caminar.

Frunzo el ceño y lo miro.

—¿A qué te refieres?

Subimos los escalones.

—A cómo has llamado al portero de nuestro edificio, Florecilla.

Sonrío.

—Se llama así —le explico—. Se lo pregunté la primera vez que estuvimos allí.

Ahora es él el que sonrío suavemente mientras llama al timbre. Apuesto a que no cayó en preguntárselo y pensó que me lo había inventado.

—Lo imagino, pero ha sido algo muy espontáneo, ¿no te parece?

Frunzo el ceño otra vez.

—¿Espontáneo?

Nunca pensé que estaría tan perdida en una conversación sobre nuestro futuro portero.

—Sí —contesta Charles con la misma ligera sonrisa—. Deberías llamarlo señor Carter — parece que él también preguntó— o, quizá, limitarte simplemente a saludar. Estoy convencido de que sería más conveniente y el

propio Martin se sentiría mucho más cómodo.

Lo miro sin saber qué contestar.

La puerta se abre y Finn nos saluda profesional al otro lado.

—Buenas noches —responde Charles.

—Buenas noches —repito aturdida.

El hombre para todo de Ryan se hace a un lado con la puerta y entramos. Caigo en la cuenta de algo.

—A Ben y a Finn —me explico bajando la voz al susurro al pronunciar su nombre—, los llamo por su nombre de pila.

Charles me mira con ternura y condescendencia a la vez en ese gesto tan suyo.

—Ni Ben ni Finn trabajan para ti.

Esas palabras me dejan fuera de juego. Ben y Finn trabajan para Ryan, son mis compañeros. ¿Eso convierte nuestra relación en algo diferente? Di por hecho inconscientemente que, llamar a Martin por su nombre de pila, implicaba familiaridad y que, en ningún caso, lo enfadaría o incomodaría. Eso es lo último que quiero. De pronto me siento muy culpable.

—Supongo que tienes razón.

Charles me sonrío suavemente y me guiña un ojo discreto.

No le devuelvo el gesto. Estoy confusa. Nunca imaginé que estas cosas pudieran llegar a ser tan complicadas.

—Hola, chica —me saluda Maddie saliendo a mi encuentro y sacándome de mi ensoñación.

Me obligo a dejar de pensar y sonreír. Quiero que esta noche sea perfecta.

—Ya me echabas de menos, ¿verdad?

—Me has llamado Krusty, el payaso esta mañana —me recuerda—. No pienso olvidar esa afrenta tan fácilmente.

Ya en el salón saludamos a James, Molly, Álex y Charlie, y hago las presentaciones oportunas. En ese momento llegan Spencer y Thea. No llevamos ni media hora charlando y tomando una copa de un vino francés carísimo con los respectivos aperitivos cuando Ryan aparece desde el estudio, remangándose su impecable camisa blanca de la que ya se ha desabrochado los primeros botones. El cabronazo sí que sabe hacer una entrada.

Nos saluda a todos con un gesto de cabeza casi imperceptible y se va flechado hasta Maddie. La toma de la cadera y la besa con fuerza. Debería

estar más que acostumbrada, pero ver al señor Riley en acción es siempre un espectáculo.

Soy incapaz de apartar la mirada.

Tras el beso de película, le da uno más corto y le dedica una suave sonrisa que Maddie le devuelve completamente enamorada. Después, a regañadientes, como si todo en lo que pudiese pensar fuese en llevarse a su mujercita arriba, se vuelve hacia el resto de pobres mortales.

—Encantado de conocerte, Ryan —lo saluda Charles tendiéndole la mano. Ryan da un paso hacia él y se la estrecha con su fría sonrisa de director ejecutivo como respuesta—. Lauren me ha hablado mucho de ti.

—Deberías preocuparte por quien no haya pronunciado palabra — replica el señor irasciblesexo increíble.

Yo achino los ojos con los labios torcidos y, cuando Charles se gira hacia mí dispuesto a calibrar mi reacción, Ryan me dedica una media sonrisa de lo más insolente. ¡Qué cabronazo!

Los chicos empiezan a hablar de coches, de surf, de fútbol, no lo sé, no me interesa, así que me escabullo a la isla de la cocina donde están los aperitivos. Álex no tarda en unirse a mí.

—Estas cosas están deliciosas —dice cogiendo una miniquiche de verduras.

Asiento.

—Con la señora Aldrin, ¿qué no está delicioso? Si fuera a «MasterChef», le acabarían dando su propio programa de cocina.

Le doy un bocado a una minitostada de tomate seco, orégano y *parmigiano reggiano* con un toque de pimienta y creo que estoy a punto de desmayarme.

—¿Qué hacéis? —inquire Molly apoyando las dos manos en la encimera y perdiendo la vista en las bandejitas cuidadosamente colocadas.

—Comer —respondo haciendo precisamente eso.

—Tener miniorgasmos culinarios —añade Álex sin una mísera duda.

—Amén a eso —sentencio.

Molly coge algo, no sé qué es, pero lleva albahaca fresca y aceite de oliva y huele que alimenta. Con el primer bocado, se le escapa un gruñidito. Todas mis sospechas se han confirmado.

—La señora Aldrin mola, ¿eh? —dice Maddie acercándose a nosotras.

—La señora Aldrin vencería a Gordon Ramsey en un duelo —apostilla

Álex con la boca llena.

—¿Quién es Gordon Ramsey? —pregunta Molly de igual manera.

—Tienes que ver más la tele —la riño sin dejar de comer—. Me haces sentir muy culpable y muy poco culta.

—¿Cuándo vamos a empezar a comer? —demanda Álex—. Si éstos son los aperitivos, no quiero ni pensar cómo será la cena.

—Aún faltan Max, Bentley y Bridgitte —responde Maddie, y por un microsegundo las tres me miran.

—Perdéis el tiempo —digo aún comiendo.

—¿De verdad no te importa que Bentley salga con una supermodelo francesa?

Niego con la cabeza tragándome mis demonios internos con un cestito de salmón y hojaldre.

—Mira lo que tengo yo —contraataco con una sonrisa orgullosa señalando a Charles con las dos manos—. Las supermodelos francesas no me suponen ningún problema.

Veo unas cucharitas de porcelana negra con *risotto* con trufa blanca. ¿Esto lleva ahí todo este rato? ¿Por qué no lo he visto antes?

—Pues me alegro mucho por ti —continúa Álex—. Has vuelto a Nueva York, vas a casarte, pronto serás directora de departamento.

Sonrío con cada cosa que dice, pero no dejo de prestar atención a los canapés.

—Y tienes superado lo de Bentley y su novia protagonista de la última campaña de Rimmel London —añade—. Eres increíble.

—Prefiero el término *maravillosa* —digo abarcándome con las dos manos, con un aperitivo en cada una de ellas.

Álex sonrío y yo le devuelvo el gesto.

—Y ahora voy a alejarme de esta mesa —afirmo muy convencida—, porque estoy peligrosamente cerca de empujaros a todas, robar los aperitivos y largarme de aquí sin mirar atrás.

Maddie asiente y yo echo a andar. Rescato mi bolso y camino hasta la terraza abriéndolo para sacar mi paquete de Marlboro *light*.

Mientras vuelvo a cerrar la puerta de cristal que da a la terraza, mi mirada se cruza con la de Charles. Me sonrío y yo le devuelvo el gesto. Al margen de lo que ha pasado hoy, soy plenamente consciente de la suerte que tengo de tenerlo. Es mi místico perfecto.

Doy un paso más hacia la baranda de acero y pierdo mi vista en la ciudad. Está sencillamente preciosa. Sonrío encantada por las vistas y recorro el paisaje con la mirada del Chrysler al Rock Center antes de encenderme mi cigarrillo.

Con la tercera calada, tengo una idea y saco mi BlackBerry para hacer algo que, quizá, por prudencia, debería haber hecho antes de aceptar venir a esta cena.

—Bridgitte... —susurro a la vez que escribo en el buscador de Google. Trato de recordar su apellido, pero me doy cuenta de que ni Maddie ni Bentley ni las chicas ni los chicos me lo han dicho nunca—. ¿Cómo demonios se apellida? —Entorno los ojos. Tengo otra idea—. Bridgitte. Modelo. Última campaña. Rimmel London.

Pulso el «Enter» y la pantalla se llena al instante de millones de resultados.

—Bridgitte Kepler —comento al leerlo en uno de ellos—. No suena muy francés.

Voy a imágenes.

—Maldita sea —gruño para mí.

Es preciosa. De acuerdo que eso ya lo sabía desde que la vi bajarse del coche en la puerta del Riley Group, pero esto es casi insultante. Es perfecta. Cara perfecta. Cuerpo perfecto. Culo perfecto. Y probablemente el mío ya sea cinco centímetros más grande y esté cinco centímetros más caído por todos los aperitivos que acabo de comerme.

—Es indignante —me quejo cerrando el navegador.

Apago el cigarrillo con la punta de mis Manolos y lo empujo hasta que cae a la acera. No ha sido muy pro-medioambiente, pero es que ahora mismo estoy muy enfadada.

Regreso al salón y no debería haberlo hecho. El ruido de la puerta de cristal encajando en el marco coincide con el de dos pares de pies subiendo las escaleras y, apenas un segundo después, Bridgitte entra en la estancia seguida de Bentley.

Me quedo petrificada mientras ellos se acercan y saludan. Ella sonrío a Spencer, a Ryan, a Maddie. Hablan, ríen. Bentley le acaricia la mejilla con el reverso de los dedos y se acerca a buscar dos copas de vino, y yo no puedo

levantar los ojos de la escena con una morbosidad insana, como si estuviese delante de un accidente de tráfico. ¿Cómo pude pensar que esto sería buena idea?

Me estoy muriendo.

Bentley**Mis Adidas blancas**

No quiero estar aquí. No sé por qué acepté; bueno, eso sí, quería ver con mis propios ojos a ese tío. Cuando Ryan me habló de la cena esta mañana, me molestó, pero ahora estoy demasiado cabreado. ¡Es un gilipollas! Un maldito gilipollas estirado. Me he criado en Glen Cove. Sé distinguirlos a una maldita legua.

Sirvo dos copas de vino blanco y dejo la botella en la champanera, pero, entonces, levanto la vista y me encuentro con sus preciosos ojos grises. Está de pie junto a la terraza, mirándome, inmóvil, y me doy cuenta de que se siente exactamente como me siento yo, que ella tampoco quiere estar aquí.

Instintivamente doy un paso en su dirección, dispuesto a cogerla de la mano y sacarla de aquí, a largarnos.

—¿Estás bien, *chéri*? —La voz de Bridgitte me devuelve a la realidad.

Asiento y me doy cuenta de la estupidez que he estado a punto de hacer. Lauren ya no es nada mío. Ella está con Charles. Yo estoy con Bridgitte. Quiero estar con Bridgitte.

—Sí —pronuncio obligando a esa palabra a atravesar la bola de pura rabia que tengo en la garganta.

Finjo una sonrisa y ella me la devuelve.

—La señora Aldrin ha hecho canapés —dice perdiendo su mirada en la mesa y dando unas palmaditas.

Sonrío de nuevo, pero al mismo tiempo, casi sin quererlo, vuelvo a buscar a Lauren con la mirada. Está con ese imbécil. Demasiado cerca de ese imbécil. Me giro con la excusa de buscar algo en los armaritos y exhalo brusco todo el aire de mis pulmones. ¿Por qué demonios acepté venir? Esta maldita cena va a ser una pesadilla.

—¿Nos sentamos? —propone Maddie—. Esperad —rectifica al cabo de unos segundos—, falta Max.

—Mejor que empecemos a comer —replica Spencer dirigiéndose a la mesa—. Max es como una marmota el Día de la Marmota. No puedes obligarlo a salir de su agujero antes de que esté preparado o huirá.

Un relámpago cruza el cielo, inmediatamente después un trueno ensordecedor y las primeras gotas empiezan a repiquetear contra los cristales.

Bridgitte sonrío por la broma de Spencer y me hace un suave gesto para que la siga a la mesa. Yo asiento, pero otra vez, involuntariamente, vuelvo a buscar a Lauren con la mirada. Sigue de pie, hablando algo con ese tío.

Doy una bocanada de aire y me obligo a empezar a andar, pero los cuatro nos hemos quedado rezagados y acabamos coincidiendo en el centro del salón.

—Hola —saludo casi en un ininteligible gruñido.

Nuestras miradas se cruzan un segundo antes de que los dos las apartemos.

—Ellos son Bentley y Bridgitte —se apresura a presentarnos Lauren—. Chicos, él es Charles, mi prometido. —Y su voz casi se evapora con la última palabra.

—Encantado de conoceros —añade, y él y Bridgitte se dan la mano.

Yo no digo nada. No quiero. Estoy demasiado incómodo y enfadado y muy cabreado, joder.

—Vamos a la mesa —propongo tomando la mano de Bridgitte para que empecemos a caminar.

—A nosotras no nos han presentado —apunta ella pizpireta señalando a Lauren.

Lauren clava los ojos en nuestros dedos entrelazados y de pronto su palma quema contra la mía. Lo último que quiero es hacerle daño.

Bridgitte me mira esperando a que le diga su nombre.

—Lauren —pronuncio soltando la mano de Bridgitte, y me siento aún más extraño, como si nada en este segundo exacto de mi vida estuviese donde tiene que estar—. Ella es Lauren —me obligo a repetir imprimiéndole más serenidad a las palabras.

¿Serenidad? Tengo ganas de descojonarme de mí mismo. Actualmente esa palabra está muy lejos de mí.

Bridgitte sonrío, da un paso al frente y, tomándola por sorpresa, le da

dos besos.

Lauren abre la boca dispuesta a decir algo, pero vuelve a cerrarla algo aturdida.

—¿Estás bien? —le pregunta Bridgitte, con esa naturalidad que le da el haberse criado con unos padres *hippies* que creían que todo podía hablarse.

—Sí —contesta Lauren.

Pero la conozco demasiado bien y no lo está y el hecho de saberlo me cabrea aún más. Me paso la mano por el pelo. Llueve con fuerza.

—Lauren... —la llamo dispuesto a hacer lo mismo que iba a hacer antes, cogerla de la mano y sacarla de aquí.

Ella me mira. Yo la miro. Joder, ninguno de los dos quiere estar aquí.

—Perfecto, Florecilla —nos interrumpe Charles, la toma por la cintura y la guía hasta la mesa.

Yo trago saliva y otra vez me supone un esfuerzo casi titánico empujar toda esa rabia.

Cuando damos el primer paso hacia la mesa, nuestros amigos fingen hablar entre sí o simplemente mirar el techo (Molly, tienes que aprender a disimular). Todos menos Spencer, por supuesto, que me mira directamente a los ojos sin ningún disimulo, observándome como si yo fuera su ratoncillo de laboratorio particular.

Al fin tomamos asiento y empezamos a cenar.

—¿Y cuál será tu siguiente trabajo? —le pregunta Thea a Bridgitte.

—El lunes me marchó a Seúl. Quieren que sea la próxima portada de *Elle Corea*. Trabajaré con Sean O’Pry. Estoy muy emocionada.

Todos sonrían y la felicitan. Ella agradece cada gesto y se vuelve hacia mí.

—El único problema —añade dedicándome un puchero— es que sólo he estado en Nueva York una semana. Tenía muchas ganas de pasar más tiempo contigo.

Sonrío a regañadientes, como un adolescente enfurruñado. Yo también quería que se quedase más tiempo. Creo que incluso lo necesitaba para ordenar algunas cosas dentro de mí que parecen querer mandarme al caos absoluto de una puta patada. Bridgitte me besa en los labios y los «uuuhhh» y los «ooohhh» empiezan a sonar. Normalmente soy el hombre más feliz de la tierra por tener una novia así de expresiva, que me dice lo que siente en el momento en el que lo siente, pero hoy me siento violento.

Sonríó otra vez para terminar con el beso y ella me devuelve el gesto de oreja a oreja antes de girarse de nuevo hacia su plato.

La puerta principal suena y a los pocos segundos Max aparece en el salón completamente empapado, robando la atención de todos al instante.

—Tengo que deciros algo —pronuncia muy serio, plantándose frente a la mesa.

Ryan, Spencer y yo nos miramos preocupados. ¿A qué viene esto?

—Llevo mucho tiempo pensando en cómo hacerlo, pero nunca encuentro el momento oportuno y necesito hacerlo —añade nervioso—. Sois mis mejores amigos, joder.

Max toma aire y aprieta los puños junto a los costados.

—Soy gay —anuncia.

Los tres volvemos a mirarnos y, prácticamente en ese mismo segundo, todos volvemos a concentrarnos en nuestros platos, nuestras copas de vino o a lo que quiera sobre lo que estuviéramos charlando.

Max nos observa absolutamente incrédulo.

—Venga ya —protesta—. Os acabo de hacer la confesión más importante de mi vida.

—Pero es que esa confesión llega como diez años tarde —repite Spencer.

Max lo mira aún más alucinado. Está a punto de tener un ataque.

—¿Lo sabíais?

Todos, menos Charles, asentimos o decimos que sí de una u otra manera.

—Pero ¿cómo? —trata de entender—. He salido con chicas. Os las he presentado.

—Has salido con muchas chicas, eso es verdad, pero con ninguna has durado más de una semana o has tenido una segunda cita —comenta Maddie encogiéndose de hombros.

—Tu marido también hacía eso antes de conocerte a ti —replica Max, indignado— y nadie dio por hecho que fuera gay.

—Estamos completamente seguros de que las chicas no se divertían con Ryan de la misma manera que se divertían contigo —apunta Thea.

—Y eres artista —añade Álex.

—Y has visto todas las películas de Ryan Gosling —recuerda Maddie.

—Y haces centros de mesa —continúa Ryan con una sonrisita.

—Y me obligaste a ir al ballet —afirma Spencer llevándose a la boca el tenedor lleno de pasta al dente con almejas, malhumorado sólo por recordar aquel día.

—Eso son clichés —se queja Max.

—Que se cumplan —contraataca Spencer—, porque al final con quien te imaginas haciendo centros de mesa es con Ryan Gosling, ¿no?

Max bufa exasperado y todos nos echamos a reír.

—Déjate de tonterías —sentencia el mayor de los Riley—. Te queremos igual.

Todos empezamos a jalearlo y a decirle que lo queremos y tirarle besos. Max no tiene más remedio que sonreír y, al fin, consigue relajarse. Me alegro de que haya dado el paso y nos lo haya contado. Es un tío genial y se merece ser feliz.

—Sube a secarte y cámbiate de ropa —le ofrece Maddie—. No tardes, la cena está de vicio.

Max asiente y vuela escaleras arriba mientras nosotros continuamos cenando.

—¿Siempre sois tan efusivos? —Charles se inclina para preguntarle a Lauren.

Ella asiente.

—Es genial, ¿verdad? —responde ella con una sonrisa.

Al verla, no puedo evitar que su gesto se contagie en mis labios. Claro que lo es, joder. Somos una familia.

Él no dice nada y continúa comiendo.

Max regresa poco tiempo después con el pelo seco y vestido con ropa de Ryan.

Los *tagliatelle alle vongole* dan paso a un delicioso *filet mignon* de Kobe con endivias salteadas y, como guinda final, nunca mejor dicho, una espectacular tarta de *mousse* de chocolate belga con crujiente de frutos rojos. La señora Aldrin ganaría tres estrellas Michelin con una mano atada a la espalda.

Tras terminarse su postre, Maddie le sonríe a Ryan mordiéndose el labio inferior. Él la observa un segundo, le dedica la sonrisa que sólo ella es capaz de despertar en él y empuja suavemente el plato con su porción de tarta hacia su chica, que la recibe feliz.

—Cuéntanos algo, Charles —le pide Maddie cortando un trozo de pastel

con el tenedor y llevándoselo a los labios—. ¿Qué tal tu nueva oficina?

—Ciertamente es muy agradable —responde él apoyando los codos en la mesa e inclinándose hacia delante, con los dedos cruzados delante de la boca. Lauren, recostada suavemente sobre el respaldo de su silla, le acaricia la espalda rítmicamente. Y yo me estoy poniendo de un humor de perros sin ni siquiera entender por qué—. Están muy bien departamentados y son muy eficientes.

—¿Y te gusta vivir en Nueva York?

Charles suelta un pequeño suspiro.

—Santo Dios, no —responde, y de inmediato la mesa enmudece—. Lauren estaba deseando regresar y francamente no entiendo por qué. Es una ciudad ruidosa y rápida. El tráfico es horrible y, en el centro, desmedido, y nadie parece tener interés por arreglarlo. Aunque, sin duda alguna, lo peor es que todos se comportan como si fuese el mejor lugar del planeta.

Todos nos miramos sin saber qué decir. ¿Cómo no puede gustarle Nueva York?

—Me alegra que por fin alguien lo haya dicho —comenta Bridgitte con una sonrisa satisfecha—. Sé que se supone que es la capital del mundo occidental y todo eso —añade moviendo las manos en un vago gesto—, pero yo no le veo la gracia. Creo que no entiendo qué es lo que tiene que la hace tan especial.

Otra vez volvemos a mirarnos sin saber qué responder. Puedo entenderlo de ese gilipollas estirado, pero ¿de verdad Bridgitte lo piensa?

—¿Habéis probado a visitar el Radio City Music Hall? —propone Molly ante el silencio sepulcral—. Quizá es que habéis estado trabajando mucho y no habéis tenido oportunidad de conocer la ciudad de verdad.

Ahora son ellos los que miran a mi hermana sin saber qué contestar.

—¿Central Park en otoño? —inquire Spencer.

—¿Un partido de los Yankees? —comenta Charlie.

—Ir al Rock Center, al mirador, y después a patinar —continúa Maddie, entusiasmada sólo con recordarlo—. ¡El árbol!

—Sí, claro, he visto algunos de esos lugares —replica Bridgitte— y estoy segura de que Charles también.

—Podéis dar un paseo por el puente de Brooklyn y ver la estatua de la libertad —rebate Álex.

—El Día de San Patricio —recuerda Molly.

—El desfile de Macy's por Acción de Gracias —agrega Lauren.

—El Flatiron —propone Thea.

—Mejor, el Empire State —replica Max, terminándose su postre.

—El Chrysler —sentencia Ryan.

—Sí, claro... —repite Bridgitte, pero ya nadie le presta atención. Cada uno está recordando su lugar favorito de la ciudad y por qué estamos tan enamorados de ella.

—¿Recordáis aquel local tan chulo con esas hamburguesas? —pregunta James—. Eran las mejores del mundo —afirma sin lugar a dudas.

—Lo cambiaron por un banco —replica Max torciendo los labios—. Odio los malditos bancos. No te ofendas, tío —le dice a Charles al recordar que trabaja en uno.

—¿Y os acordáis de cuando pasamos el día en el Metropolitan y después acabamos en el Bella Serata? —inquire Charlie—. ¿De quién era la exposición? ¿De Monet o de Manet?

—De Monet —respondemos todos al unísono y acto seguido nos echamos a reír.

—Supongo que es una mala mesa para los que no nos gusta Nueva York —sentencia Bridgitte, encogiéndose de hombros con una sonrisa.

Yo le paso el brazo por el hombro, la atraigo hacia mí y le doy un beso en el pelo.

—Acabarás enamorada de Nueva York, como todos —susurro para que sólo ella pueda oírme.

Mi prometida tuerce los labios sin perder la sonrisa.

—Creo que no —replica—. París es demasiado bonita como para enamorarme de cualquier otra ciudad.

Se inclina hacia delante y empieza a charlar con Maddie de un tema completamente diferente.

Yo la observo y me sumerjo en mis propios recuerdos de Nueva York. Los partidos en el estadio de los Giants; acabar en algún bar de mala muerte en Amsterdam Avenue; los locales de moda, los conciertos y siempre, mientras caminas de vuelta a casa cansado y odiando no encontrar un malito taxi, alzar la cabeza y toparse con el Chrysler y sonreír como un idiota. Los recuerdos se vuelven más nítidos, más concretos, y nos veo a Lauren y a mí pasear por Times Square, salir a su escalera de incendios a tomarnos una

cerveza. La recuerdo a ella, sonriendo, feliz. La recuerdo derritiéndose entre mis brazos. Nueva York es nuestra ciudad, la dueña de todos los momentos que hemos compartido.

La cena, por suerte, termina poco después. Mientras las chicas están hablando de no sé qué diseñador en no sé qué programa de televisión, los chicos recogemos la mesa. Voy camino de la pila con dos platos cuando el móvil de Charles comienza a sonar en su chaqueta sobre su silla; se disculpa y se aleja de todos para atender la llamada.

—¿Qué os parece Charles? —pregunta Spencer en un mal llamado susurro.

—Es un gilipollas —gruño dejando los platos.

—Pero ¿es un gilipollas porque no le gusta Nueva York o porque va a casarse con Lauren? — replica.

Ryan y Max rompen a reír y yo los fulmino a los tres con la mirada.

—Eso me importa una mierda —rujo—. Estoy con Bridgitte y voy a casarme con ella. Pero Lauren es... increíble —pronuncio sin poder encontrar la palabra adecuada, porque ella es mucho más que ese simple adjetivo—. Se merece algo mejor.

—Bueno, estuvo contigo y con el canijo de Hannigan —argumenta Spencer señalando a James, que está recogiendo las copas de vino de la mesa, con un tenedor sucio—. Está acostumbrada a estar con tíos que claramente no la merecen.

Ryan y Max vuelven a estallar en risas y yo bufo exasperado.

—Estoy hablando en serio, joder. —Y, sin quererlo, sueno más vehemente de lo que esperaba.

—Y yo también —sentencia Spencer clavando sus ojos sobre mí. Su mirada cambia por completo—. Te guste más o menos, Charles es su prometido y ahí acaba esta historia.

—Es gilipollas —gruño de nuevo.

Spencer asiente.

—Probablemente.

—Y ella vale mucho más que él.

—Cierto.

Tenso la mandíbula, tratando de encontrar un resquicio de control al que aferrarme. Finalmente, dejo escapar todo el aire de mis pulmones y me giro hacia el frigo para guardar las malditas sobras en la maldita nevera.

—Esta historia se acaba aquí —afirmo.

—Eso es lo que quería oír —añade Spencer, y da una palmada que resuena en toda la casa—. Y ahora pasemos a temas más importantes. Max —lo llama con su voz de leñador, que obtiene un «voy, capullo» como respuesta.

Max regresa, deja un puñado de cubiertos en el fregadero y se gira hacia el mayor de los Riley.

—¿Qué? —le da pie.

—Como ahora ya has salido del armario —se explica Spencer ceremonioso—, puedes resolvernó esta duda —Max asiente—: ¿quién es más guapo, Sandford o yo?

Nada más oírlo, pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar que una sonrisa fugaz se cuele en mis labios. Max nos observa con la mano en la barbilla, estudiándonos.

—Bentley —concluye al cabo de unos minutos.

Mi sonrisa se ensancha y ahora es Spencer quien bufa exasperado.

—El único gay con mal gusto y tenías que ser tú —le recrimina.

—No te preocupes, tú también tendrás tu público —le consuela socarrón Max—. He visto tu disfraz de pirata gay.

—¡No es de pirata gay! —se queja Spencer, pero sólo consigue que todos nos echemos a reír.

Poco después, perezosos y lentos, vamos marchándonos. Primero Molly y James, quien lleva al pequeño Maverick en brazos después de que se quedara dormido mientras veía la tele con Audrey.

Álex se acerca a Lauren y a Maddie y le entrega a la primera algo, un pequeño paquetito, no distingo el qué.

—Ahora que tienes una casa nueva, lo vas a necesitar —le explica con una sonrisa.

Se despide de las dos y camina hasta el Mini donde ya la espera Charlie.

—Nos vemos mañana en la oficina —se despide Spencer antes de meterse en el coche—. No me eches mucho de menos —sentencia señalándome.

—Vivo mejor cuando no te tengo cerca —replico caminando hasta mi Porsche.

Spencer se lleva un puño al ojo y lo gira como si estuviese llorando, con pucheros incluidos, para, acto seguido, mover la misma mano y enseñarme el

dedo corazón. Sonríó por semejante desfachatez de gesto y él no tarda más de un segundo en imitarme.

Maddie le dice algo a Lauren a los pies de la escalera y después sube veloz a encontrarse con Ryan, quien, en cuanto la tiene lo suficientemente cerca, la estrecha contra su cuerpo y la besa con fuerza, sin importarle lo más mínimo tener público.

—Hasta mañana, chicos —se despide Maddie sin apartar los ojos de su marido, absolutamente hechizada, y los dos entran.

Sin quererlo, hemos vuelto a quedarnos solos Lauren, Charles, Bridgitte y yo.

Lauren camina despacio hasta el Cadillac que ha venido a recogerlos. Yo la sigo con la mirada y mi enfado poco a poco va recrudeciéndose. Tenso la mandíbula y abro la puerta de mi coche para que se monte Bridgitte.

—Ha sido un placer conoceros —dice justo antes de hacerlo.

—El placer ha sido nuestro —responde Charles.

Lauren alza la cabeza justo antes de entrar y nuestras miradas se encuentran. Esos ojos grises van a perseguirme el resto de mi vida, joder.

«¡Basta!», me grito exasperado. Cada cosa está en su lugar, maldita sea. Así es como tiene que ser. Cierro con más fuerza de la necesaria y rodeo mi Porsche con el paso malhumorado hasta ocupar el asiento del piloto.

—La cena ha estado bien —comenta Bridgitte mientras pierde su mirada en la ventanilla.

Asiento con la vista puesta en el tráfico de la Décima.

—Aunque, francamente, esperaba más de Lauren. Después de cómo hablan de ella Maddie, Álex y Molly, me la imaginaba como Wonder Woman con Manolos y prácticamente ni siquiera ha abierto la boca. Además —estira esa única palabra para anunciar que ahora viene lo mejor de su discurso—, los zapatos que llevaba no eran de esta temporada.

—Son sus zapatos de la suerte —susurro o gruño, qué sé yo.

—¿Tiene unos zapatos de la suerte? —inquiere, atónita, a punto de echarse a reír.

—¿Tan raro te parece?

—Me parece... —Bridgitte se toma un segundo para encontrar la expresión adecuada—... infantil.

—A veces necesitamos algo que nos dé un poco de fuerza extra. —Y sin darme cuenta aprieto con fuerza el volante tratando de controlar mi enfado.

Ni siquiera sé por qué coño lo estoy ahora.

—Eso es una estupidez —sentencia levantando los pies y apoyándolos en el asiento—. Nos da fuerza nuestro interior, cómo somos, lo que hemos aprendido, no unos zapatos.

Sé que tiene razón, que, al final, sólo uno mismo puede darse la fuerza necesaria para hacer cualquier cosa, pero la manera en la que lo ha dicho me ha enfurecido todavía más. No conoce a Lauren, no sabe cómo es, y se está atreviendo a juzgarla.

—Creo que, antes de decir ese tipo de cosas, deberías tomarte la molestia de conocerla —replico.

Aunque pretendo que mis palabras salgan neutras, suenan mucho más vehementes, una advertencia en toda regla.

Ninguno de los dos vuelve a abrir la boca el resto del viaje.

Abro la puerta de mi piso y la empujo para que Bridgitte pueda pasar primero. Cuando voy a hacerlo yo, ella se cuelga de mi cuello y comienza a besarme, besos cortos y rápidos.

—No te enfades —me pide pizpireta.

La cabeza me va a estallar. Estoy demasiado furioso. Y una parte de mí decide que lo más cómodo es dejarme llevar, besarla, follármela, escapar de cómo me siento ahora mismo, de esta noche de mierda.

La estrecho contra mi cuerpo y ella gime encantada cuando le devuelvo los besos. La llevo contra la pared y mis manos vuelan por su piel. La siento, siento el calor, un cuerpo contra el mío, pero no me ayuda a huir. No dejo de pensar.

La cojo en brazos y la obligo a rodear mi cintura con sus piernas. La beso con fuerza, todo lo rudo que necesito ser, y la dejo caer contra el colchón. Pero en ese mismo instante creo que voy a volverme jodidamente loco, porque no la veo a ella, veo a Lauren. Veo a Lauren todas las veces que ha estado sobre esta cama, sonriendo, gimiendo. Cabeceo furioso, a punto de perder el control. ¡No necesito esto, joder!

Bridgitte se arrodilla en el colchón, frente a mí, y me contempla desde abajo desprendiendo toda esa sensualidad. Se quita la ropa bajo mi atenta mirada, pieza a pieza, sin levantar sus ojos de los míos y el hambre va creciendo dentro de mí, derribando mis defensas, tomando el control.

—Fóllame —me pide tumbándose, ofreciéndomelo absolutamente todo.

Yo clavo la rodilla en la cama y me inclino sobre ella. Coloco la palma

de mi mano sobre su cuerpo y voy bajando. Es preciosa, tiene un cuerpo de infarto, pero mis dedos están vacíos, mi cuerpo está vacío.

—No, joder —gruño incorporándome y sentándome en el borde de la cama al tiempo que me paso las manos por el pelo.

¡Joder!

Bridgitte enarca las cejas sin comprender qué me pasa y se mueve por la cama hasta sentarse apoyando la espalda en el cabecero, completamente desnuda.

—¿Qué te ocurre, *chéri*? —inquire con absoluta normalidad.

Tenso la mandíbula.

—No quiero hablar —rujo.

Y, ya puestos, quiero que se vista. Su trabajo de modelo y su educación sin tabúes la hacen sentirse completamente cómoda con su cuerpo. No tiene ningún problema en estar desnuda como, cuando y donde sea. Eso hace que desaparezca la inocencia, la sensualidad de todo lo que la imaginación te hace sentir. A los tíos nos encanta sentirnos invencibles. Somos unos cavernícolas de mierda y con toda probabilidad necesitemos tratamiento psiquiátrico, pero es la puta verdad. Cada vez que una chica se muestra tímida en nuestros brazos, cada vez que nos mira diciéndonos sin palabras que confía en nosotros, algo dentro de nosotros hace clic y el maldito edificio podría estar en llamas que no nos importaría absolutamente nada porque sólo existe ella, esa persona que está poniendo todo lo que es en nuestras manos, pero no porque no le resulte un problema, sino porque nos ha elegido a nosotros y sólo a nosotros.

—Podrías ponerte algo de ropa —gruño levantándome.

Bridgitte sonrío con condescendencia. No es la primera vez que se lo pido. Estira la mano por el colchón, recupera su camiseta y se la pone. Después se inclina hasta uno de los cajones de la mesita de noche y saca una cajita de metal. La abre y comienza a prepararse un cigarrillo de marihuana.

—Lo que necesitas es relajarte, *chéri*.

Me paso las manos por el pelo otra vez y me alejo de la cama, aunque no tengo ni la más remota idea de a dónde ir.

—Te he dicho que no quiero que fumes eso aquí —protesto dirigiéndome a la ventana— y mucho menos que lo guardes, Bridgitte. Maverick podría abrir uno de los cajones y encontrarlo.

Pierdo mis ojos en el edificio de enfrente. Quiero calmarme, pero soy

incapaz.

—No es para tanto —se queja divertida, restándole importancia—. Además, no entiendo por qué tienes que cuidar tantas veces de ese crío. James es uno de los jefazos de Spotify en Nueva York y Molly podría sacarle todo lo que quisiera a vuestro padrastro. ¿Por qué siguen viviendo en ese pisucho en el Village sin servicio?

—Porque les gusta ese pisucho en el Village sin servicio —replico aún más malhumorado—. No todas las personas necesitan un ático de lujo con vistas al parque para ser felices.

Bridgitte sonrío, se desliza por la cama y se arrodilla de nuevo sobre el colchón, abrazándome a mi espalda, entrelazando sus manos sobre mi pecho.

—Se me olvidaba que hablo con uno de los editores jefe más importantes del país al que le gusta ir a trabajar con camisas de cuadros y vaqueros.

El olor del cigarrillo entre sus dedos me sacude, desagradable y demasiado intenso. Bridgitte se separa y me levanta la camisa hasta que la marca de mis pantalones queda al descubierto.

—Aunque tus vaqueros siempre son de Ralph Lauren. Te encanta eso de los discursitos —susurra en mi oreja—, pero no comulgas con el ejemplo.

Me da un beso en la nuca, pero yo me aparto arisco al tiempo que me giro.

—Sí, soy un esnob de mierda —replico estallando—. Mi piso está en el Upper East Side, tengo un Porsche y, aunque nunca me he puesto un maldito traje para ir al maldito trabajo, todos mis putos vaqueros son de marca, pero nunca se me ocurría juzgar a alguien porque quiera vivir en el Village o porque tenga unos jodidos zapatos de la suerte.

Y en ese preciso instante comprendo que, al final, este enfado es sólo un pedazo de uno mucho mayor.

Bridgitte me mira un par de segundos algo alucinada y finalmente se echa a reír. Por mi parte, me doy cuenta de que estoy a punto de perder los malditos papeles. Aprieto los puños con fuerza y me obligo a relajarme. Estoy en mi piso, en mi cama, con mi prometida. Estoy donde tengo que estar.

—¿Por qué no nos olvidamos de todo y nos dormimos? —propongo. Bridgitte vuelve a sonreír mordiéndose el labio inferior.

—Yo tengo un plan mejor.

Tira de mi mano y me tumba sobre ella. Me besa. Me convence, pero el hambre sólo se despierta cuando pienso en Lauren.

* * *

Me levanto ridículamente temprano. En teoría, para trabajar un poco antes de ir a la oficina, pero la verdad es que lo he hecho para poder ducharme solo y pensar sin tener a Bridgitte cerca. El viernes, después de la cena en casa de Ryan y Maddie, fue raro; el fin de semana lo fue aún más, y ahora estoy, a las cinco de la mañana, metido en mi ducha, tratando de averiguar por qué estoy tan cabreado y, lo que es aún más irritante y frustrante, negándome a admitir que en el fondo sé exactamente lo que me pasa.

Me visto y me voy al Riley Group. La idea es llenarme de trabajo, desconectar, pero no lo consigo y empiezo a hacer auténticas estupideces, como pensar en lo que no tengo que pensar. En mi defensa diré que el jodido universo me lo está poniendo muy complicado y todo, absolutamente todo, me recuerda a ella: mi escritorio, mi oficina, el maldito Riley Group en general, mirar la puerta de mi despacho y sentir todavía su cuerpo entre ella y el mío, como si hubiesen pasado quince jodidos segundos, como si todavía estuviese pasando en realidad, y no hiciese cinco años de aquello.

Sally aparece con su enorme sonrisa y unos vaqueros deliciosamente cortos en contraposición. Le pido lo que quiero que haga, pero, antes de que salga de mi despacho, sonrío al imaginar a Lauren siguiéndola. Sé de sobra por qué lo hizo, da igual lo que contestara cuando se lo pregunté. La siguió por el mismo motivo por el que yo tengo ganas de pegarle una paliza a ese gilipollas de Charles cada vez que lo imagino con ella.

Resoplo malhumorado en cuanto me doy cuenta de lo que estoy haciendo. ¡Venga ya! ¡Hasta Sally! No voy a negar que verla me hace pensar, ¡pero no en Lauren! ¡Joder!

Me levanto aún más cabreado y salgo de mi despacho, pero, una vez que pongo los pies en la redacción, no tengo ni la más remota idea de a dónde ir.

Y entonces pasa.

La veo salir del departamento de Contabilidad directa a los ascensores y todo lo que llevo sintiendo desde el viernes, desde que me enteré de que iba a casarse, desde que volvió, adquiere un nombre. Llevo días evitando follarme

a mi prometida, días enfadado con el maldito mundo y, en el fondo, todo se traduce en la misma simple idea: la echo de menos, echo de menos tocarla, echo de menos la perfecta sensación de sentir cómo cada uno de sus besos conseguía que el deseo y el amor pesaran más que todo lo demás; sentir que mi cuerpo estaba esperando continuamente sólo para poder sentirla derretirse contra él, como si ese segundo fuese el único que mereciese la pena y el resto de mi vida, cada hora, cada minuto, sólo fuesen momentos baldíos, expectantes; sentir que lo mejor de mí le pertenecía a ella.

Exactamente como me siento ahora.

La necesidad. El deseo. El amor. El hambre.

Lauren**Mis Louboutin con plataforma y el tacón alto, altísimo.
Un sueño francés de color rojo**

Llevo toda la mañana distraída, todo el fin de semana en realidad. La cena no salió como pensé que saldría. Ella. Él. Siempre él. ¿Por qué no puedo olvidarme de Bentley? ¿Por qué no puedo mandarlo al rincón más escondido de mi mente y encerrarlo allí, donde no duela cada vez que le sonrío a esa mujer fantástica?

Llamo al ascensor y lo espero impaciente, notando cómo algo dentro de mí va creciendo sin control, sin que ni siquiera sepa qué es, lo mismo que me ha impedido dormir, comer, dejar de pensar en él.

Una nube de ejecutivos se baja del elevador y suspiro aliviada al ver que se ha quedado completamente vacío. Mejor.

Entro y me apoyo en la pared del fondo. Las puertas comienzan a cerrarse, pero de pronto una mano grande y masculina las frena y una corriente eléctrica agita mi cuerpo, despertando una a una todas mis terminaciones nerviosas. Bentley entra en el ascensor con la mirada clavada en mí, provocándome, siendo el animal en busca de su presa en el que el deseo lo convierte, comiéndome entera antes incluso de tocarme.

Las puertas se cierran a su espalda y el placer anticipado se adueña del caos de mi respiración.

Bentley estrella su puño contra el botón de parada y el cubículo se detiene en seco.

—Bentley —murmuro, porque la razón está a punto de ceder los mandos de este avión al deseo.

Camina hasta mí emanando seguridad, masculinidad, atractivo, deseo, fuerza, todo lo que es. Ancla sus manos en mi trasero y me levanta deslizándose por la pared, obligándome a rodear su cintura con mis piernas.

Sus ojos verdes atrapan los míos y sé que estoy perdida. Me está mirando de verdad, como hacía diez meses que nadie me miraba, como si fuera la única cosa que le importa, como siempre he soñado que me miren, como cualquier chica en cualquier parte del mundo necesita que la miren.

Apoyo las palmas de mis manos en su pecho, él hace más firme su agarre sobre mi piel. Me estrecha contra su cuerpo y se inclina hacia delante. Su olor me inunda, me emborracha. Sólo quiero que me señale el precipicio por el que debo saltar para obedecer.

Muevo la cabeza buscándolo, persiguiendo su aroma. Mis caderas se acoplan a las suyas. Su pecho duro sostiene el mío contra la pared. Es él. Él. Él. Él.

—Por favor —murmuro.

Estoy perdida sin él.

Se gira buscando mis labios. Quiero darle los míos... pero no puedo. El sentido común, el decoro, la lealtad... elegid el que queráis, porque todos vuelven en tropel, serpenteando por mi cuerpo. No puedo hacer esto. Va en contra de todo lo que soy, de lo que quiero ser, de lo que creo que está bien.

—No puedo —gimoteo, y una lágrima cae por mi mejilla marcando la tristeza, la impotencia que siento.

Bentley separa nuestros rostros apenas un centímetro. Con sus ojos verdes a esa distancia tan peligrosa, me enjuga la lágrima con el pulgar y tengo la sensación de que me toca el alma con la punta de los dedos.

—Te juro por Dios que he luchado hasta quedarme sin aliento para que mi vida tenga sentido sin tocarte, pero no soy capaz, Rubia —susurra cuando su suave aliento calienta mi mejilla.

Los nombres tienen poder, son como los hechizos mágicos, ya lo dijo el hada madrina de Cenicienta, y su apodo para mí, esa simple palabra en sus labios, hace que todas las canciones de amor suenen con fuerza en este mismo instante, dentro de este ascensor, diciéndome que le pertenezco, que me pertenece, que el deseo y el amor y el placer han crecido hasta colapsarlo todo.

Bentley me baja despacio. Mis pies tocan el suelo con sus ojos aún sobre los míos. Reanuda la marcha del ascensor de un golpe y echa andar como si supiese que las puertas van a obedecerlo porque él así lo quiere y, sin más, desaparece en el bullicio de la planta diecinueve.

Yo salgo del elevador sin tener la convicción de que mis piernas vayan a

sujetarme. Con cada pestañeo, mi mente me regala una imagen perversa de lo que habría podido pasar, de cómo me habría sentido. Quiero pensar en Charles, aferrarme a esa idea, pero ni mi cabeza ni mi corazón, y muchos menos mi cuerpo, están dispuestos a concederme esa tregua.

Llego a mi mesa y me dejo caer sobre la silla. Mi cuerpo está convulsionado, la mente me va a mil kilómetros por hora y tengo muchísimas ganas de llorar. Me siento como si hubiese sobrevivido a un huracán, a un tsunami, a la tierra abriéndose en dos y Godzilla emergiendo envuelto en lava fundente.

Necesito un cigarrillo. Rebusco en el bolso, pero no logro encontrar la maldita cajetilla. Estoy demasiado nerviosa, así que opto por volcarlo sobre mi escritorio y el contenido se desperdiga inconexo sobre la madera.

Entre los clínex, el maquillaje y cinco dólares en monedas, veo el paquetito que me dio Álex cuando nos marchábamos de casa de Ryan y Maddie. Lo había olvidado. Lo cojo y lo giro entre los dedos. Supongo que es tan buen momento como cualquier otro para abrirlo, y quizá consiga distraerme un poco.

Rasgo el papel y el corazón me da un vuelco. Es mi llavero de «I love NY», el que estaba con mis llaves de mi piso del East Village, el que me regaló Bentley. Me inclino sobre él observándolo, al tiempo que mis dedos acarician el metal desgastado. Todos mis sentimientos se vuelven aún más confusos, o tal vez más claros, ¿quién sabe?

Resoplo y dejo el llavero sobre la mesa. Me recuesto sobre mi silla y me tapo los ojos con las palmas de las manos. ¿Por qué no puedo olvidar un solo segundo de todo lo que viví con él? Necesito desesperadamente poder olvidarlo. No quiero perder a Charles. De repente, algo hace clic y la realidad cristalina se abre paso en mi saturada mente. Si nunca voy a poder conseguir que Bentley deje de ser Bentley, sólo me queda un camino que seguir.

Me levanto convencida y voy hasta el despacho de Ryan. Le pido a Tess un momento con él y el señor Riley me da paso por el intercomunicador digital.

—¿Podemos hablar? —inquiero caminando hasta colocarme en el centro de su despacho.

Ryan, de pie al otro lado de su imponente mesa, con un delicioso traje a medida azul oscuro, alza la cabeza y me observa, como si algo en mi tono de voz le hubiese dicho que esta vez es diferente.

Me mira esperando a que continúe y yo tomo una larga bocanada antes de hacerlo.

—No puedo ser tu directora contable.

Frunce el ceño, apenas un segundo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo quedarme en Nueva York.

—¿Por qué? —repite sin darme tregua.

—Sabes de sobra por qué —me quejo exasperada. No sé por qué siempre espero que vaya a consolarme. Está claro que Ryan Riley no es de esa clase de personas.

—No lo sé —sentencia— y creo que tú tampoco.

Pero lo que esa frase quiere decir, y los dos lo tenemos claro, es que sí lo sabe y que cree que estoy haciendo un problema inmenso donde no lo hay.

—Y, según el gran Ryan Riley todopoderoso, ¿qué es lo que debería hacer?

Ryan clava sus ojos infinitamente azules sobre los míos y se humedece el labio inferior amenazante. Me está diciendo sin palabras que más me vale empezar a pensar las cosas que digo antes de decirlas.

—Lo siento —musito.

Me llevo las manos a las caderas, nerviosa. Realmente no sé qué hacer. Este ascenso es mi sueño hecho realidad y he trabajado muy duro para lograrlo, pero no puedo dejar que mi vida sentimental se vaya al traste sólo por conseguir mi nombre en una placa junto a mi puerta.

Ryan suelta todo el aire de sus pulmones y deja los papeles que tenía en la mano sobre la mesa, con su mirada aún sobre mí, leyendo en mí.

—Quiero a Charles y no quiero estropearlo —murmuro.

—Lo sé.

—Y de verdad que pensé que lo tenía superado, que no pasaría nada si volvía a verlo, pero me equivoqué.

Ryan sonrío con ternura.

—Eso también lo sé.

—Entonces, ¿qué demonios se supone que debo hacer?

Va a contestar, pero en ese preciso instante su móvil comienza a sonar. Lo recupera de la mesa. Mira la pantalla y frunce el ceño.

—¿Qué quieres? —descuelga.

Su mirada y toda su expresión cambian en ese segundo exacto.

—¿Dónde estás...? Voy para allá.

Cuelga y se mete el teléfono en el bolsillo de sus pantalones a medida al tiempo que rodea su escritorio con rapidez.

—Pero ¿qué pasa? —inquiero preocupada.

—Es Bentley. Está en el hospital. Su madre ha muerto.

Es la primera vez que pronunciamos su nombre desde que entré.

Lauren**Los mismos Louboutin y nunca había corrido más con ellos puestos**

Atravesamos las puertas del Hospital Presbiteriano Universitario prácticamente corriendo. Ryan vuela hasta el mostrador de recepción y en cuestión de segundos averigua dónde está Bentley.

Los metros que recorreremos hasta llegar a Cuidados Intensivos se me hacen eternos y, cuando lo veo, creo que dejo de respirar. Bentley está sentado en un sillón de plástico en una hilera con muchos más idénticos contra la pared de azulejos verde agua. Tiene los codos apoyados en las rodillas, los dedos entrelazados, el cuerpo inclinado hacia delante; el pelo suavemente revuelto, como si se hubiese pasado las manos más de cien veces por él, la mandíbula tensa... pero nada de eso importa, porque parece no estar aquí. Ni siquiera está perdido, triste, asustado. Está todas esas cosas juntas y mucho más.

—Bentley —lo llama Ryan, acercándose un paso más hacia él, con los pies y la voz llenos de preocupación y tristeza.

—Ha tenido un accidente de tráfico —murmura, y aun así su voz suena firme, ronca—. Su coche se estrelló contra un camión en la I-495 cuando regresaba a Glen Cove.

Bentley hace una pequeña pausa y, a pesar de la distancia, puedo sentir cómo todos sus sentimientos se recrudecen.

—Creo que no ha sufrido —continúa en un golpe de voz, y el dolor se hace tan cristalino que resulta cortante—. Eso debería alegrarme, ¿no? Debería hacer que me sintiera mejor.

Una lágrima cae por mi mejilla.

—Bentley —vuelve a llamarlo Ryan.

—Se ha ido, Ryan. —La tristeza se mezcla con la rabia, con toda la impotencia—. Ha vuelto a pasar. Joder —ruge echándose hacia atrás hasta que su cabeza choca con la pared, llevándose las palmas de las manos a los ojos, como si ya no pudiese lidiar con la idea de que perdió a su padre y ahora ha perdido a su madre.

Ryan no dice nada más, camina hasta sentarse a su lado y, despacio, coloca la mano sobre su pecho. Los dos se quedan quietos. En silencio, Ryan le está diciendo que va a estar a su lado siempre, pase lo que pase, y Bentley está entendiendo cada palabra no pronunciada de ese mensaje.

No sé cuánto tiempo pasamos así, tampoco me importa.

Despacio, Bentley baja las manos a la vez que mueve la cabeza y por fin nuestros ojos se encuentran. Aprieto los labios conteniendo las lágrimas. Nunca había visto una mirada tan triste, tan desconsolada.

—Bentley —murmuro.

Sólo quiero abrazarlo con fuerza y no soltarlo jamás.

Su mirada sigue sobre la mía. Me gustaría poder parar el tiempo, echarlo hacia atrás, librarlo de todo lo que está sintiendo ahora mismo.

Cabeceo tratando de no llorar. Doy un paso hacia él como si mis pies tuvieran vida propia. Sólo quiero consolarlo. Bentley deja escapar todo el aire de sus pulmones. Sólo quiero llevarme todo el dolor.

—Bentley.

Otra voz lo llaman, robando la atención de los tres. Es Malcom, su padrastro.

La tristeza en los ojos de Bentley se transforma en una rabia tan grande que estoy segura de que la está sintiendo físicamente. Clava los ojos en él. Su cuerpo se tensa. Su respiración se acelera. La rabia pesa más. Todo pesa más.

—Bentley —repite.

Y sin mediar palabra, se levanta y se abalanza sobre Malcom.

—¡Fuiste tú, maldito hijo de puta! —grita agarrándolo por las solapas de su maltrecha camisa—. ¡Tú conducías! ¡Tú la has matado!

Ryan vuela hasta ellos, trata de separarlos. En ese mismo instante, Spencer y Max pasan a mi lado corriendo y ayudan a sostener a Bentley, que ahora mismo no parece escuchar a nadie.

Maddie se queda a mi lado con la cara llena de lágrimas y las dos nos convertimos en espectadoras de toda la escena.

—Bentley, escúchame —le pide Malcom con la voz entrecortada.

—¡No tengo nada que escuchar! —replica con la furia, con el dolor, saturando cada una de sus palabras—. ¿Por qué no estás muerto tú? ¡Tendrías que haber muerto tú!

Se revuelve tratando de soltarse de Spencer, con la mirada fija en su padrastro.

—¡Soltadme!

—Bentley —lo llama Ryan colocándose frente a él.

—¡Soltadme de una maldita vez!

Max ayuda a Spencer a agarrarlo.

—Bentley —vuelve a llamarlo Ryan cogiéndole la cara, buscando sus ojos con los suyos.

—¡Soltadme! —grita sin dejar de revolverse.

Está roto, destrozado, como si el dolor ni siquiera le dejase espacio para respirar.

—Bentley.

—Era mi madre —pronuncia al límite de todo lo humanamente posible, con el corazón hecho pedazos.

—Lo sé —responde Ryan demasiado triste.

Spencer lo suelta suavemente al tiempo que Ryan tira de él y lo abraza con fuerza. El mayor de los Riley deja su mano sobre su espalda, tratando de reconfortarlo.

—Todo esto va a pasar —susurra Ryan con la voz grave, imprimiéndole una cegadora seguridad porque aquí, ahora y siempre haría cualquier cosa por su amigo—. Te juro que va a pasar.

Bentley no responde, no dice nada, ni siquiera se mueve, y sus ojos verdes siguen perdidos, lejos de aquí.

Max acompaña a Malcom a la salida. Él quiere quedarse con Bentley, pero entiende que ahora no es un buen momento.

Molly llega poco tiempo después con James echa un mar de lágrimas. No sé cuánto tiempo pasamos en el hospital. Bentley no ha vuelto a decir una palabra. El abogado de Malcom hace acto de presencia alrededor de la media noche para hacerse cargo del papeleo, el traslado del cuerpo de la madre de Bentley y todo lo referente al funeral.

James convence a Molly de que se vayan a casa, pero ella no para de repetir que quiere irse a Glen Cove con Malcom.

—Tú también deberías irte a casa y descansar un poco —le dice Spencer

a Bentley—. Aquí ya no podemos hacer nada.

—Tal vez comer un poco —propone Maddie.

Bentley no contesta.

—Te llevo a casa —le dice Ryan.

—Os acompaño —añado.

No puedo dejarlo solo y tampoco quiero.

Caminamos despacio, en silencio, hasta la puerta del hospital. Ryan acelera el paso y se encuentra con Finn, su hombre para todo.

—Ocúpate del coche de Bentley —le ordena.

Se intercambian las llaves, no sé en qué momento Bentley le ha dado las suyas, y el hombre se aleja diligente hacia la zona opuesta del aparcamiento.

Ryan se coloca tras el volante y Maddie a su lado. Bentley se sienta detrás y yo lo hago con él. Como no tengo muy claro si quiere tener cerca o no a alguien, decido darle su espacio. Cojo el asiento elevador rosa chicle de Audrey y me lo coloco en el regazo para poder ocupar el asiento junto a la ventanilla.

Una canción empieza a sonar, pero la letra claramente no ayuda y Ryan apaga el equipo de música del SUV de un manotazo.

Bentley pierde su mirada en la ventanilla. Tiene un codo apoyado en la puerta mientras su otra mano descansa en la tapicería. Yo la observo y aprieto los labios conteniendo las ganas de cogerla, de envolverla con la mía, de decirle que lo siento, que estoy aquí por él. Quiero consolarlo, pero no sé si es lo que él necesita, ni siquiera si es lo que quiere. De pronto pienso en Bridgitte y también me aguanto las ganas, esta vez de saber si la ha llamado, si está en camino.

Entramos en el apartamento de Bentley y él camina con ese aire ausente hasta los ventanales.

—¿Te apetece comer algo? —le pregunta Maddie—. Puedo prepararte lo que quieras.

—Quiero estar solo —responde.

Maddie y Ryan se miran y él asiente suavemente, diciéndole que es lo mejor. Yo no levanto mis ojos de Bentley.

Maddie se acerca a Bentley, lo abraza con fuerza y, poniéndose de puntillas, le da un beso en la mejilla. Él no reacciona.

—Llámanos para lo que necesites —le deja clarísimo.

Cuando regresa hasta Ryan, me mira esperando a que eche a andar con

ellos, pero yo niego con la cabeza suavemente. Ninguno pregunta nada más, lo agradezco, y se marchan del apartamento.

El sonido de la puerta principal cerrándose resuena en todo el salón. Tomo aire y doy un paso más en su dirección. Sé que sabe que no me he marchado.

—¿De verdad quieres estar solo? —pregunto.

—Sí —responde sin volverse.

—¿Quieres que me marche?

—No —contesta sin dudar, con sus ojos aún en Manhattan.

No necesito nada más.

Camino despacio hasta el sofá y me siento en él. No necesito que hable. Sólo quiero que, en mitad de esta situación horrible, se sienta un poco mejor.

Otra vez pierdo la noción del tiempo y no sé cuándo, por mucho que lucho, los ojos se me cierran por el sueño.

Me despierto sobresaltada. He soñado que rodaba por unas escaleras y me he despertado justo antes de llegar al suelo. Desorientada, miro a mi alrededor y en seguida reconozco el salón de Bentley. Aún más de prisa observo la ventana, pero no hay rastro de él. Tampoco está en el sofá o en la cocina. Estoy tapada con una mantita muy suave, pero no recuerdo haberla cogido, como tampoco recuerdo haberme quitado los zapatos. ¿Dónde está Bentley?

Me incorporo dispuesta a buscarlo, pero entonces un ruido en la habitación me distrae. Decidida, voy hasta allí. Sólo las luces de la ciudad iluminan la casa.

Una nueva oleada de lágrimas me queman los ojos cuando lo veo sentado en el suelo, junto a la ventana, con la espalda apoyada en la pared, jugueteando con una botella de Jack Daniel's entre sus piernas. Parece aún más perdido, más triste. Más solo.

—Sabes que no puedo —susurra.

—¿Qué? —inquiero confusa, y demasiadas ideas se agolpan en mi mente. La primera y más contundente: no quiere que esté aquí.

—«Sabes que no puedo» fue lo último que le dije a mi madre — continúa con un tono de voz triste y seguro al mismo tiempo, lleno de rabia y de dolor, con la extraña serenidad que te da el saber que ya no hay nada en tu

mano que puedas hacer—. He estado intentando recordar cuántas veces le dije eso mismo y me he dado cuenta de que no podía porque han sido tantas que ni siquiera puedo contarlas.

—Bentley... —murmuro.

—Era mi madre y yo estaba tan enfadado con ella, con mi padre, con el mundo, que me he pasado quince años evitando verla para no sentir que le estaba fallando a él.

—No te castigues así.

No se lo merece. Es un hombre maravilloso. La mejor persona sobre la faz de la tierra.

—Ya no me queda tiempo. Ni siquiera puedo decirle que lo siento, que yo no quería alejarme, que la quiero. —Alza la mirada y sus ojos, su pequeña ventana al alma, se encuentran directamente con los míos—. No voy a poder volver a escuchar su voz.

La suya se quiebra sin perder un átomo de masculinidad y yo doy el primer paso hacia él antes de que la idea cristalice en mi mente. Me siento como me sentí en el hospital. Sólo quiero consolarlo, llevarme de la manera que sea ese dolor y, sin ni siquiera pensarlo, un pie sigue a otro.

Me detengo frente a él con el cuerpo y el corazón temblándome suavemente. Bentley no ha levantado su mirada de mí un solo segundo y ahora exhala brusco todo el aire que le queda en los pulmones. Él ha marcado la diferencia en mi vida, la marca incluso ahora que no estamos juntos. Es como en aquella canción que bailamos, su vida fue la mejor parte de la mía y necesito, deseo, quiero hacer cualquier cosa, derribar cualquier muro, emprender cualquier batalla para conseguir que sencillamente, en mitad de todo este dolor, encuentre un segundo de paz.

Lentamente, pero segura de que es lo que quiero, me siento a horcajadas sobre él. Bentley rodea mi cuerpo con sus brazos y, sin que ninguno de los dos quiera, la tristeza se hace más profunda, más evidente, como si a esta distancia los escudos no tuviesen valor.

Despacio tomo su cara entre mis manos y aún más lentamente lo beso en los labios, un leve roce que sacude todo mi mundo. Sólo quiero que seamos él y yo y lo demás no importe.

Bentley me devuelve el beso, pero se contiene y, saboreando mis labios en los suyos, sin separarse de mí, traga saliva, luchando contra demasiadas cosas, pero yo no me rindo y vuelvo a besarlo. Quiero hacer que se sienta

mejor. Necesito hacer que se sienta mejor.

—Por favor, déjame hacer esto por ti —le imploro, y una lágrima cae por mi mejilla hasta mojar sus labios.

Bentley se queda muy quieto, otra vez en silencio, pero entonces alza la cabeza y su boca se estrella contra la mía en un beso que quiere decir más que millones de palabras.

Soy plenamente consciente de todo lo que dije ayer después de que nos encontráramos en el ascensor, de que engañar a Charles va en contra de todos mis principios, de todo lo que sé que está bien, pero es que ahora mismo nada de eso, nada, tiene valor, porque ahora mismo Bentley me importa incluso más que yo misma.

Me levanta sosteniéndome entre sus brazos y nos tumba sobre la cama sin dejar de besarnos, sin dejar de recorrernos con las manos por las rutas que nos sabemos incluso con los ojos cerrados.

Sus manos avanzan bajo mi falda despacio, remangándola, deshaciéndose de mi lencería y yo sólo quiero entregarle todo lo que soy, todo lo que tengo.

Entra en mí y todo mi cuerpo se estremece. Salto al mejor vacío del mundo, me agarra con sus manos y vuelo.

Nuestros alientos entrecortados interrumpen nuestros besos. Apoya su frente en la mía y continúa embistiéndome... tratando de huir de todo, de refugiarse. Lo abrazo con fuerza y pierde sus labios en mi cuello.

Empiezo a susurrar entre jadeos todo lo que necesito que sepa: «necesito que estés bien», «necesito ayudarte», «quiero borrarlo todo», «quiero estar para ti, siempre para ti», «siempre», «siempre», «siempre». Y en ese momento me doy cuenta de que el sexo se está convirtiendo en una válvula de escape para los dos, porque los dos necesitamos desesperadamente una tierra segura en medio de todo lo que nos está pasando desde que volví a Nueva York.

Bentley vuelve a besarme, me embiste con fuerza y el placer más absoluto me recorre, avivando cada una de mis terminaciones nerviosas, haciéndome subir más alto, volar más lejos, reconciliarme con mi propio corazón.

Su boca se hace más posesiva sobre la mía; su mano más posesiva sobre mi cadera, y se pierde en mí.

Ya no hay dolor. Lo hemos borrado a besos.

Bentley se separa despacio y se deja caer a mi lado. Instintivamente los dos giramos la cabeza y sus ojos verdes atrapan de inmediato los míos grises. Alzo la mano despacio y le aparto suavemente el flequillo que le cae alborotado sobre la frente.

—Quédate —me pide en un ronco susurro.

—No voy a ir a ninguna parte —respondo.

También sé que cuando me despierte mañana dolerá, pero eso tampoco me importa.

* * *

Me despierta el sol entrando por la ventana. Me acurruco y dejo que los rayos de luz me calienten la cara un segundo. Sin embargo, casi en esa misma porción de tiempo, recuerdo dónde estoy y abro los ojos despacio.

Salgo de la cama con cuidado de no despertarlo. No sé a qué hora se quedó dormido y quiero que descansa todo lo posible. Recojo mi ropa interior y me la pongo en silencio. Me arreglo el pelo con los dedos. Recupero mis zapatos y voy hasta la cocina.

Con la mirada clavada en la cafetera, suelto un largo suspiro. No tengo la cabeza enmarañada. Todo está muy claro. Quiero a Charles. Voy a casarme con él. Me da igual que ahora esas palabras suenen extrañas en mi boca. Lo que pasó ayer es que Bentley me necesitaba y, ante esa idea, todo lo demás dejó de importar. Sé que es incluso difícil de entender, pero no me arrepiento.

Sirvo dos tazas de café y regreso a la habitación. Sonrío suavemente al ver a Bentley despierto. Está sentado en el borde de la cama. Se frota los ojos con las palmas de las manos y acaba pasándoselas por el pelo. Siempre será el chico más guapo que he visto de cerca.

—¿Café? —inquiero acercándome a él.

—Sí —murmura.

Me siento a su lado y le tiendo la taza. Bentley le da un sorbo y la deja sobre la mesilla. Apenas son las siete de la mañana.

—¿Cómo estás? —pronuncio, y en ese mismo segundo sonrío avergonzada y extrañamente nerviosa—. Perdona, sé que es una pregunta estúpida y no he debido hacerla, pero estoy tan desesperada por oír un «estoy mejor», que no he podido cerrar la boca y ahora...

—Gracias.

Esa única palabra me silencia. Alzo la mirada y busco la suya. No me arrepiento. No me arrepiento absolutamente de nada.

—No tienes nada que agradecerme.

El silencio vuelve a apoderarse del ambiente y continuamos así, quietos, mirándonos, un puñado de segundos más.

—Tengo que marcharme —murmuro—. Debo cambiarme de ropa para el funeral. —No estoy muy segura de querer pronunciar esa palabra y mi voz se diluye en mis labios.

Bentley asiente. Sus ojos verdes siguen sobre los míos.

—Será mejor que me vaya ya —me obligo a decir en voz alta para obligarme también a levantarme y echar a andar.

No espero a que diga nada y salgo de la habitación. Estoy atravesando el salón cuando suelto un largo suspiro. Lo necesitaba.

—Hola —saludo a Spencer al abrir la puerta. Estaba a punto de llamar al timbre.

—Hola.

Me hago a un lado con la madera y el mayor de los Riley entra seguido de sus padres y de Ryan.

—Buenos días, señora Riley —la saludo—. Buenos días, señor Riley.

Carson Riley ladea la cabeza suavemente devolviéndome el saludo, barriendo el interior de la casa con la mirada. Parece muy preocupado.

—Buenos días, Lauren —me saluda Meredith Riley, dándome un amable abrazo.

Ryan me saluda con la mirada y yo hago lo mismo justo cuando unos pasos en el otro extremo de la habitación nos distraen a todos.

Nada más verlo, Meredith y Carson caminan hacia Bentley y lo abrazan con fuerza. Él se deja abrazar y consolar y, si nunca tuve la más mínima duda de que los Riley lo quieren como un hijo, ahora mucho menos.

—Aseguraos de que coma algo —le pido a Spencer en un murmullo y, aunque cada hueso de mi cuerpo me pide desesperadamente que no lo haga, me marcho definitivamente.

Paro un taxi con un silbido y llego al Four Seasons en cuestión de minutos.

—Buenos días, Florecilla —me saluda Charles desde el salón de la habitación

Tomo aire y cuadro los hombros. Sé lo que he hecho y sé por qué lo he

hecho.

—Hola —saludo atravesando el pequeño vestíbulo y entrando en la estancia.

Charles deja el periódico que ojeaba sobre la mesa y, sobre él, su taza de café. Me observa unos segundos y camina hasta mí. Me besa y algo dentro de mí se despierta incómodo.

—¿Qué tal estás?

—Bien —digo tratando de sonar indiferente.

—¿Qué tal está tu amigo... Bentley? —especifica al recordar el nombre.

—Bien. Todo lo bien que puede estar.

—Perder a un familiar siempre es un trago complicado —responde, y la bolsa en la televisión le roba la atención.

Yo lo contemplo, estudiándolo con la mirada.

—¿Tú has perdido a alguien? —inquiero.

Él asiente sin levantar sus ojos de la pantalla.

—Mi padre, y poco después mi madre. Es ley de vida, supongo.

Veloz, me da un nuevo beso en los labios y regresa a la mesa para mirar algo en su portátil.

Continuo observándolo, jugando a eso tan peligroso de las siete diferencias. A Charles no le gusta hablar de sí mismo. Supongo que, sea lo que sea lo que le despierta la muerte de sus padres, tuvo que ser complicado para él. Me doy cuenta de lo fácil que es confundir el querer marcar una distancia con lo que te duele con resultar frío ante los demás.

—¿Quieres desayunar? —pregunta sacándome de mi ensoñación.

Niego con la cabeza.

—No —añado—. Sólo he venido a darme una ducha y cambiarme de ropa. En unas horas es el funeral.

—¿Debería ir?

¡No!

—No creo que sea adecuado —respondo mostrándome mucho menos vehemente que mis pensamientos—. Sólo iremos sus amigos más íntimos.

Charles asiente y se sumerge de nuevo en su trabajo.

No debería, pero, en cuanto me quedo sola, encerrada en el baño, lejos de él, suspiro aliviada.

Me ducho y me pongo un vestido negro sencillo y sobrio. Apenas me maquillo y me dejo el pelo suelto, sin ningún tipo de adorno. Creo que es lo

que toca hoy.

Álex y Charlie me recogen de camino al cementerio de Saint Patrick, a unos pocos kilómetros de las lujosas mansiones de Glen Cove. Cuando llegamos, Bentley ya está allí. Me resulta raro verlo con un traje negro, una camisa blanca y una corbata también negra. No es la primera vez y ni siquiera me sorprende, pero es otro pequeño detalle que vuelve toda la situación un poco más surrealista, como si le estuviese pasando a otra persona y no a él.

Bentley está sentado junto a su hermana Molly; al otro lado ha tomado asiento Meredith Riley. Carson, Ryan, Maddie, Thea y Spencer están justo detrás. Malcom está sentado junto a Molly. Parece roto de dolor, con esa clase de tristeza que ya te acompaña toda la vida.

Savannah no ha venido y no tiene nada que ver con que en su momento, y de forma completamente merecida, Ryan le prohibiese acercarse a Nueva York. No ha aparecido porque no le ha dado la gana, del mismo modo que lleva años sin ni siquiera llamar por teléfono. A saber quién la tendrá atada a qué en Luxemburgo.

Después de un bonito sermón por parte de un pastor presbiteriano, los más allegados van acercándose a dejar flores sobre la tumba de Alice. Mi mirada sigue sobre Bentley, que permanece quieto, con los ojos fijos en el ataúd de su madre, como si todo el dolor le impidiese siquiera moverse.

Molly rompe a llorar desconsolada y se abraza a James, que la estrecha entre sus brazos con fuerza, tratando de calmarla.

Un hombre de los servicios funerarios se acerca a Bentley para pedirle que vaya junto a Malcom y a Molly, en uno de los extremos de la carpa que se ha levantado para el funeral, para que la gente pueda acercarse a darle las condolencias.

Bentley no responde y, cuando el hombre se aleja, como si ya no pudiese más, se levanta prácticamente de un salto y sale disparado, alejándose del funeral, prácticamente arrancándose la chaqueta y la corbata.

Bentley**Unos zapatos negros que he odiado desde que he comprendido que tendría que ponérmelos esta mañana**

No sé qué hacer. No sé a dónde ir. Sólo quiero huir. Me da igual donde sea. Me da igual que sea hacia delante. Me da igual que sea algo estúpido. Sólo quiero escapar. Respirar. Sólo quiero dejar de sentirme como un maldito idiota que no dejó que su madre lo quisiese porque eso significaba fallarle a su padre, que ahora no tiene a ninguno de los dos, que está solo. Quiero dejar de sentirme como me sentía en este mismo jodido lugar con diecisiete años.

—Bentley.

Odio su voz. Odio que esté cerca.

—Déjame en paz —mascullo, y camino los pocos pasos que me separan de mi coche.

—Tienes que venir con nosotros —me pide Malcom con la voz rota—. Tu madre querría que estuvieras.

—No te atrevas a mencionarla —le advierto girándome hacia él.

—Era mi mujer —replica con la voz llena de dolor.

—Era mi madre —rujo y, aunque es lo último que quiero, el mismo dolor se refleja en mis palabras, la misma tristeza.

Las lágrimas me queman detrás de los ojos, pero no me permito llorar ninguna. No quiero. Cabeceo. Lo único que quiero es largarme de aquí.

—Yo la quería —me recuerda apretando los labios, roto—, y, aunque seas incapaz de entenderlo, también os quiero a vosotros. Ahora sólo nos tenemos los unos a los otros.

Pienso en mi padre. Recuerdo cuánto me gustaba cuando de crío entraba en su despacho y él me sentaba en su mesa y me dejaba que le contara todo lo que había hecho en el colegio. Recuerdo cómo me revolvía el pelo después

de que mi madre me peinara y cómo me guiñaba el ojo mientras ella protestaba divertida. Lo recuerdo a él, cada día.

—Pues entonces ya no tienes nada —sentencio luchando contra todo el dolor, guardándomelo para mí.

Abro la puerta del Porsche y me deslizo tras el volante.

—¿Y qué piensas hacer? —inquire herido, triste, enfadado—. ¿Huir hasta casa de los Riley, como has hecho siempre?

Acelero y salgo del cementerio sin mirar atrás.

Me paso horas conduciendo sin ningún sentido, sin saber a dónde ir, porque en el fondo no quiero estar en ningún lugar. Sólo quiero encontrar un maldito segundo de paz. Algo que me permita volver a respirar.

Lauren

**Mis tacones negros más discretos. Los que Sophia
Loren habría llevado al entierro de Marcello
Mastroianni**

—¿Alguien ha hablado otra vez con Malcom? —inquiero inquieta, acometiendo el millonésimo inconexo paseo por el salón de mi habitación de hotel—. Quizá haya regresado.

—Molly está allí —responde Spencer—, pero ni rastro de Bentley.

Suspiro preocupada.

—Llámame si averiguas algo.

—Claro.

Cuelgo, abandono mi BlackBerry encima de la mesa de centro y me dejo caer sobre el tresillo. ¿Dónde demonios está? He ido a su apartamento, al Riley Group. Me he recorrido con Ryan todos los antros de Amsterdam Avenue y he perdido la cuenta de cuántas veces lo he llamado. No está en casa de Malcom ni con los Riley, incluso lo buscamos en la antigua mansión Sandford, que está cerrada a cal y canto, pero nada. No está. Tendría que haberlo seguido cuando lo vi marcharse del cementerio.

Me llevo la mano a la frente y resoplo mortificada. Estoy muy preocupada.

Me quito los zapatos, que resuenan en un sonido sordo contra la alfombra, y levanto los pies hasta apoyarlos en el sofá. Sólo quiero saber que está bien.

Mi móvil comienza a sonar llenando toda la habitación. Me incorporo de prisa y lo recupero de la mesita de un zarpazo.

—¿Diga? —ni siquiera miro la pantalla. Estoy demasiado nerviosa, deseando escuchar buenas noticias.

—Baja.

Sólo necesito esa palabra para reconocer su voz.

Me levanto de un salto, me calzo los zapatos y salgo veloz de la *suite*. Al llegar a los ascensores, una pareja de ancianos, de esas con guion en el apellido, está esperándolo. A pesar de que el botón ya está iluminado, vuelvo a pulsarlo. Miro la pequeña pantalla sobre el elevador. Resoplo. Está tardando una eternidad. Pulso otra vez el botón de llamada, lo que levanta una condescendiente mirada de la señora. Cinco, diez, quince segundos. ¿Dónde está el maldito ascensor? Llamo de nuevo. La señora suspira molesta, pero yo estoy demasiado nerviosa y preocupada como para pensar en formalidades y pulso y repulso el botón una y otra vez hasta que las puertas se abren. Me contengo para no entrar primero y espero a que la pareja lo haga.

Camino acelerada hasta el enorme vestíbulo de piedra blanca y creo que por fin puedo volver a respirar cuando lo veo apoyado en la baranda dorada del segundo tramo de escalinatas que lleva hasta la recepción. Tiene las manos metidas en los bolsillos y la mirada clavada en el suelo. No hay rastro de su corbata ni de su chaqueta y se ha remangado la camisa hasta el antebrazo y desabrochado los primeros botones. Yo sonrío, aunque también tengo la tentación de echarme a llorar sólo para liberar la tensión. Está aquí y está bien. No puedo pensar en otra cosa.

—Hola —lo saludo al llegar junto a él.

Bentley alza la cabeza al tiempo que se incorpora. Mis tacones y el estar un escalón por encima hacen que estemos a la misma altura. No suele pasar muy a menudo.

—¿Estás bien? —pregunto, y creo que sólo lo hago para asegurarme.

Bentley me mantiene la mirada, pero no contesta. Sus ojos brillan aún más verdes, más indomables.

—¿Quieres subir? —inquiero de nuevo, señalando vagamente a mi espalda, al ver que no responde.

—No —contesta al fin.

Su voz. Echaba de menos su voz.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo? —contraataco—. ¿A comer algo? Podemos...

Sin decir nada, Bentley me toma de la mano y tira de mí para que lo siga, interrumpiéndome. Sus dedos se entrelazan con los míos en un gesto lleno de una abrumadora familiaridad, pero, sobre todo, remarcando la idea

de que soy la única persona que quiere tener cerca ahora mismo. Entonces, me doy cuenta de que no me ha interrumpido porque no tenía nada más que decir. Lo seguiría al fin del mundo.

Caminamos durante más de una hora sin un rumbo fijo, sólo perdiéndonos por Nueva York. No pronuncia una sola palabra en todo ese tiempo. Da igual. Lo único importante es que está aquí, conmigo.

Le mando un mensaje a Spencer para que sepa que Bentley está bien y de pronto tengo una idea, sé exactamente dónde llevarlo, y guio nuestros pasos hasta la 58 Oeste. Al vernos delante del edificio del Riley Group, Bentley se detiene y frunce el ceño, confuso. Yo sonrío y tiro de su mano obligándolo a continuar andando.

—Conozco el lugar perfecto —le explico divertida.

Stuart, el guardia de seguridad del turno de noche, no nos pone ningún impedimento y entramos sin problemas. El edificio, a estas horas de la noche, está completamente desierto. Cuando pulso el botón de la planta veinte, Bentley me observa aún más confuso y mi sonrisa se ensancha. Estoy consiguiendo que deje de pensar.

—Voy a llevarte al corazón de la mejor revista de arquitectura del país —respondo mirándolo por encima de mi hombro, entrecerrando los ojos mientras cruzamos despacio la redacción de *Spaces*, como si de repente fuéramos dos exploradores a punto de entrar en una ruta secreta para descubrir la esmeralda conocida como el Corazón Verde.

Bentley mal disimula un inicio de sonrisa y la mía se hace un poco más grande.

—¿Y éste es, según tú, el corazón de *Spaces*? —inquire bajo el umbral del diminuto archivo.

Yo asiento, entro y me subo en los archivadores de un salto.

—He dicho de la mejor revista de arquitectura del país —repongo—. Quizá no estaba hablando de *Spaces*. Quizá hay una revista misteriosa, aclamada por el público y la crítica, que también utiliza este archivo.

Lo miro esperando a que me replique de alguna manera, pidiéndole que se olvide de todo y simplemente entre en el juego.

—¿Y cómo se llama? —me desafía.

Lo pienso un instante.

—*Tornillo de Palmer* —respondo satisfecha por haber recordado ese nombre.

—¿Sabes tú acaso lo que es un tornillo de Palmer? —demanda con una exquisita suavidad.

Eso también tengo que pensarlo un instante.

—¿Uno de esos compases tan monos?

Bentley no puede más y finalmente en sus labios asoma un atisbo de sonrisa, consiguiendo que la mía se haga más grande por tercera vez. Atrapa mi mirada, sólo un momento, y finalmente se rinde, entra en el archivador y se sienta de un salto a mi lado. Los dos nos apoyamos en la pared.

—Todos menosprecian este lugar, pero están muy equivocados —sentencio estirando la vocal de la palabra *muy*.

—¿Muy equivocados? —repite, y puedo notar algo parecido a la socarronería.

—Mucho —continúo concentrada en mi discurso—. Le dan de lado porque es pequeño y está lleno de papeles, pero es increíble.

—Y, eso, ¿por qué?

—Porque todos vienen a contarse aquí sus confidencias, es como una especie de confesionario moderno, con un cura muy permisivo —me apresuro a especificar—, que no se escandaliza por nada y, antes de dedicarse al sacerdocio, fue estrella porno o algo parecido.

—Veo que has pensado mucho en esto.

Asiento varias veces.

—La verdad es que sí —admito. De pronto tengo una gran duda—. Si estas paredes pudiesen hablar, ¿qué crees que dirían?

—Sexo —responde Bentley sin dudar, y los dos nos echamos a reír.

Oírlo reír es el mejor sonido del mundo.

Bentley deja caer la cabeza hasta volver a apoyarse en la pared y sus carcajadas se calman hasta transformarse en una sonrisa más suave y, por último, un suspiro. Sé que todo el dolor, cómo se siente, ha vuelto a sacudirlo por dentro.

Yo también dejo caer mi cabeza y me giro para tenerlo de frente.

—Sé que ahora no lo parece —murmuro, y él se gira atrapando de inmediato mis ojos grises con los suyos verdes—, pero volverás a estar bien. Te lo prometo.

Bentley tensa la mandíbula, como si algo estuviera arrollándolo por dentro. Sus ojos se vuelven más verdes, más salvajes, están llenos de más cosas. Después, sólo un segundo de silencio y me besa con fuerza. Me toma

por sorpresa, pero lo deseo tanto que le devuelvo el beso sin un mísero resquicio de duda y nuestros labios traducen sin palabras todo lo que nos estamos diciendo: «ayúdame a escapar», «haría cualquier cosa por ti», «ven conmigo», «llévame contigo», «siempre».

Pero no podemos jugar a complicarlo todo. Es demasiado peligroso.

—No puedo —musito contra sus labios.

—Lo sé —responde dejando descansar su frente sobre la mía.

Ninguno de los dos se mueve y creo que ambos perdemos la noción del tiempo. No sé cuántas horas pasamos en el pequeño archivador, pero cuando Bentley me deja en la puerta del Four Seasons, está amaneciendo.

Entro en la *suite* caminando de puntillas y respiro aliviada al ver a Charles plácidamente dormido. Me desnudo veloz, me pongo el pijama y me meto en la cama sigilosa como un gato. Con los ojos abiertos de par en par y la mirada clavada en el techo, no puedo evitar pensar muchas cosas y todas, muy a mi pesar, tienen un único protagonista. Sólo espero que la situación no se me vaya de las manos.

Bentley

Mis deportivas blancas

Ayer llegué a casa, cogí la botella de bourbon y bebí hasta caer rendido. Me parezco a Ryan pasando una mala racha. Aunque lo más complicado de asumir es que no estaba bebiendo por haber perdido a mi madre, o por lo menos no sólo por eso. No podía dejar de pensar en Lauren, de echarla de menos. ¿Conocéis esa sensación de sentirte a punto de caer al vacío y que de pronto alguien te sostenga de la mano y te salve? Lauren, ayer, la noche anterior, me recordó que ella es lo único que necesito en todos los malditos sentidos... pero va a casarse con Charles y yo voy a hacerlo con Bridgitte... mi prometida, que sigue en Seúl y a la que todavía no he llamado para decirle que mi madre ha muerto porque en el fondo no quiero que esté aquí.

Lo estoy haciendo de puta pena.

El teléfono empieza a sonar, pero ni siquiera me molesto en mirar la pantalla mientras cruzo mi habitación hasta el baño.

El agua está hirviendo. Apoyo las manos en los azulejos blancos y agacho la cabeza bajo el imponente chorro. Dejar de pensar. Sólo quiero dejar de pensar. Recuerdo cuando Ryan, borracho a un paso de la inconsciencia, murmuraba eso en sueños. Creo que nunca lo he entendido tan bien como ahora.

Me envuelvo una toalla a la cintura y me hecho el pelo hacia atrás con la mano. No me molesto en afeitarme. No pienso ir a trabajar. No quiero buscarla con la mirada. No quiero acabar acorralándola en el ascensor, el jodido archivador, en cualquier rincón en realidad. No sé hasta qué punto voy a ser capaz de contenerme y no quiero hacernos eso ni a ella ni a mí ni tampoco a Bridgitte.

Voy hasta el salón con mis pies mojados empapando el parquet. Mi teléfono vuelve a sonar. De pie, junto a la barra de la cocina, me sirvo un bourbon y me lo bebo de un trago. Mi iPhone deja de sonar de una maldita vez, pero apenas un segundo después lo hace el teléfono de casa. Lo miro. Sólo tendría que dar dos zancadas para cogerlo y contestar, pero no tengo el más mínimo interés.

Me sirvo otra copa y, con el vaso colgado de mis dedos junto a mi cadera, camino de vuelta a la habitación.

—Bentley —la voz de Molly llena el ambiente desde el contestador y me detiene en seco. Quiero moverme. Quiero huir de todo, pero no puedo.

—Bentley, soy yo; por favor, coge el teléfono.

Su voz suena llena de lágrimas y algo en el centro de mi pecho se resquebraja un poco más, cortándome casi la respiración.

—Por favor, necesito verte. Sé... sé... que quieres estar solo, pero yo...

Rompe a llorar y una lágrima resbala por mi mejilla hasta estrellarse en el suelo. Quiero ayudarla, pero no puedo. No puedo.

* * *

Un ruido, fuerte, desagradable. Abro los ojos y un dolor de cabeza brutal me atraviesa de una sien a otra.

—Joder —gruño cerrándolos de nuevo.

El ruido se hace más y más fuerte. Es la puerta principal.

Me dejo caer contra el colchón, hasta quedar bocarriba. No sé cuándo me dormí. Aún sigo con la toalla a la cintura.

—¡Señor Sandford! —gritan desde el exterior—. ¡Señor Sandford!

Creo que es Larry, el portero.

El ruido cesa y de pronto todo parece estar en calma, pero sólo dura un segundo. Oigo un nuevo rumor mucho más liviano. Voces. La puerta principal se abre.

—No se preocupe —reconozco esa voz—. Yo me ocupo de todo. Soy su padre.

Las palabras retumban en mi cabeza. Trato de incorporarme de prisa, pero sólo consigo hacerlo de una manera torpe y lenta. Todo me da vueltas. Percibo pasos acercándose. Abro los ojos. Todo está desenfocado. Alguien se

detiene frente a mí. Me froto los ojos con las palmas de las manos y lo primero que distingo son unos elegantes zapatos negros de piel recién pulidos. Alzo la cabeza.

—Así que aquí estás.

Es Carson Riley.

—¿Qué... qué haces aquí? —inquiero confuso.

Trato de pensar una contestación que case con esa pregunta, pero la cabeza me está matando.

—Llevas dos días sin aparecer por la revista y sin cogerle el teléfono a nadie —dice a modo de respuesta sin levantar sus ojos de mí. Tengo la sensación de que me está estudiando, como si evaluara hasta qué punto tengo la cabeza en el pozo. Finalmente aparta la vista, se mete la mano en el bolsillo y me tiende algo. No consigo ver el qué—. Tómame esto y date una ducha —añade señalando el baño con un suave golpe de cabeza.

La palabra *ducha* me hace recordar que aún voy en toalla porque ayer ni siquiera tuve tiempo de vestirme antes de empezar a beber. Tuerzo el gesto y ladeo la cabeza conteniendo un «joder» entre dientes. Acabo de recordar la llamada de Molly.

Cojo lo que me tiende y frunzo el ceño al ver que es un bote de ibuprofeno.

—¿Siempre llevas estas pastillas en el bolsillo?

—Las he comprado de camino aquí. Soy un hombre previsor.

Obedezco y me levanto. Me tomo dos pastillas bebiendo directamente del grifo del lavabo y me doy una ducha rápida.

Cuando salgo de la habitación remangándome la camisa, vuelvo a fruncir el ceño al ver a Carson en la puerta entregándole a Blake, su chófer, la bolsa de viaje que guardo en el vestidor.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Te vienes a casa —sentencia caminando hasta mí.

—Yo... yo no... —Lo cierto es que ni siquiera sé cómo continuar.

—No vamos a dejar que pases por esto solo, hijo —me interrumpe.

Trato de mantenerle la mirada, pero no soy capaz y acabo apartándola y llevándola a un punto cualquiera de mi cocina. Con los Riley siempre me he sentido como si recuperase un poco de todo lo que había perdido y, en cierta manera, ahora son todo lo que me queda. Nunca podré agradecerles lo suficiente todo lo que se preocupan por mí.

—Vamos —me llama.

Yo asiento y echo a andar. Carson espera que llegue a su lado y salimos juntos.

El camino hasta Glen Cove se me hace relativamente corto y, cuando empiezo a ver gruesas cancelas de hierro forjado perfectamente ornamentadas y grandes terrenos con césped y árboles, me dejo caer contra el respaldo del sillón y doy una bocanada de aire.

Sin embargo, mi cuerpo vuelve a tensarse de golpe al ver que nos detenemos frente a la mansión de Malcom.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto girándome hacia Carson.

Él me observa un par de segundos con ese extraño poder que tienen los padres de no permitirte leer en ellos cuando ellos lo están haciendo en ti.

—Vas a tenernos siempre —responde con una seguridad absoluta—. A Meredith, a Ryan, a Spencer y a mí. Siempre vamos a ser tu familia, pero ahora tienes que hacer lo que tienes que hacer, hijo. Tienes que entrar ahí y hablar con Malcom o vas a perderlo a él y a Molly y a Maverick. Sé que piensas que ahora no puedes hacerlo, incluso que es lo que quieres, pero te conozco desde el día en que naciste y, si dejas que eso pase, te vas a arrepentir, como te has arrepentido de haber perdido tanto tiempo con tu madre.

Cada palabra es como un golpe y el último me deja prácticamente noqueado. Llevo mi mirada hasta la enorme casa, pero tras una mísera décima de segundo acabo apartando la vista y cabeceando. No puedo.

—Carson, sé que sueno como un egoísta de mierda, pero no puedo.

Él frunce suavemente los labios con la mirada al frente.

—Tu padre estaba enamorado de su familia. Os adoraba. —Trago saliva y bajo la cabeza. No quiero escuchar esto—. Sé que lo que habría querido para vosotros es que Alice encontrara a un buen hombre que cuidase de vosotros y la hiciese feliz. Malcom ha sido ese hombre.

Cabeceo de nuevo. No soy ningún estúpido. Sé que Malcom es una buena persona, que quiso a mi madre, pero no puedo dejarlo entrar en mi vida. No puedo olvidar a mi padre. ¡El conducía el maldito coche!

—A veces la vida se nos complica —continúa Carson— y a veces nos la complicamos nosotros, pero siempre debemos hacer lo que sabemos que es lo correcto. Eso es lo que esperarías tu padre de ti, ésa es la manera de no decepcionarlo.

Esas siete últimas palabras me hacen alzar la mirada y clavarla en sus ojos. Carson sonríe suavemente.

—Tómate todo el tiempo que necesites —sentencia—. Yo te esperar  aquí y, cuando vuelvas, nos iremos a casa.

Me mira como un padre miraría a su hijo en una situación difícil, infundiéndole valor. Yo me obligo a observar la casa. No quiero perder a Molly ni a Maverick y, además, Carson tiene razón y, quiera o no, s  que es lo que toca. Tengo que dejar de comportarme como un niño y enfrentarme a esta situación como un hombre.

Salgo del vehículo y camino despacio hasta la gran mansión. Pienso en muchas cosas. Trato de recordar la última vez que estuve aquí, cómo me sent .

Una mujer con el pelo rubio recogido en un elegante mo o me abre la puerta principal.

— Podr a hablar con el señor Acker? —inquiero, y algo dentro de mí ni siquiera quiere tener que pronunciar su nombre—. Soy Bentley Sandford.

La mujer asiente, como si tuviese orden de dejarme entrar en cuanto llegase, y se hace a un lado con la puerta.

—Por favor, acomp ame al salón —me pide—. Avisar  al señor Acker.

Asiento y la sigo hasta el inmenso salón. Miro a mi alrededor incómodo, teniendo que obligarme a no largarme. La mesa llama de inmediato mi atención. La recuerdo de alguna cena, perfectamente puesta para la ocasión, para al menos veinte comensales. Ahora está llena de carpetas y papeles. Me acerco y ojeo uno de los documentos. Son los extractos de unos fondos de inversión. Las cifras son millonarias. Sigo mirando y veo las escrituras de propiedad de la casa. El documento original est  a nombre de Malcom, después hay una reescritura en la que se incluye a mi madre. Abro un dossier y automáticamente tenso la mandíbula. El nombre de mi padre est  al principio del documento. Es un listado de los bienes que mi madre hered  tras su muerte. Lo cojo entre las manos y lo leo con atención. Sin embargo, a cada palabra que recorro, me doy cuenta de que no es lo que esperaba. Es un acuerdo en el que se detalla específicamente que todo lo que fue en su momento propiedad de los Sandford, seguir  perteneci ndonos exclusivamente a nosotros, a pesar del matrimonio de mi madre con Malcom.

No es una separación de bienes porque las propiedades y el dinero de Malcom sí pasan a ser bienes conyugales. Al llegar al final del escrito, frunzo el ceño. Este acuerdo fue idea del propio Malcom.

—Pero ¿qué coño? —murmuro confuso.

Voy a volver a dejar la carpeta donde estaba, cuando el extremo de algo marrón llama mi atención bajo otro dossier; lo aparto y un punzante dolor me atraviesa las costillas cuando veo una foto de mi madre y comprendo que es la cartera de Malcom. Está abierta. Una sonrisa suave y triste se dibuja en mis labios al ver la suya en la fotografía. Exhalo brusco todo el aire de mis pulmones, tratando de controlar cómo me siento y me fijo en la otra instantánea. Somos Molly y yo en el puente de Brooklyn. ¿Lleva una foto nuestra en la cartera? Hace más de quince años que nos la hicimos. No me lo esperaba. Ni siquiera lo imaginaba. Un trozo de un papel gris resalta bajo la fotografía. Miro a mi alrededor por si estuviera a punto de venir alguien y tiro con cuidado de él. Es un trozo de periódico perfectamente recortado. Lo abro y un suspiro sorprendido se escapa de mis labios. Es una noticia del *Times*... sobre mí, de cuando gané el premio al mejor editor novel del año de la Asociación Americana de la Prensa. No puede ser. No puede ser, joder. ¿Qué hace esto en su cartera? ¿Por qué lo llevaba? ¿Se lo enseñaba a sus amigos? ¿Estaba orgulloso de mí?... ¿Me quería?

—¿Bentley? —murmura una voz esperanzada desde algún punto de la inmensa casa.

Guardo veloz el recorte donde estaba, dejo la billetera en la mesa, cubriéndola con los dossiers y me giro justo a tiempo de ver a Molly aparecer desde el pasillo y venir corriendo hacia mí.

Se tira en mis brazos y me abraza con fuerza, rodeado mi cuello con los suyos.

—Gracias por venir —dice sin separarse.

—No me las des.

Ni siquiera tengo claro cómo va a acabar esto. Esa foto y ese recorte sólo han hecho que todo sea aún más confuso.

—¿Cómo estás? —le pregunto cuando nos separamos.

Ella se encoge de hombros al tiempo que se mete el pelo tras las orejas. Tiene los ojos y la nariz enrojecidos y juraría que está más delgada.

—¿Dónde está James?

—Le he pedido que llevara a Maverick con Álex. Hoy tenía un partido

de béisbol y no quería que se lo perdiera. Es un niño, no puede estar encerrado todo el día aquí.

Asiento.

Es obvio que no lo está pasando bien y yo me siento aún más ruin por no haberle cogido el teléfono cuando me llamó ayer.

—¿Qué es todo esto?

No necesito especificar más. Molly mira la mesa y vuelve a encogerse de hombros suavemente.

—Los abogados de Malcom han estado aquí —contesta—. Le han pedido que firme muchos papeles, que revise otros tantos. Antes de casarse, Malcom hizo que mamá firmase un acuerdo por el que la herencia de los Sandford nunca pasaría a manos de él en caso de que se divorcieran o bueno... —su voz se evapora y da un larga bocanada de aire para no volver a llorar—, pero mamá, sin que él lo supiera, dejó muchas cosas a su nombre. También está todo lo que compraron juntos. Los abogados quieren que Malcom lo revise todo, pero él...

De nuevo se interrumpe a punto de romper a llorar. Voy a preguntar por qué Malcom está evitando hacer todo esto cuando unos pasos otra vez desde el pasillo me distraen. Alzo la cabeza y de inmediato trago saliva tratando de decidir cómo me siento. Es Malcom y está visiblemente desmejorado. No necesito que nadie me confirme que apenas ha dormido, la barba de varios días le recorre la mandíbula y su dolor de cabeza puede sentirse desde aquí. Está destrozado. No he sido tan estúpido de pensar que lo estaría pasando bien, pero esto es demasiado.

—Bentley —susurra sorprendido, sin poder terminar de creerse que esté aquí. No puedo culparlo—, has venido.

Intento ignorar ese pequeño deje en su voz que me dice que verme aquí, en mitad de todo este dolor, lo hace sentir un poco mejor.

—He venido a ayudarte con todo este papeleo —decido de pronto. Prefiero mentir a contarle que he venido porque Carson me ha hecho ver que es aquí donde tengo que estar. Mi respuesta le hace fruncir el ceño—. Molly me ha dicho que tienes varias cosas que revisar. ¿Por dónde empezamos?

Malcom guarda silencio, observándome.

—¿A qué has venido, Bentley? —me pregunta al cabo de un par de minutos, y su voz se tiñe de decepción

—Ya te he contestado.

—No —replica, negándose a creer que sólo esté aquí por unas cuantas carpetas y cosas de abogados, dolido y furioso por haber llegado a esa conclusión.

—¿Puedes dejarlo estar? —rujo.

—Lárgate de mi casa —sisea.

Aprieto los puños con rabia. Molly da un paso hacia nosotros temiéndose lo peor.

—No me lo pongas más difícil.

La tensión, mi inquietud, mi palpitante enfado, todo está llegando a un límite demasiado peligroso. La foto y el recorte de periódico han complicado demasiado la situación. No quiero estar aquí. No debería querer estar.

—¿Por qué tendría que ponértelo fácil? —me desafía con desdén, aún con más rabia, aún más dolido—. ¿Cuándo me has dado tú a mí esa opción? Cada maldito minuto de cada maldito día me esforcé por hacer feliz a tu madre, por cuidar de vosotros.

—¿Y quién te pidió que lo hicieras? —replico dando un paso hacia él—. Tú no eres mi padre.

—¡Yo no quería ocupar su lugar! ¡Sólo quería que me dejaras formar parte de tu vida! —me reprocha—. ¿Puedes entender eso?

Cabeceo, tensando la mandíbula, conteniendo todo lo que siento. No quiero escuchar esto. No lo necesito. No quiero. No puedo.

—Tenía diecisiete años cuando mi padre murió, joder, ¿puedes entender eso tú? —Los ojos se me llenan de lágrimas que no me permito llorar. Son de tristeza, pero también de rabia, de impotencia. ¡Maldita sea! ¡No fue justo!—. Era lo más importante de mi vida y de la noche a la mañana me lo quitaron. No pude despedirme de él. Y cada vez que te veía, sólo recordaba que no estaba, que quererte a ti era quererlo un poco menos a él.

Es lo último que buscaba, pero mi voz ha sido el reflejo de lo roto que estoy por dentro. Me paso las manos por el pelo. Vuelvo a sentirme como si tuviera diecisiete malditos años otra vez, como si acabara de llegar del instituto y mi madre estuviese de rodillas llorando en la entrada de nuestra casa junto a dos agentes de policía. ¡Odio aquel maldito día! ¡Odio no haber podido despedirme de él! ¡Odio no haber podido despedirme de mi madre!

Malcom me observa y sus ojos se anegan de un poco más de tristeza.

—Nunca, jamás, quise que te olvidaras de él —susurra.

Aprieto los labios. Mi cuerpo está tenso. La sangre me retumba en los

oídos. La mente me funciona a mil putos kilómetros por hora.

—¿Y qué querías? —siseo.

—Que me dejaras quererte.

Todo vuelve y me siento como si estuviera luchando contra un huracán con las manos desnudas. Los recuerdos se entremezclan. Sigo viendo a mi padre, pero también recuerdo a Malcom en mi graduación, orgulloso. Lo recuerdo llevándome a un partido de los Giants al viejo Meadowlands, prestándome las llaves de su coche a escondidas para poder irme a Manhattan un sábado por la noche...

Vuelvo a pasarme las manos por el pelo. No sé qué hacer. Esta maldita situación me está superando, me está dejando casi sin aliento.

—No puedo —susurro con la voz impregnada de la confusión, del dolor, del sentir que estoy renunciando a algo que ni siquiera sabía que tenía, que estoy volviendo a perder a un padre—. Lo siento, pero no puedo —sentencio alzando la cabeza.

Malcom deja escapar todo el aire de sus pulmones y camina decidido hacia mí, alzando las manos para abrazarme.

—No puedo —repito en un murmullo dando un paso atrás, muerto de miedo.

Pero una vez más, Malcom desoye mis palabras, me toma de los hombros y me abraza con fuerza. Yo trato de zafarme. No puedo querer esto. No puedo sentirme bien. No puedo dejarlo entrar en mi vida. ¿Quién echara de menos a mi padre entonces?

—No puedo —digo por última vez porque mi voz se evapora y dejo que me abrace como el padre que lleva siendo durante quince años, aunque yo no se lo haya puesto nada fácil.

Malcom se separa y coloca sus manos a la altura de mis sienes, obligándome a mirarlo.

—Te quiero como si fueras mi propio hijo, Bentley —pronuncia con una seguridad ensordecedora— y eso nunca va a cambiar. Me da igual que nunca vuelvas a dirigirme la palabra o que jamás vuelva a verte. Este amor es incondicional, por eso siempre vamos a ser una familia.

Malcom me suelta esperando mi reacción, pero por primera vez creo que no tengo nada que pensar. Hay gente que tiene la desgracia de no conocer nunca a su padre, yo, por primera vez, acabo de darme cuenta de que he

tenido la suerte de tener dos. Me abrazo a él con fuerza. Molly corre hacia nosotros y también abraza a Malcom.

—Sois mis hijos —dice estrechándonos con fuerza—. Vosotros sois mis hijos.

Y ocurre que algo dentro de mí se hace más grande, crece y por fin siento un poco de paz.

Salgo de la mansión y regreso hasta el flamante Audi. Al verme, Blake me abre la puerta trasera, pero en lugar de entrar, me inclino hasta que mi mirada se encuentra con la de Carson.

—Lo he estado pensando y creo que voy a quedarme aquí unos días. — Esas palabras suenan raras en mis labios, pero estoy seguro de querer pronunciarlas.

Carson me observa un par de segundos y finalmente asiente con suavidad a la vez que una tenue sonrisa se cuele en sus labios.

—Blake —llama a su chófer—. Bentley se queda aquí.

Su hombre para todo asiente profesional y diligente, saca mi bolsa del maletero del coche, dejándola junto a mí. A continuación ocupa su puesto tras el volante y arranca el motor. Yo me incorporo, cierro la puerta y me hago un paso atrás.

—Hijo —me llama Carson. Vuelvo a inclinarme y nuestras miradas vuelven a encontrarse a través de la ventanilla abierta—, estoy muy orgulloso de ti.

Sonrío. Le debo muchísimo. Los Riley también son mi familia.

—Ven a comer a casa un día de esta semana —me pide—. Meredith está deseando verte.

Asiento.

—Cuenta con ello.

Ahora es Carson quien lo hace. Cruza la mirada con su chófer por el espejo retrovisor y el Audi echa a andar.

Yo lo observo alejarse hasta que finalmente cojo mi equipaje y echo a andar de nuevo hacia la mansión. Queda mucho camino por recorrer, pero tengo la sensación de que, a partir de ahora, todo será mucho más fácil.

Apenas he avanzado unos metros cuando mi iPhone en el bolsillo de mis pantalones comienza a sonar. Mi primera intención es ignorar la llamada sin ni siquiera molestarme en ver quién es, pero algo me dice que ha llegado el

momento de empezar a hacer las cosas de otra manera. Miro la pantalla. Es Bridgitte. Recuerdo las palabras de Carson: «a veces la vida se nos complica, y a veces nos la complicamos nosotros».

Lauren**Mis Palace Strass de Roger Vivier. La reina de la sabiduría de los zapatos, la moda, Nueva York y los hombres, Sarah Jessica Parker, los llevó a los Scholastic Art & Writing Awards**

Hoy es miércoles y he llegado a la oficina relativamente temprano. Estos últimos días no he conseguido dormir demasiado y esta noche, en concreto, me he cansado de dar vueltas y más vueltas en la cama sin ningún sentido. Mejor invertir el tiempo y la energía en algo útil.

Ya ha pasado una semana. Siete días sin ver a Bentley, sin oír su voz. He tenido que luchar por no ir a buscarlo para asegurarme de que estaba bien, pero creo que ha sido lo más inteligente. Además, sobra decir que he encontrado la manera de estar bien informada acerca de dónde ha estado y cómo. Spencer y yo nunca habíamos hablado tanto por teléfono como en estos días.

—¿Diga? —respondo a mi BlackBerry sin mirar la pantalla.

—¿Señorita Stevens?

Mal murmuro un «sí» con el lápiz entre los dientes mientras abro un nuevo archivo de Excel en mi Mac.

—Soy Rosalee Mayfeld, de Valentino. La llamamos para concretar con usted la prueba de su vestido de novia.

En cualquier otra circunstancia, escuchar Valentino me habría hecho sonreír de oreja a oreja, pero todo lo que conlleva ese diseñador actualmente en mi vida hace que un nudo crezca en la boca de mi estómago.

—Sí, claro —respondo inquieta—. ¿Qué tal el próximo mes?

Será tiempo suficiente para que las cosas se calmen y yo podré volver a centrarme.

—Lo cierto es que hemos tenido una cancelación de última hora y podríamos atenderla esta misma tarde. ¿Le parece bien?

Cierro los ojos, angustiada. ¿En serio? ¿Hoy?

—¿Señorita Stevens? —me llama suavemente al ver que no contesto.

—Sí —pronuncio por inercia—. Sí —añado de nuevo, tomando el control de mi cuerpo, ignorando la vocecita de mi cabeza que no para de gritarme que no lo haga.

—Perfecto —sentencia la mujer—. La esperamos en nuestra *boutique* de la Quinta Avenida a las cuatro.

—Perfecto.

Cuelgo y automáticamente dejo caer la cabeza contra la mesa. ¿Por qué todo se está volviendo tan complicado?

—Buenos días —me saluda una voz cantarina al otro lado de mi minipared de pladur.

Alzo la cabeza extrañada, normalmente nadie suele interrumpirme cuando me estoy autocompadeciendo de mi vida.

—¿Qué haces tú aquí?

Álex se encoge de hombros.

—Ayer parecías muy preocupada y he pensado que quizá un desayuno con tu mejor amiga te alegraría la mañana.

—Ey —se queja Maddie acercándose—. ¿Qué hay de eso de que éramos como la divina Trinidad?

Sonrío. Tengo muchas ganas de estar con ellas.

Nos levantamos y parlotando de cualquier cosa, cruzamos la redacción de *Spaces*. Estamos esperando el ascensor cuando la puerta del editor de la revista se abre y Bentley sale hablando con Sally. No parece más animado, pero es obvio que concentrarse en el trabajo lo está ayudando.

Le entrega una carpeta a su ayudante y alza la cabeza. Nuestras miradas se encuentran y la palabra *complicado* adquiere una nueva dimensión. No paro de repetir que sólo tengo que esperar a que las cosas se calmen, pero tengo miedo de que, con Bentley, no vayan a calmarse jamás.

Él da un paso hacia mí y yo lo doy hacia él, como si estuviésemos atraídos por una fuerza mayor que la gravedad. Las puertas del ascensor se abren, pero creo que ya ni siquiera me importa.

—Rubia —susurra con la voz ronca, tan bajo y tan para mí que sólo yo puedo oírlo.

—Bentley. —No soy quien lo llama.

Bridgitte sale corriendo desde el ascensor y se tira en sus brazos. Bentley sigue mirándome a mí, pero, cuando ella lo besa, él termina cerrando los ojos y me siento como si un desahucio sin nombre y sin sentido me cortase por dentro.

—¿Por qué no me llamaste antes? —le pregunta su prometida—. Habría venido para estar contigo.

Por lo menos he resuelto mis dudas. Ya sé por qué no estuvo en el funeral.

—¿Cómo te sientes? —continúa ella, visiblemente preocupada, acariciándole la cara con las dos manos—. ¿Estás bien?

Bentley me mira, sólo un segundo, y de inmediato clava sus ojos verdes de nuevo en Bridgitte.

—Estoy bien —responde apartando sus manos de su cara—. Ven —le pide entrelazando sus dedos con los de Bridgitte, tirando de ella—, quiero hablar contigo.

Ella asiente, los dos se encierran en su despacho y yo me quedo como una idiota, con la mirada clavada en su puerta. Supongo que estaba deseando que volviese. Bentley y Bridgitte hablan de todo. Imagino que es lo que lleva necesitando todos estos días.

—¿Soy la única a la que ese recibimiento le ha parecido un poco raro? —comenta Álex mirando también la puerta, cruzándose de brazos.

—Lo raro es que no la llamase antes —afirma Maddie.

—Creí que íbamos a desayunar —me quejo echando a andar hacia los ascensores.

No quiero seguir hablando de esto.

Decir que estoy distraída en el Marchisio's sería quedarse muy corta. No puedo dejar de hacerme algo así como un millón de preguntas: ¿por qué no la llamó antes?, ¿qué es lo que iba a decirme justo cuando ella llegó?, ¿iba a besarme?, ¿qué es lo que yo querría que me hubiese querido decir?, ¿quería yo que me besase?... y así una tras otra. Una auténtica locura.

Subimos las tres juntas porque Álex quiere cargar su móvil unos minutos antes de marcharse. Va a pasarse lo que queda de mañana haciendo recados y no quiere estar incomunicada. Me da que ha discutido con Charlie

y quiere tener el móvil listo para cuando él llame pidiendo perdón (y en mi opinión también debería pedir clemencia. No se está portando nada bien con mi amiga).

Apenas hay un par de redactores y no muchos más en el departamento de Contabilidad. Reuniones, saqueo de la máquina de chocolatinas, el señor irascible-sexo increíble los ha despedido a todos... cabe cualquier posibilidad.

Maddie se apunta y las tres seguimos charlando de tonterías en mi mesa. Además, les recuerdo que tenemos que estar en la tienda de Valentino en la Quinta Avenida a las cuatro.

No llevamos más que unos minutos cuando un ruido seco, fuerte, nos distrae. Viene del despacho de Bentley. Las tres miramos hacia allí a la vez.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritan, y por el siguiente discurso a pleno pulmón en francés, es obvio que es Bridgitte—. ¡Eres un hijo de puta, Bentley!

Abrimos los ojos como platos también a la vez. ¿Qué demonios está pasando?

La puerta se abre. Para no ser descubiertas, las tres nos parapetamos tras mi pequeña pared de pladur. Está claro que ninguna quiere perderse un solo detalle.

—¡No me puedo creer que te atrevas a hacerme esto! —grita Bridgitte saliendo del despacho con su minibolso de Edie Parker y su nadadora *vintage* bailando sobre sus pantalones vaqueros muy cortos. Bentley sale tras ella increíblemente tranquilo y se detiene a unos pasos de la puerta—. *Misérable bâtard, fils de pute!* —añade deteniéndose en mitad de la redacción y volviéndose—. Soy la próxima portada de *Vogue*. Tú no me dejas, te dejo yo a ti.

Creo que el aire se evapora de mis pulmones. ¡¿La ha dejado?! ¡Por eso quería hablar con ella!

Se arranca el anillo del dedo y se lo lanza con rabia. La sortija se estrella en el pecho de Bentley y cae al suelo. Él no hace el más mínimo gesto.

Bridgitte llama al ascensor. Está en planta y las puertas se abren de inmediato.

—*Comment as-tu osé me quitter?* —masculla cruzándose de brazos ya dentro del elevador, que, si el francés que recuerdo del instituto no me falla, viene a decir algo así como «¿cómo te has atrevido a dejarme?».

Bridgitte vuelve a alzar la mirada y, con los ojos clavados en Bentley, escupe con desdén sobre el suelo de *Spaces*, justo antes de que las puertas se

cierren.

—¿Creéis que le ha echado una maldición zíngara? —pregunta Maddie sin dejar de mirar la escena—. Tengo que aprender francés de una maldita vez —se lamenta.

Bentley se humedece el labio inferior, pensativo, y sin más gira sobre sus pies y entra de nuevo en su despacho ante la atónita mirada de los redactores que aún están por aquí y tres servidoras.

—No me lo puedo creer —comenta Álex, alucinada—. La ha dejado. ¿Por qué?

Yo también me muero por saberlo. Espero que no lo haya hecho por lo que pasó entre nosotros. ¡Eso sería una estupidez! ¡Nosotros no podemos estar juntos! ¡Voy a casarme con Charles!

Un carraspeo absolutamente intencionado a nuestra espalda tensa el cuerpo de las tres en el mismo segundo. Nos incorporamos rápido y creo que vemos al señor Miller a la vez. Maldita sea, nos ha pillado con las manos en la masa.

Maddie lo mira, nos mira, vuelve a mirarlo y frunce los labios a la vez que asiente varias veces.

—Una pared muy resistente —dice de pronto golpeando mi minipared de pladur con la palma de la mano—. Se lo comunicaré de inmediato al señor Riley.

Alza la barbilla y, con toda la osada poca vergüenza del mundo, echa a andar hacia el despacho de su marido como si no hubiese pasado nada.

Álex y yo nos miramos. Si soy la última en quedarme, me comeré la regañina.

—Tengo... —carraspeo cogiendo la primera carpeta de mi escritorio—... tengo que entregar estos papeles urgentemente.

Y sin dudar me marcho a paso veloz hacia el departamento de Marketing.

—A mí no me mire —oigo que sentencia Álex sin ningún remordimiento, echando a andar hacia los ascensores—. Yo ni siquiera trabajo aquí.

El resto del día es de lo más confuso. Estoy completamente convencida de que Bentley no ha roto con Bridgitte por mí. ¡Es imposible! Los dos tenemos demasiado claro lo que hay entre nosotros. Sin embargo, al mismo tiempo, no puedo evitar darle vueltas y más vueltas al asunto.

Para cuando me monto en el SUV del señor irascible-sexo increíble con Maddie, he pensado y repensado tantas veces la misma idea que estoy de un humor de perros y no debería, maldita sea, estoy a punto de comprarme un Valentino. En estos sitios está prohibido estar de mal humor.

—Encantada de conocerla en persona, señorita Stevens —me saluda una mujer saliendo a nuestro encuentro. Tiene unos cuarenta y muchos años y es el dibujo de la elegancia subida a unos Elie Saab—. Soy Rosalee Mayfeld, hablamos por teléfono.

Sonrío y le estrecho la mano que me tiende.

—Ella es Maddie Riley —la presento, señalándola—. Será mi dama de honor.

Ambas se saludan.

—Creí que tendría dos damas de honor —apunta Rosalee Mayfeld sabiamente.

—Y yo —respondo molesta a) porque Álex, que es la puntualidad personificada, esté llegando tarde ahora, y b) porque esta mujer se está metiendo claramente donde no la llaman.

—Debe de estar a punto de llegar —la excusa Maddie.

La directora de la tienda asiente con una sonrisa y nos hace una seña para que la sigamos.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Maddie en un murmullo.

—Claro que sí —contesto a la defensiva—. ¿Es que no se me nota?

—No —replica como si fuera obvio, y, en cierto modo, supongo que lo es, antes de echarse a reír.

La fulmino con la mirada.

—Se me nota y mucho —sentencio aún de peor humor—, pero tú no te estás dando cuenta.

Nos llevan hasta una bonita sala de un suave color cereza y dos chicas nos toman medidas. Después, es la propia Rosalee Mayfeld quien se sienta con nosotras a una mesa, donde nos sirven *champagne* rosado y *macaroons* y me pregunta cómo quiero que sea mi vestido.

Están seleccionando unos modelos para hacer las primeras pruebas cuando la puerta de la coqueta salita se abre y Álex entra atropelladamente.

—¿Dónde demonios estabas? —digo como saludo.

—Lo siento muchísimo —se disculpa—. El tráfico estaba imposible.

Aprieto los labios. ¡No quiero estar enfadada! ¡Hoy no!

—¿Tenía que ser hoy el primer día que llegaras tarde a algún sitio? —me quejo.

—Estoy aquí, ¿no? —se defiende. De pronto parece caer en la cuenta de algo—. ¿Por qué estás tan enfadada?

—Dejad de decir eso —vuelvo a protestar y vuelvo a hacerlo a la defensiva—. No estoy enfadada.

Apuro mi copa de *champagne* rosado de un trago y me levanto de un salto, aunque sólo lo hago para alejarme un par de pasos. Por mucho que me gustase, no puedo marcharme más lejos.

Álex y Maddie se miran y parecen mantener una conversación telepática.

—Siento haber llegado tarde justo hoy —se disculpa Álex, y lo hace llena de sinceridad—, pero, al margen de eso, ¿todo va bien?

Las miro. La verdad es que quiero decirles, gritarles, que estoy hecha un lío y también muy enfadada. No sé por qué Bentley ha roto con Bridgitte y sólo espero que no sea por todo lo que ha pasado desde que volví, por lo que casi pasó en el ascensor, por lo que sí pasó en su apartamento.

—Sí, estoy bien —miento con un tono mucho más calmado, porque lo otro es demasiado complicado incluso para decirlo en voz alta.

La puerta vuelve a abrirse y es Rosalee para acompañarme al probador. Sus empleadas entran con varios vestidos y, diligentes, los cuelgan en perchas repartidas por toda la estancia al tiempo que yo me subo en una especie de taburete gigante hecho a mano.

Unos minutos después estoy de vuelta en la pequeña salita donde me esperan Maddie y Álex. Al verme, las dos suspiran admiradas y se levantan con sendas sonrisas de pura felicidad en los labios.

—¡Es precioso! —exclama Maddie.

—Estás preciosa —sentencia Álex.

La señora Riley asiente convencidísima.

—Muchas gracias, chicas.

Las dos vuelven a mirarse, confusas.

—Pero ¿tú te has visto? —pronuncia Maddie tirando de mí y llevándome hasta el centro de la estancia, hasta un enorme espejo de tres piezas enmarcado con madera blanca envejecida.

Al ver mi reflejo, sonrío. Ninguna chica puede no sonreír viéndose así vestida. El traje es entallado en la parte superior con una sutil y delicada

pedrería. En la cintura se abre y todo se vuelve tul y gasa blanca, exactamente como las niñas imaginamos nuestro vestido de novia, como el que lleva Cenicienta cuando se casa con el príncipe... pero no me siento como pensé que me sentiría... y eso me enfada aún más.

—¡Todo es culpa de Bentley! —estallo, y algo dentro de mí toma el control, impidiéndome pensar.

Me alejo de los espejos y, ante la atónita mirada de Maddie y Álex, salgo de la salita y cruzo la tienda.

—¡Lauren! —me llaman a mi espalda, pero no me detengo.

Bentley me está arruinando este momento. ¿Por qué ha dejado a Bridgitte? ¿Por qué no ha seguido adelante con su boda? Se supone que cada uno estaba con quien debía estar. Los dos llegamos a esa conclusión cuando volvimos a encontrarnos. ¿Por qué no ha podido seguir con el plan? ¿Por qué ha tenido que hacer que me lo cuestione todo? ¡Era un plan perfecto, maldita sea!

Salgo de la tienda y paro un taxi de un silbido. El conductor abre los ojos como platos cuando me ve con el vestido de novia, pero yo decido ignorarlo y me monto en el Chevrolet amarillo.

—Al trescientos cuarenta y cinco de la 73 Este.

—¡Lauren! —gritan las chicas corriendo hacia mí, acompañadas de una Rosalee Mayfeld a punto de sufrir un microinfarto.

—Guapa, ¿estás robando ese vestido? —inquire el taxista.

—Claro que no. ¿Por quién me toma? —me quejo—. Arranque de una maldita vez.

El hombre se encoge de hombros, seguro que no es lo más raro que ha visto en Nueva York, ni siquiera lo más raro que ha visto hoy, y se incorpora al tráfico justo cuando la puerta de la tienda se abre atropelladamente y todas salen de ella.

Pago al taxista con los veinte pavos para emergencias que siempre llevo escondidos, no os diré dónde, y me bajo frente al edificio de Bentley. Recorro el bonito bloque de piedra color tierra con la mirada y entro decidida.

Llamo a su puerta y espero a que me abra, pero la paciencia no es lo mío y empiezo a golpear la madera con insistencia.

—Pero ¿qué demonios...? —protesta abriendo y al verme, imagino que sobre todo por el vestido de novia, la pregunta se queda a medias en sus labios. Involuntariamente, yo también me fijo en su aspecto: vaqueros,

camiseta azul, descalzo. Estimado presidente, haz algo útil por el pueblo americano y prohíbe que los hombres guapos vayan descalzos.

—¿Qué haces aquí? —acierta a preguntar al cabo de un par de segundos.

—¿Tú qué crees que hago aquí? —replico enfadada, cerrando con rabia los puños junto a mis costados—. ¡Has roto con Bridgitte!

Bentley deja escapar todo el aire de sus pulmones, malhumorado, y sin ninguna delicadeza tira de mí y me mete en su piso, cerrando a mi paso.

—¿De dónde vienes? —pregunta—. ¿Qué coño haces así vestida?

Lo cierto es que no puedo culparlo. No tengo ni la más remota idea de cómo habría reaccionado si él se hubiera presentado en mi apartamento con el esmoquin de su boda con otra. Bueno, sí lo sé, y dejémoslo en que, si estuviéramos dentro de la película *Minority Report*, Tom Cruise ya me habría detenido.

—¿Por qué has roto con Bridgitte?

—¿Te estabas probando el vestido de novia? —inquieta aún más atónito y mucho más cabreado.

—¿Por qué has roto con Bridgitte?

—¡Maldita sea, Lauren! —estalla—. ¡Contéstame!

—¡Sí! —grito—. Me estaba probando mi vestido de novia y ese momento, que debería haber sido uno de los más felices de mi vida, ha sido un absoluto desastre por tu culpa.

Bentley se tapa los ojos con las palmas de las manos y bufa exasperado a punto de perder el maldito control.

—Se supone que ibas a casarte con ella, que era la mujer para ti, igual que Charles es el hombre para mí. ¡Es todo lo que debe ser!

Bentley frunce el ceño sólo un segundo y puedo ver cómo su enfado crece aún más.

—Entonces, ¿qué coño haces aquí?

—¡Decirte que te odio! —chillo con rabia.

Maldita sea, ¿era eso? ¡Estoy tan cabreada!

—¿Por qué has roto con Bridgitte? —me reconduzco.

—Joder, vas a volverme completamente loco —ruge con la voz amenazadoramente suave—. Regresa a esa maldita tienda, cástate con Charles, sé feliz. ¿Es eso lo que quieres oír? ¿Mi maldita bendición? He dejado a Bridgitte porque no podía tocarla sin imaginar que eras tú, porque

han pasado cinco años y te me has vuelto a meter bajo la piel. No quiero que seas feliz con Charles, no quiero que te cases con él. Quiero arrancarte ese maldito vestido a tiras y que te quedes conmigo.

—No puedo —respondo, y las lágrimas comienzan a bañar mis mejillas sin ningún control.

—Sí, puedes —replica sin piedad.

—No, no puedo. —Estoy enfadada. Estoy triste—. Yo ya elegí. Ya tomé las decisiones que quería tomar y tú no eres ninguna de ellas.

—Pues lárgate —sentencia con sus ojos más verdes que nunca sobre los míos—. Dejé a Bridgitte porque no es la vida que deseo, y tú tienes que aprender a distinguir de una maldita vez entre lo que deberías querer y lo que en realidad quieres, por mucho que asuste.

Está siendo muy injusto. Lo nuestro ya tuvo su oportunidad. Ya salió mal. Me costó demasiado aprender a estar sin él. ¿Por qué ahora tiene que ponérmelo tan difícil?

—Entonces lo mejor será que no volvamos a hablar ni a quedarnos a solas —sentencio con la barbilla alta y la cara llena de lágrimas.

Bentley no dice nada. Se hace a un lado y me deja el camino libre hasta la puerta, diciéndome con sus movimientos lo que ya me ha dicho con palabras. Yo tampoco digo nada más y salgo de su apartamento.

Voy a casarme con Charles porque es lo que quiero. No lo que debo. Y Bentley Sandford es el mayor error de mi vida.

Cojo otro taxi y regreso a la tienda de Valentino. Ya a unos metros del lujoso edificio, puedo ver a Maddie y a Álex sentadas en el escalón de la tienda preocupadas, mientras Rosalee Mayfeld, en el interior, no para de dar inconexos paseos y hacer aspavientos con las manos.

—¿Alguna puede prestarme doce dólares para pagar el taxi? —digo con voz de pena, asomando la cabeza por la ventanilla.

Aunque lo hubiese intentado, tampoco creo que hubiese tenido posibilidades de poner otra voz, llevo llorando todo el camino.

Al reparar en mí, las dos suspiran aliviadas y se levantan de un salto. Maddie camina veloz y paga al conductor la carrera.

—¿Estás bien? —inquire Álex saliendo a mi encuentro.

Yo asiento bajándome del taxi.

—Sí, creo que sí —me sincero.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta Maddie.

Voy a contestar, pero la puerta de la tienda se abre con un brusco tirón y el repiquetear acelerado de unos tacones nos distrae a las tres.

—Es usted una impresentable —me espeta Rosalee Mayfeld.

—¿Puede darnos un minuto? —le pido abatida—. No se preocupe, me quedaré el vestido.

—¿Cheque o tarjeta? —inquire con desdén.

—MasterCard —respondo—. Crédito —añado.

Ni siquiera sé cuánto cuesta. Voy a estar pagando el vestido de mi boda hasta el 2092.

La dependienta asiente y se marcha dentro. Después de mi huida, seguro que se queda pegada al escaparate para asegurarse de que entro a pagar.

La sigo y me siento en el escalón de la tienda. Maddie y Álex me imitan y, gracias al tul, parece que a las tres nos han cubierto de algodón de azúcar.

—Me he acostado con Bentley —confieso.

—¿Cuándo? ¿Ahora? —inquire alarmada Maddie—. ¿Con el vestido de novia?

—Claro que no —me quejo—. Fue la noche que murió su madre. Lo hice porque me necesitaba. Necesitaba huir de todo el dolor que estaba sintiendo. No me arrepiento —aclaro, porque es la pura verdad. Recuerdo lo triste que estaba, lo perdido, lo solo, y se me parte el corazón—. Quiero a Charles y voy a casarme con él, pero, si reviviese ese día, volvería a hacerlo.

Las dos se toman un segundo para reflexionar sobre mis palabras. Sé que me han entendido y sé que las dos habrían hecho exactamente lo mismo por Ryan o por Charlie.

—Nunca debí volver a Nueva York —me lamento.

—No digas eso —me pide Maddie.

—Bentley me ha pedido que me quede con él —murmuro, y siento el mismo nudo en el estómago, esa mezcla de nervios, felicidad, miedo y mariposas que sentí cuando me lo dijo—. ¿Qué pretendía que contestara a eso? ¿Que lo dejara todo? ¿Que me marchara con él? Nosotros ya lo intentamos y todo se fue al traste. Charles es lo que quiero, mi míster perfecto. Él no me hará sufrir. Lo sé.

Pero no es Bentley. Y es la última vez que me permito pensarlo.

Me dejo caer contra la puerta y, un segundo después, Maddie y Álex lo hacen cada una sobre uno de mis hombros.

—Voy a casarme con Charles —sentencio.

—Más te vale —replica Álex—, acabas de pagar dieciocho mil dólares por este vestido.

—Maldita sea —me lamento.

Valentino debería tener descuentos para novias a punto de casarse con vidas sentimentales truculentas.

* * *

Hoy es 12 de agosto. Hace más de un mes que no veo a Bentley si no es a lo lejos mientras yo estoy en mi departamento y él en la redacción de *Spaces*. Nos las hemos apañado para no coincidir en las mismas reuniones y fuera del Riley Group no nos hemos visto ni una sola vez. Sólo nos hemos dedicado cincuenta y tres palabras: veintisiete «hola», dieciocho «adiós», cinco «gracias» y tres «por favor».

Es lo que quería, estoy completamente segura, pero no puedo evitar sentirme extrañamente confusa, como cuando nunca tomas café, pero entonces vas al médico, te haces un análisis y te dice que no puedes volver a probar el café porque tienes la tensión alta y de pronto, sin ni siquiera entenderlo, desearías encerrarte en un Starbucks y tirar la llave. El ser humano es complicado, supongo.

También faltan diez días para que me case. «Lauren Stevens y míster perfecto tienen el placer de invitarlos a su boda.» No sé por qué, pero pensé que me sentiría más feliz.

—¿Quería verme? —inquiero asomándome al despacho del señor Miller.

Él asiente.

—Acérquese —me pide haciéndome un gesto con la mano.

Paso y cierro tras de mí. En ese tiempo, mi jefe rodea su mesa y se sienta en el borde de ella.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunto deteniéndome frente a él y tendiéndole la tarjeta de memoria con los informes que hemos estado revisando hoy.

La coge y la guarda en una de sus manos.

—Ha llegado el momento.

Frunzo el ceño, confusa.

—El momento, ¿de qué?

—De esto —responde señalando vagamente a su alrededor con sus gafas—. Es todo suyo. Acabo de firmar mi renuncia en Recursos Humanos.

Abro la boca absolutamente atónita. Sabía que este día llegaría, pero no tenía ni idea de que sería hoy, ya.

—Enhorabuena, señorita Stevens. Es usted la nueva directora del departamento de Contabilidad del Riley Enterprises Group.

Balbuceo una respuesta o, por lo menos, un intento, porque lo cierto es que no sé qué decir.

—¿Y está bien? —pronuncio al fin.

Conforme la formulaba me ha parecido más y más estúpida, pero después ha dado extrañamente la vuelta y ahora me parece de vital importancia preguntárselo.

El señor Miller rompe a reír sincero.

—Claro que sí, ¿por qué no iba a estarlo?

Me encojo de hombros suavemente.

—¿No lo echará de menos?

Mira a su alrededor sopesando mi pregunta.

—Supongo que sí, pero ¿sabe qué?, también tengo ganas de empezar una nueva etapa. Eso no suele ocurrir a mi edad.

—No diga tonterías, señor Miller. Está hecho un chaval.

Sonríe resignado y yo no puedo evitar devolverle el gesto, aunque la mía es más traviesa, como la de una niña hablando con su abuelo.

—Creo que echaré de menos esa sonrisa.

—Pórtese bien con sus empleados —me advierte. ¿Con esos panolis? Prometo pensármelo— y no deje que Matel la ningunee.

—No se preocupe, jefe. Tengo al monstruo de los Fraggles controlado.

Ahora es él el que no puedo evitarlo y sonrío abiertamente. Sospecho que echará de menos mis insensateces (aunque, ahora que he madurado, no hago muchas).

Toma aire, se levanta, rodea su mesa y marca el código en la discreta consola, el cajón se abre y guarda una tarjeta en él por última vez. El señor Miller también lo sabe y, antes de volver a cerrar el mueble, deja la palma de su mano suavemente sobre las tarjetas lleno de nostalgia, pero también con el orgullo de haber hecho un trabajo excelente durante más de treinta años.

Finalmente cierra el cajón, recoge su maletín y se dirige hacia la puerta.

—Adiós, señorita Stevens.

—Adiós, señor Miller.

Lo observo recorrer su despacho por última vez.

—Ha sido un honor trabajar con usted —le digo, porque de verdad lo siento.

Él se detiene justo antes de alcanzar la puerta.

—¿Sabe? —llama mi atención girándose—. No me lo ha preguntado.

Vuelvo a fruncir el ceño. Hoy está de lo más misterioso.

—¿El qué? —inquiero a mi vez.

—Si podrá tener secretario.

Los dos sonreímos. ¡Es cierto!

—Sé qué hará que me sienta orgulloso.

—Gracias. —Por todo, jefe.

El señor Miller me sonrío por última vez, un día de últimas veces sin duda alguna, y se marcha definitivamente.

Contemplo la puerta unos segundos, casi un minuto entero, y suelto un profundo suspiro. Giro sobre mis pies despacio, observando cada rincón y, con una suave sonrisa en los labios, me marchó. Voy a echarlo mucho de menos.

* * *

—Hola —lo saludo tras empujar suavemente la puerta de su despacho entreabierta. Es tardísimo, pero sabía que seguiría aquí—. Ya no está.

Ryan alza la cabeza de los documentos que revisa, de pie tras su mesa, y me mira, sólo un segundo, antes de concentrarse de nuevo en su trabajo.

—Creo que lo echaré de menos —añado caminando hasta colocarme al otro lado de su escritorio.

Ryan no contesta, pero no me importa. Ya estoy acostumbrada. En este último mes he venido muchas veces a este despacho, a estas horas laborales intempestivas, a fingir hablar con él para escucharme en voz alta y calibrar si estoy a punto de cometer una estupidez. Ryan nunca dice nada, ni siquiera levanta la vista de sus papeles, pero algo me dice que me escucha y me manda señales telepáticas, algunas del tipo «lárgate de mi despacho, perturbada», pero otras más de amigo como «te entiendo» o «no te preocupes, lo estás haciendo bien».

—Va a ser raro, ¿sabes? —continúo.

Silencio.

—Y en el fondo no sé por qué. Siempre he sabido lo que quería, pero creo que ahora que lo he conseguido es como si las piezas no terminaran de encajar. —Suelto un suave suspiro—. A veces pienso que a lo mejor me equivoqué y tendría que buscar algo más, que aún no tengo todo lo que necesito, o no es como necesito que sea o... —No es quien necesito que sea. Vuelvo a suspirar. Me niego a poner en voz alta esa posibilidad—. O quizá sólo esté nerviosa porque me caso en diez días. —Sonrío inquieta, no feliz, y eso me pone aún más inquieta—. Seguro que tú no lo estabas, rey del autocontrol —me quejo torciendo los labios, poniendo un poco de humor porque estoy empezando a cansarme de que todo sea confusión y dudas y pensar en quien no debo pensar.

De nuevo, silencio.

—Es un placer charlar contigo, señor Riley —concluyo girando sobre mis pies y dirigiéndome a la puerta.

—O quizá estés nerviosa precisamente por lo que ya tienes.

Sus palabras me detienen en seco y me giro con una incrédula sonrisa en los labios. Me está hablando, aunque, francamente, no acabo de decidir si me gusta lo que me ha dicho.

—¿A qué te refieres?

—Exactamente a lo que he dicho.

—Tengo todo lo que quiero —me defiendo—. Soy directora de departamento, tengo a Charles y una vergonzosa cantidad de zapatos.

Ryan me mantiene la mirada con sus ojos azules fríos e intensos al mismo tiempo.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—No hay ningún problema —protesto, otra vez a la defensiva.

—Sólo estás nerviosa.

—Por mi boda.

—Con Charles.

—¿Con quién, si no? —replico con la voz más aguada de lo que hubiese querido.

—Si no lo sabes tú... —repite el muy hijo de su madre.

—Claro que lo sé —sentencio—, y lo tengo muy claro, clarísimo —especifico con vehemencia—. Sin una sola duda.

Ryan no dice nada y vuelve a sus papeles mientras yo, con los ojos

entornados sobre ese torso de escándalo, comienzo a recapacitar sobre esta conversación. Si tengo tan claro que no hay ningún problema, ¿por qué me empeño en darle vueltas? Y si de verdad no hay ninguna duda, ¿por qué he necesitado decirlo en voz alta esta cantidad absurda de veces?

—Creo que prefería cuando no hablabas —afirmo cruzándome de brazos.

Ryan se encoge de hombros.

—¿Sabes que esto significa que oficialmente somos amigos? —le recuerdo.

Sonríe suavemente y su gesto se contagia en mis labios. Prefiero quedarme con este resumen de la conversación, es mentalmente más sano.

—Vaya, el señor irascible y yo amigos, ¿quién lo habría dicho?

—Fuera de mi despacho —sentencia con la mirada clavada en sus papeles.

Sonríe orgullosa de este logro social, giro sobre mis Neil J. Rodgers de nuevo y me encamino hacia la puerta con el paso seguro. Antes de salir, lo observo y veo un inicio de sonrisa en sus labios.

Sabía que me escuchaba, el muy cabronazo.

* * *

—Pediremos comida china y no saldremos de la cama en todo el día —le propongo a Charles con una sonrisa, abrazándolo por detrás mientras él abre la puerta de nuestro apartamento.

Él sonríe de esa forma con la que siempre me dice que cree firmemente que me falta un tornillo, pero que le parezco adorable, y empuja la puerta.

Charles separa una de las sillas, deja su maletín y vuelve a empujarla hasta colocarla en su sitio. Yo voy hasta nuestro dormitorio, lanzo mi bolso sobre la cama y me bajo la cremallera de mi vestido camino del vestidor. Estoy deseando ponerme cómoda.

—¿Comer? ¿En la cama? —pregunta extrañado desde el salón, quitándose la chaqueta y dejándola perfectamente colocada sobre el respaldo de la silla.

—Sí —contesto con la misma sonrisa que antes, asomando mi cabeza desde el vestidor—, es romántico.

Charles frunce el ceño con ese toque de condescendencia británica.

—Y un poco incómodo, ¿no crees? —sentencia cogiendo el correo y empezando a revisarlo—. Mejor, ¿por qué no vamos a cenar a ese italiano tan bueno de la 82?

Estoy a punto de quitarme las medias cuando decido terminar de convencerlo poniendo en práctica uno o dos truquillos que siempre funcionan en las pelis.

Me retoco el pelo y salgo al salón caminando fingidamente inocente, sólo con la ropa interior negra de encaje, mis medias al muslo y mis tacones.

—Creo que, si nos lo proponemos, no será nada incómodo.

Charles alza la cabeza y me observa de arriba abajo. Yo pongo morritos y levanto un hombro. Eso es sexy, ¿no?

—¿Piensas cenar así vestida?

Asiento.

—Porque pienso cenar en nuestra cama.

Charles sonrío y suspira, armándose de paciencia. ¡Armándose de paciencia! ¿En serio?

—Vístete y vámonos a cenar —me pide echando a andar hacia la cocina.

Abro la boca absolutamente alucinada.

—¿Te das cuenta de que sólo llevo una lencería supersexy y unos tacones de veinte centímetros? —me quejo saliendo tras él.

Charles sirve dos copas de un vino blanco francés carísimo.

—Claro que me doy cuenta, Florecilla. ¿Y exactamente qué pretendes conseguir con eso?

Vaya. Esa pregunta me ha pillado fuera de juego. De pronto me siento como si me estuvieran haciendo un examen.

—Provocarte —murmuro señalándolo con ambos índices y haciendo algo parecido al inicio de un baile sexy.

—¿Por qué?

—Porque es divertido... —o por lo menos lo era, ya no estoy tan segura. Él ladea la cabeza esperando a que continúe... y porque es una manera de salirme con la mía.

—¿Y te das cuenta de lo pueril que suena eso?

Frunzo el ceño, confusa. Tengo treinta y un años. Charles, treinta y tres. Somos adultos. Supongo que intentar hacer saltar al otro de la manera que sea es un método poco maduro.

—Supongo —murmuro, pero no estoy segura de estar convencida.

Charles sonríe.

—Perfecto. Vístete. Saldremos a cenar.

Asiento débilmente y regreso de vuelta al vestidor. Apenas me he alejado unos pasos cuando el rumor de la televisión al encenderse y saltar la sintonía de noticias de la CNN me distrae. Echo la cabeza hacia atrás sin dejar de caminar y observo a Charles concentrado en la pantalla, donde est n hablando de Wall Street mientras se bebe con elegancia el vino.

Ya en mi habitación, apoyada en la puerta del vestidor, trato de recordar todas las pelis en las que la chica hace exactamente lo que he hecho yo para salirse con la suya, sobre todo trato de recordar cómo reacciona el chico. De pronto me veo rebuscando en mis propias experiencias sentimentales, en las de mis amigas. Imagino cómo reaccionarían Ryan, James, incluso Max, sólo que, claro, con él visualizo a Ryan Gosling en bóxers, una idea con la que todos salimos ganando. Jugando al peligro, también pienso cómo habría reaccionado Bentley. Habríamos jugado, me habría torturado de esa manera tan deliciosa, nos habríamos reído y probablemente habríamos acabado con una sesión de sexo espectacular sobre la isla de la cocina.  Por qué eso tiene que estar mal?  Por qué no puede ser el comportamiento de dos adultos maduros y responsables?

Me sorprendo a mí misma pensando en otra película. Hace mucho dije que yo era Sally, pero que no buscaba a Harry, que me quedaría con ese otro que conoce antes, pero con polvos sobre el suelo de losas mexicanas. Ya he encontrado a ese tipo, así que bien,  d nde est  mi sexo descontrolado sobre cerámica hispanohablante?

Resoplo y alcanzo de nuevo el vestido que acababa de quitarme. Quizá no debería mortificarme. Tal vez cada cosa llegue cuando tenga que llegar. Sonrío. El universo también necesita su propio tiempo. El amor puede con todo, mueve montañas, separa continentes, acabó con los dinosaurios... Creo que he perdido la línea argumental. Me giro hacia el espejo, saco el *gloss* que, como chica previsoras, siempre dejo enganchado en el adorno del marco, y me retoco los labios. Puede que cada pieza de nuestra vida en común necesite un tiempo para encajar donde debe encajar... aunque yo nunca he sido una mujer demasiado paciente.

—Universo, date mucha prisa —digo mirando hacia arriba—. El sexo sobre islas de cocina es fundamental para la vida de un matrimonio.

* * *

Hoy es 21 de agosto. ¡Mi despedida de soltera! Tiembla, Nueva York.

Lo tenemos todo planeado. Esta noche tiene que quedar grabada en nuestras memorias para siempre, así que hemos decidido revivir los viejos tiempos y sólo saldremos Maddie, Álex, James y yo. Sin novios, sin mujeres, sin señores irascible-sexo increíble. Sólo nosotros. *The originals*.

Nos vamos a The Vitamin, por supuesto, y para hacer la fiesta aún más mítica, en nuestro pub favorito es la noche de los ochenta y toda la música que suena es de esa época. Sobra decir que tardamos aproximadamente diez minutos en estar con un Martini Royale en la mano, bailando y cantado *Girls on film*, de Duran Duran, a pleno pulmón en la pista improvisada en el centro del local, con todo el local. ¡Qué gran década!

—¡Ha sido alucinante! —grito para hacerme oír por encima de los vítores de la gente y de la siguiente canción que ya empieza a sonar—. ¡Necesitamos otra copa! —convengo, y los tres asienten.

Me acerco a la barra tarareando la nueva canción, aunque no recuerdo cómo se llama, a la vez que muerdo la cañita de mi cóctel apurando hasta la última gota. Alzo la cabeza en dirección a la barra. La canción se traba, como si no estuviese bien grabada. Me freno en seco y, como el resto de los presentes, comienzo a mirar hacia los altavoces, como si fueran unas ventanas mágicas hacia la cabina del DJ o la lista de Spotify que esté sonando. Sin embargo, dan la canción anterior por imposible y comienza a sonar *Every breath you take*, de The Police. ¡Adoro este bar!

Sonrío como una idiota y vuelvo a dirigirme hacia la barra. La puerta del local se abre. Entran tres chicas hablando entre ellas, Max y, coincidiendo con el estribillo de la canción, como si fuera mi vídeo musical particular de mi canción favorita, entra él, Bentley, mi actor favorito.

Nuestras miradas se encuentran al instante y, después de todo lo que nos dijimos en su apartamento, de mes y medio sin apenas vernos, sin casi dirigirnos la palabra, no se me ocurre otra cosa que sonreír y él sonrío conmigo.

Tras unos segundos llenos de todas las cosas de lo que pueden estar llenos los segundos, camina hacia mí.

—¿Un paseo? —Y en realidad ni siquiera sé si lo pregunta, pero, de todas y cada una de las formas, la respuesta es sí.

Salimos y empezamos a caminar sin que ninguno de los dos diga a dónde, perdiéndonos por el corazón de la ciudad que adoramos. Sin hablar. Sólo disfrutando de que el otro esté ahí, así de cerca. De pronto el tiempo se vuelve flexible y parece que deja de importar o, por lo menos, ya no importa tanto. Estos cuarenta y cinco días se encogen hasta ser sólo uno y también se vuelve mágicamente selectivo y no nos hemos gritado, no hemos pedido olvidarnos. Sólo somos él y yo. Sólo somos él y yo y Times Square una noche de verano.

—¿Y cómo lo llevas? —inquiero.

—Estoy bien —responde, y suena sincero y sereno. Parece que el dolor por la muerte de su madre se ha hecho un poco más pequeño y eso me hace muy feliz—. Molly y yo vamos a Glen Cove muy a menudo para estar con Malcom. Ha decidido volver al trabajo.

Sonrío. También me alegra que Malcom esté mejor y, sobre todo, que Bentley lo haya dejado entrar en su vida.

—Me alegro.

Ahora es él quien sonrío.

Nos mezclamos con un grupo de chicos. No deben de tener más de diecisiete años. Miran asombrados los neones, los taxis, la gente, sin dejar de murmurar admirados, grabándolo todo con sus teléfonos móviles.

Los dos nos miramos y sonreímos.

—Parece que es su primera noche en la gran ciudad —comento divertida—. ¿Recuerdas la tuya, Bentley Sandford?

—¿Quiere que haga memoria, señorita Stevens? Creo que soy demasiado mayor —se contesta a sí mismo al cabo de un segundo.

Yo sonrío, casi río.

Desde las icónicas escaleras rojas, una chica canta con su guitarra una preciosa versión de *Ordinary world*, de Duran Duran.

—¿No te acuerdas de tu primera noche de aventuras con los Riley en Manhattan?

—Ha habido tantas... —responde fingidamente resignado.

Frunzo los labios por semejante arrogante respuesta y, cuando él hace lo mismo, no tengo más remedio que echarme a reír.

—¿Y qué me dices de la tuya? —pregunta cuando mis carcajadas menguan—. ¿Una Hannigan-Parker-Stevens aventura?

—Por supuesto, pero te informo de que fue una Stevens-Hannigan-

Parker aventura.

Los dos sonreímos. Las luces brillan. La brisa sopla cálida. El rumor de la marea de coches se mezcla con el resto de los sonidos, dándole voz propia a cada pequeño segundo.

—¿Por qué has ido a The Vitamin justo esta noche? —inquiero, y realmente no sé por qué lo hago, no sé qué espero escuchar, pero algo dentro de mí necesita hacer justamente esa pregunta.

Bentley se detiene y se gira hacia mí. Yo hago lo mismo y nos quedamos frente a frente, en mitad de Broadway.

—¿Por qué has ido tú a The Vitamin?

Dudo, porque ese mismo algo dentro de mí no quiere contestar.

—Estoy celebrando mi despedida de soltera. Mañana me caso con Charles.

Bentley asiente suavemente sin liberarme de sus ojos verdes.

—Ése es un buen motivo para ir a un bar —sentencia con una tenue sonrisa, que no le llega a los ojos.

—Habría preferido que eligieras cualquier otro bar.

Y las palabras suenan como una mentira. Puede que sí, que lo prefiriese, pero no porque no quisiese verlo, sino porque verlo me da demasiado miedo. Todo resulta tan fácil cuando estoy con él, como si los planetas se alinearan, como si así fuera exactamente como tiene que ser.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás mintiendo?

—Porque me conoces demasiado bien —respondo sin dudar.

—¿Sabes? En este mes y medio tan extraño —acierta a decir, y una sonrisa socarrona se escapa de sus labios. Sí, también ha sido un mes complicado para mí—, he tenido mucho tiempo para pensar y me he dado cuenta de que hay un momento en la vida de cualquier hombre en el que debe comportarse como el hombre que va a ser. Yo llevaba años esperando a que ese momento llegara, pero comprendí que ya lo hizo y fue cuando me dijiste que podías estar embarazada.

Yo aparto la mirada y la pierdo en mis manos. No sé si estoy preparada para escuchar lo que quiera que vaya a decirme, es algo que todavía duele demasiado, pero Bentley me toma de la barbilla y me obliga suavemente a alzar la cabeza de nuevo.

—Si entonces hubiese sabido todo lo que sé ahora, créeme, habría reaccionado de una manera completamente diferente. —Su voz se vuelve más

ronca y sus ojos brillan aún más verdes mientras el mundo a mi alrededor parece haberse vuelto un poco más borroso con cada letra que ha pronunciado—. Sé que ya te he dicho muchas veces lo que estoy a punto de decirte ahora, pero en todas esas ocasiones esas palabras sólo eran un camino para conseguir un fin. He comprendido que también estaba equivocado en eso y esas palabras debían ser el fin por sí mismas: lo siento, Rubia. Siento todo lo que pasó.

Sin darme cuenta empiezo a temblar suavemente. Llevaba cinco años esperando escuchar exactamente eso sin ni siquiera saberlo.

—Espero que seas muy feliz —susurra con la voz enronquecida, siendo todo lo que adoro que sea, Bentley, mi Bentley, el hombre del que me enamoré, del que todavía... Por Dios, estoy tan confundida que duele—. Te mereces serlo.

—Bentley —murmuro absolutamente sobrepasada, casi aturdida, sin saber cómo continuar—. No quiero que te despidas de mí —le digo poniendo voz a lo único en lo que puedo pensar.

Él sonrío otra vez con toda esa suavidad, con toda esa serenidad.

—Yo tampoco —sentencia con una seguridad cegadora—, pero tengo que comportarme como un hombre de verdad.

—No —le pido con la voz entrecortada, apoyando las palmas de las manos en su pecho.

Él presiona una de ellas contra su corazón con una de las suyas, se inclina sobre mí y, tomándome de la mejilla, me da un dulce beso.

—Adiós, Rubia —susurra contra mis labios.

Y antes de que pueda decir nada, de pedirle que no se vaya, que me lleve con él, Bentley se separa de mí y se marcha con el paso seguro y masculino calle arriba, pasándose la mano por el pelo, mezclándose con el resto de neoyorquinos, con los neones, con los taxis amarillos, con la canción que sigue sonando desde cualquier rincón de Times Square, con Manhattan.

Ha sido nuestra despedida.

* * *

Hoy es 22 de agosto. Mi boda. Y definitivamente no me siento como pensé que me sentiría.

Por aquello de mantener las tradiciones, Charles ha dormido en el Four Seasons y yo lo he hecho en nuestro apartamento, sola... lo que me ha dado un tiempo que me ha parecido casi infinito para pensar. También para recordar, cosa nada buena, para imaginar, cosa aún peor, y para comparar, claramente algo muy peligroso.

—Estás preciosa —dice Maddie dando palmaditas en la puerta de la iglesia de Saint Mary.

Álex le entrega su ramo de rosas blancas y las dos se acercan a mí con sus vestidos de damas de honor. Están fantásticas. Audrey y Maverick me sonrían y me saludan con la manita, los dos están guapísimos. James, junto a ellos, se humedece el labio inferior.

—Estás feísima, Stevens —me dice vocalizando, sin emitir sonido alguno, con una canalla sonrisa en los labios.

Yo frunzo los míos.

—Tú sí que estás feo, Hannigan —respondo imitándolo, y es una de las mentiras más grandes que he dicho en todos los días de mi vida.

Los dos nos sonreímos de oreja a oreja y James coge de la mano a su pequeño y, llamando a Audrey, entran en la iglesia. Los niños serán los encargados de llevar los anillos, así que serán los primeros en cruzar el pasillo central.

Las chicas llegan hasta mí. Yo sonrío de nuevo, esta vez más inquieta, pero ¡es que estoy muy nerviosa!

Se acuclillan y comienzan a ponerme bien el vestido y yo vuelvo a pensar, aunque no tengo muy claro en qué. Mi cabeza se llena de odiosas comparaciones, de comida china en camas con Letterman de fondo, de losas mexicanas, de los neones de Times Square, de Chicago, de Nueva York. Empiezo a agobiarme. Creo que me falta el aire.

—Bentley me besó ayer —suelto de pronto.

Álex y Maddie se quedan muy quietas y se miran aún acuclilladas a mis pies.

—Acabáramos —sentencia Álex poniendo los ojos en blanco.

—Especifica —me pide Maddie, incorporándose.

—Ayer lo encontré por casualidad en el bar y nos fuimos a dar un paseo.

—Por eso desapareciste —me señala Álex, acusatoria, con el dedo.

Yo le aparto el índice con un manotazo que ella me devuelve. Yo se lo devuelvo. Ella me lo devuelve a mí.

—Parad —se queja Maddie tratando de no gritar.

—¡Estoy muy nerviosa! —me defiendo, y yo sí grito. ¡No puedo no gritar!

—Siempre me dais las bodas —se lamenta Álex.

—Yo no te di ninguna boda —protesta Maddie.

Álex bufa como respuesta.

—Odio a Ryan. Quiero a Ryan —empieza a decir Álex impertinente, moviendo las manos de un lado a otro—. Odio a Ryan, pero siempre me tiro a Ryan y ahora no sé si casarme con Ryan.

Maddie abre la boca indignadísima y le pega un manotazo en el hombro, Álex se lo devuelve. Maddie. Álex. Maddie. Álex.

—¡Parad! —me quejo.

Son dos damas de honor de pacotilla.

Mi padre sale con una sonrisa de oreja a oreja dispuesto a llevarme al altar. Miro a las chicas aterrorizada. Estoy a punto de tener un ataque.

—Señor Stevens —dice Álex saliendo a su encuentro—, le importaría dejarnos unos segundos...

Él suelta un suspiro mostrando su desaprobación.

—Ya es la hora, Laurie-Rose —me recuerda.

—No tardaremos —sentencia Álex con una sonrisa—. Continúa especificando —añade girándose hacia mí.

—Fuimos a dar un paseo y empezamos a hablar y entonces me pidió perdón por todo lo que pasó hace cinco años, pero no lo hizo como lo había hecho antes, no fue para conseguir nada ni para disculpar su comportamiento, sólo me dijo «lo siento», de verdad.

Las dos ponen cara de enamoradas y el nudo en la boca de mi estómago se hace más grande. Fue el gesto más romántico de la historia y también el más sincero y el más desinteresado. No lo hizo para convencerme de nada, lo hizo por él y, sobre todo, por mí.

—Después me deseó que fuera muy feliz, me besó y se marchó.

Doy el suspiro más largo de la historia de los suspiros. Las chicas me observan. Dios, no puedo seguir pensando en él. ¡Voy a casarme!

—Y tú, ¿cómo te sientes? —inquire Maddie.

—Ése es el problema —protesto alzando las manos, dando el principio de un inconexo paseo hasta que me doy cuenta de que no tengo a dónde ir.

—Laurie-Rose —aparece de nuevo mi padre.

—Ahora no, papá —le pido.

—Pero es tarde —me recuerda.

—Papá, por favor. —Y suena como una mezcla rara entre el gimoteo, la vehemencia y la absoluta desesperación.

Mi padre me reprende con la mirada, pero se marcha.

—Está bien —responde Álex colocándose frente a mí, poniendo en juego todo su pragmatismo—. Seamos prácticas. Analicemos los hechos. ¿Quieres casarte con Charles?

—Sí —contesto sin dudar, y tengo la sensación de que no es más que una mentirijilla piadosa, pero ahora mismo no puedo concentrarme en eso.

—Genial —sentencia—. ¿Y qué te preocupa?

Eso no es una pregunta sencilla, eso es un test de termodinámica avanzada en toda regla. Tomo aire. Me preparo para hablar.

—Que a Charles le falte esa chispa loca y divertida —anuncio.

—No todos los hombres son iguales —me rebate, rauda, Álex.

—Cada uno tiene su propio estilo —añade Maddie.

Asiento. Ellas también. Es cierto.

—Es un estirado ¿y qué? —replico—. Eso también tiene su encanto. Cuando seamos viejos, nos reiremos de cómo nos hemos pasado los últimos cincuenta años sacándonos de quicio mutuamente.

—Bien visto —repite Maddie.

—Siguiendo —me anima Álex.

—Me preocupa que el sexo no sea algo desbocado. Se le da de miedo, pero digamos que para él... —me balanceo tratando de encontrar la manera adecuada de expresarlo— no es una prioridad —suelto al fin.

Las chicas se miran y el corazón se me pone en la garganta. Estoy a punto de balbucear un «decid algo» o romper a llorar, no lo sé, cuando Álex alza el dedo como si acabara de encontrar la solución perfecta a mi problema.

—No importa la cantidad, importa la calidad.

La miro mal. Muy mal. ¿Qué tipo de consuelo manido es éste?

—¡Yo! —exclama Maddie— «Sexo en Nueva York» —continúa a modo de introducción—. Miranda se está quejando de que Steve y ella se han acostado la noche anterior y él se ha enfadado porque ella ha querido que terminaran pronto. «Acabemos de una vez», fueron sus palabras exactas. Miranda piensa que tiene razón: el trabajo, la casa, el crío, eran como las dos de la mañana...

—Ve al grano —la interrumpo casi en un grito.

¿He dicho ya que estoy muy, pero que muy nerviosa?

—El caso es que Miranda les pregunta a las chicas con cuánta asiduidad hacen dibujos con sus chicos, no pueden decir *sexo* porque la pequeña Lillie está delante. Charlotte responde que dos o tres veces por semana. Samantha, todos los días, y Carrie no contesta. Cuando le insisten, ella sólo dice «puede que Big no lo haga todos los días, pero cada vez que pinta se sale del dibujo».

Álex la señala asistiendo y yo asiento enérgica. Gran respuesta.

—Esta duda está claramente resuelta —continúa Álex—. Siguiendo punto.

Tomo aire a la vez que cabeceo.

—El siguiente punto es demasiado complicado —murmuro nerviosa.

El siguiente punto lleva complicándome la vida desde que lo vi por primera vez en el despacho del editor de la revista *Spaces*.

—Venga, vamos, suéltalo —me anima Maddie.

—Vamos —insiste Álex.

Tomo aire otra vez.

—Me da miedo no conseguir olvidarme de Bentley —suelto de un tirón, cerrando los ojos con fuerza.

Ninguna contesta, así que vuelvo a abrirlos. Las dos me están mirando boquiabiertas.

—Laurie-Rose —insiste mi padre, saliendo de nuevo.

—¡Ahora no! —gritamos las tres al unísono.

Se marcha sin decir una sola palabra.

—¿Qué es eso de que no crees poder olvidarte de Bentley? —plantea Álex—. ¿Cuándo has empezado a recordarlo de nuevo?

—Lauren —me llama Maddie dando un paso hacia mí, interrumpiendo a Álex—, míranos a los ojos y dinos la verdad —me pide muy seria—. ¿Alguna de las veces que dijiste que tenías superado lo de Bentley era cierto?

Les mantengo la mirada. No quiero mentirles, pero es que no sé qué contestar a eso.

—Creía que sí —me sincero—. Estaba convencida de ello, pero cuando volví a Nueva York, todo se complicó.

—Las cosas a veces se complican —replica Maddie—, pero creo que ése no es el problema. Tienes que elegir —concluye encogiéndose de hombros.

Álex asiente. Al final todo se reduce a eso, ¿no? Tomo aire por millonésima vez. Una decisión que va a marcar el resto de mi vida.

—Bentley me rompió el corazón —respondo—. No quiero volver a sufrir y con Charles eso no ocurrirá. Lo sé.

—¿Entonces? —me pide Álex.

—Voy a casarme con Charles.

Las dos asienten y creo que las tres soltamos el aire que habíamos contenido a la vez. Álex entra para llamar a mi padre, que imagino que después de cómo le hemos gritado no se atreverá a salir por iniciativa propia de nuevo.

Yo le doy mi ramo de novia a Maddie, me bajo el velo y empiezo a colocármelo bien, pero entonces me doy cuenta de que ella sigue frente a mí, observándome. Yo también la miro a ella. Durante unos segundos nos quedamos así, en silencio. Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa? —musito.

—Nada —se apresura a responder entregándome el ramo y, rápida, camina hasta la puerta.

Mi padre vuelve con Álex y me dedica una sonrisa inmensa. El vestido de novia hace milagros. Yo le devuelvo el gesto y lo tomo del brazo.

—¿Estás lista? —inquire Álex.

Suspiro.

—Sí —sentencio.

Álex asiente a alguien en el interior, imagino que a James. Unos segundos después, una suave pieza de música clásica comienza a sonar y los «ooohhh» admirados se reparten entre los invitados. Está claro que los peques ya deben de estar cruzando el pasillo.

Álex le hace un gesto a Maddie y las dos enfilan el pasillo central. Mi padre y yo entramos. La música cambia y los primeros acordes de la marcha nupcial empiezan a sonar, poniendo en pie a todos los asistentes.

Mi padre tira suavemente de mí y comenzamos a caminar. La iglesia está preciosa... cómo entra la luz, la suave madera, las flores, todo coronado por el techo abovedado pintado con un manto de estrellas...

El momento empieza a inundarme y sonrío. Sigo nerviosa, pero los nervios ahora están más cerca de ser de los buenos, como cuando consigues entradas para un concierto de Maroon 5, y menos de los que te dejan al borde de un ataque de pánico.

Mi sonrisa se ensancha cuando mi mirada se cruza con la de Max, la de Spencer, la de Thea, con la de Ryan con el pequeño Elliott en brazos. Observo a James, a Molly, a mi familia. Mi madre sonríe y se seca las lágrimas. Creo que es la que más emocionada est .

Y, entonces, al mirar al fin hacia el frente, me encuentro con Charles a los pies del altar. Me dedica una comedida sonrisa y yo le devuelvo una enorme. S  por qué estoy haciendo esto. Es lo que debo querer. Además, es alto, guapo y va de esmoquin. Los hombres de esmoquin siempre est n a otro nivel. De pronto, recuerdo dos palabras: «me apetecía». Sólo dos palabras y un recuerdo: Bentley de esmoquin en la fiesta de los Hannigan, donde descubrimos que Molly estaba embarazada, torturándome acerca de por qué estaba all  precisamente así vestido. Dos palabras y un recuerdo. Un  nico recuerdo y el corazón me da un vuelco porque con él he sentido las risas, los gemidos, las lágrimas... lo he sentido todo.

Me padre tira suavemente de m  y comprendo que, sin darme cuenta, me había quedado paralizada en mitad del pasillo. Maddie y  lex se miran entre sí. Sonrío inquieta y echo a andar de nuevo. Los invitados sonríen conmigo, como si hubiese caído un poco más enamorada al ver al futuro flamante esposo. Me alegra que nadie haya notado nada raro.

Al llegar junto a él, Charles me besa la mano y me acompaña hasta el altar.

—Queridos hermanos —empieza a decir el sacerdote—, estamos aquí hoy reunidos...

Intento disfrutar del momento, pero no puedo dejar de pensar. Es mi boda. Debería estar pletórica, maldita sea. Los momentos van sucediéndose unos tras otros. Las lecturas, las promesas, los anillos. Pero siento como si todo le estuviese sucediendo a otra persona y no a mí, como si lo estuviese viendo a través de la pantalla de un televisor.

—Y si alguien conoce algún motivo para que estas dos personas no puedan unirse en sagrado matrimonio —pronuncia el cura—, que hable ahora o calle para siempre.

Suspiro. Cierro los ojos. Estoy nerviosa y asustada e impaciente, tensa, triste.  No s  cómo me siento!

—Yo —dicen de pronto.

Pero  qu ?

La iglesia enmudece.

Me levanto el velo y me giro hacia la voz. ¡Ha sido Ryan!

Abro la boca, pero en el fondo no sé qué decir. Las chicas y él se miran. Charles también lo mira.

—Hijo —lo llama el pastor—, ¿puedes explicarnos cuál es el motivo por el que esta boda no puede celebrarse?

Ryan vuelve a intercambiar una mirada con las chicas, con la que parece sustituir una decena de palabras. Finalmente se humedece el labio inferior y lleva sus ojos hacia el cura. Todos los observan expectantes. Sin embargo, él guarda silencio.

—¿No dices nada? —lo apremia.

Lo observo. Él me observa a mí. ¿Por qué demonios lo ha hecho?

Ante el silencio de Ryan, el cura suspira lleno de una paciencia infinita y posa sus ojos de nuevo sobre Charles y sobre mí.

—Continuemos —empieza a decir. Cuadro los hombros. Tomo aire. Me armo de valor—. Si alguien conoce algún motivo para que estas dos personas no puedan unirse en sagrado matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

—Yo —vuelven a decir.

La iglesia vuelve a sumirse en un silencio sepulcral.

Reconozco esa voz. ¡Ha sido James! Me giro hacia él con cara de pocos amigos. ¡¿Qué están haciendo?!

—Hijo —lo llama el cura—, ¿podrías decirnos, por favor, cuál es ese motivo?

James y las chicas se miran, sólo un segundo, e inmediatamente lleva sus ojos hasta el cura.

—Hijo —le reclama el sacerdote.

¡De verdad que no puedo entenderlo!

Hannigan guarda silencio unos segundos hasta que finalmente se encoje de hombros sin soltar una palabra.

El pastor vuelve a suspirar y nos hace un suave gesto con las manos para que Charles y yo le prestemos atención. Justo antes de girarme, miro a James con el ceño fruncido, ¿por qué lo ha hecho?, pero él solo aprieta los labios, tensando la mandíbula, con los ojos fijos en mí, como si pensara que estoy cometiendo el mayor error de mi vida... ¿Lo estoy haciendo? Clavo la mirada en el suelo.

—Continuemos —anuncia el pastor y claramente me lo está diciendo a

mí, para que salga de mi ensoñación y lo mire. Obedezco.

—Lo siento —murmuro.

El padre asiente.

—Si alguien conoce algún motivo para que estas dos personas...

—Yo —lo interrumpen al unísono Maddie y Álex.

—¿Qué estáis haciendo? —me quejo mirándolas.

Ellas abren la boca dispuestas a decir algo, pero al cabo de unos segundos la cierran. Vuelven a abrirlas y vuelven a cerrarlas cada una a su ritmo. Me giro hacia Charles, quien, obviamente, no está nada contento con mis amigos. Quiero decirle algo, pero lo cierto es que no sé el qué. Toda la iglesia empieza a murmurar. James, las chicas, Ryan, Spencer, Thea, Molly, Max se miran los unos a los otros.

El cura suspira molesto. Está claro que se le está acabando la paciencia.

—¿Alguien, *de verdad* —el sacerdote hace hincapié en estas dos palabras mirando a mis amigos—, tiene algún motivo para que estas dos personas no puedan unirse en sagrado matrimonio?

—Yo.

Reconocería esa voz en cualquier parte. Mi corazón la reconocería en cualquier parte.

La iglesia enmudece y esta vez tiene motivos.

Me giro a tiempo de ver a Bentley Sandford al principio del pasillo, mirándome como todas las chicas queremos que nos miren.

—No te cases, Lauren —me pide.

Yo lo observo un segundo más, emborrachándome de todo lo que es, de su masculinidad, de su seguridad, de la idea de que, cuando sus manos han estado sobre mi piel, el mundo ha dejado de existir... pero también está todo lo demás. No quiero volver a sufrir.

Clavo mi vista en el suelo y cabeceo conteniendo las lágrimas. No quiero renunciar a él, no sé, pero tengo demasiado miedo de volver a tomar las decisiones equivocadas.

—Lauren —me llama Maddie suavemente dando un paso hacia mí y acariciándome el hombro. La miro y ella me enseña una tenue sonrisa llena de empatía.

Cuando tiene toda mi atención, me empuja llevándome junto a los bancos, alejándonos de Charles. Supongo que para que no oiga lo que sea que vaya a decirme.

—¿Qué? —murmuro confusa y cada vez más triste.

—Bentley y tú estáis conectados de una manera que la mayoría de las personas no llegan a sentir en toda su vida. Saltó la primera vez que os encontrasteis y no va a desaparecer jamás, aunque no os veáis durante los próximos veinte años. Él siempre va a ser tu Bentley y tú siempre vas a ser su Rubia. Cuando murió su madre, estaba hundido y tú habrías hecho cualquier cosa por él. Por eso a nadie le sorprendió que quisieras estar a su lado en todo momento ni que Bentley no llamara a Bridgitte.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué me dices todo esto ahora?

—Porque creo que te estás equivocando —afirma—. Esa conexión, que os volváis locos el uno al otro, que os hagáis reír, todo ese amor complicado y maravilloso, aunque esté lleno de defectos, vale un millón de veces más que el hombre más perfecto.

—No, Bentley no es el hombre para mí. —Y otra vez tengo la sensación de que sólo estoy mintiendo—. Nosotros ya lo intentamos y no funcionó.

—Ryan no es perfecto —prácticamente me interrumpe—. Es un loco controlador, posesivo y muy poco racional, que usa lo guapísimo que es y lo condenadamente bien que se le da el sexo para salirse siempre con la suya, y eso me saca de mis casillas —sentencia en un golpe de voz—, pero también sabe cuándo necesito que me abrace con fuerza —añade con la sonrisa más dulce y bonita que he visto—, me hace sentirme protegida, valorada, deseada, amada. Me hace feliz. —Su sonrisa se ensancha y no tengo ninguna duda de que su mirada se ha encontrado con la de él—. Eso es lo que tendrías que deber querer.

Suelto un gran suspiro. Trato de pensar. Miro a Charles, que resopla y me devuelve el gesto alucinado, furioso, incapaz de entender por qué está pasando lo que está pasando. Miro a Bentley. Tengo que poner cada cosa en su lugar, ahora, porque, pase lo que pase a partir de este instante, haya boda o no, no hay marcha atrás. Todas las dudas tienen que acabarse y el adiós, sea como sea, sea con quien sea, tiene que ser para siempre.

—Tengo que hablar con él, Charles —le digo regresando a su lado.

—¿De verdad vas a hacerme esto? —murmura malhumorado, saliendo a mi encuentro, pero a la vez mira a todos los invitados esbozando una sonrisa tensa y condescendiente, de alguna manera buscando disculparme a mí, ante

ellos, con ella—. Deja de comportarte como una impulsiva descerebrada de una maldita vez.

Y de pronto ese gesto hacia los demás, las palabras que ha pronunciado, me golpean haciéndome abrir los ojos de par en par.

—Sé sincero —le pido—, mi impulsividad no te parece adorable, ¿verdad?

Charles frunce el ceño aún más atónito.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de todas las veces que he decidido y he dicho «supongo» para amoldarme a lo que tú querías cuando, en el fondo, no deseaba hacerlo.

¡Dios mío, he visto la luz!

—Me gustaba mi apartamento en mitad del East Village y coger taxis e ir en metro — continúo—. Me gusta ser amable con la gente, aunque sea el portero, porque es una persona igual que tú o que yo y se merece que la traten con respeto. Me gusta ser estúpidamente romántica e impulsiva y tener sexo, ¡aunque no sea lo más apropiado, maldita sea!

¿Cómo he podido estar tan ciega? Maddie y Álex sonrían encantadas. Charles resopla.

—No debí perdonarte que no respetaras mi deseo de ser la señora Stevens porque es lo que quiero.

—Nosotros no discutimos en público —me advierte interrumpiéndome.

—Por supuesto que no —sentencio—, porque nosotros hemos acabado.

Me quito el anillo de compromiso y se lo tiendo; él duda, pero acaba cogiéndolo.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto —masculla.

—Y yo no puedo creer que durante tanto tiempo haya dejado que tú me lo hicieras a mí.

Recojo el bajo de mi vestido de novia y echo a andar.

—Lo siento, papá —murmuro al pasar a su lado y continúo caminando.

Cuando apenas me separan unos pasos de Bentley, clavo mi mirada en la puerta y me concentro en fingir que ni siquiera está aquí. Que haya roto con Charles no cambia las cosas entre nosotros.

Paso por su lado y, haciendo un esfuerzo titánico, sigo avanzando sin mirar atrás.

Tengo ganas de romper a llorar y al mismo tiempo no quiero. He tomado la decisión que tenía que tomar. No podía casarme con Charles.

¿Cómo no he podido darme cuenta? ¿Y a qué demonios ha venido Bentley?
¡Estoy tan enfadada! Con Charles, con él, conmigo.

—¡Lauren! —me llaman a mi espalda.

Resoplo tratando de reunir valor, sin dejar de caminar.

—Déjame en paz, Bentley.

—De eso nada —sentencia deteniéndose en mitad de la 46 Oeste.

Yo me freno en seco y me giro. ¿Cómo se atreve a hablarme así después de todo lo que ha pasado?

—¿A qué has venido? —inquiero muy cabreada—. ¿Qué haces aquí?
¡Ayer me deseaste que fuese feliz con Charles! —estallo dando un paso hacia él.

—¡Me equivoqué! —replica con la voz indomable—. Igual que tú has estado a punto de cometer la mayor estupidez de tu vida casándote con alguien como él.

—No me lo puedo creer —mascullo—. ¡No me lo puedo creer! ¿Me estás echando la bronca?

—Claro que sí —contesta sin dudar, amenazadoramente suave—. Has dejado que te convirtiera en algo que no eres. ¿Cómo pudiste siquiera imaginar que era una buena idea?

Él también está cabreadísimo y ¡eso me parece el colmo!

—¡Todo esto es culpa tuya!

—¿Qué? —ruge.

—¡Sí! —sentencio abriendo los brazos de par en par—. ¿Por qué me dijiste que fuera feliz? ¿Por qué no me paraste antes? ¿Por qué no viniste a buscarme a Chicago hace diez meses?

—Tiene que ser una puta broma —farfulla entre dientes—. ¡Tú me pediste que no te llamara!

—Pero ¿y si yo sí te llamé? —suelto de un tirón— ¿Y si lo hice y una mujer me cogió el teléfono? ¿Y si te llamó *cariño*?

Mis últimas palabras nos acallan de golpe. Vaya, parece que yo también tengo ese superpoder. Le mantengo la mirada, mantengo mi barbilla alzada, pero tengo que apretar los labios para seguir así.

Bentley asiente suavemente y, despacio, da un paso hacia mí.

—¿Y si yo estaba tan hundido que no podía respirar? —pronuncia atrapando mis ojos grises con los suyos verdes, pintando cada palabra con una sinceridad atronadora, liberadora, real—. ¿Y si me fui solo a un bar? ¿Y

si empecé a confundir lo triste que estaba con pura rabia y pensé que acostarme con otra chica era lo único que necesitaba para olvidarme de ti? — Una lágrima cae por mi mejilla y me muerdo el labio para contener todas las demás—. ¿Y si me la llevé a mi apartamento y le pedí que se desnudara sola fingiendo jugar porque en el fondo no podía tocarla? ¿Y si le pedí que se fuera cuando sólo se había quitado los malditos zapatos porque al caer contra el parquet no sonaron como los tuyos? ¿Y si fue ella la cogió el teléfono?

Algo se expande dentro de mi pecho y brilla.

—Bentley... —murmuro.

—He cometido muchos errores —me interrumpe—. Conocí a Bridgitte por casualidad. Empecé a salir con ella y le pedí que nos casáramos porque realmente quise hacerlo, porque pensé que era la chica para mí, pero sólo necesité verte un mero segundo en aquella estación de metro para darme cuenta de que tú eres mi chica.

No lo dice, lo sentencia, y todo empieza a girar de nuevo a nuestro alrededor. Yo también noté esa sensación recorriéndome entera, las mariposas, cuando lo vi en la parada de metro de Columbus con la 59, pero ¿qué hay de todo lo demás?, ¿del miedo a volver a pasarlo demasiado mal?

—Pero yo no quiero a esta Lauren —añade, y toda su seguridad vuelve a relucir con fuerza—. Yo quiero a mi Lauren. A la que era capaz de pasarse veinte días comiendo sólo macarrones con queso para ahorrar dinero suficiente para comprarse unos zapatos; a la que metió la corbata de Edward Jones en el sacapuntas eléctrico porque dijo que Sting estaba pasado de moda; a la que llora con el final de *Este muerto está muy vivo* porque nadie entiende su integridad artística.

Los dos sonreímos suavemente, pero el gesto apenas dura unos segundos en mis labios.

—No me puedo seguir comportando como si tuviera veinticinco años — digo estrellando las palmas de mis manos contra mis costados, nerviosa, inquieta, con ganas de romper a llorar.

—Pues crece —sentencia—, pero nunca pierdas lo que te hace especial, porque mi chica es impulsiva y romántica y está un poco loca, pero también tiene el corazón más grande del mundo y quiero que sea la madre de mis hijos.

Suspiro, agacho la cabeza y, aunque no quiero, las lágrimas vuelven a caer. Por el amor de Dios, no sé qué hacer, qué decir.

—Tengo miedo —me sincero.

—Te quiero, Rubia —replica sin asomo de dudas, demostrándome que ésa es la única verdad que necesito para saber que siempre cuidara de mí—, y vas a venirte conmigo, porque en lo único en lo que puedo pensar es en hacerte feliz el resto de mi vida.

—Bentley —murmuro levantando la cabeza, y en ese preciso instante, él recorre la distancia que nos separa, me agarra de las caderas y me besa con fuerza.

Y sucede que lo único que sí sé es qué sentir: lo quiero. Llevo queriéndolo desde que nos vimos por primera vez hace siete años, tres meses y veintiún días.

Un «ooohhh» absolutamente admirado se oye a nuestra espalda, desde la puerta de la iglesia, y sé que Álex y Maddie han sido espectadoras de todo lo que nos hemos dicho.

—Ahí está su propio Big —comenta Maddie.

—Su místico la hace feliz —sentencia Álex.

Sonrío contra los labios de Bentley. No podrían tener más razón.

—Te quiero, Rubia —susurra a un centímetro de mí, con sus manos aún rodeando mis caderas, con sus maravillosos ojos verdes sobre los míos.

—Te quiero, Bentley.

Y éste es mi final de cuento de hadas, pero de uno de los buenos, de los de verdad, porque la moraleja es que no importa lo que debas querer, importa lo que quieres de verdad, importa superar los miedos, no no tenerlos; importa que te amen como eres, como tú te tienes que querer. Importa que sientas mariposas, que te hagan reír.

Que seas feliz.

Lauren**Mis Manolos de la suerte. Esta vez más que nunca. ¡Voy a casarme con Bentley!**

Me calzo mis zapatos y me acerco al espejo. Me aliso mi vestido blanco hasta las rodillas y giro sobre mí misma para comprobar el resultado. Me encanta. Esta vez, nada de grandilocuentes vestidos. Sólo uno bonito y sencillo, Bentley y el juzgado de Nueva York. Sonríó como una idiota. ¡Estoy feliz!

Salgo del vestidor del apartamento de Bentley y mi sonrisa se ensancha hasta casi el infinito al verlo frente a mí, con un pantalón de traje negro y una camisa blanca remangada hasta el antebrazo, sin corbata, con los primeros botones desabrochados, como un universitario que ha querido ponerse elegante, exactamente como es él.

Se saca las manos de detrás de la espalda y me enseña una caja de Manolo Blahnik.

—Empieza bien —digo con una sonrisa enorme, imitando las palabras que Carrie utiliza delante del armario que Big construye para ella.

Bentley sonrío y por un momento la caja de zapatos queda eclipsada, aunque sólo es un momento. Me muerdo el labio inferior divertida y corro hacia él.

—Imaginé que llevarías tus zapatos de la suerte —empieza a decir mientras abro la caja que sostiene entre sus manos—, pero he pensado que, quizá, sólo por hoy, te apetecería cambiar.

Aparto el papel de seda y oh, Dios. Oh, Dios. ¡Oh, Dios! ¡Son los zapatos azules con el broche plateado que Sarah Jessica Parker tiene en la película de *Sexo en Nueva York*!

—¡Dios mío! —grito tirándome en sus brazos, abrazándolo y rodeando su cuello—. Llevo años soñando con estos zapatos, pero estaban agotados —continúo más feliz que una niña la mañana de Navidad—. ¡Son geniales!

Bentley sonríe, casi ríe, feliz por mi reacci3n, y me separa despacio.

—Espera —me pide—. Creo que estos zapatos se merecen que lo hagamos bien —continúa socarr3n.

Hinca una rodilla en el suelo y yo lo sigo con la mirada feliz, alegre, excitada, deseosa, increíblemente contenta.  Estoy a punto de gritar!

Me descalza y me recorre la parte trasera del pie con sus dedos, imprimiéndole un punto sexy y sensual al momento. Alza la mirada y sus ojos verdes, suaves, duros y traviosos al mismo tiempo, se posan en los míos.

Coge el nuevo zapato y me lo calza. Santo cielo, ya puedo morirme en paz. Acabo de vivir mi propia versi3n de la Cenicienta,  y con unos Manolos!
 Todo esto se merece que comencemos de nuevo!

Lauren**Salones azules con un broche plateado con diminutas piedras brillantes incrustadas de Manolo Blahnik; los tacones con los que Big le pide matrimonio a Carrie en *Sexo en Nueva York*. LOS ZAPATOS**

Bentley paga al taxi a través de la ventanilla del copiloto mientras yo pierdo mi mirada en el precioso edificio de los juzgados de Manhattan. Puede que no sea una joya arquitectónica de la ciudad, pero aquí se celebran toda clase de bodas, todos los días, así que me encanta. Es el *Romantic Building*.

Me coge de la mano y echamos a andar hacia el interior. En el vestíbulo nos esperan Ryan y Maddie, que serán nuestros padrinos de boda. Los dos teníamos claro que queríamos que fuera algo muy íntimo. Sólo para nosotros.

Recogemos los papeles necesarios, subimos a la primera planta y, después de esperar una hora y cuarenta minutos a que se casen tres parejas, llega nuestro turno.

La ceremonia es preciosa. Me da igual que no tenga grandes discursos ni música en vivo. Nos ha casado el señor con bigote del registro civil, que una vez leí en un artículo del *Time Out* que había casado a más de diez mil parejas. Es un consumado profesional, algo así como un Cupido en carne, hueso y bigote. Nada puede salir mal.

—Firmen aquí —nos pide señalando la licencia matrimonial.

Asentimos y obedecemos. El funcionario sonrío.

—Los padrinos, por favor —demanda a continuación.

Ryan y Maddie se acercan y también firman.

—Y ahora los testigos —señala—. ¿Quiénes serán?

—Yo —dice una voz al fondo.

—Y yo —añade otra.

—Y yo.

De pronto los «y yo» se multiplican y el funcionario se queda boquiabierto al ver a Max, Spencer, Thea, Álex, Charlie, James, Molly, Malcom, Carson, Meredith, mis padres, mis tías, Randy O, el nuevo novio de mi tía Dina y el único rapero blanco de Vermont, mi abuela. Ya sé que dije íntima, pero en un día así no podíamos olvidarnos de nuestra familia.

—Sólo necesito dos testigos —comenta atónito el funcionario.

—Es que no podíamos perdernos esta boda —sentencia Spencer con su voz de leñador—. ¿Se hace una idea de cuánto tiempo hemos tenido que esperar?

Bentley y yo nos miramos y sonreímos. Tiene razón. Tardamos mucho tiempo en comprender que, al final, no se trataba de huir ni de olvidarnos, sino de crecer juntos, de perdonarnos, de ser mejores por el otro, como en todas esas canciones de amor que suenan en la radio.

Puede que al final mi vida sólo sea una historia de chicos guapos y un montón de zapatos, pero sólo uno conquistó mi corazón, el chico más guapo que jamás he visto de cerca.

EPÍLOGO

Y fueron felices y comieron perdices (de una tienda ecológica de la 22 Este con la Octava).

Maddie

Mis botas de media caña, color camel, sin tacón y con tachas. Mis botas preferidas

Salgo de mi apartamento y cierro la puerta. Mi iPhone vibra en el bolsillo de mi falda de la suerte. Lo saco y comienzo a revisar el email que me ha llegado. Es de trabajo y es muy largo. Me siento en uno de los escalones del tramo que conduce al rellano de arriba y comienzo a leer.

—¡Deja de trabajar, chica! —grita Lauren colocándose de un salto frente a mí.

Yo doy un respingo con el que casi llego al piso de arriba y me llevo la mano al pecho mientras ella se muere de risa a mi costa.

—Casi me da un infarto —gimoteo.

—¿Ves? Trabajar no es bueno para la salud —sentencia sentándose a mi lado.

—Riley, Stevens, ¿por qué siempre tenéis que estar en mi rellano? —se queja James encendiéndose un cigarrillo con un reluciente Zippo en la puerta de su apartamento—. Me siento acosado.

—Ya te gustaría —lo riñe su hermana saliendo tras él y caminando hasta nosotras con cuatro botellines de Budweiser helados.

James la asesina con la mirada y las tres, sentadas aún en los escalones, nos morimos de risa.

Hannigan acaba poniendo los ojos en blanco y caminando hasta nosotras.

—¿Te has rendido ya ante la evidencia de que no puedes vivir sin nosotras? —inquiero socarrona.

—Harvard —se lamenta sentándose también—, tendría que haber ido a la universidad de Harvard.

—Y habrías muerto a los dos días —replica Lauren—. Por favor, el *New Yorker* —continúa imitando a un moribundo y estirando el brazo hacia arriba como si estuviera tirada en una acera cualquiera de Massachusetts—. Por

favor, que alguien me traiga el *New Yorker*.

Las tres rompemos a reír de nuevo y él no tiene más remedio que hacerlo con nosotras.

James se saca un reloj de cocina del bolsillo, lo gira hasta colocarlo en cuarenta minutos y lo deja sobre uno de los escalones.

—Acabas de perder toda la masculinidad que ganaste con el cigarrillo —comenta Lauren burlona, dos escalones por encima de mí.

James finge no oírla.

—Buen marido, buen trabajador, buen amante —Álex simula un escalofrío al oír la palabra *amante*—, buen cocinero, lo tengo absolutamente todo.

—¿Has preparado *lasagna*? —pregunta Lauren esperanzada.

—Para ti, no —responde James sin piedad y sin remordimientos, y acto seguido suelta una risilla, encantado con su propia broma.

Ella le hace un mohín y cruza los brazos sobre sus piernas.

—Ya llevo casi dos meses siendo directora de departamento y aún no tengo secretario —se lamenta, como si fuese un problema terriblemente grave, casi tanto como el agujero de la capa de ozono.

—Brindemos por eso —propone James cogiendo su cerveza.

Ella vuelve a fulminarlo con la mirada y él vuelve a fingir que no la ha visto.

—Hablo en serio —continúa Hannigan—. Brindemos porque, a pesar de que han pasado más de siete años desde que terminamos la universidad, seguimos siendo nosotros mismos. —Todos sonreímos y alzamos nuestras Buds—. Una chica buena y dulce de Carolina del Sur —dice señalándome a mí.

—Desde luego, qué engañado te tiene —se queja Lauren divertida.

—Una impertinente chica del sur nacida en Maine con la boca demasiado grande.

—Ésa soy yo —dice llevándose la mano al pecho.

—Mi hermanita, que es la chica más sabia y tocapelotas que ha existido.

—Ey —protesta, y los demás rompemos a reír.

—Y yo, que...

—¿Te has enamorado de todas nosotras por turnos? —apostilla Lauren.

Suelto un silbido a punto de echarme a reír. James, aunque quiere fingir una vez más que no la ha oído, no es capaz y estalla en carcajadas.

—No, idiota —protesta divertido—. Yo, que...

—¿Eres algo así como la persona más dramática que ha existido jamás?
—concluye Álex por él.

James frunce los labios, disimulando una sonrisa.

—Yo, yo, yo —llamo la atención de todos, impaciente, cuando veo que James está a punto de volver a hablar—. ¿Tú, que conoces a medio Nueva York pero no encuentras a nadie que te venda unas deportivas nuevas?

Las chicas jalean mi comentario. James se mira sus Le Coq Sportif y todos rompemos a reír.

—¡Por nosotros! —se rinde James alzando su cerveza.

—¡Por James Hannigan! —respondemos.

Y le damos un trago a nuestras Budweiser heladas.

—Hola —nos saluda Molly saliendo del apartamento y acercándose a nosotros; como siempre, lleva su iPad entre las manos.

Le devolvemos el saludo. Ella camina de prisa y descalza y, obedeciendo el pequeño gesto que le hace James con una sonrisa de tonto enamorado en los labios, se sienta un escalón bajo él, entre sus piernas.

Empezamos a charlar un poco de todo, bebiendo nuestra cerveza a una temperatura perfecta, que, además, sienta de maravilla —estamos a finales de octubre, pero hoy hace un calor de mil demonios—, cuando unos pasos y unas voces desde el piso de abajo nos distraen. Una risa retumba por todo el edificio, creo que incluso lo tambalea un poco, y todos sonreímos al darnos cuenta de que es Spencer.

—¡Hola! —saluda divertido—. ¿Qué hacéis todos ahí? —pregunta con el ceño fruncido.

Hemos quedado para comer en el piso de James y Molly; supongo que esperaba encontrarnos allí.

—Charlar —sentencia Álex.

—Y cómo os gusta —comenta Spencer con una sonrisa—. ¿Una cerveza? —le pregunta a Thea a su lado.

Ella asiente mientras sube con cuidado de no pisarnos hasta colocarse encima de Lauren.

—¡¿Y tú, Max?! —grita con su voz de leñador, asomando la cabeza por el rellano.

—¡Sí! —responde de inmediato desde abajo—. ¡Y otra para Charlie!

—¡Charlie se muere de hambre! —añade el prometido (¡sí, señor!) de

Álex.

Al cabo de unos segundos, Spencer regresa con las cervezas y todos nos acomodamos en las escaleras.

Seguimos charlando cuando otra vez oímos voces, pisadas y algo chocando contra la pared dos pisos más abajo. Nos preocuparía si no tuviéramos clarísimo que son Bentley y Ryan placándose el uno al otro.

Sin embargo, en el último piso, el rumor de golpes desaparece. Alguien sube acelerado las escaleras y el corazón comienza a latirme con fuerza. Ryan se detiene en mitad del rellano y me mira a mí, sólo a mí, como si estuviésemos solos en el mundo, y me siento amada y deseada, con las mariposas haciendo triples mortales en mi estómago y una sonrisa en los labios.

Ryan camina hasta mí. Apoya el pie en el escalón, se inclina sobre mi cuerpo y, tomando mi cara entre sus manos, me besa con fuerza. Ya no necesito nada más.

Todos empiezan a jalearnos, a soltar «ooohhh» y «uuuhhh», pero no nos importa absolutamente nada.

—Hola —lo saludo cuando se separa, con sus manos aún en mis mejillas, casi en mi cuello.

—Hola, nena —responde.

Y ese *nena*, esa única palabra, me zambulle de nuevo en todo lo que me hace sentir. Me muerdo el labio inferior y Ryan vuelve a besarme. Estoy en el paraíso.

Se sienta a mi espalda, en mi escalón, albergándome entre sus piernas y, más veloz de lo que soy capaz de ver, me roba mi cerveza.

—Ey —me quejo.

Pero él me guiña un ojo a la vez que se lleva el botellín a los labios y me veo obligada a fruncir los míos para disimular otra sonrisa de tonta enamorada. Tengo que conseguir que el bastardo deje de utilizar lo guapísimo que es para salirse siempre con la suya. Es urgente.

Charlie, que se había levantado a por algo de picar, le entrega una cerveza a Bentley, que acaba de alcanzar nuestro rellano, y él la abre mientras sube hasta sentarse junto a Lauren.

Le da un beso largo, divertido y glotón, y ella no tiene más remedio que echarse a reír. Otra enamorada.

—Hola, señora Stevens —la saluda.

—Hola, señor Sandford —le devuelve el saludo.

—Podríamos combinarlos y ser los *Sandvens* —propone socarrón.

Bentley coge un puñado de Pringles del bote que le tiende Charlie y le tira una a Max para fastidiarlo.

—Me gusta más los *Stevford*.

Se lleva una patata a la boca mientras medita sobre las palabras de Lauren.

—¿Qué tal sólo *tú y yo*? —replica moviendo las manos, como si lo estuviera leyendo de un inmenso cartel frente a él.

Lauren abre la boca encantada.

—Eso es condenadamente romántico, Bentley Sandford. Me encanta.

Y sin dudarlo, se tira a sus brazos. Yo sonrío contemplando toda la escena. Son felices y yo no podría estar más contenta por ellos. Como diría Phoebe de «Friends», son la media langosta del otro.

Olivia, la pequeña de Spencer, sale del apartamento de James y Molly con Elliott en brazos.

—Tía Maddie —me llama—, Elliott se ha despertado.

Sonrío dispuesta a levantarme y cogerlo, pero Lauren se adelanta bajando las escaleras.

—Yo —dice.

Se acerca a la pequeña y coge a mi bebé.

—Un Riley para mi solita —sentencia orgullosa—. Nada de novias, ¿me oyes? —añade mirando al pequeño, acariciándole la naricita, meciéndolo entre sus brazos—. Tú eres sólo mío.

Sonrío de nuevo y, cuando llevo mis ojos hasta Bentley, mi sonrisa se hace aún mayor. Está mirando embobado a Lauren, con una sonrisa llena de tanto amor en los labios que es imposible no darse cuenta de que la quiere más que a su vida.

—¡Papi! —sale Audrey corriendo en nuestra dirección desde el apartamento de James—. Por favor, por favor —le pide entusiasmada. Yo ya sé de qué se trata y suelto una risilla malvada por adelantado. Va a ser divertido—. ¿Puedo quedarme a dormir con Maverick en casa del tío James y la tía Molly?

Las palabras de la niña no pasan desapercibidas y se oyen más risillas malvadas como la mía.

—No —responde Ryan sin dudar.

—Pero papi... —gimotea Audrey.

—¿Por qué no te quedas a dormir en casa de Olivia? —le propone.

Ella niega testaruda con la cabeza.

—Audrey —la reprende Ryan.

—Por favor —contraataca estirando cada vocal hasta el infinito.

—He dicho que no —sentencia.

—Nadie va a decirme lo que tengo que hacer —responde ella, enfadada.

Me pregunto a quién habrá salido, pero antes de que pueda marcharse corriendo, Ryan la atrapa y comienza a hacerle cosquillas. Audrey rompe a reír y se abraza a mí con fuerza. Ryan suspira aliviado. Me da un beso en el pelo a mí y otro en la cabecita de Audrey.

—No puedes luchar contra el amor, hermanito —suelta Spencer burlón, varios escalones más arriba. Ryan alza la mirada y lo contempla malhumorado—. Son como los de *Crespúsculo* —sentencia encogiéndose de hombros—, están imprimados.

Todos rompemos a reír y, aunque estoy completamente convencida de que es lo último que quiere, Ryan no puede evitarlo y sonrío.

Maverick también sale de la casa y, frotándose los ojos con cara de sueño, va hasta sus padres. Se sienta junto a James y se apoya en su brazo. Él lo levanta y rodea su hombro hasta que el niño se acomoda y suelta un enorme bostezo mientras James le da un beso en el pelo.

Casi a la vez, Chase, el hijo de Spencer, que ya tiene trece años, sale del apartamento con unos enorme cascos puestos, vestido con unos vaqueros, una camiseta y una sudadera dos tallas más grande que la suya.

—Me voy a escuchar música a las escaleras del edificio —dice pasando por delante de nosotros, sin mirarnos y sin ni siquiera detenerse.

—Yo también te quiero, hijo —replica irónico Spencer.

Chase continúa caminando como si no existiésemos y desaparece escaleras abajo.

—Los adolescentes son un asco —se queja el mayor de los Riley.

—Yo creo que, que pase de ti, no está relacionado con que sea adolescente —repite Bentley burlón—. Más bien tiene que ver con que es un chico listo.

—Estoy de acuerdo —apostilla Max.

—Y yo —añade Ryan.

—Y yo —se suma Thea.

Spencer abre la boca indignadísimo y se gira hacia su mujer. Ella trata de mantenerle la mirada, fingiendo que no ha dicho nada fuera de lo común, pero no es capaz de aguantar la presión y acaba echándose a reír. Él la toma de la cintura y la sienta en su regazo, justo antes de darle un beso como castigo.

—La próxima boda a la que vayamos —empieza a decir Spencer muy convencido—, quiero que sea una boda gay.

—¿Por qué? —replica Max dándole un trago a su cerveza—. ¿Quieres ponerte tu disfraz de pirata?

Spencer frunce los labios como respuesta y todos estallamos en risas.

—Vaya —comenta Charlie mirando su *smartphone*—. Hoy hay una huelga de metro.

Todos empiezan a protestar, pero yo no puedo evitar sonreír. Me giro hacia Ryan y sus ojos azules ya me están esperando.

El reloj de cocina comienza a sonar, destartalado, desde el escalón donde James lo dejó.

—La comida está lista —anuncia Hannigan.

Maverick, al que parece que el anuncio le ha recargado las pilas, Audrey y Olivia salen disparados hacia la casa. Los demás, perezosos y comentando aún lo de la huelga de metro, van levantándose y dirigiéndose hacia el apartamento de James y Molly.

Yo también me levanto, pero justo cuando voy a echar a andar, Ryan me agarra de la muñeca y tira de mí en sentido contrario, hacia nuestro apartamento.

Lo miro con la sonrisa en los labios y él me devuelve la suya media, dura y sexy. Abre la puerta y nos hace entrar. La madera apenas ha encajado en el marco de nuevo cuando me lleva contra ella, inmovilizándome con sus caderas, apresando mis muñecas contra la puerta por encima de mi cabeza.

—Te echaba de menos —susurra con su voz más ronca, sin llegar a besarme, pero asegurándose de que su cálido aliento baña mis labios. En una deliciosa palabra: *torturándome*.

—Yo no te he echado de menos en absoluto —respondo insolente.

—¿Ah, no? —replica con ese punto amenazante, sexy y sensual.

Niego con la cabeza.

—Pues hoy hay una huelga de metro —me advierte, y su voz se vuelve un poco más ronca. Por Dios, esa voz es una locura—; quizá me vaya al

Riley Group y espere a que alguna universitaria llegue tarde a la entrevista de trabajo para tumbarla sobre la mesa de mi oficina.

Abro la boca absolutamente indignada y trato de soltarme.

—Te has pasado muchísimo —me quejo enfadadísima.

Pero lejos de intimidarlo, Ryan rompe a reír y, antes de que pueda volver a protestar, me besa con fuerza. Yo protesto, pero me dejo convencer. Convencerme se le da demasiado bien.

—Nunca, jamás podría tocar a una mujer que no fueras tú —me dice anclando su mano en mi cadera, obligándome a rodear las suyas con mis piernas.

—¿Por qué?

Sé la respuesta, pero me muero por volver a oírla.

Ryan me rompe las bragas de un acertado tirón y el sonido se mezcla con mi respiración echa un absoluto caos.

—Dime por qué —le pido, casi le suplico—, por favor.

—Por favor, ¿qué? —me tortura.

Su olor me inunda y todo gira a nuestro alrededor.

—Por favor, señor.

Ryan entra en mí con una sola embestida.

—Porque te quiero, nena.

Y ya sólo somos placer y amor, sexo salvaje y un corazón perdido sin el otro, embestidas, besos, risas, te quiero.

Ya sólo somos él y yo.

Suena *Your song*, de Rita Ora.

Referencias de las canciones

I wish you would, © 2014 Big Machine Records, LLC., interpretada por Taylor Swift. (N. de la e.)

There for you, 2017 STMPD RCRDS B.V. exclusively licensed to Epic Amsterdam, a division of Sony Music Entertainment Netherlands B.V., interpretada por Martin Garrix y Troye Sivan. (N. de la e.)

Runaway with me, © 2015 School Boy/Interscope Records, interpretada por Carly Rae Jepsen. (N. de la e.)

Roxanne, © 1993 A&M Records Ltd. interpretada por The Police. (N. de la e.)

Can I be him?, 2016 Sony Music Entertainment Germany GmbH, interpretada por James Arthur. (N. de la e.)

Dirty work, © 2015, 2016 A.M. Music LLC., interpretada por Austin Mahone. (N. de la e.)

Go, 2017 Ultra Records, LLC., interpretada por Louis The Child. (N. de la e.)

Can't stand losing you, © 2007 A&M Records Ltd., interpretada por The Police. (N. de la e.)

Talk me down, © 2016 Universal Music Australia Pty Ltd., interpretada por Troye Sivan. (N. de la e.)

Città Vuotta, © Universe, interpretada por Mina. (N. de la e.)

All falls down, 2017 MER under exclusive license to Sony Music Entertainment Sweden AB, interpretada por Noah Cyrus. (N. de la e.)

Rewrite the stars, © 2017 This compilation Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States. Motion Picture Artwork, Photos, and Fox Trademarks and Logos TM and 2017 Twentieth Century Fox Film Corporation., interpretada por Zac Efron y Zendaya. (N. de la e.)

I want you to know, © 2015 Interscope Records, interpretada por Selena Gomez y Zedd. (N. de la e.)

Young & Unafraid, © 2016 Robot Farming, interpretada por The Moth & The Flame. (N. de la e.)

Jessie's girl, 1999 BMG Entertainment, interpretada por Rick Springfield. (N. de la e.)

Like a virgin, 1984 Warner Bros. Records Inc. © 1984, 2001 Warner Bros. Records Inc., interpretada por Madonna. (N. de la e.)

Don't stand so close to me '86, 2003 A&M Records © 2005 A&M Records, interpretada por The Police. (N. de la e.)

Be my baby, 2011 Phil Spector Records, Inc. Under exclusive license to EMI Blackwood Music Inc./Sony Music Entertainment, interpretada por The Ronettes. (N. de la e.)

Hey Baby, © 2012 Vintage Music, interpretada por Bruce Channel. (N. de la e.)

Anywhere, © 2017 Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, interpretada por Rita Ora. (N. de la e.)

Friends, © 2017 Republic Records, a division of UMG Recordings Inc. (GENPOP / RBMG / Schoolboy / Def Jam / Republic), interpretada por Justin Bieber y BloodPop®. (N. de la e.)

Empire State of Mind, © 2010 S. Carter Enterprises, LLC. Distributed by Roc Nation, interpretada por Jay-Z y Alicia Keys. (N. de la e.)

Love me like you do, 2015 Universal Studios and Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc. © 2015 Universal Studios and Republic Records, interpretada por Ellie Goulding. (N. de la e.)

Dream, 2017 Teleport Records, under exclusive license to Island Records, a division of UMG Recordings, Inc. © 2017 Teleport Records, interpretada por Bishop Briggs. (N. de la e.)

You, © 2013 Keaton Henson Under exclusive license to Anti-, interpretada por Keaton Henson. (N. de la e.)

Girls on film, 2007 The copyright in this compilation is owned by EMI Records Ltd © 2007 EMI Records Ltd. This label copy information is the subject of copyright protection. All rights reserved. 2007 EMI Records Ltd., interpretada por Duran Duran. (N. de la e.)

Every breath you take, © 1992 A&M Records Ltd., interpretada por de The Police. (N. de la e.)

Ordinary world, © 2005 Parlophone Records Ltd, a Warner Music Group Company, interpretada por Duran Duran. (N. de la e.)

Your song, © 2017 Atlantic Records UK, a Warner Music Group company, interpretada por Rita Ora. (N. de la e.)

BIOGRAFÍA

Cristina Prada vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música. Hasta el momento ha publicado las series: «Todas las canciones de amor que suenan en la radio», «Manhattan Love», «Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964», así como las novelas independientes *Las noches en las que el cielo era de color naranja* y *La sexy caza a la chica Hitchcock*.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:
<https://www.facebook.com/groups/1540181252865091/> y
Cristina Prada @everysongwhich

Una historia de chicos guapos y un montón de zapatos
Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18562-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



Una historia de chicos guapos y un montón de zapatos

Cristina Prada